

CANDELA MUZZICATO

ÉL ES MI BOXEADOR

PRIMERA PARTE

Nova Casa Editorial

Publicado por:

Nova Casa Editorial
www.novacasaeditorial.com
info@novacasaeditorial.com

© 2017, **Candela Muzzicato**
© 2017, de esta edición: **Nova Casa Editorial**

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Abel Carretero Ernesto

Portada

Natalia Sánchez Visosa

Maquetación

Natalia Sánchez Visosa

Corrección

Nova Casa Editorial

Revisión

Abel Carretero Ernesto

Candela Muzzicato

Primera edición: Mayo de 2017

ISBN: 978-84-17142-51-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

CANDELA MUZZICATO

ÉL ES MI
BOXEADOR

PRIMERA PARTE

Nova Casa Editorial

Índice

PRÓLOGO

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

epílogo

Agradecimientos

PRÓLOGO

Agarro firmemente mis dos maletas antes de dirigirme a la puerta, mientras mis manos tiemblan por la emoción de verlos de nuevo. El frío de la noche no hace nada por calmar mi ansiedad. El nerviosismo simplemente se instala en mi sistema, impidiéndome pensar en otra cosa que no sean ellos.

El sonido del viento revoloteando las copas de los árboles suena junto con las ruedas del taxi detrás de mi tenso cuerpo emocionado, rodando con rapidez sobre el asfalto, alejándose con rapidez de mí para recoger a otro cliente.

Entonces, me quedo sola en la oscuridad, las estrellas y la luna, siendo esta casi la única fuente lumínica a mi alrededor. Las farolas no se encuentran encendidas y si no fuera por la luna y las pocas casas con vida de la cuadra, no podría ver el camino por donde mis pies pisan. Mis piernas se sacuden, impidiéndome caminar cómodamente, mientras me acerco cada vez más al edificio, los hechos que me trajeron aquí bombardeando una vez más mi mente, tal y como lo hicieron las últimas horas.

Hace cinco años que no veo a mis hermanos. El mayor motivo se simplifica a que ellos se cansaron de cumplir las estrictas reglas de mi padre ya a su muy temprana edad. Él tenía la manía de controlarlo todo y quería que todo estuviese a la perfección, cada cosa en su lugar y sin ningún defecto, por lo que los gemelos juntaron una cantidad de dinero suficiente durante años. Iban insistiendo a mi padre para dejarlos marchar, y al fin se fueron a otra ciudad para vivir con mi tía, quien desgraciadamente murió hace poco más de un año por un cáncer de pulmón. Por supuesto, ante el cariño hacia mis hermanos y la familia en general, en su herencia aclaró que el departamento les quedaría a ellos, aunque no tuvieran dieciocho. A pesar de las insistencias, no la veía tanto como yo quería. Apenas llegábamos a vernos unas horas cuando la visitábamos antes de volver en el jet privado de mi

padre a casa. Por lo que, simplemente, mi tristeza no fue tan grande como la de mis hermanos al enterarme de que ella murió.

Aun así, nada me detuvo a llorar durante una semana entera.

Luego, con mis hermanos de vez en cuando nos hablábamos por teléfono, pero no era lo mismo para ninguno. Me enviaban regalos que de seguro eran muy lindos y que, sin embargo, no abría. Los guardaba para algún día poder abrirlos con ellos. Típicos deseos de una niña: querer abrir obsequios estando en presencia de su familia. Los extrañaba tanto. No sé cómo es que pude sobrevivir tanto tiempo sin mis hermanos, sus llamadas eran mi sustento, mi alegría del día. Me prometían que iban a volver solo para verme, dándome esperanzas de tener de nuevo la familia que antes éramos, pero no lo hicieron. Cada cumpleaños que pasaba y ellos no estaban dejé de pensar y de creer que cumplirían esa promesa. Así que cada Navidad me la pasaba con una trabajadora que estaba en mi casa. Ella fue como una segunda madre para mí. Soportaba mis llantos, mis tristezas y mis caídas. ¿Cómo es que considero más de mi familia a una empleada que a mi propio padre y hermanos?

Mi padre es un empresario muy exitoso por gran parte de América, Europa y Asia, y a causa del trabajo excesivo, me permitió quedarme con ellos. Pagó un pasaje de avión en primera clase —por supuesto, sin afectarle nada a su cuenta bancaria—, con el mejor entretenimiento y comida que una chica podría pedir. Y al fin, aquí estoy. Y a pesar de saber que mi padre ni siquiera pensó por un segundo la idea de dejar a su hija viajar a otra ciudad, sola en un avión, estoy alegre por alejarme. De dejar finalmente todo atrás, con la esperanza de poder verdaderamente avanzar.

Otro de los motivos por los que me dejó venir, dejando de lado el hecho de que él apenas estaba en casa y prácticamente me cuidaba sola, fue porque tuvo la obligación laboral de ir a otro país durante más de un año para supervisar la construcción y todo lo que conlleva el trabajo de su nuevo hotel de lujo. Su trabajo carcome todo su tiempo y, no muy a menudo, lo veo en casa. Cuando él está, pocas veces nos dirigimos la palabra. Su cansancio es enorme, sus espantosas ojeras y ojos inyectados en sangre lo delatan. Hay veces que quisiera tener un padre como el de todos: que se preocupa mucho por mí, que pasa tiempo conmigo y me ayuda con mis problemas de adolescentes, dudas y esas cosas. Sin embargo, él no es así, ya no más.

Toco el pequeño timbre del piso de Sam y Tyler, y espero.

William, mi padre, casi nunca estaba en casa. Por lo que siempre me quedaba más sola que un burro en un desierto. Este viaje me alegró la vida tan miserable que tenía. Quería ver tanto a mis hermanos, los extrañaba demasiado. Ellos son gemelos y dos años mayor que yo, por lo tanto, siempre se sintieron con mucho poder sobre mí cuando era pequeña. En los juegos, había veces que me dejaban ganar, pero otras, cuando yo les ganaba por voluntad propia, decían que por ser los más grandes, ellos ganaban. Me obligaban a darles algún que otro premio por ser los vencedores. De acuerdo, no era tan malo, ya que también el premio lo tenía yo. Hacer unos batidos de chocolate con crema justo en la cima no era tan malo. Siempre terminaba tomándome uno con ellos. Tyler y Sam amaban, aman y siempre amarán mis batidos. Son sus favoritos, y mucho más cuando eran hechos por mis pequeñas y delicadas manos.

Si no recuerdo mal, este es su último año de instituto y el mío casi el último. Ellos repitieron el curso por... No tengo una clara idea de por qué, pero como sé con certeza que son muy holgazanes con respecto a la escuela y las tareas, tengo algunas ideas para justificar ese hecho.

La puerta se abre de repente, haciendo que salte un poco en mi lugar por la sorpresa. Sacándome de mi trance, en mi vista aparece Tyler solo en bóxer, refregándose los ojos con la mano que no sostiene la puerta de entrada.

—¿Natalie? —pregunta con un tono de duda. Su mirada se encuentra con la mía, feliz, dudosa y extrañada. Asiento con la cabeza sin poder creerme lo que tengo frente a mí y él sonríe antes de abrazarme con demasiada fuerza para mi gusto. Sus musculosos brazos me aprietan más de la cuenta contra su cuerpo —sorpresivamente— bien esculpido y definido.

—Hola, grandulón —digo como puedo, intentando recuperar el aire perdido—. Me estás sacando el aire, Ty... —él me suelta con rapidez al escuchar mi voz entrecortada. Nunca pensé que Tyler tendría tanta fuerza hasta el punto de llegar a asfixiarme.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás sola? —mira hacia los lados y frunce el ceño—. ¿Por qué estás aquí?

—¿Podrías dejarme pasar? Me estoy muriendo de frío.

—Claro, pasa —se hace a un lado de la puerta y me lleva al ascensor. Lo bueno de este edificio es que son penthouse realmente hermosos y que no hay vecinos cercanos para molestarte con locuras sin sentido o quejas sobre

música muy fuerte—. Déjame ayudarte —arrastrando una de mis gigantes maletas, se adentra al ascensor.

—Gracias —respondo, mientras él aprieta el botón del piso. Tyler siempre fue el bueno y sincero, al contrario que Sam, el cual es el impulsivo y problemático. Tyler siempre fue tranquilo, o al menos eso sabía yo, y Sam el loco que destruye todo. Aunque hay una cosa que sí tienen los dos: la arrogancia. Ellos saben que tienen un cuerpo de escultura y no dudan en demostrarlo.

Una vez en el piso, él abre la puerta con su llave y entramos. Es un lugar espacioso y luminoso. Con paredes blancas y muebles negros, todo nuevo. A mi izquierda se encuentra la sala de estar amueblada con un sillón gigante oscuro y una televisión impresionante. A mi derecha la cocina, con mesadas de mármol que, milagrosamente, están bien ordenadas y limpias. Frente a la puerta de entrada noto una larga escalera que da al entresuelo, el cual, si mal no recuerdo, antes no estaba.

Miro a mi hermano y sonrío con picardía, dejando mis pertenencias en el suelo.

—¿Está Sam por algún lado? —pregunto muy esperanzada.

Recuerdo que desde pequeña me gustaba molestar más a Sam que a Ty, por el simple motivo de que es el que más se enfada de los dos. Por lo que, para mí, un buen momento es cuando revivo lo vivido con ellos. Sin embargo, no creo que duren mucho estos juegos infantiles porque en algún momento maduré desde que ellos se fueron. De todas formas, para no dejar todo el pasado entre nosotros olvidado, estoy empeñada en empezar como siempre lo hacía en aquellos momentos.

Tyler asiente un tanto confuso por la mirada que le doy.

—Genial. ¿Cuál es su habitación?

—Subiendo por las escaleras, a la izquierda —contesta, para luego quedarse callado y poner esa mirada pensativa que tanto conozco—. ¿Qué tramas, Natalie?

Sonrío.

—¿Está durmiendo? —él asiente levantando una ceja—. Entonces voy a despertarlo, como la buena hermana que soy.

Ty bufa con ironía y revolotea los ojos con diversión, sonriendo con cariño brillando en sus ojos al ver la inocencia fingida en mis facciones. Me rodea con sus brazos, apretándome contra su cuerpo medio desnudo, y besa la cima de mi cabeza.

—Bien, te acompaño —dice.

—Espera, primero tengo que ir a la cocina.

Mi repentino aviso lo sorprende, pero no me quedo a ver por completo su reacción. Camino hacia allí con pasos agigantados y rápidos, mientras Ty me sigue. Busco entre todos los cajones y muebles los artefactos que quiero y los voy dejando en la encimera sin siquiera prestarle atención a las miradas confusas pero divertidas de mi hermano. Recorre con los dedos la cacerola de metal y los grandes cucharones del mismo material como si nunca los hubiese visto en su vida. Cuando termino en la cocina corro rápidamente hacia el baño, esquivando en el camino mis maletas en el piso y lo que hay en la sala de estar lo más ágil que puedo, y agarro la pasta dental.

Con pasos lentos, vuelvo con mi hermano sin quitar mi perversa e inocente sonrisa.

—¿Qué es eso? —mira con extrañeza mi mano que encierra el potecito.

—Pasta de dientes —contesto—. ¿Me pasas un plato de plástico? —él asiente aún sin comprender de qué va todo esto, busca algo en un gabinete sobre la encimera de mármol oscura y me entrega mi pedido—. Gracias.

Coloco todo el contenido de la pasta de dientes en el miniplato, agarro la cacerola con cuidado para no dejarla caer, y así no causar un enorme ruido que despertará a Sam, y la cuchara, para luego subir en busca de mi dormilón hermano. Caminamos por el largo pasillo del entrepiso y nos detenemos en la puerta que tiene colgado un cartel que dice «PROHIBIDO EL PASO SI NO QUIERES INTOXICARTE».

Estoy más que segura de que eso se refirió a sus pedos.

Abrimos la puerta y entramos con sigilo. Para mi suerte, Sam se encuentra acostado bocarriba, dormido cual marmota, sin inmutarse de nuestra presencia. Tapando mi boca un segundo después de escuchar su gran ronquido, me esfuerzo por no reír. Con la mano derecha sostengo el plato repleto de pasta dental frente a la cara de Sam y con la izquierda la cacerola, le paso la cuchara a mi hermano y le hago señas para que me mire.

—Ty, a la cuenta de tres, tienes que tocar bien fuerte la cacerola. ¿Entiendes?

—Sí.

—Uno... —comienzo a contar, mirándolo e intentando no reírme—. Dos... ¡Tres!

El ruido del metal chocando contra otro metal resuena por todo el lugar, haciendo que Sam abra sus ojos y se incorpore. Su rostro de estrella contra el pastel de pasta de dientes ni bien se incorpora para ver lo que sucede.

Me uno a las carcajadas de Ty, que son más como aullidos de una foca atragantándose de la risa. Apenas puedo ver a mis hermanos en la oscuridad de la habitación. Las ligeras luces que la luz de la luna le da al cuarto, hacen lo mejor posible para que yo distinga los movimientos de Ty y Sam.

Sam saca con sus manos todo lo que tiene en la cara y gruñe maldiciones, parpadeando furiosamente contra la pasta de dientes en sus ojos.

—¿Por qué hicieron eso? ¡Joder!

—P... perdón, solo te quería despertar para saludarte —digo agarrándome el abdomen y tratando de que no me duela más de lo que ya lo hace.

—¿Natalie? ¿Qué haces aquí? —él enciende la lámpara de su mesa de noche y se limpia la cara con la toalla que Tyler le alcanza. Me siento en la cama enorme junto a Sam y luego, acostándome, coloco mis brazos debajo de mi cabeza.

—Papá tuvo que irse a trabajar a no sé dónde por un año para supervisar la construcción y toda esa mierda para su nuevo hotel —contesto aburrida—. Y como no me quería quedar sola, decidí venir a vivir con ustedes. ¿No es genial?

—Sí, salvo cuando eres malvada y tienes esas caras de loca maniática a la hora de imaginar un plan malvado para hacernos algo —se entromete Ty, haciendo puchero muy tierno.

—Bueno, soy así y soy su hermanita. Tienen que aguantar mis llantos, caprichos, planes y todo lo que viene conmigo.

—¿Y qué es todo lo que traes contigo? —Sam pregunta cautelosamente mientras frunce el ceño.

—Sabía que me olvidaba algo.

Mis piernas se apresuran en salir de la habitación para ir hacia la planta baja. Me encamino hacia mis pertenencias y abro el bolsito para perros en la que Burry está. Burry es mi perrita de dos meses y medio. Su pelaje suave hace cosquillas en mi piel cuando la saco de su cómodo bolso.

Dejo la bolsa lila sobre mis maletas y llevo a mi bebé en brazos a la habitación de Sam. Los dos me esperan sentados en la cama con los brazos cruzados. Una de las cosas más geniales de ser su hermana, es que puedo diferenciarlos con una facilidad increíble. Ambos tienen el pelo castaño oscuro, los ojos color verde azulado, mandíbula cuadrada y un cuerpo envidiable para los hombres, solo porque juegan al fútbol americano desde los trece años. Los dos son muy buenos en eso y ellos me lo recuerdan todo el maldito tiempo. La principal diferencia es que Tyler tiene pequeñas motas doradas en sus ojos y Sam no. Aunque Ty es el bueno y responsable, mientras que Sam es el travieso e insoportable.

Ellos miran lo que tengo en brazos y abren mucho los ojos, teniendo una idea de lo que llevo. Muevo ligeramente mis brazos en donde una bola de pelos pequeña abre sus ojos y bosteza con fuerza. Feliz, se los dejo ver a los gemelos, pero al instante mis hermanos chillan como niñas asustadas y salen corriendo de la habitación. Sus pasos en las escaleras resuenan atropelladamente hasta que, de un segundo al otro, ya no escucho ni un ruido. Silencio.

Me asomo extrañada hacia el pasillo, y sin dudarle bajo con tranquilidad las escaleras. Paro antes de bajar por completo me topo con los dos estúpidos a los que llamo hermanos tirados en el suelo, retorciéndose y gimiendo de dolor.

—¡Pero serán idiotas estúpidos! —río y sujeto más contra mi pecho a Burry. Esta se acurruca y entierra su cara en el hueco de mi cuello como si no estuviese pasando nada digno de su atención.

—¡Cállate y tira esa cosa a la basura! —Sam apunta a mi bebé. Lo miro asustada y sin poder creerme lo que escucho.

—¿Qué? ¡No! Es muy linda y es mía —protesto.

—¡No la queremos aquí! —gritan simultáneamente.

—Pues, lárguense ustedes. Ella se queda conmigo —me pongo a la defensiva—. Es mi perra y, si bien el departamento les pertenece, tengo derecho a tener lo único que les pido. Nunca antes, mientras estuvieron fuera

de casa, les pedí algo a excepción de que me visitaran —lo cual, efectivamente, no hicieron. Por lo que, creo que tenerme aquí con una pequeña e inofensiva bola de pulgas no es nada a comparación con todo lo que ellos me deben por no estar allí para mí cuando los necesité con desesperación.

—Es un pequeño monstruo. ¿Cómo te puede gustar esa... cosa? —pregunta Tyler, fulminando con la mirada a mi perrita mientras se incorpora, dejando a su hermano aún en el suelo.

—Me encanta y es tierna. Aparte, es inofensiva. No es como si fuera a convertirse en Hulk o en algo peor —comento mirándolo fijamente y me quedo pensando en mis palabras—. Aunque eso sería genial ahora que lo pienso —lo escucho soltar un gruñido desde el fondo de su garganta lleno de frustración.

—Bien, quédatala. Pero déjala en tu cuarto y es mejor que no haga el más mínimo ruido. ¿Entiendes? —amenaza con voz ruda.

Le sonrío y saco la lengua. Sé que de suerte la aceptaron. Nunca fueron fanes de las mascotas que corretean por todos lados y dejan sus desechos por ahí. Ellos soportan más a los que se encuentran atrapados en peceras y que no hacen el menor daño a la casa.

—Sip, este «monstruo» no los comerá. Apenas tiene dos meses, chicos. Tranquilícense —digo, tratando de calmarlos y, por suerte, sus semblantes se relajan un poco—. Bueno, ahora me voy a dormir porque el viaje me dejó muy cansada. Nos vemos —les doy besos en sus mejillas y subo a mi habitación con una de mis valijas y Burry en mis brazos, mientras que las otras más pesadas se las dejo a ellos para que me las suban.

Subo las escaleras hasta el entrepiso y busco con la mirada la puerta que no tiene los nombres de mis hermanos. Una al fondo llama mi atención y cuando abro la puerta me sorprende al encontrar que todas las cosas que tenía en mi antigua habitación cuando este entrepiso no existía todavía, están aquí. Dejo caer de mis manos mis pertenencias y me tiro de espaldas en la cama junto a Burry.

Miro alrededor, notando que todo está prácticamente igual al cuarto que tenía. Una habitación común y sin rosa. Las paredes blancas contrastan con los muebles negros. A un costado de la habitación se encuentra un baño que desde mi lugar se ve espacioso. Por otro lado, la cama que antes tenía era

pequeña y delicada, perfecta para una niña, ahora es extremadamente grande, con colchas blancas y suaves; la cabecera es, al igual que las mesitas de noche y el armario, de color negro. Repaso con la mirada aquellos juguetes y peluches de cuando era niña mientras pienso en guardar todo y esconderlo de la vista. A la derecha, algo nuevo destella ante mis ojos. Un tocador para maquillajes con espejo y un escritorio. Ríe ante eso porque, tengo que admitirlo, no soy amante de los polvos y esas cosas.

Levantándome, me agacho junto a mis pertenencias, al tanto en que veo a mi perrita corretear por el lugar olfateando todo lo que encuentra. Dejo unos diarios que encuentro en el baño y los coloco en una esquina para que ella haga sus necesidades ahí. Luego, busco mi pijama de franela color azul, ato mi pelo en un moño alto y me acuesto en la cama, dejando para mañana la labor de ordenar todo en su lugar. Me tapo con las colchas y me quedo dormida a los segundos.

Los viajes y los encuentros son tediosamente cansadores.

CAPÍTULO



Una semana después de mi llegada, me despierto ante la luz brillante que entra por la ventana e ilumina todo a mi alrededor como si de millones de lámparas se estuviese hablando. Aparto el recuerdo de no haber cerrado las cortinas la noche anterior, y gruño internamente.

Maldito sol.

Malditas cortinas.

Malditas mañanas.

Gimo y me tapo la cara con las colchas para volver a soñar con Zac Efron. La holgazanería me supera siempre en las mañanas y hoy no es la excepción, por lo que me quedo en el mismo lugar que estoy y no me tomo las molestias de cerrar las cortinas. Es algo que me pasa constantemente. Olvidarme de las cosas es una cosa costumbre en mi vida, y realmente no se me hace extraño haberme olvidado de cerrarlas. Hay veces en las que no solo no cierro las cortinas, sino que simplemente no cierro la puerta o dejo la lámpara de noche prendida. Podría decirse que soy torpe, cada persona que me conoce puede decirlo. Aun sin siquiera ser mi amigo.

Cuando apenas cierro los ojos con la intención de volver a dormir, un ruido proveniente de las escaleras me impide volver a mis sueños. Escucho cómo la puerta de mi habitación se abre y me hago la dormida para que sepan que no deben molestarme. Al parecer, no le importa eso a aquella persona y lo siento agarrarme de los tobillos y tirar de mí con fuerza, haciendo que caiga al suelo. Mi cuerpo se sacude con fuerza cuando se estampa contra el duro piso

y sollozo ante el repentino dolor en mi brazo derecho. Saco de un tirón el cobertor que cubre mi vista.

¡Me llevó con cobertores y todo!

Fulmino con la mirada a Sam y este me la devuelve de la misma manera, solo que con toques de burla brillando en sus ojos claros.

—¿Qué te pasa? ¡Estaba durmiendo, idiota! —exclamo furiosa, temblando a causa del frío otoñal que golpea mi piel. A pesar del estremecimiento que me recorre, disfruto de la brisa golpeándome.

—Esto fue por tirarme un pastel de pasta dental el día que llegaste. ¿Sabes lo feo que es que te despierten de una manera no deseada? —dice, y gruño en respuesta ante sus palabras.

—Sabes que te haré algo peor, ¿no? —respondo con una mentira porque sé que no me acordaré de devolvérselo. No soy como antes; que ni bien alguno de mis hermanos me hacía algo, se lo devolvía al día siguiente. Ahora soy tan olvidadiza que sé con certeza que no le haré nada para devolvérselo. Sin embargo, él se cree mi engaño.

—Sip, y yo te la devolveré.

Sonrío levemente sin poder evitarlo mientras que en mi cabeza aparecen algunos recuerdos del pasado. La nostalgia barre cada célula de mi sistema y disfruto del momento repentino que se crea a nuestro alrededor, dejando de lado aquel molesto despertar.

—Como en los viejos tiempos —susurro, volteando mi cabeza hacia otro lado, avergonzada de mi cambio repentino de humor. Siempre peleábamos y nos molestábamos todo el tiempo. Algunas veces las peleas eran inofensivas y otras no tanto, unas pocas solían terminar con alguno de nosotros en el hospital. Al parecer él lo recuerda, cuando me abraza suavemente y me besa la cabeza lo demuestra sin necesitar de las palabras.

—Perdón, en serio. No queríamos dejarte, pero sabes que ya no soportábamos a Will. Él es un idiota y no me importa que sea nuestro padre. Desde que mamá murió, nunca se comportó verdaderamente como uno con ninguno de nosotros. Te debimos llevar, lo sabemos y el dejarte allí nos

perseguirá por el resto de nuestras vidas, pero ¿no recibiste los regalos que te enviamos?

Lo miro a los ojos con la tristeza que siento y me encojo de hombros, sintiendo el pesar sobre cada parte de mí. Siempre quise que me llevaran con ellos, pensaba en eso cada vez que iba a dormir, pero nunca sucedió y no vinieron por mí. Todo el tiempo supe que ellos sentían haberme dejado, eso no fue lo que me molestó, sino el hecho de que hayan intentado tapar ese error con regalos en vez de hablarlo conmigo. Si bien era solo una niña en crecimiento, se podía decir que entendía más cosas que las otras chicas de mi edad.

—No los quise abrir hasta volver a verlos. Los necesité por mucho tiempo y no estuvieron ahí. Papá nunca estaba en casa y no le podía pedir nada a Marisa porque sé que es una zorra, en vez de ser el ama de llaves. Y Fernanda siempre estuvo ocupada con la casa como para estar todo el tiempo conmigo.

—¿Por qué no llamaste cuando nos necesitaste? ¡Sabes que si tienes problemas de cualquier tipo nos tienes que llamar! Nunca te defraudamos, Nat. Siempre estuvimos para ti y siempre lo estaremos —llevo mis brazos alrededor de su cuello, abrazándolo más fuerte al escuchar eso último.

No todo el tiempo estuvieron, me recuerdo. Pero lo dejo pasar. Era cierto en parte. Las veces que los necesité cuando éramos chicos ellos siempre estaban, pero últimamente, en estos pocos años, no lo estuvieron. Y dolió como una perra no tenerlos ahí para mí. Mucho más hace un año y medio.

Internamente me tensó ante el recuerdo, y antes de que me caiga en pedazos me fuerzo a levantar el muro que me protege desde aquel día en especial y me concentro en las palabras que me dijo Sam hace unos segundos y a las cuales, aún no les respondo.

—Gracias —susurro cerrando los ojos, recordando cómo eran nuestros viejos tiempos hasta su partida desgarradora de casa.

Justo cuando Sam tiene algo para decir, un ruido se escucha.

—Oigan, ¿qué...? —se interrumpe Ty cuando entra por la puerta, haciendo que yo abra mis ojos. Nosotros lo miramos y sonreímos con cariño, aún con

nuestros brazos entrelazados. Ty nos devuelve el gesto y tiernamente se une a nuestro abrazo, un poco confuso por la situación, pero visiblemente alegre—. Hacía mucho no nos abrazábamos así.

—Lo sé —digo sonriendo contra el pecho de Sam y respirando su aroma mañanero, dejando completamente atrás todo el asunto de despertarme por la molestia de tener las cortinas abiertas y por el hecho de que mi hermano me haya tirado al piso.

—Sabes que te queremos, ¿no? —asiento ante las palabras de Sam.

—Sí, yo también, aunque sean unos tontos y me molesten todo el maldito tiempo —bromeo.

—Eh, no somos los únicos insoportables aquí —contratan simultáneamente. Ruedo los ojos al escucharlos. Desde pequeña supe que ellos tenían una conexión porque muchas veces coincidían en el momento exacto en el que hablaban, y decían todo con las mismas palabras sin confundirse. ¿Por qué tienen que decirlo a la misma vez? Nunca lo supe, pero hasta el día de hoy lo siguen haciendo, ya teniendo en cuenta lo molesto y exasperante que me parece.

Me encojo de hombros y ruedo los ojos mientras un bostezo sale desde lo profundo de mi pecho, intentando recordar el motivo por el que estamos todos reunidos aquí.

—¿Para qué me despertaron?

—Vístete y baja a desayunar. Junto al sillón tienes tu morral para el instituto, te inscribimos un día después de que llegaras y finalmente te aceptaron —al escuchar esa última palabra, mis ojos se agrandan a más no poder y, en un momento de pánico, corro hacia el baño para nunca salir. No tengo intenciones de ir a esa maldita cárcel por unos días. En realidad, sería mejor perderme el resto del año y quedarme en casa por el simple propósito de dormir. Sin embargo, Tyler se da cuenta de mis planes y se abalanza sobre mí cuando estoy a punto de cerrar la puerta. Me toma de la cintura mientras me quejo.

—No, no iré. ¿Por qué ahora tengo que empezar las clases? —me quejo.

—Solo te queríamos molestar, lo que funcionó a la perfección, y porque no puedes perderte un año y repetir.

«Igual que ustedes» pienso, pero luego me reprocho internamente por decirlo como si me estuviese burlando. Sea cual fuese el motivo por el cual ellos repitieron el curso, no tengo derecho a burlarme.

—Nat, vístete y baja a desayunar que no quiero llegar tarde.

Qué gran noticia, Tyler no queriendo llegar tarde. Es todo un nerd desde que se dio cuenta de que no podía repetir otro curso de nuevo y ahora odia llegar tarde. Al contrario, Sam no lo entendió todavía y sigue holgazaneando como todo un rey.

—Mandones —mascullo cuando la puerta de mi habitación es cerrada y me cruzo de brazos, pensando en no hacerles caso y volver a sumirme en el sueño espectacular que antes tenía, pero luego me saco eso de la cabeza. Si no les hago caso, puede que los dos me lleven a rastras al infierno. Y, definitivamente, no quiero eso.

—¡Te escuchamos! —gritan a la vez, su voz ligeramente apagada por la distancia que nos separa.

No entiendo qué necesidad hay de obligarme a ir al instituto a una semana de llegar aquí. De igual manera iba a ir en algún momento, pero no esperaba que tan pronto. Quería aprovechar estos días como mis vacaciones lejos de casa y de los problemas, pero al parecer ese no es su plan.

Un pequeño y agudo grito me distrae. Burry bosteza y se acerca hacia mí corriendo. Me agacho a su altura y la alzo para besarle el hocico con cariño y ternura, para luego dejarla de nuevo e irme al baño con pasos agigantados. Me doy una ducha rápida y salgo envuelta en una toalla demasiado grande para mí. Luego de colocarme unos pantalones pitillos azules, una remera negra grande de Sam que le robé anoche y mis Vans, recojo mi cabello rubio en una cola de caballo después de secarlo con el secador y dejo caer sobre mis hombros los rulos que tengo en las puntas. Disfruto viéndolo. Mi pelo es algo que no me desagrada de mi cuerpo. Me gusta verlo cuando las ondas están definidas y mi cabello cae sobre mis hombros. Disfruto sabiendo que soy una de las muchas afortunadas a las cuales les gusta su pelo así como está

y que no lo prefiere de otra manera. Porque vamos, la mayoría de las que tienen bucles anhelan tener el cabello liso y viceversa.

Volteo mi rostro hacia un lado y me encuentro con el maquillaje sobre mi tocado. Sonrío al pensar que estos eran, probablemente, de mi tía. Paso la yema de mi pulgar por la tapa y muevo la cabeza, negándome a probarlo porque, a decir verdad, no me gusta el maquillaje. Nunca me gustó ver a aquellas mujeres demasiado pintadas caminar por la calle. Y no digo que a la gente le quede mal un poco de maquillaje bien colocado, nada de eso, pero por mi parte prefiero ser natural y no arriesgarme a parecer un mapache. Eso es lo que seré si intento pintarme, lo aseguro.

Me miro al espejo por última vez y sonrío con el resultado de mi pelo recogido de esta manera. Mis ojos azul zafiro me devuelven la mirada, cansados. Mis labios de un color rosa pálido no hacen que mi rostro sea extravagante, sino normal, pero aquellos hoyuelos que aparecen en mis mejillas junto a mi boca son la envidia de la gente. Por otro lado, lo único con lo que no me siento muy conforme es con mi pequeña y respingona nariz. Es una de las partes de mi cuerpo que realmente no me gusta mucho. He escuchado a muchas decir que soy de las típicas rubias con nariz perfecta, pero viéndolo desde mi punto de vista es la nariz más desagradable que puede existir. Sin embargo, siempre me fuerzo en no ver esa parte de mi cara para no molestarme y sentirme mal conmigo misma.

Una vez terminada la inspección, salgo de mi habitación seguida por Burry.

Bajo las escaleras hacia la cocina y encuentro a mis hermanos desayunando. Me siento frente a ellos con una sonrisa y comienzo a devorar las tostadas y a beber el jugo exprimido. Ty se me queda mirando sin meditar palabras de una forma que no logro reconocer en todo el desayuno. Lo aguanto durante un rato mientras Sam habla y habla, pero cuando acabo mis tostadas, lo miro con fastidio.

—¿Qué? ¿Tengo algo en la cara? —pregunto exasperada, estrechando mis ojos.

—No, solo que no puedo creer que hayas crecido tanto —su respuesta me deja estupefacta y sorprendida durante unos segundos.

No la esperaba, sinceramente. Esperaba que me dijera algo chistoso para después burlarse o cosas por el estilo, pero no exactamente eso. Me mira como si nunca antes me hubiese visto, como si fuese una persona nueva para él en vez de su hermanita. De todas formas, es una mirada cariñosa y tierna la que mantiene en mí, por lo que no me quejo. Así que decido burlarme un poco de sus palabras para no ruborizarme con fuerza.

—¿Gracias? Oh, espera, ¿eso lo dijiste para decirme sin herirme que engordé y ahora soy una ballena?

Sus ojos destellan confusión ante mis palabras, sin embargo, cuando ve la sonrisa en mis labios se limita a negar con la cabeza, riendo.

—Bien, vámonos —interrumpe Sam, quien se levanta rápidamente con entusiasmo, agarra sus cosas con una mano y sale de la cocina sin decir otra palabra.

Miro confundida su lugar vacío. Con el ceño fruncido, me levanto luego de darle otro bocado a mi tostada y tomarme rápidamente mi jugo delicioso. No es común que Sam quiera llegar temprano al instituto, eso solo pasa cuando alguna de sus conquistas entra antes que él a clases. Ty y yo hacemos lo mismo, y lo seguimos luego de agarrar también nuestras mochilas sin mediar palabras.

Hacemos todo el trayecto de bajar por el ascensor y abrir la puerta de entrada en unos tres minutos. Se nota a kilómetros que mis hermanos están más que apurados, ya que caminan con pasos tremendamente agigantados que ni yo puedo alcanzar. Los sigo hasta llegar frente a un jeep negro —muy lindo la verdad— y nos subimos a él para luego comenzar nuestro viaje hacia el infierno.

Mirando hacia los gemelos, sonrío sin poder evitarlo. Si no fuera por ellos, no estaría en su familia. Mejor dicho... dudo que tuviera una familia. Sus padres me acogieron porque ellos querían tener una hija y no pudieron. Me adoptaron cuando tenía apenas siete años y fue gracias a Sam y Ty. Ellos me encontraron tirada en el suelo, toda sucia y magullada. Todo a causa de que

un niño más grande que yo me había pegado. Me consolaron hasta que mis llantos cesaron y sus padres los llamaron. Ellos les imploraron adoptarme a mí, pero sus padres les dijeron que ya tenían a una candidata para adoptar. Mis hermanos se empeñaron en decirles que, si no era yo la que iba con ellos a casa, no sería otra. Que la iban a maltratar y ser malos hermanos con ella. Sus padres, luego de un rato, cedieron y me llevaron, por suerte.

Éramos una familia unida. Íbamos todos juntos a restaurantes caros, veíamos películas y reíamos sin parar. Nunca nos cansábamos. Nos queríamos porque éramos familia, pero un día, Sandra, mi madre adoptiva a la cual yo le decía mamá, se desmayó de la nada. Los doctores le diagnosticaron cáncer y nos informaron que no viviría mucho tiempo más. Todos estuvimos decaídos, deprimidos, furiosos. Impotentes. Llenos de sentimientos inexplicables a la hora de hablar de eso. Un año y medio después, Sandra murió.

Desde ese entonces, William se alejó de todos nosotros con la excusa de su trabajo. No lo culpo. Nunca lo hice. El vernos todos los días de seguro que le recordaba a su difunta esposa, así como verlos a todos me recordaba a mi madre. Pero aquello no era excusa para alejarse de nosotros. Pareciera que toda la familia desapareció junto con la muerte de mi madre. Que todos nos fuimos con ella. Pero sé que una parte de cada uno de nosotros sí se apagó cuando ella se fue de nuestras vidas y nunca se volverá a prender. Era algo que simplemente no se recuperaba por más que lo deseáramos con fuerza. Ella no volvería.

Por otro lado, mis hermanos me consolaban mucho cuando era de noche porque soñaba con ella muy a menudo y cuando me despertaba, iba corriendo con una sonrisa plasmada en la cara hacia la habitación de mi madre porque pensaba que ella no había muerto y que seguía con nosotros. Pero al no verla en su lado de la cama, me desilusionaba. Rompía mi corazón en mil pedazos encontrar su lugar en el colchón vacío. Y aún más saber que mi padre ni siquiera se tomaba el tiempo de entrar a aquel cuarto para recordar los buenos momentos. Él ni siquiera lo mencionaba. Simplemente se aislaba sin importarle sus hijos que, para el caso, estaban vivos.

Lo fuimos superando al pasar los años hasta el punto que llegamos a no hablar de ella y solo recordar los momentos felices. Luego, mis hermanos se cansaron de mi padre y se fueron, dejándome sola y sin nadie con quien compartir mis emociones. Mi vida fue dura durante ese tiempo que ellos no estaban. Aun así, no los quería llamar para decirles que los necesitaba y así pedirles que me alejaran de todo lo malo que me pasaba en ese entonces.

Por lo que el viaje de negocios de mi padre fue para mí muy bueno. Aproveché el momento para desprenderme de todos mis problemas y visitar a mis hermanos. Olvidarme de todo. Estar a su lado no solo unos días, sino más de un año entero para disfrutar la compañía de ellos. Puede que nos enojemos y molestemos todo el tiempo, pero nunca dejamos de querernos. Los considero mis verdaderos hermanos y estoy segura de que ellos a mí también. Es por eso por lo que los amo. Desde el primer segundo en que me vieron, ellos adoptaron esa postura de hermanos mayores y nunca hablaron de mí siendo solo una chica adoptada por sus padres. Me consideraron más que una hermana. Me hicieron parte de la familia.

El sonido de una bocina me devuelve al presente y tengo que parpadear para lograr concentrarme en el resto del camino que queda por recorrer.

Veinte minutos después, aparcamos en el estacionamiento a un lado del instituto. Me deslizo sobre el asiento y miro por la ventana hacia afuera. Frente a mí se encuentra un gran establecimiento de ladrillos, con puertas altas de madera y un campus gigantesco lleno de estudiantes. Las ventanas, el césped, el cielo y los árboles alrededor junto con el diseño del lugar, hacen que sea un instituto típico de película. No dejo de mirar pasmada a mi alrededor mientras siento cómo mis hermanos salen primero del auto. Me quedo unos segundos más admirando la vista y levanto la mochila que se cayó en el viaje mientras veníamos.

Esperan a un lado del coche para entrar conmigo y yo me uno a ellos en solo unos instantes, parpadearo con nerviosismo. Caminamos hacia la entrada y todas las miradas se posan en mí. No solo por el hecho de que estoy entremedio de dos gemelos buenorros, supongo yo, sino por ser la única mujer que no se quiere colgar de sus fuertes brazos. Bueno, no exactamente

por el mismo motivo que las demás. La idea de colgarme de ellos para que me lleven en sus brazos y así no caminar es... realmente tentadora.

—Te acompañaremos a la secretaría para que te den tus horarios y la combinación de tu taquilla —avisa Tyler, pasando un brazo por mis hombros y sonriendo hacia unos chicos que pasaban junto a él.

—No es necesario, puedo encontrarla por mí misma. No soy estúpida, Ty —caminamos por los pasillos, ignorando todas las miradas.

—Tranquila, hermanita. Cuanto más tardemos en ir a nuestra primera clase, mejor. La Sra. Harswin es insoportable. Su voz chillona hace que quieras levantarte de tu asiento, mearle encima, pegarle con un martillo en la cabeza, volver a mearle encima, cortarle las venas, matarla, enterrarla y bailar en su tumba —explica Sam con tranquilidad, como si todo eso que dijo no sea malo ni tampoco un delito. Lo miro divertida y con una ceja levantada burlonamente.

—¿Nada más?

—Oh, claro. Cortarle esos pechos falsos y venderlos a los abuelos necesitados —sonríe con inocencia y yo carcajeo como nunca. Mi risa resuena por todo el pasillo y algunos alumnos que merodean con tranquilidad me miran raro hasta que notan con quiénes estoy y sonríen con falsedad mal disimulada.

Llegamos a la secretaría unos minutos después mientras reímos por todo lo que Sam dice de la Sra. Harswin. Una mujer rellenita llamada Henrietta nos saluda con la sonrisa más fingida que haya visto en mi vida. Aunque lo hace más para mis hermanos que para mí. El asco me ataca cuando pienso realmente en lo descarada que es su forma de mirarlos. Ellos pueden llegar a ser fácilmente sus nietos, sin necesidad de ofender.

—¿En qué los puedo ayudar? —pregunta con una voz tan chillona que me dan ganas de vomitar en mi propia boca. Pongo mi más artificial sonrisa y me dirijo hacia ella. Y en vista de que todos a los que vi eran así de falsos, me permito pensar libremente sin culpa.

«Que dejes de ver a mis hermanos como tus próximos amantes porque estoy segura de que podrías ser directamente su abuela segunda», pienso en

mi interior. Luego respondo con voz cortante mientras la fulmino con la mirada.

—El número de mi taquilla y mis horarios, por favor —pido mientras siento cómo mis hermanos miran divertidos hacia mí ante el cambio radical de actitud. Hace unos segundos estaba riendo a los mil vientos y de repente estoy toda seria y cortante.

Ella me da lo que le pido y luego vuelve a sonreír cuando nos despedimos. Quiero sacarle el dedo medio y maldecirla frente a todos, pero no lo hago, no soy tan grosera con las personas como muchos piensan. Ella se sonroja ante el guiño que Sam le da, es por eso por lo que mi enojo crece aún más. E intuyo que eso es lo que él pretende: enojarme hasta el cansancio. Me perturban las mujeres así, que coquetean sin descaro y sin importar qué. Sinceramente, siempre estuve rodeada de chicas de ese estilo cuando los chicos aún vivían conmigo en la casa de mi padre. Me usaban para conseguir algo de ellos y luego me dejaban porque alguno de mis dos hermanos les rompía el corazón. Es por eso por lo que nunca tuve una amiga verdadera y las odio por eso.

—Demonios, qué tigresa llegaste a ser, Nat —comenta con alegría Sam.

—Ya cállate. No estoy de humor y puedo arrancarte los malditos testículos con los dientes. Te aseguro que no podrás tener descendencia por más que reces —gruño enojada.

Al instante, se tapa con rapidez sus partes y me mira con el rostro contraído por el susto fingido.

—¡No te metas con Garry y Thom!

—¿Les pusiste nombre a tus bolas? —pregunto evitando reírme en su cara, pero sin poder evitarlo una sonrisa aparece en mis labios. ¡Esto sí que es divertido! Sabía que él le ponía nombre hasta a las rocas que tomaba de los parques y que adoptaba, pero tampoco para tanto.

—Sí.

Furioso se aleja dando fuertes golpes al suelo con sus zapatillas mientras sigo caminando con Ty hacia mi primera clase, sin importarnos nada su molestia. Sam acostumbra a enojarse cuando alguien no está de acuerdo con

él. Es algo de lo que no nos importa presenciar. Sus rabietas serán siempre las mismas, todas por los mismos motivos. Así que, nunca le hacemos caso a sus caprichos que son, por supuesto, muy comunes. La verdad es que se enfurece por cualquier cosa y se hace el herido solo para tener una salida exagerada y teatral con dramatización típica de él.

—Bueno, pásala bien. Estudia y bla, bla, bla... —dice Ty cuando paramos frente a una puerta blanca. En el centro tiene una placa escrita que dice «Biología» en letras grandes y negras.

—Gracias, creo.

Tomándome en sus brazos, besa mi cabeza con afecto.

—¡Nos vemos, Nat! —saluda antes de irse por el lado contrario del pasillo por el que vinimos, el cual ahora se encuentra más vacío que antes por el comienzo de las clases. Me volteo nuevamente hacia la dichosa puerta y suspiro resignada, cerrando por un segundo mis ojos.

Es aquí donde empieza la estúpida clase. Maldita escuela.

CAPÍTULO



El sonido casi inaudible que se escucha cuando toco con mis nudillos es apenas un leve susurro, pero del otro lado al parecer se escucha perfectamente cuando un «pase» llega a mis oídos como respuesta. Reprimo los pocos nervios que me atacan en este instante y abro la puerta con lentitud.

—¿Qué horas son estas para entrar a clase, señorita? —pregunta una mujer con el ceño fruncido desde el otro lado del escritorio frente a toda la clase.

La profesora es una mujer joven de unos treinta años más o menos, con una contextura esbelta y alta, sus ojos marrones son saltones y están cubiertos por unas gafas gruesas y negras, resaltando el brillo en ellos. Su pelo de color negro azabache cae por sus hombros en hondas muy definidas, de una manera que internamente envidio. Me mira con fastidio poco disimulado por haber interrumpido su clase, sus facciones serias me dan a saber que esta profesora es sumamente estricta y seria.

—Lo siento, soy nueva y tuve que ir a la secretaría a buscar mis horarios —respondo disculpándome, un poco avergonzada ante su mirada. Los nervios que antes quise reprimir lo mejor posible, brotan aún más ante ella y llegan a recorrerme por completo el cuerpo, haciendo temblar mi interior. Ya reprimí mi actitud borde unos minutos antes de decidirme a entrar porque con ella, visiblemente, no la necesito. No quiero que por ser grosera me castiguen, eso lo aprendí hace años atrás en mi antiguo instituto.

—Bien, que sea la última vez, señorita... —con un dedo de su mano derecha, sube con lentitud sus gafas por el puente de su nariz respingona mientras sus ojos penetran los míos, llenos de interrogación.

—Natalie Lawler —contesto de inmediato.

—Bien, Natalie, soy la profesora Brown —dice ella y luego me hace presentar ante toda la clase, a la cual, al parecer, no les importa ninguna de las palabras que salen de mi boca. Cuando termino, ella se vuelve hacia mí—. Ahora siéntate y copia.

Asiento con la cabeza en modo de agradecimiento y busco con la mirada un lugar libre. Hay uno en el centro de la clase y otro al fondo de todo. Obviamente, me dirijo al último, ya que odio los del medio y los delanteros. Toda la clase sigue mi recorrido con una mirada casi... asustada, y no la apartan hasta que estoy sentada junto a un ventanal gigantesco que abarca toda una pared del salón, del piso al techo. Puedo jurar que casi los escucho contener el aliento cuando mi trasero se posa en la silla. Mirándolos extrañada y ligeramente confundida por la actitud de todos, coloco mi mochila en el suelo con un ruido sordo y dejo salir del fondo de mi garganta un gran suspiro.

Acto seguido, saco mi cuaderno y comienzo a escribir lo que ella había anotado en el pizarrón antes de mi llegada. Contesto algunas preguntas de las que puso sin la necesidad de un libro, pero cuando veo que no podré terminar completamente el ejercicio sin uno, se lo pido prestado a la profesora, la cual no lo estaba usando y me lo cede a duras penas. Prácticamente haciéndome prometerle no arruinarlo ni algo por el estilo.

Una vez que termino, le devuelvo el libro y regreso a sentarme en mi lugar para luego mirar aburrida por la ventana hacia afuera. Puede que sea un poco fría o desagradable con algunas personas, pero soy aplicada a la hora de trabajar en clase. Siempre entrego a tiempo las tareas y hago bien los exámenes. Soy rápida en entender y no necesito estudiar mucho para las materias, por lo que no creo que en algún momento esta profesora llame mi atención por algunas notas bajas, porque sé que no las llagaré a tener. Un ejemplo es la tarea terminada en menos de diez minutos que dio justo antes de que yo interrumpiera la clase.

Creo ser una de las pocas que terminó con tanta rapidez.

Recorro con mis ojos todo el alrededor que puedo llegar a ver desde mi posición. Una vista realmente hermosa.

Las nubes grises llenan el cielo, dando a saber que la lluvia no tardará en llegar. Un viento fuerte azota las hojas de los árboles, dejándolas volar por todo el perímetro hasta desaparecer en la distancia, haciendo un ruido chillón al chocar contra la ventana. Coloco la mano sobre esta y sonrío. No me sorprende al encontrármela congelada.

Un carraspeo me saca de mis pensamientos sobre el clima y me vuelvo a esa persona. Lo primero que mis ojos captan del chico parado junto a mí es el pelo negro y espeso, y unos intensos ojos azul verdosos que me miran fríos y sin emoción alguna. La mano derecha sostiene una mochila sobre su hombro y la otra la mantiene en el bolsillo de su pantalón. Es alto y fornido, hermoso y muy misterioso ante mis ojos. Su mandíbula cuadrada y cincelada se encuentra sin rastro de vellos e instantáneamente quiero tocarle allí para saber cuán suave está, y sus labios... Oh, sus labios. Hermosos y tentadores.

Peligrosos.

Me quedo un segundo embelesada ante tal belleza que no me doy cuenta de las miradas que todos le dan de soslayo. La profesora lo fulmina con la mirada, seguramente por haber llegado extremadamente tarde, y los alumnos lo miran expectantes, esperando que él haga algo.

¿Por qué lo miran como si le tuviesen miedo?

—¿Sí? —pregunto mirándolo confundida y con el ceño fruncido, intentando no distraerme por su hermosura. Su altura intimida y me pregunto si no se confundió de curso. Se me hace extraño que un chico que parece ser mucho más mayor que todos nosotros, con ese cuerpo de todo un hombre, esté con nosotros, pero luego lo pienso mejor y me reprocho a mí misma. Si se hubiese confundido se hubiese dado cuenta ni bien entró al aula.

—Este es mi asiento. Búscate otro —su voz ronca, cortante y fría resuena en la habitación mientras apunta el asiento que está en el centro de la clase con un dedo. La clase repentinamente muda absorbe sus palabras y si no fuese por estar viéndolo fijamente, podría haber notado que algunos se estremecieron al escucharlo. Por lo contrario, un poco aturdida por el

intercambio de palabras bruscas de su parte, me río ligeramente sin poder creerlo.

—Vete tú. En vista de que tú no estabas cuando yo llegué, tengo permitido sentarme aquí. Procura llegar temprano la próxima vez y quizá lo consigas — me cruzo de brazos ante su mirada intensa y fulminante. No me encojo ni me acobardo, me prohíbo a mí misma hacerlo porque una de las cosas que me prometí a mí misma fue que no volvería a dejarme manipular. Mucho menos intimidar, por más difícil que fuera no hacerlo frente a tan esculturalmente escalofriante chico.

Sin embargo, su aura oscura casi hace que tiemble y no cumpla aquella promesa.

Casi.

—No, niña. Definitivamente, la que se irá serás tú. Es mi asiento, niña malcriada.

Aprieto la mandíbula al escuchar esas familiares palabras salir de su boca. Siempre piensan que soy una malcriada por haber crecido en una familia adinerada, pero terminan equivocándose todos. En mi antigua escuela me lo decían cada día que pasaba, hasta que una vez me cansé de reprimir mis emociones y me puse a llorar. Una hora después mis hermanos me encontraron encerrada en el baño de mujeres. Intenté con fuerza no decirles qué me sucedía. Sabía que, si se los decía, ellos habrían intentado arreglar todo como siempre lo hacían y estaba cansada de que constantemente arreglaran mis problemas. Así que, realmente intenté no contar nada. Y sin embargo, luego de insistirme tanto, ellos lograron sacarme un poco de información e hicieron un revuelo impresionante para que no me dijeran más como lo hacían todos mis compañeros. Por lo que, otra vez, ellos tuvieron que arreglar mis conflictos.

Aún con ese recuerdo en la mente, me levanto furiosa y lo encaro con todo el enojo que tengo dentro por revivirlo en mi cabeza.

—Para tu información, no me mandas, Muchachote. Por más que te pongas en forma desafiante, a mí no me das miedo. Ni siquiera te acerques —digo,

tocándole con el dedo índice su duro pecho—. Y malcriada no soy, que quede claro —recalco y luego de eso me vuelvo a sentar sin darle otra mirada.

Puedo escuchar cómo su mandíbula cruje por el enojo antes de que sus pasos se alejen de mi lado mientras la profesora firmemente le recuerda no volver a llegar tarde.

Entonces, después de ese encuentro fastidioso, la clase sigue y yo me vuelvo a perder en mis pensamientos como si nada hubiese pasado. Borro cada cosa sucedida hace menos de unos segundos y dejo que mi mente quede en blanco, y así que mis emociones queden profundamente enterradas. Lo último que quiero es volverme loca y avergonzarme más de lo que ya lo estoy frente a mis compañeros.

Antes de poder darme cuenta, estoy en la última asignatura antes del almuerzo. Me paso una clase entera con una profesora que tiene una voz asquerosamente empalagosa y te hace desear querer arrancarte los oídos con una sierra, pero que a la vez es tan seria que te dan escalofríos con tan solo oírle decir cosas con ese tono. Aun así, creo que me dormí la mayor parte de la hora, procurando que la profesora no me viera y despertándome a cada ratito para ver si alguien se daba cuenta de mi acto. Me digo a mí misma que luego le tendré que pedir algunas notas a algún compañero para no retrasarme más de lo que ya estoy.

Esto es culpa de mis hermanos, pienso. Si no fuera por ellos, no tendría sueño y no tendría que ir durmiendo de clase en clase. Estoy muerta y agotada, sin mencionar que en toda la hora sentí cómo alguien quemaba mi piel con la mirada desde adelante de la clase sin remordimiento. Decidí no prestarle atención a ese escozor molesto en mi mejilla y me dispuse a seguir durmiendo. Sabía quién era el causante de aquello y no pensaba darle la satisfacción de saber que me daba cuenta de sus intensas miradas.

Me maldigo a mí misma por quedarme despierta hasta altas hora ayer. Aunque si me hubiesen dicho que al día siguiente iría al instituto, no me hubiese quedado viendo la televisión hasta las dos y media de la mañana como acostumbro a hacer siempre que no tengo nada que hacer al otro día.

La hora del almuerzo al fin llega. Busco entre los pasillos a mis hermanos para ir a la cafetería juntos y finalmente comer algo, pero no los encuentro por ningún lado a pesar de estar unos cuantos minutos buscándolos por los alrededores. De todas formas, también aprovecho ese tiempo para ver todo el instituto. Es gigantesco y, tengo que admitirlo, muy bonito. No es para nada moderno y aun así se nota que está muy bien cuidado. En Wesley Chapel High School, mi anterior escuela, ubicada en Wesley Chapel, Florida, un lugar bastante pequeño comparado con otros, en donde no hay centros comerciales cercanos y donde las casas son muy grandes; no eran tan viejos. Eran relativamente modernos, pero que a la vez no tanto. Estaban bien, a decir verdad.

Aquí en Filadelfia, por lo que sé y logré escuchar, algunas de las escuelas fueron renovadas completamente, pero que a la vez se les dejó el toque antiguo de la fachada, como por ejemplo, las paredes de ladrillos.

Mientras mi mirada sigue el recorrido, buscando a mis hermanos y escaneando todo, me entero que las noticias y los chismes viajan rápido de persona en persona. Noto cómo ahora todos saben que estoy con los chicos, quiero decir, algunos comentan o afirman que estoy con los dos al mismo tiempo, otros dicen que solo soy una vecina en su edificio y otros que soy una zorra que los sigue a todos lados en busca de un poco de atención.

Todos se equivocan.

Ve pasar por mi lado a una chica baja de estatura, usando gafas y ropa holgada. Su pelo violeta es lo primero que noto de ella. Le toco el brazo con sutileza y voltea para mirarme con los ojos muy abiertos, el susto destellando en ese mar oscuro. ¿Qué piensa que le voy a hacer como para mirarme de esa forma?

Le sonrío para tranquilizarla y hacerle saber que no muerdo, no queriendo que crea que soy un monstruo cuando necesito mucho de su ayuda.

—Disculpa, ¿sabes dónde están Sam y Tyler Lawler? —pregunto con el mejor tono amigable que tengo. Ella asiente con timidez, con los ojos más abiertos que antes y luego baja la mirada hacia el suelo. No sé si soy yo la que le causa eso o es ella la que lo hace inconscientemente.

—Sí, están entrenando a esta hora —contesta. Su voz es casi un susurro que, si no fuera porque estoy cerca de ella, no lo habría oído.

—Oh... ¿sabes dónde entrenan? La verdad es que soy nueva y estoy muy perdida.

—Claro, sígueme —murmura mientras comienza a caminar por el pasillo atestado de personas que van por el lado contrario al que nosotras vamos. Sonrío agradecida y la sigo.

Esquivamos a los adolescentes eufóricos que se dirigen a la cafetería y salimos al campus. El cielo nos da a saber que va a llover en pocos minutos, más o menos, y yo respiro esa brisa fresca y fría que tanto me encanta. Amo cuando llueve y más si es en la tarde o la noche. Las hojas de los árboles vuelan a nuestro alrededor, dejándose caer con lentitud en el césped.

—Así que... ¿cómo te llamas? —le pregunto para empezar una conversación y matar el silencio. Ella aprieta más sus libros en su pecho y sonrío levemente.

—Emma, ¿y tú?

—Natalie, mucho gusto.

—Ah, igualmente. Oye... —dice un poco nerviosa mientras aparta la vista—. ¿Tú eres novia de alguno de los gemelos? —y es allí cuando comprendo cuál es la verdadera pregunta detrás de la que me hizo. Ríe en voz alta y me encorvo, llevando mis manos a mis rodillas para que no me duela mucho el estómago.

¡A ella le gusta uno de mis hermanos!

—Sí, hacemos un trío todos los días y ahora los estoy buscando para que lo hagamos en la conserjería —le digo al recuperarme del ataque, para luego tomar una postura seria y hacerle ver que lo que digo es verdad, aunque fuese una total mentira. Ella me mira horrorizada, confundida y... dolida como un pequeño e indefenso cachorro.

—¿En serio? —pregunta murmurando atónita, como si se lo estuviese preguntando a sí misma en vez de a mí.

—¡No! ¡Qué horror! ¡Son mis hermanos! —ríe.

Entonces, ella se relaja y suspira, dándome a saber que mis palabras le afectaron como si todo fuese un peso sobre sus hombros que ella quisiera eliminar, y luego sonrío con esperanza brillando en sus ojos. Retomamos nuestro camino por el campus y la veo retorcer sus dedos en los bordes de sus cuadernos. No digo nada sobre ello. Parece ser común para ella andar nerviosa y definitivamente no quiero decir nada para molestarla. Finalmente, hay alguien que no es falso conmigo, y no desperdiciaré ningún segundo solo por ser estúpida y entrometerme en cosas que no me incumben. Pero aquella idea de que sea un tic nervioso se escapa de mi cabeza cuando ella suspira y deja de mover sus dedos. Luego de eso, ya no lo vuelve a hacer.

Una vez que mi risa disminuye, le pregunto:

—¿Cuál de los dos te gusta, Emma?

—Ninguno —niega con la cabeza y esquiva mi mirada. Noto fácilmente la mentira, no solo por su voz, la cual de repente es casi inaudible, sino por el temblor que tiene al decir las palabras.

—Por favor, no mientas porque te sale mal, amiga —la codeo juguetonamente.

—¿Amiga?

—¿Qué? ¿No tienes amigas que te llamen así? —ella baja la mirada al suelo con tristeza y se encoje de hombros, como si fuese algo que la avergonzara.

—No... —susurra.

Me quedo callada al ver que lo que dice es la pura verdad. Aquella tristeza notable en sus ojos puede deberse a su soledad en esta escuela. Aunque me parece tierno verla así de tímida y notar que es sincera con lo que dice, no puedo evitar preguntarme por qué no tiene amigas. Bien, yo tampoco las tengo, pero hay una excusa buena del porqué no. ¿Y ella? No lo sé, pero se ve simpática y buena, no como todas las chicas que conocí una vez que ni bien te ven, te fulminan con la mirada y rezan porque te salga acné en toda la cara.

—Entonces... —empiezo a decir, pasando un brazo por sus hombros—. Yo lo seré a partir de ahora —una lenta sonrisa aparece en mis labios mientras veo cómo estudia mi rostro, buscando indicios de alguna mentira.

—¿Quieres ser mi amiga? —cuestiona, la ilusión brillando en todos sus rasgos delicados causando que sus ojos marrones parezcan más grandes por la felicidad.

Asiento muy decidida a no tener pena por ella.

—Claro. Nos llevaremos bien, y yo te puedo presentar a mis hermanos. Eso sí, si me dejas por uno de los dos y me entero que me usaste para llegar a ellos, te asesino —le advierto con la mirada.

—¡Gracias! —abrazándome con sus delgados brazos, me aprieta fuertemente contra su cuerpo. Me sorprende la fuerza que tiene, pensaba que apenas sentiría su tacto cuando me abrazase, pero ahora sé que no es así; casi me saca todo el aire de los pulmones.

—No hay de qué. ¿Nunca les hablaste?

—¿A tus hermanos? No, soy tímida y me pongo nerviosa cuando estoy cerca de alguien.

—Bueno, intentaré ayudarte con eso. Aunque sea un poco —ella sonrío.

—Gracias.

Caminamos unos metros más hasta que finalmente llegamos a las gradas de la cancha de fútbol americano. Puedo vislumbrar a mis hermanos sin importar que tengan esos cascos que tapan sus rostros y, al parecer también lo hace Emma, ya que mira embelesada a Sam. ¿Cómo es que los distingue si ni siquiera les habló?

—Te gusta Sam —no es una pregunta, sino una afirmación la que sale de mi boca.

—¿Cómo lo sabes? —su tono sorprendido aparece.

—Desde que llegamos aquí solo ves a Sam, por lo tanto, es obvio. Pero ¿cómo los distingues? —ella se encoje de hombros.

—No lo sé. Mi mirada solo lo encuentra y se queda en él todo el tiempo. No siento lo mismo cuando veo a Tyler, es por eso por lo que los distingo —sonrió.

—Eso es raro —Emma afirma con un movimiento de cabeza.

—Lo sé.

—Estás enamorada, ¿no es así? —me mira y luego baja la cabeza.

—Él nunca se fijaría en mí. No soy de su tipo, Natalie.

—Dime Nat. Estamos en confianza.

—Bien, Nat. No soy del tipo de chica que le gusta. Nunca me vería como lo hace con otras chicas.

—¿Quieres decir como una zorra fácil? Tranquila, nunca te verá así porque tú no eres de ese tipo —o eso creo, agrego internamente porque a decir verdad no la conozco tanto como para decir eso. Ella ríe, ajena a mis pensamientos. ¡Qué risa tan dulce!

—No, lo digo porque soy una *nerd*. Soy fea, uso anteojos, no soy porrista y...

—No digas eso —le corto—. Es más, pienso que tú serías muy buena para mi hermano. Estoy segura de que le harías cambiar de parecer con respecto a lo de acostarse con todas —o eso espero—. Él es muy arrogante y muy orgulloso, quiere que todo le salga bien, pero nunca juzga a nadie. También soy *nerd*, a mi manera, pero lo soy —le comento para darle ánimos.

—No lo sé...

—Si quieres podemos hacerte un cambio de look para sentirte... distinta o renovada. Leí en algún lugar que eso ayuda. Aunque te advierto que no me gusta ir de compras, pero puedo hacer una excepción por ti y acompañarte. Eso sí, no preguntes sobre moda porque no soy la indicada para eso.

Ella vuelve a reír.

—Gracias, me encantaría, pero quisiera algo simple y natural.

—Eso te lo puedo dar yo. Soy buena siendo natural —nos sonreímos mutuamente y miramos a la cancha—. ¿Qué te parece si vienes mañana a mi casa y te quedas a dormir?

—¿No es mejor que Sam me vea luego del cambio?

Niego con la cabeza.

—No, porque así notará tu cambio repentino de look y se dará cuenta de que no eres como las otras chicas. Te verá por cómo eras antes del cambio y

eso causará algún efecto en él. Créeme, conozco a mi hermano —ella asiente—. Genial, mañana te irás con nosotros a la salida.

—Claro.

Diez minutos después, luego de hablar con Emma para conocernos más y entendernos mejor, el silbato del entrenador suena y todos se detienen para tomar aire y descansar. Mis hermanos caminan hacia los vestuarios, pero antes de entrar me encuentran en las gradas y me saludan con la mano. Mi amiga baja la mirada y se ruboriza fuertemente mientras les devuelvo el saludo y sonrío.

—Cuando salgan te los presentaré —le aviso por lo bajo y viendo a los chicos perderse en el vestuario. Emma asiente y suspira, de seguro procesando todo.

Miro a mi alrededor para matar el tiempo en vista de que no tengo nada qué decirle a Emma. El campo de fútbol está completamente destrozado gracias a las pisadas fuertes de los jugadores. Me encuentro viendo a algunas personas dando vueltas al campo corriendo y ejercitando, y también a unos pocos que están sentados leyendo o haciendo tarea debajo de los árboles que se hayan cerca de la cancha.

Mis hermanos salen unos quince minutos después con sus cabellos desordenados, al tiempo en que se colocan las mochilas sobre sus hombros y se acercan a nosotras. Les sonrío.

—Hola, chicos.

—Hola —responden simultáneamente, mirando con interrogación a mi amiga.

—Eh, chicos... les presento a mi nueva amiga. Me ayudó a encontrarlos. Ella es Emma. Emma, ellos son mis hermanos: Tyler y Sam —los presento señalándolos a cada uno, ignorando el hecho de que Emma los conoce muy bien. Los mira con una sonrisa leve, casi inexistente, y le estruja primero la mano a Ty cuando este se la tiende. Cuando va a estrecharla con Sam, ella se sonroja con rapidez y baja la cabeza tímidamente.

—Mucho gusto —se coloca la mochila bien en el hombro y se acerca a mí. Mejor dicho, intenta esconderse a mis espaldas, pero yo solo sonrío y la tomo

por los hombros para mantenerla en el lugar.

—Ya que las presentaciones están hechas, es hora de que vayamos a comer. Muero de hambre.

Todos asienten de acuerdo conmigo y nos vamos a paso rápido a la cafetería, con nuestros estómagos rugiendo.

Emma no se separa de mi lado ni por un segundo, y apenas le dirige la mirada a mi hermano. Eso me da la esperanza y la certeza de que ella no me usará para llegar a él y luego dejarme. Odio cuando hacen eso, pero desde que la vi y supe que le gustaba Sam, me di cuenta de que no era como las demás que solo me usan como anzuelo para atrapar a la presa. Es un poco apresurado pensar eso, lo sé, pero no puedo evitarlo.

Luego de recoger nuestros respectivos almuerzos, nos sentamos en una mesa vacía; Emma a mi lado y los chicos enfrente. Toda la cafetería se encuentra atestada de estudiantes charlatanes y gritones que llegan a ensordecen a los demás. Las risas, mejor dicho, los chillidos de algunas chicas resuenan por todo el lugar como un eco que penetra mis oídos y hacen que mis tímpanos quieran explotar.

—Bueno, ¿cómo estuvo su entrenamiento? —pregunto para que el ambiente se suavice y no concentrarme más en las voces a mi alrededor.

Por suerte, funciona.

—Bien, les pateamos el trasero, hermanita —responde Sam. Ty y él ríen, al tiempo en que chocan sus puños.

—Los felicito —digo—. Así que... espero que no les moleste, pero Emma vendrá mañana a quedarse a dormir. Servirá para conocernos mejor. ¿Qué les parece? —ellos se encojen de hombros sin prestarme mucha atención ni a mí ni a mis palabras.

—Claro, no hay problema —allí lo hacen de nuevo. Dicen todo al mismo tiempo.

—Así que, Emma, eres la chica que baila *ballet*, ¿no? —ella mira a Sam con los ojos abiertos cuando este habla y se ruboriza, otra vez.

—¿Cómo lo sabes? —cuestiona sumamente asombrada y con un tono suave, estupefacta.

—Cuando la práctica se alarga hasta la tarde, siempre te vemos bailar sola. Que, por cierto, lo haces muy bien —ella agacha la cabeza y susurra un casi inaudible «gracias».

—¿En serio? ¡No lo sabía! —exclamo viéndola con desaprobación y el ceño fruncido—. ¿Bailas *ballet*?

—Sí, nunca me preguntaste si hago algo así que... —me susurra y yo río como si me hubiese dicho el mejor chiste del mundo.

—Es cierto. ¿Haces algo más aparte de *ballet*? —niega con la cabeza—. Bueno, pues, si llegas a hacer otra actividad, avísame, así lo hago contigo —le sonrío.

La charla animada sigue hasta que el almuerzo termina y todos nos vemos obligados a volver a nuestras tediosas clases. Siento por el resto de la tarde cómo estas se me hacen eternas. Constantemente paso la misma vergüenza en todas ellas, ya que todas las profesoras y los profesores piden que me presente, que diga de dónde soy y por qué estoy aquí. Siempre se sorprenden al escuchar que soy la hermana de los gemelos. Estoy más que segura de que las chicas, la mayoría, antes de saber que era hermana de ellos pensaban que estaba con alguno de los dos o con los dos, para el caso. Pero no, cuando escucharon salir esas palabras de mi boca pude oír varios jadeos, suspiros de alivio y algún que otro pequeño y casi inexistente aplauso.

Las clases terminan ni bien el reloj da las cuatro de la tarde. Me despido de Emma con un abrazo, diciéndole que nos veremos mañana, y con mis hermanos nos subimos al auto y volvemos al departamento. Es bueno vivir de nuevo con ellos, ahora no me siento tan sola como antes. Y justo cuando me deslizo en el asiento trasero, la ansiedad me ataca y estoy casi brincando de alegría todo el trayecto al departamento al recordar que me faltan por abrir esos regalos que me daban durante tantos años y que nunca abría. Ambos me miran interrogantes por el espejo retrovisor al yo haber reaccionado así de la nada, y yo solo sonrío con felicidad.

Estoy segura de que aquellos regalos me encantarán, aunque sean de hace años.

CAPÍTULO



—¿Por qué sonreías tanto en el auto? —pregunta Ty al llegar a nuestro piso, lanzando las llaves en un cuenco que hay sobre una mesita junto a la puerta de entrada.

—Quiero que abramos los regalos que me mandaron hace un año. ¡Vamos! —gritando enérgicamente, salgo corriendo por las escaleras hacia mi habitación.

Todo en mí se siente bien, como si nada pudiese quitarme la felicidad. Es extraño, hace bastante tiempo que no me comporto así. Desde que llegué, puedo decir que me siento más relajada y alegre con ellos, y con la vida en general. Antes la odiaba e intentaba con muchas fuerzas olvidar, no quería vivir mi día a día con pesadillas. Pero ahora quiero borrar todo de mi cabeza y llenarlo con cosas del presente. Recuerdos nuevos, experiencias nuevas. Vida nueva. Renacer y poder finalmente comenzar de cero como tanto deseo.

Noto que no me siguen cuando abro la puerta de mi cuarto, por lo que asomo mi cabeza por las escaleras y les sonrío feliz.

—Vengan, los quiero abrir con ustedes.

—Oh, si eso es lo que quieres, niña rara... —susurra alegremente Sam, recalcando y enfatizando esas dos últimas palabras, mientras él y Ty suben las escaleras con lentitud. Algo que me exaspera, pero que por suerte no logra quitarme el estado de ánimo que llevo.

—¡Te escuché, idiota! —exclamo en respuesta antes de abrir la puerta de mi cuarto para lanzarme en el suelo junto a mi cama.

—¡Ese era mi propósito!

Me río y busco la maleta que contiene los regalos. Tanteo con mi mano hacia los costados hasta que logro encontrar la manija de una de mis maletas. La saco y la coloco sobre la cama, para luego subirme yo también. Una brillante sonrisa aparece en mis labios cuando los dos entran y se encaminan hacia mi lado. Al instante, noto lo pequeña que la cama es en comparación con todos nosotros y la maleta, por lo que me hago a un lado y les dejo un poco más de espacio a los cuerpos fortachones de mis hermanos. Si no fuese tan grande y ellos hubiesen subido saltando a la cama, era imposible que yo no saliera volando. Pero por suerte esta vez, logro agarrarme del brazo de Sam y así evitar caerme.

—Bueno, ¿cuál abrirás primero? —pregunta Tyler mirándome con curiosidad, intercalando la mirada entre la maleta y yo. Me encojo de hombros y agarro un regalo cualquiera.

—Este —desenvuelvo el papel con rapidez y entusiasmo que no puedo ocultar. Siento cómo mi sonrisa es bastante grande y delatadora como para hacerles saber que estoy extremadamente contenta de finalmente hacer esto. Cuando termino por desgarrar el envoltorio, me encuentro con un conejo de peluche muy relleno y suave al tacto. Sus ojos están medio torcidos y su iris mira hacia direcciones opuestas, pero para mí eso lo hace a un perfecto—. ¡Qué lindo!

—Te hubiera gustado más si lo hubieras abierto hace más de cuatro años, cuando eras más pequeña y te seguían gustando los peluches —comenta Sam rodando los ojos y yo no puedo ocultar mi molestia a ese comentario. Le pego en la nuca en respuesta porque realmente era innecesario decirlo. Por más que tuviese diecisiete años, aún me agradaban estas cositas rellenas y gordas con las que decorar mi cama cuando la arreglo. Aparte, no era lo mismo para mi yo de niña abrir aquellos regalos sin nadie viendo la alegría bullendo de mis poros. Si los hubiese desenvuelto hace años, no tendrían ni remotamente el mismo efecto que ahora, que por fin estoy con ellos. *Definitivamente no.*

—Lo adoro —les sonrío y dejo el peluche a un lado.

Entonces, agarro otro sin importarme cuál es. Tomo una taza que dice «Tyler, Sam y Nat», con una caligrafía en cursiva y en color negro junto con un corazón rojo debajo. Me río, recordando todas las tazas que teníamos de pequeños y que rompíamos cada cierto tiempo. Acto seguido, abro otro obsequio: una remera con una imagen de mí durmiendo cuando tenía siete años aparece ante mis ojos. La alzo en el aire y me la quedo observando.

—Es el primer día que llegaste a casa... —susurra Ty viendo la foto impresa. Volteo mi cara hacia ellos, quienes me sonríen reviviendo ese día—. Mamá sacó la foto. Recuerdo haberla visto llorar mientras dormías. Estaba tan feliz.

—Mamá estaría orgullosa de ti, Nat. De todos nosotros —Sam agrega suavemente, mirándome a los ojos con intensidad para que yo realmente note la verdad en sus palabras. La noto, *por supuesto que lo hago*.

Al instante, mis ojos se llenan de lágrimas. Me vuelvo sensible cada vez que hablamos de nosotros y de todo lo que pasamos juntos. El hecho de que ellos se hayan ido cambia mucho, pero a la vez nada. Dejo junto a mí la remera y los abrazo fuertemente, dándoles a saber sin decir ni una palabra cuánto los quiero. Por más que sus cuerpos y voces hayan cambiado radicalmente, sus espíritus siguen estando tal cual como recuerdo. Esas almas puras y buenas que me rescataron se encuentran en el fondo de esos adolescentes frente a mí. Y a pesar de no verlas a menudo, este día puedo verlas fijamente y decir que están allí. Esos niños no desaparecieron. Solo... crecieron y maduraron, y se volvieron mejores.

—Los quiero, lo saben, ¿no? —ellos asienten—. Me salvaron de irme con alguna familia que no quería y por ustedes tengo todo lo que nunca imaginé tener. Gracias —murmuro—. Mamá *está* orgullosa de todos nosotros. Lo sé.

Nos damos otro apretón lleno de afecto, y luego intento contener todas mis emociones, las cuales hace bastante que están pendiendo de un hilo, siempre a la espera de que las dejase salir.

Segundos después, intentando contener las lágrimas, sigo abriendo mis regalos.



Luego de media hora riéndonos, tengo muchas cosas para decorar mi habitación prácticamente vacía. Una mochila nueva con fotos de nosotros haciendo caras raras que van desde mis ocho años hasta los diez años, un álbum de fotos familiares e imágenes enmarcadas de una manera extraña para colocar en la pared; también otros dos peluches que dicen «Te amamos mucho, pequeña», —los cuales me hicieron que dejara de contener las lágrimas de felicidad y así llorar a mares. Por otro lado, había unas zapatillas que, según mis hermanos, no fueron entregadas hace mucho tiempo como los anteriores obsequios. Algo así como un año o dos que ellos me las enviaron y, que por suerte me quedaban bien, ya que mi pie no creció casi nada en dos años; una caja de maquillajes no muy grande y llena de ellos —a pesar de que nunca use maquillaje—, collares de mis bandas favoritas en aquel tiempo, y un bolso precioso de salir.

Creo que lloré cada vez que abría cada regalo, y mis hermanos se burlaban de ello, pero me abrazaban de todas. Nos reímos de lo que recordábamos en la infancia y las cosas que hacía cuando dormía, como si el tiempo no existiese a nuestro alrededor y estuviésemos envueltos en una nube de recuerdos de la que no quería salir.

En la noche, cenamos *pizza* todos juntos en mi habitación. La pedimos con el celular de Sam y mientras él bajaba a recibirla, Ty y yo terminamos de ordenar mis obsequios en los lugares correspondientes de mi habitación.

En algún momento luego de comer, nos quedamos dormidos, porque cuando me despierto los tres estamos en cualquier parte de mi cama y con los peluches encima de nosotros. La espalda me duele mil infiernos por la posición incómoda en la que dormí y mi cabeza palpita de dolor por encontrarse prácticamente colgando fuera de la cama mientras mis hermanos se abrazan a mis piernas como dos koalas. Incorporándome de a poco, intento zafarme del agarre de ellos. Luego de dos intentos, ambos me sueltan a duras penas mientras maldicen algo en sus sueños. Y sí, lo hicieron los dos al mismo tiempo.

Volteo hacia el reloj y me fijo en la hora.

—¡Sam, Ty! ¡Llegaremos tarde si no se apuran! —exclamo desesperada y alarmada saliendo de la cama de un salto y corriendo a mi armario como si mi vida dependiera de ello. Mis hermanos, del susto, caen de la cama y gimen de dolor—. ¡Vamos, apresúrense!

Me lanzan una mirada adormilada, pero con mis gritos sus ojos se abren y salen de mi habitación con pasos acelerados. El baño rápido que me doy no hace nada para que mis músculos tensos se sientan más relajados. No solo porque el agua está completamente fría, sino porque no me doy casi nada de tiempo para disfrutar del baño. Al salir, me pongo lo primero que veo, dejo que mi pelo se esparza por mis hombros y me coloco mi mochila sobre mis hombros luego de cepillar mis dientes.

Bajo con rapidez las escaleras y espero en la puerta de entrada a los chicos. Ellos hacen el esfuerzo de no caerse de las escaleras, pero como son tan idiotas, se caen.

—Pero serán estúpidos —ríndome a carcajadas, los ayudo a levantarse.

Por el resto del camino hacia la planta baja de nuestro edificio se esfuerzan por no caer dormidos ni tropezar. El aire fresco que choca contra nosotros cuando salimos a la calle aleja todo rastro de sueño de nuestros sistemas. Nos adentramos en el jeep. La calefacción es rápidamente encendida cuando nuestros traseros se deslizan por los asientos, para luego salir pitando hacia el infierno llamado instituto.

El tráfico no es tanto, pero tampoco leve. Las personas se insultan unas a otras porque algo las hace llegar tarde al trabajo, unas pocas mujeres sacan a sus perros a pasear y estos ladran cuando escuchan gritar a los conductores. Tengo que taparme los oídos para que no sangren durante todo el trayecto. Por otro lado, mis hermanos mantienen una conversación sobre deportes y puntajes en la que no me logro sumar.

Llegamos veinte minutos después a causa de un imbécil al que se le ocurrió pararse en medio de la calle y fumar un cigarrillo porque estaba cansado del trabajo y se le gastó la gasolina, aparte de que no se dignó a llamar a un maldito remolque. Aquello me deja molesta por llegar nuevamente tarde y ni

bien aparcamos en el estacionamiento, salgo del auto corriendo hacia mi próxima clase sin fijarme en nadie.

Me contaron mis hermanos que el Sr. Helpshit, el profesor de Historia, le da un sermón de una hora a cada estudiante que llega apenas un minuto tarde a la clase. Para mi mala suerte, llevo veinte minutos de retraso, por lo que el discurso que me dará no será simplemente de una hora.

Apresurada, corro por los pasillos hasta llegar ante la puerta de la clase. Mi respiración es agitada y mi pelo un desastre espantoso. Estoy más que segura que si me veo la ropa, voy a encontrarla toda empapada por mi sudor. Hago una mueca de asco y respiro hondo antes de incorporarme.

Toco la puerta con mis nudillos y entro cuando escucho una respuesta del otro lado.

El Sr. Helpshit me fulmina con la mirada y yo sonrío lo más inocente posible. Es un señor agrio y de mal carácter, lo cual se ve desde la distancia sin siquiera conocerlo. Al parecer, le gusta mucho usar trajes, y su calva es a la única cosa que la luz ilumina. Le saludo con la mano mientras camino hacia un asiento vacío en algún lado de la clase, aún con mi sonrisa de niña buena, y trato de pasar sin que me llame la atención ni me recrimine nada. Sin embargo, él se da cuenta de mi intento de escape.

—Señorita, venga aquí para que le hable de lo malo que es llegar tarde a la clase y de interrumpirla también.

Mierda.

Mi infierno con el profesor termina a los cuarenta minutos gracias a la hermosa y salvadora campana. Ni bien escucho esa cosa aguda que siempre odié y que en estos momentos amo con toda mi alma, tomo mi mochila del piso y salgo sin darle una mirada al estúpido y parlanchín Sr. Helpshit.

Almuerzo al igual que ayer con Emma y mis hermanos. Noto cómo visiblemente mi amiga se sienta en su asiento más suelta y menos tímida que el día anterior. Pero sigue sin darle ninguna mirada a Sam. Ni siquiera se dirige a él cuando habla. Y sé que él lo sabe porque la mira confundido, pero no dice nada. Casi me parto de la risa cuando él le pregunta si todavía va a venir a dormir a nuestro departamento y ella, mirando a Ty, le responde que

sí. Sam se levanta furioso, su silla resonando contra el suelo, y se aleja por aquello. Dolida, Emma lo ve irse y baja la mirada antes de salir de la cafetería por el lado contrario. Con Ty nos miramos y nos empezamos a reír como nunca lo hicimos antes. Amamos los dramas y este definitivamente es un gran espectáculo.

Las clases de la tarde, por suerte, las tengo con Emma. No hablamos nada que se trate de mis hermanos y menos de Sam. Por primera vez, alguien se ríe de mis chistes. Son un asco. Sinceramente, no se le pueden llamar chistes. Desde que se fue de la cafetería, Emma no sonrío ni ríe por nada. Solo mantiene la mirada fija en el piso, como si estuviera pensando en algo que no puede descifrar. Pero me las empeño muy duro para que ella sonriera. Y funciona, luego de cuarenta minutos molestándola sin parar.

A la salida, Ty nos espera parado fuera del jeep y Sam dentro del auto con el semblante serio, su aura visiblemente roja por el enojo. La perplejidad y la furia se pueden notar desde la distancia que nos separa del auto. ¿Tanto le molesta que Emma no le dé ni la hora?

Sin embargo, es muy gracioso cómo se comporta Sam ante la ignorancia de mi amiga. Me da pena en parte porque es mi hermano, pero también siento que se lo merece. Sam siempre quiere toda la atención puesta en él, y si no la tiene, la intenta conseguir de cualquier manera. Aunque sé con certeza que logrará que Emma le preste atención, por más que ella esté ya a sus pies, completamente enamorada, y él no lo sepa.

Nos subimos a los asientos traseros y ponemos música de la radio. El sonido de una canción que desconozco llena el silencio del auto hasta que Ty canta la única parte que se sabe con una voz tan aguda que me hace reír a carcajadas sueltas. Cuando termina esa, todas las canciones que vienen luego me las sé; las canto a todo pulmón y gritando. De vez en cuando, en alguna estrofa, Ty se me une y reímos a la misma vez como si la tensión no rodeara la longitud del coche. Parecemos perros aullando a lo loco en vez de personas intentando *cantar*. Mi amiga se ríe de las caras que hacemos al movernos al ritmo de las canciones. Su risa es algo así como... angelical. No sé

exactamente la palabra para describirla, pero con certeza puedo decir que es extremadamente delicada y dulce.

De reojo, puedo notar que Sam, mi querido hermano, la mira por el retrovisor cuando ella ríe. En cuanto nota que lo descubro mirándola como si fuese el dulce más rico del planeta, esquiva mi mirada y la mantiene fija sobre las calles.

Dejo que mis ojos corran de él hacia ella, y viceversa. «Voy a unir a este par de tórtolos sea como sea», pienso, y siento cómo el aire dentro del auto se calienta porque es realmente imposible no notar la química volando a nuestro alrededor.

Llegamos diez minutos después. Sam sale corriendo del auto para subir a nuestro piso y luego encerrarse en su habitación sin decirnos ni una palabra. Emma mira las escaleras que llevan al entresuelo con tristeza y luego a su alrededor.

—Es muy linda —comenta repasando con la mirada el suelo, los muebles y las paredes.

—Lo sé —sonrío y le tomo la mano con un apretón—. Vamos a hacer palomitas y luego ver una película —ofrezco y ella acepta gustosa hacer lo que dije.

Saco una bolsa de palomitas de maíz y la pongo en el microondas. Minutos después, nuestro aperitivo ya está listo, por lo que vamos hacia el sillón y nos tiramos en él con cansancio. Comenzamos a ver la película *We're the Millers* hasta que mi estómago ruge y pide que lo alimenten otra vez. Algo que tengo que aclarar es que nunca me canso de comer. El hambre me viene a cada rato. No puedo vivir sin comida. Creo que como mucho más que la gran mayoría de las chicas y chicos de mi edad, pero me da igual. Es lo que amo hacer aparte de otras cosas. Hay veces que como varias cosas a la vez y a la hora sigo teniendo hambre. *Así soy yo.*

Miro sonriente a Emma y esta me devuelve la mirada con confusión brillando en sus ojos marrones. Se sube las gafas con su dedo índice y frunce el ceño.

—¿Hacemos malteadas? —pregunto. Asiente y vamos de nuevo a la cocina. Saco el pote de helado de chocolate del refrigerador y lo dejo en la mesada. Nos empeñamos en hacer cuatro malteadas, pensando que mis hermanos también querrían, y luego, cuando ya están listas, miro a Emma—. Le llevaré esta a Ty y tú la otra a Sam.

Sin dejarle decir una palabra contradictoria, subo las escaleras casi corriendo y entro en la habitación de Ty. Se encuentra con los auriculares puestos, por lo que deduzco que no me escuchó entrar. Así que dejo la malteada en su mesa de noche y lo empujo levemente para que me preste atención. Él me mira con el ceño fruncido.

—No me quiero perder esta escena y creo que tú tampoco. Emma le llevará una malteada a Sam y quiero ver la reacción de los dos —comento ansiosa y empujándolo hacia la puerta. Cuando digo todo eso, él me mira divertido y, como mi cómplice, nos acercamos con sigilo a la puerta entreabierta del cuarto de Sam. ¡Somos ninjas encubiertos! ¡Siempre quise serlo!

Asomamos nuestras cabezas y vemos todo lo que pasa. Emma se acerca tímidamente a mi hermano, el cual lleva en sus piernas su laptop con sus auriculares puestos. Puedo sentir el nerviosismo de mi amiga a cada paso que da y cuando le toca levemente el brazo con un dedo, mi hermano se sobresalta, se quita los auriculares y la mira confuso.

—Y... yo, eh... Hicimos m... malteadas y te traje una. Nat le llevó una a T... Ty y, bueno, y... yo a ti. *Espero que te guste* —dice con atropello la última frase, entregándole la malteada con manos temblorosas. Sam mira con adoración del batido a Emma y viceversa. Sonríe.

—Gracias.

Emma se ruboriza y baja la mirada como si no pudiese contenerse.

—De n... nada, Sam. A... ahora me tengo que ir a ver una película. Nos vemos —hace un ademán con la mano en forma de un leve saludo de despedida y se da la vuelta aún con sus mejillas encendidas. Con Tyler salimos de nuestro escondite para meternos en su habitación y que no nos vean espíandolos antes de que Emma se dé cuenta de nuestra presencia. Una vez que cerramos la puerta, nos reímos.

—Eso fue épico. Nunca vi a una chica tan tímida y que tartamudee de esa manera —comenta Ty tocándose el estómago.

—Yo tampoco. ¿Viste la mirada que le dio Sam al batido y a Emma? ¡Era de adoración absoluta!

—¡Lo sé!

—Ahora me tengo que ir porque tengo a una invitada que me va a matar por hacerla pasar ese papelón. Por lo tanto, deséame suerte, hermanito.

—Suerte.

Salgo de la habitación y bajo las escaleras hacia el salón. Y en vez de encontrar a una Emma enojada, como bien me esperaba, encuentro a una sonriente y feliz. Hago que no noto esa sonrisa y me siento a su lado como si nada. No tengo que hacerle saber que presencié todo.

Terminamos viendo dos películas; una de miedo y otra infantil. Mientras tanto, pedimos comida a domicilio y nos la comimos con las vistas espectaculares de hombres semidesnudos que hay en algunos comerciales. Ella se ríe cuando digo cosas descaradas sobre esos tipos y los señalo con mi tenedor. Me contó que nunca antes había escuchado de cerca a una chica que dijera tantas barbaridades y descaros en menos de un minuto. Me reí ante ese halago.

Me siento cómoda al estar con ella así. Es sorprendente el hecho de que ella no empezara a hablar sobre mi hermano, sobre qué tan bueno está o qué tan grandes son sus brazos. No dice ni una palabra sobre alguno de los gemelos. Es más, evita ese tema de conversación cuando lo saco a colación. Eso me da otra esperanza más y la corazonada de que no es como todas las que juegan a ser tus amigas y luego, cuando consiguen su propósito, te dejan.

A las diez de la noche, Emma me comenta que tiene sueño y me pregunta si no es molestia que ella se vaya ya a la cama. Dice que su entrenamiento de *ballet* la agotó y que tiene todos los músculos entumecidos. Le digo cuál es mi habitación y de dónde podía sacar ropa.

Al estar en mi cuarto, me pongo unas calzas negras deportivas, una musculosa —también deportiva— y unas zapatillas de correr. Ato mi cabello en una cola de caballo y me encamino a la puerta de entrada, no antes de

tomar mi celular, mis auriculares y apagar la luz para que Emma pudiera dormir.

Salgo a la calle y comienzo a correr.

Muchas veces salgo a correr de noche porque es cuando la gente no está para molestar, exceptuando los vagabundos y borrachos. Siempre odié tener que esquivar a todos y la mayoría de las veces ser tumbada sin querer por hombres apurados. La gente estorba mi camino y rompe mi paciencia cuando corro bajo la luz del sol, por lo que siempre elijo las noches. Trotar bajo el manto oscuro lleno de estrellas mientras la brisa hace a mis vellos erizarse. Ya hace una semana que no salgo a correr por todo lo de la mudanza con mis hermanos y el colegio. Sin embargo, cuando tengo tiempo, lo aprovecho para salir a hacer ejercicio. Nunca pude levantarme temprano en la mañana para correr porque me da pereza y termino quedándome dormida en el banco del parque más cercano.

Corro contra el frío viento y me impulso más adelante, incitándome a seguir y a aumentar mi velocidad, muy insegura de a dónde voy, pero sin importarme ese hecho en realidad.

Me tomo mi tiempo en respirar pausadamente e inhalar el viento gélido de la noche chocando contra mi cara y alborotando mi cabello. Mi piel se eriza por no llevar un abrigo y disfruto el sonido que los grillos. El cri, cri, cri me envuelve y se mezcla con la música sonando en mis oídos. Sigo unas manzanas más, dejándome llevar por las canciones que resuenan en mis auriculares mientras trato de controlar mi respiración. Mis pasos resuenan contra el pavimento.

El fuego que siento en mis piernas me relaja y no se compara a nada con mis pulmones. Necesito aire y es por eso por lo que tomo varias respiraciones más, aún sin parar ni disminuir la velocidad. Mis brazos se mueven al mismo ritmo que mis piernas, hacia atrás y adelante con la misma rapidez, en un vaivén sincronizado.

Mis músculos se tensan y es cuando me doy cuenta de que tengo que parar. Me encuentro jadeando y sudando. Agitada, me encorvo hacia adelante. Mis brazos apoyados sobre mis muslos mientras mis manos cubren mi rostro. La

sangre corre con fuerza contra mis venas y puedo sentir el sudor deslizarse por mi piel, dejándome brillante a la vista.

Aparto mis manos de mi rostro y me reincorporo como puedo, el cansancio abarcando cada movimiento. Mis músculos chillan y piden piedad, pero los ignoro. Miro a mi alrededor intentando ubicarme, pero no conozco nada de lo que veo. Aun así, algo me llama completamente la atención.

Muchas personas se dirigen a un lugar grande y oscuro. Las luces del interior iluminan un poco a las afueras, al menos para ver por dónde caminas. Hay chicos y chicas empujándose para llegar a la entrada mientras gritan nombres que no logro descifrar a esta distancia, como si estuvieran apoyando a alguien. Sus cuerpos se deslizan por el césped hasta la puerta de entrada, en donde más tumulto de gente se encuentra queriendo entrar a tropezones. Confundida, me acerco más hasta ver desde la distancia a dos muchachos altos, esbeltos y muy musculosos en la entrada, pidiendo boletos a las personas. Por un momento pienso en un concierto, pero es demasiado pequeño para uno. Quizá es un pequeño show privado, pero algo dentro de mí me hace dudar de ello también.

Me alejo de ese tumulto de gente y miro hacia los lados con mucho esfuerzo. Estrecho mis ojos a más no poder. La luna hace poco por iluminar el lugar y los faroles encendidos dentro del recinto tampoco sirven de mucho. Logro ajustar mi visión justo antes de comenzar a caminar. Un callejón al costado del gigante edificio hace que mi curiosidad crezca más acerca de este lugar, por lo que me encamino hacia allí. Mirando a mi alrededor, busco una entrada oculta o algo por dónde entrar a hurtadillas, pero mis ojos no se encuentran con ninguna. Solo un enrejado muy alto, por el cual no llegaría a saltar ni aunque tuviera dos metros de alto. Del otro lado, puedo ver una especie de puerta toda oscura y sin ningún cartel. Si no fuese por los segundos que me demoré buscando, no la hubiese visto. Se camufla muy bien con las paredes a los costados.

Observo más detenidamente el enrejado, viendo si hay algún lugar por el cual pasar y... Sí, allí está.

Un pequeño, agujero se encuentra cortado en un costado que casi no se puede vislumbrar. Camino hacia allí y trato de pasar sin rasparme con el alambre ninguna parte de mi menudo cuerpo. Gracias a los ejercicios constantes que hago, supongo yo, logro pasar sin llegar a hacerme rasguños. Tomo un respiro de victoria y sin demorarme más en calmar mi corazón latiendo con fuerza contra mi pecho, corro hacia la puerta misteriosa y la abro sin hacer ruido.

Una escalera aparece frente a mí y la subo hasta que veo una puerta en la cima de esta. Entro intentando no hacer chirriar la puerta y asomo mi cabeza. Hay un pasillo con alguna que otra persona caminando. Llevan cosas oscuras y negras sobre sus cuerpos, y al verlos decido inmediatamente que yo puedo fingir ser uno de ellos si actúo con normalidad y determinación. Pongo mi mejor cara de aburrimiento y comienzo a caminar por el pasillo.

Nadie nota mi presencia.

Paso por unas puertas altas y me detengo al escuchar los gritos y aplausos de las personas detrás de estas. Son ánimos hacia alguien en particular y otros abucheos. Asomo mi cabeza un poco y veo una habitación grande y muy espaciosa, llena de personas eufóricas que gritan por los vientos con demasiada ansiedad bullendo de sus poros. La tensión se siente en el aire y corta mi respiración de una manera que no logro entender. En el centro hay un cuadrilátero y sobre él, un hombre vestido formalmente y con un micrófono en sus manos.

Está a punto de hablar, y cuando me preparo para escuchar sus palabras, un tirón en mi brazo derecho hace que dé unos pasos atrás. Me llevan hacia... Vaya a saber dónde, y lo siguiente que sé es que cierran una puerta con un golpe sordo y furioso. Levanto mi mirada, mi interior ligeramente intimidado, y me enfoco completamente en esa persona. Enojada al notar de quién se trata me cruzo de brazos. ¿El chico que me quería sacar el asiento el primer día que llegué al instituto? ¿Qué mierda hace aquí?

Me devuelve la mirada con molestia.

—¿Qué haces aquí? —gruñe enojado, su voz siendo casi un susurro en comparación con el ruido estruendoso que se alza sobre todo el lugar.

—Lo mismo me pregunto yo, Muchachote —digo. Él gruñe de nuevo, ahora con desagrado al escuchar el apodo.

—No me llames así. Vete.

—Siempre echándome —ruedo mis ojos—. Así no se trata a una dama, Muchachote —lo veo recorrerme furioso con la mirada y apretar sus manos en puños con molestia no fingida. Su gran y escultural cuerpo tiembla en sudor. Sus facciones duras les dan invitaciones a mis manos para recorrerlas y su mandíbula, cincelada y espectacularmente cuadrada se encuentra contraída a más no poder. Por un momento me permito embelesarme ante la vista. Es realmente hermoso de una manera dura y escalofriante, con esos ojos azules fríos e hipnotizantes que te hacen querer correr lo más lejos que puedas. Y, por supuesto, su cuerpo, que se alza sobre mí como una pared imperturbable y definitivamente difícil de derrumbar.

—No puedes estar aquí. ¿Viniste sola? ¿Cómo entraste? —pregunta con rapidez. Por un momento casi digo que entré como todos los demás, con simples entradas. Pero sé que él no me creerá, algo en su postura me lo afirma.

—Sí, vine sola. No te diré cómo pasé. ¿Por qué no puedo estar aquí?

Ahora soy yo la enojada. ¿Quién se cree que es? Por lo que sé, este lugar es público. Y, ya que las personas que ingresaban tenían entrada, una que es muy parecida a las de cine, los cuales, por ende, son públicos, claramente puedo estar aquí.

—No puedes estar aquí sola. Te podrían hacer algo. Tienes suerte de que fui yo el que te encontró —gruñendo, cruza sus brazos esculpidos y desnudos en su pecho, cubriéndolo por completo. Y es recién ahí cuando noto cuán desnudo y exhibicionista está.

Su pecho se encuentra sin nada cubriéndolo, al aire libre como si nada. Lleva unos pantalones de gimnasia y unas zapatillas de correr al igual que yo, y que le quedan extremadamente bien. Su pelo despeinado le da aires de rebeldía y hace que me quede completamente muda ante tal hermosura, pero una vez más me concentro en lo que dijo y en responderle.

—No me importa, me quedaré quieras o no —digo decidida y sin permitir que él gane. ¿Por qué no quiere que me quede?

Gruñe y se calla para escuchar algo. Vuelve a gruñir y no puedo evitar preguntarme por qué lo hace tanto. Creo que nunca escuché a alguien parecerse a un perro loco tanto como él. Y eso es decir mucho, ya que apenas lo conozco de... En realidad, nada, solo fueron unos segundos los que estuvimos en la presencia del otro.

—Bien, entonces sígueme. Espero que no te cause náuseas ver sangre —comenta resignado, girándose hacia la puerta y abriéndola. La poca luz que entra hace que aprecie mejor el pequeño cuarto en el que estábamos. Una pequeña oficina, al parecer.

Me encojo de hombros y lo sigo hacia donde quiera que vaya.

—No me molesta, ¿por qué?

—Ya lo verás.

Pasamos aquellas puertas altas en las que estaba antes y caminamos hacia un grupo de cuatro hombres que hablan entre sí. —Noah, necesito que la vigiles bien y no te separes de ella, ¿entiendes? —ordena con esa voz grave y sexi que tiene a un hombre de pelo castaño y ojos cafés. Este asiente en respuesta y me mira decidido, tomándose las palabras muy en serio.

—¿Qué tal?, soy Noah —sonriéndome coquetamente, toma mi mano y se la lleva a la boca. Antes de poder besarla, la mano del Muchachote aferra mi cintura y me separa de Noah con un gruñido.

—Es hora de empezar. Déjate de estupideces y llévala a los asientos, que ya tengo que entrar —espeta soltándome y viéndome a los ojos—. No te separes de ellos, hazme caso si no quieres llegar golpeada y magullada a tu casa o, en todo caso, a un hospital —lo observo con los ojos abiertos y asiento efusivamente.

—De acuerdo —él asiente y se prepara para... Ni idea.

Puedo ver cómo comienza a sacarse el pantalón de gimnasia, mi corazón deteniéndose durante unos segundos al pensar que se quedará solo en bóxer, pero no es así. Debajo del pantalón largo hay uno un poco más corto. Mi corazón comienza a funcionar de nuevo. Él desaparece de mi vista cuando

Noah me lleva hacia la multitud, haciéndome sentar en las primeras butacas. Los gritos del público se intensifican ante las palabras del presentador, y todo a mi alrededor se vuelve un estallido de aullidos en busca de acción. Tiemblo intimidada, y pestañeo un par de veces. Nunca antes había estado en un sitio como este, mucho menos con personas semidesnudas gritando a todo pulmón en dirección al cuadrilátero, en donde un chico encapuchado comienza a pasearse sobre la superficie plana y ligeramente acolchonada. A decir verdad, todo esto se me hace furiosamente extraño y la mera idea de estar aquí me hace querer vomitar. Pero, sin embargo, me aguanto las ganas de devolver todo lo que hay en mi estómago. La intriga supera el miedo y las ganas de querer irme corriendo a casa.

—¡Damas y caballeros! Y en la otra esquina tenemos a... ¡Damon «la Furia» Woodgate! —grita el presentador por el micrófono y todos se paran en el instante, antes de comenzar a vociferar palabras no aptas para menores de dieciocho años. Sus aplausos y alaridos seguramente se deben escuchar hasta en China. Me estremezco una vez más mirando a mi alrededor, mis tímpanos a punto de estallar.

Entonces, volteo hacia un costado y me encuentro viendo hacia un delgado pasillo, en donde una cortina negra es corrida hacia un lado y de donde sale...
¿Muchachote?

¿Qué mierda?

CAPÍTULO



Damon, que al parecer ese es su nombre, camina hacia el *ring* y se sube con elegancia sin mirar a nadie, como si no fuesen lo suficientemente buenos para llamar su atención. Su cuerpo brillando con sudor es ligeramente iluminado por las luces colgando del techo. Una bata de tela fina color negro cubre sus brazos y cae abierta a sus costados, dejando a la vista su enorme y precioso torso. Su pecho desnudo está iluminado por las luces del complejo. Las sombras que se crean en sus abdominales hacen que mi boca se seque por completo y que no pueda apartar la vista de allí. Sus piernas se mueven con lentitud, sin importarle el tiempo que tarde en llegar al cuadrilátero. Tranquilidad pura es lo que demuestra. Confianza y arrogancia, todo en uno. Su competidor es un joven de unos dieciocho años, fornido, rubio ceniza y con ojos tan verdes que sorprenden su claridad. No es muy alto y su complexión no es nada en comparación con la de Damon. Sí tiene bastantes músculos, pero definitivamente no se acercan siquiera a los de él.

Mi boca cae abierta. La sorpresa de que Damon sea boxeador aún se mantiene burbujeando en mi interior. Lo imaginaba por su físico trabajado que sería un jugador de fútbol americano como mis hermanos, un atleta... Sin embargo, no un boxeador. Nunca lo hubiera esperado, pero no quita que haya sido capaz de considerarlo. Cuenta con la fuerza y la estatura de uno muy bueno, y su mirada oscura, fría y penetrante, completamente seria, le ayuda mucho más para intimidar a su oponente.

Él y su contrincante se observan con rivalidad, creando una energía tensa en el ambiente. La multitud parece no notarlo porque desde el primer

momento se encuentran gritando a todo pulmón lo que piensan de los peleadores. Desde mi lugar puedo notar cómo las mujeres se encuentran casi sin ropa en el cuerpo, algo que me desconcierta mucho. ¿Por qué se visten así para una pelea? Comprendo que quieran ligar con alguien, pero de esa forma solo conseguirán algo casual. Los hombres, por otro lado, no están un poco mejor. Algunos no llevan remera, pero tienen pintado algo con tinta sus torsos. Realmente no me quejo por lo que la gente decide hacer, solo considero que no es tanto como para desnudarse en medio de un estadio por una pelea. Creo que todo eso es absurdo.

Vuelvo a posar mis ojos en el *ring*, y finalmente alejar mi mirada de la multitud.

Damon y su competidor se observan con odio puro, concentrando su atención el uno con el otro mientras Damon se saca la bata y la tira hacia un costado, en donde alguien está para tomarla. Mi mirada no se puede despegar de ellos, ni siquiera cuando suena la campana y comienza la pelea. Eso hace que todo a mi alrededor desaparezca, que solo pueda ver el *ring* y cómo la batalla empieza.

—Noah, ¿cómo se llama el otro competidor? —pregunto sin dejar de ver la pelea. El otro chico le quiere atinar un puñetazo en la cara a Damon, pero este es más ágil y rápido, esquivándolo y zafándose de un buen derechazo.

—Steven —responde tan concentrado como yo y sin mirarme. Asiento agradecida de finalmente tener un nombre para ponerle al rostro que será próximamente destrozado.

Steven se acerca de nuevo a Damon, pero no llega a hacerle nada porque con rapidez él le golpea en la mandíbula con el puño derecho envuelto en los guantes de boxeo. Steven da un paso atrás por el impacto del golpe, sorprendido, pero luego embiste con todo. Por suerte, no logra hacerle nada porque Damon lo evita y contrataca con la mano contraria hacia su costado izquierdo y luego con la otra a su derecho. Seguidamente, y con agilidad, lo golpea con furia en la cara y en el torso. Es en este momento en el que comprendo por qué lo llaman «La Furia». Es como si él diera bastante de sí mismo en el cuadrilátero, aunque esté observando por primera vez una de sus

peleas, dándole tanto enojo y furia, tal y como lo dice su apodo, a sus golpes. Y debo admitir que es impresionante que el contrincante no haya caído todavía. Steven no logra hacerle ni un mínimo rasguño, pero Damon lo está derrotando casi sin esfuerzo alguno.

Lo golpea en la mandíbula una y otra vez con el mismo puño, y siempre retrocede ante el enojo de él. La mirada de Damon es fría y distante, pero concentrada y mordaz. Feroz. Se acerca peligrosamente a su oponente y este otro por instinto retrocede, cubriéndose la cara a modo de defensa. Entonces me doy cuenta de que esa fue la estrategia de Damon: hacerle pensar que iba a golpearlo en la cara, cuando en realidad, sus golpes se concentraron en el torso y el abdomen.

Cuando Steven comprende la situación, deshace su escudo y trata de alejarlo, pero solo logra tener una sangrienta y cortada ceja.

Sus respiraciones son agitadas y el público los alienta cada vez más. Los dos están sudados, pero el más agitado es Steven, quien está lleno de miedo y temblando en medio del *ring*. Sus ojos se encuentran desorbitados en ocasiones cuando Damon le pega, pero luego se recupera hasta que a los minutos vuelve a desconectarse por el dolor.

Las chicas gritan obscenidades hacia Damon, que pretendo no escuchar ni entender. ¿Por qué son así? Miro alrededor y noto que muchos son del instituto. Al parecer, soy la única que no sabía que él boxeaba. A varios los veía seguido por los pasillos, pero otros simplemente en clases.

Me estremezco ante la cargada atmosfera del lugar. La testosterona está prendida fuego y se me hace imposible respirar sin sentirla. Bulle en ondas fuera del cuerpo de Damon junto con el sudor y la energía. Mi piel se calienta al instante en el que mis ojos se centran en los movimientos de sus brazos y rápidamente mi alrededor baja la velocidad hasta quedar en cámara lenta. Puedo notar cada movimiento de los brazos de Damon. Sus músculos tensándose y contrayéndose, su piel suave y lisa estirándose y dándome un espectáculo espléndido. Lo disfruto por lo poco que mi ensoñación dura, y absorbo todo lo que puedo del momento.

Entonces, todo vuelve a la normalidad. El tiempo una vez ralentizado sigue su curso como si nada hubiese sucedido.

Sin darle tiempo a recuperarse, Damon se aproxima a su contrincante y, con pocos ánimos de seguir peleando, lo golpea dos veces en la cara, una en la mandíbula y otra en la mejilla. Noqueado, el cuerpo de Steven cae exhausto al suelo.

Eufóricos, el público se levanta y aplaude con mucha energía. Gritan, festejan y gritan más. Sin embargo, Damon solo mira a Steven, esperando a que no se levante para ya terminar. El árbitro cuenta hasta diez golpeando el suelo junto al cuerpo magullado del vencido, y da a saber que Damon es el ganador. Lo toma del brazo y lo alza al aire con orgullo.

Damon repasa al público hasta que su mirada azulada se encuentra con la mía. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo, haciendo que enderece mi espalda. La respiración sale de mis pulmones y de repente no puedo inhalar ni hacer otra cosa que mirarlo, embelesada por lo oscuros que de repente se volvieron sus ojos azules. Su intensidad es casi palpable. Me mira expectante, como si quisiera que expresara algo. Le sonrío levemente y noto cómo en sus ojos un brillo mínimo aparece, no obstante, su semblante sigue siendo neutro. Estoy feliz de que no me haya mirado con ojos fulminantes.

Su respiración sigue siendo agitada y dificultosa, sin la intención de parar por unos cuantos minutos. Inclusive, empeora cuando vuelve a mirarme luego de beber unos sorbos de agua embotellada que alguien le da. Su pecho sube y baja constantemente. No aparto la mirada, no porque no quiera — porque no quiero—, sino porque no puedo hacerlo. Es hipnotizante la manera en la que me ve, como si fuera la única sentada allí.

Eso es raro.

Una mano en mi brazo me saca de mis pensamientos. Aparto mi mirada de la Damon y observo a Noah, quien está parado a mi lado tendiéndome la otra mano. Por el rabillo del ojo puedo notar cuando Muchachote se marcha. Y sorprendentemente, me decepciono sin saber por qué. Algo en mí cae, solo un poco, pero, aun así lo noto.

Lo ignoro.

—Tenemos que irnos, preciosa —dice él, intentando coquetear, sin embargo, evito su comentario. Asiento, pero no tomo su mano. Su flirteo y belleza no me causan nada, aunque no lo culpo por intentar algo con todas. Parece ser un buen chico y un mujeriego a la vez.

Pasamos por aquel pasillo por el que Damon salió antes, cruzando una cortina negra. Caminamos por el lugar en donde había estado, yendo hacia una puerta con un cartel que dice «La Furia» escrito en cursiva. Entro primera y luego los otros miembros del equipo de Damon, entre ellos, Noah. Miro lo que me rodea y me sorprendo al notar que no tiene ninguna foto de chicas desnudas o algo por el estilo. Solo son cuatro paredes negras, un vestidor lleno de ropa para entrenar, unos tocadores con espejos y sillones contra las paredes.

—¿Quieres? —pregunta un joven de unos veintiséis años aproximadamente, tendiéndome una botella de agua. Dudo un segundo, pensando en que podría contener algún tipo droga, pero luego descarto esa estúpida idea y sonrío mientras la agarro.

—Gracias...

—Peter —contesta devolviéndome la sonrisa, una que deja ver unos blanquecinos dientes casi perfectos, a excepción de uno doblado en la parte superior del lado derecho de su boca.

—Soy Natalie, mucho gusto —nos damos la mano y sonreímos otra vez.

—Igualmente —separa nuestro agarre y se va a sentar a un sillón con los que supongo que son el resto del equipo.

Me siento en otro más alejado de toda la conversación que inició entre ellos y me quedo viendo la nada, tomando de a pequeños sorbos del agua embotellada hasta que minutos después entra Damon, tan espectacular como las pocas veces que lo vi. Todos se callan cuando él entra y lo miran con alegría impresa en sus rostros. Algunos lo felicitan, pero él solo agradece con un asentimiento de cabeza y repasa toda la habitación con su mirada. Al no encontrar lo que buscaba, frunce el ceño. Toso para llamar su atención y logro que él se centre en mí. Me mira y ese brillo que antes vi, aparece de nuevo, solo que ahora con mucha más intensidad. Creo que estoy empezando

a desear ver ese brillito con más frecuencia. Es como ver millones de fuegos artificiales solo en sus ojos zafiros. Se acerca, toma un banquito que hay debajo de uno de los tocadores, y se sienta enfrente de mí.

Me observa sin hablar, poniéndome tan nerviosa que miro hacia otro lado para no verlo a la cara. Su mirada es muy penetrante.

—¿Qué te pareció la pelea? —pregunta sin emoción, pero aún con ese brillo. Es como si esperase mi respuesta sin siquiera preguntarla. Su vos ronca, baja y sexi manda escalofríos por todo mi sistema, haciéndome temblar por completo. Intento ocultarlo para que no vea qué causa en mí. Ni yo quiero creer lo que aparentemente me causa.

—No sabía que peleabas —digo con sinceridad.

—No cambies de tema. ¿Qué te pareció la pelea? ¿Cómo estuve? —parpadeo ante su arrebatado ansioso. Parece desesperado por recibir una respuesta de mi parte. Asiento ligeramente.

Este chico me va a volver loca con todos sus cambios de humor.

—No soy muy fan de las peleas, pero... —él me interrumpe.

—Me dijiste que no te importaba ver sangre —gruñe enojado.

—No me molesta ver sangre, pero no es que lo ame, Damon. De todas formas, creo que peleaste muy bien, aunque no sabría decirlo con certeza porque nunca antes he visto una pelea de boxeo —respondo un poco avergonzada por lo último.

—Dilo de nuevo.

—¿Qué? —pregunto confundida.

—Dilo de nuevo —gruñe cansado.

—¿Qué cosa?

—Mi nombre —frunzo el ceño, pero no le discuto.

—Damon... —musito despacio para que escuche bien. Él iba a decir algo, pero una mano se posa en su hombro, interrumpiéndolo.

—Damon, tienes que ir a recibir tu paga. Te felicito, los espectadores se quedaron maravillados con la pelea de hoy y se sorprendieron cuando Steven no te pudo dar ni un solo golpe —el que habla es un hombre de unos cuarenta

años, más o menos, alto y delgado, con leves músculos en sus brazos. Nada interesante. Damon asiente, aun mirándome, y luego se levanta.

—Que no se vaya —les advierte a todos los de la habitación antes de irse. Me quedo sorprendida ante su tono amenazador y me quedo estática en donde estoy. ¿Por qué se empeña en dar órdenes que tienen que ver conmigo? ¿Y desde cuándo él tiene que decirme cuándo me puedo ir y cuándo no?

—Gracias —dice alguien dirigiéndose a mí. Volteo y miro confundida al chico.

—De nada, pero ¿por qué me agradeces?

—Desde hace un mes que no pelea así de bien y los espectadores apuestan mucho por él. Tiene que ganar. Y hoy, al parecer, te quiso sorprender.

—La verdad no entiendo por qué —señalo en un susurro.

—Nosotros tampoco, pero ¿no has visto la forma en la que te pregunto qué te pareció la pelea? —asiento, comprendiendo su punto—. Te quiso impresionar.

—Me ha gruñido miles de veces en la cara, ¿y tú dices que me quiso impresionar? —él afirma—. Pues, estás loco. De todas formas, es seguro que nos vean discutiendo todo el tiempo. El primer día que nos vimos, me senté en su «supuesto» asiento y él intentó echarme, diciéndome que era su lugar —me encojo de hombros ante el recuerdo.

—¿Y tú que hiciste al respecto? —pregunta muy interesado por mi respuesta, pero no le doy importancia.

—Le llamé Muchachote y le dije que se fuera, porque cuando llegué al asiento él no estaba. Así que no era de nadie. Y luego me senté sin dirigirle una mirada —una risita escapa de mi boca ante el recuerdo de su rostro. Ellos se miran unos a los otros sonrientes y luego a mí.

—Creo que vendrás seguido aquí... —susurra el mismo chico mientras se marcha. Intento decir algo, pero Damon entra en la habitación nuevamente, ahora más relajado.

—Vamos, te llevaré a tu casa —ordena al mirarme, entonces me cruzo de brazos.

—Puedo irme como llegué.

—¿Cómo llegaste?

—Corriendo —Damon me observa sorprendido.

—¿Por qué corrías? ¿Te estaban persiguiendo? —parece como si en serio lo estuviese preguntando. Su rostro serio y mandíbula apretada hacen un buen acto de preocupación.

—No, no siempre que alguien corre significa que le estén persiguiendo —comento rodando los ojos.

—No me importa, vendrás conmigo —demanda acercándose.

—Quiero irme sola.

—Son las once de la noche, no te puedes ir sola.

—Sí puedo —levanto mi cuerpo del sillón, lista para marcharme.

—No —gruñe acercándose.

—Sí.

—No —da otro paso.

—Sí.

—No —llega hasta mí. Lo miro a los ojos, por lo que tengo que levantar la cabeza, ya que es muy alto, y sonrío levemente.

—Sí —su mirada se convierte en divertida y luego, cuando pienso que dirá algo más, hace todo lo contrario. Me toma con sus grandes y fuertes manos la cintura y me coloca sobre su hombro con rapidez. Chillo en respuesta y le pego en la espalda, su ancha y dura espalda—. ¡Bájame, Damon!

—Cállate y deja de pegarme —dice, dándole un manotazo a mí trasero, mientras yo vuelvo a chillar.

—¡No me pegues! —lo golpeo de nuevo en la espalda.

—Entonces tampoco me pegues —gruñe caminando hacia la puerta. Y de repente, una idea se me viene a la cabeza y dejo de pegarle.

—Damon —musito en un tono enfermo y débil—. Y... yo, creo que... vomitaré mi cena... —digo para convencerlo y por suerte, se detiene antes de salir. Me baja con lentitud y me ve con el ceño fruncido. Todos en la habitación nos miran atónitos y divertidos. Trato de no sonreír cuando toco el

suelo con mis pies, pero no lo puedo evitar. Intento salir corriendo, pero Peter grita, avisando que lo que dije era una trampa para escaparme. Damon se pone alerta, atrapándome y colocándome de nuevo en su hombro. Rendida y exhausta de pelear contra él, me dejo llevar. Suspiro.

Abre la puerta y sale conmigo colgando.

—Nos vemos otro día, Nat —grita alguien con diversión, mientras el resto me saluda con la mano burlescamente. Les sonrío con cinismo y les saco el dedo medio. Imbéciles, me dejaron con el monstruo de lindos ojos.

La próxima no se las dejaré pasar.

—¡Se las cobraré, idiotas! —grito antes de que desaparezcan de mi vista.

Salimos al frío aire de afuera y me tenso. No traje campera y me estoy muriendo congelada. Maldita cabezota que soy. Mis dientes tiritan a causa de que estoy prácticamente entumeciéndome por el gélido ambiente de la noche, y él mira sobre su hombro hacia mí.

—¿Tienes frío?

—No, estoy muerta de calor, Damon —respondo con ironía.

—No uses la ironía conmigo, Nat —gruñe fulminándome con la mirada.

—Como tú digas, Muchachote —vuelvo a decir en el mismo tono que antes. Damon vuelve a gruñir, pero ahora lo hace dos veces seguidas al escuchar el apodo.

De repente, se para en algún lugar de la calle, me toma con suavidad de la cintura y me baja hasta quedar sentada en algo suave. Miro en dónde estoy y me sorprendo de encontrarme encima de una moto, pero lo raro es que no me sentó en la parte de atrás, sino que en la de adelante. Justo en el frente. Lo miro confundida ante su equivocación, pero este ya se encuentra sentándose detrás de mí, pegando su pecho en mi espalda y apretándome a su cuerpo con una mano en la cintura. La otra la lleva al acelerador y mueve una llave, prendiendo el motor; llenándola de vida.

Acaricia con delicadeza mi cintura, haciendo que corrientes eléctricas me recorran por todos lados y me quemen por dentro, antes de alejar la mano y colocarla en el otro manubrio. Cierro los ojos para disfrutar el aire en mi cara,

el leve cosquilleo que dejó Damon en mí y la tranquilidad de las calles al no haber ninguna persona en ellas. Respiro hondo y sonrío un poco al escuchar el ruido de los grillos cantar. Sin poder evitarlo, dejo que mi cabeza caiga sobre su pecho y desde ahí, no recuerdo nada.

—Natalie, despierta... —me susurran al oído y protesto, mientras paso mis brazos alrededor de esta almohada dura y cómoda—. Llegamos a tu casa —vuelve a hablar.

—Qué bueno, unicornio. Llegaste por tu oro. Felicidades, ahora déjame dormir —respondo medio dormida. Puedo escuchar una risa masculina, pero es tan lejana que no me percaté de nada.

Pasan una mano por mi espalda baja y la otra detrás de mis rodillas. Demonios, este unicornio sí que tiene fuerza. Me levanta en brazos y comienza a caminar. Puedo escuchar un timbre sonar y luego una voz muy conocida para mis oídos, aunque no la puedo ubicar con toda la niebla cegando mi mente. ¿Cómo es que este unicornio sabe dónde vivo?

—¿Por qué Nat está contigo? —cuestiona otra voz diferente a la del unicornio.

—La encontré husmeando en Monsplat. Al parecer, salió a correr y llegó hasta ahí. Por suerte la encontré y la traje luego de la pelea.

—Gracias por traerla. Así que, ¿ganaste?

—Sí, es obvio que gané.

—Bueno, felicidades y te agradezco por haber traído a mi hermana.

—Claro —siento que otras manos me toman, entonces me remuevo incómoda hasta encontrar una posición en la que estoy mejor.

—Adiós.

La persona que me lleva camina un poco hasta que se detiene por unos segundos y luego vuelve a caminar. Escucho el tintineo que hacen las llaves al chocar unas contra las otras y luego la cerradura al abrirse. Vuelve a andar y me deja en un lugar suave y cómodo, el cual parece el cielo para mi cuerpo. Me estiro lo más que puedo y me pongo cómoda para seguir soñando con pasteles de chocolate que se devoran humanos bañados en caramelos. Me

colocan algo abrigado y calentito, así que me acurruco para conservar ese calor tan reconfortante. Puedo escuchar un leve aullido y un «shh» de parte de una persona, antes de que la oscuridad me invada por completo.

CAPÍTULO



—Así que, ¿dónde estuviste ayer? —pregunta Ty mirándome con reprobación. Frunzo el ceño al recordar todo lo de la pelea, pero no lo que pasó después de subirme a la moto. ¿Me desperté?

—Fui a correr —respondo simplemente. Hay veces que los sobreprotectores de mis hermanos superan los límites. Solo espero que no siempre sean así conmigo. Algún día voy a tener novio, y ellos tendrán que aceptar ese hecho sin rechinar.

—¿Hasta las once de la noche? No jodas, Nat. Eso es mucho y tú saliste temprano a correr. Dime la verdad.

Estamos solo los dos en el auto yendo para el instituto porque a Sam lo habían castigado y se tuvo que marchar antes, y Emma... La verdad no lo sé. Ella me dejó una nota diciendo que tuvo que salir temprano porque tenía que ir a buscar una tarea a su casa y no sé qué más. Por lo que ahora, mientras miro el paisaje de todas las casas y edificios que pasamos, Tyler me hace estas preguntas sobre ayer. No sé qué le sucede, muchas veces fui a correr cuando ellos aún vivían conmigo y con mi padre, por más pequeña que fuera yo en ese entonces, por lo que no entiendo el motivo por el que desconfía ahora de mí.

—No es mentira, pero me distraje al ver que muchas personas entraban a un lugar y me dio curiosidad, por lo tanto, entré —sonrío y me encojo de hombros.

—¿Cómo entraste si no tenías entrada? —ahora es él el que está confundido.

—¿Cómo sabes que se tenía que ingresar con entradas? —le pregunto tratando de sacarle información. ¿Me siguió o algo parecido? No lo creo, ya que de seguro él me hubiera detenido y arrastrado de vuelta a casa.

—No importa. Responde la pregunta —exige, y lo único que hago es levantar mis manos en forma de rendición.

—Bien, solo busqué otra entrada por un callejón.

—¿Ese callejón que tiene un enrejado alto y que cubre toda la pared? —asiento—. ¿Cómo mierda pasaste eso sin salir con un brazo roto?

—Había un agujero escondido en un costado y pasé por allí —él suspira con cansancio—. ¿Cómo es que sabes sobre ese enrejado?

—Estuve algunas veces allí. La cosa es que no quiero que vayas a lugares así, en donde la gente es desconocida y en donde nadie te puede proteger, Nat —Ty y sus preocupaciones. Eso es lo que me agrada de él, que se preocupa mucho, pero no me reta tanto como lo hace Sam. Sam me gritaría y me prohibiría salir del departamento durante un mes, y Ty solo me diría cuán preocupado lo pone que ande por allí, entrando a lugares extraños.

—Tranquilo, estuve con Damon. Bueno, me lo encontré allí y me quedé con él. De acuerdo, me obligó a quedarme con él —enfático aquello último, con la tentación de rodar los ojos por el recuerdo. Ya me estoy dando cuenta de que Damon tiene un nivel muy alto de proteccionismo, y mucho más de querer ser el mandón del grupo.

—Sí, lo sé, él me lo contó cuando te trajo —refunfuña mirándome y apretando sus dedos en el volante. Es extraño ver a mi hermano de esa forma, porque casi nunca es así. Siempre es muy tranquilo. Tengo que acostumbrarme a los bramidos y gruñidos a partir de ahora, porque estoy más que segura que Damon me hablará gruñendo. Aun así, no puedo evitar no compararlos. Los de mi hermano no son nada parecidos a los de la bestia Woodgate. Ty gruñe como si fuera un perrito débil, mientras que Damon lo hace con fuerza y con enojo puro saliendo desde dentro—. No te hizo daño, ¿no? —niego con la cabeza y me pregunto qué daño podría hacerme Damon. No creo que me vea como un contrincante, ya que, con mi estatura y mis

inexistentes músculos, dudo que yo pueda atemorizarlo en lo más mínimo. No tiene sentido—. Bien.

—Aguarda, ¿él me trajo hasta la puerta? Debe ser por eso que no recuerdo nada después de subirme a la moto... —murmuro para mí misma.

—Entonces, si él te hubiera hecho algo malo mientras dormías, ¿no lo recordarías? ¡Nat, no te tienes que dormir en ningún sitio con gente que conoces de apenas horas! —prácticamente grita en mi oído mientras deja salir un suspiro de sus labios y comienza a hacer maniobras con el coche para aparcar—. Sí, él te trajo —responde más tranquilo, aparcando en el estacionamiento.

—¿Cómo es que sabe en dónde vivo? —cuestiono, analizando todo. Nunca le dije dónde vivía como para que él me llevara al departamento.

—Todos saben en dónde vivimos, Nat. Y creo que Damon no es la excepción, por lo que de seguro te vio con nosotros en el instituto y lo dedujo.

—Nunca lo vi por ningún lado fuera de clase... —susurro. A veces se me da por hablarme a mí misma las cosas en vez de pensarlas. Odio cuando hago eso porque todo el mundo puede escucharlo y no me doy cuenta de ello.

—El chico está en cualquier lugar siempre. Es como una sombra que se mueve y sabe todo de todos. Es muy observador, por lo que sé.

—Bien, Ty, tengo que irme a clases. ¡Nos vemos en el almuerzo! —lo saludo y salgo del jeep, caminando hacia la entrada de la escuela.

—¡Adiós! ¡Y hazme caso! ¡Nada de dormir en lugares extraños! —me río con fuerza, mientras me adentro al tumulto de alumnos. Él y sus locuras.

Paso por los pasillos repletos de estudiantes chillones y alocados para luego detenerme frente a la puerta de mi clase. Por suerte, esta vez no llegué tarde y no me matarán por eso. Entro sin darle importancia a las miradas de algunas chicas que hay ya sentadas, y busco con mis ojos un asiento en el fondo que esté disponible. Sonrío al ver que el lugar perteneciente a Damon está vacío. Perfecto. Camino hasta allí, ignorando los rumores de las personas y las risas de otras, y me siento. Saco mi cuaderno perteneciente a esta

materia y lo dejo en la mesa para luego ponerme a dibujar cosas sin sentido en el margen de la hoja.

Diez minutos después, el aula ya está repleta y para mi sorpresa hay gente nueva. Miro alrededor y me doy cuenta de que no hay lugares disponibles. Es más, hay personas que se sientan con otros en una mesa.

La Sra. Brown, la profesora de Biología de ayer, entra minutos después y comienza a dar su aburrida clase. No me culpen, puede que sea inteligente, pero no es que ame estudiar y prestar atención. Puede que sea fácil para mí, pero no es divertido hacer todo lo que ella dice o escribe. Con cansancio, escribo lo que dicta a la clase hasta que un golpe en la puerta nos interrumpe.

Damon entra sin darle una mirada a nadie, sabiendo que todos lo siguen con la mirada. Las chicas... Ugh, no pueden ser más obvias. Lo están mirando mientras se arreglan los pechos con poco disimulo. Y los chicos... De seguro están pensando en entrar a un gimnasio para que las chicas los mirasen igual que lo hacen con Damon.

Su robusto y gran cuerpo intimida a muchos, por lo que algunos apartan la mirada cuando él pasa por el pasillo entre los pupitres.

Él camina hacia mi asiento y lo miro con fastidio una vez que llega.

—¿Esto es una jodida broma? —protesta por lo bajo. Levanto una ceja.

—Claro que no, Muchachote.

—No me llames Muchachote, Natalie. Ahora vete. Es mi lugar y lo sabes.

—¿A dónde? ¿No te has dado cuenta de que no hay más lugares? —pregunto cruzándome de brazos—. Tendrás que sentarte en el suelo, Muchachote —comento remarcando su apodo y escucho su maldición. Adoro que odie cómo lo llamo. Es divertido ver su ceño fruncido con molestia al escucharlo.

—No me digas así —espeto furioso, mientras sonrío divertida.

—¿Cómo entonces?

—Damon —gruñe. Niego con la cabeza.

—Me gusta más Muchachote. Así te llamaré. De cualquier forma, gracias por la sugerencia.

—Señor Woodgate, ¿podría sentarse? Está interrumpiendo nuestra preciada clase —dice la profesora, entonces me tapo divertida la boca para no soltar una gran carcajada. Preciada clase, por supuesto.

—Preciada, *sí, claro* —murmura con ironía Damon, leyéndome el pensamiento, antes de darse la vuelta y sonreírle a la señora. Oh, y qué sonrisa. Nunca lo vi sonreír, así que... ¡Dios, no tengo palabras! Si antes ya era sexi, imagínense ahora con una sonrisa pegada en su rostro y mostrando unos pequeños hoyuelos en sus mejillas. Me estremezco internamente al verlo y siento cómo mi cuerpo se calienta y un rubor aparece en mis mejillas —. Lo siento, profesora, pero no tengo en dónde —indica él fingiendo tristeza. Una tristeza que no combina con su imagen de chico malo que usa chaquetas de cuero. Ella mira alrededor y asiente, estando de acuerdo con las palabras del chico junto a mí.

—Pues, póngase con la señorita Lawler y déjeme seguir con mi clase — musita suavemente mientras se ruboriza. La miro atónita al notar que cayó en sus redes. ¿Qué? ¿En serio? ¿Conmigo? ¡No es justo! Este chico sonríe cuando le conviene y solo para que las profesoras hagan lo que él quiera y caigan con su belleza. Lo fulmino con la mirada y Damon me mira burlonamente mientras trae una silla a mi lado —que vaya a saber Dios de dónde la sacó si toda la clase está llena—. La alejo un poco de mí antes de que se sienta y me cruzo de brazos. Sin embargo, él no quita esa sonrisa y se acomoda aún más cerca.

—Aléjate un poco, tengo espacio personal, aunque no lo creas —espeto.

—No decías eso ayer en mi moto cuando te quedaste dormida en mi pecho —susurra en mi oído. Puedo sentir un escalofrío recorrerme de los pies a la cabeza, pero lo ignoro.

—Tenía sueño porque tú aburres mucho —me defiendo para que no vea que hirió mi orgullo, mientras ríe con gracia, intentando que la Sra. Brown no lo note. Y qué risa... ¡*Mamma mía!* ¡Estoy que me quemó por dentro!

—Oh, créeme que no es cierto. Pregúntales a muchas chicas y te responderán todo lo contrario —sus ojos brillan con picardía y me sorprende

ante sus palabras, ignorando el hecho de que me estoy preguntando internamente con cuántas del instituto lo hizo.

Será arrogante.

—Sabes... —lo miro—. Me da miedo ir a hablarles a esas zorras porque si me acerco mucho se me pegarán sus ETS —sonríó con falsedad, pestañando igual que lo hacen las coquetonas de por aquí, y él bufa.

—Claro —rueda los ojos.

—Oh, créeme que de seguro tienen enfermedades.

—No es cierto, Nat.

—Sí, claro. Y yo soy un unicornio de oro que devora dragones —aclaro irónica, al tanto en que volteo mi mirada hacia la profesora y comienzo a anotar las estupideces que escribe en la pizarra. Él gruñe con molestia y hace lo mismo que yo, no antes de lanzarme una mirada cargada de odio.

—No uses la ironía conmigo, Natalie —suelta furioso.

—Si quiero, lo hago. Tú no me mandas —lo miro antes de seguir copiando.

—No me provoques —amenaza, sin embargo, me encojo de hombros para quitarle importancia.

—Como tú digas, Muchachote —luego de otro gruñido de su parte, ninguno vuelve a hablar.

Salgo apresurada de esa tediosa clase, sin darle ni una mirada a Damon, y camino por el lugar con tranquilidad, pasando y empujando a las personas que hacen lo mismo conmigo para llegar primeros a no sé dónde. Luego, cuando veo la hora, me sorprendo y salgo corriendo hacia la cancha de futbol americano. Pero en el camino, un cuerpo pequeño y cubierto con ropa holgada me impide seguir. Emma retuerce las manos antes de subir la mirada y encontrarse con la mía. Está inquieta y casi temblando. Lleva puesta una remera común y corriente, un poco más grande que su talla, y unos pantalones de gimnasia anchos de color negros. Unas zapatillas del mismo color cubren sus pequeños pies y, por encima de su remera, lleva puesta una sudadera abierta.

—Nat... Am... Yo... —empieza a decir con nerviosismo, rascándose la nuca lentamente, mientras sus ojos miran hacia todos lados—. ¿Cuándo iremos de compras para mi cambio de look? —la observo con una ceja levantada y sonrío por lo apresurada que suena.

—Cuando quieras. ¿Por qué tanto apuro? —ella mira hacia otro lado y sigo su mirada.

Sam se encuentra parado en las gradas con una rubia de ojos celestes, conversando. Mejor dicho, coqueteándose el uno al otro. Finalmente, comprendo. Emma está celosa y quiere verse linda lo antes posible para conquistarlo.

—Así que estás celosa... —la miro con burla burbujeando en mis ojos y una media sonrisa en mis labios. Me devuelve la mirada con un «no me jodas» en ella y rueda sus oscuros ojos.

—¡No te burles, sabes que me gusta! —susurra bajando la vista. Poso mi mano en su hombro y lo aprieto para darle ánimos.

—Hey, no te enojas. ¿Cuándo quieres ir? —al oírme, levanta la cabeza rápidamente.

—¡Hoy! ¿Te quieres quedar a dormir? Creo que tardaremos demasiado en arreglarme —dice señalándose a sí misma. A pesar de que Emma es muy linda, ella no lo nota. Sus lentes hacen que sus ojos sean más grandes y más tiernos. Ese color de pelo le queda espectacular con su tono de piel, pero su ropa es todo un caso. Aunque, claro, tengo planeado cambiar un poco de todo y aun así seguir dejando a la simple y bella Emma.

—Sí, me encantaría. Te advierto que me agoto rápido yendo de compras y ando de un pésimo humor. Si pasa eso, me pegas una bofetada y listo —sonríe y ella dudosa asiente.

—Bien.

Caminamos juntas a las gradas y esperamos, al igual que ayer, a que el entrenamiento termine. En la espera, le comento a Emma que la iré a ver algún día bailar. Ella me dice que no es nada del otro mundo y que hay chicas que bailan mejor, pero solo me encojo de hombros, restándole importancia.

Si le gusta bailar, pues le daré ánimos. Si es mala haciéndolo, entonces... No lo sé, también la apoyaré.

Cuando el entrenamiento termina, nos sentamos todos en la misma mesa que el día anterior, y comenzamos una plática amena. Nos reímos de las boberías de Sam y para mi sorpresa, Emma también ríe con nosotros, pero los que más destacamos somos los hermanos. Noto que es tímida y le cuesta soltarse para disfrutar de todo.

Emma no mira casi nada a mi hermano y es por eso por lo que él comienza a hacer chistes espantosos con tal de hacerla reír. Por suerte lo logra. La sonrisa de Sam se hace cada vez más grande que casi me río de lo tonto que se ve. Tyler lo nota también, y se une a mi risa interna.



Salgo a las cuatro de la tarde y no encuentro a nadie en el estacionamiento. Camino unos minutos, tratando de encontrar a alguno de mis hermanos, pero nada. No están.

Mi celular comienza a sonar, avisando que tengo un nuevo mensaje. Desbloqueo la pantalla táctil y lo abro. Es de Emma.

Lo siento, me avisaron que tenía ensayo obligatorio y tuve que ir. Vamos a ensayar dos o tres veces y luego salgo. ¿Me esperas en la entrada?

Claro. Iré a buscar ropa a mi casa y luego te recojo. ¿Bien?

A los segundos, su respuesta llega.

¡Claro, gracias!

Guardo en mi chaqueta mi celular y veo a los lados. ¿Dónde mierda están los chicos cuando los necesito? ¡Se supone que estarían aquí!

Minutos después, me doy por vencida. Me dejaron sola y sin nadie que me venga a buscar. Por lo tanto, llamo a Sam.

Por suerte, contesta a los tres pitidos.

—Idiota, ¿dónde están? ¡Se supone que me esperarían! —exclamo frustrada.

—Emma me dijo que te quedarías en su casa, por lo que hice planes — contesta y luego se ríe al escuchar a una chica hablarle—. No me tomas en un buen momento para hablar, hermanita. Lo siento, tengo que colgar —y luego corta la llamada como si nada, dejándome con la boca abierta y con miles de insultos hacia su persona.

¿¡Qué!?! ¿Está con una chica? Joder. ¿Cuándo le dijo Emma que me quedaría a dormir en su casa? Nunca la escuché hablar de eso con nadie en la mesa.

Marco el número de Ty y este no responde. ¿Le habrá pasado algo? Marco de nuevo, pero sigue sin dar señales de vida. No creo que algo malo le haya pasado porque es fuerte y no tiene tan mala suerte. Sinceramente, a la hora de defenderse, no es el mismo chico responsable, sincero y amistoso. Es todo lo contrario. Y más si se enoja.

En vista de que nadie está aquí para mí, tendré que ir caminando al departamento.

Ugh, hasta eso me da pereza a esta hora, donde todo el peso del día me cae encima y lo único que quiero es estar acostada en mi cama. Pero no, tengo que caminar y luego ir con Emma de compras. Empiezo a andar por las calles en donde hay algunas personas tomadas de las manos y otras dándose amor. Literalmente dándose carteles que dicen «te doy mi amor». Otras, solo caminan mientras hablan con sonrisas pegadas en sus rostros.

El cielo está nublado, pero creo que por ahora no va a llover. Siento el frescor colarse por entre las mangas de mi abrigo de tela fina y me estremezco. Unas cuadras más adelante, mientras camino con tranquilidad por las calles de Filadelfia, un sonido llama mi atención a mis espaldas. Me doy la vuelta y veo aparcar a mi lado una moto negra y sobre ella al dueño con un casco.

Lo miro confusa, pero sigo caminando. Siempre me dijeron que no hablara con desconocidos y eso es lo que voy a hacer. Por lo tanto, ignoro a esa persona que me sigue y acelero mis pasos.

—Sube —dice su voz apagada por el casco. Frunzo el ceño y sin mirarle, niego con la cabeza. Él gruñe y masculla una pequeña y ligera maldición—.

Sube, maldita sea. Te llevaré —esta vez ruge, y su voz me llega al corazón, congelando mi sangre. Este se acelera con una descarga eléctrica recorriéndome por completo el cuerpo. Mis ojos se desplazan de la moto hasta su casco y vuelvo a fruncir el ceño, intentando que mi pulso se calme. Esa voz. Aumento mis pasos para poder así dejar atrás a esa persona desconocida y poder llegar lo más rápido a mí casa—. ¡Natalie, no me ignores! —y es ahí cuando puedo reconocerlo.

Claro, con el peculiar lenguaje y con su forma de expresarse, no es fácil de olvidar esa persona.

CAPÍTULO



—¡Natalie, te dije que subas, joder! —grita enojado. Si me estuviera gritando por haber hecho algo mal, aceptaría su enojo —por más que él no tuviera el derecho de hacerlo, ya que no es nada mío—, pero como no hice nada malo, no entiendo el motivo por el que grita en mi dirección. Suspiro. Si su enojo ya se activa con facilidad, es mejor hacer algo de lo que dice para que no se altere el doble. Aun así, no pretendo que él se dé cuenta de que fácilmente le hago caso. Mi orgullo se perdería si hiciera eso.

—¿Qué quieres? —pregunto sin mirarle y disminuyendo el ritmo de mis pasos.

—Que subas. Te llevaré a tu casa —responde un poco más calmado. Solo un poco, y aun así eso me basta.

—Ya estoy llegando. No es neces... ¡Ah! —gruñendo me toma de la cintura y con brusquedad me sube a su hombro y me sienta en la moto. Lo fulmino con la mirada cuando me suelta y se sube delante de mí. Le golpeo la espalda con molestia.

Él ni se percata de ese acto.

—¿Siempre harás eso cuando no quiera irme contigo? —cuestiono.

—Sí. Ahora, agárrate de mí.

Enciende el vehículo de repente y arranca a toda velocidad, sin dejarme tiempo para pensar en nada. Por suerte, logro agarrarme a su cintura y no caerme. Chillo un poco al comienzo por la rapidez en la que estamos y le golpeo otra vez la espalda. Sin embargo, parece ser nada para él, ya que no

mueve un músculo ni por molestia. Es como si mis golpes fueran un pinchacito inofensivo en su duro y fuerte cuerpo.

—¡Ve más despacio, Damon! —grito desesperada una y otra vez, pero él ni me escucha, hasta que paramos de golpe y, como si fuera de vida o muerte, salto fuera de la moto. Observo al césped y empiezo a respirar agitadamente. ¿Este loco me quería matar o qué mierda? —. Oh, adorada tierra, mi tan preciada tierra... —murmuro estúpidamente acariciando con mi mejilla el césped.

—¿Estás bien de la cabeza?

Lo fulmino con la mirada. ¿Me pregunta eso a mí? Él estuvo a poco de matarnos y me llama loca. Qué irónico. Es estúpido, algo que no me parece nada extraño.

—Por suerte sí, idiota. Eres un monstruo en el manejo. ¿Tienes registro al menos?

—Sí, tengo —se ríe para luego cambiar el gesto a uno sin emoción a la vista—. No me llames idiota —comenta tan serio como puede ser en este momento, cambiando radicalmente de actitud.

Qué bipolar.

—Ya te dije que te nombraré como se me dé la gana, Muchachote —me levanto y me limpio la ropa antes de agarrar mi mochila, que estaba tirada, y colocarla sobre mi hombro—. Bueno, te diría que fue un gusto verte, pero gracias a que me quisiste matar hace menos de dos segundos, pues... te odio —sonriendo con inocencia camino a la entrada de mi edificio.

—¡Pero si tú me amas! —grita ahora más animado. Como mencioné antes, cambia de un segundo para el otro de actitud. Me río. Imaginar que él, que es un chico serio, con una actitud enojada, hablar así de animado hace mucha gracia.

—¡Claro que sí!

—¡No uses ironía, Nat!

Entro por las puertas de vidrio y camino con lentitud hacia al ascensor. En el tramo, escucho el motor de la moto y segundos después nada más que un

silencio profundo, a excepción del deslizamiento audible del ascensor.

Subo a mi piso y abro la puerta del departamento. La voz de Ty resuena por todo el lugar. Cierro la puerta sin hacer ruido y controlo mis pasos para que no se dé cuenta de que estoy aquí. La música está a todo volumen y la voz aguda que mi hermano hace al cantar resuena por las paredes. Camino con una mano en la boca hacia la cocina para no reírme a carcajadas de lo gracioso que es este momento. Creo que lo recordaré toda mi vida. Bueno, y también se lo recordaré a él.

Tomo mi celular y lo comienzo a grabar para tener esto de recuerdo. Asomo mi cabeza por el umbral de la cocina y con el móvil en alto comienzo a verlo.

Mueve su cuerpo al ritmo de la música mientras va y viene recogiendo especias de los estantes y cosas del refrigerador. Lleva puesto un delantal rosa con el cuerpo de una mujer en bikini.

¡Esto es de locos!

Mi hermano, un chico alto y fuerte... con un delantal de una mujer delgada y esbelta.

¡Creo que voy a morir por los ataques de risa que estoy conteniendo dentro!

Su cabeza se balancea mientras pone de nuevo esa voz aguda y chillona cuando la cantante hace las partes agudas y difíciles.

Y después él me dice que yo chillo mucho.

Mueve el culo con sensualidad en una parte donde eso tiene que ir, y no puedo aguantar más la risa. Sin embargo, antes de reír, guardo el vídeo y escondo mi celular en el pantalón.

Y ahora sí estallo de risa.

Asustado, Tyler me mira y luego apaga la música. Su cara se vuelve roja como tomate y baja la mirada, avergonzado. Sigo riendo durante un rato largo, con una mano en mi estómago y la otra en una mesa para no caerme. Cada vez que lo miro, más carcajadas salen de mí sin parar. ¡Es muy gracioso! Las imágenes de él bailando a lo afeminado y moviendo el culo

sensualmente es muy divertido porque ¡él parece un modelo sexi de revista y no un chico con voz aguda y chillona que mueve sus caderas como una bailarina!

Cuando mi ataque cesa, lo miro y suspiro evitando que otra ronda de risas empiece.

—¿Qué haces aquí? Se supone que estarías en la casa de Emma —comenta con timidez. ¡Oh, lo que faltaba! ¡Que él se ponga tímido! ¡Vamos!

—Sí, vine a buscar ropa mientras que ella termina su clase de *ballet*. Era obligatorio y no pudo faltar —contesto más calmada.

—Oh, bien... —vuelve junto a la encimera y comienza a rebanar vegetales, esta vez sin la necesidad de música.

—¿Qué haces, Ty? ¿Es que ahora eres cocinero?

—No, pero estaba aburrido y comencé a buscar recetas fáciles para hacer. Y te puedo decir que es entretenido —responde orgulloso de su trabajo cuando me lo muestra.

—Claro. Espero que cocines algo comestible y no vomitivo como cuando nos quisiste hacer cupcakes de barro —hago una mueca de asco y él ríe.

—Okey, haré todo lo posible, pero ahora vete que me molestas. ¡Shu, shu! —me da la vuelta y me empuja a las escaleras. Le saco el dedo medio antes de subir a mi habitación.

Pongo mi pijama y otra muda de ropa, por las dudas que lo necesite, en una mochila, aparte de mis objetos personales. Agarro dinero, llaves y cepillo de dientes antes de bajar las escaleras. Oh, y no me olvido de Burry. A ella la llevaría hasta la cárcel si es necesario. Tomo sus cuencos de agua y comida, ya limpios, y los coloco en una bolsa de plástico junto con el alimento de ella.

Ty sigue cocinando lo que quiera que estuviera haciendo mientras todavía tiene ese estúpido delantal. Me acerco y lo abrazo por detrás. Apoyo mi mentón en su hombro y lo miro.

—Ya me tengo que ir, Ty. ¿Estás seguro de que la cocina estará bien sin mí? —me mira con burla y asiente despacio con la cabeza, teniendo cuidado de no golpearme a mí.

—Claro que sí, Nat. Confía en mí.

—Eso dijiste cuando querías hacer cupcakes. La cocina casi se quema gracias a que confié en ti —él bufa con diversión.

—Eso ocurrió hace cinco años. A pesar de eso, ahora tengo el número de emergencias por las dudas —me separo de él con rapidez, adoptando una mirada sorprendida y aplaudo con las manos ante su gran hazaña.

—¡Te felicito! Y gracias a Dios, estaré más tranquila. Llámame si te encuentras en el hospital. ¡Adiós! —coloco bien mi mochila sobre mi hombro, tomo mi campera, la cual estaba colgada en la percha junto a la puerta de entrada, y salgo del departamento con mi perra en brazos. Ella descansa cómodamente en su pequeño bolsito para perros.

Camino todas las tediosas calles para llegar al infierno llamado instituto mientras le grito a un inmaduro conductor que conduzca más despacio y no me atropelle. Es impresionante cómo la gente como él puede sacar la licencia de conducir sin saber siquiera quién tiene la prioridad de paso en estas ocasiones.

Una vez que llego, tomo asiento en una banca bajo un árbol y saco mi celular.

¿Ya terminaste o te falta?

Minutos después, llega su respuesta.

¡Me estoy vistiendo, ya voy!

Bien, apúrate que ya me está hartando ver tanta naturaleza y hojas verdes.

Lo sé, soy insoportable, pero cuando estoy aburrida soy así, no me culpen.

Insoportables minutos pasan y al fin veo venir corriendo a Emma. Su pelo se mueve con el viento mientras trata de no tropezar o dejar caer sus cosas al suelo. Ríe cuando llega a mí con el pelo hecho un nido de pájaros y la chaqueta al revés.

—Tienes la chaqueta mal puesta —tapo con una mano mi boca y ahogo una carcajada. Emma me mira enojada y se coloca bien la ropa. Puedo notar que cuando ella conoce bien a las personas, es una chica diferente. Quiero decir, cuando está conmigo se suelta un poco, pero cuando está con personas

que no conoce, se aleja y se queda sola para que nadie le hable. Se encierra en sí misma hasta el punto de olvidar todo a su alrededor y prestar toda su atención a lo que sea que piensa dentro de esa inteligente y violácea cabeza.

—Bueno, ya está. ¿Nos vamos? —pregunta.

—Sí que estás apurada, Em —me burlo alzando una ceja y sonriendo.

—Bueno, ya. Sí. ¡Ahora, vámonos! —toma mi mano y jala de mí para que camine. Me sorprende en parte que ella tenga tanta fuerza. Parece tan frágil e inocente, pero es todo lo contrario a momentos. Es más, puedo decir que posiblemente tiene hasta más fuerza que yo.

—Por cierto, espero que no te moleste que lleve a Burry con nosotras —comento, señalando el pequeño bolsito en donde mi bebé duerme. Ella niega con la cabeza.

—No hay problema... —responde sin dejar de caminar y sin mirarme.

El cielo se encuentra debatiéndose si va a ser una tarde llena de sol o una tarde nublada. No hace frío, pero de vez en cuando una ligera brisa aparece y eriza los vellos de mis brazos.

Unas cuadras más adelante, nos detenemos frente a un local de ropa perfecta para el nuevo look de mi amiga. No muy llamativa ni muy exhibicionista. Entramos sin pensárnoslo dos veces y una empleada se acerca a nosotras con el ceño fruncido. Al instante, me doy cuenta de que es una de esas chicas a las que les dan asco la gente que tapa mucha piel. No entiendo qué le molesta de nosotras. Si nos gusta vestirnos así, ¿a ella en qué le afecta? Sinceramente, no la entiendo. Hay que ser ella para entenderla.

—¿Qué necesitan? —su voz y su sonrisa son más falsas que sus pechos. Hago un intento por contestarle lo más sarcásticamente que puedo, y así ofenderla o hacerla enojar, pero la voz de mi amiga me interrumpe mucho antes de abrir la boca.

—Eh... Solo miraremos, gracias —musita Emma antes de que lograra espetarle a esta cualquiera que cambie la cara de asco que lleva. Aunque, ¿es fingida o es por naturaleza? Qué misterio.

—Bien, pero no creo que aquí haya algo de su... estilo —nos repasa con su mirada de los pies a la cabeza. Estoy a punto de agarrarla por los pelos y

tirlarla al suelo si alguien no me detiene. Oh, le partiré la cara con cualquier cosa...

Doy un paso adelante y la encaro con toda la ira burbujeando en mi interior.

—Oh, ¿cuál sería nuestro estilo? Creo que aquí sí hay ropa para nosotras, pero por ningún lugar de este sitio veo ropa de tu estilo porque prácticamente vienes desnuda y estas prendas al menos sí tapan los pechos —sonríe cuando ella aprieta su mandíbula. Esto es lo mínimo que le puedo decir. Si no fuera por el apretón que Emma me dio antes de que le soltara todo eso, le hubiese gritado cosas mucho peores—. Ahora, déjanos ver la ropa porque si no le diremos a tu supervisor que estás molestando —paso a su lado y empujo a Emma para que me siga.

—¿Por qué fuiste tan mala, Nat?

—Porque es una estúpida zorra barata —gruño y me detengo frente a unos pantalones de los que suelo usar. Oscuros, ni muy apretados ni muy holgados, que se adaptan a tu cuerpo y son muy cómodos.

Cojo tres: uno rojo, azul y negro, y se los entrego a ella. Veo a lo lejos una remera gris muy linda con negro que tiene un panda estampado, y corro hacia allí. ¡Oh, es preciosa! ¡Me compraré una! Por lo tanto, tomo una para mi amiga y otra para mí. No es necesario probármelo, ya que es de mi medida. Creo. No soy de gastar en casi nada, ya que nunca voy de compras a excepción de cuando lo necesito, pero admito que me encanta ver prendas que sí me gustan y que no son muy exhibicionistas. Mucho más cuando en la tienda no hay casi ni un alma en vida.

—Bien, Emma, ve a probarte todo lo que te di mientras busco más remeras y jeans —sonríe y asiente antes de hacer lo que le digo.

Paso entre los pasillos de ropa para anciana y me detengo en uno que tiene muchas remeras espectaculares. Son comunes y lindas. Escojo varias de distintos colores oscuros y con diferentes estampados y dibujos. Los únicos colores que me encanta usar la mayoría de las veces son del tipo oscuro, pero el único que sí evito con toda mi alma usar es el rosa. ¡Odio ese maldito color! Es un gusto personal, así como a muchas les gusta el rosa, yo lo

aborrezco. Dicen que el color rosa es de chicas, ¡pero no es cierto! Jodida sociedad que dice que el rosa es color de chica y el azul es de chicos. Por mí que se mueran. Odio y siempre odiaré ese color. No me malinterpreten, no digo que la gente no pueda usar ese color, sino que, por mi parte, nunca lo usaría.

Escojo más y más remeras hasta tener una pila repleta de ellas. Bueno, algunas son para mí, ya que también necesito un par. ¿Hace cuánto tiempo no me compro ropa nueva? No tengo idea.

Miro a mi alrededor mientras me dirijo hacia los probadores. No es tan pequeña la tienda, y tengo que admitir que la mayoría de la ropa no me disgusta ni un poquito. No hay casi nada de gente, a excepción de un par de chicas ojeando prendas dos pasillos más adelante. Puede que haya visto pasar a una abuelita cargando un par de prendas, pero no sé si me equivoqué o no.

Dejo todo sobre la puerta del probador de mi amiga y ella bufa cuando las nota.

—¿No hay más remeras para que me pruebe, Nat? —cuestiona son sarcasmo, algo que es muy gracioso de escuchar con su voz angelical y delicada.

—Por ahora no, pero iré a buscar zapatillas lindas y cómodas. No salgas de los probadores hasta que te diga, y me muestras —contesto con una sonrisa, sin importarme que ella no la pueda ver.

—Bien —gruñe, o eso parece, ya que se asemeja a un perro chihuahua chillando.

Detesto profundamente ir de compras, pero este es el único lugar al que me gusta venir. Es en estos locales donde encuentro mi estilo de ropa. En Wesley Chapel, este mismo local estaba a media hora de mi casa y siempre que necesitaba ropa, iba allí.

Voy a la sección de zapatillas Vans, Converse y otras marcas que no reconozco cuando encuentro el sector de calzado. Me acostumbré tanto a ir —cuando quería ir— al local en ciudad, que al pasear por el mismo aquí en Filadelfia, donde la construcción es muy diferente y amplia, es frustrante porque me pierdo y doy millones de vueltas para encontrar lo que necesitaba.

Elijo dos pares de Vans, azul y negro, y luego unas Converse grises que se ven bastantes cómodas.

Le llevo esto a Emma y se lo paso por debajo de la puerta. Luego veremos las chaquetas, solo que ahora tiene mucha ropa y cosas por probarse. Solo espero que no se tarde mucho. Estoy sudando mi vida entre ir y venir, que puedo decir que la ropa ya se me está pegando en la piel.

Me siento, rendida y agotada, en un pequeño sillón a la espera de la salida de Emma. Y cuando ella sale, me quedo más que sorprendida.

Nueve palabras: nunca en mi vida pensé que estaría viendo esto.

Mi boca cae abierta. La sorpresa al ver que Emma, aquella chica que usa ropa holgada y es súper tímida tiene más curvas que una modelo, me abarca. Y sé que eso es decir mucho. Digo, hay muchos modelos que no son más que palos andantes, pero hay una gran variedad que de verdad son sorprendentemente lindas y con una gran figura. Una de ese tipo es Emma. Me felicito a mí misma, en mi interior, por darle algunas remeras que se ajustan bien a su figura. Si no se las hubiera entregado, de seguro nunca hubiese notado las curvas bien definidas que posee. Y tengo que admitir, que es mucho más delgada de lo que pensaba y lo que toda su ropa le hacía parecer.

Oh, Dios. Cuando mi hermano la vea... No tengo idea de a dónde tengo que llevarla para que él no se le tire encima.

—¡Oh, mierda, Emma! Eres una maldita perra —chillo a todo pulmón y ella me mira espantada—. No lo digo de una forma mala. Solo es que... tienes unas curvas hermosas que escondes bajo toda tu ropa holgada. ¿Eres ciega? Bueno, usas anteojos, pero ¡de eso se trata! Tienes que ver mejor con ellos, pero nunca te diste cuenta de que tú-estás-muy-bien —refunfuño eso último con algo de envidia.

—Y... yo no sé qué d... decir, Nat —tartamudea y se sonroja de los nervios mientras inconscientemente toma la punta de la remera negra que tiene puesta.

—Dime que te gusta y que te quedarás con toda la ropa, porque si no la compraré yo y te obligaré a quedártela —le advierto y ella ríe, pero la verdad

es que le estoy rogando en mi interior porque se quede con la bendita ropa que la hace ver bella. Me gusta mucho más porque no es exhibicionista. Más bien es normal, justo para el estilo que lleva.

—Bien, gracias.

—Oye, tienes más tetas que yo —comento de repente, viéndola con el ceño fruncido. Y es cierto, no sé si es la remera que se ajusta a su busto y lo hace ver más grande o si son en verdad de ella. Emma niega con rapidez la cabeza.

—No es cierto, ponte esta remera —me tira una gris y la atrapo en el aire. Me encamino al probador con la idea de que la remera me quedará grande, pero cuando me la pongo, suspiro y noto que me queda bien. Salgo con ella puesta y mi amiga casi se pone a dar saltitos de la emoción —una emoción que no sé por qué está ahí—. No es cierto, tienes más que yo. ¿De qué te quejas? Espera... —se interrumpe a sí misma—. ¿Por qué hablamos de esto si a ninguna de las dos nos importa? —encojo mis hombros y me doy cuenta de que tiene razón. Nos estábamos comportando como las típicas amigas que envidian todo de la otra y que quieren tener lo que no tienen.

—No lo sé... —susurro antes de entrar de nuevo al probador y volverme a poner mi ropa original.

Luego de elegir algunas chaquetas de cuero negras, pagamos todo y nos vamos felices por haber terminado rápido las compras. Me sorprendo de que hayamos estado un poco más de media hora en ese local probándonos ropa. Caminamos algunas manzanas, viendo vidrieras que nos llaman la atención e ignorando algunas miradas que algunas personas dan en nuestra dirección, y entramos a una peluquería en donde el dependiente es un chico de, más o menos, unos veinticinco años.

—Hola, muñequitas de porcelana. ¿Qué necesitan? —ante su tono chillón, doy por sentado que tira definitivamente para el otro bando. La actitud que le pone al decir esas palabras y el énfasis que le agrega al final me lo demuestra. ¡Pero Dios! ¿Qué hicimos las mujeres para que nos castiguen al dejar que los chicos gays sean hermosos?

—Hola —saluda mi amiga, sonrojándose. Intento no reírme en su cara.

—Buenas tardes, queremos un cambio radical de look para ella —puntualizo mientras señalo a mi amiga—. Hazle lo que te parezca necesario —susurro a su oído, viendo a mi amiga observar todo el lugar, recorriendo con sus hermosos ojos oscuros cada pared cubierta de imágenes.

—Por supuesto —le hace una seña a Emma para que se acomode en un asiento frente a un espejo y ella lo hace con timidez, su cuerpo encogiéndose ante nuestras miradas—. ¿Le pondrán lentes de contacto para que no use estos anteojos?

—No, me encanta como le quedan. Hacen que sus ojos sean grandes —sonrío—. A mi hermano le encantan los ojos grandes —le guiño a mi amiga y su rostro se vuelve aún más rojo que antes.

—Oh, ya entiendo. Este cambio es para tu hermano... —se ríe el peluquero—. Por cierto, me llamo Tim —asiento.

—Mucho gusto, soy Natalie, pero me dicen Nat. Y bueno, ella es Emma.

—Igualmente. Bien, hora de empezar. ¡Manos a la obra! —chilla con mucho ánimo.

Tomo asiento a su lado y comienzo a dar vueltas con él. Es una de esos asientos giratorios que te tientan tanto usarlas para marearte. Son como una adicción para mí. Amo usarlas, pero a la vez odio el momento en el que comienzo a marearme. Así que me detengo cuando llego a ese punto y durante unos minutos me fuerzo por calmarme y poder volver a empezar con mi divertido juego giratorio.

Cuando Tim termina, estoy con el estómago revuelto. Mi vista se vuelve borrosa y tengo que obligarme a parar para no caerme de culo al suelo. Puedo jurar que en estos momentos tengo patos sobre mi cabeza y ellos están abrazando unicornios endemoniados.

Una vez recuperada, miro a mi amiga. Pestañeo varias veces y sonrío feliz ante la nueva Emma. Su pelo llega hasta sus hombros y cae en cascadas violetas y sedosas, pero la parte superior de su cabeza sigue siendo castaña. Está hermosa, a decir verdad. Tiene un flequillo a los costados de su rostro que la hacen parecer exquisita y delicada, más de lo que antes era.

—Estás hermosa —comento embobada, mirando las puntas violetas que parecen mucho más intensas que antes.

—Gracias —contesta feliz y saliendo de la silla. Me alegro ver que estuve en lo cierto: se tiene que dejar los lentes porque quedan genial en su rostro.

—Tim —lo llamo—. ¿Podrías teñirme las puntas de azul eléctrico, por favor? —él sonríe y asiente, mientras me hace una seña para que me siente. Lo hago con rapidez y comienza a hacerme lo que le pedí. Nunca antes me teñí el pelo, pero siempre quise probar. Ahora, al fin, tengo el valor para hacerlo.

Finalmente, las dos cambiamos de look y tenemos ropa nueva. Tengo que confesarme a mí misma que me divertí. Pensé que sería demasiado aburrido y tedioso, pero la experiencia me gustó más de lo que esperaba internamente. No digo que lo ame, porque no lo amaré nunca, pero pude llegar a disfrutar de esta salida.

Una vez que salimos de la peluquería, caminamos a un Starbucks. El aire fresco que comienza a hacer a esta hora de la tarde empieza a erizarme la piel. Me sorprende que el otoño en septiembre sea más leve de lo que había pensado. Sin embargo, me alegro de que hoy en especial el día estuviese bien, ni muy frío ni muy cálido. Estuvo perfecto para ir de compras. Ni bien entramos al local, me doy cuenta del hambre infernal que tengo. Un hambre de muerte, que si tuviera una vaca enfrente de mí, la comería sin ningún problema.

Hacemos nuestros pedidos a un chico alto, con pecas y ojos canela. Es lindo, pero parece ser torpe con las cosas, como todos los chicos de ahora y en proceso de madurez. Me encojo de hombros internamente y camino a una mesa aislada de las demás para esperar a Emma, quien aguarda en la fila para recibir los capuchinos. Se está haciendo de noche y no queremos caminar en la oscuridad para que nos secuestren y nos violen gracias a nuestro hermoso nuevo look, por lo que decidimos terminar rápido nuestros pedidos para así irnos lo antes posible.

Llegamos a su departamento media hora después y nos tiramos agotadas en el sillón. Es un lugar pequeño, mucho más que el de mis hermanos. Es viejo,

de esos con paredes altas al igual que las puertas, pero tengo que admitirlo, es bastante lindo. No es para nada lujoso, es mucho más sencillo de lo que me esperaba antes de verlo por completo. Algunas de las paredes que me rodean tienen signos de suciedad, manchas y polvo, ya que cuantos más años pasen, el departamento envejece con ellos, y los muebles —la mayoría de ellos— son de madera. Hay algunos cuadros de pinturas colgados en los muros y me sorprende al encontrar todo ordenado. No es perfecto, pero es muy cálido. Eso es bueno, porque muchos departamentos son, en su mayoría, fríos al igual que sus dueños.

Minutos después de que el cansancio se me calmó un poquito, me levanto y dejo a Burry en la habitación de Emma, quien definitivamente sigue durmiendo como si toda la tarde al aire libre solo fuesen unos minutos que pasaron volando, junto con sus tarritos de comida y agua casi llenos. Y luego vuelvo a dejarme caer en el sillón. Lo bueno es que ella no hace casi nada de ruido, excepto cuando tiene hambre. Ahí sí que ladra ese animal.

La pesadez acumulada en todo el día está hasta el tope, y ahora es cuando comienzo a relajarme mientras intento sacar toda la tensión de mis hombros. Emma, desde que llegamos, no se mueve ni un centímetro en este sillón. Mira a la nada, sumida en sus pensamientos y creo que —al igual que yo—, en el agotamiento.

—¿Tus padres no están? —pregunto encendiendo la televisión. Hasta el momento no dijo nada sobre ellos, nunca los mencionó en ninguna de nuestras conversaciones. No sé si preocuparme o ignorar ese hecho. Creo que tampoco mencioné algo de los míos, mucho menos le dije que soy adoptada. Aunque tampoco creo que sea un tema bonito del que hablar.

—No, vivo con mi hermano y con mi hermana menor.

Asiento mientras cambio de canales, sin saber qué poner para ver. No se me hace extraño ni me sorprende ante el hecho de que ella también viva con sus hermanos. Bueno, hace poco me mudé con ellos, pero es algo similar, ¿no?

Quizá un problema con sus padres los llevó a mudarse solos, también.

—¿Estaremos solas? —pregunto. En mi voz se puede notar la esperanza que siento. No quiero que algún familiar, en este caso sus hermanos, nos hagan la noche pesada. O nos molesten. Es mucho mejor estar solas, así podemos hablar de cualquier cosa y hacer lo que queramos sin ser regañadas o algo por el estilo. Ella asiente en respuesta con entusiasmo.

—Sip.

—¡Genial! —exclamo.

Desde que estoy con ella creo que estoy exclamando y chillando mucho más de lo que lo hago en general y hablo el doble de lo que lo hacía en casa. Entonces pienso que, ya que no tenía a nadie con quién hablar en ese entonces, aprovecho hacerlo aquí. Antes me mantenía callada, reservada y seria. No sonreía y estaba la mayoría del tiempo ensimismada en mis pensamientos y recuerdos dolorosos al estar viviendo en la casa en donde todo pasó. Un pasado que no quiero recordar. Me propuse intentar olvidarme de todo lo que me sucedió y así empezar de nuevo. Y qué mejor que encontrar a una amiga de lo más normal que me pueda ayudar sin que ella se dé cuenta.

Nos entretenemos viendo una película de no sé qué año, pero con verla se entiende que es vieja. Es de romance, mucho romance para mi gusto, lo cual hace que me den ganas de vomitar arcoíris sobre el piso. En serio. Pero como a Emma le encanta esta película, la tuve que dejar.

No digo que odie el romance y el amor, pero es empalagoso. Es más, me gusta ver algunas películas y leer libros de ese tipo, pero si hay acción y chicos lindos es mucho mejor. Pero el romanticismo no es de mi preferencia, ya que no me fío del amor en realidad. Le tengo un leve —gran— rencor por todo lo que me hizo. Hizo que dejara de creer en el amor, en la felicidad y en los cuentos de hadas, pero eso no significa que culpe a otras chicas por creer en ellos todavía.

Me levanto del sillón cuando me dan unas ganas tremendas de hacer mis necesidades, y voy al baño. Creo que no debí acabarme de un trago ese delicioso capuchino, pero estaba tan tentador que no me pude aguantar. Ahora, por culpa de eso, mi vejiga está a punto de estallar como nunca antes.

Cinco minutos después, salgo del baño con una toalla pequeña envuelta en mis manos, secándolas. Murmullos se escuchan en la sala de estar mientras me encamino allí. Desacelero poco a poco mis pasos y me detengo a escuchar. Sé que está mal escuchar, pero Emma dijo que no iba a venir nadie, y escuchar a otra persona hablar me hace mal pensar de la situación. Lo primero que se me viene a la cabeza es que un ladrón logró entrar en el edificio y que quiere herir a mi amiga, pero al seguir escuchando, me doy cuenta de que no puede ser un ladrón. Ellos no hablan con la persona a la que le quieren robar. Eso sería absurdo.

Doy otro paso para entrar al salón, pero una voz profunda y ronca hace que me quede estática en mi lugar. Una voz que no esperaba escuchar, mucho menos aquí.

—Mira quién está aquí... ¿no te bastó con verme hoy a la tarde?

Joder.

CAPÍTULO



Con lentitud, doy la vuelta y enfoco mi mirada en el esbelto cuerpo de Damon. ¿Qué hace aquí? Su sonrisa burlona me da la bienvenida y tengo ganas de irme corriendo antes de que me dijeran lo obvio. Un escalofrío me recorre la espina dorsal y tiemblo. No sé por qué lo hago, pero así es. Es extraño verlo aquí.

No entiendo nada.

—Damon, ¿qué haces aquí? —le pregunta Emma al igual de confundida que yo—. Dijiste que ibas a quedarte con Elle en la casa de Finn —él se voltea para mirarla, así apartando su vista de la mía, y se encoje de hombros. ¿Emma sabe su nombre?

—A último momento me informó que no puede porque tenía que irse. Por lo tanto, volvimos aquí —sonríe. ¿Volvimos? ¿De qué habla?

Miro hacia abajo y me encuentro a una nenita de unos siete años, más o menos, parada al lado de Damon mientras le toma con fuerza la mano y me observa con los ojos muy abiertos. La niña se esconde detrás de la pierna de él como si yo fuera alguien que le hará daño. Sonríe y le saluda con la mano, pero no recibo ninguna respuesta de su parte.

Levanto mi mirada y esta choca con la del intruso inesperado, quien de nuevo me ve con intensidad, confusión y burla brillando en sus ojos. Todas ellas burbujeando en sus intensos iris. Me da un escalofrío. Mi cabeza intenta encontrar la razón por la que ellos se conocen y el porqué Damon está aquí hablando como si nada con mi amiga.

—¿Qué haces aquí, Damon? —pregunto lo más desorientada. Lo último que me faltaba era encontrármelo en la casa de mi amiga. Genial.

—Vivo aquí —responde sonriendo. Intento asimilar aquello, pero es como si me negara a entenderlo. Frunzo el ceño y miro a Emma en busca de una señal de que lo que él dice es solo un juego, pero solo retuerce las manos con nerviosismo y mira hacia abajo, ni negando ni diciendo que esto es verdad.

—No te lo quería decir porque pensé que así no serías mi amiga. Nadie me quiere porque todos le temen a Damon. Eres la primera chica que quería ser mi amiga y la única que se acercó a hablarme —su tono de voz manda punzadas de dolor a todo mi ser. Lo que está admitiendo hace que en mí todo se haga pedazos. Parece avergonzada y... herida. No quiero verla así, en el poco tiempo que estuve con ella nunca vi la mirada que tiene ahora.

¿Son malos con ella por Damon? Miro hacia él y veo que su atención está completamente concentrada en Emma. Me da pena la situación de mi amiga. No tener ningún amigo por la culpa de su hermano intimidante. Esa no es razón para que la gente no la quiera. No comprendo a las personas. Es solo un luchador... que puede quebrar muchos huesos si se enoja, pero que, aun así, no llega a ser un monstruo.

—¿Por qué no me dijiste que te sentías sola por mi culpa, Emma? —pregunta él, dejando su postura divertida e intimidante de lado, cambiándola por una encorvada y preocupada. Y, tengo que admitirlo, el tono que usa al preguntarle aquello a su hermana es de enojo puro.

—Y... yo no quería que te molestaras y gruñeras por algo así.

—Eres mi hermana, puedo ponerme de todas las maneras que quiera porque eres mi jodida hermana y...

—Oigan, tranquilos —interrumpo. Sé que no me debería meter en las discusiones familiares, pero él no puede gritarle ni enojarse porque otras personas se alejen de Emma. Es ilógico. Prácticamente es culpa de Damon, no de Emma—. Emma, ¿por qué pensaste que me enojaría al enterarme de que Damon es tu hermano? —no puedo creerlo. En serio. Si en el instituto lo tengo que soportar, ¿por qué también en la casa de mi amiga? Espero que no

todo el tiempo sea así de gruñón y con esa actitud de superioridad que no soporto.

—Porque todos le temen y piensan que, si me hacen daño a mí, él se enojará y acabará con sus vidas. No quería que tú pensaras lo mismo y como hoy se iba con mi hermanita a lo de mi primo, pensé que podías venir... —susurra atropelladamente con vergüenza muy notable. Asiento al entenderla y me acerco a ella con lentitud. Paso mi brazo izquierdo por sus hombros y la atraigo más a mi cuerpo.

—Emma, no le temo a Damon, sino que pienso que es insoportable, gruñón, arrogante... —comienzo a enumerar con los dedos de mi mano derecha hasta que escucho el gruñido de frustración de Damon y sonrío—. A lo que voy, es que voy a seguir siendo tu amiga, pero no quiero que me escondas más cosas, ¿sí? —ella asiente levemente—. Pero todavía no puedo creer que sean hermanos —murmuro y escucho la risa de mi amiga.

—Tendrás que acostumbrarte —dice Damon, quien se encoje de hombros. Vuelvo a mirar a la pequeña escondida en su pierna y ella se va corriendo a una habitación cercana como si yo fuese un monstruo que da mucho miedo.

—Es hermosa —comento, viendo el lugar a donde se fue. Y es cierto, es muy linda. Es bastante parecida a Damon, con sus mismos ojos y rasgos, y todo lo contrario a Emma.

—Sí, tiene siete años y medio, pero no es muy sociable. Le cuesta juntarse con gente que no conoce —comenta Emma.

—¿Por qué?

—No te importa —interrumpe de repente Damon con brusquedad, otra vez con su cambio de humor. Sus manos están apretadas a un lado de su gran y voluptuoso cuerpo mientras que su mandíbula se contrae en muestra de enfado. Suspiro, ya cansada.

—Bien, no es necesario decirme, solo pregunté. No te enojes —lo calmo para que no se vuelva loco. Es impulsivo y hay una niña en un cuarto cercano que puede escucharnos si discutimos. Asiente e intenta relajarse, lo cual agradezco mucho. No quiero pelear, pero él me saca de quicio cuando se

comporta así, pero rápidamente mira a su hermana con el ceño fruncido y la inspecciona de arriba abajo.

—¿Qué te hiciste? —pregunta horrorizado y sonrío más que feliz por el cambio divino de mi amiga. Se ve hermosa.

—Le cambié el look. Bueno, las dos nos lo cambiamos —respondo por ella mientras me toco las puntas de mi pelo color azul eléctrico. Admito que no estoy súper espléndida, pero me gusta cómo me queda.

—Me di cuenta, pero ¿por qué?

—¿No te gusta? —cuestiona Emma con los ojos muy abiertos y mirándose la ropa. Puedo notar que la ilusión que tiene en ellos va disminuyendo cuando vuelve la mirada hacia su hermano y ve a este con el ceño aún fruncido. Niego con la cabeza para que ella no siga carcomiéndose la conciencia pensando en que a su hermano no le gusta cómo se ve.

—Estás hermosa, Emma. Es tu hermano y es obvio que te verá así. Mis hermanos me vieron igual cuando me puse un bikini hace pocos días —miento para calmarla. Aunque algo sí es verdad: si mis hermanos me vieran con un bikini, con rapidez me tapparían con algo. No es broma. Sin embargo, dije aquello para que no se sienta mal al notar cómo la mira. Es una súper mentira lo que le dije, pero prefiero mentir para que se sienta bien consigo misma.

Ella asiente y sonrío.

—¿Desde cuándo tienes curvas? —pregunta de nuevo Damon sin hacer caso a mi explicación. Cuando se percata de lo que dije, me observa con rapidez—. ¿Tú qué? ¿En dónde usaste bikini? —mierda, ¿por qué no recordé que era así? Se comporta como un hermano celoso cuando ni siquiera es mi hermano. A pesar de eso, la vena maliciosa dentro de mí me hace seguir con la pequeña e inofensiva mentira. Es la única oportunidad que tengo para vengarme en parte por lo mucho que me molesta la actitud que tiene conmigo.

—Mis hermanos hicieron una fiesta en nuestro departamento hace unos pocos días y todos tenían que ir en trajes de baño, a pesar de no tener piscina.

—¿Alguien te tocó? —gruñe, dándome toda la atención, por lo que Emma se aleja un poco para salir del enojo de su hermano. Sonrío con inocencia y muevo mi pie, haciendo como si estuviese nerviosa por contestar. Lo que no es verdad, claro está. Es rara su actitud, no se puede enojar por algo así, pero lo que aprendí acerca de él en lo poco que lo «conozco», es que por más diminuta que sea la situación, lo toma como si fuera muy grande. Así como ahora. Apenas me conoce y ya se toma mis palabras como si le hubiese dicho que alguien nos manoseó. Por Dios, es un exagerado de primera.

—No lo sé, me emborraché mucho y no recuerdo nada —encojo mis hombros y puedo notar que mi amiga se tapa la boca para no reír cuando se da cuenta de que estoy mintiendo. Otro gruñido de parte de Damon me saca de mis pensamientos. Sus ojos están prendidos fuego y creo que ni con agua se pueden apagar.

—¿Quién te tocó? —levanto mis hombros y no respondo. Si lo de la fiesta hubiese pasado de verdad, aun así, Damon no tiene derecho a preguntarme nada. Sé que estoy volviéndolo loco, pero no es mi culpa que se crea todo lo que digo—. ¡Maldita sea! ¿Quién mierda te tocó, Nat? —pregunta, alzando la voz. No digo nada y sigo mirándolo con inocencia—. ¡Joder! —me toma del brazo con brusquedad y fuerza, y me empuja dentro de la habitación más cercana. Cierra la puerta de un portazo y me acorrala contra la pared. Su mano sigue apresando mi brazo y su respiración es más que agitada. Siento cómo las alarmas dentro de mí se activan y me ruegan que deje de jugar con él—. ¿Quién fue el maldito que te tocó? —gruñe como perro salvaje y todo en mí comienza a asustarse. Nunca antes se había comportado así de... posesivo. Sus ojos inyectados en sangre penetran los míos con furia no contenida. Se ve frío, salvaje y terrorífico. Aterrador es la palabra.

—N... nadie, Damon. Ahora, suéltame —pido tratando de zafarme, pero su agarre es mucho más fuerte. Me hace quedar quieta con su apretón. Esto ya no es divertido, mucho menos un juego. Él se toma todo en serio, aprendí la lección.

—Mentira —ruge—. Dime quién fue el hijo de puta, porque perderá su cabeza.

—En serio, D... Damon. No fue nadie —mi brazo ya arde y puedo sentir lágrimas detrás de mis ojos. Maldita sea, no tengo que mentirle más acerca de esto a él. Mi brazo quema como mil demonios y no sé cómo calmarlo para que me suelte. Las imágenes y los recuerdos se me vienen a la cabeza, comenzando a entrar en pánico. No, no quiero recordar nada de lo sucedido hace tiempo, pero esto, esta situación en la que Damon me hace participar, causa que mi cabeza reviva mi pasado. Mi alrededor da vueltas y siento mi corazón martillar con fuerza en mi pecho—. Damon, te digo la verdad... —sollozo por el dolor que quema mi piel. Los dedos de Damon parecen ser garras que perforan mi piel y me desgarran hasta dejar marcas—. No hubo fiesta, mentí —su cuerpo se tensa ante mis palabras para luego mirarme fijamente a los ojos con seriedad. Ya estoy derramando lágrimas que caen por mis mejillas y se estrellan contra el suelo, por lo que veo todo borroso y distorsionado. Aun así, puedo notar que su mirada vuelve a la normalidad poco a poco y afloja su agarre hasta finalmente soltarme por completo.

Lloro de alivio y caigo de rodillas mientras con mi mano tomo mi brazo y lo aprieto contra mi pecho. Duele, duele jodidamente mucho. No lo quiero ver porque sé qué es lo que habrá allí. Me tengo que alejar de Damon porque si no me pasará nuevamente todo lo que dejé atrás. Me causó dolor y tristeza, me recordó por todo lo que pasé hace años y no quiero hacerlo de nuevo. Es igual a él, su actitud lo es.

Bajo mi cabeza y sigo llorando. Por los recuerdos, por el dolor, tristeza, la pena... Todo.

—Oh, Dios... Nat, y... yo lo siento —se disculpa tartamudeando con vergüenza, agachándose frente a mí y estirando su mano para tocarme, pero me alejo con rapidez. Lo miro asustada y él me observa sorprendido y triste a la vez. Arrepentimiento es lo que transmiten sus ojos, pero no me importa lo que ahora sienta. Me hizo daño cuando ni siquiera es algo mío. No tiene derecho a hacerlo, nunca lo tendrá. No tiene por qué ponerse de esa manera cuando no somos ni amigos. Siquiera nos conocemos—. Perdón. Me descontrolé, Natalie. No vuelvas a mentirme de esa forma, yo...

—¿¡Tú qué!? ¡No te puedes enojar por una broma así! —exploto, aun dejando que las lágrimas caigan de mis ojos—. No puedes ir agarrándome y maltratándome cuando se te dé la jodida gana, Damon. ¡Apenas me conoces! Maldita sea. ¡Puedo estar con quien mierda quiera sin pedirte permiso! — noto que él quiere hablar, pero lo detengo con otro grito—. ¡No digas nada! Sé que eres impulsivo, ¡pero esto ya es demasiado! Apenas te dije que estuve en una fiesta, tú ya vienes a interrogarme y gruñirme en la cara como un perro loco —mi enojo se podría notar a millones de kilómetros de distancia, y aun así no me importaría. Lágrimas de frustración salen de mis ojos mientras veo que los suyos están pegados en mí. Su mirada es triste y apenada. Nunca lo vi así. Me paro con dificultad, todavía agarrando mi brazo y voy hacia la puerta. Antes de salir, me doy la vuelta y lo miro—. No eres nada mío, no tienes que enojarte por nada de lo que yo haga.

—Nat, lo siento —susurra—. Me salí de mis casillas, no te vayas —suplica con la mirada. ¿Cómo es que alguien puede hacerme sentir tan estúpida y enojada al mismo tiempo?

—¿Por qué eres así? Algún día tendré un novio con el cual me casaré y todo eso. ¿Tú qué harás? —su cuerpo se tensa y aprieta la mandíbula al instante en que las palabras salen de mi boca. Se para como si fuera un acto de reflejo y pasa furioso por mi lado, yéndose a otra habitación que está pasando la sala de estar, en donde Emma me mira horrorizada y corre hacia mí para abrazarme con fuerza.

—¡Dios, Nat! ¿Estás bien? Lo siento mucho, no pensé que se comportaría así —se atraganta mientras una lágrima se le escapa y cae al suelo. Niego con la cabeza. No quiero que lllore, mucho menos por esto. Ella no tiene la culpa, soy yo la estúpida que pensó que Damon también se tomaría como un chiste mi mentira.

—Estoy bien, solo me apretó muy fuerte el brazo, tranquila —trato de calmarla para que luego no se sienta culpable y se aleje de mí por eso. Emma me lleva al sillón y hace que me siente. Mira mi brazo, el cual sigo tapando con mi mano y me alegro por no mostrarle lo que dejó allí su hermano.

—¿Quieres que te lleve a tu casa? —niego con la cabeza.

—No, me quedaré. Voy a estar bien. Lo provoqué y al parecer este es mi merecido —digo con un suspiro, sabiendo lo estúpidas que suenan mis palabras y lo mentirosas que son. No está bien. Definitivamente, no está bien—. Lo que no entiendo es por qué se enojó tanto cuando le dije todo aquello.

La veo sonreír.

La verdad es que yo tampoco, pero es la primera vez que lo veo expresarse y tener emociones con otra persona que no seamos sus hermanas —se ríe—. Se puso celoso —afirma y yo frunzo el ceño.

—Como sea, pero se enoja con mucha facilidad. Apenas le dije una mentirita y ya se convirtió en un monstruo —ella asiente y yo me recuesto en el sillón.

Algunas pensarán que estoy loca por quedarme en la casa de un chico que me quiso lastimar, pero no estoy loca. Entiendo que tenga arranques de locura y se desquite de esa forma, pero tampoco es para alejarse sin conocerlo. Es por algo que la gente es así de impulsiva y con mucho enojo. Hay veces que quiero saber por qué él es de esa forma, pero hay veces que no. Sí, admito que dentro de aquella habitación en la que él me tuvo acorralada pensé que era igual que los de mi pasado, pero hay algo en Damon que me hace pensar que no es así. Que él no es como esos hijos de puta que me arruinaron la vida. Que me arruinaron a mí. Pienso que algo tuvo que pasarle para que se convierta en... lo que es ahora. Tan... impulsivo.

—¿Tienes hambre? Porque yo sí —dice minutos después Emma.

Decidimos no tocar el tema de hace un rato, ya que ella se pondría mal y me haría sentir culpable sin poder evitarlo. Asiento y sonrío mientras sigo mirando la tele, aún tirada en el sillón.

—Claro.

—¿Comemos pasta? —la miro sonriente y me levanto casi de un salto. Camino hacia ella y hago un ademán con la cabeza.

—¡Claro que sí! Mi jodido estómago pide que la alimenten y ¡eso haré! —nos reímos.

Luego, cenamos una rica pasta en el sillón mientras vemos la televisión. Elle, por su parte la quiso comer en su cuarto jugando a las muñecas al igual

que Damon... del cual en realidad no sé nada hasta ahora porque fui yo la que le llevó la cena a Elle y Emma a Damon. No me arriesgaré a que derrame su furia otra vez en mí, por lo que esperaré hasta mañana para que haga como si nada hubiera pasado.

En todo el rato en el que estuvimos preparando la comida y cenando, intenté no dejar muy a la vista mi brazo adolorido gracias a Damon. No quiero que Emma lo vea, así que cada vez que ella se me acerca, yo escondo la lastimadura con disimulo.

La noticia de que Damon es el hermano de Em es algo que sigue en mi cabeza mientras devoramos la comida. No son muy parecidos que digamos, pero tienen características similares. Elle es más parecida a Damon que otra cosa. Es como una pequeña Damon versión mujer. Es hermosa al igual que él, pero ella al menos es adorable y tímida, al igual que Emma. Por lo contrario, Damon es insoportable, gruñón, celoso, impulsivo e infinidades de cosas que pueden definirlo a la perfección.

Sus cambios de humores son los que más odio. En un momento está riéndose, y a los segundos gruñe como perro rabioso. Realmente, la mayoría de las veces solo quiero abofetearlo. Y otras, simplemente pasar mis manos sobre su lisa y visiblemente suave piel.

Lavamos los trastos sucios y luego nos preparamos los colchones de dormir en la sala de estar cuando notamos que en su habitación no entramos las dos. Por otro lado, queremos ver la tele por un largo rato. Está bien, soy la que quiere, ella no. Se encuentra definitivamente muy cansada como para seguir con los ojos abiertos. No solo por el exhaustivo día de compras que tuvimos, sino por la clase intensa de *ballet*.

A las dos de la mañana, mis ojos pesan mil infiernos, pero estoy tan metida en la película que veo, que me fuerzo a no dormirme en este momento. Es una de miedo. Es tan buena que, aunque quisiera, no podría despegar la vista de la pantalla de la TV.

Unos ruidos en el pasillo que da a las habitaciones resuenan, pero no me doy la vuelta. Un cuerpo musculoso y alto pasa por el frente del televisor, así que le tiro una almohada para que me deje ver. Se queda parado sin moverse

y yo me remuevo hacia los lados para poder ver por algún inexistente agujerito, pero no es posible. Su cuerpo cubre toda la pantalla.

Frustrada miro hacia arriba y me encuentro con los ojos serios de Damon.

—Es hora de dormir, Nat —dice con el ceño fruncido.

— Sí, sí. Cuando acabe la película que... —bostezo abiertamente sin taparme la boca y me refriego los ojos—. Es muy entretenida. Quiero ver el final.

Él niega con la cabeza.

—No, la verás otro día. Vete a dormir —exige en tono bajo para que nadie se despierte. Bufo.

—Vete y déjame con mi película. No tengo sueño.

—No es verdad. Tus ojos están prácticamente cerrados —gruñe acercándose. Me encojo de hombros.

—No me importa. Vete —hace caso omiso a lo que dije y apaga la tele. Se acerca a mí y me toma de la cintura para luego alzarme en el aire y colocarme en el colchón que está junto al de Emma. No me quejo, mucho menos teniendo a mi alrededor el calor que emana de sus poros.

Me tapa con las mantas y mis ojos, sin mi consentimiento, se cierran al instante. Puedo escuchar la risa suave de Damon y luego algo acariciar mi mejilla. Me muevo más hacia el calor que bulle de él y me acurruco. En estos momentos mi cerebro no funciona, por lo que mis sentidos y mi memoria tampoco como para recordar algo de lo que pasó esta tarde. Solo quiero dejarlo pasar y hacer borrón y cuenta nueva. Aunque también quiero que me siga pidiendo disculpas con la misma suavidad de hace unas horas.

Puedo sentir su respiración cerca de la mía y estoy tentada a abrir mis ojos, pero el cansancio me mata. Estoy a punto de quedarme más que dormida, pero antes puedo sentir que algo se posa en mis labios. Es algo suave, carnoso y con un olor estupendo. Si pudiera estar siempre así, con eso en la boca, sería feliz de por vida. Una corriente eléctrica me recorre el cuerpo de los pies a la cabeza, pero no le doy importancia. El sueño me está llamando.

CAPÍTULO



Cada sacudida dada a mi cuerpo logra sacarme cada vez más del ensueño en el que estoy sumida. Las paredes a mi alrededor se desmoronan mientras las imágenes llenando mi cabeza comienzan a desvanecerse. Por un momento lo lamento. Disfrutar de tener mi cabeza libre de pesadillas es algo de lo que no me puedo permitir tener con frecuencia. Pero una vez alejada de mi anterior entorno, en donde los altos muros de mi casa me recordaban el pasado, pareciera como si cada pieza de un rompecabezas destruido comenzara a agruparse tan lentamente dentro de mí. Definitivamente, gozo cada céntimo de la suerte que hasta ahora está de mi lado esta noche. Mi cabeza aprovecha el silencio rodeando los recuerdos para dejarle paso libre a la imaginación. Esta, por muy tímida que sea, de a poco logra envolverme en un mundo de fantasía del que odio tener que salir.

Pero aquella voz que resuena entre las profundidades de mi inconsciente, no me deja deleitarme por mucho tiempo de aquel rayo de suerte que finalmente tengo. Poco a poco, la realidad se asienta, y siento cómo lentamente se desvanece todo el mundo sobrenatural inventado de mi mente. El frío me rodea de repente, y mi cuerpo no es lo bastante rápido para acostumbrarse a él. Tiemblo mientras un aliento caliente choca contra mi oído.

—Nat... Despierta —dice alguien mientras me mueve levemente. Gruño en respuesta y me remuevo un poco, anhelando el calor reconfortante que anteriormente sentía al estar tan ensimismada en el sueño como notar lo gélida que es la realidad. —Nat..., despiértate. Tienes que ayudarme.

Entonces, es allí cuando distingo la voz de mi amiga entre todo ese mar de niebla espesa. Mi interior se queja cuando abro los ojos lentamente y la luz de la lámpara más cercana me penetra con fuerza.

—Bien, bien. Dime qué hora es —murmuro soñolienta y reincorporándome en el colchón a la vez que refriego mis parpados. Miro alrededor y sin poder evitarlo sonrío al recordar el hecho de haber dormido en colchones ubicados en el salón.

Volteo hacia Emma, quien parece estar inquieta por alguna razón que no logro descifrar. Parece nerviosa, más de lo normal, y mientras mira hacia su reloj en su muñeca la veo parpadear con rapidez.

—Las cinco y media.

Abro los ojos como platos y escucho cómo un jadeo sale desde lo profundo de mí sin ningún tipo de consentimiento. Las ganas de estrangular su pequeño y delicado cuello me llenan, y lentamente me imagino haciéndolo muy pronto si no me dice una excusa coherente para no hacerlo. La fulmino con la mirada y ella levanta las manos en forma de paz.

—Me tienes que ayudar —dice mientras pone los ojos de cachorro herido y hace un puchero.

Eso me hace recordar. Mis hermanos siempre hacían eso cuando querían que yo hiciera algo, pero nunca les funcionó. Ni siquiera ahora, teniendo ya unos cuantos años más encima. Pasa lo mismo con Emma. No me derrite esa miradita, solo hace que en mí crezca un gran deseo de rodar los ojos. Pero bueno, en vista de que ya estoy medio despierta y sé que, si no hago lo que quiere ahora, me seguirá molestando hasta el punto en el que yo me resigne y la estrangule.

—Veamos, antes de que me duerma de nuevo. ¿Qué quieres? —me cruzo de brazos con frustración, negándome a soltar otro suspiro al verla sonreír con victoria.

—¿Me puedes arreglar para poder vestirme con la nueva ropa? Creo que sabes más que yo sobre el maquillaje. ¿Puedes, por favor, enseñarme? Aún falta elegir la ropa... —dice atropelladamente y casi susurrando.

—Bien. Pero que te quede claro una cosa. Nunca más me levantes a las cinco de la mañana si no es de vida o muerte. Te elegiré la ropa, te haré la maldita raya con delineador en los ojos, porque es lo único que sé hacer, y te peinaré. Luego de eso, haces tu vida para que yo pueda dormir en paz.

—Okey, pero ayúdame... —suplica con las manos juntas como si estuviese rezando. Ruedo los ojos y me levanto. Esta chica, si se lo propone, puede ser un grano en el culo. Puede ser lo más tierna que quiera, pero a mí no me engaña. Dentro de todo ese exterior tímido y ese aislamiento que demuestra, hay una chica rebelde y jodona, que arruina la preciada hora de dormir de los demás.

—Vamos a tu cuarto así terminamos con todo esto.

Ella chilla por lo bajo, no queriendo despertar a nadie, y camina —mejor dicho, corre sigilosamente— hacia su cuarto. Cansada y dormida, la sigo arrastrando los pies. Puedo imaginarme a mí misma pareciendo un zombi recién levantado y no puedo evitar reírme internamente por lo absurdo que suena. Posiblemente los zombis son más lindos de lo que yo soy ahora. Mi cabello enredado cae sobre mi rostro y mientras me lo aparto con un soplido, pregunto: ¿Dejaste la ropa nueva en tu armario o siguen en las bolsas?

—Los guardé en el armario —apunta el gran mueble marrón que está contra la pared y yo asiento confundida.

—¿Cuándo mierda ordenaste la ropa? Nunca me di cuenta —murmuro dirigiéndome hacia ahí y abriéndolo sin ánimos. La idea de pasar más tiempo envuelta en prendas de ropa me tiene extremadamente harta hasta el punto de querer salir huyendo. Pero por el bien de la nueva amistad que se está formando entre Emma y yo, decido apartar la ilusión de mi mente y concentrarme en mi tarea, como toda *buena amiga*.

—Hace apenas media hora. Tú seguías dormida y, en vista de que no podía dormir por la emoción que sentía, maté el tiempo ordenándola —dice, justo antes de que un ruido agudo chillón suene en la habitación. Miro hacia atrás y me encuentro con Burry, quien bosteza abiertamente antes de correr con sus cortas patitas hacia mí. Me agacho a su altura y la acaricio con ternura y delicadeza.

—Hola, Burry. ¿Dormiste bien aquí? —digo en tono juguetón, como si la perra fuese a contestarme. Ella mueve su pequeña cola negra en mi dirección, como si estuviese demasiado feliz para ocultarlo.

—Bueno, apúrate, así te podrás ir a dormir... —me apresura y me insiste mi amiga. Subo la cabeza y asiento antes de levantarme e ir a buscar la ropa con tal pesadez que no me sorprende. Tiene suerte de que todavía no me haya reído en su cara y me hubiese tirado de nuevo a dormir.

No tengo que buscar, ya que me da igual cómo se vista. Pero como la quiero hacer sentir bien consigo misma de una u otra manera, la cual desconozco, hago que me quedo mirando atentamente atuendo por atuendo. Escojo unos vaqueros pitillos azules que, hasta donde vi en el probador de aquella tienda, resaltan bien sus caderas, luego una remera beige ceñida a la cintura y por último unas Vans negras recientemente adquiridas. Saco una campera lana negra que encontré por algún lugar y lo deposito todo sobre la cama con un lanzamiento sin importancia.

—Cámbiate rápido, así te embellezco —le digo mientras me siento en la cama. Mejor dicho, me tiro en la cama. De inmediato. Ella asiente con una sonrisa gigante, sus ojos brillando emocionados, y corre con toda la ropa en los brazos al baño.

Para aprovechar el tiempo, busco en mi bolso unos pantalones negros, una remera del mismo color que tiene estampada la cara de Homero Simpson tomando cerveza, y unas zapatillas. Me cambio rápidamente en la soledad de la habitación y vuelvo a sentarme sobre el pequeño y cómodo colchón mientras pienso en lo fácil que es elegir mi ropa día tras día para el instituto a diferencia de otras chicas de mi edad. Apenas me lleva cinco minutos prepararme, si es que no necesito una ducha antes de ponerme la ropa. Eso es en lo que demoro la mayoría de las veces. Los baños que me doy son posiblemente más largos cada mañana. Y realmente nunca me importó el cómo me voy a ver o el cómo me verán, como para preocuparme por ello. Me da igual toda esa mierda. Si le gusto a alguien, pues lo felicito y si no le gusto, pues ¿qué le voy a hacer?

Mis hermanos a veces me dicen que tengo que ser un poco más femenina. *Bueno*, eso me lo dijeron un día cuando terminamos de comer *pizza* con Coca-Cola y yo eructé como la muy cerda que sé soy. Pero no es para culparme. ¿A quién no le afectaría de esa forma tal combinación? No puedo decir ni una persona viva en el planeta, sea hombre o mujer, que no haya reaccionado de la misma manera que yo, o algo similar. Porque vamos, es una combinación explosiva que afecta extremadamente el sistema humano. Hasta donde sé, todos hemos tenido eructos al beber la soda con rapidez luego de comer con ansias unos bocados de *pizza*.

Y según los gemelos, no fue digno de una «dama».

Cinco minutos después, Em sale del baño y sonrío mientras se gira sobre sus talones y me muestra cómo le queda el atuendo. Obviamente, refriega en mi cara sus buenos atributos y presume todo lo que no tengo.

—Te queda espectacular, Em. Ahora ven, así te arreglo, si es que eso se puede decir, ya que no haré mucho —sonrío y me encojo de hombros. La hago sentarse en la silla del tocador y agarro el delineador con un poco de duda. Muy pocas veces usé el delineador, por lo que no tengo mucha práctica y me da *terror* hacer algo mal.

Le hago las rayas —ni muy gruesas ni muy finas—, le dejo el pelo suelto y se lo plancho, intentando con todo mi ser no quemarme la mano y luego suspiro cuando veo que está finalmente liso.

—Bueno, ya terminé. Festeja, haz un baile y déjame dormir.

Ella chilla suavemente y me abraza con fuerza, para luego quedarse evaluándose sorprendida frente al espejo como si fuese algo que nunca antes vio. Me encojo de hombros, restándole importancia a todo, y salgo de la habitación con la intención de tirarme en el paraíso llamado cama. Cierro la puerta detrás de mí y me doy la vuelta.

Justo en ese preciso momento, es cuando me choco contra algo duro y... ¿húmedo?

Me separo, alejándome de esa textura mojada y fuerte, esa barrera imperturbable que no me deja seguir mi camino, y miro hacia arriba.

Damon.

En toalla.

Mojado.

Con su cabello revuelto de una forma *seximente* espectacular.

Madre mía.

Creo que durante un segundo internamente me desmayo y voy directo al paraíso. Siento cómo mi interior se contrae y mis piernas comienzan a ser inestables. Mi cordura se apaga por unos minutos y mi cuerpo lo aprovecha para devorar la vista. Mis dedos hormigean, buscando desesperadamente tocar las hebras oscuras de su cabello. Nunca me cansaré de ver el maldito y jodido torso esculpido que tiene este hombre, que resulta ser un adonis en vida y que también es el hermano de Emma. Es cincelado. *Ancho, fuerte y duro*, pero que a la vez parece ser tan cómodo. Por un momento mi mente me hace una mala jugada y comienza a imaginarse a Damon debajo de mí, mientras que yo apoyo mi cabeza en su pecho y respiro su aroma tan embriagador. Pero luego, me acuerdo cómo se comporta todo el tiempo, no solo conmigo, y me obligo a alejar todas esas imágenes tan... *provocadoras*. Estoy consciente de que, si me lo permitiera a mí misma, me quedaría un rato más a admirar esta escultura frente a mí, pero el sueño realmente gana esta mano. Por lo tanto, hago una mueca en forma de saludo y me doy la vuelta para irme.

Pero su mano me impide seguir cuando ni siquiera había dado tres pasos. Me agarra del brazo derecho y yo repentinamente suelto un chillido de dolor al sentir que mi piel arde con su contacto en esa zona. Se separa casi de inmediato, alarmado y estupefacto por tal reacción de mi parte, y yo bajo la mirada para encontrarme con una marca espantosa y puramente morada con forma de una mano envolviendo la parte superior de mi brazo. Jadeo al verlo y sin poder evitarlo mis ojos van directo hacia a Damon sin pensarlo dos veces. Pareciera que lo hago casi por... *instinto*.

Horrorizado, él se queda estático mirando la marca. Sin pestañar ni decir nada. Da un paso atrás y me lanza una mirada que me deja descubrir todo lo que siente a través de sus ojos azules. Se encuentra tenso, sus músculos apretados con fuerza para nada contenida, mientras el pánico paraliza sus

facciones y el espanto es sustituido por hilos agudos de molestia y enojo. No por mí, sino por él mismo. Entonces, asustado como nunca antes sus ojos se mueven de un lado al otro por mi rostro, en busca de palabras fuertes saliendo de mi boca en forma de gritos acusadores.

Pero no hago nada.

Mi boca queda completamente sellada y mi interior toma la pena hacia él en lugar de hacer todo aquello que él piensa que haré.

Pero él no sabe que lo comprendo. Entiendo que se culpe —porque fue su culpa, siendo sinceros—, pero en lo profundo de mi ser sé que no lo hizo a propósito. Ayer pude ver cómo su interior luchaba por tomar el control y no hacerme daño, pero el diablo que llevaba dentro ganó, lo que hizo que se volviera loco. Deseo que entienda que no estoy enojada, y que a la vez sepa que no quiero que lo vuelva a hacer. Ni conmigo ni con nadie. Lo que será extremadamente difícil. Damon no se caracteriza por tener paciencia, es específicamente lo contrario, pero haré un enorme esfuerzo por enojarlo. No del todo, ya que es imposible estar vivo en esta tierra sin lograr enojarlo, ya sea intencionalmente o no. Porque la verdad es que hacerlo enojar y rabiar es algo divertido hasta cierto punto. Y desde ahora pretendo no traspasar esa línea por mi bien, y el de él. Sé que le hace mal verme... dolorida por su culpa, me lo demuestra con cada contracción en sus músculos y muecas provenientes de sus labios. El palpitante de la vena ubicada en su cuello es otra simple muestra.

Se rasca la nuca con nerviosismo a la vez que en sus ojos una llama de miedo aparece.

—Y... yo, eh... ¿eso te lo hice yo? —pestaño ante tal obvia pregunta, pero asiento sin dudarle. Gruñe, o jadea espantado, la verdad no lo distingo, y se aleja más, pero sin darme cuenta yo doy un paso adelante para que no deje tanto espacio entre nosotros. Lo siento aspirar bruscamente cuando sus ojos se encuentran de nuevo con los míos, luego de haber pestañado, consternado —Nat, ¡... lo siento. No sabía que po...

Lo interrumpo colocando una mano sobre su brazo y le sonrío. Me deleito por un instante cómo sus músculos se tensan ante la suavidad de mi tacto

contra su piel, y siento cómo su brazo crece ligeramente mientras mis dedos se derriten al encontrarlo húmedo y caliente.

—Ya pasó, Damon. El de ayer no fuiste tú, y eso lo vi con mis propios ojos. Estoy segura de que intentaste no hacerme más daño de lo que ya lo hacías, pero si lo vuelves a hacer —lo miro mordazmente, pero con un poco de diversión—... te cortaré las bolas. Luego las amasaré para dejarlas planas y las trituraré.

Veo cómo la tensión se desvanece de su cuerpo a medida que él sonrío divertido y asiente, mirándome como si no pudiese creer lo que tiene enfrente.

—Entiendo. Entonces, ¿cómo arreglaremos eso? —apunta sin mirar a mi brazo.

Me encojo de hombros.

—Con esta remera no se ve, pero si me tocan allí me va a doler. Supongo que lo tendré por unos días —admito, y él vuelve a afirmar—. Pero tranquilo. No es mucho, tuve cosas peores que un moretón gigante.

—¿Y si alguien lo ve y te pregunta cómo te lo hiciste?

—Diré que me querían robar y violar en un callejón porque soy tan hermosa e irresistible, pero que como también soy fuerte e invencible, me zafé y fui mi propia heroína —el incómodo momento logra olvidarse con mi comentario gracioso. Pero para no dejarlo así y volver a estar como antes, sigo el juego un poco más, sintiendo cómo me inspiro con cada palabra absurda que sale de mi boca para seguir y seguir —. Luego, llamé a Superman y le pedí que me llevara a mi casa, para después besarlo porque está muy bueno. Así que... —cuando intento seguir parlotando, Damon me detiene.

—¿Cómo es que luego de escaparte llamas a Superman? ¿No era mejor llamarlo para que te salvara?

Levanto mis hombros sin saber qué decir y lo escucho maldecir.

—¿Y cómo es eso de que *Superman* está bueno? Yo estoy bueno. Ese tipo es un viejo decrepito de mil treinta años al cual editan para que se vea joven y supuestamente lindo.

—Soy una chica, Damon. Me parece lindo y listo.

—¿Más lindo que yo?

De repente, hace una pose para remarcar sus abdominales y músculos, como si estuviese posando para una cámara. Hago un gran esfuerzo por no dirigir mi mirada hacia abajo a su tableta de chocolate, por lo que volteo hacia el techo para no caer en la tentación de dar una miradita. Escucho su risa y yo frunzo el ceño. ¡Se está burlando de mí!

¿Por qué tiene que ser tan... *apetecible y tentador*?

—Puedes ver todo lo que quieras, Natalie. Soy todo tuyo

Lo miro rápidamente a los ojos y levanto una ceja.

—Oh, qué halago. Aunque creo que de mí no eres nada, ni yo de ti tampoco.

Entonces, completamente de la nada, su semblante cambia con rapidez hasta ponerse serio, lo que hace que mi ceño se frunza aún más. Su mirada mordaz y molesta penetra mi sistema y me hace temblar ligeramente. ¿Qué hice ahora?

—No es cierto —objeta con un gruñido saliendo directo desde lo profundo de su garganta.

—Apenas nos conocemos, Damon. No seas así. No vuelvas a tu yo gruñón. No puedes ir por todo el mundo gruñendo —me cruzo de brazos mientras lo regaño. De a poco, su mirada se suaviza hasta llegar a mirar hacia otro lado. Sonrío triunfante —. Estamos mejorando —le doy palmaditas en el hombro y camino al colchón tirado en el salón. Me tiro bocabajo y cierro mis ojos casi al instante en que toco la suavidad de este pedazo de cielo.

Fuera quien fuera el que inventó los colchones y esa acción que se llama dormir, juro que en algún momento se le tiene que hacer un altar para agradecerle. No hay cosa más linda que dormir y comer todo el maldito día sin interrupciones. Solo tú, la cama y la comida. Eso sí es vida.

—¿Por qué estabas levantada a esta hora? —cuestiona la voz gruesa y ronca de Damon detrás de mí antes de sentir su cuerpo a mi lado en el colchón de Emma.

Bostezo abiertamente y sin abrir mis ojos, contesto:

—Tuve que ayudar a tu hermana a vestirse —fue más un susurro que otra cosa.

No puedo seguir hablando porque los brazos del rey del sueño me llaman y no me puedo resistir. Siento el brazo de Damon agarrarme por la cintura y llevarme hacia el calor de su cuerpo, y luego su olor tan varonil y propio de él me envuelve como una capa protectora de la cual no quiero salir. Me acurruco más a su cuerpo y apoyo mi cabeza en su torso desnudo. ¿Seguiré estando en toalla? Realmente espero que sí, porque así es como me lo imagino con la poca cordura que me queda. Ahora no puedo pensar prácticamente en nada más. Mi cabeza está en otro lado, y mi atención se desvía y se enfoca solamente en el fuerte chico que está a mi lado abrazándome. Sin más, me quedo dormida luego de un suspiro reconfortante de mi parte.



—¡Joder! ¿¡Qué es esta cosa peluda y con patas!?

Asustada por ese grito, me reincorporo y miro adormilada hacia los lados. Damon sale de la habitación de Emma con algo peludo en sus manos mientras que su mirada fulmina en mi dirección. Me encojo de hombros y vuelvo a caer de espaldas al colchón con la intención de seguir durmiendo.

—¡Nat! ¿Qué es esta cosa y por qué está aquí? —abro un ojo e inspecciono la bola peluda en sus manos. Burry se remueve, moviéndose de un lado al otro mientras su lengua recorre la piel de sus nudillos con felicidad.

Sonrío soñolienta y estiro mis brazos para agarrar a mi bebé. Damon me lo pasa con asco, casi en un lanzamiento, y yo lo acurruco en mi pecho. Es tan chiquita y linda que, si hace algo malo, con una mirada ya la perdono y le doy de comer. Se me hace totalmente imposible no entermecerme y siempre caer ante sus ojos.

Le beso el hocico y sonrío antes de mirar con el ceño fruncido a Damon.

—Es Burry. *Es una perra*, no una cosa —aclaro—. Aparte, es mía. No me gusta que le grites —espeto acariciando a mi perrita.

—¡Sácala de aquí! Es un monstró —refunfuña enojado.

¿Qué tienen todos con llamar a una simple e inocente perra de esa manera? Es solo un animal, por Dios. Se me hace totalmente extraño que Damon, un chico duro, fornido y que se enfrenta a cosas mucho peores días tras días, se encuentre casi aterrorizado y asqueado por una pequeña y dulce perra, la cual apenas cabe en la palma de su mano.

—El monstró eres tú por decirme que la saque de aquí. ¡No te hizo nada para que la odies!

Este chico puede ser todo un caso cuando se pone de esta forma. Sus cambios de humor me tienen hasta el tope de la cordura. Pienso que hay que enseñarle a no gruñir y que aprenda a no enojarse con tanta facilidad. Porque, en serio, en estas ocasiones me dan unas ganas tremendas de dejarlo sin descendencia, pero no lo hago gracias a que lo pienso muy detalladamente y me compadezco. Si él tuviera hijos definitivamente serían los más hermosos del planeta. Damon tiene un buen gen y sería totalmente penoso si se desperdicia.

Murmura cosas inaudibles para mis oídos y se va con los puños fuertemente cerrados, sin darme ni una mirada. Sonrío ante lo lindo de sentirse victoriosa y me levanto con Burry en brazos. Alegrementé camino a la habitación de mi amiga y me la encuentro mirándose en el espejo. Mejor dicho: admirándose a sí misma.

¿Dormí tan poco como para encontrármela de la misma manera que cuando la dejé?

—Qué bueno que te despertaste. Ya te iba a levantar para irnos. Por suerte ya te habías cambiado hace rato porque si no llegaríamos tarde... —murmura haciendo caras raras a su silueta reflejada.

—Claro, ¿vamos? —ruedo los ojos y agarro mi mochila y el bolso de mi perrita, exactamente todo lo que traje ayer. Obviamente, también la poca ropa que me compré. Sinceramente, no me importa que en el instituto se permitan o no mascotas. Si me echan de las clases a causa de mi linda perrita será la mejor excusa para poder descansar sin interrupciones. Y ahora que eso llena

mi cabeza, una imagen muy tentadora, comienzo a desear que lo hagan de una vez por todas.

Para mi suerte, Emma y yo vamos al infierno caminando. Damon tuvo que llevar a Elle al jardín de niños para luego entrar a su clase. La remera que llevo puesta cubre mi brazo hasta el codo, por lo que la marca de la mano de Damon no se nota. Mis hermanos morirían al verla y me harían mil y una preguntas sobre qué me pasó. Pero no sabría qué responder por el temor que tengo de que pase algo. Y no creo que le vaya a pasar algo a Damon, ya que puede pelear contra dos, y mis hermanos no tendrían definitivamente ninguna oportunidad contra él. Así que sí, dudo mucho que mis hermanos derrumben a la *Furia*.

Parte del tiempo me limité a no pensar en lo de ayer. Sinceramente, Damon me asustó cuando se puso de esa manera furiosa y me apretó el brazo. Se supone que el motivo —uno de ellos— de venir aquí a vivir por un año con mis hermanos, serviría para comenzar de nuevo y olvidarme de mi asqueroso y horrendo pasado. Pero lo de ayer me hizo revivir todo lo sucedido en mi cabeza. El dolor que tengo en el brazo no se compara con lo que sentí hace tiempo, aquellos moretones y otras cosas peores que una vez tuve. No se comparan esos dolores porque ciertamente el de mi pasado es muchísimo peor. Las heridas y los maltratos. Pero el recuerdo siempre está. Permanente en mi memoria, listo para atacar ni bien me encuentre desprevenida y sin refuerzos. Sin esas barreras elevadas a mi alrededor. Simplemente eso no se puede olvidar y, obviamente, no lo hice luego de un año y medio. Todavía no lo supero. Pero como ya dije, quiero empezar de cero, no recordar nada y crear nuevos recuerdos. Solo espero que estos sean lindos y que no tengan más violencia de parte Damon o de otra persona hacia mí.

Las clases fueron tediosas la mayor parte del tiempo. Y digo la mayor parte del tiempo porque si no fuese por Burry, estaría como un zombi todas las putas horas. Emma tuvo dos clases conmigo, pero ella se la pasaba tomando nota y callándome cuando le quería decir algo. En esos momentos le quería gritar en el oído para que no me hiciera callar. Odio que me callen.

Por otro lado, los estudiantes a mi alrededor miraban a Burry en su bolsito y trataban de acariciarlo mientras murmuraban cuán linda es, pero yo gruñía y me alejaba. No se toca lo que es mío.

Mis hermanos tuvieron entrenamiento todo el día, por lo que tampoco estuve con ellos a excepción del almuerzo. Le compré a Burry una bolsita de comida para perro cerca del instituto y se la comió gustosa. No dejó nada sobrante, algo que no me sorprendió nada. Es una glotona certificada al igual que su dueña.

A la salida, Ty me mandó un mensaje diciendo que yo tenía que ir a comprar comida para llenar la alacena para que él pudiese cocinar una nueva receta. Por suerte para todos, él no quemó la cocina la última vez que preparó lo que quiera que haya preparado. Dice que le salió espectacular y que nos quería sorprender con una cena aún mejor. Imagino que realmente le gustó la idea de cocinar porque no paró de hablar de que quiere probar tal receta, que tiene que comprar tales condimentos y esa mierda. Hasta hablaba con orgullo de todo lo que aprendió. Yo no le digo nada porque prefiero que pase más tiempo cocinando que follando con las zorras del instituto.

Por desgracia, Sam no pudo ver el nuevo look de mi amiga, porque faltó a la hora del almuerzo con alguna excusa barata, pero Ty la halagó diciendo que se veía hermosa. Ella, sin poder evitarlo, se sonrojó fuertemente ante tal cumplido. Puede ser que ella esté enamorada de Sam, pero eso no significa que cuando otro la halague, no se ponga nerviosa y tímida a la vez.

Camino unas cuantas cuadras hasta que por fin encuentro un supermercado. Hoy me tocó salir tarde del instituto, por lo que ya está comenzando a oscurecer. La brisa nocturna, fría y acogedora a la vez, hace revolotear mi cabello por el aire y por un segundo me detengo a respirar la tranquilidad que viene con ella. Acto seguido, una vez inhalado y absorbido el aroma de las hojas y los árboles a mi alrededor, saco mi celular del bolsillo de mi pantalón y busco la lista que me mandó Ty con su pedido. Finjo que el bolso en donde tengo a Burry es una cartera de mano y paso por las puertas del lugar intentando esconder cualquier rastro de nerviosismo, ya que si no se darán cuenta y me echarán por entrar a un animal.

Coloco en una pequeña canastita todo lo que me pidió mi hermano, pero también me doy cuenta de que al parecer Sam anotó algunas de estas cosas. Estoy segura de que la caja de condones era su pedido. Y como si no fuera poco que él fuese el que más follaba de los dos hasta el punto de darme cuenta quién escribió el pedido en la hoja, la letra me lo demostró. Es totalmente diferente a la de Tyler. Es desalineada y borrosa, como si estuviese muy apurado cuando lo escribió.

Cuando coloco aquel paquete en mi canasta, sigo con lo siguiente.

Compro también cosas que yo necesito para existir y darme el gusto, como barras de chocolates, helado, dulces y golosinas con forma de osos de colores. Finalmente, cuando termino, me dirijo a pagar por todo. Cruzo el pasillo y esquivo a alguien que está encorvado en el piso para ver algunos productos en lo más bajo de la estantería y voy hacia la fila. Me detengo triste cuando la veo mientras camino hacia ella. ¡La endemoniada fila llega hasta *Narnia!*

Tardo quince minutos en llegar a ser la siguiente en pagar. El hombre que está delante de mí es un hombre bastante mayor al cual, al parecer, le cuesta ver el signo de las monedas que le da al cajero. Porque en vez de tener el dinero en billetes, paga todo con malditas monedas de diez y cinco centavos. Si no fuera porque tengo el dinero justo para todo lo que llevo, le pagaría los tres productos que él lleva.

Luego de lo que pareciera una eternidad de espera, gracias a que una señora se volvió loca de remate y comenzó a gritarle a todos que nos habíamos colado y no sé qué otra cosa que causó que yo me fuera a lo último de la fila, ya estoy fuera del lugar con miles de bolsas entrelazadas entre mis dedos, mi mochila colgando en mis hombros y espalda y el bolso de Burry cayendo sobre mi cadera. Pareciera que llevo a todo un país encima.

La oscuridad de la noche cubre todas las calles desiertas, el viento se hizo más intenso y frío, causando que mi piel se erice al no tener un abrigo que me cubra por completo.

Comienzo mi caminata pesadamente con pasos lentos que con el correr de los segundos se vuelven eternos. El ruido que hacen mis zapatillas chocar con

la acera es el único sonido que se escucha resonar entre los edificios desolados de la zona. No hay ni un alma en vida de pie sobre la acera.

Entonces, de repente, un ruido sordo y chirriante se escucha a lo lejos, pero es casi inaudible que lo paso por alto y sigo mi camino. Las luces de las calles están apagadas a excepción de algunas que parpadean, por lo que si hubiese alguien además de mí merodeando por aquí dudo que me vea entre tanta oscuridad. Demasiado tarde me doy cuenta de que estoy equivocada. Un auto se estaciona de repente, forzando sus neumáticos a que no sigan su camino, y de allí sale un hombre que no puedo distinguir. Su silueta es todo lo que logro ver. Una espesa niebla nos rodea y me impide ver con claridad lo que sucede. Me alejo instantáneamente de ese coche y sigo caminando, aumentando como puedo la velocidad. Pero un brazo rodea mi cintura y me levanta sin esfuerzo, como si todo el peso de las compras, mi mochila y mi perra no existieran. Chillo por la sorpresa y le doy patadas en el torso a esta persona, porque con mis manos no puedo hacer nada que sirviera. *Putas manos que están llenas de bolsas, y malditos hermanos por mandarme a estas horas a comprar sus cosas.*

Me mete a la fuerza al auto y, antes de poder escaparme, cierra de un portazo la puerta. La golpeo mientras grito mil maldiciones hasta que el cansancio vence y caigo en el asiento del auto cuando este se impulsa con rapidez hacia adelante. Me estampo contra el respaldo y la respiración se me atasca en la garganta por el dolor repentino. Respiro hondo, intentando recomponerme y evitar que el miedo logre llenar cada parte de mi cuerpo.

El corazón me palpita como si hubiera corrido treinta kilómetros en menos de media hora, mis manos sudan sin poder evitarlo y mi mente divaga entre millones de opciones de lo que me puede pasar. ¿Me violarán? ¿Maltratarán? ¿Me venderán a alguien que me hace las dos opciones anteriores? *Jesús.* Puede que sea ruda y todo eso, que haga pensar a la gente que soy muy fuerte y que no me importa nada, que si me ponen un dedo encima los mataré, pero ciertamente soy todo lo contrario a lo que hago parecer. Ahora, mi mente solo tiene miedo. No puedo pensar en nada que no sea si voy a morir o no. No me despedí de mis hermanos, aunque una parte de mí los culpa de todo, por ser

ellos los responsables de mí. Tengo a mi perrita conmigo y de seguro la harán sufrir o algo peor, la matarán frente a mí y...

La camioneta para sin previo aviso y escucho las puertas delanteras abrirse y cerrarse de un portazo. Pasos y pisadas rápidas se acercan hasta que escucho que desbloquean la puerta de mi lado.

Se abre y yo pestañeo ante la brillante luz que hay detrás de este hombre. Ahora sí lo miro bien.

—¿Noah? —pregunto sin poder creerlo. Él asiente sonriendo dulcemente, pero a la misma vez desesperado. Frunzo el ceño y aprieto mis cosas más contra mi pecho. ¿No se supone que trabaja con Damon? ¿Dónde está Damon?

—Tranquila. Nadie te hará nada. Ahora, saca esa carita de perrito hambriento y sal del auto. Te necesitamos dentro. *Rápido.*

Niego rápidamente sin creerle ni una sola palabra. Puede que sea amigo — o lo que sea— de Damon, pero eso no significa que no quisiera hacerme daño.

—¡Nat, sal de ahí! Y que me parta un rayo que, si no sales de ahí y cooperas, me veré obligado a sacarte por la fuerza.

Me cruzo de brazos, dando a saber que no me rendiré, y miro hacia otro lado con el mentón en alto. Suspira cansado.

—Tú te lo ganaste.

Y sin darme cuenta, ya me encuentro en el hombro de Noah mientras chillo, pataleo y trato de que no se me caiga nada de lo que tengo encima. ¿Por qué mierda no dejé algunas cosas en el auto? Ah, sí... ¡PORQUE PENSÉ QUE ERA UN PUTO SECUESTRO!

Pasamos una puerta negra y muy mal iluminada, luego por un pasillo estrecho y de la misma forma fea y oscura que la puerta anterior. Cierro los ojos al sentirme un poco mareada a causa de la posición en la que estoy. Puedo sentir toda mi sangre irse a mi cerebro y... *Joder.* Suspiro sin abrir los ojos.

Unos minutos después, se detiene en algún lugar, pero no abro los ojos. Sigo intentando parar el dolor que siento en mi cabeza. Hace mal estar mucho tiempo con la cabeza hacia abajo, y más si soy yo la que está en esa posición. Soy débil cuando me dejan así por mucho tiempo. Comienzo a sentirme mareada en cuestión de segundos.

—Noah, déjame en el piso, por favor. Mi cabeza me está matando. Creo que tengo más sangre allí que en todo el puto cuerpo —me quejo.

Me toma de la cintura y me deja lentamente en el piso.

Caigo con una mano en la pared más cercana y doy varias respiraciones para calmarme. Abro mis ojos cuando siento que estoy mejor, y de repente puedo escuchar a mucha gente gritar a lo lejos. Y eso no ayuda para nada con respecto al dolor de cabeza. Me mareo y veo cómo todo a mi alrededor se vuelve distorsionado. Bien podría decir que hay un zoológico en mi cabeza por el martilleo que siento tronar contra las paredes de mi cráneo.

Noah me agarra del brazo y me hace caminar hasta que el pasillo termina frente a una cortina negra, en donde del otro lado se notan más los gritos, aullidos y las palabras de mucha gente eufórica. Tapo mis oídos con mis manos cuando siento que todo dentro de mí se revuelve en protesta y Noah me empuja levemente hasta traspasar esa tela fea y olorosa.

Y de la nada, frente a mí aparece... *¿el ring?*

CAPÍTULO



—¿Noah... qué...? —no logro terminar de decir nada al ver la escena que se lleva a cabo frente a mí. Damon está acorralado en una esquina del cuadrilátero sin poderse mover. Su contrincante ataca fuertemente contra su cara y estómago, sin darle opciones a recuperarse. Aguanto la respiración al notar que pequeños hilos de sangre aparecen en su labio y ceja.

Instantáneamente, como acto de reflejo, mi mano se dirige inconscientemente a mi estómago, como si yo pudiese sentir el dolor que Damon tiene. Como si pudiese sentir aquel fuerte puñetazo dirigido hacia Damon. No es lindo, todo lo contrario. Es un pinchazo lleno de asco por ver todo esto frente a mí, y dolor por notar que Damon es al que está hiriendo ese monstruo. Por un momento siento que me voy a desmayar, pero logro recuperarme cuando la voz de Noah se hace presente.

—Vamos, Nat. ¡Lo están destrozando! Apúrate y camina —exclama desesperado mientras tira de mí para que camine. Aún con los ojos como platos, lo sigo por detrás para que me guíe hacia el lugar correspondiente. Pasamos por un pequeño pasillo entre la multitud eufórica, hasta llegar a unos asientos disponibles en la zona vip, que serían los de la primera fila. El aire se encuentra cargado con tensión. La multitud grita en respuesta ante la vista de su ídolo siendo destrozado sobre el *ring*. El enojo es casi palpable. Pestañeo varias veces.

¿Qué hago yo aquí? Se supone que hace unos segundos quería vomitar, y lo único que faltaba era estar lo más cerca posible del *ring* como para ver con lujos de detalle todo esto que tanto... *me repugna*.

Dejo las bolsas del supermercado en el suelo junto con mi mochila antes de mirar hacia arriba. Damon, todo ensangrentado y con moretones comenzando a formarse en su cincelada y bronceada piel, está tirado en el piso intentando respirar el máximo aire posible.

Siento cómo todo en mí da vueltas, algunas cosas se ven borrosas, pero logro concentrarme en lo único que siento que me importa aquí. No sé si me siento mal por estar en un lugar tan encerrado, o por el hecho de estar presenciando una pelea que no quiero ni planeaba ver, pero sé con certeza que quiero irme corriendo y olvidar el momento en el que Damon *parece* rendirse.

Mi preocupación va en aumento al ver que su contrincante, un chico rapado y con un aspecto militar, todo musculoso y bronceado, se acerca con aire intimidatorio, listo para seguir con la lucha. Mi piel hormiguea al pensar sobre lo que sucederá si Damon no se levanta y se defiende como bien sé que sabe hacer. Por lo que me decido inconscientemente, y acto seguido me levanto bruscamente de mi asiento sin darme cuenta de lo que hago, y comienzo a gritar por arriba de la multitud.

Aún sigo sin creer que me hayan traído a mirar cómo lo matan a puñetazos. Nunca pensé que vería algo así. Nunca me dijeron que hoy peleaba Damon. Su cara y cuerpo magullados están cubiertos por una capa de sudor y pequeñas gotas de sangre esparcidas por los lugares más afectados. Damon es fuerte e intimidante, no entiendo cómo puede dejarse ganar así. Sin dar batalla. Es más, es tan arrogante que me lo hace acordar todo el maldito tiempo con cada mínima cosa que hace.

Sin esperar más, comienzo a gritar como loca desquiciada para darle a saber a Damon que hay muchos que lo apoyan, yo inclusive. El enojo y la impotencia salen a raudales desde mi interior en forma de palabras gritadas desde lo profundo de mi ser. No soy yo la que lo hace, es algo dentro de mí lo que me obliga a hacerlo y que simplemente no tiene nombre. Soy empujada por unas manos imaginarias, y forzada a gritar en apoyo hacia el *ring*. Porque si soy sincera, si no hubiese sido forzada a hacerlo, estaría llorando por la escena frente a mí. Estaría paralizada y sin saber qué hacer. Así que

agradezco que mi interior estuviese lo suficientemente alerta como para saber reaccionar correctamente ante situaciones como esta sin necesidad de la cordura involucrándose.

Mi voz se suma a la de otros en cuestión de segundos, y allí es cuando veo un ligero movimiento en Damon. Él corre su cara hacia un lado, tan lentamente que me destroza. Lo hace con puro cansancio y aún en el piso me mira como puede con un solo ojo. Por el contrario, el otro lo tiene prácticamente cerrado e hinchado, con un color morado comenzando a resaltar entre su *ahora* pálida piel.

Sin poder creerlo, su ojo bueno se abre a más no poder y una mueca de dolor aparece en su boca bañada en sangre. Sin dejar de lado mi euforia, le sonrío y saludo con una mano. Tengo que hacer como si no estuviese muy magullado y ensangrentado para que se sienta bien. Su orgullo es más fuerte que todo y no puedo bajarle los ánimos en estos momentos cuando está en este estado. Justo en el borde de rendirse y sucumbir ante otro.

Aprovechando que el oponente está alardeando su próxima victoria con su escaso público, Damon se levanta dificultosamente y camina con sigilo hacia él, propinándole un golpe en su costado derecho con la fuerza que bien creía que no tenía. Sorprendido, el otro se da vuelta, lo que logra que otro ataque de parte de mi Muchachote feroz choque contra su rostro y haciendo que su anterior sonrisa desaparezca casi al instante.

Sin dejarle espacio ni tiempo para contratacar, Damon le propina un buen golpe zurdo a su esculpido torso y un rechazazo a su estómago lleno de cuadritos. Uno tras otro sin parar, los puños de él se encuentran con cada parte del cuerpo de su oponente, como si una fuerza inexplicable hiciera que sus ataques sean prácticamente letales.

Los espectadores saltan ante tal recuperación, y mi corazón salta y comienza a correr con fuerza en mi pecho.

El contrincante se retuerce de dolor, con sus brazos en la parte baja de su estómago, haciendo presión para detener el sufrimiento de esa zona.

Agitado, intenta atacar con tan solo un golpe en su mandíbula, pero Damon es más rápido y golpea primero, dejando tirado y mucho más magullado que

él a su contrincante. Sus brazos vuelan por los aires en una danza terrorífica repleta de descargas vengativas. Sus músculos se flexionan bajo la piel mientras el sudor y el cansancio lo cubren de arriba hacia abajo. Mi corazón salta nuevamente.

Entonces noto el cansancio de Damon en cada parte de su anatomía y sé que está preparado para terminar la pelea. No es necesario ser un genio para darse cuenta de lo débil que se va poniendo al descargar la poca energía que tiene en derrotarlo. Por lo que, no queriendo irse sin atacar con otro golpe, asegurándose que su oponente no se pueda levantar en unos cuantos días, Damon lo golpea una última vez en el estómago para luego separarse y ver cómo el otro cae con un ruido sordo al suelo. Inconsciente y derrotado.

Jadeante y sudoroso, Damon levanta un brazo en forma vencedora y con orgullo. Pero su mirada no está en nadie del público. Su completa atención se concentra en mí y solamente en mi mirada. Sin darme cuenta, hace rato había terminado de hacerle porras de ánimo para ver más atentamente la pelea, sin perderme ningún detalle, por lo cual ahora me encuentro parada con el bolso de Burry colgando en mi hombro y tratando que ninguna mano de algún metiche robara mis bolsas con todo lo que compré mientras lo miro fijamente a los ojos. Sus intensos ojos zafiros.

Un escalofrío me recorre todo mi cuerpo, dejando un recorrido erizado sobre mi piel. Mi sonrisa no puede ser más grande que la de estos momentos, en donde solo pienso en su victoria.

Es más, ya no me importa nada con respecto a que prácticamente Noah me raptó y me trajo aquí, que mis hermanos me mandaron a una hora no adecuada a comprar comida, ni nada más.

No soy fan de las peleas, pero ver el cambio radical de Damon en el *ring*, consigue que mi sonrisa se pegue en mi cara con pegamento difícil de sacar.

Sin embargo, la felicidad es ligeramente opacada por el miedo y la angustia. La verdad es que no me llevo muy bien con todo lo que conlleve a puños y golpes hacia otra persona. Pero nunca dije que yo fuera una chica que no se saca de las casillas cuando la hacen enojar y me lanzo a darles golpes a otros. No pasa muy a menudo, pero si es necesario lo hago. Todo

por defenderme a mí o a los que amo y me necesitan. Nunca lastimo a nadie si no se lo merece.

Me sentiría más que culpable de lo que le pasara a aquella persona si le golpeo sin ninguna excusa ni nada por el estilo. Es más, siempre traté de alejarme de todos los problemas que tenía antes. Mi vida en un momento fue la mejor. No había nada por lo que no sonreír junto a *ÉL*, reír por las estupideces que decía y durante meses no amarlo cada vez más.

Pero todo se fue por el desagüe un día en el que sin darme cuenta me encontraba herida y lastimada en todo el cuerpo, recostada en una camilla de hospital. Durante un tiempo, no hablé con nadie por temor de que fueran igual a él. No sé cómo es que pasó, pero logré, luego de un tiempo bastante largo, recuperarme y tratar de olvidar. No fue fácil, y menos cuando cartas amenazantes llegaban a mi puerta. Pero como mi papá no estaba en casa, no podía recurrir a nadie de confianza.

Pero ahora me tengo que alegrar de estar con unos hermanos que me quieren y apoyan en todo... a su manera. No son los mejores hermanos del mundo, pero lo son para mí. Sean de sangre o no.

Una mano se posa en mi hombro, sacándome de mis pensamientos.

—Vamos, Nat —dice Noah prácticamente arrastrándome detrás de sí mientras sigue a Peter. Sus sonrisas no pueden ser más grandes y la alegría de todo el equipo de Damon se puede sentir en el aire. Llegamos a una habitación que sería como un camarín para estrellas famosas, y yo me tiro en uno de los sillones que hay en una esquina, alejándome de todos.

Al parecer, ya trajeron todas mis cosas aquí cuando no me di cuenta, y cuando menos me lo hubiera esperado me habrían robado todo si no fuera por ellos. Saco a mi dormilona perrita de su bolso y la dejo corretear medio tambaleante por toda la habitación, recibiendo en su camino unas caricias de parte del equipo.

No puedo creer que aún con todo ese escándalo de afuera, Burry siguiera durmiendo. Esa perra es muy vaga.

Minutos después, Damon entra con un ojo tapado por una venda, en sus manos lleva pequeñas curitas para no dejar que la sangre salga de sus pocas

heridas causadas por el roce del guante, y su torso está cubierto con vendas, que se dejan ver cuando él se cubre con una sudadera negra común y corriente. Sobre esta, se coloca un abrigo de lana negra que hace que mi boca se haga agua y mi corazón deje de latir durante un momento ante tal maravillosa vista.

Mira alrededor, sin prestar realmente atención a las miradas de felicidad de todos —mucho menos de las burlonas de Noah y Peter—, hasta pararse en mí y aproximarse para quedar a escasos centímetros de tocarme. Su aliento choca contra la piel de mi rostro cuando inhala profundamente y suspira.

Sonríe levemente, pero parece más una mueca que otra cosa. En su labio sigue estando ese pequeño corte que el maldito de su contrincante le hizo, y en su ceja ni hablar de los moretones que se le están empezando a notar.

—Antes de que digas algo, la pelea estuvo bien —le digo recordando la primera vez que lo vi pelear y su pregunta desesperada de lo que yo pensaba—, pero no entiendo que tú te hubieras dejado golpear. *¡Eres la Furia Woodgate!* Nunca dejarías que te tocaran —sus ojos me examinan sin descaro y sonrío abiertamente sin importarle el corte en su labio.

—Esta vez no fui yo en el *ring*. No tuve un buen día, y menos en el entrenamiento. ¡El maldito de Peter me mató! —exclama rodando sus ojos.

Bueno, de igual manera lo necesitas y más ahora por cómo te golpearon —pongo mis manos en mi cintura, en una pose desafiante. No sé por qué le estoy recriminando o retando, pero no quiero que suceda esto nuevamente y es por eso por lo que prefiero que su entrenador lo mate en los entrenamientos. No me importa si gana, lo que no quiero es volverlo a ver en ese estado tan miserable sobre del *ring*. No sé cómo yo hubiese reaccionado si él hubiese salido terriblemente herido como su oponente, quien al principio de la pelea estaba ganando. Él estaba destrozado e inconsciente, un cuerpo flácido siendo trasladado fuera del cuadrilátero en donde la victoria pertenecía a Damon. Quizá me hubiese desmayado si en su lugar fuese Damon el herido. Por más que no lo conociera desde hace mucho tiempo —prácticamente nada— sé con certeza que me encontraría muy mal sabiendo

que a él le sucedió algo tan terrorífico. A pesar de las peleas que tenemos, en mi interior siento un ligero aprecio hacia el fuerte Muchachote gruñón.

Él levanta una ceja.

—Lo que pasó ahí no fue por falta de ejercicios, *créeme*. Es por otra cosa —me mira de una manera que no puedo descifrar y me lo quedo mirando algo confundida. Sus palabras tienen doble sentido, eso lo descubro en cuestión de segundos, pero no logro saber a qué se refiere exactamente. Él es un tanto confuso, y puede que sus palabras signifiquen tantas cosas que verdaderamente no sé qué pensar con exactitud.

—¿De qué hablas?

—De nada, no importa —se echa para atrás al instante en que veo en sus ojos el conflicto llevándose a cabo en su interior. Asiento sin estar del todo convencida, pero luego me olvido cuando un pequeño aullido se escucha a mis pies—. Demonios, Natalie. ¿Trajiste a tu peluda cosa? ¿Es que nunca la dejas? —brama, ahora cambiando radicalmente de actitud.

Ruedo los ojos. Sabía que no duraría tanto antes de volver a reaccionar como siempre lo hace cuando algo le molesta.

—Basta, Damon. ¡De todas maneras no tenía planeado estar aquí! Como verás — señalo hacia mis bolsas— venía del supermercado antes de que gente de tu equipo, por no decir a ninguno en específico, me agarrara a la fuerza y me adentrara en un auto desconocido —la autodefensa sale de mi boca con enojo. Él no puede decirme lo que puedo o no hacer, mucho menos a dónde puedo llevar a mi perrita. ¿Es que ahora se cree dueño de todo lo que hago? —. Pensé que me querían secuestrar en serio y... ¡Noah, no te atrevas a reírte! ¡Tú fuiste el idiota que planeó todo!

El susodicho levanta las manos en forma de rendición, pero sigue riendo a carcajadas duras sin ningún ápice de arrepentimiento.

—¿Qué le hicieron qué? —pregunta en un rugido furioso Damon, apretando los puños y contrayendo la mandíbula fuertemente, como si estuviera tratando de contenerse y no saltarle encima. Asustado, Noah para de reír al instante en el que ve el cambio de Damon y retrocede un paso.

Es hora de tu destrucción, amigo.

Él traga saliva y evita mirarle a los ojos.

—Bueno... Eh, nosotros vimos que tu no podías con Jacob en el *ring* y acordamos que teníamos que traer a Natalie para que te recuperaras y fueras el mismo de antes al pelear —responde con visible nerviosismo en la voz.

—No era necesario hacerla tener miedo, estúpidos. ¡Asustarla y raptarla para que venga aquí no era una opción!

Al cabo de unos instantes me doy cuenta del verdadero significado de sus palabras. Nunca los retó por haberme traído, solo los recrimina por el hecho de haberme asustado. ¿Eso significa que le ayudé a ganarle al tal Jacob? ¿Cómo siquiera piensan que yo hice eso? Lo único que hice fue... permanecer de pie y gritarle *tal cual hacían todos a mi alrededor*.

—Lo sabemos, Damon. Pero estábamos desesperados. Sabes cómo de exigentes son los espectadores y cuánto dinero apuestan a tu favor. No nos culpes por buscar opciones para hacerte concentrar en las peleas, y si eso nos llevaba a traer a Nat, pues lo íbamos a hacer —se defiende en una mejor postura Noah.

En parte me gusta saber que, al parecer, Damon me necesitaba para ganar. Realmente me siento *halagada*. Pero el hecho de que no me hubiesen llamado para pedirme, por favor, que viniese a apoyar, y que tuviesen que tomar la decisión de «raptarme», hace que mi sangre hierva. Puedo tomar mis decisiones, y aunque no me lleve muy bien con Damon que digamos, yo podría haber considerado la opción de ayudarlos a ganarle a ese tal Jacob. Con tal de no ver ni saber que esto le estaba pasando a Damon, hubiese venido con mucho más gusto.

—Bien, pero la próxima la llaman o directamente van y la buscan. ¡Pero no fingen que la raptan, haciéndola preocupar! —Damon gruñe eso último y se vuelve a mí con una mirada de disculpa. Pero de todas formas sé que no me pedirá perdón por algo así, ya que prácticamente me usaron para que él ganara. Es más, de seguro me dará las gracias por hacerlo lograr ese objetivo con tan solo mi presencia—. Te llevaré a casa, Nat —o mejor dicho no me dirá nada con respecto a esto. Agarra mi mano y me arrastra por el largo

pasillo, no antes de que mi mano le sacara el dedo medio a todo el equipo y agarrase todas mis pertenencias, inclusive a Burry.

Me lleva caminando por el pasillo por el que en un principio entré. Sus pasos son rápidos y apresurados. Sus largas piernas dan suaves zancadas mientras que yo intento mantener el ritmo como puedo. ¿Por qué todos tienen que arrastrarme como si no tuviera nada de peso en mi espalda o manos? Cansada de caminar hasta el estacionamiento desierto junto a Damon, me detengo, tiro fuerte de su mano para que no siga su camino y respiro hondo.

— ¿Sabes?... Tú no eres el que lleva mil y un kilos en su puta espalda. Por lo tanto, ten consideración y ve más despacio —susurro con la respiración y el pulso agitado. Me lanza una mirada llena de burla mientras una sonrisa amenaza con salir de sus labios.

—Bien, te ayudaré si tanto insistes.

—Qué caballero eres, luego de una hora arrastrándome sin ayudarme en nada — comento en un murmullo lleno de sarcasmo mientras ruedo los ojos y prácticamente le lanzo todas las bolsas y mi mochila para que él las cargara. Menos mal que yo soy la que tiene todavía a Burry, porque si se la hubiese pasado para que la llevara en vez de a las otras bolsas, Damon ya la estaría tirando a la basura más cercana.

—Mi auto está a una cuadra —avisa cuando ya tiene todo acomodado en sus manos y mi mochila en su hombro.

—Genial —suspiro pesadamente con cansancio y arrastro mis pies, siguiéndolo toda esa larga y tediosa cuadra. Por su parte, no parece percatarse de todo el peso de las compras en sus brazos y manos. Las lleva como si fuesen simples hojas.

Minutos más tarde, nos detenemos junto a un auto deportivo negro. Él deja una de las bolsas sobre el suelo mientras saca algo del bolsillo de su abrigo de lana cubriendo todo su cuerpo. Aprieta algo y este emite un leve sonido que abre las puertas del coche. Estas se abren y mientras él me hace señas para que entre a la vez que guarda las bolsas en la parte trasera del auto, me adentro, acomodándome en el asiento tapizado.

Entonces, un pensamiento viene a mi cabeza. Se me hace extraño no estar en la moto o que él no decidiera traerla, ya que las veces que lo vi, siempre fue con esa moto. No sabía que tenía las dos cosas; un auto y una moto. Sin embargo, la curiosidad sobre de dónde consiguió este auto y si es de él se desvanece al instante en que siento la comodidad envolviéndome. El auto se encuentra cálido a pesar del frío rodeándonos y disfruto el calor invadiendo poco a poco mi sistema.

Sin decir nada, se adentra al coche y arranca esta preciosidad. Comenzamos nuestro viaje de vuelta a mi casa, pasando por el frente de aquel lugar en donde se llevó a cabo la pelea y viendo cómo algunas de las últimas personas salen por las puertas. Mis hermanos de seguro estarán más que furiosos por lo tarde que llegaré y, más aún, sabiendo que yo soy la que tenía toda la comida en su poder.

Solo espero que no les agarre el ataque de locura y que no me saquen mis dulces como castigo. Porque verdaderamente nada de esto fue mi puta culpa. Prácticamente me obligaron a ir con ellos a ver a Damon pelear, así que no deberían decirme nada.

Rezando con que no me maten con sus propias manos y que me disculpen por no avisarles sobre lo sucedido, apoyo mi cabeza en la fría ventana y espero a que lleguemos a nuestro destino.

Es un pequeño y corto viaje hasta llegar, que para mi suerte nos mantuvimos en un cómodo, pero a la vez incómodo silencio. No sé de qué hablar para quitar la leve tensión flotando en el aire, y definitivamente no preguntar cosas que podrían serle molestas.

Prefiero no abrir la boca antes de decir cualquier cosa que lo enoje, así como todo lo que sale de ella con frecuencia.

El auto se detiene luego de varios minutos. Damon no se baja a dejarme a la puerta del edificio, solo se mantiene quieto y estático en su lugar, a la espera de que yo me baje para poder irse. Dejo salir un suspiro de derrota, ahogando mis esperanzas de que por una vez él pueda ser un caballero y me abra la puerta —por más de que ese no sea su estilo—, y salgo del auto, negándome a dirigirle otra mirada.

Ya fuera del auto y dentro de casa, mis hermanos desesperadamente me hacen un interrogatorio serio, no antes de darle mil y un maldiciones a mi persona. Les expliqué todo lo sucedido, actuando exageradamente en algunas ocasiones para que no dudasen en nada, y luego nos dimos un tierno abrazo, que nos llevó a cada uno a su dormitorio. Sin hambre ni apetito, rechazo la porción de *pizza* que me dejaron en la mesa de noche, me acuesto en mi cómoda cama y me quedo dormida a los segundos, olvidando el hecho de que de seguro soñaré con unos ojos zafiro tan espectaculares.

CAPÍTULO



—Así que... prácticamente te raptaron solo para que vieras a mi hermano pelear, ¿cierto? —pregunta Emma, con un brillo en sus ojos.

—*Sip* —contesto.

—Y tú te quedaste, ¿no es así?

—*Sip* —repito.

—No te quisiste ir, ¿estoy en lo cierto? —me da una mirada justo cuando ruedo mis ojos, exasperada de tantas preguntas sobre el tema.

—*Sip*. ¿A qué quieres llegar con esto, Emma?

—Solo trato de entender por qué mi hermano te necesitaba allí para ganar —murmura, llevando el último pedazo de la deliciosa galleta que tiene en la mano a la boca y masticándola lentamente mientras toma una postura confusa.

Estamos sentadas en el campus, comiendo galletas de chocolates mientras ella escucha todo el relato de lo que pasó con la pelea de Damon, en la cual, supuestamente, gracias a mí ganó. Le presumí todo lo que yo lograba en los chicos en una forma muy arrogante y juguetona; el cómo yo podía hacerlos cambiar radicalmente de actitud; que eso es verdad, ya que Damon pasa de furioso a divertido en tan solo un mínimo instante; que puedo hacer que los hombres hagan lo que yo diga cuando lo diga; en esta ocasión hablando del hecho de que Damon no pudo conmigo nunca, ni siquiera cuando me exigía que sacara a Burry de su casa, y que puedo hacer que los hombres ganen cosas; en eso me refiero justamente a que Damon ganó la pelea.

Y ahora ella es la que me agobia con preguntas tontas que hacen que el aburrimiento de hace unos minutos atrás se vaya por el desagüe con rapidez.

Nos reímos mientras recordamos las caras que yo ponía al decirle todo aquello y de lo muy parecida que era yo cuando imitaba a las zorras del instituto que estaban viendo al Muchachote pelear. Pestañeaba siempre cuando decía cosas realmente estúpidas e inocentes. Me miraba las uñas y decía cuán bien tenía mi manicura y pedicura, y además hablaba sobre que tenía que ir a una peluquería para arreglarme el cabello, ya que creció una pulgada más de lo que a mí me gusta. Nunca mencioné el hecho de que ellas hacían más que eso. Hablaban de su hermano como si fuese un dios caminando en la tierra. Y teniendo respeto por ella siendo su hermana, me ahorré el tener que decirle la simple verdad detrás de esas cosillas mentirosas que inventé. Porque, ciertamente, no iba a decirle cuánto querían ellas follarlo justo en medio del *ring*. Si yo estuviese en su lugar, me asquearía con siquiera saber que ellas pensaban en mi hermano.

Por lo que, siempre al decirle ese inocente engaño, le hablaba con esa voz chillona al igual que esas supuestas chicas dijeron sobre sí mismas. Ella moría de la risa sin importarle nada las miradas que le daban.

Tengo que admitir que no solo la miraban por eso. Ella tuvo a unos cuantos detrás de su culito nuevo, escondido por unos vaqueros que le resaltaban mucho su paquete trasero, pero nunca se dio cuenta.

Y la cara de mi hermano... *fue épica*.

Primero, cuando la encontré en los pasillos con la ropa que le dije que vistiera, ya que me llamó por teléfono y me lo preguntó hoy en la mañana, le dije que, como siempre, tendríamos que esperar que mis hermanos terminaran de entrenar y así irnos a almorzar todos juntos. Ella nerviosamente asintió y caminamos por el campus sin meditar palabras.

Nos habíamos sentado en las mismas gradas que las otras veces, y miramos el final del partido de práctica. Mis hermanos miraron en nuestra dirección, pero cuando Ty se dio cuenta de que Emma estaba vestida con su nuevo look, volteó rápidamente a Sam, quien solo le dio una mirada confusa, pero luego cuando se dio cuenta de quién era, prácticamente sus ojos saltaron abiertos y

su boca cayó hasta el suelo, posiblemente soltando una cascada de baba imaginaria. Ty le había pegado en la cabeza para que reaccionara y funcionó. Sin despegar la vista de mi amiga, se habían adentrado en el vestuario antes de que yo mirara con una sonrisa más que gigante a Emma. Ella se ruborizó fuertemente, pero sonrió sin poder evitarlo ante tal reacción que causó.

Mis hermanos tardaron mucho más de lo normal en salir, y eso me preocupaba. Tuve que llamar a Ty para ver cuál era el problema del porqué no salían, y me dijo que era por Sam. El muy estúpido tardó millones de años en la ducha. Por no mencionar que se había bañado con agua helada. Cuando él dijo eso, yo me derrumbé de la risa para luego cortar la llamada y contárselo a Emma.

Su sonrojo no podía ser más intenso de lo que ya era, y mi risa no paraba ni un minuto al verla queriéndose parecer a un tomate.

En el almuerzo, prácticamente, Sam no le quitaba la mirada. Puede que Ty y yo nos hayamos burlado de ello, pero él no nos prestaba atención. Maldito cabrón.

En el comedor, sentados en la mesa de siempre, mi amiga se reía algunas veces con nosotros, pero también podía sentir sus nervios volar por el aire. Mi hermano la miraba tan fijamente que parecía que se la iba a comer en unos segundos. Entonces, pensaba sobre lo bien que se sentía. Estar con ellos, compartir risas y momentos inolvidables con personas en las que confías plenamente. Hacía mucho que no experimentaba tal sensación de libertad.

Volviendo al presente, nos encontramos tiradas en el césped mirando al cielo a la vez que me cuenta lo que había hecho su hermanita en su departamento.

—Solo se mantuvo viendo la tele sin mirar a ninguna candidata para ser su amiga. Las vecinas se fueron tristes y con la bolsa de juguetes que habían traído. Juro que intento conseguirle amigos, ¡pero ella es imposible! —se queja con molestia.

—Pero... ¿qué es lo que le pasó para que sea así de solitaria? Entiendo que sea tímida y eso, pero no puede no hablar e ignorar a las personas que se le acercan. Por lo tanto, siento que algo pasó, Emma... —digo con honestidad

mis palabras siendo realmente sinceras. Desde hace tiempo que vengo teniendo pensamientos relacionados con Elle. En cada ocasión, me pregunto sobre ella y lo solitaria que se ve, aparte de todo lo que Emma me cuenta. Y no solo eso me da a pensar que hay algo mal, algo que no encaja. Es algo en mi interior que grita con voz angustiada que había gato encerrado en alguna parte. Algo que ni siquiera ellos sabían.

Ella suspira.

—¿La verdad? —pregunta, mirándome de reojo con tristeza. Asiento—. No lo sé. Damon sabe lo que pasó para que ella sea así. Cada vez que le pregunto por eso, él solo cambia de actitud y fríamente se va sin darme otra mirada. Luego, vuelve a casa unas horas más tarde con un olor espantoso. Hace mucho tiempo no le pregunto sobre eso porque no quiero que se enoje conmigo, pero alguna vez lo voy a tener que saber. *Soy la hermana*, ¡por Dios! Necesito saber qué le pasó a mi hermana para que fuese así. Pero él es tan... Damon, que no me dice nada —resopla y se cruza de brazos.

Todo esto me da mucha mala espina. Creer que Damon no le quiere decir a Emma lo que le pasó a Elle, quien es hermanita de los dos, es muy difícil de creer. Entiendo perfectamente el enojo de mi amiga. Si es tan malo lo que le pasó a la pequeña Elle, tendrían que saberlo los dos y no solo Damon. Emma es parte de la familia y no merece ser dejada de lado. Me enfurece al igual que a ella todo esto. Damon me enfurece de sobremanera, y todo esto sin estar aquí presente.

Y maldita sea, qué ganas de darle un cachetazo para que abra esos espectaculares ojos y vea cuánto está lastimando a Emma al no decirle nada.

—Bueno, cuando él sienta que puede sacarlo de su sistema, te lo dirá —la intento calmar. Su hermoso rostro está lleno de preocupación mientras hace una mueca y me mira tristemente.

—¿Y si no confía en mí como para contármelo?

—Estoy más que segura que sí te lo dirá, Em. Tranquilízate. Es tu hermano y te ama. Debió ser difícil para él pasar por todo aquello para no querértelo decir. Puede ser que todavía le duela. ¿Desde cuándo es así? Digo, ¿cuándo comenzó a comportarse así tu hermana y Damon?

—Yo estaba en la casa de mi primo, por lo tanto no había visto nada, pero luego del fin de semana que pasé con Finn, Damon cambió. No sé cómo describirlo, pero se volvió frío y muy sobreprotector con nosotras. Elle no hablaba mucho en esos momentos. Elle tenía unos cuatro o cinco años, pero antes de eso ella era divertida. Jugaba con todos y sonreía felizmente como si la vida dependiera de ello. Pero ahora no quiere estar con otra persona que no seamos nosotros —hace otra mueca y yo asiento con entendimiento, dando por terminada la conversación.

—Algún día te lo contaré todo, Em. Tranquila.

Minutos después, volvemos a clase.



El ver que Damon no fue directamente a la clase me desconcertó y me confundió. Lo había visto un par de veces caminar con su típica postura arrogante y a la vez intimidante por los pasillos, por lo que la intriga creció mucho más en mí al pensar en ello. No digo que lo extrañé en la clase para que me moleste, pero al menos su presencia me causa distracción y me hace no pensar en la maestra o en las tareas que esta nos dio. Por lo que tuve que soportar el aburrimiento cuando no lo vi entrar a la clase.

La falta de sus gruñidos se notó mucho por el hecho de que nadie hablaba. Ni siquiera hacían ruido. Ni una jodida hoja cayó al suelo. Él era el único que hablaba, aunque solo gruñía y se enojaba, pero de todas maneras él nos distraía de los estudios y hacía que nuestra tortuosa hora se volviera un poco más agradable.

Al salir de la clase, un brazo rodea mi cintura y sin decir nada me coloca bruscamente sobre un hombro. Chillo de sorpresa e instantáneamente le pego con mi rodilla en el torso a aquella persona que se atrevió a tomarme desprevenida y a cargarme sin mi consentimiento. Lástima que no lo veo ni escucho quejarse de mis golpes.

Demonios. ¿Por qué tenía que salir última de la clase? ¡Ahora no hay nadie a quién pedirle ayuda!

Me doy cuenta de que se trata de un hombre. Creo que en este instituto no hay ninguna mujer musculosa con una gran espalda y un torso tan duro como el que siento bajo mi rodilla, la cual casi no siento por el hecho de estar pegándole prácticamente a una roca.

—¡Hey! ¿Qué te pasa? —grito exasperada cuando el chico de la gran espalda me da un manotazo repentino en el trasero, dejándome así con un ardor inmenso y un picor en la piel cubierta por mi pantalón. Agradezco no estar llevando faldas, ya que sino aquel manotazo no solo causaría picazón y ardor, sino que dejaría una gran y dolorosa marca roja en mi trasero que duraría mucho tiempo en sanar.

—Deja de moverte para que no te pegue, Natalie —la voz de Damon resuena por el pasillo desierto y yo inconscientemente suspiro de alivio al reconocer que no es un secuestrador. Al menos es alguien que conozco..., pero aun así sigue siendo Damon.

No sé si alegrarme porque fuese él o enfadarme por haberme agarrado de aquella manera. Estoy bastante enojada en estos momentos por el recuerdo de lo que me comentó Emma sobre el pasado de Damon y Elle. Tengo tantas ganas de gritarle y reprocharle todo lo que hizo mal con respecto a no contarle nada a su hermana, que aprieto los puños para que el impulso no me gane y le haga «daño», si es que se lo puedo hacer a un hombre tan grandulón y musculoso como él.

—¿Por qué me pusiste así? Puedo caminar sola, ¿sabes? Tengo piernas...

—Sí, y unas muy lindas —me interrumpe murmurando, intentando que sus palabras no lleguen a mis oídos.

—Cállate —lo golpeo en la espalda y él vuelve a darme un manotazo en el trasero, tal y como lo hizo anteriormente. Chillo por la sorpresa y gruño frustrada luego de recibir otro golpe, esta vez un poco más ligero que los anteriores.

—Bueno, también tienes un *muy* tentador culo... —susurra.

—¡Déjame! Ponme en el piso, Damon. No quiero ir a donde quiera que me estés llevando.

—No. Vendrás conmigo. Aparte, tu cuerpo queda mejor en mi hombro que en el piso. Así que cierra el pico y quédate quieta si no quieres que tu sexi trasero siga recibiendo la furia de mi mano.

Sale al campus con gracia y... sí, conmigo arriba. Para mi buena suerte, no hay casi ningún estudiante dando vuelta por los alrededores. Si me vieran en estos momentos estoy segura de que no mirarían de nuevo al ver que es Damon quien me «secuestra». Todos le temen y, por lo que sé, él no es sociable. Nada sociable como para que alguien tuviese piedad de mí y me salvara, enfrentándose al temido Woodgate.

Pero esa es la característica que destaca de él. Aparte de gruñón y enojón, es molesto y solitario. Pienso que, si nadie le hace nada, él tampoco lo hace, pero si se meten con él, Damon ataca sin pudor y sin pensarlo dos veces. Con el tiempo me voy dando cuenta de que verdaderamente la cosa es así.

Es como el fuego. Flamea en lo solitario, y si acercas tu mano, quemará. Pero si no lo haces, no hará daño alguno.

Mientras él da un paso tras otro, la sangre se va acumulando en mi cabeza, llegando a tal punto de estar mareada mientras intento evitar que el vómito que comienza a crearse dentro de mí salga.

Mi cabeza se encuentra frente al redondo y bien formado culo de Damon, y si él dice que mi culo es muy apetitoso, él suyo ni hablar. *Es espectacular*. La tentación de pegarle unas palmadas como si fuera una batería y yo estuviese tocando la mejor canción del mundo viene a mí con mucha fuerza, tanto que tengo que apretar mis manos en puños para no ceder ante el deseo y pegarle como tanto quiero.

Cuando ya estamos llegando al estacionamiento, mi cabeza no puede más. Es como si toda mi sangre estuviera concentrada en ese lugar y no quisiera irse. Tapo con una mano mi boca, un poco mareada por el cúmulo de sangre concentrado en mi cerebro, mientras trato de incorporarme y no echarle todo mi almuerzo en su campera de cuero que lo hace ver muy atractivo. Pero no lo logro y vuelvo a caer sobre su espalda. Alarmada, retengo por unos segundos esa sustancia ácida dentro de mi sistema y cierro los ojos.

—D... Damon... —murmuro como puedo con una voz débil que creo que no escuchó—. N... necesito vo... vomit... —no puedo seguir diciendo nada porque esa oleada asquerosa de náuseas llega a su punto máximo y no sé cómo ni de dónde saco tanta fuerza, pero me zafo del agarre de Damon y salgo corriendo hacia el tronco de un árbol más cercano. Sin esperar más, desecho todas las sustancias sobre el pobre césped. Creo que no solo estoy perdiendo el almuerzo, sino que estoy desechando el desayuno de hoy a la mañana y la cena de anoche.

Me arrodillo y coloco mis manos en algún lugar limpio mientras sigo mi tortura. Mi corazón corre con rapidez en mi pecho mientras mi respiración agitada es el único sonido que se escucha junto con los pasos de Damon acercándose.

Mi pelo es corrido de mis hombros y cara hasta quedar sobre mi cabeza mientras yo termino. Mis ojos derraman lágrimas por el esfuerzo. Me siento débil y el frío comienza a erizar mi piel de una manera tan rápida que ni yo me doy cuenta hasta que es demasiado tarde.

—¿Estás mejor? —cuestiona suavemente en voz baja, casi susurrándome en el oído. Bajo mi cabeza para no mirar esos espectaculares ojos azul eléctrico y no ver que en ellos hay repulsión y asco por lo que acaba de *apreciar*. Algo que no es para nada lindo.

Respiro hondo y asiento mientras miro a otro lado.

—¿Estás segura? ¿Quieres volver a vomitar?

—No, estoy bien. Busca unos pañuelos en mi mochila, por favor —lo interrumpo y apunto con mi dedo mi mochila. Hace lo que digo y me pasa mi pedido—. Gracias.

Limpio mi boca con asco, el olor ácido permaneciendo en el aire, luego sigo con las manos y otras partes que lograron ligeramente ensuciarse. Tengo que cambiarme, bañarme y comer algo para volver a ser la *Natalie Lawler* de siempre y no esta flácida y frágil imitación barata. Me siento más que humillada y hambrienta. Humillada por lo que pasó recién, y hambrienta porque prácticamente deseché toda mi comida.

—¿Te sientes bien? ¿Te hice algo como para que vomitaras de esa manera?

—Estoy bien, solo que cuando me dejan por mucho tiempo bocabajo, me siento enferma y vomito —suspiro y me atrevo a mirarlo por unos segundos antes de apartar de nuevo la vista—. ¿Por qué me necesitabas? ¿Pelearás de nuevo y me buscabas para que te vea?

Él niega rápidamente con la cabeza.

—No... Te venía a buscar para mostrarte, eh, algo —rasca nerviosamente su nuca, como si lo que dijera me fuera a enojar o algo por el estilo.

Asiento en entendimiento y puedo sentir mis ojos brillar cuando lo miro de nuevo.

—¿Te refieres a una sorpresa? —pregunto lo más ilusionada que puedo. Amo las sorpresas, como ya lo vieron con los regalos de mis hermanos, y no me importa que tan solo sea un corazón dibujado. Significa mucho para mí que me regalen algo. Sea comprado o hecho a mano.

Y por primera vez, veo a Damon ponerse tímido. Pero rápidamente cambia su postura por arrogancia suprema y se encoje de hombros como si aquel comportamiento nervioso nunca hubiese pasado.

—Como quieras llamarle.

Lo veo a los ojos, y en su mirada noto que tiene ese brillo de emoción pegado en su iris. Puede que se esconda, pero no me engaña. Puedo sentir que le encanta cuando aprecio algo y me gusta lo que hace. Como siempre que le respondo cosas buenas de las peleas que tiene, veo que le encanta que se lo diga. *Bueno*, aparte de que eso hace crecer su ego y arrogancia. Pero hay que dejar eso último de lado esta vez.

Sonrío sin poder evitarlo y me levanto de un salto. Lo agarro del brazo y tiro de él para que se levante de la posición en la que está. Me mira sorprendido, como si no pudiera creer que yo lo hubiera podido levantar, y ríe entre dientes por lo bajo, conmovido. Lo arrastro los pocos metros hasta el estacionamiento y busco con la mirada el auto que tenía la otra vez. Lo raro es que no lo encuentro. Y lo que es aún más extraño es que antes no sabía que él tenía un auto, solo que tenía una moto. En su edificio nunca vi ningún auto cuando fui a quedarme a dormir, pero resulta que sí tenía.

Mi cabeza aún se carcome al pensar en eso. Me confunde tanto. ¿Cómo es que un chico de su edad, que visiblemente tiene menos de veinte años y que parece de mucho más, tiene dos vehículos?

Coloca su brazo en mi cintura y me lleva hasta una esquina donde se encuentra su conocida moto. Sin decir nada de nada, me coloca el casco sobre la cabeza y me hace subir a esta preciosura. Me siento en la parte trasera y espero a que se suba él. Pero cuando no lo veo moverse, lo miro confundida.

Él apunta con su dedo a la parte delantera de la moto, como si estuviera ordenándome que me ubicara allí, y yo suspiro pesadamente cuando entiendo a lo que verdaderamente se refiere. Cuando quiere ser mandón, se empeña hasta conseguirlo. ¿Qué le molesta que esté atrás? Es lo mismo que estar delante, pero para él al parecer no. Aunque también, debo admitir que solo me coloqué atrás para poder tomarlo de la cintura y sentir esos duros abdominales que muy bien sé que tiene demasiado definidos.

Hago lo que me ordena y me arrastro adelante, espero a que se suba y minutos después, lo hace. Me rodea con un brazo y con la mano contraria prende la moto. Como es de costumbre, me apoyo en su torso cubierto por la campera de cuero, y arrancamos hacia mi sorpresa.

La emoción que siento parece casi palpable, y aun así me siento ligeramente extrañada a la vez por toda la situación. No me imagino a Damon «la Furia» Woodgate como alguien que regala cosas muy a menudo. Bien, directamente no me lo imagino dando algo a alguien que no sea su familia. Pero como el Damon que tengo detrás de mí es alguien que cambia de humor y de aspectos muy rápidamente, no sé qué pensar con exactitud.

Sin darme cuenta, había cerrado mis ojos para disfrutar del frío viento que azota mi cara por el hueco del casco. Aspiro una bocanada grande y luego la suelto pesadamente. Hace unos días no voy a correr y sentir este aire tan reconfortable me recuerda que tengo que hacerlo y empezar nuevamente con la rutina de correr más seguido. Amo este sentimiento de paz que me trae el sentir el aire en mi cuerpo, causando que me congele y que mi piel se erice.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que Damon estaciona la moto y me ayuda a sacar el casco que muy bien abrochó.

Una vez libre, miro alrededor y frunzo el ceño, confundida. *¿Un bosque?* ¿Mi sorpresa es un bosque? Y... ¿qué se supone que le tengo que decir si es así? «Y-yo, eh... Damon me encanta mi sorpresa, gracias. Ahora... ¿cómo lo llevo a casa para tener este recuerdo? ¿Llevo una hoja y la pego en mi pared? ¿O tienes una de esas bolas con nieve que tiene un bosque dentro de él para que me recuerde este lugar?»

No creo que eso le vaya a gustar.

El sol está cada vez ocultándose más en el horizonte, haciendo que todo a mi alrededor se viera anaranjado gracias al hermoso atardecer. Miro a Damon con una sonrisa y este solo me responde al agarrarme rápidamente del brazo y llevarme apresuradamente por el bosque lleno de altos y gruesos árboles. Los rayos de luz se filtran por los huecos libres entre las ramas y es en estos momentos cuando me reprendo por no traer una cámara conmigo y guardar este hermoso paisaje.

De repente, ya no veo más frente a mí todo ese mar de árboles juntos. Me encuentro parada con la boca más que abierta, viendo sin poder creérmelo todo nuestro alrededor. Delante de mí, se encuentra un pequeño lago cubierto por hojas y flores de distintos colores. Puedo ver desde aquí esas hojas en donde las ranas saltan de un lado a otro hasta que se tiran al agua. Para mi mala suerte, hace un frío tremendo, por lo que no me puedo meter y disfrutar del lago. Y aunque no hiciera frío, estoy segura de que no me metería de todas maneras porque no tengo traje de baño al alcance de mi mano, y porque ni loca me desvestiría frente a Damon para luego quedarme en ropa interior. *No, gracias.*

Miro a Damon con los ojos más abiertos de lo que normalmente se puede, y sonrío felizmente, aún sin podérmelo creer.

Deja sobre el pasto una manta gris, que no me di cuenta de que la había traído consigo, y luego se sienta él para luego darle palmaditas al lugar vacío de su lado. Sin apartar la mirada de la suya, me siento en donde me indicó y no puedo evitar soltar una risita.

—Es hermoso. ¿Cómo encontraste este lugar?

—¿La verdad? —me mira divertido y con una ceja levantada. Asiento sin sacar mi sonrisa—. Un día en el que Emma se enojó conmigo por algo que hice, se molestó tanto que se escapó. Juro que la busqué por cada jodido sitio de la ciudad, pero algo me decía que estaba cerca de casa. Que ella no se iba a ir lejos solo por una rabieta.

—Espera. ¿Este lugar está cerca de tu departamento? —asiente—. Pero tardamos mucho como para que este lugar estuviera cerca. Digo... —no logro terminar de decir antes de que me interrumpa.

—Di varias vueltas a la manzana porque tú te veías tan relajada y serena, que me dio pena sacarte ese momento —admite, su labio curvándose en la esquina—. Siguiendo con el relato, el cual me interrumpiste, volvimos a casa. Yo tenía a Elle conmigo porque no sabía con quién dejarla, así que regresamos. Cuando me di cuenta de que era de noche, decidí dejarle a una vecina muy conocida y amable a Elle para que la cuidara. Una hora después, encontré este bosque y luego este precioso lugar. Pero resulta que ella no estaba aquí, sino en la heladería comprando potes de helado para pedirme perdón por lo estúpida que fue por escaparse. Desde ese momento vengo aquí para descansar y alejarme del mundo por un rato —suspira.

—A pesar de que ese fue el relato más extraño que escuché nunca, es lindo.

—Ajam... Desde ese momento no nos peleamos más. Y cuando me enojo mucho trato de controlarme porque sé que si no lo hago le diré todas las cosas que no pienso realmente de ella. Emma se toma todo muy en serio y no quiero verla llorar por mi culpa —hace una mueca, como si hubiera recordado algo que lo molestó o hirió—. ¿Podemos cambiar de tema?

—Claro... —animadamente apoyo mis manos sobre la manta y pongo todo mi peso en ellas. Estiro un poco mis piernas y le sonrío—. Bien... ¿de qué quieres hablar?

Se encoje de hombros, un gesto despreocupado y relajado.

—Entonces, ¿por qué te mudaste aquí?

—Mi padre tuvo que irse a otro país para supervisar la construcción de su nuevo hotel y, como no me quería quedar aburrída en casa con todos los

problemas que ya tenía, me decidí en vivir con mis hermanos todo este tiempo que mi padre se va. Eso sería por un año y un poco más.

—¿Qué problemas quisiste dejar atrás? —pregunta frunciendo profundamente el ceño, ahora mostrando una postura molesta abarcando levemente los músculos de su cara.

Hago una mueca al recordar todo lo malo que me pasó. No me gusta hablar de eso. No hay nadie con el cual lo haya hablado aparte de los que estuvieron alrededor viendo lo que sucedía. Pero si soy sincera, nunca dije nada. Me permitía callarme y dejar que la gente imaginara lo que quisiera con tal de que me dejara en paz. Aparte, lo mejor es intentar olvidar y seguir adelante. No puedo decirle nada a nadie porque eso sería igual que volver a lo que anteriormente sentía, revivir, recordar... *Sentirse otra vez desgarrada, herida.*

Paso mi mano con suavidad por mi brazo, intentando que los recuerdos no me consuman y aparto la vista de él, no queriendo que vea los sentimientos que reflejan mis ojos.

—No quiero hablar de eso, Damon —murmuro, dirigiendo la mirada hacia el lago. El cielo ya se oscureció, dejando paso a la fría noche, y los grillos nos envuelven con su agudo ruido.

—Bien —levanta sus manos al aire y sonrío—. Qué te parece si hacemos preguntas inofensivas como... ¿cuál es tu actor favorito? —sugiere, y ¡Dios! Qué buen cambio de tema.

Suelto un suspiro en agradecimiento, dejando la preocupación de lado mientras asiento con el leve sentimiento de curiosidad creciendo en mi pecho.

—Bueno, no tengo uno favorito. Pero entre muchos solo destacan... Josh Hutcherson desde que vi la película de *Zathura*; Taylor Lautner, a partir de *Sharkboy y Lavagirl*, y por último el hermoso Chris Hemsworth desde... *Siempre* —me sonrojo al pensar en cada uno—. Hay varios más, pero no puedo estar toda la noche diciéndote todos.

—Ese tal Taylor Loter, ¿es el de esta película que se trata de chupasangres y lobos? —cuestiona dudoso a la vez que noto cómo su frente se arruga en una mueca muy graciosa.

—Sip, pero es *Lautner* y no *Loter*.

—Como sea —le resta importancia con la mano y rueda los ojos.

—¿Cómo es que sabes acerca de ella? Se supone que los hombres evitan mirar ese tipo de películas.

—Emma está obsesionada con esas películas espantosas. Grita a todo pulmón que ama a un tal Jacob y que lo quiere ver completamente sin ropa, y no con solo pantalones rasgados —bufa—. ¿Qué significa eso, de todas maneras? —tapo con mi mano mi boca tratando de no reírme frente a él. Estoy de acuerdo con su hermana. Maldita sea, los pantalones rasgados son espectaculares en el cuerpo fornido de Jacob. *Sácate todo, lobo*.

—Significa que casi siempre está en solo unos pantalones y con el torso desnudo. No me quejo... estoy igual que Emma. Este chico sí tiene un buen cuerpo y no duda en mostrarlo —comento soñadoramente.

Damon gruñe.

—Eso no es un buen cuerpo, el mío lo es.

Arrogante maldito. Y aunque no lo niego, su arrogancia me hace enojar. ¿Quién dijo que era feo? Damon no tiene ni un pelo de feo, no creo que siquiera alguien pudiese decir lo contrario.

Sonrío inocentemente mientras una pequeña parte malvada de mí ríe malvada.

—¿En serio? No lo creo. Jacob tiene todo el cuerpo esculpido a mano por los dioses.

Él vuelve a gruñir y luego deja salir un bufido a la vez que se levanta de un salto y se coloca frente a mí. Sin previo aviso, me agarra del brazo y me alza al aire. Sorprendida, doy un respingo. Pero luego intento calmarme lo más rápido posible para que él no disfrute de ello. Al ver hacia donde se dirige el muy cabrón, chilló desesperada. —Oh, no. ¡Damon, ni se te ocurra!

De repente, ya no siento sus brazos sobre mí y su remplazo es agua congelada. Siento cómo con rapidez las prendas de ropa que llevo puestas se mojan y enfrían y se pegan a mi piel. Está puramente congelada. No solo se

atrevió a tirarme, sino que lo hizo sabiendo que tenía ropa puesta. No tengo más ropa para cambiarme luego de salir. ¡Voy a morirme de frío!

Nado hacia la superficie, temblando bajo el agua y con los ojos bien cerrados, y salgo a la superficie, sacando todo el pelo mojado de mi cara y fulminándolo con la mirada.

—Joder, qué mierda pensast... —antes de poder terminar, me doy cuenta de que está parado frente al lago, viendo directamente hacia mí con esos azulados ojos tan espectaculares que tiene, mientras se saca lentamente la remera. ¡Oh. Mi. Jodido. Dios! Bien, retiro lo dicho. No se puede comparar con Jacob ni ahora ni nunca.

Mierda y más mierda. Esto es sexi y muy excitante.

Siento que en mis mejillas un sonrojo fuerte aparece y trato de apartar la mirada de él, pero al parecer esta no coopera y se queda mirando el espectáculo frente a mí. Se saca completamente la prenda que ya comenzó a molestarle a mis ojos, y deja ver su esculpido torso y el eight-pack más impresionante que vi en mi vida.

Ni siquiera mis hermanos los tienen tan marcados como él.

Ahora... ¿qué dices de esto? ¿Sigue siendo mejor que yo? —mueve sus cejas de arriba abajo y yo miro hacia otro lugar para no contestarle—. Tu falta de palabras me confirma todo, muchas gracias.

Gruño y nado hasta la orilla, sin responder a nada. Salgo y me tiro de bruces a la manta para al menos conseguir un poco de calor. Ya estoy congelada de pies a cabeza y estoy segura de que me enfermaré muy pronto.

Mis dientes comienzan a tiritar, dando a saber cómo me siento. Envuelvo la manta a mi alrededor y me acurruco en ella mientras me siento en el verdoso pasto. Veo que Damon niega con la cabeza y suspira pesadamente antes de acercarse a mí y levantarme con sus brazos. Me pega contra su pecho duro y suave, sin importarme ni importarle siquiera la falta de ropa. Tiemblo sin poder evitarlo. A pesar del frío a nuestro alrededor, su cuerpo se mantiene cálido y acogedor.

—Nos tenemos que ir, Natalie. Seguiremos con las preguntas otro día —susurra cerca de mi oído, mandando oleadas de corriente por todo mi sistema,

reviviendo cada célula y despertando todo tipo de cosas dentro de mí.

Mariposas bailan en mi estómago. Asiento sin contradecirle y me acurruco más en su calor. Me coloca su campera sobre los hombros y me aparta ligeramente para colocarse la remera que se había sacado antes de caminar conmigo encima hacia fuera del bosque hasta la moto aparcada. Entonces me lamento por no haber disfrutado más el tacto de ese escultural torso desnudo y lleno de abdominales. Demonios, la simple visión de su cuerpo hace al mío querer gruñir como una leona en celo. Puede que tenga frío, pero las imágenes de él sin remera no se me van a ir de la cabeza hasta que el próximo hombre que aparezca sea la mitad de hermoso que Damon. Quizá y si tiene suerte lograría sacarlo un poco de mi cabeza.

—Da... mon, tenemos que volver aquí otro día para seguir con las preguntas para conocernos —murmuro en voz baja, aun tiritando con fuerza. Esta era mi oportunidad para lograr conocer más de él y hacer que se abra, aunque sea en lo más mínimo. Siempre sirve hasta lo muy poco que me quiera decir. Pero hoy, no pudo ser, por lo que me veo obligada en decirle lo que le dije y mantener esta... ¿relación de no amigos que se ven en el instituto y en las peleas? Bueno, lo que sea que seamos.

—No hay problema, pero eso será cuando tú puedas hablar sin tartamudear por el frío —susurra mirándome un segundo y volviendo la mirada a la calle. Cierro mis ojos pretendiendo que solo sean unos minutos, pero al parecer me quedo dormida, ya que cuando me despierto me encuentro a Sam en vez de a Damon llevándome en brazos a mi cama para luego arroparme con mis frazadas.

Besa mi frente, como todo un hermano protector y preocupado, y se va sin decir otra cosa que «te quiero» en un susurro bajo.

CAPÍTULO



Me despierto desorientada y confusa, no sabiendo cómo llegué a mi cuarto si lo último que recuerdo es estar sentada en la moto de Damon, segada de frío y mojada hasta la médula. Aún puedo recordar los escalofríos que sentía en ese momento, pero que a la vez se iban apagando al tener su cuerpo prácticamente pegado al mío.

La luz entra por la ventana, haciendo sombra a todos los muebles que están cerca. El día está un poco apagado, por lo que puedo notar fijándome por la ventana que se mantiene completamente fuera de ser tapada por las cortinas. El cielo no está ni muy nublado ni muy soleado, es un día normal con algo de nubes.

Carraspeo cuando siento que no puedo siquiera emitir un sonido, y me aclaro la garganta para poder al menos decir una palabra con decencia. La garganta me duele como mil infiernos y puedo sentir mis ojos pesados, como si en realidad lo que hiciera presión fueran muchas piedras encima de mis párpados. Estiro mi espalda y escucho el ruido sordo de todos mis músculos contraerse, e instantáneamente me relajo.

Las escenas de ayer en el lago con Damon llegan repentinamente a mis pensamientos, causando que una sonrisa se pegue en mi cara. Se comportó diferente que otras veces y eso me gustó. Me dijo cosas que pensaba que ni en un millón de años me diría, y aunque prefirió cambiar de tema, me gustó que confiara en mí para contarme algo. Cuando le dije sobre algunas cosas de mí, se comportó muy atento a mis palabras. Es difícil saber qué es lo que piensa Damon acerca de las preguntas, todas las preguntas, que tengo en mi

mente, pero de todas maneras sé que tendré que esperar para hacérselas. Fue pura suerte la que tuve al recibir información de él. No es mucha, pero es algo bueno para mí. De algo se empieza, ¿no?

Nunca pensé que me llevaría a un lugar tan... ¿romántico? No sé cómo describirlo, sinceramente. Quizá él no pensó que sería romántico estar en un lago cuando el sol se escondía en el horizonte, pero para mí fue muy romántico. Me llevó a un lugar que él considera importante y a donde siempre se dirige cuando se quiere despejar de sus problemas. El llevarme como compañía me alegró el día. ¿Es por eso por lo que faltó a la clase? No lo sé, pero si yo fuese Damon, estaría todo el día preguntándome si podría confiar en alguien como para llevarla a mi lugar sagrado. Y todos sabemos cómo es Damon para tomar decisiones.

El hecho de que ayer estuviera tan tranquilo, me desconcertó por completo. De vez en cuando se ponía gruñón, obviamente que eso iba a pasar, pero no fue para tanto como siempre. Se soltó y se relajó mientras me escuchaba hablar y miraba el agua del lago. Se comportó como si quisiera descargar cosas que no podía hacer con cualquier persona. A veces dudaba si decirme esas cosas, pero luego me lo contó sin preámbulos. Noté la duda en sus ojos, por más que estos no fuesen muy expresivos que digamos. Tiene demonios, todos los tenemos, pero sé que de a poco, al menos conmigo, se va relajando y se va haciendo más sincero. Más real. La lucha que se crea en sus iris azulados mis ojos la ven, pero no digo nada.

Damon es confuso, pero es una buena persona a pesar de todo lo que otras personas creen.

No lo conocen.

Ni siquiera yo tan profundamente, para el caso.

Y aun así me mostró cosas que no le mostró a otros.

Dejando de lado aquellos pensamientos, refriego mis ojos con cansancio. Me levanto pesadamente del cómodo colchón y saludo con un beso en el hocico a Burry cuando se sube a la cama y mueve su pequeña pata sobre mi brazo. Le sonrío sin poder evitarlo. Su mirada derrite cada vez que la veo y no me importa que en estos momentos se encuentre mordiendo una parte de

la remera que llevo puesta mientras que su cola se mueve enérgicamente de un lado a otro.

Me doy un baño refrescante con agua puramente caliente y luego me visto con un pantalón de pijama de franela y una remera negra. Ni bien estoy lista, hago una cola de caballo con mi desordenado y mojado cabello antes de cubrirme con un buzo negro y bajar a la cocina.

Justo en medio del camino de bajada, un ataque feroz de tos me ataca sin previo aviso. Me apoyo con una mano en la pared y tapo mi boca para no perder algo de mis modales y contaminar todo a mi alrededor. La garganta me pica, como si le estuviesen apoyando una vara caliente. Duele de una manera insoportable y tengo que sostenerme a la baranda de la escalera para no caer. Mis pulmones queman y mi garganta chilla de dolor. Rasposo, agrío.

El ruido proveniente de la cocina se escucha hasta donde yo me encuentro y, cuando termino mi enfermiza escena, suelto un estornudo inesperado. Seguido de otro y luego otro antes de bajar tambaleantemente las escaleras.

Maldito resfrío.

Maldito lago.

Y, joder, maldito Damon.

Lo maldigo una y otra vez sin reservas mientras mis pasos hacen eco a medida que avanzo y la garganta le abre el paso a más dolor agonizante. No solo digo palabras de ese tipo por el hecho de haberme tirado al agua congelada, sino por el hecho de no pensar en que me enfermo muy rápido. Aunque, si bien lo pienso, él no lo sabía. Es como si todo me contaminara muy rápido y me hiciera sentir como el maldito infierno. El idiota no se mojó ni un pelo y yo terminé con tos, estornudos y estoy segura de que voy a tener fiebre en unas pocas horas, tal y como sucede constantemente en estas ocasiones.

Camino en modo zombi a donde mis hermanos se encuentran y cuando me ven, saltan y gritan de horror. Menos mal que no me miré al espejo, porque si no creo que hubiera gritado más que ellos dos. Estoy más que segura de tener la cara toda mocosa y verde, así como mi estado de ánimo. Enfermizo.

—¿Qué demonios te pasó? —chilla Sam, como si en verdad fuera una niña chiquita, tapándose la cara. Me encojo de hombros casi sin fuerza y caigo en el asiento libre de la mesa pesadamente, sintiéndome débil de repente. Los malditos se hicieron el desayuno y ninguno me lo hizo a mí. Si no fuera por mi falta de fuerza, los hubiera regañado por no prepararle a su hermanita su desayuno, pero como me duele prácticamente todo, dejo mi bocota cerrada y me los quedo mirando.

Los dos llevan ropa normal, la cual les queda espectacular como siempre. No entiendo por qué, pero odian vestirse igual. Intentan no ponerse las mismas cosas ni los mismos colores a la vez, pero a veces es imposible que no se encuentren con algo similar aparte de su rostro y cuerpo. Tal y como ahora. Mientras que Sam lleva una remera simple de color azul, Tyler se limita a tener la misma marca de remera, solo que esta, por más que sea del mismo color de la de Sam, tiene líneas finas y horizontales que la cubren.

—¿Por qué llegaste tan tarde ayer? —pregunta Ty sentándose a mi lado y siguiendo la ronda de preguntas de mi interrogatorio. Ni siquiera dije algo y estos ya empiezan con las preguntas como todos unos protectores.

—¿Dónde estabas? —vuelve a preguntar, ahora con más exigencia—. ¿Cómo te sientes?

Sus preguntas aturden mis oídos unas tras otras con rapidez. Se ve desesperado por conseguir una respuesta y no se da cuenta de los deseos de taparme los oídos e irme a la camita de nuevo.

—Te ves como la mierda y el infierno juntos —ahora es Sam el que comienza a la par de su gemelo.

Ruedo los ojos, y me levanto con pesadez a hacerme el desayuno, ya que ninguno de los dos preguntones me lo va a hacer, ni siquiera si se los pido con amabilidad.

—Tienes que darle de comer a tu asquerosa bola de pelos —asiento cuando Ty dice eso.

—Bien, para empezar, ayer no vine directamente a casa porque Damon me llevó a un lag... A un lugar espectacular que solo él y ahora yo conocemos —sonrío para tapar mi descuido, no queriendo que nadie se entere de nuestro

lugar íntimo y secreto. Me lamentaría un día si estos dos me interrumpieran algo con Damon en ese lugar solo porque no me encuentran y el único lugar en el que yo podría estar fuese en ese. Todo eso si yo les digo en dónde está. No puedo arriesgarme a que, si pasa algo con Damon, que espero que así sea, ellos aparezcan para romper el momento. Son capaces de eso y de mucho más—. Luego se nos hizo tarde y volvimos aquí —sonrío.

—¿Cómo es que llegaste mojada hasta la médula? —Sam espeta furioso la pregunta y con los brazos cruzados sobre su amplio pecho.

—Eh —tartamudeo—. Un auto pasó por mi lado cuando íbamos caminando y ah... *Me mojó* —es la peor excusa que alguien puede usar, mucho más si soy yo la que la dice. Si no estuviese en el estado en el que estoy, intentaría al menos sonar más convincente, pero ni para eso tengo fuerzas.

—Digamos que te creo —me da una mirada cargada de reproche y niega con la cabeza.

Es allí cuando me doy cuenta de algo.

—Por cierto, ¿quién me cambió de ropa? No se atrevieron a verme desnuda, ¿no es así? —grito a lo último espantada al imaginarme a mis hermanos desvistiéndome y viéndome como Dios me trajo al mundo.

—¿Qué? ¡No! ¡Eres nuestra hermana! —exaltados ante mi arrebatado de furia, gritan a la vez aquella respuesta—. La única vez que lleguemos a hacerlo tiene que ser de vida o muerte.

—¿Entonces quién lo hizo?

—Joder, sabía que me olvidaba decirte algo genial —murmuró Ty, con una mano en el mentón y mirándome con una sonrisa maliciosa y divertida. Levanto una ceja y me acerco a él con esa misma sonrisa diabólica. Las maldades de Tyler se me pegan e, ignorando el hecho de estar completamente enferma, con los mocos chorreando y los ojos hinchados hasta casi no ver por completo, me interesan las palabras que me quiere decir. Por la mirada que me da sé que va a ser algo bueno y jugoso, tal y como me gustan. Por más que Ty sea el más tranquilo, sigue teniendo aquella locura y adicción con las bromas y juegos de cuando éramos chicos. Supongo que dentro de poco se

acabarán (porque admito que estamos un poco grandes para esto), pero aun así hay que disfrutar los últimos chistes y bromas que hagamos hasta ponernos completamente «maduros». Aparte, con todo lo que me pasó en la vida, mucho más en este tiempo que estuve sin ellos, me merezco algo de descanso e intentar divertirme como antes.

Olvidar, sobre todo.

—¿Y qué es eso que me tienes que decir que es tan jugoso? —cuestiono en voz baja cuando siento lo débil que está esta, juntando mis manos y haciendo el mismo gesto que el Sr. Burns de Los Simpson hace cuando dice «excelente». Los Simpson son tan adictivos.

—Bueno. Nuestro, querido hermanito, aquí presente —señala a Sam acusadoramente, como si hubiese hecho algo verdaderamente malo—. Estuvo con una visita muy... inesperada, por así decir que no nos lo esperábamos...

Me pego más a mi hermano para escucharlo mejor y no perderme nada valioso.

—¡Sigue, sigue! ¡No te pares!

—Hay que ponerle suspenso a esto, Nat... —murmura solo para que yo lo escuchara, para luego incorporarse y aclararse la garganta—. Bueno, la cuestión es que ayer a la mañana yo había dejado mi estúpida cámara nueva encendida sobre ese estante —señala un estante a un lado de la habitación que no puedo ver, ya que solo le presto mi preciada atención a mi hermano queriendo más chismes—. Y, como no sabía cómo prenderla ni apagarla, comencé a toquetearla y la dejé ahí cuando tuve que irme al maldito infierno de instituto. Cuando regresé del maldito entrenamiento, en el cual Sam faltó, me encontré con una escena muy extraña. Pues, Emma estaba aquí, con Sam. Él le daba una galleta en la boca a ella y su otro brazo la rodeaba por los hombros. No puedo creer que ¡AL FIN, EL MALDITO HIJO DE PUTA DE SAM HUBIERA INVITADO POR SÍ SOLO A EMMA! —grita eufórico y saltando en las puntas de sus pies. Chillo de emoción y salto junto a él, girando en el trayecto—. Así que la hicimos cambiarte de ropa, por lo tanto, te vio medio desnuda.

Con tal de que no sean mis hermanos o algún hombre, me da igual que hubiese sido ella. Aunque bueno, preferiría que nadie me hubiese visto desnuda. Me avergüenzo de mi cuerpo, lo aborrezco por más que sepa que no es del todo feo. Tendré que hablar seriamente con ella para saber qué es lo que vio al sacarme la ropa. No quiero enterarme de lo que descubrió en mí y se asustó por ello. No quiero que me ande preguntando sobre mis... marcas.

—Ey, ¡yo no la invité desde un principio! ¡Ella vino a ver a Nat y yo le dije que no estaba porque se estaba besuqueando con Damon! —grita en defensa el acusado, pero nosotros seguimos con nuestro festejo—. ¡Escúchenme!

—Te estamos escuchando, pan de caramelo —le digo tiernamente acercándome a él—, pero dime la verdad, ¿le dijiste que se quedara o ella pasó sin permiso y se quedó por su cuenta? —divertidamente pienso en Emma siendo la que se invita a pasar en una casa desconocida sin que la invitasen. Eso es de locos, la tímida y sensible Emma no sirve para ser traviesa—. Oh, y... ¿cómo es que la comida que vio Tyler que le dabas en la boca, hubiera pasado si ella no se quedaba? Algo tendría que haber pasado entre medio para que ella se quedara. Todos conocemos a Emma y sabemos que no se quedaría si no la invitaran —sonrío con autosuficiencia, dándome palmaditas en la espalda por lo inteligente que soy a pesar de mis desgracias de estar enferma, y me encamino triunfante a Ty.

No puedo creer que mi hermano, mi jodido hermano, al fin haya dado un paso con Emma. Aunque es un paso muy pequeño, algo es algo. Mi amiga ya se estaba derrumbando y no tenía confianza en que nuestro plan iba a funcionar con el paso de los días al ver que Sam no hacía ningún movimiento de interés hacia su persona. Yo la alentaba, queriendo y sabiendo que todo iba a funcionar con éxito. Solo era cuestión de que mi hermanito sentara cabeza y se dignara de una vez por todas a hacer algo.

Bueno, no digo que antes cuando ella usaba su ropa común de siempre, se veía horrenda, y que mi hermano nunca la vería al usarla, pero... algo en sus ojos hizo que le propusiera cambiarle un poco el *look*. Emma de por sí es hermosa, y creo que ya era hora de que ella se sintiera bien consigo misma. Pude ver que se sintió completamente cómoda con la ropa simple que

compramos en la tienda. Es normal, solo que de su talla y muy favorecedora a su silueta. Me alegra que de a poco se vaya acostumbrando a verse todas las mañanas linda.

Nerviosamente, Sam se rasca la nuca y frunce el ceño sin saber qué decir ni qué palabras usar para defenderse o darnos excusas. Eso es lo que siempre hace al pensar en algo y no encuentra una excusa.

—Pues... —suspira en derrota cuando se da cuenta de que la cara que Tyler y la mía son completamente burlonas, a la espera de su espantoso intento de excusarse—. ¡Está bien! Le dije que pasara y ella aceptó. Preparó unos batidos de chocolate para los dos y compramos galletitas en un supermercado para comer mientras veíamos una película —gruñe refunfuñando. Y sí, era obvio que él no iba a hacer las malteadas y menos hacer galletitas. La casa estaría más que derrumbada ahora mismo.

—¡Ya lo sabía! ¡Lo había visto en el video que grabé! —chilla felizmente Ty—. Lo bueno es que también grabé la escena de ahora en la cual admitías todo.

—¡Sí! ¡Esto va a estar por toda la eternidad! ¡Me burlaré de ti cuando me hagas algo, Samuel! —me burlo abrazada a Ty, quien ríe a la par mía. Bueno, más bien lo mío es un intento de risa. Ya ni voz tengo.

—Bien, pero esto no se quedará así... —antes de poder terminar su frase, mi estornudo lo interrumpe. Y no solo porque mis estornudos sean como el ruido de un elefante estornudando, sino que le escupí todos los mocos y saliva que tenía dentro de mi cuerpo. Hago una mueca al sentir la punzada de dolor que mi cuerpo siente, y me encojo en mi lugar, para luego abrazarme a mí misma por los escalofríos y temblores que repentinamente me atacan.

Maldigo de nuevo a Damon y deseo que él se encuentre igual que yo; todo enfermo y desastroso por dentro, sintiéndome como si fuese un esqueleto casi sin vida.

—Demonios, Nat. ¡Eres una cerda! —grita asqueado antes de correr al baño más cercano y desaparecer de nuestra vista.

—Bueno, no soy la única cerda aquí cuando él es el que pone un letrero de intoxicación en su habitación para avisar que se tira muchos gases —

murmuro por lo bajo.

Ty carcajea al oírme fuerte y claro.

—Ahora sí, hermanita. Nos iremos al instituto. Quédate en reposo y siéntete mejor —hace un ademán de darme un beso en la mejilla, pero luego piensa mejor y se aleja de mí haciendo una mueca de asco. Qué astuto, hermanito.

—Ajam... —le resto importancia y voy casi sin ánimos al sillón, para luego tirarme en él, quedándome quieta prácticamente sin respirar al sentir otro dolor en alguna parte de mi cuerpo.

Se van luego de unos minutos, gracias al retraso largo de Sam en el baño, y me dejan sola en el departamento. Se alejó lo más que pudo de mis brazos, quienes lo querían abrazar mucho, y salió corriendo del apartamento. Mi risa había sido interrumpida por la fuerte tos y luego por la puerta siendo cerrada de un portazo. Mis hermanos se habían ido asqueados y yo felizmente los había dejado.

Entonces pienso, ligeramente tarareando una conocida canción, que finalmente tengo la casa para mí sola.

¡Fiesta, fiesta! ¡Pluma, pluma gay! Pluma, pluma gay.

Sin embargo, por más que dentro de mí haga una fiesta alegre por tener el lugar para mí sola, me desanimo al notar que no puedo hacer prácticamente nada de divertido aparte de mirar la tele o leer un libro. Las pocas fuerzas que me quedan, si es que las tengo aún, son casi inexistentes. Con cada segundo que pasa siento cómo mi cuerpo se va haciendo más pesado al igual que mis ojos.

Me paso las horas en la misma posición, tumbada aburrida en el sillón viendo la tele y tosiendo a cada dos por tres. Casi ni presto atención a lo que pasa frente a mí, ya que me mantengo intentando no toser para que mi garganta no empeore. No puedo escuchar nada de lo que dicen los personajes a causa de que estoy más que resfriada y mis oídos están muy tapados. Juro que lo haré arrepentirse. No tuvo por qué tirarme al maldito lago. Damon, maldito hijo de puta, cómo deseo que estés en mi misma situación. Mejor aún, que estuvieses peor.

Una manta me rodea mientras me acurruco en el sillón. La había sacado antes de acomodarme bien en el sofá. Sabía que la fiebre me atacaría tarde o temprano, así que era cuestión de tener para prevenir. Tendría de ponerme paños mojados en la frente, pero ya ni ganas de levantarme. No solo porque no tengo ganas de moverme, sino que mi cuerpo está tan pesado que no me puedo mover ni nada por el estilo. Mi cabeza, apoyada en el respaldo del sillón, punza internamente y mis piernas se encuentran dobladas debajo de la manta para encontrar algo de calor.

Mis ojos se ponen llorosos, de vez en cuando trato de estornudar y el maldito estornudo no sale. Es como si estuviese atorado. Siempre me pasa lo mismo y más cuando estoy viendo hacia la luz. Todos me dicen que mire la luz cuando eso me pasa, pero lo único que me causa es que mis ojos lloren más.

El timbre me saca de mis pensamientos y pesadamente, y aún con la manta a mi alrededor, camino al portero.

Agarro el teléfono que comunica con la puerta de entrada y hago un gruñido en forma de saludo. La risa de Damon llega hasta mí, pero se escucha lejana por mis oídos tapados.

—Nat, déjame pasar. Traigo un regalito —puedo sentir su inocente sonrisa desde este maldito piso y vuelvo a gruñir.

—Claro, ayer tenías también un regalito y mira cómo termine. No puedo escuchar un carajo de lo que la gente en el televisor dice, estoy con una tos que me saca los pulmones y mi nariz está más que repleta de mocos. ¿Sigo diciéndote la larga lista que tengo en estos momentos?

—No es necesario, gracias. Solo déjame pasar —suspiro. No se rendirá hasta que le abra, eso lo sé. Y si yo personalmente no le abro, es capaz de tirar la puerta abajo.

—Bien —refunfuño apretando el botoncito que permite que se abra la puerta de entrada.

—Gracias, Nat. ¡Déjame la puerta abierta! —escucho su grito antes de cortar el intercomunicador.

Suspiro y hago lo que dijo al escuchar que el ascensor es llamado. Me tiro en el sillón en la misma posición de antes y minutos después entra Damon. Con su simple forma espectacular de siempre, relajado y arrogante. Es simplemente... Damon. Su sonrisa no puede ser más grande al verme fulminarlo con la mirada y quiero pegarle de tantas maneras para que la saque. Cierra la puerta y se acerca a mí con una bolsa en sus manos.

Miro interrogante esa bolsa y fijamente pregunto:

—¿Qué me trajiste?

Sonríe y se invita a sí mismo a sentarse a mi lado.

—No te traje, nos traje —corrige, e inconscientemente mis ojos se quedan por unos pocos segundos mirando la curva de su boca. Esos labios tentadores inclinados sensualmente hacia arriba. Mi piel se calienta, no solo por la fiebre que comienza a crearse, sino por la repentina mirada que me da cuando se da cuenta de que lo miro con tanto... anhelo. Salgo de mi ensoñación, rodando los ojos ante aquel comentario agarro la bolsa con algo de desesperación e intriga. Me estiro para agarrarlo y me lo entrega con un simple movimiento, sin sacar esa sexi sonrisa.

Saco lo que sea que me haya dado y lo miro detalladamente. Son películas de *Rápidos y Furiosos* y algunas otras de terror.

Revotando sobre mi asiento, como si mi cuerpo no doliese como lo hace, y miro a Damon.

—¡Uh, uh! ¡Miremos esta! ¡Miremos esta! —estiro mi brazo hacia su dirección y pongo muy, muy cerca de su cara, la película *La noche del demonio*. Se ríe a carcajadas y asiente, aún con la bolsa en la mano.

—Hay más —miro de nuevo a lo que tengo en mi regazo y meto mi mano libre dentro. Saco una bolsa de palomitas, tabletas de chocolate y gomitas de osos las cuales, definitivamente, no había notado antes. Enloquezco prácticamente al ver todo y casi salto sobre él para abrazarlo. Hace mucho que no como estas gomitas de osos de colores, y en este momento no me importa nada de mi estado enfermizo. Solo quiero comer y mirar películas, acurrucada entre sus brazos. Y por alguna razón, el enojo se desvanece al darme cuenta de que quiero con desesperación aquello. Acurrucarme en sus

brazos y ver la película mientras respiro su dulce aroma. Mis manos ante tal imagen pican por rodearlo con los brazos y mi cuerpo pide con urgencia estar más cerca de él y perderme en su calor. En su aura intensa que casi me hace jadear de la desesperación por tenerlo.

—Vamos a ver las películas y a comer todo este manjar —digo con anhelo sin despegar mis ojos de los dulces y abriendo el paquete de gomitas.

—Está bien, Natalie. Lo que quieras está bien para mí —concede Damon antes de mirarme fijamente y fruncir el ceño.

—¿Por qué tienes esa cara...? —antes de que pudiera seguir, un estornudo sale de mí con un grito de ¡ACHU! más fuerte que haya escuchado en mi vida y que hasta los sordos lo escuchan. Damon me mira sorprendido y se parte de la risa mientras se limpia un poco mis babas en su cara, agarrando su estómago y cayendo de espaldas al respaldo del sillón, como si estuviera muriendo o algo por el estilo.

—¡No te rías! ¡Estoy así por tu culpa!

—Pero no te quejaste cuando me saqué la remera frente a ti cuando estabas congelándote en el lago —sube y baja sus cejas con tono arrogante. Quiero sacarle esa arrogancia que tiene con mis labios, pero lo único que puedo hacer ahora es mantenerme en mi lugar y rezar que el resfriado no tarde en irse.

Le saco el dedo medio y me levanto pesadamente a poner la película.

Puede que haya dormido mucho, pero estando enferma se intensifica ese cansancio. Arrastro mis pies de vuelta al sofá y me tiro, colocando mi cabeza en el regazo de Damon. Al no escuchar ninguna queja de su parte, me acurruco más en su precioso calor y me quedo ahí durante un largo rato. Instantáneamente, al sentirme apretada contra él, pone su brazo en mi cintura y la deja reposar en ella el tiempo que él quiere.

Los minutos pasaron con lentitud, o quizá con demasiada rapidez para darme cuenta. No presté la mínima atención a casi nada de la película. Estaba distraída pensando en todo y nada. En Damon, Emma y Elle. En todas las opciones que se me ocurrían para explicar los cambios y comportamientos de

Damon, en lo que nos estamos convirtiendo con Damon. En Sam y Emma, en Ty y... alguna chica con la que esté.

De vez en cuando, sentía que la mano de Damon en mi cintura se apretaba y luego se relajaba, para después acariciar esa zona. Ese acto causó que una corriente eléctrica calentara todo mi sistema, haciéndome relajarse. Cuando paraba de hacer eso, yo me corría un poco más cerca para darle a saber que quería que lo siguiera haciendo. Pero como es tan malo, esperaba un buen rato y luego lo volvía a hacer. Y sin darme cuenta, esas caricias me habían hecho dormir profundamente porque cuando despierto, es por algún movimiento de alguien cargándome.

—Vuelve a dormir, Nat. Solo te estoy llevando a tu cuarto —susurra una suave y gruesa voz, enviando temblores a todo mi interior. La calidez me rodea y el fuego de su piel contra la mía quema profundamente. Me reconforta y apaga ese frío que invadía mi sistema.

Gruño para darle a saber que lo escuché y me acurruco más a él sin mediar palabra.

Un minuto después, me deja en mi cómoda cama. Ni bien siento ese contacto frío de la colcha, abro mis ojos rápidamente y agarro todas las mantas, frazadas y lo que tenga a mano para taparme y librarme de todo este frío que siento. Mi cuerpo tiembla incontrolablemente y mis dientes tiritan, creando un ruido sordo y rápido ante el contacto.

Me cubro con toda esa pila e intento conseguir que el calor me invada y se envuelva a mi alrededor para despejar el frío. Cierro mis ojos y escucho el gruñido de Damon al acercarse a mí.

—Nat..., no puedes cubrirte con tantas cosas. Tienes fiebre y tendrás más aún si te sigues cubriendo —susurra cerca de mi cara. Volteo hacia donde siento que él se encuentra y me acerco a su espectacular calor. Puedo sentir su cálido aliento sobre todo mi rostro y luego sus labios posarse en los míos con rapidez y suavidad que no logro disfrutar tanto como quiero antes de alejarse y comenzar a despojarme de algunas mantas.

—T... tengo f... frío, Dam... mon —murmuro tartamudeando por lo bajo sin abrir los ojos e intentando que mi garganta no se esforzara más de lo

necesario.

—Lo sé, Nat. Escucho a tus dientes chocar. Pero no puedo hacer nada. Tendrás que tomar unas pastillas cuando despiertes —vuelve a susurrar.

—Quédate conmigo —le pido cansada. Mis ojos ya hacía rato que estaban cerrados, y aunque quisiera, no puedo abrirlos. Por lo que no sé en dónde se encuentra en estos momentos ni tampoco en la cara que puso al escuchar eso. Intento usar mis instintos y mi radar interno para localizar su lugar en la habitación, pero ninguno de estos funciona. Solo me encuentro con una nube de humo cegando mis sentidos y no permitiéndome encontrarlo.

—No sé si debería... tengo que ir a buscar a Elle al jardín y...

—Por favor..., tú causaste esto.

—No me lo recuerdes —murmura dolido, su voz ligeramente penetrando esa barrera nublada que me cubre.

—Solo quédate... —mi voz se pierde entre las palabras y mi garganta pica al hablar. Oigo su suspiro derrotado y luego un ruido proveniente de un celular resuena.

—Le enviaré un mensaje a Emma para que pase a buscar a Elle —dice, y agrega un tanto molesto—. Oye... Y ¿sabes qué tiene con Sam? Ella ha estado muy sonriente últimamente y cada vez que la veo me habla de él. Siempre lo saca a colación, no importa de lo que trate la charla —puedo sentir cómo su ceño se frunce mientras habla, su molestia aumentando con el correr del tiempo. A pesar de la distancia siento sus puños apretados como el mismísimo Damon de siempre. Sonrío sin poder evitarlo, pero creo que sale más una mueca que otra cosa—. Por esa sonrisa deduzco que sabes algo. Me tendrás que decir todo luego si no quieres que tu hermano muera de un puñetazo.

No lo enfrento, no tengo voz ni ganas para hacerlo. Simplemente acepto, ignorando el hecho de que aquello no fue una pregunta.

Espero a que Damon se acueste a mi lado antes de quedarme dormida. Lo que es un esfuerzo enorme para mí y mi sistema. Puedo escuchar ropa siendo tirada y luego siento un peso a mi lado en la cama. Pasa su brazo por mi cintura —la que debería ser mi cintura, ya que ahora es una montañita de

mantas— y se acerca a mí. Para mi suerte, su calor rápidamente me envuelve y me acurruco confortablemente en él, no queriendo despegarme nunca. Apoyo mi cabeza en su torso y respiro su segador y varonil aroma, mientras siento cómo mi corazón no pierde tiempo en latir con fuerza ante tal cercanía.

Sin tiempo que perder, me quedo dormida, en donde mis sueños pertenecen solamente a Damon.

CAPÍTULO



—¿*Qué mierda* está pasando aquí?

Gruño ante tal grito que perfora terriblemente mis oídos y hace explotar mi cabeza. Levantarme justo ahora no es una opción favorable. Mi cuerpo se siente pesado, por lo que ignoro a esa persona tan gritona y me acurruco más en el calor que emana algo a mi lado.

—Joder, no sé si eres Tyler o Sam, pero seas quién seas, cállate de una puta vez. Estamos durmiendo —gruñe ese calor, pero no puedo comprender lo que dice. Mis oídos zumban. Lo único que entiendo es que, si mi cuerpo ahora mismo no es absorbido por calor, moriré congelada.

—Damon, ¿qué haces así con mi hermana?

—Tiene fiebre por mi culpa. Me pidió que me quedara y aquí estoy. Puedes largarte —gruñe en respuesta.

—No, ya es hora de que despierten. Son las diez de la noche y, en vista de que Nat está enferma, tiene que tomar medicamentos y comer.

El calor de mi lado suspira pesadamente y luego, lentamente, se va, dejando sintiéndome casi a la deriva interiormente, necesitando esa calidez reconfortable. Estiro la mano para impedir que se vaya, pero no encuentro nada para agarrar. Ya se fue. Me quejo y lloriqueo como una nenita de cinco años, hasta que, a los segundos, una mano grande, pesada y calentita se posa en mi mejilla cariñosamente. Dejo de hacer mi pequeño berrinche y me acomodo en esa mano que tan bien me hace sentir, logrando así un suspiro agradecido de mi parte que hace que casi caiga dormida en los brazos de Morfeo otra vez, pero una voz me lo impide.

—Nat... —susurra—. Levántate, es hora de comer y de tomar pastillas para la fiebre.

Gruño y estiro los brazos, colocándolos en su... ¿cuello? Escucho su risa suave y casi en un susurro antes de que, con su pulgar, acaricie mi mejilla. —Vamos, te llevaré al baño para que puedas darte una ducha que te hará sentir mejor —aprieto más mis brazos y siento cómo pasa sus brazos por debajo de mis rodillas y por mi espalda baja. Las calentitas mantas son alejadas de mi cuerpo y gruño en respuesta otra vez. Siento cómo cada parte de mí punza con fuerza, cómo todo dentro de mí se revuelve, como si una batalla se estuviese llevando a cabo en mi interior, provocándome este malestar tortuoso—. Nat, no es necesario que gruñas por todo... —sé que, a pesar de estar prácticamente dormida en sus brazos, él sonrío.

—Tengo frío —susurro.

—Eso ya lo sé. Pero tienes que mejorarte, y solo lo lograrás con la ducha y pastillas —camina unos pasos, más bien zancadas porque sus piernas son largas al parecer, y escucho una puerta abrirse. Luego, el agua correr y por último, siento un beso en mi mejilla—. Es hora del baño... —sin previo aviso, me deja debajo del agua congelada. Chillo, despertándome por completo, y trato de salir de allí, pero sus brazos no me lo permiten. Eufóricamente, intento abrazarlo para que me saque de aquí, pero él solo me empuja más adentro del agua.

Ahora sí estoy despierta, maldita sea. Odio tener fiebre cuando sucede lo mismo. Las duchas de agua congelada son lo último en mi lista. Y más cuando me enfermo rápidamente. Un lloriqueo sale de mí cuando me sostiene fuertemente bajo la ducha fría hasta la mierda y no me deja salir. Damon se encuentra parado frente a mí, con sus brazos rodeándome sin querer dejarme ninguna salida. Maldigo mi estado enfermo y escupo toda el agua que me entra en la boca cuando mi cuerpo tiembla incontrolablemente, mis llantos no paran ni siquiera al sentir a Damon envolverme en su calor, y mis dientes tiritan.

Para mi suerte, sigo estando con ropa puesta. Sin embargo, Damon está prácticamente desnudo. Aún en mi estado de ánimo, sintiéndome como me

siento, y con los ojos pesados por el resfriado, no dudo en mirarlo detenidamente. Su espectacular y definido cuerpo se encuentra todo empapado por las gotas de agua y su pelo cayendo mojado por su rostro le da aires de un hombre que recién se levanta de dormir, el cual acaba de pasarse las manos por él. Aunque eso realmente sea verdad.

Su *eight-pack* cincelado y mojado hace que mi baba salga a cascadas, pero gracias a la lluvia artificial, no se nota. Mi piel se calienta a pesar de lo gélido que se siente el baño, su cercanía me permite olvidarme de ello con rapidez mientras sus ojos recorren cada parte de mi cuerpo húmedo. A pesar de sentir los parpados pesados, absorbo la vista del magnífico espécimen frente a mí, deleitándome a más no poder porque bien sé que para mis ojos, mente y cuerpo, Damon en este estado es tremendamente sensual.

Y joder que, si el agua no estuviese tan congeladamente congelada, estaría ardiendo por dentro y por fuera ante tal vista tan exhibicionista de su parte. Mi lloriqueo se detiene a medida que mi mirada se concentra en él. En su cuerpo. Y la tentación de correr mis manos sobre su pecho y abdomen hace que me quede repentinamente sin aliento. Mi garganta se corta, definitivamente no por el dolor de la tos. Eso no tiene nada que ver con la reacción de mi cuerpo a él. Todo lo contrario. Su mirada penetrante y oscura me causa esto. El aire no entra, mis pulmones no pueden funcionar. Me ahogo con tanta hermosura bullendo de él.

Me cautiva.

—Puedes tocar si quieres... —susurra en mi oído con su voz gruesa y sensual, llegando a hacer que mi piel se erizase fuertemente. *Joder*, sí. Suspiro ante el reconfortante calor que siento cuando camina detrás de mí, y su torso se pega en mi espalda mientras que sus brazos se envuelven a mi alrededor.

Intento procesar sus palabras para sacarme del aturdimiento, pero mi cerebro no funciona del todo. Y a pesar de saber que luego me arrepentiré, no me permito alejarlo. Lo que sea que esté pasando entre nosotros está yendo demasiado rápido, pero no se puede detener por más que quisiera. El tenerlo tan cerca es embriagador, y no me puedo quejar de nada, ya que, no pienso

decirlo en voz alta, me hace sentir muy... ¿bien? ¿Relajada? No hay palabras para describir cómo me hace sentir.

Me deja sin aliento y una vez que inhalo una gran bocanada de aire, mis pulmones vuelven a funcionar con ligera dificultad.

—No, gracias. Solo quiero salir de aquí. Me estoy muriendo de frío, Mu... muchachote —murmuro aun tiritando. Su risa resuena por todo el baño.

—Oh, vamos. No quieres decir que no quieres tocarme, Nat. Por tus sonrojadas mejillas puedo creer que quieres hacer *más que solo tocarme* — me guiña un ojo y yo los ruedo con las pocas fuerzas que aún quedan. Le sonrío inocente e inconscientemente me doy vuelta y le dejo lentamente un pequeño beso en su pecho. Duro, fuerte y grande, completamente perfecto, pecho.

Puedo notar que se estremece ante el contacto de mis labios contra su piel desnuda, y esa electricidad muy conocida se hace presente, creando una atmosfera cargada de emociones y energía vibrante. Casi palpable que nos envuelve.

Me mira a los ojos, una mirada que no llego a descifrar con facilidad. Sus ojos se vuelven más brillosos aún y su respiración más dificultosa. No sé qué verá en mis ojos, pero lo que sí sé, es que es algo bueno, ya que, en sus labios, sus suaves y definidos labios, aparece una pequeña sonrisa ladeada antes de acercar su cara lentamente a la mía, dejando nuestras frentes unidas. No sé lo que está pasando en estos momentos, pero no puedo detener nada de lo que podría pasar. No quiero hacerlo. De mis labios no sale ninguna palabra para impedir lo que creo que hará, mis ojos no pueden dejar ni un segundo los zafiros de los suyos, mis mejillas no pueden contener ese sonrojo furtivo que él causa y mi cabeza y corazón no dejan de martillar en mi interior.

Ladea su cabeza un poquito antes de aproximar sus tentadores labios al encuentro con los míos, pero un maldito y jodido golpe en la puerta del baño impide lo que los dos queremos hacer con ansias y desesperación.

—Joder —masculla Damon, separándose y, con un suspiro pesado, alejándose. Estira su mano para cerrar la ducha y agarra una toalla. Me envuelve en ella y me abraza por detrás. Hace rato que ya no tiritó ni tiemblo,

gracias a la distracción llamada Damon. No puedo creer que estuve a punto de besar a Damon. Que él me iba a besar. Mi mente sigue repitiendo una y otra vez esas escenas que llegaron a causar ese casi beso. Puedo oler aún sus labios a centímetros de los míos. Puedo sentirlo en cada célula de mi cuerpo. Mi corazón no logra desacelerarse. Pareciese que corrí un maratón de muchos kilómetros en tan solo unos segundos.

—¡Ya está la cena! ¡Vístanse y bajen a comer! —gritan del otro lado, pero yo no puedo pensar en estos momentos a cuál de mis hermanos pertenece la voz—. Y demonios, Damon. No quiero pensar en nada de lo sucedido en ese baño. ¡Solo vístete fuera del alcance de la vista de Nat! —agrega antes de cerrar de un portazo la puerta de mi habitación.

Damon suspira y luego me lleva fuera del baño. Me deja parada, aún en un estado de *shock*, y luego se encamina a mi armario. Sin darme cuenta de que está buscando ropa para que yo me ponga, me quedo viendo la nada, los temblores estremeciendo mi sistema. Sigo sin asimilar del todo lo sucedido en la ducha mientras sigo repitiéndolo una y otra vez en mi cabeza.

Segundos después, él vuelve a mi lado con la ropa elegida. No discuto ni digo nada en contra de que revolvió mi clóset, solo me quito la toalla, dejando a la vista mi cuerpo cubierto por mi ropa mojada, dejándola caer al suelo. Damon me mira unos segundos antes de suspirar pesadamente, la tensión latente en sus facciones y músculos, y otra vez agarra la ropa que uno de mis hermanos le dejó en la cama. Al instante, sin darme otra mirada con esos ojos totalmente oscuros ahora, entra al baño para cambiarse, así como los sobreprotectores le dijeron.

Me visto sin ánimos y envuelvo en mi pelo una toalla.

Entonces, cuando la puerta se cierra con un gran ruido, caigo en la cuenta de que Damon había revisado en mi cajón de ropa interior y yo no le dije nada. ¿Es que la fiebre me atonta y no permite que mis sentidos funcionen cerca de él en este estado? Ni siquiera dejo que mis hermanos toquen mis cajones, nunca los dejé y menos si es de mi ropa interior. Ni siquiera a las antiguas compañeras de instituto les permitía hacerlo cuando se quedaban a dormir en mi casa.

Y ahora, con él es todo lo contrario.

Su forma de ser conmigo cada vez es más extraña. Sin embargo, no de una manera mala ni nada por el estilo. Todo lo contrario. Me gusta que esté y se comporte conmigo así. Cada vez es más *cariñoso*. Definitivamente, no es el mismo Damon que conocí en la clase cuando me dijo que el asiento en el que estaba era suyo. Aun así, sigue siendo gruñón y enojón, pero tampoco es que pretenda que en una semana cambie rápidamente de una actitud furiosa a una alegre o feliz. Si fuera así, me mataría. No imagino a Damon siendo muy sonriente o chistoso. Ese no es Damon. Creo que nunca lo será. De todas maneras, a algo dentro de mí le gusta que sea enojón, que sea gruñón cuando algo no le gusta y que se fastidie cuando soy irónica o *jodona*. Pero al menos no es tan malo o serio como fue al principio. *Misterioso*, también tengo que agregar.

Damon sale del baño ya vestido y con el pelo aún revuelto. Me sonrío feliz y se acerca a mí. Me agarra de la cintura y me lleva fuera de la habitación con pasos ligeros para que me acostumbre a su ritmo. Mis piernas dan pasos cortos y cada uno de estos se siente pesado y cansado. Duele cada uno que doy. Entonces nos detenemos antes de bajar las escaleras, y lo siento colocar su mentón en mi hombro y sus labios cerca de mi oreja.

—Con respecto a lo de hace unos momentos, ten por seguro que llegará a pasar. Sabes que los dos lo queremos —susurra bajito y con su aliento rozándome. Sonrío levemente, temblando, y me sonrojo sin poder evitarlo. *¿Siquiera se da cuenta de lo que me causa al estar cerca?*

Besa mi mejilla y bajamos normalmente las escaleras, como si todo lo que pasó dentro de mi habitación no hubiese pasado ni existido.

Mis hermanos se encuentran terminado de poner todo en la mesa y... *¿Emma? ¿Qué hace aquí?*

La miro extrañada y, cuando ella me nota en la cocina, se sonroja y me mira con una sonrisita inocente que no puedo descifrar para nada. Entrecierro los ojos y le doy una mirada de «tienes que decirme todo». Ella asiente y se acomoda en su asiento.

Damon, al ver lo que Ty hizo de comer, avanza conmigo a su lado. Me hace sentar justo antes de que lo haga él en la silla continua. Antes de darle un bocado, mira amenazante a mi hermano cocinero.

—Si esto está contaminado o le escupiste a los ingredientes, ten por seguro que te cortaré en pedacitos. Y tú... —mira a Sam de la misma manera cuando este se coloca al lado de Emma—, si le tocas un pelo a mi hermanita no estarás mucho mejor— cuando todos asienten, él finalmente se lleva una porción de lasaña a la boca. A su muy tentadora boca. Esa boca que me deja sin aliento mientras me deja pensando en ella cada segundo. Esa boca que estuvo a punto de besar la mía.

Joder.

Sam termina de sentarse al lado de Emma, a la vez que Ty finaliza de servir sopa de pollo en un tazón. Por más tentadora que sea esa lasaña, me limitaré a tomarme la sopa porque sé que si no vomitaré toda la noche. Solo espero que mis hermanos y Damon no se la terminen y me dejen algo de esa exquisitez para cuando me encuentre mejor y pueda tragar sin que mi garganta se queje.

Miro la cara de placer de Damon al comer y sonrío viendo que todos hacen lo mismo. Es raro estar todos sentados cenando. Y más cuando no hay discusiones o algo por el estilo. Al parecer, Ty se siente orgulloso de su gran trabajo al ver que nadie habla y solo devora la comida. Su sonrisa feliz lo delata.

Termino mi sopa rápidamente, escuchando cómo mis hermanos y Damon hablan de su próxima pelea.

—«El Ogro» tiene un muy buen brazo izquierdo. Puede sacarte la cara de lugar si se lo propone. Su cuerpo es tan grande, que no logra controlar su fuerza a la hora de pelear. Y ni hablar de sus movimientos. No dudo en que es muy joven para las peleas y es por eso por lo que no se controla. Pero si alguien lo entrena acorde a su resistencia y fuerza, apuesto a que sería mejor que muchos —dice Damon, cortando otro pedazo y comiéndolo.

—¿Cuánto ganas por pelea? —pregunta muy interesado Ty.

—Bien, dado que cada vez se suman más patrocinadores, espectadores y público, no te puedo dar una cifra exacta. Pero te puedo asegurar que cada vez que gano es una cantidad muy, muy buena.

—¿Con eso pagas a tu equipo?

—Sí y no. Algunos estuvieron conmigo toda la vida, ayudándome a mejorar, pero otros sí son personas que nada más les pago para que hagan su trabajo. A los conocidos les pago por hacer de todo y ayudarme. Nunca dejo de pagarle a nadie, ni siquiera cuando pierdo una pelea.

—¿Cómo decidiste entrar a las peleas? —esta vez pregunta Sam. Miro a Damon fijamente, esperando una respuesta, pero él solo se limita a mirar fijamente su comida y llevando bocados a su boca, haciendo como si no lo hubiese escuchado. Puedo ver a Emma apretarle la pierna a Sam, dejándole saber que no debía hacer esa pregunta—. No es necesaria una respuesta —se ríe para calmar el tenso ambiente. Suspiro de agradecimiento y dejo a un lado el tazón vacío.

—Bien, Damon. Espero que, por lo que nos dijiste, te siga yendo bien y que ganes mucho más.

—Eso si Nat me acompaña —murmura más para sí mismo que para todos los que estamos presentes. Rápidamente al escuchar eso, mi cabeza se levanta y me lo quedo mirando con los ojos muy abiertos.

—Oh, así que es allí en donde estabas cuando no te encontrábamos —reprende Ty.

Avergonzada, bajo mi cabeza y me sonrojo.

—Pero la próxima vez, si no nos llamas o nos dices o aunque sea nos mandas un mensaje, no te dejaremos ir. Tienes que recordar que estás bajo nuestro techo y eres nuestra obligación, Nat. Y esto también va para ti, Damon —mira seriamente al susodicho—. Si se trata de mi hermana, tienes que creer que no te tengo miedo por más que me amenazas de vida o muerte —*querido hermano, qué valiente eres.*

Damon le devuelve una mirada seria, pero sin ser amenazante. Todo lo contrario. Es de entendimiento.

—Nunca dejaría que le pasara algo. Esté o no conmigo. Lo mismo les digo a ti y a tu hermano —fulmina con la mirada a Sam, quien sigue atacando su tercer pedazo de lasaña mientras una de sus manos masajea ligeramente los dedos de Emma. Por supuesto que Damon lo notó y tuvo que acotar.

—No hay problema —estiran su mano y se la estrechan, así como un pacto cerrado.

Tan serio como esto puede estar, me levanto y sonrío.

—Bien, Ty. Ya que recientemente te convertiste en un ídolo de la comida y todo eso. ¿Por qué no nos preparas una malteada? Creo que el dulce me hará mejor —miro de reajo a Damon, quien entendió la indirecta y sonrío apartando la mirada. Oh, sí, lo que pasó en el baño sigue estando presente en la memoria de ambos tan latente como cuando el momento recién había acabado por el golpe en la puerta.

—Está bien —dice dudoso, pero se levanta, junta la mayor parte de los platos y los lleva al fregadero. Ayudo a limpiar la mesa mientras que Sam y Emma se acomodan en el sillón frente a la tele y ponen una película de acción que no reconozco. Damon me ayuda a terminar y luego se acerca a mí antes de acomodarnos en el sillón junto a los otros dos tórtolos.

—Sabes que si tu querido hermanito juega con Emma, yo lo mato, ¿no? —dice por lo bajo, pretendiendo que solo yo lo escuche. En respuesta asiento con una sonrisa y lo llevo del brazo a sentarnos junto a la otra parejita—. Emma, ¿en dónde se quedó Elle?

—Está durmiendo en la habitación de Sam —contesta curvando sus labios con alegría.

—Muy linda niña, por cierto —agrega Sam.

—Sí, es muy hermosa —sonríe Damon.

—Lo es —conuerdo colocando mi espalda en el respaldo del sillón. Sin embargo, al parecer a Damon esa idea no le agrada, por lo que gruñe y me lleva contra su pecho, acurrucándose en su calor y colocando su brazo en mi cintura. Me río levemente ante ese acto y dejo que me cuide y mime. *Esto hace que me guste estar enferma.*

Me cubre con una manta que Sam reparte para que nos tapemos todos. Siento cómo comienzo a sentir mi cuerpo caliente, no solo por la manta, sino por el cuerpo de Damon que con cada respiración que da, su piel se convierte en una olla hirviendo. Obviamente, no literalmente hablando.

Minutos después, Ty aparece con una bandeja llena de cinco batidos de chocolate y junto a ellos, un plato con *muffins* y magdalenas rellenas. No puedo creer que estemos así sin pelear, todos juntos, con Damon socializando amablemente con mis hermanos.

Estar así no me disgusta nada. Es más, *realmente* me gusta. Que mis hermanos no le teman del todo a Damon, que no se intimiden al tenerlo presente, y que él no mate a Sam todavía por estar con Emma. Sinceramente, cuando me imaginaba que Damon se daría cuenta de que Emma estaría en algo, por así decirlo, con Sam, lo mataría. Pero me doy cuenta de que eso mismo pensaba Ty con respecto a nosotros. Al menos solo le advirtió que si algo me pasaba, iba a cortar a Damon en pedacitos. *Si es que puede*. Así que están en las mismas circunstancias.

Cada uno agarra su respectivo batido y prácticamente devoran los dulces. Todo eso sin despegar la mirada de la televisión. Pero al menos hay silencio para no despertar a Elle. Nunca me habría dado cuenta de que ella estaría aquí si no fuera porque Damon preguntó.

Sin poder decírselo a Damon o Emma, me muero por saber lo que le pasó. Sé que Emma no sabe nada, pero de todas maneras mi interés no se apaga. Solo espero que cuando Damon esté preparado y confíe en mí, me revele lo que tanta curiosidad me da. Y así, yo podré también contarle mi pasado. No es un futuro cercano, aún no estoy mentalmente preparada, pero alguna vez sé que podré creer en él como nunca antes confié en nadie.

Cuanto más pasan los días, más razón tengo para confiar en él.

CAPÍTULO



¿Cómo es que no me di cuenta antes? Sabía que algo pasaba cuando no lo vi en la escuela, y tuve razón.

Había salido como normalmente salía del instituto, muy aburrida, y no encontraba a mis hermanos, los cuales tenían como deber llevarme a casa. Pensé que se habían quedado entrenando en la cancha, por lo que había ido a verificar allí. Pero no estaban.

Había comenzado a caminar, resignada y enfadada con los dos idiotas, hasta que pasó lo de la última vez que me habían dejado plantada a última hora, y Emma no se quedó atrás. ¡Aunque ella no me había contestado siquiera el teléfono! La había ido a buscar al salón en el que ella hacía *ballet*, pero tampoco estaba. Maldita sea, cómo la había maldecido interiormente al no encontrarla.

Y es por eso por lo que de nuevo, Peter y Noah tuvieron que «secuestrarme». Esta vez su excusa era que yo les divertía cuando me asustaba, y más cuando ponía unas caras muy chistosas —sus palabras, no las mías—. Eso me enfureció, no era necesario hacerme pasar el mismo terrorífico momento que me hicieron pasar ya una vez antes. Ya me dejaron un trauma en mi pasado, no es necesario agregar otro a la lista. Ya con el primero basta y sobra.

Quise darles un golpe con todo mi ser, pero me detuve al momento en el que las imágenes de mi anterior vida vienen a mi cabeza. No quiero ser agresiva como ellos, odio pensar que algunas veces no puedo controlar las

cachetadas o pequeños golpes que doy, pero eso no significa que me guste hacerlo o que no me reproche internamente luego.

Cada pelea se hace en lugares distintos, contra personas diferentes y nuevos apostadores, eso es lo que me dijeron. Damon en estos momentos está invicto, nadie lo puede vencer, y eso es lo que a los espectadores y apostadores les gusta. Alguien en quien poner su confianza para apostar dinero cada vez sin que le fallen. Alguien a quien seguir y adorar hasta que cae en alguna pelea. Pero todos los del equipo me dijeron que, si yo voy a todas las peleas para apoyar a Damon, él nunca perdería. Sin poder evitarlo, solo me reí y me encogí de hombros. No creo que yo sea de buena suerte, es más, pienso que soy todo lo contrario. Supongo nunca fui como un trébol de cuatro hojas para alguien. Que me digan que, con un simple hola, les daría una sonrisa a todos y cambiaría su día de mierda a uno lleno de alegría. *No, no sirvo para eso.*

Pienso que molesto mucho a todos, también a mis hermanos, pero ¿qué puedo hacer? Solo quería estar con ellos. No trabajo y no hago nada por ellos. Me siento mal por dejarles todo el peso de mí y de mis gastos. Ropa, comida y bienestar. Sé que ellos nunca se quejaron, solo digo que si yo hiciera algo ellos se sentirían orgullosos de mí. No digo que no me quieran, todo lo contrario, pero también me sentiría bien conmigo misma si hago algo que me gusta o trabajo en algo bueno. Nunca hice nada por mí misma. Siempre usé el dinero que mi padre me dejaba y listo. Pero ahora me siento mal por ello. Por lo tanto, en alguno de estos días, me voy a empeñar en buscar un mísero trabajo. Aunque sea de medio tiempo. Porque a pesar de que mis hermanos tengan la mayor parte de la herencia de mi tía, sé que ese dinero no alcanzará para siempre, menos poniéndome a mí en la ecuación. *Otro gasto más.*

Vuelvo a la realidad al escuchar más y más gritos en la habitación. Me encuentro festejando en el camarín de Damon, con todos los del equipo gracias a su gran exhibición en la pelea. No dejó que aquel chico se moviera siquiera. Ni bien comenzó la pelea, Damon se empleó a atacarlo con todo su ser. El otro inevitablemente, a pesar de ser un poco más corpulento que Damon, quedó magullado y casi sin vida, tirado en el piso del *ring*. Los

rounds casi ni existieron en esta exhibición. Los otros peleadores apenas pudieron llegar a rozarles su puño a Damon, pero siquiera al *round* dos lograron pasar.

Noto muy sorprendida que se inspiró este día y disfruto ver que aquella pelea la había ganado sin esfuerzos. Su cara en estos momentos lo delata. Lleva una cerveza en su mano izquierda mientras que con la derecha choca los puños con otro del equipo que lo felicitó. Me sorprende al encontrarlo tomando cerveza. No muchas veces lo encuentro así, muy relajado y disfrutando con los amigos y trabajadores de su equipo. El hecho de que estuviese tomando una cerveza también me deja bastante perpleja, creo que solo una o dos veces desde que lo conozco lo vi tomarla.

Yo, por otro lado, estoy sentada en uno de los sillones, devorando una *pizza* gigante que habíamos pedido todos los del equipo y yo cuando todo terminó.

Había pasado una semana desde que yo estuve enferma, y en el cual ese mismo día casi nos habíamos besado. Nunca hablamos de ello, pero me da cuenta de que él estaba muy pegado a mí cuando no tenía que irse a entrenar.

Bueno, al principio de la semana, Damon se había comportado distante, pero luego de que lo encaré después del instituto, volvió a ser el mismo que era. No me dijo la razón por la que se había distanciado o enojado conmigo, pero estoy segura de que voy a descubrirlo en algún momento. En un principio me molestó su actitud. ¿Ignorarme y luego apegarse a mí? Es tonto, pero hay que considerar que es Damon el que lo hace; el hombre más bipolar que conozco en esta vida. Quizá con el tiempo me vaya acostumbrando a poder soportar esas actitudes muy cambiantes y desconcertantes. No entiendo el motivo por el que se comporta así, pero hay tantas otras cosas de las que tampoco sé, que la verdad es que no me quiero preocupar tanto por esto.

Alzo mi vaso de Coca-Cola mientras veo de reojo que Damon se acerca a mí y sonrío. Le devuelvo el gesto gustosa, tan feliz por su triunfo, y la buena vibra que hay a su alrededor me envuelve en tan solo unos segundos. Mi sonrisa se amplía al notar que sus ojos brillan de excitación y adrenalina. Me gusta verlo así; radiante y feliz.

—Peleaste muy bien, Muchachote. Te felicito —tomo un sorbo del refrescante líquido dentro de mi vaso y lo dejo en la mesa antes de agarrar otra porción de *pizza*. Creo que esta es la quinta porción que me como y no me importa en lo más mínimo. Tengo tanta hambre que hasta podría devorarme otra caja de esta delicia. Menos mal que nadie en la habitación le presta mucha atención a la comida porque si no fuese así me sentiría mal por devorarlas todas yo. En todo el día lo único que ingerí fueron dos barritas de cereal y dos pequeñas empanadas en el almuerzo. Y por supuesto, para mi estómago eso equivale a nada. *Tan solo un mísero grano de arroz.*

—Nat, no me digas más así... —gruñe. Sin embargo, su sonrisa no decae ni se borra. Sonrío y me encojo de hombros sin darle importancia a sus palabras. Tanto como yo me tengo que acostumbrar a sus cambios de humor, supongo que él tiene que acostumbrarse a su apodo.

Su postura es relajada, no parece nada tenso ni adolorido en ninguna parte. Su estado de ánimo está bastante bien, alto hasta los cielos. Eso sí, su arrogancia sigue estando bastante... alta también. Se nota, ya que su pecho está hinchado y lleno por su enorme ego.

—Te dije que así te iba a llamar. Definitivamente, tienes suerte de que no te lo diga todo el tiempo —cruzo mis brazos en mi pecho y me recuesto en el respaldo del sillón mientras sostengo la parte trasera y dura de la *pizza* entre mis dientes. Mi boca es lo único que permite que el pedazo no caiga al piso porque mis manos están sueltas sobre mi pecho. El borde crujiente tiene salpicado una gran y deliciosa parte de queso mientras que la salsa de tomate debajo sobresale sobre él.

Levanto la mirada al sentir sus ojos penetrando cada centímetro de mi rostro, absorbiendo cada facción, cada milímetro de mí con fuerza. No me avergüenza estar así frente a Damon. Él me vio en situaciones peores como el día en el que estuve enferma. Menos mal que no llegué a verme en el espejo, si no de seguro me encontraría con una chica con el cabello rubio despeinado y enredado, con ojeras debajo de sus ojos azules y con la piel blanca igual a los fantasmas.

Damon, al ver cómo estoy comiendo mi *pizza*, se acerca lentamente como un depredador en horas de caza y se queda frente a mí, mirándome a los ojos penetrantemente y lleno de intensidad. Ninguno se mueve, mi corazón comenzando a correr en mi pecho mientras mi respiración ligeramente se corta al ver lo oscuros que se vuelven sus ojos. Mi alrededor da vueltas, la excitación tomando cada parte de mi piel, de mi sistema. Mi cuerpo zumba ante tal espécimen prestándome toda su atención. Solo nos miramos antes de que él se aproxime a la comida colgando de mi boca y le dé un mordisco gigante que casi causa que sus labios estén contra los míos. Siento el roce de su boca cuando lo hace, mandando una gran carga de electricidad por todo mi cuerpo, la cual corre con fuerza para despertar todos mis sentidos. Absorbo su energía y parpadeo ante tal cercanía.

Mastica sensualmente en la misma posición y sin quitarme la vista de encima. Ninguno de los del equipo se da cuenta de nuestros actos, es más, ni siquiera nos prestan atención. Su camisa azul marino se ajusta perfectamente con su esculpido torso y sus pantalones se moldean a su redondo, y muy sabroso a la vista, trasero. *Ya me fijé en él.* Y creo que no fui la única. Había dos chicas que, en vez de mirar la pelea, se quedaban embelesadas con su trasero. No voy a decir que eran las típicas zorras rubias teñidas, no, todo lo contrario. Una era pelirroja natural con ojos color avellana y la otra era castaña con ojos verdes muy oscuros. Si no estuvieran tan mal operadas, serían lindas.

La cosa es que Noah me paró cuando me estaba levantando para ir a matarlas a las dos. En ese momento ignoré todos los recordatorios de mi pasado. Supongo que el enojo superó todo tipo de miedo en esa ocasión. Creo que me justificaba por mis actos en esos momentos. Ellas solo gritaban obscenidades al trasero esculpido y duro de Damon y, por algún motivo desconocido, eso me puso furiosa. Sin embargo, no solo me dieron ganas de hacerles algo malo a esas chicas, sino que también me dieron ganas de matar a Noah por retenerme y no dejarme ir a hacer justicia contra esas dos.

Malditas mujeres.

Maldito Noah.

Maldito Peter por reírse de todo el espectáculo que causé.

Sin darme cuenta, agarro lo sobrante de mi boca, me acerco a su cara y, frente a frente, le doy un mordisco, dejando repentinamente de lado todo recuerdo de momentos anteriores. Él sigue el recorrido con sus ojos: desde cuando aproximo ese pedazo a mi boca hasta cuando la estoy masticando lentamente para tentarlo. Estoy que me muero por probar sus labios y haría lo que fuese por tenerlos pegados contra los míos. Y es por eso por lo que lo provooco con tal empeño. Nunca quise tanto en mi vida como lo quiero ahora, con él. Y gracias a Dios, mi propósito de tentarlo funciona en su gran mayoría. Me mira a los ojos y se acerca lentamente hasta quedar a tan solo milímetros de distancia.

Entonces, ajeno a toda la tensión apasionada que nos rodea, aparece Noah riéndose a carcajadas. Mi interior se entristece cuando Damon se aleja y se recuesta rígido y molesto sobre su asiento. Frustrado tal cual lo estoy yo. Noah llega a su lado y deja caer un brazo en los hombros de Damon.

¿Es que siempre nos tienen que molestar cuando queremos besarnos? ¿En serio? ¿Nadie quiere que estemos juntos al menos por unos instantes? Mis hermanos interrumpen en el baño y ahora lo hace Noah, sin pensar en los deseos y las ansias de nosotros de poder finalmente hacer algo sin ser interrumpidos. La vida tiene algo contra mí, estoy más que segura de ello. Quizá es algún tipo de karma, resultado de algo que posiblemente hice mal sin saberlo. Pero es cruel, muy cruel. Después de todo lo que me cuesta confiar realmente en los hombres, hacerme esto es desalmado y despiadado.

Me merezco algo lindo, algo que quiero con todo mi ser. Realmente lo merezco.

Damon gruñe frustrado, y una mirada mordaz de su parte fulmina cada parte de la estructura de Noah. A pesar de estar rojo de la furia, Noah no para de reír hasta que se da cuenta de la verdadera actitud que emana de su jefe mientras se pone instantáneamente pálido. Damon no dice nada, solo lo mira con ganas contenidas de atinarle un golpe. Sus puños se tensan a sus costados y suspiro, rezando internamente que no se desate una pelea frente a mí.

Para aliviar el tenso ambiente, me levanto de mi lugar y abrazo a Damon con rapidez. Supongo que si no alivio este tenso momento, Damon no solo dará su sorprendente acto de pelea en el *ring*, sino que también en su propio camerino.

—Creo que ya tengo que regresar a casa. Mis hermanos se volverán locos cuando se enteren que estoy aquí sin avisarles.

—Hablé con ellos antes de la pelea y lo mencioné. Te puedes quedar un rato más y luego te llevaré a tu casa —Damon responde, sonriendo esperanzado y dejando de lado todo lo que pasó con el pobre Noah. Este, al ver que no recibe más miradas amenazantes, se va corriendo al encuentro de otros del equipo, escabulléndose y escondiéndose por las dudas.

—Mmm... tentador, mejor no, Muchachote. Estoy cansada y mañana tengo que hacer cosas —me excuso.

No es que odie estar aquí, pero tampoco puedo decir que lo adore. Aparte, es cierto que estoy muy cansada y este griterío de festejo hace que mi cabeza palpitase fuertemente. Ya hace más de una hora que estoy aquí adentro encerrada con todos los del equipo gritando a todo pulmón. Por lo que siento que ya era hora de que mis oídos pidan a gritos algo de silencio y paz.

Damon suspira con pesadez y se me queda mirando con sus ojos zafiros tan penetrantes y tan cautivadores que casi me derrito ante la tristeza que veo en ellos.

—Pero mañana es sábado —se queja como un niño pequeño—. ¿Qué tienes que hacer un sábado, Nat? —se detiene, su rostro reflejando todo lo que siente. Entonces sonrío, con ese labio curvado hacia arriba con maldad impresa en sus facciones—. Quiero pasar todo el día contigo. Te llevaré a un lugar que yo elegiré. Va a ser tu sorpresa si me acompañas ahora a tomar un helado antes de llevarte a tu casa

Tentadora propuesta. Y no solo porque voy a tener que pasar todo el día de mañana con Damon, los dos solos en algún lugar, sino que voy a tener un helado y una sorpresa. Es lo mejor que me ha pasado hasta ahora en mi casi miserable vida.

Finjo pensar sobre ello como si en realidad fuese un gran acertijo al igual que *¿Quién es la mamá de Barney?* Algo que de seguro nadie sabe aparte del creador de este personaje. Su rostro decepcionado por mi silencio se hace presente, rápidamente contesto cerca de su cara.

—Bien —cuando esa simple palabra sale de mi boca, una sonrisa más que feliz aparece en sus apetitosos labios. Sin esperar más, con gran entusiasmo se levanta a una velocidad impresionante. Agarrando mi campera y mi cartera, me levanta en sus brazos para luego irnos sin saludar prácticamente a nadie.

Me lleva aún en sus brazos al auto, con todas mis pertenencias y las suyas colgando de sus hombros, y me deja sentada con todas mis cosas arriba antes de cerrar mi puerta y subirse él frente al volante de su lindo, cómodo y cálido auto.



—Supongo que ahora podemos retomar todo lo que habíamos pasado aquel día en el lago, ¿no? Podemos conocernos un poco más —comenta Damon cuando ya estamos con nuestros helados sentados en la heladería. Él eligió un pote de helado de chocolate y cereza mientras que el mío es de chocolate y banana *split*. Su postura es relajada mientras lleva pequeños bocados a su boca con una minicuchara, la cual es demasiado pequeña comparada con la mano de Damon.

—Adelante, pregúntame lo que quieras.

—Empecemos por preguntas fáciles —dice, recostándose sobre el respaldo de su asiento en una postura completamente relajada.

Las luces tenues del lugar hacen que nuestro alrededor parezca acogedor y personal. A pesar de estar justo en el centro de Filadelfia, el local se encuentra en su mayoría, desierto. Los dependientes bajaron la intensidad de las luces a medida que nos vieron sentarnos en un lugar apartado de la entrada, justo en una esquina frente al ventanal que da a la calle. La noche nos envuelve y si no fuera por los ligeros rayos anaranjados de las lámparas rodeándonos, no podríamos ver nada que no estuviese iluminado por la luna.

El ambiente creado por la calidez de las luces hace que todo se vea hogareño y acogedor, todo lo contrario a las típicas heladerías sofisticadas de ahora. Esta en particular, te hace desear ser abrazado y acobijado por unos grandes y fuertes brazos en un día lluvioso y frío. Te hace querer volver por más. El helado, ni hablar del helado. Porque a pesar de estar exquisito, es lo suficientemente perfecto para enfriar mi cálido interior. Respiro el aroma a vainillas del aire junto con el olor corporal de Damon, quien sin haberse bañado luego de la pelea aún lleva el aroma del sudor impregnado en la ropa. Pero, muy a diferencia de la mayoría, su sudor no es... repugnante, sino... adictivo. Te hace querer correr tus uñas por la longitud húmeda por horas. Y ni bien me imagino haciendo exactamente eso, el helado ya no es lo suficientemente frío para calmar el fuego bullendo en mi interior.

—Por lo tanto, ¿cuál es tu color favorito? —su pregunta me saca de la insolación, e inmediatamente me ruborizo ante tales imágenes apareciendo en mi cabeza. Sabiendo que me puso repentinamente nerviosa, una sonrisa ladeada aparece en sus labios mientras que sus ojos dejan ver un brillo fugaz en el iris.

Pienso en la pregunta dirigida hacia mí. Cuando dijo aquello de retomar lo sucedido en el lago, esas preguntas que aún no fueran hechas, lo último que me hubiese imaginado eran preguntas tan inofensivas como esa. *¿Mi color favorito, en serio?* Y a pesar de mi confusión, un atisbo de entendimiento aparece en mi cerebro porque, habiendo tenido momentos difíciles en mi vida como visiblemente sé que Damon también los tuvo, lo mejor es ir por lo sencillo antes de que alguno haga preguntas *serias*. De esas que solo pretenden destapar el pasado y los recuerdos. Esas que no salen tan fácilmente.

Por lo que solo me limito a seguirle el juego con un poco de diversión para callar la tensión que repentinamente cae sobre nosotros, incómoda.

—Si las preguntas serán así de fáciles, estoy ansiosa por saber cuáles serán las *difíciles*.

Lo miro a los ojos, mis palabras coquetas siendo entendidas por él. El doble sentido flotando en el aire con una invitación que está abierta a ser

tomada. Quiero que sea tomada.

—Dudo que me permitas decir más de un color favorito, por lo que tengo que decidirme en uno —comento, parpadeando, aún ruborizada por mi arrebato. Pienso durante unos segundos antes de responder muy confiada—. Me inclinaré a tomar el azul como color favorito. Creo que, si fuesen los otros mis favoritos, favoritos, los habría elegido sin pestañar para teñirme el cabello.

Señalo las puntas de color azul eléctrico de mi cabello y paso mis dedos por ellas, notando la suavidad mientras me deleito ante tal hermosura. Tim hizo un gran trabajo. El rubio de mi cabello queda espléndido con aquel color agregado.

—¿Cuál es el tuyo, Muchachote?

Damon baja la mirada durante unos segundos hacia el azulado tono de mis hebras antes de volver su intensa mirada a la mía.

—Repentinamente, mi color preferido se volvió el azul también —sus ojos se oscurecen a medida que el entendimiento corre por mis venas. Sonríó justo cuando otra pregunta sale de sus labios. Por supuesto, otra demasiado fácil—. ¿Qué tipo de música te gusta más?

—En el primer lugar fácilmente puedo colocar el metal. Toda mi vida se basó en Iron Maiden y Whitesnake. Y posiblemente ubique en el segundo lugar *hip hop*. Me atrevo a decir que Snoop Dogg, Lil Wayne y Black Eyed Peas decoran las paredes de mi habitación en Wesley Chapel. ¿Qué tipo de preferencia tienes tú?

—Casi las mismas, mucho metal rodeando las paredes de mi habitación. Creo que en algún lugar del departamento tengo antiguos CD de música *reggae* también.

—¿*Reggae*? —pregunto. Definitivamente, no se ve como los tipos que escuchan *reggae*.

—Sí. Me relaja cuando necesito tranquilidad luego de una pelea. Creo que me hace perder un poco de la realidad. Bob Marley siempre es la primera opción. Es indispensable.

—He tenido una pequeña época de esas, en las que Bob Marley reinaba mi lista de reproducción. Por lo que te entiendo, ayuda mucho para calmar el estrés.

—Lo hace —concuerta, incorporándose y tomando otro bocado de su helado. Lo veo saborearlo, y ante mi mirada fija relame lentamente sus labios. Inconscientemente lo hago yo también, sin apartar la vista, hasta que deja el pote sobre la mesa y carraspea antes de volver a hablar—. Entonces, Natalie, ¿cuántos años tienes?

Es allí cuando recuerdo que nunca nos preguntamos eso. Ninguno lo dijo, tampoco. Nunca hubo un momento libre para hacerlo. Y sin embargo, yo deduje lo que posiblemente todos hacen ni bien lo ven. Parece ser demasiado grande a pesar de estar aún en secundaria. Sus facciones son dignas de un hombre, no de un niño. Su cuerpo alto y corpulento, rozando quizá el metro noventa, hace que inmediatamente el cerebro deduzca una edad aproximada entre los veintiún y los veinticinco. El pequeño rastro de barba sobre su mandíbula ayuda a la deducción y sus facciones duras realmente le dan un aire... mayor. Algo que a mi cuerpo al parecer le encanta porque al verlo tan detenidamente e inspeccionarlo así de profundo, se enciende con cada detalle. Una electricidad corre por todo mi cuerpo hasta mi centro, e inconscientemente cierro las piernas con fuerza al notar las punzadas repentinas allí abajo. Me sorprende internamente por ello. Jamás había sentido tal cosa. Nunca estuve... encendida. Pero luego recuerdo que con Damon todo es posible.

Y más para mí, porque es inevitable no reaccionar de tal manera con él.

—Diecisiete —me avergüenzo porque, a diferencia de él, soy la viva imagen de una adolescente en plena etapa de crecimiento—. ¿Cuántos tienes tú? Me estuve preguntando eso desde hace bastante. Te ves más grande, y me parece extraño tenerte en la misma clase —admito, sintiendo cómo el calor nuevamente aparece con fuerza en mis mejillas. Tomo una cucharada más del helado para calmarme y refrescarme.

—Diecinueve, casi veinte —dice haciendo una mueca—. Antes de que digas nada, tuve que faltar dos años al instituto por cosas personales. No

preguntas, por favor —no me mira cuando lo dice, por lo que no lo fuerzo y me concentro en mi helado.

—No preguntaré si no quieres —limpio mi boca con una servilleta de papel descartable y vuelvo mi atención a él con la peor pregunta que alguien podía hacer. Mucho más siendo dirigida a *Damon «la Furia» Woodgate*—. ¿Te gusta pelear? — es una pregunta obvia, pero se la hago solo para cambiar el tenso ambiente que se crea a nuestro alrededor. Aparte, según lo poco que sé, en el mundo del boxeo hay de todo tipo de personas. Gente que solo pelea para sacar la tensión del día a día, otras que simplemente lo hacen porque algún familiar lo forzó a hacerlo, o porque quiso boxear para enorgullecer a alguien. Y luego están los otros que realmente disfrutan del deporte. Así que, en parte, no es una pregunta tonta la que sale de mi boca.

Él asiente gustoso por el cambio de tema.

—Me encanta —afirma, y mientras las palabras salen de su boca un brillo alegre se mantiene iluminando sus ojos azules.

—¿Por qué?

—¿No me toca a mí preguntar? —prácticamente interrumpe, inclinándose en la mesa con los codos doblados mientras coloca su mentón entre sus manos. Se me queda mirando, su postura totalmente relajada y divertida.

—Recién lo hiciste, ahora, ¿por qué? —me mira burlonamente y suspira, negando lentamente con la cabeza.

—Me despeja la mente y descargo todo el enojo que constantemente tengo. Hay veces que llevo mierda todo el día y lo único que puede mejorar mi estado de ánimo es pegarle al saco. También funciona estar con Emma y Elle después de eso, pero no de la misma manera.

—Esa niña es muy linda. Es la viva imagen tuya —me río y agrego—. Por otro lado, Emma es todo lo contrario, ¿por qué Emma tiene los ojos marrones y tú no?

Casi al instante, el aire a nuestro alrededor se vuelve más cargado. Insoportable. Tanto que asfixia. Él aparta de nuevo la mirada y de inmediato lo noto. Detengo mi risa porque es algo que en serio lo afecta, al parecer. A pesar de que solo fuera una pregunta completamente inofensiva para mí, pero

no para él. Su postura se vuelve tensa al escucharme, pero luego aprieta los puños e intenta relajarse dando hondos respiros.

—No tienes que responderme eso. Solo digo que tus hermanas son hermosas, ¿bien? —agrego con rapidez. Lo veo asentir, un poco triste y decaído, su expresión totalmente deplorable. Tomo otra cucharada de mi helado y la llevo a mi boca—. Cambiando de tema, ¿haces otras cosas que no sea boxeo?

—Hago pesas y esas cosas en un gimnasio cerca de mi casa. Cuando no tengo nada que hacer ni tarea, o tampoco tengo que cuidar a Elle, voy siempre allí para pasar el tiempo y distraerme. Creo que es la mejor manera para hacerlo —dice— y realmente no lo hago para verme bien físicamente, porque sé que muchos así lo piensan, simplemente lo hago para descargar. No miento cuando digo que cada día llevo sobre mis hombros un peso gigante que necesito con fuerza descargar. Eso no lo discuto ni nada porque me encanta que cada vez que lo veo, sus músculos hayan crecido una pulgadita más. Me gusta que sea todo un hombre lleno de músculos duros y fuertes como una roca, a pesar de saber que él no lo hace solo para llamar la atención de las mujeres. Algo que bien sabe hacer sin necesidad de sus músculos. Si no fuera así de robusto aún ganaría a muchas damas con la hermosura de su rostro duro y sincerado. —¿Qué hay de ti? ¿Haces algo aparte de comer y dormir? —noto la diversión en su pregunta.

Niego con la cabeza, haciendo una mueca.

—Soy holgazana, pero voy a empezar a buscar algún que otro trabajo para poder sentirme mejor y no ser una carga para mis hermanos. Por otro lado, me gusta correr de noche.

—¿Y qué tienes en mente para un trabajo?

—¿La verdad? Nada. Solo me propuse conseguir un trabajo decente y listo. Siento como si fuese una carga para mis hermanos. Cuidan de ellos y de mí con el dinero de la herencia de mi tía, y definitivamente no durará mucho tiempo a medida que van gastando en sus, y ahora en mis, necesidades.

—¿Tienes experiencia en algo? —parece interesado en nuestro tema de conversación. Al principio, cuando lo conocí pensé que era el típico

mujeriego que no puede estar en compañía de una mujer durante mucho tiempo, pero él sigue sorprendiéndome cada vez más. No solo pasa más de un día conmigo sin quejarse, sino que sigue estando a mi lado, preguntando cosas que al parecer le interesan e intentando entablar conversaciones conmigo. Esto me da una imagen diferente del Damon que creí que era en un principio.

No sé si le gusto de la manera emocional o lo que sea, o si le intereso también de esa forma, pero me conformo con seguir estando a su lado y disfrutando de su compañía. Puede que varias veces me queje de él, pero muy dentro de mí admito que no me molesta para nada todo lo que hace por mí, el molestarme o el conseguir casi a la fuerza algún momento para pasar conmigo. Me hace sentir especial, algo que tan solo un chico en mi vida pasada lo logró, pero que luego mató todas las ilusiones que me hizo tener. Quiero pensar que Damon no me llegará a romper el corazón como lo hizo él, pero sé que algo malo pasará si sigo involucrándome con Damon. Aun así, cada vez lo ignoro con más fuerza.

Sin embargo, algo dentro de mí también dice que Damon vale mucho la pena.

—Ni idea —me encojo de hombros restándole importancia. Es la verdad, nunca hice nada por mí misma, por lo tanto, no sé en qué soy buena. Solo me la pasaba viendo tele tirada en el sillón y comiendo todo lo que tenía a mano para no pararme a buscar nada a la cocina.

—Si quieres, puedes trabajar en ese gimnasio en el que entreno. Irías en los horarios en los que yo estoy y así cuando termino, puedo llevarte a tu departamento. Por supuesto que todo esto es en la noche, porque primero le tendría que dar de comer a mis hermanas y llevar a Elle a la cama.

Lo dudo.

—No lo sé, Damon, *¿eso te molesta?* Digo, verme todos los días cuando entrenas y distraerte con mi presencia.

Ríe, como si mis palabras fueran el mejor chiste del mundo. Me deleito ante el sonido grueso llegando a mis oídos.

—Oh, Natalie, me encantaría distraerme viendo tu espectacular trasero todas las noches mientras ejercito —susurra en un tono ronco, bajo, completamente serio para que solo nosotros escuchemos.

—Si lo dices así, no creo poder negarme. Pero dudo que este trasero sea de los que te gustan. La comida chatarra y los batidos de chocolate dejan rastro en mi cuerpo cada vez que los ingiero —afirmo en chiste un poco avergonzada porque cada cosa que digo es verdad.

—Mucho mejor. Así tengo de dónde agarrar —me guiña un ojo y yo me lo quedo mirando confundida al no entenderlo. Pero cuando finalmente me doy cuenta de lo que quiere decir, bufo y ruedo los ojos.

—No me acostaré contigo, así que no confíes en que tendrás más de dónde agarrar.

Lo escucho carcajear, mientras se acerca más a mí, quedando su frente pegada a la mía. Posa un beso justo en la punta de mi nariz mientras dice con voz ronca, completamente en serio: —Ya veremos.

Y con eso, las promesas vuelan por el aire a nuestro alrededor.

Termino mi helado cuando se aleja de mí, mientras lo escucho hablarme de lo lindo que sería ver mi trasero todos los días cuando recoja ropa y toallas sudadas del suelo y los bancos. Quizá a él le alegra esa parte del hecho de que, posiblemente y si la suerte está de mi lado, trabaje en el gimnasio. Pero para mí es el hecho de que puedo ver a Damon sin camiseta, todo sudado y agitado.

Aunque también tengo que entender que él solo me lo está proponiendo. El que me tiene que dar el trabajo es su entrenador o el dueño del gimnasio al que va. Yo no puedo ir allí pretendiendo que tengo el trabajo solo porque Damon me lo dio. Primero tengo que esperar a que le den la aceptación y luego podré empezar a trabajar allí. Rezo porque aquello pase.

Ni bien terminamos los helados, con las preguntas en el olvido, nos subimos al auto para ya irnos de vuelta a mi departamento. Mañana a la noche, Damon hablará con el dueño del gimnasio y le preguntará si tiene vacantes para mí. Y si es así y me da el trabajo, empezaría el lunes. Otra cosa que está a mi favor es que puedo, o podemos, en todo caso, volver corriendo

a mi casa. Hace una semana no salgo a correr por todo lo de las peleas de Damon y los días que estuve enferma. No pienso dejar mis ejercicios fuera de mi lista de qué hacer porque si no tendría mucho peso encima. Mi trasero, literalmente, está un poco más grande gracias a todo lo que comimos en la semana y no desgastar al no hacer ejercicios. Ya extraño salir a correr, sentir el aire chocar contra mi cara y sentir cómo mi sangre recorre todo mi cuerpo con rapidez. Escuchar los latidos de mi corazón acelerado y la adrenalina que siento siempre con cada paso.

—Entonces, ¿cuál es mi sorpresa de mañana? —pregunto. Ya pasaron unos minutos desde que arrancó el auto y nos adentró en las calles solitarias de Filadelfia. El silencio reina en los confines del coche hasta que rompo el hielo al preguntarle aquello que tanto deseaba preguntar. Todo este tiempo en la heladería tuve esta duda que me deja tan emocionada hasta el punto de no poder contener mi alegría.

—No te lo diré, Natalie.

—Vamos, dímelo —suplico, con las manos unidas frente a mí. Lo escucho reír cuando ve que en mis labios hay un pequeño puchero.

—Ni suplicando te lo diré, así que ríndete.

—Qué injusto. Me ilusionas y me desinflas —sale en un gruñido molesto desde el fondo de mi garganta, y mientras cruzo los brazos en mi pecho dejo salir un pequeño susurro casi inaudible—: *Maldito Muchachote*.

—Eh, que si me dices así no te llevaré a ninguna sorpresa —amenaza divertido, una sonrisa jugando en sus labios mientras mantiene la mirada fija en la carretera. Revoloteo mis ojos.

—Sabes que te quiero mucho, ¿no? —digo inocentemente como respuesta.

No sé qué me está pasando, pero ya ni reconozco a la Natalie que está tomando el control de mi cuerpo y de mi boca. Pareciera que me estuviese comportando como una cría de cinco años. Ya ni sé lo que pasa por mi cabeza al momento de actuar como lo estoy haciendo junto a Damon.

—Sé que me amas, Nat.

—Solo lo hago por los regalos —bromeo en un murmullo que llega fácilmente a ser oído por él. Volteando mi cabeza hacia la ventana, dejo mi

vista pegada en el paisaje oscuro que hay fuera. Él se ríe, pero no dice nada, dando por terminada la conversación.

El trayecto lo pasamos en un silencio cómodo. Mientras él conduce con la mirada fija en el frente, yo me limito a observar la hermosa vista de toda la ciudad y a pensar en todo lo sucedido hoy. Aún hay dudas recorriendo mi interior en el viaje de vuelta al departamento. Muy dentro de mí espero no arrepentirme de trabajar en donde Damon entrena. Porque, Jesús, nos vemos en el instituto, en las peleas y ahora posiblemente en el gimnasio. Estoy dudando si hice lo correcto al aceptar. Él se aburrirá de mí y me dejará tirada, y realmente es lo último que quiero ahora. No creo poder superarlo fácilmente si eso sucede. Porque ahora, que finalmente me siento bien en presencia de alguien, quien me hace reír sin recordar la oscuridad de mi pasado, sería una agonía perder algo que tanto me costó conseguir en todo este tiempo que transcurrió desde aquel día. Es duro no tener a nadie que te apoye, que te alegre los días con una sonrisa, y que te haga las mañanas fáciles para que dueres de pie todo el resto del día.

Y hasta ahora, Damon Woodgate logra cada cosa de la lista que nadie más pudo. Levanta lentamente cada pieza de mi destruido corazón, junto con las cenizas de mi fundido cuerpo, y las recompone inconscientemente con cada día que pasa. E inevitablemente, con el tiempo se va acercando más al muro que me rodea, cerca de destruirlo para permitirse llegar por completo a mí. A todo mi ser.

Entonces, ¿por qué quiero tan desesperadamente dejarlo entrar?

CAPÍTULO



¿No es hermoso ese momento en el cual están en el quinto sueño y piensan que nada les puede despertar? ¿Cuándo ni siquiera la luz que entra por la ventana puede sacarte del sueño?

Pues eso no es exactamente lo que *me pasa*.

Me costó un maldito infierno dormirme ayer. Todo gracias a que estuve pensando y pensado todas las opciones que mi cabeza podía encontrar con respecto a mi sorpresa de hoy. Y joder, creo que no me llegué a dormir antes de las cuatro o cinco de la mañana. Me di cuenta del delirio en el que me encontraba y la paranoia cuando llegué a contar casi quinientos unicornios, ochocientos hipopótamos y una frutilla con chocolate.

Me dormí con el pensamiento de comida en mi mente.

Pero lo peor de todo es cuando piensas que dormiste como cinco minutos antes de levantarte e ir al baño, para luego volver a la cama y no poder dormirte. Ahí también me vi forzada a contar nuevamente frutillas, el sonido de los malditos grillos y sus insoportables ruidos envolviendo el silencio de mi habitación.

Entonces, maldije a todo el mundo a causa del insomnio que tenía. A Damon por hacer que me desvele por pensar en si es una cita o no nuestra salida, a mí por ser una estúpida por pensar en esas cosas y no dormir como toda una persona normal y coherente, y a todos los animales que me jodieron toda la noche con sus ruidos. Una cosa es disfrutar de aquel sonido cuando salgo a correr, que mientras los grillos chillan disfrutas la naturaleza que te

rodea y el viento que azota en tu cara. Pero otra es ser interrumpida y no disfrutarlo de ninguna manera.

Y por supuesto, mi despertar fue todo lo contrario a maravilloso. Sentía que tan solo dormí unas tres o cuatro horas desde que me dormí, cuando un grito eufórico en mi oído causó que cayera de la cama.

Y justo ahora, cuando el dolor en mi trasero hace que me sienta peor, decido frotarme con mi mano aquella zona para calmarla, aunque sea un poco. Me levanto confundida y cansada, y miro al idiota que interrumpió mi, por fin, conseguido sueño, y al chico que degollaré por ello.

Damon se tira en mi cama, aun riendo a carcajadas por mi espectáculo, colocando una mano en su estómago y luego limpiando algunas lágrimas que se le escapan de los ojos. Fulminándolo con la mirada, me siento en la cama y me refriego los ojos con la mano libre. La otra aún sigue acariciando mi parte adolorida. Cuando noto que no deja de reír y burlarse de mí, le doy un manotazo en el hombro con la esperanza de que le cause, aunque sea un poco de dolor o molestia. Pero su mueca fingida solo hace que mi furia aumente.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me despiertas así? —exclamo enfadada, sintiendo grandes pinchazos en la zona afectada, la cual posiblemente se encuentre roja por el golpe. Mi cuerpo adormilado se queja y se encuentra cansado de estar de pie. Pero me resisto a tirarme en la cama porque sé que ni bien mi cabeza toque la almohada estaré profundamente dormida. Y en serio quiero escuchar la razón por la que Muchachote vino a verme tan temprano en la mañana.

La luz entrando por la ventana, con las cortinas definitivamente abiertas, hace un buen espectáculo iluminando cada lugar exacto para que Damon se vea más perfecto que nunca, si es que eso es físicamente posible. Tal vez, y con suerte, sea solo mi imaginación pasándome una mala jugada y haciéndome imaginar cosas que no hay. Me estremezco por el frío.

—Te venía a despertar para desayunar juntos, Nat.

Su respuesta es simple y lo único que causa es que dos emociones específicas se instalen dentro de mí. Quiero arrancarle esa sonrisa de superioridad y arrogancia de la boca, pero también quiero saltar sobre él para

darle un abrazo y acurrucarme en su calor para quitarme el frío y poder finalmente dormir cómoda y en paz. Me enoja sentirme así, porque no se supone que deba sentirme así cuando tendría que estar completamente furiosa por hacer que me cayera de la cama.

—Pues, qué forma más delicada que tienes de despertar a las personas. Gritarles en el oído y hacerlas caer de la cama es una opción muy *tierna y cariñosa* —ironizo, colocando una mano en mi corazón y poniendo cara tierna mientras lo miro a los ojos. Ya por su culpa tendré un gran moretón en mi trasero, algo que agregar a la larga lista de malos despertares.

—Oh, lo sé —hace un ademán con la mano con pura arrogancia, y se tira de espaldas al colchón, colocando sus manos detrás de su cabeza. Suspirando, miro la hora. Ocho y cuarenta y cinco de la mañana.

¡Ocho y cuarenta y cinco de la mañana!

—¿Por qué me despertaste tan temprano? Demonios. Podrías haber venido a las diez mínimamente. No sabes lo que me costó dormirme —me quejo lloriqueando, pensando en lo exquisito que sería seguir durmiendo sin interrupciones. Algo que él posiblemente no quiere que haga.

—¿Y por qué es eso? ¿Cuál fue el motivo para que durmieras tarde, sabiendo que hoy iríamos por tu sorpresa?

—¡Justamente eso! Tú lo causaste al no decirme cuál era mi sorpresa. ¡Es toda tu culpa! —exclamo, cansada y endurecida mientras siento cómo mis parpados se cierran con cada palabra. Subo a mi cama y me acuesto bocarriba, dejando caer mi brazo sobre mis ojos para que la luz no me deje ciega. Una vez más olvidé cerrar las cortinas antes de acostarme. Jodidas cortinas —de cualquier manera, ¿qué pretendes hacer a esta hora que no se pueda hacer a las diez?

—A esa hora el lugar estará abarrotado de personas. No podremos ni siquiera sentarnos en una mesa. Créeme. Así que levántate y brilla, pastelito.

—¿A dónde iremos entonces? —pregunto como si no me interesara y como si fuera una pregunta que me salió de la nada. Obvio que es todo lo contrario a la curiosidad que siento.

Me siento confundida en parte de que él se tomara el tiempo y la molestia de despertarse temprano solo para ir a desayunar. Me sorprende mucho también el hecho de que tuvo que pensar la hora en la que no haya tantas personas en el lugar solo para que nosotros podamos sentarnos cómodamente. Es ahora cuando pienso que él está cambiando, por más que sean mínimas cosas. Esto significa mucho para mí.

—Eso no funciona conmigo, Nat. Cámbiate y baja a desayunar. Traje algo rico para acompañar los batidos de tu hermano —luego de eso, guiña un ojo y sale de la habitación como si no hubiese pasado nada. Como si no me hubiese asustado y hecho caer de la cama, como si no me hubiese dejado confundida y sorprendida a la vez, como si no me hubiese dejado con un manojo de emociones revoloteando con energía en mi interior.

Puedo escuchar sus pasos en las escaleras hasta no poder distinguirlos más. Pesadamente y sin ánimos, voy al baño y me baño rápidamente, con el agua más fría que caliente. Tengo que despejarme. Esta va a ser la primera vez que use maquillaje por mí misma y sin que me obliguen. Mi definición de maquillarme es todo lo contrario al de la mayoría de las mujeres, solo me cubriré las ojeras que se formaron bajo mis ojos adormilados por la falta de sueño, y apenas me pondré brillo labial. Esa es mi forma de maquillar, cuando lo hago, obviamente. Ni siquiera una ducha fría puede revivirme a esta hora y agradezco tener un cobertor de ojeras en mis pertenencias sobre la mesada del baño. No sé cómo llegó allí, pero estoy muy agradecida en este momento.

Sin importarme realmente nada lo que usaré, sin saber si iremos a un lugar formal o a un lugar muy casual, busco algo, cualquier cosa, dentro de mi armario. Pero sé que no encontraré nada de ese estilo. Me conozco demasiado como para decir eso. Sé que si estuviésemos yendo a un lugar formal, no perdería tanto tiempo buscando ropa para ponerme. Me da igual realmente la vestimenta. Lo importante es la presencia, creo yo. Porque, a decir verdad, no soy de las que se preocupan por el aspecto físico, es todo lo contrario. Me da lo mismo tener un vestido, o calzas o *shorts* que son más calzones que otra cosa.

Tomo lo primero que encuentro en mi armario y me cambio con pesadez. Una vez más, si fuera por mí iría en pijama a todos lados. Con unos pantalones pitillo azules, una remera cualquiera de Ty y mis desgastadas Vans negras que tanto adoro, me dirijo al baño para cambiarme.

Cuando finalizo con esa tarea, dejo que mi pelo caiga en cascadas sobre mis hombros, liberando mis rulos mojados sobre mi espalda y dejando que mojen un poco la remera con algunas gotas de agua. Cubro mis espantosas ojeras con base y luego, cuando ya pienso que no me falta nada en realidad, bajo a la cocina, siguiendo el olor espectacular de *donuts*, rosquillas y galletas recién horneadas.

¡Comida dulce para desayunar!

Olvidando todo el sueño y el hecho de que mis zapatillas están con los cordones desatados, bajo corriendo las escaleras, lo cual tendría que haber pensado mucho mejor. Solo me tomaba unos minutos atarme los cordones de mis Vans y ahorrarme la gran caída por las escaleras. Por suerte para mí y mi ya adolorido trasero, Sam llega en el momento justo para caer sobre él, tirándolo al suelo conmigo encima.

—Auch... —se queja soltando un gemido de dolor.

—Hola, hermanito. ¡Hay dulce para desayunar! —grito en su oreja antes de levantarme como un rayo e ir a la cocina corriendo como si mi vida dependiera de ello. *Bueno, mi vida no, pero mi estómago definitivamente depende de ello.*

—Hola, Nat —saluda Tyler colocando la bandeja de batidos en la mesa, en donde Damon se encuentra sacando todas las delicias para comer de una bolsa, para luego colocarlas en unos platos de plástico. Lo fulmino con la mirada y su respuesta es una sonrisa burlona que hace picar mi piel.

—Sé que no te gustó mi forma de despertarte, pero espero compensártelo con el desayuno y la sorpresa —me mira con esa mirada de niño bueno e inocente, lo que es todo lo contrario a lo que él es. Aquella actitud no combina con su cuerpo grande e intimidante, mucho menos con esa aura oscura y terrorífica rodeando su cuerpo y facciones.

Suspiro, ya afectada por su hermoso rostro y tierna mueca de sus labios, y le sonrío levemente. Aún con la idea de ir a desayunar afuera con Damon. Se nota que me equivoqué y que no era en realidad un desayuno fuera de mi casa. Sino que era aquí y con todos incluidos. Entonces me pregunto de qué estaría hablando. Hace un rato mencionó que no habría lugar para sentarnos si íbamos a las diez. ¿De qué trata si no es un lugar en el que desayunar?

—Buenos días —saludo sentándome en la silla más cercana a la delicia de comida que se encuentra en los platos. El hambre aumenta dentro de mí y ya quiero empezar a devorar esas tentadoras donas de chocolate que me llaman a gritos.

Esas chispas de colores te hacen ver sexi, señora Dona —pienso internamente y felicito internamente a Damon por su gran elección al elegir las. Porque sé que las compró él. La envoltura abierta sigue estando debajo de toda la pila de estos deliciosos dulces. Lo que sí, al parecer, Tyler es el chef de las galletas y no el dueño de una pastelería.

Y sin esperar más, ataco ese plato lleno de donas y cosas que se ven muy bien para su bien mientras miro a mi alrededor y detengo mi mirada en la alta figura de Damon, quien ve con un brillo algo peculiar en los ojos que resplandece junto con su amplia sonrisa provocadora mientras se pasea de aquí para allá. Pavoneándose, mostrando toda su perfecta silueta y alardeando de ella frente a todos.

Mmm... creo que estas donas no son a las únicas que quiero devorar en estos momentos.

Sin saber cuándo ni cómo, la dona de chocolate, degustándola y saboreándola, termina por acabarse. Mi mirada se come toda la silueta de Damon cuando termino de tragar el último bocado del dulce, y creo con todo mi ser que él fue el que me distrajo para que no me diera cuenta de que me la estaba acabando. Él, hablando por teléfono con alguien, camina de un lado a otro mientras ríe, con esa risa sexi y grave que tiene.

Definitivamente, no mentía cuando decía que me lo devoraría en menos de dos segundos.

Aparto la mirada, avergonzada de estar pensando en esas cosas, y puedo sentir ese tono rojo pintar mis mejillas mientras tomo un sorbo del batido de chocolate que reservé para mí de aquella bandeja.

Sam, luego de unos minutos, entra corriendo y prácticamente se tira sobre la mesa para agarrar su propia malteada, cinco galletas y tres donuts para comenzar a comerlos mucho antes de decidir sentarse en la mesa.

Lo fulmino con la mirada, advirtiéndole que deje de tocar lo que es mío, pero él no me presta ni la más mínima pizca de atención. Mi lado salvaje y posesivo hace que desee quitarle mis dulces, pero la razonable me dice que simplemente comparta. No todo lo que hizo Ty y lo que trajo Damon es para mí. Eso me frustra, pero consigo no revelar mis emociones desagradables con ellos.

Tyler se nos une llevando un delantal que, a mi parecer, es puramente femenino. Tiene pegado las palabras «tú tienes mi cuerpo» junto con una flecha en rojo que apunta hacia la izquierda, en donde se encuentra Damon colgando la llamada y viéndolo de una manera extraña, como si no entendiera del todo porque lleva eso puesto.

Ahogo mi carcajada y trato de no atragantarme con mi batido de chocolate.

Ty se encoje de hombros y se saca el delantal. Luego lo coloca en un gancho que hay en la cocina. Se sientan todos en la mesa y se sirven sus propios aperitivos.

—Natalie, Damon nos comentó que te iba a llevar a algún lado. ¿A dónde tienen pensado ir? —pregunta Ty llevándose un pequeño bocado de la galleta que eligió a la boca.

—Eso me pregunto desde que me dijo que me llevaría a algún lugar —hago un puchero con mis labios antes de llevarme un poco de mi donut a la boca.

Sam ríe.

—Menos mal que no te lo dijo. Si no fuera así, estarías corriendo de aquí para allá gritando a todo pulmón cosas como «Oh, mierda, ¡Damon, te amo! ¡Gracias, gracias, gracias! Y esto que el otro y bla bla bla...» —habla con la voz más aguda que puede hacer, intentando imitarme.

—Si tratas de imitar la voz de alguna de tus anteriores putas, te digo que te sale muy bien, hermanito —le sonrío cuando él gruñe y sigue comiendo su galletita sin decir nada más.

—Espero entonces que se la pasen bien. Y Damon —Ty lo mira con algo de advertencia—, cuídala bien. Si le llego a ver algún rasguño, te mato.

—Tranquilo, ya me lo dijeron la otra vez que estuve aquí. No es necesario advertirme dos veces, chico —responde el susodicho sin parecer afectado.

—Genial, solo te lo recordaba —asienten antes de seguir comiendo su desayuno, mientras que yo frunzo el ceño al ver que ya no queda nada para comer.

—¿Por qué se comieron todo? —gimoteo.

—Nat, fuiste tú la glotona que se comió tres cuartos de todo —es Sam el que responde.

—Oh.

Con eso, me hundo más profundo en mi silla y miro cómo todos comen, pensando en que no fue lo suficiente para calmar mi hambre.



—¿Estás lista? —pregunta Damon a mi lado.

Nos encontramos estacionados en algún lugar, el cual no puedo ver, ya que tengo una maldita media entrelazada con otra para taparme los ojos que, milagrosamente, no huelen a queso podrido. Oh, y tampoco puedo escuchar nada de nada porque Damon me puso unos auriculares en los oídos.

Sin embargo, logro escuchar ese pequeño murmullo cuando se acerca a mí y, puedo adivinar, grita aquella pregunta. Es irónico, no solo pretende que me mantenga durante un tiempo sin ver, sino que quiere dejarme visiblemente sorda. Como si no tuviera mucho estrés internamente por no saber en dónde nos encontramos.

—¡Ya! ¡Sácame todo esto, Damon! Sabes que me muero por saber en dónde estamos —grito sobre la música que retumba por los auriculares y que perfora mis tímpanos hasta tal punto de querer arrancarlos.

—Y tú sabes que puedes hablar normalmente conmigo sin gritar, Nat. El único sonido alto es el que sale de los auriculares. Yo te escucho perfectamente.

—No me importa. Grito para romperte los tímpanos y así para que sepas cómo me dejas con esta música a todo volumen —vuelvo a decir en el mismo tono. Unos segundos después, comienza a sacarme los auriculares e, instantáneamente, puedo escuchar los gritos y risas de algunas personas que caminan cerca del auto. Gruño cuando no me saca la venda de los ojos, por lo que él se ríe y desata lentamente, muy lentamente, el nudo hasta sacármelo finalmente por completo.

Sin esperar un segundo para tomar aire, salgo del auto y miro a todos lados con desesperación, intentando absorber todo a mi alrededor lo más rápido posible.

Mi corazón se detiene de alegría por lo que hay frente a mis abiertos ojos.

Oh, Dios.

Mi pecho se agita cuando me doy cuenta en dónde nos encontramos. La última vez que fui a un parque de diversiones fue unos años antes de que mis hermanos decidieran vivir con mi tía, solo porque había llorado por la pérdida de mamá y ellos me consolaron al llevarme allí. Recuerdo mi sonrisa gigantesca al ver todos los adornos de princesas y de luces de muchos colores que había por todos lados.

Ellos fueron a cada uno de los juegos que yo quería y me compraban cada cosa que pedía. Si quería algo de comer, me lo daban con el tan solo fin de hacer desaparecer mis lágrimas.

Lo lograron muy bien.

Chillo de emoción y doy saltitos en mi lugar mientras aplaudo energicamente. Mi sonrisa no puede ser más grande de lo que ya es, y mis ojos no pueden dejar de recorrer todo el lugar atestado de gente. Adolescentes besándose, personas yendo de un lugar al otro agarradas de la mano y abuelos viendo a sus nietos de no más de cinco años comer algodones de azúcar, llegando a mancharse la cara de dulce. Mi alrededor rezumba felicidad, excitación. Expectación y deseo. Energía cargada por todo el aire. Me

desprendo durante un momento de la realidad para sentirla recorrer mis venas, la inocente corriente de una niña comenzando a crecer en mi interior. Durante unos segundos me tomo la libertad de desconectarme de la tierra y viajar hace años atrás, en donde, al igual que los pequeños correteando de juegos en juegos en el presente, se encontraba una linda niña rubia acompañada de dos chicos un poco más grandes que ella llevándola por todo el parque de diversiones en el pasado.

Tomo ese momento y lo revivo una y otra vez en mi mente. Había olvidado lo bien que lo habíamos pasado aquel día. Mis hermanos hicieron realidad cada capricho que salía de mí. Me dieron uno de los mejores días de mi vida, algo que nunca antes había sucedido. Era la primera vez que iba a un lugar así, y a partir de ese día, les pedía a todos que me llevaran de nuevo. Pero muy pocas veces lo hicieron. Sin embargo, las veces que sí lo hicieron, estuve en todo momento acompañada de mis hermanos, con ellos siguiéndome a todos lados y nunca dejándome sola.

El sonido de la puerta del auto de Damon cerrarse hace que aquella nube de recuerdos explote, dejándome volver a la realidad mientras la puerta de mi lado es también cerrada. Luego, siento sus brazos rodear mi cintura y su mandíbula colocarse en mi hombro derecho. Paro de dar saltitos, pero no dejo de sonreír ni de aplaudir con entusiasmo visible.

—Tu emoción me demuestra que al parecer acerté con mi elección de dónde llevarte para una sorpresa, ¿no es así, Nat? —asiento y le agarro la mano con fuerza para arrastrarlo enérgicamente hacia la entrada, en donde tenemos que hacer la cola para comprar los boletos. Entonces, me dirijo hasta allí, arrastrándolo conmigo—. No es necesario comprar nada. Tengo las tarjetas desde hoy a la mañana. Vine a comprarlas antes de despertarte porque sabía que llegaríamos tarde y tendríamos que esperar durante horas para tenerlas.

—Pensaste bien, Muchachote.

Me lleva por la entrada y no me sorprende al ver que casi ni se puede caminar sin que invadan tu espacio personal. Las personas empujan, pero estoy tan agradecida de tener el cuerpo duro y grande de Damon frente a mí

para que ningún codazo me llegue a la cara que hasta me doy el lujo de respirar su aroma unos pocos segundos.

Miro a los lados, pensando a dónde ir primero, hasta que me detengo frente a un puesto, un tanto... extraño, de lanzar *pizzas*. Según el presentador hablándole a la multitud reunida, consta en tirar las tres *pizzas* que te dan por el correspondiente precio, y tratar de hacerlas pegar contra una tela blanca por más de cinco segundos. Sonríó hacia Damon, señalando hacia ese puesto, y este asiente de la misma forma antes de darle la tarjeta del lugar, esa que tiene todo el dinero que pagamos para los juegos, al chico que atiende. Es un chico joven, alto y delgado, con muchos lunares en la nariz, pelo rubio rojizo y ojos azules.

—Dos, por favor —pide Damon. El chico asiente y nos entrega tres porciones de *pizza* a cada uno. Obviamente, no es una *pizza* de verdad, solo una que está diseñada específicamente para este juego. Damon se voltea y me mira—. ¿Competimos? —sonríó y asiento más que feliz. Nunca jugué un juego así. Es más, nunca lo había escuchado mencionar.

—Cuando escuchen la campana, empezarán —dice el chico—. ¿Listos?
Nosotros asentimos.

Un segundo después, la campanita aguda suena, dando a saber que ya debemos comenzar a tirar las *pizzas* llenas de queso pegajoso a la tela blanca. Damon tira antes que yo, pero cuando veo que la de él no se pegó, aprovecho a empujarlo un poco con mi cadera y luego hago mi tiro. No se queda más de dos segundos antes de que se caiga. Maldigo y agarro otra *pizza*. Damon ríe ante mis palabras contra el juego y tira de nuevo. Casi se queda pegado por más de cuatro segundos, pero no. *Ja*.

Tiro mi segundo pedazo y ni siquiera logro que se pegue. Frustrada, volteo para verlo y me lo encuentro mirándome con burla chispeando en sus ojos. La sonrisa inmensa que tiene en sus tentadores labios no hace más que enojarme y frustrarme. *No quiero perder*, en serio no quiero.

—¿Apostamos? —pregunta con los ojos brillosos y juguetones.

—¿Qué apostamos? —cuestiono cautelosa, sintiendo el magnetismo de su cuerpo atraer el mío con demasiada fuerza como para resistirlo por más

tiempo. Suspiro, y me fuerzo a dejar de preocuparme por lo rápido que comienzo a sentir cosas en mi interior. Todas apuntando exactamente al Muchachote frente a mí, quien con esa sonrisa ladeada, hace que en mi estómago pequeñas patas de elefante hagan un revuelo.

—El que no logre mantener su *pizza* pegada por más segundos que el oponente, tendrá que pagar el almuerzo. ¿Estás de acuerdo con ello?

—Lo estoy... —murmuro viéndolo enderezarse hasta más no poder mientras agarra el último pedazo de *pizza*. La lanza y...

—Joder —gruñe.

Tres segundos son los que la *pizza* se mantiene pegada a la tela antes de caer sobre el sucio suelo.

Vamos, Nat. Tú puedes. No seas cagona y salgas corriendo porque piensas que no podrás vencerlo. Él pagará toda la comida que quieras, y sabes que si se trata de la comida nadie puede ganarte en nada..., me digo internamente. De repente ya no encuentro del todo la gracia de este juego al notar que no estoy ganando.

Respiro hondo y lanzo la que es mi última oportunidad de ganar. Sigo el recorrido que hace mi *pizza* por el aire en cámara lenta. Mi alrededor se desvanece y en lo único que me fijo es en el trayecto pausado de la falsa comida en vuelo. Mi corazón se detiene a medida que se acerca a la meta, y cuando llega a la tela, cuento los segundos con alma y vida, con el corazón apretado en un puño lleno de nerviosismo, sin atreverse a latir por miedo de perder.

—*Tres, tres y medio. Cuatro...*

Dejo salir un suspiro feliz, mi corazón estando libre de cualquier terror anterior. Mi pecho se alivia y finalmente puedo saborear la victoria con los ojos cerrados. Pero al instante los abro con rapidez, escuchando la voz estupefacta de Damon seguir contando.

—*Cinco... seis... siete.*

Entonces, la *pizza* cae.

El estruendoso sonido de aplausos a mi alrededor me hace brincar de alegría. La muchedumbre joven haciendo fila para jugar ríe al compás de sus aplausos dirigidos en mi dirección, felicitándome por ser la vencedora. Sonrío en agradecimiento hacia ellos y me río burlonamente en la cara de mi oponente mientras hago un repentino baile victorioso, moviendo mis caderas de lado a lado y levantando mis manos al aire a la vez que canto una canción inventada por mí en este mismo instante y que no tiene nada de coherencia. Pero que, de igual manera, me hace feliz y logra sacarle una divertida sonrisa a Damon a pesar de haber perdido.

—«Ajá, ajá... Damon, te gané, como un tiburón devora a un pez. Ajá, ajá, nadie puede contra mí, besa mis zapatos. ¡Bitch!».

Joder, que hasta me siento rapera y todo.

Unas manos me rodean y hacen que pare de bailar. Elevo mis ojos, mi cuerpo cargado por la adrenalina y el ligero shock de haber ganado a un hombre como Damon, mis ojos se encuentran con los suyos. Penetrantes, oscuros y lujuriosos. Demasiado... excitados para su propio bien. La piel bajo las palmas de mis manos, envueltas en su pecho, arden con su calor. Fuego colándose por los poros de mi cuerpo y recorriendo con rapidez cada parte de mi sistema. Mi respiración agitada se detiene por unos milisegundos que parecen ser una eternidad mientras pestañeo al notar lo cerca que su boca se encuentra de la mía. La gente a mi alrededor sigue gritando, mas ahora en el que su atención se posa en el espectáculo lujurioso que Damon y yo estamos dando. Pero no les presto atención y sigo deslizando mis ojos por cada facción de su hermoso rostro a milímetros del mío, perpleja por lo bien que se siente. Estar así, los dos. Tan pegados. Tan unidos.

—*Por más que quiera seguir viendo tu culo moverse así, prefiero hacerlo en un lugar donde nadie más que yo lo haga* —susurra con voz ronca, mandando escalofríos por cada célula de mí, y sin apartar la mirada. Sus manos rodean mis mejillas con suavidad y de repente se encuentra acercando más su rostro al mío hasta posar su frente sobre la mía. Narices unidas, ojos penetrándose entre sí con fuerza dirigida por la pasión. Me ruborizo levemente—. Realmente estoy listo para irme y poder besarte de la manera en

la que tan desesperadamente quiero. Pero por primera vez en mi vida no seré egoísta con otras mujeres. Tú... lo impides porque me importas. Así que, elige el próximo juego antes de que te arrastre hasta el auto y te lleve a mi departamento. Odiaría hacerte perder las próximas horas para disfrutar tu sorpresa. Así que hazme caso, y solo elige.

Perpleja ante sus palabras, abro y cierro mi boca sin poder responderle. La ansiedad toma cada parte de mi cerebro y cada zonda de mi cuerpo. Quiero que me tome de la cintura y me lleve sobre su hombro hasta su auto, tal y como lo dijo, como un hombre de las cavernas. Tan posesivo y apasionado. Tan confiado. Pero, por otro lado, mi cabeza hace de lado ese anhelo y le da la razón a las últimas palabras saliendo de su boca. Estaba todo pago, y sería un desperdicio de dinero irse ahora.

Señalo con un dedo la montaña rusa, aún perpleja y casi sin palabras. Sonríe y asiente mientras se aleja de mí.

—Buena elección, Nat —da un paso hacia atrás, dejando entonces que mis pulmones paralizados se llenaran de oxígeno.

Entonces, la energía inocente de la niña en mi interior aparece.

—Vamos, Muchachote —grito zafándome de sus brazos y comenzando a correr hasta la fila del juego. Él ríe y me persigue, fingiendo no poder alcanzarme. Algunas personas se lo quedan mirando asustados cuando él los esquiva o les grita con carcajadas que se muevan. Pero como le ven esa sonrisa juguetona en la cara y no quisieran sacarla para que luego los mate de un golpe al reconocer quién verdaderamente es, se hacen a un lado del camino sin decir nada. No me sorprende al darme cuenta de que todo el mundo lo conoce y me alegra notar que algunos se ven entusiasmados por estar en el mismo lugar que una estrella del boxeo.

Sigo corriendo hasta detenerme en la fila que avanza rápidamente, Damon llega a mí y me abraza fuertemente y aún riendo.

—Mierda, Nat. Cuando decías que corrías, no pensaba que serías tan rápida... — comenta con agitación y, a pesar de mi cansancio y acelerada respiración, me río.

—O quizá ya te estás volviendo viejito, Muchachote.

—¿No dejarás de decirme así ni siquiera si te lo pido por años, no es así?
—muevo mi cabeza. No parece tan molesto con la idea. Pareciera como si se hubiese acostumbrado en parte al apodo que le puse. Solo espero que no le tome tanto cariño, ya que si no, no se molestará como pretendía al haberlo apodado de aquella manera el día en que lo conocí.

—Tienes toda la razón.

Niega sin despegarse de mí y dejando un beso en mi mejilla.

—Entonces, solo espero acostumbrarme... —susurra casi inaudiblemente contra mi piel, mientras internamente ruego que no sea así.

Minutos después, la cola avanza hasta que ya es nuestro turno de pasar. Le damos la tarjeta al hombre encargado del juego y ni bien la pasa por la ranura que te habilita para jugar, nos deja subirnos a la montaña rusa. Es gigantesca y extremadamente roja. Caminando hacia los asientos, inclino mi cabeza hacia arriba levemente y disfruto de la vista de las curvas y desvíos.

Elegimos los asientos dobles que están en la parte del medio y nos sentamos sin esperar más.

—Coloquen fuertemente las barras para agarrarse frente a ustedes y presionen con fuerza hasta que haga un clic. Cuando lo hace significa que ya están seguros —grita el chico junto a la caja que comanda todo el juego—. Las chicas pasarán a ver si están todos asegurados y luego podemos comenzar —unas chicas pasan por todas las filas y ajustan fuertemente las vigas que algunas personas habían colocado mal. Cuando ya todos estamos listos, el chico grita—: ¡Disfruten el viaje, amigos!

Inmediatamente luego de eso, el chico toca algunos botones de la caja y comenzamos a ir hacia atrás lentamente. Puedo ver a medida que vamos en reversa, cómo algunas personas se paran a mirar el juego en el que Damon y yo estamos subidos. Este sigue yendo hacia atrás hasta tal punto de hacer que todos comencemos a tener miedo y vértigo por la gran altura que estamos tomando. Mi corazón corre con rapidez y estoy segura de que solo es el principio. Quizá luego vaya a querer salir de mi pecho junto con mis gritos. La altura hace que se me corte la respiración y siento a mi cabeza dar vueltas hasta que luego comenzamos a avanzar cada vez más rápido y más rápido y

llegar a la cima de todo y quedarnos parados allí. Algunas chicas detrás de nosotros ya están gritando con anticipación, y mi corazón lo hace internamente también a la espera de toda la adrenalina. Emocionada y a la vez aterrorizada, agarro con fuerza el brazo de Damon y con la otra mano me aferro a la barra pegada a mi estómago.

Un segundo después, ya estamos cayendo.



—¡Dios! ¡Eso estuvo fantástico! —grito a todo pulmón una vez que ya estamos caminando hacia un pequeño local de comida que hay dentro del parque.

—Es cierto. Nunca me reí tanto de las caras que ponías —ríe, su cabello despeinado volando junto con el viento mientras intenta imitar las caras que hice allá arriba.

—¡No soy tan deforme, Damon! —carcajeo y limpio una lágrima que se escapa de mi ojo.

—Bien, bien... — levanta las manos en rendición—. Vayamos a comer, muero de hambre y quiero ir al baño. La malteada que hizo tu hermano para mí antes de ir a despertarte combinada con la otra que tomé en el desayuno junto con todos... están haciendo efecto muy rápido.

Ahogo la risa que está a punto de escapárseme, y caminamos hacia una mesa que está fuera del local. Nos sentamos a la espera de ser atendidos y, cuando Damon ve que nadie se aproxima, me mira suplicante.

—Ve a hacer tus necesidades al baño —digo. Se levanta rápidamente, la silla chirriando sobre el suelo mientras se arrastra hacia atrás, y se apresura a entrar dentro del local e ir casi corriendo a los baños.

Para pasar el tiempo, comienzo a jugar con la punta de la servilleta que tengo enfrente, pero un carraspeo de alguien me impide hacerlo por mucho tiempo.

—Buenos días, ¿deseas ordenar algo, belleza? —pregunta el camarero con una sensual sonrisa. Su pelo desordenado y su sonrisa te invitan a unirte a su

juego de seducción, pero como a mí solo me afecta la sonrisa de un chico en específico, ignoro eso.

—Ah... Por ahora no, gracias —él se ríe, una risa contagiosa y melódica.

—¿Estás aquí con tu amorcito? —apunta con su lapicera sobre su hombro hacia el baño de hombres y me ruborizo al escuchar el tú amorcito de aquella pregunta.

—No es mi hombre... —rasco mi nuca nerviosamente y bajo la mirada, queriendo que en realidad sí lo sea. Lástima que solo es... una relación sin nombre.

—Oh, vamos. Cuéntame de él —emocionado, se agacha en cuclillas y pone sus manos en el borde de la mesa para impedir caerse. En realidad, creo que está más que emocionado por saber de nosotros. Sus ojos verdes son simpáticos y llenos de curiosidad, su pelo se encuentra bien peinado hacia un costado y su ropa está mejor que planchada. Mis instintos se encuentran confusos hasta que la idea de que él batea para el bando contrario hace que las preocupaciones se alejen y mi cuerpo una vez incómodo sobre su «coqueteo» se relaje. Quizá confundí su amabilidad con otra cosa que nunca estuvo en realidad.

—Eh, discúlpame si no sé qué decirte aparte de que es boxeador —me río y él lo hace también al escuchar la confusión en mi voz.

—Bueno, si alguna vez lo dejas, avísame para poder llamar...

Deja de hablar al instante en el que una mano se posa en su hombro y lo hace detenerse. El camarero se vuelve hacia él, intentando verlo, pero repentinamente el puño de Damon se estampa en su rostro. Cae inmediatamente hacia atrás con un ruido sordo retumbando. Tapo mi boca con mis manos, sorprendida de ver esta escena peculiar y llevo mi mirada hacia el furioso y agitado, completamente fuera de sí, Damon. Él, sin notar mi sorprendido acto, se acerca de nuevo al pobre camarero tendido sobre el suelo, tapándose con las manos su cara. Me aterro en el acto y avanzo un paso con la intención de evitar otro golpe. Pero no logro ni siquiera hacer un mínimo movimiento cuando las palabras de Damon salen en exclamaciones *envenenadas. Enojadas.*

—Si la vuelves a tocar, hijo de puta, o siquiera mirar, no seré tan dulce contigo la próxima vez. Nadie coquetea con lo que es mío —brama con los dientes fuertemente apretados, sus palabras adentrándose en lo más profundo de mi cuerpo.

Damon ataca otra vez mientras dice aquello y se tira sobre el delgado cuerpo del chico sin siquiera pensarlo dos veces, para golpearlo una y otra vez sin compasión, ignorando totalmente mis gritos desesperados y los alaridos de dolor del sujeto debajo de él.

La intención de Damon es golpearle de nuevo, pero lo evito cuando me agacho al lado del chico y busco con la mirada heridas profundas. Por suerte, no tiene nada más que la ceja y el labio roto, y la nariz sangrante. Me estiro un poco hacia la mesa y palpo la superficie para tomar unas cuantas servilletas de la mesa sin siquiera molestarme en mirar al bruto de Damon, quien mira la situación frente a él con confusión y furia a la misma vez. Lo ignoro y limpio poco a poco la sangre del simpático camarero gay.

La gente que pasa por nuestro lado se queda mirándonos por unos segundos y luego se alejan porque no ven nada de acción agresiva. Menos mal, porque si no Damon se enfurecería de nuevo por tener tanto público alrededor. Debe estar superacostumbrado a esto, pero no creo que en un momento así quiera tener a un público mirándolo.

Ayudo a Chris a levantarse, que por la placa que lleva en su ropa me doy cuenta de que ese es su nombre, y lo llevo adentro para poder limpiarle con alcohol las heridas. Él les hace unas señas con la mano a otros camareros del lugar para darles a saber que todo está controlado y solucionado. Me indica a dónde ir y lo dejo sentado en una parte lejana de la cocina para no interrumpir ni molestar a los demás.

Miro a Damon, quien nos siguió sin hacer ruido, y lo fulmino con la mirada.

—Espera afuera —espeto, ignorando su mirada suplicante, y volviendo a mirar a Chris mientras agarro la botella de alcohol que este me pasa. Damon gruñe, pero hace lo que le digo, no sin antes sentir una mirada furiosa y penetrante en mi espalda. Le resto importancia porque estoy más que enojada

con él ahora mismo. ¿Cómo puede ir por la vida pegándole a todo aquel que se me acerque a hablar? ¡A Chris le gustan los chicos!

Estoy casi segura de ello.

—No era necesario echarlo... —murmura con los dientes apretados al sentir que paso el algodón con alcohol por sus heridas.

—Sí era necesario porque si no lo iba a matar con mis propias manos. No puede ir golpeando a todos los que me hablen. Jesús, estoy segura de que bateas para el otro bando —susurro medio gritando para que nadie en la cocina se moleste al escucharme—, lo siento.

Me disculpo por decirlo tan libremente como si tuviésemos algún tipo de vínculo confianzudo entre nosotros. Pero el enojo me hizo decir aquello. Salió de mi boca sin ser detenido. Pero él no se ve para nada afectado por mi arrebató.

—Pero al parecer él no se dio cuenta. Solo es un macho protegiendo lo que es suyo.

—No tiene por qué. Yo no soy de nadie —espeto sin emoción ante el repentino recuerdo espantoso que me vino a la mente, llegando a dar un pinchazo de dolor a mi corazón destruido.

—Bueno, él definitivamente no piensa eso —murmura.

—Nunca le di razones para hacerlo, Chris.

—Eso díselo a él porque al parecer no lo entiende —se ríe, lo que logra que una pequeña sonrisa se forme en mis labios.

—Bien, ya terminamos —digo tirando los residuos con su sangre al tacho de basura.

—Gracias. Pero no era necesario que me repararas. Estaba Leila para hacerlo.

Niego con la cabeza.

—Me sentiría culpable por dejarte así e irme. Ya me siento así por lo que hizo Damon, no quiero agregar más cosas por las que sentirme de esa manera — extendiendo mi mano—. Por cierto, soy Natalie Lawler.

—Pues, como verás soy Christian. Mucho gusto, Natalie.

—Oh, dime Nat. Todos me llaman así.

Ríe.

—Bueno, me gustaría quedarme para seguir conociéndonos, pero tengo trabajo que hacer.

—Claro, no te molesto más, yo me tengo que ir de todas formas.

—¿Te parece si quedamos alguna vez para conocernos? —lo miro con los ojos abiertos como platos y entusiasmada y perpleja me lo quedo viendo, sin imaginarme que quiere verme de nuevo.

—¿En serio? —él asiente—. Genial, si te soy sincera, siempre quise tener un amigo homosexual. Ya tengo a demasiados heteros rodeándome —bromeo, escuchando como él carcajea más.

—Entonces, aquí está mi número —anota en un papel que encuentra en los estantes a su espalda los dígitos correspondientes y me lo entrega—. Mándame un mensaje diciendo que eres la chica del boxeador sexi.

Y entonces, me guiña un ojo y se aleja. Lo veo irse de la cocina en la que el aroma a especias predomina. Inhalo, intentando que el olor me relaje lo suficiente para no salir gritándole a Damon y me río, negando con la cabeza lo lindo que es conseguirme en estas circunstancias un amigo. Antes de salir de la cocina, el enojo me abarca y la sangre bulle con fuego contra mis venas mientras salgo a paso relajado del local de comida, con el semblante serio. Sin mirar al individuo apoyado en una columna junto a la puerta de entrada, paso caminando con rapidez hacia la salida más cercana que me lleva hacia el auto. Necesito irme, necesito alejarme del problema de hoy para pensar. Nunca pensé que por recibir cordiales palabras de un chico la furia de Damon se activaría de tal forma para golpearlo.

Me dan náuseas de solo recordar el momento.

Ignoro su presencia y camino fuera del local.

Puedo sentir que me sigue, pero no le doy importancia y aumento la velocidad de mis pasos.

—Natalie, espera —sigo caminando—. Por favor, no te enojés. ¡Ese tipo estaba prácticamente comiéndote con la mirada! ¿Qué querías que hiciera?

Cada palabra que dice empeora más la situación. Me detengo fuera de la entrada y me doy vuelta hecha furia.

—¿Qué te pasa? ¿Cómo pretendes que no me enoje contigo después de ese numerito absurdo que hiciste? —grito.

—¡Tendrías que agradecer que no te hizo nada gracias a mí! —explota, apretando los puños a sus costados, con su cuerpo zumbando de rabia contenida al igual que lo está el mío. Mi piel arde por el deseo repentino de rasguñarlo con mis uñas para que note lo doloroso que es estar tan herido como si te lo hubiesen hecho a ti. Así me sentí, como si cada golpe dirigido al rostro de Chris se estuviese aplastando en el mío.

Como una vez sucedió.

—No me iba a hacer nada, Damon —digo, con los dientes apretados mientras veo cómo una vena en su cuello comienza a sobresalir. El frío viento azotando las hojas de los árboles y los cabellos de todas las personas no hacen nada por disminuir el fuego furioso en mis venas.

—Mentira. Estaba a punto de comerte la boca y tú parecías que lo ibas a dejar —sus ojos son llamas ardientes como el infierno, pero dudo que los míos estén más calmados que los suyos.

—¡Es gay, Damon!

Me doy la vuelta con los puños apretados y camino a paso apresurado a conseguir algún taxi que me lleve de vuelta a mi departamento. Al demonio con su auto. No pienso estar en algún otro lugar cerca de él en este momento. No creo poder soportar más por hoy la actitud que tiene encima. El hecho de que piense que yo dejaría a cualquiera darme un beso... me enfurece. No puedo creer que piense eso. Entonces, las palabras de Chris diciéndome que solo se puso así porque yo le pertenecía y que simplemente estaba defendiendo lo que era suyo aparecen en mi cabeza. Entonces, bajando el brazo con el que estaba a punto de hacerle señas a un taxi para que se detuviera, me doy la vuelta hacia él.

—Y, por cierto, Damon. No. Soy. Jodidamente. Tuya —remarco enfurecida. Y por fin haciéndole un pulgar hacia arriba al primer taxi que veo aproximarse.

No puedo creer que haya hecho todo aquello y que me haya etiquetado como suya. No soy de nadie, maldita sea. ¿De dónde carajos sacó esa idea de que Chris me iba a besar? Por Dios, apenas hablábamos. ¡Estábamos a unos considerables metros de distancia!

Odio cuando se comporta así de gruñón posesivo frente a todo aquel que se atreva a mirarme. Mierda, y que también le pegue a cualquiera que esté cerca de mí solo por celos.

Y de repente, justo antes de poder subir al taxi que se estaciona frente a mí, mi brazo es tirado hacia atrás, haciendo que me dé la vuelta bruscamente y quede pegada al torso duro de Damon. Mi parte delantera choca con fuerza contra su duro torso y mi respiración se atasca por la sorpresa. Nuevamente estamos cara a cara, nuestras narices pegadas. Nuestras bocas separadas por tan solo unos milímetros. Sin darme tiempo a reaccionar, me besa con fuerza. Estampa sus labios sobre los míos, desesperados. Anhelantes. Deseosos. Mi piel se eriza. Puedo sentir cómo el aire a nuestro alrededor se calienta con nuestras respiraciones agitadas. Nuestros labios danzan furiosamente los unos con los otros. Mordiendo, acariciando, chupando. Entonces me detengo, dándome cuenta de que está mal. Que mi enojo supera por poco cualquier hechizo seductor.

Al darse cuenta de que no le sigo el beso, gruñe y coloca su gran mano en mi nuca, apretándome más a sus labios. Pero esta vez, la cordura se desvanece. El deseo vence y supera cualquier tipo de pensamiento coherente. No me resisto y lo dejo hacer conmigo lo que quiera. Mi cerebro deja de funcionar desde que su boca se junta con la mía, llenando de calor y electricidad todo mi frío y enojado cuerpo, dejándome relajada y casi en las nubes. Siento su lengua acariciar cada parte de mi boca, que a su merced sigue cada uno de sus movimientos con deseo. Lujuria tomando cada uno de ellos. Mis manos se deslizan desde su pecho hasta rodear su cuello y enredar con mis dedos las hebras oscuras de su cabello. Aprieto enojada y tiro mientras lo escucho gemir a través de toda la niebla de placer que se crea a mi alrededor. La sangre corre por mis venas rápidamente, mi corazón late como si estuviese a punto de tener un paro cardíaco. Quizá así es. Sus labios

son mi perdición, y el calor de sus manos deslizándose por mi cintura hasta abrazarme hacen que crea más en el hecho de que acabaré muriéndome en pocos segundos, perdida por su boca.

Y de repente, sus labios bajan la velocidad. Sus manos simplemente me aprietan contra él a la vez que más fuegos artificiales hacen eco en mi drogado cerebro. El beso se vuelve tierno, pero a la vez teniendo el mismo carácter posesivo y dulce. Su boca es suave como muchas veces lo imaginé, tentándome a pasar toda una tarde mordiéndola y besándola. Mi interior chilla por más intensidad, la misma de hace unos momentos, pero estando tan embriagada por la pasión, se conforma con lo que tiene.

A medida que el beso se ablanda, mi cuerpo pide ser recorrido, tocado como nunca antes lo hizo, por las grandes manos de Damon. Ignorando la gente a nuestro alrededor, con su lengua pide permiso a mis labios para adentrarse y jugar con la mía, estos gustosos se lo conceden. Abro mi boca un poco para dejarle paso a su traviesa y dulce lengua, la cual empieza una guerra apasionada con la mía sin vergüenza. Mi piel pica y las ganas de que sus manos recorran cada rincón de ella para aliviarme se encuentran en cada parte de mi sistema.

Me toma de la cintura y me lleva más contra su cuerpo. Nunca había dado un beso tan excitante y delicioso, tan lleno de emociones eléctricas que hacen reaccionar cada célula de mi cuerpo, haciendo que detenerme no sea una opción.

Juego con los pelos de su nuca y tiro de ellos, ganándome un gruñido de su parte. Él, para atarme también de la misma forma, acaricia lentamente con su pulgar una parte de mi cadera descubierta y hace que gimia interiormente por el deseo de sentirlo piel contra piel. Por completo.

Segundos después, por falta de aire, nos separamos lenta y completamente agitados. Apoya su frente contra la mía y suspira sin abrir los ojos, mientras que abro los míos ni bien siento que el aire limpio se desliza por mis labios. Respiro la mayor cantidad de aire para llenar mis vacíos pulmones y él abre los ojos, llenos de intensidad y fuego ardiente.

—Completamente, desde ahora, *eres mía*, Natalie.

No tengo fuerzas sobrantes en mi cuerpo para discutir. El beso consumió cada extremo de las fuerzas que antes tenía, dejándome tonta y sin cerebro durante unos largos períodos de tiempo. Ante mi falta de respuesta, me besa de nuevo y le hace alguna seña al taxista detrás de mí para que se vaya.

Si así serán todos los besos que me daré con Damon, que Dios me permita permanecer en la tierra lo suficiente para disfrutarlo por un largo tiempo. Joder. No creo poder tener suficiente de ellos. De los besos. De su cercanía. De su pasión, de su deseo. Quiero todo, todos los días de mi vida, a cada minuto, segundo y hora, maldita sea. Jodidamente todos los días del año y en cualquier momento que fuera posible.

Agarra tiernamente mi mano y me lleva a rastras hacia el auto, obligando a mis piernas a funcionar para no caer. Abre mi puerta y me hace sentar suavemente en el asiento del copiloto. Y antes de darme cuenta, él ya se encuentra colocándose el cinturón, delante del volante, y arrancando el auto.

Suspirando, deseando poder seguir estando sumida en las emociones apasionadas de hace unos momentos atrás, y miro por la ventana, nostálgica pero feliz. Mis labios hinchados picando ante el recuerdo de los suyos domando cada movimiento y dominándolos.

¿Cómo es que no lo impedí? Se supone que estaba enojada con él y que ni con un simple beso lo perdonaría. Pero mírenme ahora, sin nada qué decir sobre el tema, mucho menos sobre el beso. Pero por ahora, me limitaré a dejar que se crea todo eso de que soy de él si eso lo hace mantener a raya la furia.

Pero muy, muy en el fondo, sé que él tiene razón.

Soy suya.

CAPÍTULO



—Bien, Emma. Es hora de contarme todo lo que pasa con mi hermanito — me cruzo de brazos y me acomodo contra el respaldo del sillón. Es realmente divertido decir «hermanito» al referirme a Sam. No solo porque le queda demasiado diminuto ese apodo, sino que es gracioso porque él es más grande que yo, y tendría que ser al revés. Él tendría que decirme «hermanita» a mí.

—Eh... —se ríe nerviosamente y se rasca la nuca—. Bueno, fui a buscar a mi hermano a tu casa porque nunca llegó a la nuestra y no me dio explicaciones excepto de «cuida a Elle, no podré ir a casa por un rato». Horas después, cuando lo llamé para preguntar en dónde se encontraba y si estaba bien, nadie contestó. Así que preparé a Elle y fuimos a tu casa para buscarlo allí. Me abrió la puerta Tyler, y cuando me vio solo se rio y llamó a Sam. Sam me dejó pasar y me dijo que Damon estaba durmiendo contigo y me invitó a comer. Eso es todo.

—Hmm... *¿no se besaron nunca?* ¿Ni siquiera un pico? —ella se ruboriza y niega la cabeza con rapidez. Bufo rodando los ojos, sorprendida. Mi hermano definitivamente no es una persona paciente, ni hablar cuando de mujeres se trata. Jamás vi en mi vida una oportunidad desperdiciada con una chica cuando él pretende conquistarla. Pero esta vez, saber que con Emma nunca se besó siquiera... no sé qué pensar. No sé si aquello es bueno o malo. No sé si la desea o si simplemente juega. Pero se me hace imposible pensar que es eso último. Cada mirada dirigida hacia mi amiga es la clara prueba de que es todo lo contrario. Quizá mi primer pensamiento sea verdad y que él

simplemente se esté tomando su tiempo con ella, sabiendo lo especial y diferente que es a las otras chicas con las que se acostó o salió.

No, solo hablamos a veces cuando estamos en tu casa y en el instituto. De vez en cuando nos encontramos en la calle, pero es solo eso. Aún no dio ninguna señal de querer... eh, besarme —parece dolida por sus propias palabras hasta el punto en que la tristeza llega hasta a mí y me enfurece ligeramente. Pero algo en mi interior calma toda molestia, diciendo que les diera tiempo y que no me meta en el asunto.

—Tranquila, él hará algo cuando se dé cuenta de la genial persona que eres. Sigue teniendo la cabeza de chorlito de siempre, pero cambiará. Eso te lo aseguro —murmuro llevando la lata de Coca-Cola a mis labios y tomando un sorbo largo, llenándome de frescura la garganta mientras la esperanza de que mis palabras fueran verdad cubre mi corazón.

Domingo. Noche en la cual decido pasar mi tiempo en el departamento de Emma. Y en vista de que Damon tiene entrenamiento y Elle está al cuidado de su primo Finn, el lugar está por completo a nuestra disposición. Y me alegro por ello. La presencia de Damon me habría impedido hacerle las preguntas que tanto carcomían mi cabeza sobre su relación con Sam. Él se habría vuelto loco con siquiera escuchar mis preguntas sobre los besos, por más que Emma haya respondido que nunca se dieron ninguno. Y por más que me sorprenda sobre lo mucho que mi hermano está tardando en hacer movimientos con mi amiga, tengo que admitir que bastante tardó Damon en darme siquiera uno a mí, en la puerta del parque de diversiones. Pero definitivamente valió la pena toda la espera porque nada en el mundo podría quitar y negar que fuera el mejor beso que alguna vez me han dado. Y a pesar de estar molesta por la tediosa espera, tengo que también admitir que, si no me hubiese hecho esperar, las expectativas no hubiesen crecido hasta el punto de explotar en mi interior, así dejándome tan malditamente maravillada por un simple y apasionado beso cuando finalmente sucedió.

Almorzamos juntas mirando la tele y devorando los combos grandes de McDonald's, nuestras voces opacando el diálogo que hay entre los personajes frente a nosotras. La conversación fluye con facilidad a medida que comemos

y distraídamente miramos la película que se reproduce. Parece tan fácil esta relación de amigas que logramos entablar. Nos comunicamos bien, y casi siempre estamos de acuerdo con las decisiones de la otra. Nunca tuve una amiga así de verdadera, menos en tan poco tiempo como el que nosotras llevamos conociéndonos. Ya desde el primer día me agradó, y ahora simplemente la aprecio de tal manera como para decir que se volvió una parte muy importante en mi vida.

En un punto de alguna conversación, pregunto sobre sus padres. Tan fácil y común, simplemente con intriga de no haberlos visto merodeando por el departamento. Pero algo realmente me preocupa cuando ella solo me ignora y sigue con lo que ya estaba haciendo. Vuelvo a preguntar, la primera cosa que me viene a la cabeza para justificar su falta de respuesta es que no escuchó. Sin embargo, vuelvo a ser ignorada mientras la conversación finaliza con su encogimiento de hombros.

Aquello me desconcierta. No entiendo por qué no quiere hablar de ellos. No sé qué pensar, sinceramente. Hay tantas opciones en mi cabeza que podrían explicar el comportamiento de Damon, Elle y Emma, que no me atrevo a preguntar solo para no molestarla. Son todos tan desiguales, con diferentes gustos y actitudes que me hacen dudar las distintas opciones de lo que podría haberles ocurrido. Definitivamente, ninguna es una linda opción. Y si es verdad que ella no sabe qué fue lo que pasó con su familia... me pregunto, ¿por qué no lo sabe?

Mi cabeza se revuelve con cada segundo que pasa mientras estamos en silencio, volviendo nuestra atención a la comida frente a nuestros cuerpos. Pero tan solo hago un esfuerzo por relajarme y guardo todo tipo de preocupaciones dentro de mí misma, en una carpeta llamada *para después*. Porque definitivamente no dejaré este tema. Es algo que visiblemente hiere a mi amiga con tan solo la mención de ello, que se me hace realmente imposible dejarlo. Pero esta vez, me fuerzo a hacerlo. Ahora solo quiero disfrutar los momentos con mi amiga a solas. Sin nada preocupante ni nada por el estilo. Por lo tanto, decido cambiar de tema, preguntándole si podemos

pedir algo de helado para pasar la tarde viendo películas viejas mientras andamos en pijama y decimos chismes.

Pedimos que nos envíen el helado a domicilio. Es una heladería que, al parecer, según Emma, abrió hace poco y que tiene esta magnífica opción de envío a domicilio. Por lo que, le pido un pijama a Emma y me lo coloco para estar más cómoda en su departamento. Ciertamente, no queriendo andar toda la tarde con los vaqueros rotos. Cuando ya me encuentro vestida, miro hacia abajo horrorizada por la prenda elegida por Emma de su nuevo guardarropa, considerando la tentadora idea de volver a mis vaqueros y dormir incómoda en vez de en estos shorts en miniatura que se adhieren a mis piernas como un jodido guante. Muy a mi pesar, Emma logra convencerme de dejármelos, diciendo que me quedaban —me arrepentiré de decir esto— lindos y sensuales, y que hacían a mis piernas lucir «tremendamente sensuales». Luce demasiado sincera para contradecir sus palabras, por lo que simplemente callo mi boca y hago una mueca que pretende ser una sonrisa tensa. Tan solo veo este *short* como una tela que intenta cubrir mi trasero. O que simplemente pretende ser una braga.

La próxima traeré mi propio pijama, largo y cómodo, que cubre todo mi cuerpo.

Deben ser como las cuatro de la tarde cuando traen el helado. Lo comemos gustosas y bien cómodas en el sofá mientras vemos una película. No la conozco, nunca la vi en mi vida, pero hasta donde voy viendo, puedo decir que es demasiado... ¿cómo decirlo?... empalagosa y romántica para mi gusto. Aun así, le permito a Emma elegir las sin quejarme siquiera porque las únicas que tiene son románticas. Y en vista de que yo no sé mucho del tema, sin saber cuál es mejor o peor, más razón para dejarle decidir. Si hubiésemos estado en mi casa de Wesley Chapel, encontraríamos una estantería dedicada a las películas de acción. Pero sabiendo que a mi amiga no le gustan mucho, pues simplemente no lo habría disfrutado tanto como yo lo haría estando en esa situación, rodeada de mis películas favoritas. De todas formas, tendría que haberlo adivinado. Su actitud y comportamiento de niña buena e inocente

no pega mucho con las películas de acción o de miedo. Todo en ella grita romance y cursilerías. Puro cliché.

De todas formas, no la culpo. Si mi vida hubiese sido de otra manera, estaría en este momento disfrutando de las películas románticas con mi amiga. Pero mi vida fue de mal en peor, y las esperanzas de hace años de conseguir algún buen chico que me ame ya son casi inexistentes. Pero, algo dentro de mí, por más que no lo quisiera admitir y reconocer, me dice que ya tengo ese alguien. Es algo confuso. Pero dentro de todo, una buena persona.

—¡Mierda, Nat! —grita de repente Emma levantándose del sillón de un salto y corriendo a su habitación. Segundos después, escucho el agua de la ducha prenderse.

Miro extrañada donde ella desapareció y apago la tele, aún atónita de haberla escuchado maldecir. La nueva Emma sigue sorprendiéndome.

—Emma, ¿qué pasa? —pregunto gritándole por la puerta que da al baño. No consigo respuesta, pero el agua se detiene minutos después y escucho sus pasos ir y venir alrededor del baño.

Aprovecho su falta de silencio para ordenar y tirar los papeles y envoltorios de la comida, y aquellos potes del delicioso helado ya vacíos. Los sobrantes, los guardo en el congelador, prometiéndoles internamente devorarlos ni bien mi estómago estuviese con hambre. Me siento en la cama de ella cuando termino, y espero que salga. Lo hace minutos después, envuelta en una toalla con el pelo mojado hecho girones en un rodete sobre la parte superior de su cabeza y la piel visible completamente húmeda. La miro interrogante, y ella sonrío inocente y esperanzada, como si quisiera pedirme algo a lo que yo me voy a negar.

—Dime qué pasa, Em —insisto, cansada de tanto misterio, con la ceja levantada en su dirección.

—Quiero pedirte algo que dudo que quieras hacer.

Parece nerviosa con cada palabra que sale de su boca. El nerviosismo haciéndola llevar su dedo pulgar a la boca para comenzar a mordisquear su uña libre de esmalte. Sus ojos parpadean en mi dirección, mientras espera por algún arrebató de furia que definitivamente no sale de mí.

Viendo que aún estoy relajada sobre su cama, continúa: Sam me invitó a una fiesta que hace Jazmín en su casa... y quiero que vengas... conmigo. *Necesito* que lo hagas —mueve su pie nerviosamente y baja la mirada hacia el suelo mientras mi mente grita *¡Ni loca voy a una fiesta de putas!* Una y otra vez me digo eso. No puedo permitir que me arrastre a una de esas fiestas de niños pijos. Por Dios, son todo lo contrario a diversión.

Y joder, Jazmín es la chica a la que nadie soporta, y que simplemente la aguantan por dar fiestas *increíbles* y por follar *increíblemente* también, según los rumores en los pasillos. Sí, la típica millonaria pija de todos los putos institutos. *Cuánto cliché cierto hay en la vida.* La mayoría de las veces no la veo en los alrededores, porque estoy segura de que ella siempre tiene algo que hacer con los chicos nuevos, así que no la tengo muy bien vista en lo físico. Pero sé que es una total perra por todo lo que me contó Emma que le hacía antes de que yo llegara al instituto. Cada palabra triste que salió de la boca de mi amiga al contarme lo sucedido hizo que mi sangre hirviera de rabia contenida mientras los recuerdos me invadían. Pero a veces es realmente difícil no pensar en ello cuando Emma me dice cosas que la zorra le hizo. La usaba para llegar a Damon, algo que no le salió nada bien, ya que él la despidió ni bien la vio hablando con su hermana. Desde ese entonces, tiene la manía de molestar, burlar y humillar a Emma por el rechazo de su hermano hacia ella. Y eso me dolió porque también me sucedió a mí, pero, sin embargo, mis hermanos nunca rechazaron a una chica que prácticamente rogaba por sexo.

Aun así, a pesar del enojo, la gracia también tuvo su lugar en mi cuerpo. Cuando ella me contó sobre el hecho de ser descubierta antes siquiera de empezar a llevar a cabo su plan de acercarse a Damon por medio de Emma, comencé a reírme como una desquiciada al escuchar que él la descubrió mucho antes de entablar una amistad falsa con su hermana. Quizá ya estaba y está bastante acostumbrado al ver cómo usan a la gente cercana para llegar a él por cualquier medio egoísta. Puedo extremadamente imaginar la cara de Jazmín cuando fue descubierta a los segundos de comenzar por primera vez su conversación con Emma.

Sin poder evitarlo, Emma se unió a mí y nos burlamos juntas de esa chica. Me sorprendió de igual manera escuchar que Damon *rechazó* a alguien que quiere acostarse con él, pero supongo que él estaría igual de enfurecido que yo al saber que alguien de su familia era usado para llegar a él, así como siempre lo hicieron conmigo. Siempre fui ese peón, ese anzuelo que te llevaba por el camino hacia la meta. En ese caso, mis hermanos.

—Ni loca voy, Emma. Sabes que no me gustan las fiestas y menos cuando hay borrachos alrededor.

—Lo sé, pero te *necesito* allí. Necesito saber que estás allí para salvarme si hago algo con lo que avergonzarme. Y definitivamente es muy probable que suceda. Voy a estar con tu hermano, Nat, a solas si tú no vas. Eres consciente de lo nerviosa que me pongo cuando él está cerca.

—Van a estar sus amigos y dudo que Tyler no vaya a ir. Estarás con ellos —la hago reflexionar.

—¡Por favor, Nat! Haré lo que quieras por un día si me haces este favor —me quedo pensándolo por unos segundos. Es tentadora su propuesta, pero muy poca cosa.

—Una semana —propongo.

—Dos días.

—Seis días.

—Cuatro —suplica con la mirada y yo suspiro pesadamente.

—Cinco y es un trato —es lo último que digo. Apenas puedo cerrar mi boca antes de escucharla exclamar con alegría y abrazarme con fuerza—. Pero no voy a usar nada de esas telas que a duras penas cubren el culo y las tetas. *Así como este jodido short.*

No puedo creer que haya aceptado, por mi propio mérito. Es una pesadilla, pero admito que me tengo que relajar un poco y sacarme muchas cosas de la cabeza. Me siento estresada y frustrada por dentro en algunas ocasiones. ¿Qué daño haría intentar relajarme en una fiesta? —dejando por supuesto de lado el hecho de que es la fiesta de Jazmín.

Emma me tiende unos pantalones pitillos negros, una camisa negra medio traslúcida con un corpiño a juego. Lo agarro con asco, queriéndome retractar sobre ir, y la miro con los ojos alarmados. No solo por haber pretendido que yo podría usar esto, sino porque deja mucho a la vista en mi opinión por más que la camisa en realidad solo deje ver apenas la ropa interior superior. Me asusto instantáneamente al pensar que alguien puede ver la parte baja de mi abdomen y notar algo.

—¿Pretendes que use esto? —cuestiono, perpleja y aterrada apuntando la camisa transparente, para ocultar mi verdadero nerviosismo.

—Es lo único que tengo de fiesta y que no es un vestido. Así que es eso o un vestido.

Antes de que pueda darse la vuelta para buscar el vestido, tomo su brazo.

—Bien, pero no pienses que me pintaré y peinaré —digo un segundo antes de entrar al baño y darme una rápida ducha.

Una vez que salgo, me cambio con la ropa que me dio, y salgo con una toalla envuelta en mi cabeza. Emma ya está vestida, con un vestido negro ajustado de color negro con algunos toques de brillo y unos zapatos del mismo color con un ligero taco de cinco centímetros. Está hermosa. El vestido resalta muy bien sus curvas perfectas, y esos zapatos hacen que sus piernas se vean más largas.

—Estás muy linda, Emma —halago mientras la veo retocarse el maquillaje, tan concentrada y atenta a cada detalle. Cuando termina, me mira y... creo que se le cayó la mandíbula al piso.

—Oh, mierda. Natalie, estás preciosa —dice—. Creo que ese conjunto te lo regalaré.

Niego rápidamente a su idea, pero ella no me hace caso. No logré verme al espejo antes de salir del baño por lo que no sé cómo me veo con esta ropa. No solo porque el espejo estaba empañado, sino porque no quería ver lo que sea que se reflejara. Aunque también me alegra en parte que a Emma le gustase cómo me queda su ropa.

—Ven, te secaré el pelo. No puedes llevarlo mojado a una fiesta —ruedo los ojos, pero hago lo que ella me pide.

—No quiero nada de maquillaje, Emma —digo.

—Bien —concuerta—. *Eso lo veremos* —la escucho susurrar para sí misma y mi sangre se congela.

Lo que me espera.



—¡Emma! ¡Es mucho maquillaje! Te dije que no quería que me pintaras — mi grito hace que ella salte. Pero no es mi culpa, me colocó demasiado cuando yo ni siquiera quería. Tomó mi aceptación de un poco de brillo labial y la transformó en todo lo contrario. No solo tengo los labios delineados con un color vino, tengo también las pestañas rizadas y los ojos completamente pintados. El rímel pesa cada vez que cierro los ojos. Es incómodo, muy contrario al delineador negro aplicado.

—Es tu culpa por quedarte dormida.

—Y ahora es tu culpa estar próximamente con un moretón en la cara — enfatizo cada palabra, diciéndolas lentamente con la mandíbula apretada mientras miro el espejo frente al que estoy sentada.

—Oh, no lo harías —sabe que tiene razón, pero estoy tan enojada que hasta dudo de mí misma.

—¿Me estás *retando*, Emma? —agarro un mechón de su arreglado cabello y lo jalo. Quizá sea lo único que pueda hacer para desquitarme con ella.

—¡No! No me tires del pelo, me acabé de arreglar, Natalie —se queja y la suelto cuando me pega un manotazo en la mano. Me la sobo y hago una mueca. Ella tiene fuerza.

—No me importa, me dejaste como un payaso.

—No es cierto, ¡estás preciosa! No solo por tener maquillaje en la cara eres un payaso, Nat.

—Para mí sí porque definitivamente me siento así —aclaro, y me encojo de hombros, negándome a verme de nuevo en el espejo.

—Entonces eres una jodida tonta que no ve lo extremadamente hermosa que es y lo bien que le queda el maquillaje cuando se lo pone.

—¡No me importa! Quítame un poco de maquillaje, porque si no, no iré a ningún lado contigo por más que me ruegues de rodillas —ella suspira y me hace sentar en la silla frente al tocador, en la cual hace unos minutos me quedé dormida. Ella había aprovechado que me había dormido para pintarme y alisarme el cabello, tomándose tu tiempo al ver que yo no despertaba. Cuando me desperté y vi a un mapache frente al espejo, juro que grité con todas mis fuerzas.

Elimina de mi rostro quizá algunos kilos de pintura y retoca ligeramente los lugares de los que no se debía salir nada. Cuando termina conmigo, vuelve a arreglarse el cabello que tan amablemente destrocé, y se coloca perfume para finalizar. Tira un poco en mi dirección antes de agarrar abrigos de cuero de su armario —completamente nuevos— e irnos a tomar un taxi.

En el viaje de ida, comienzo a pensar sobre todo. Me propongo beber ligeramente para sacar de mi sistema todas las cosas no deseadas. La tensión, el enojo, los recuerdos acechándome. Todo que con unas pocas copas de alcohol puedo llegar a olvidar. Aunque sea durante solo una noche. Así que me permito a mí misma hacerlo. No hubo muchas ocasiones en mi vida adolescente en las que fui a fiestas y bebí. Bien se podría decir que dos o tres como máximo en realidad. La gente estaría en lo cierto al describirme como ermitaña. Y estoy bien con eso, siendo sincera. No necesito de la sociabilización entre borrachos para pasar un buen momento, pero en ocasiones como estas en las que desesperadamente necesito desconectar mi cabeza por un rato, una copa es bien recibida.

Miro a través de la ventana, viendo mi reflejo en ella junto con el paisaje de la noche cayendo sobre el cielo y el sol desvaneciéndose en el horizonte. Un poco extraño ver que una fiesta comienza tan temprano. Supongo que, si me pongo a pensar sobre ello, es bastante lógico. *Más tiempo para beber y disfrutar antes de que el amanecer llegara para cubrirnos y devolvernos a la vida real.* Recorro con la mirada cada centímetro de mi rostro visible en el vidrio, un tanto perpleja.

Cuando Emma me retocó el maquillaje y me vi al espejo, puedo jurar que si no fuera por saber que era yo, no me hubiese reconocido. Mis ojos

resaltaban más gracias al delineador negro y esa pintura para las pestañas cuando vi hacia el espejo sin manchas frente al cual estaba sentada, el labial rojo que me colocó hizo que rápidamente mi mirada descendiera hasta allí para ver que mis labios se veían apetecibles. Las botas con taco que me prestó hacen que mis piernas cubiertas por el pantalón pitillo se vean más kilométricas de lo normal. Y mierda, mi trasero. Que según Emma, se ve más *redondito* por lo ajustados que son los pantalones. Y la verdad no me importa cómo se vean. En este momento estoy deseando que la fiesta termine, y eso que ni siquiera llegamos al lugar.

El taxi se detiene frente a una gran casa, con patios extremadamente grandes y con esculturas y fuentes repartidas por diversos lugares, con unos ventanales que van del techo al suelo y con balcones que de seguro tienen unas vistas espectaculares de todo el lugar. La casa es de ladrillos oscuros, con las puertas y los marcos de los ventanales de un marrón oscuro. Mis ojos absorben la verdadera hermosura del lugar, hasta que me percaté de algo. Todo el exterior está todo decorado con luces segadoras para mi vista.

Dios santo, ¿estamos en Navidad o qué?

Pagamos la tarifa al taxista gordinflón, quien se nos quedó viendo embobado todo el trayecto hasta la fiesta y al cual estuve tentada de darle un golpe en la cabeza para que nos dejara de mirar con tanta... apreciación, y entramos a la fiesta repleta de chicos y chicas eufóricos, drogados, bebidos hasta la médula. Algunos incluso con proyectos en los dormitorios de la casa, puedo intuir con solo siquiera dar un paso dentro.

Pasamos entre la multitud. Chicos que están bailando muy, muy pegados, y otros que solo se besan y manosean. Algunos que bailan solos, viendo con su penetrante mirada a su próxima presa y otros que simplemente ven a su alrededor mientras beben. Al instante en que doy un paso fuera de la multitud que me rodea, encontrando finalmente un lugar en el que poder respirar aire lo más puro posible, noto cuán sudada me encuentro. Gotas de sudor resbalan por mi piel, la humedad en mi nuca haciendo que mis cabellos se peguen asquerosamente hasta el punto de querer cortarlos. Las luces centellantes brillan de distintos colores sobre la gente bailando y riendo en las distintas

áreas de la casa. Los techos están prácticamente cubiertos por completo de aparatos lumínicos móviles que parpadean a la par de la música vibrante. El suelo tiembla bajo mis pies mientras absorbo todo mi alrededor, un tanto perpleja por lo bien que la mayoría de los estudiantes se la está pasando. La niebla artificial impide que vea más allá del salón, pero no me quejo realmente. Es un lugar lindo y el ambiente simplemente es, a pesar de ser el hogar de Jazmín, aquella chica que fue mala con Emma, acogedor. Mucho más estando libre del alboroto y desorden ocasionado por la fiesta.

Respiro profundamente y despego los ojos de todos a mi alrededor. Si la noche recién comienza y la fiesta está en su mayor apogeo ahora, no puedo siquiera imaginar cómo estará dentro de un rato. No en buen sentido. La mayoría de las veces, una fiesta empieza tranquila hasta que todo se vuelve aún mejor en la mitad, pero siempre termina acabando mal. Gente vomitando, llorando, quejándose de exnovios o de su familia. Por lo que, siendo una fiesta que, definitivamente, está planeada para durar hasta la madrugada, siendo recién las ocho de la noche, posiblemente todo se volverá abajo mucho antes de siquiera llegar a la medianoche.

Es por algo que siempre dura casi lo mismo, para evitar que sea peor. Para que no beban el doble de lo que normalmente lo harían y para que no hicieran más locuras que otras veces. Porque vamos, doble tiempo para disfrutar, doble tiempo para los desastres.

Emma me toca el brazo y me apunta con un movimiento de cabeza un sitio en el fondo del lugar. Dirijo mi mirada hacia donde ella me dice y me encuentro con mis queridos hermanos. Suspiro y asiento. Cuanto más rápido ella se quede con Sam, más rápido puedo estar sola para que nadie me moleste. Necesito descansar y tomar algunos tragos para relajarme y no pensar en nada que tenga que ver con las actitudes, ni nada por el estilo, de Damon.

Pero creo que es imposible que no piense en él, esté o no borracha o tomada. Aquel beso en el parque de diversiones quedó grabado en mi mente y en mis labios. Prácticamente en todo mi cuerpo. Fácilmente puedo recordar todo lo que sentí ante el tacto de su boca devorando la mía y su lengua

saboreando tan profundo. Solo pasó un día desde que no lo veo y sin embargo, parece como si hubiesen sido días. Y me encuentro realmente extrañada por ello. Jamás había anhelado la presencia constante de un chico en mi vida, pero con Damon es siempre todo tan nuevo.

Y cuando mis pensamientos comienzan a alejarse de la realidad hasta el punto de pensar qué estaría haciendo ahora, recuerdo que hoy es el día en el que él va a hablar con el dueño del gimnasio para ver si hay vacantes o no para que yo pudiese trabajar allí. Los nervios que tenía cuando él me lo dijo vuelven a aparecer, revoloteando en mi estómago. Me encuentro dudosa e indecisa sobre el hecho de si estuvo bien elegir un lugar de trabajo en donde Damon va casi todos los días a entrenar. No solo por la creencia en mi interior de que ello nos llenará de problemas en algún momento, sino por la idea de que tenerme todo el día, todos los días en los mismos lugares le resultará... pesado y cansador. Verme en el colegio todos los días es una cosa, sumándole las noches en las que pelea, pero estar conmigo durante, literalmente, todo el día hasta que cae la noche... no me resulta muy tentador si me pongo en su lugar. ¿Qué haré si se cansa de mí? O qué hará él, mejor dicho. No quiero tener alguna tensión sobre mis hombros cuando todo esto acabe. Porque será así, me encuentro muy segura de ello. Pero otra parte de mí quiere estar lo más cerca posible de Damon, por lo que decido ignorar las advertencias que mi cuerpo me da y seguir disfrutando todo lo posible de su compañía al máximo. Supongo que algo se me ocurrirá cuando lo nuestro, sea lo que sea, comience a desmoronarse a nuestro alrededor.

Mi yo interior pide a gritos que me aleje de Damon ahora, para que después cuando él me deje, no sufra tanto. Pero mi cuerpo y otra parte de mí dicen todo lo contrario.

Nos adentramos nuevamente entre las personas sudorosas que bailan con gran energía en las improvisadas pistas de baile y tengo que aguantar la respiración durante todo el trayecto hasta llegar al sitio al cual Emma me guía. El olor a vómito y el ácido del alcohol en él siguiéndome todo el camino.

Aun con la respiración atascada, me detengo justo cuando Emma lo hace, dejándonos frente al grupo de amigos de mis hermanos.

—Hola —saluda felizmente Emma, recibiendo una larga e intensa mirada por todo su cuerpo de parte de Sam.

—Buenas noches, Emma —contestan los gemelos a la vez con una sonrisa, estando a solo un metro de distancia del otro.

Sigue sorprendiéndome esa conexión inconsciente entre ellos.

Luego de responder emocionados a mi amiga, concentran su profunda mirada azulada en mí, dejándome como estúpida rodando los ojos. ¿Qué más vergonzoso que estar con tus hermanos en una fiesta ahí? Simplemente no lo sé, pero me permito decir que es horrible e incómodo porque me hacen sentir que no puedo hacer nada malo porque me estarán vigilando cada movimiento. Porque a pesar de no quejarse de Damon —porque si lo hicieran, obviamente serían completamente ignorados por él y los consideraría unos enemigos—, son realmente posesivos conmigo. Su pequeña hermana.

Aun así ellos no estuvieron con esa posesividad ni esos celos cuando otro hombre entró en mi vida y la arruinó por completo.

Ellos se me quedan mirando confusos y sin reconocermé. Al principio dudo que sus perplejos rostros reflejaran intriga hacia mí, sin decir nada y esperando a ser presentados. Pero cuando los segundos pasan y ellos siguen sin reconocermé, esas dudas se extinguen. Y por Dios, no es para tanto. Tan solo un poco de maquillaje y un poco menos de ropa no me hace ver diferente. Soy solo una versión producida de mí misma. Y realmente se me hace imposible poder creer que no me identifican, como si nunca me hubiesen visto vestida «formalmente» o maquillada. ¿Es que me ven siempre como un marimacho al cual se acostumbraron a su apariencia vagabunda, como para no reconocerlo? ¿Ni siquiera para pensar que posiblemente sea su hermana? Se supone que son los únicos que me reconocerían en cualquier circunstancia, con o sin ropa. Deben reconocermé, son mis hermanos, Jesús.

Sin embargo, admito que es divertido ver que no saben siquiera quién soy. Por sus miradas, quizá ni siquiera dirían que soy parecida a alguien que

conocen. Mucho menos a su *hermanita*.

Unos segundos después, Sam aparta la mirada y la posa en Emma, quien se ruboriza fuertemente y sonríe con nerviosismo. Ty, quien aún me sigue viendo confundido, me sonríe seductoramente y se acerca más a mí. E instantáneamente me alejo de él como reflejo, pensando en que ya se acordó de que solo soy Natalie. Pero por su mirada, noto que ni por asomo piensa eso. No sé si reír o llorar por lo extraño que es ser vista por él de la manera en que lo hace.

—Hola, preciosa —dice.

Me quedo estupefacta, mirándolo sin poder contestarle. La respiración se me atasca en la garganta y quedo mirándolo perpleja, totalmente muda por lo coquetos que son sus ojos a la hora de deslizar su mirada por la longitud de mis piernas enfundadas en los vaqueros. No quiero pensar que posiblemente para él soy una nueva conquista. Y aun así un atisbo de diversión sobre el asunto me hace seguirle el juego, sin pensarlo mucho en realidad. Supongo que si estoy aquí, con una oportunidad de divertirme sea como sea, la tomo con alma y vida. Quedan muchas horas por delante. La noche recién comienza y, si pretendo no emborracharme al beber todo lo que quede de la fiesta —o hasta que mis amigos se quieran ir— tendré que comenzar a beber más tarde. Recién llego, y no pretendo tomar hasta el olvido solo por aburrimiento. Me niego a hacerlo.

—Eh, ¿qué tal? —digo, con la intención de parecer lo más relajada posible.

—Ahora, bien. Gracias. ¿Cómo te llamas? —*vamos, Nat... inventa un nombre. Ya tendrías que haber pensado que él te lo preguntaría.*

—*Ernestina Josepe de los Yuyos* —mi boca suelta sin siquiera tomarse unos segundos para pensarlo. Solo sale naturalmente como si fuese verdaderamente mi boca. Él me estudia, divertido y haciendo una mueca nerviosa para tratar de no reír, pero ante mi rostro serio y confiado al decir aquello, él logra creer que mi nombre es así.

—Es un placer conocerte, Ernestina. Soy Tyler.

Asiento sin decir nada y él se pone más nervioso ante mi silencio. —
¿Quieres algo de tomar?

—Claro, gracias —sonrío y veo cómo se aleja. Aprovecho este momento para soltar la carcajada que ya venía reteniendo. Ver a tu hermano ligar con alguien es muy gracioso a la vista y más cuando su presa es su hermanita. Sigo sin poder creer que no me haya reconocido, ni siquiera por el tono de mi voz lo hizo.

Emma me da una mirada divertida y niega con una risita, para luego concentrarse en las palabras que salen de la boca de Sam. Los analizo de arriba hacia abajo, notando lo bien que se ven juntos. Finalmente, mis ruegos fueron escuchados. Mi hermano está en una fiesta repleta de chicas prácticamente desnudas y solo le presta atención a Emma. Estoy tan feliz y contenta por ello. Ya quería que mi hermano centrara toda su atención en una chica, a pesar de estar rodeado por otras que apenas llevan ropa encima, y dejara de lado ese mujeriego que predominó toda su adolescencia. Que sentara cabeza de una vez.

No puede haber mejor persona que Emma con la que sentar cabeza, en realidad.

Ty vuelve a los minutos, y me tiende un vaso repleto de un líquido transparente. Pero, a pesar de su mirada triunfante y esperanzada por tener un nuevo ligue, no logro retener más mi risa cuando mira otra vez mis piernas con deseo grabado en sus ojos, y comienzo a carcajear en su cara sin compasión alguna.

—Aquí tienes —dice, viendo cómo mi risa sigue estallando con fuerza. Parece incómodo en su lugar, sin saber qué hacer o decir.

—Gracias, hermanito —respondo sin aliento, mientras el rostro de Ty se deforma y me recorre de pies a cabeza, con una mueca aterrorizada. Dejo que esta vez recorra mi cuerpo sin enojarme, deleitándome ante lo anonadado que se ve una vez que se da cuenta de la realidad de la situación. Tomo un sorbo del vaso rojo lleno de líquido, solo un poco para calmar mi agitación. El alcohol recorre mis venas y me siento de repente más enérgica que antes.

—¿Natalie? ¿Qué mierda haces aquí? —estalla en exclamaciones, un tanto espantado.

Me río, alejando solo por unos segundos mi bebida antes de volver a tragar un poco más de líquido que la anterior vez, en el recorrido quemando mi garganta.

—Emma me rogó que la acompañara. Y a cambio hará lo que yo quiera por cinco días —explico.

—Sabía que no irías por tu propia cuenta a ninguna fiesta —niega divertido.

Entonces, vuelvo a pensar en la broma de hace unos milisegundos y otra carcajada sale desde lo profundo de mi garganta.

—Si es así como consigues que las chicas duerman contigo... déjame decirte que es *muy* mala jugada —comento arrugando el ceño, viéndolo cambiar de postura a una derrotada por la humillación de hacérselo recordar—. O las chicas están muy desesperadas por follar o simplemente no te escucharon hablar y simplemente se te tiraron encima por estar extremadamente encendidas y por ser el más cercano a ellas.

—Con la mayoría de las chicas no hago ninguna jugada. Ellas se acercan y luego... Bueno, pasa lo que los dos deseamos que pase —se encoge de hombros y yo finjo vomitar.

—Bien, antes de seguir escuchándote hablar de tus conquistas en la cama, me iré a otro lado para estar más tranquila. Tú diviértete, pero no tanto porque no quiero ser tía todavía.

—Lo intentaré —grita en respuesta cuando yo comienzo a alejarme con rapidez en dirección a la barra—. ¡Y tápate más! ¡Esa camisa es muy transparente!

No es como si te hubieses quejado al momento de mirarme y coquetear conmigo, por supuesto.

Ruedo los ojos ante sus celos y actitud protectora, y sigo caminando hacia la barra.

Me siento en un banquito alto junto a un chico que está apoyado en la mesada mientras ronca profundamente y se mueve con incomodidad. Aburrída, apoyo mi mejilla en mi mano y mi codo sobre la mesada. Entonces, miro al chico que se ocupa de las bebidas y tomo el último trago de la mía

antes de pedir otro trago de lo primero que se me viene a la mente. Mientras lo prepara para mí, tomo mi tiempo para mirar a mi alrededor justo cuando una figura alta y lo suficientemente como para abarcar gran parte del mullido sillón llama mi atención. Sus hombros anchos son en lo primero que me fijo, siguiendo su mandíbula cuadrada y finalmente la longitud de sus brazos fuertemente cruzados sobre su amplio pecho.

Puedo distinguir la claridad de sus ojos, pero luego de eso no puedo reconocer nada más. Su silueta se muestra relajada, pero a la vez tensa. Se encuentra junto a otros chicos hablando seriamente de algo que por la distancia no logro escuchar. Me encojo de hombros internamente, pensando en que a pesar de haber llamado mi atención no lo encuentro muy hermoso como quizá otras lo hacen. Nada de interés recorriendo mis venas. Tan solo un chico que por su construida silueta hace imposible a la gente no dirigirle una mirada. Me volteo, sacando mi atención del desconocido, y agarro mi pedido de la mesada cuando el chico lo deja frente a mí, volviendo a mi posición anterior, con mi mejilla apoyada en mi mano mientras tomo pequeños sorbos del refrescante líquido.

No sé qué voy a hacer todo el rato en una fiesta en la que solo conozco a mis hermanos y a la chica que me obligó a venir. No pienso pasarme toda la noche tomando cosas que ni siquiera conozco y de las cuales no sé el nombre. Y mucho menos escuchando los ronquidos ensordecedores del borracho a mi lado. Lo peor de todo no es el borracho, ni tampoco la música a todo volumen, sino las miradas que le lanzan algunos hombres sin descaro a mi sujetador visible entre mi camisa. Me pone furiosa que lo hagan, porque ni siquiera se toman el tiempo para disimular sus miradas. Todo lo contrario, se quedan mirándome por lo que parecen horas y yo no puedo hacer nada para detenerlos.

Ya en mi tercera copa, dejo de pedir más. Mi cabeza comienza a palpar y puedo decir que me emborracharé si sigo con el mismo ritmo. Hace rato ya no siento el líquido quemar mi garganta ni tampoco siento como si de fuego se tratase. Eso es bueno. Me siento entumecida y más relajada que cuando

llegué a la fiesta. Antes me parecía que ni siquiera unas bebidas alcohólicas podrían relajarme, pero al parecer estaba muy equivocada.

Aún sigo en mi anterior posición aburrida y sin nada que hacer, cuando alguien se acerca mucho a mí. Siento su respiración deslizándose en mi mejilla, pero no logro moverme hasta que escucho su voz profunda, ronca y grave.

—¿Te invito a una copa?

No me muevo ni afirmo, solo me encojo de hombros sin poder decir alguna palabra. Mi lengua se siente rara y no se quiere mover en estos momentos. El desconocido se sienta a mi lado y se me queda mirando. Cuando no hago ningún ademán que indique que vaya a hacer algún movimiento, él le hace una seña al barman y hace su pedido, para luego volver a mirar a mis caídos y cansados ojos. —¿Cómo te llamas?

—Natalie —contesto como puedo. Mi voz se escucha rasposa y también seca, definitivamente estando en proceso de emborrachamiento. Debí haber previsto que, por no ser una bebedora regular, el alcohol me afecta más rápido que a otros. Simplemente lo olvidé y comencé a tomar, olvidándome de todo como si nunca hubiese existido.

—Mucho gusto, Natalie. ¿Vienes sola o con alguien? —apunta al borracho, preguntándome si es con él que vengo. Niego con la cabeza.

—Mis amigos deben estar en algún lugar de la inmensa casa —me encojo de hombros con indiferencia. Él ríe.

—Bien, aquí tienes tu bebida —le dice el barman al chico que está a mi lado. Sin inmutarme por lo que pasa a mi alrededor, suspiro pesadamente mientras el desconocido agarra el pedido y se levanta. Genial, se irá y me dejará por fin en paz para disfrutar mi soledad envuelta en litros de alcohol.

—¿Te quieres unir a nosotros? —apunta a algo detrás de mí, pero no me doy vuelta. Solo niego con la cabeza.

—No, solo vete y déjame —gruño en voz baja. Pongo mis dos manos en mi cabeza para tratar de calmar el dolor que se empieza a crear. Pero no disminuye. Su voz solo aumenta las molestias.

—Oh, vamos, muñeca. Únete a nosotros así nos conocemos más —se acerca más a mí y vuelvo a negar—. Si lo que te preocupa es que seamos muchos chicos, no tienes por qué hacerlo. Hay dos chicas con las que te podrías llevar bien que están con nosotros.

—No quiero ir a ningún jodido lado contigo ni con nadie. Ahora vete, *por favor*.

—Solo un rato, y si la pasas mal te puedes ir sin mirar atrás. No te molestaré más si es que me lo pides —promete mientras toca mi brazo, causando que dé un pequeño respingo sin poder evitarlo. Suspiro y me volteo a verlo. Su rostro es duro, al igual que todas sus facciones, y tiene una barba de pocos días salpicando su cuadrada mandíbula. Sus ojos grises me miran impacientes y su boca mantiene una sonrisa sensual que no me causa ni una pizca de nada.

—No me dejarás de molestar si no voy, ¿cierto? —cuestiono, ya harta de él.

Sin embargo, él no nota cuan pesado me parece. Solo sonrío más en respuesta, y vuelvo a soltar el aire de mis pulmones al verlo guiñar su ojo en mi dirección.

—Bien, solo iré por unos minutos —murmuro levantándome e intentando no caerme de bruces al piso. Él me toma del brazo para conducirme a su grupito y yo, a duras penas, trato de no dormirme o vomitar todo lo que bebí. Creo que fueron más copas de las que conté. Me siento aún peor que hace unos minutos. No volveré a dejar que los bármanes me permitan más de una o dos bebidas de ahora en adelante.

—Chicos, esta es Natalie. Natalie, estos son Sean, Gary, Miriam y Spencer. Yo soy Matt —asiento, con la intención de hacerles parecer que me interesa saber aquello.

Pero, sinceramente, no me importa nada sus nombres. Solo quiero irme para seguir quejándome del dolor de cabeza que siento. Me dejo caer en uno de los sillones sin ver a nadie. Ni siquiera los estudio o les doy una mirada de reconocimiento. Simplemente caigo sobre los pocos cojines pareciendo maleducada, cosa que en este momento no me interesa. Me siento pesada y

adormilada sobre el sillón, y disfruto de la suavidad de él a medida que mi cuerpo se relaja. Apoyo mi cabeza en el respaldo mientras veo que Sean me pasa un vaso lleno de algo que no puedo reconocer. No huelo nada de aquel líquido, pero ni bien mi mano se envuelve alrededor del vaso rojo, la sed me invade como si hubiese pasado años en un desierto. Por lo que, sin esperar más, cegada por el poco alcohol en mis venas que con los segundos va definitivamente creciendo, tomo todo el contenido en unos pocos tragos. Dejo secamente el vaso vacío en la mesa y suspiro, finalmente, saciada con el líquido yendo a mi estómago.

Luego de diez minutos viendo bailar a las personas a mi alrededor y aburrirme más de lo que ya lo hacía, comienzo a levantarme para irme. Pero el brazo de Matt me lo impide. Su sonrisa aparece cuando me ve tambalearme un poco y me sujeta por los hombros para estabilizarme.

—¿Quieres bailar? —grita sobre la fuerte música. Niego con la cabeza—. Oh, por favor. ¡Es una fiesta! —vuelvo a negarme. Siento el cuerpo como si estuviera envuelto en llamas, mi cabeza retumba con el constante ruido ensordecedor de la música y los gritos de la multitud. Puedo sentir una que otra gota de sudor en mi frente y nuca, y cómo mis piernas se vuelven gelatina con los segundos que pasan. Estoy muy inestable para bailar justo ahora, así que niego con la cabeza nuevamente. Pero me arrepiento al instante en que mi cerebro choca con las paredes de mi cráneo y mi visión se nubla.

Deseo bailar, la repentina falta de lucidez en mi cuerpo lo desea, pero no puedo. Ningún sonido ni palabra sale de mi boca para impedir que me arrastre hacia la pista. Por lo que Matt aprovecha y me pasa el brazo por la cintura, haciendo que avance hacia adelante, llevándome por toda la gente eufórica hasta el centro de la pista. Intento zafarme de su agarre con la última pisca de cordura que aún me queda, sabiendo que en estas condiciones no puedo bailar, pero mi cuerpo alcohólico y su brazo me lo impiden. No puedo controlar mi maldito cuerpo. Me siento entumecida y confusa. Veo a la gente un poco borrosa, y los sonidos a mi alrededor se intensifican, haciendo que mis tímpanos griten pidiendo un poco de silencio. De paz y tranquilidad.

Matt nos hace detener en un lugar entre la multitud y me da la vuelta, quedando su torso pegado a mi espalda. Pone su gran mano en mi pequeña cintura y la otra en mi cadera, logrando que me mueva muy cerca de él. No puedo hacer nada, los dolores van en aumento y lo borroso de mi vista igual. Las personas son manchas borroneadas que pasan a mi lado y los gritos son como ruidos chillones y ensordecedores que no dejan de molestar mi sistema. Quiero dormir. Necesito dormir.

Acerca su cuerpo grande y musculoso al mío, y como mi cabeza se siente más y más pesada cada vez que la muevo, apoyo mi cabeza en su hombro y cierro los ojos mientras suelto un suspiro cansado. Solo quiero que todo esto desaparezca y poder estar en mi casa, en mi cama y así dormir tan profundamente. Solo eso.

Entonces, siento algo en mi cuello, algo húmedo y calentito. Luego, noto el aliento de Matt chocar contra mi mejilla para luego sentir sus labios recorrer mi mandíbula y cuello en un lento recorrido. Tan solo un roce, pero solo eso basta para que las alarmas destellen en un rojo vivo a través de la neblina cubriendo mi mente ¿Q-qué está haciendo?

Sus manos trazan la curva de mi cintura y las lleva un poco más arriba. Recorre delicadamente mi cuerpo como si estuviese saboreando tenerme de esta manera, pegada contra él. Lo siento apretarse más contra mí, como si hubiese más espacio libre separándonos, y pega más su cadera contra mi parte trasera. Las ganas de vomitar sobre él todo lo que bebí me llenan a medida que el terror toma parte en mi sistema. Mi respiración se atasca cuando lleva su mano por debajo de la tela de mi camisa y la deja posando sobre el hueso desnudo de mi cadera, e instantáneamente intento alejarme de él, pero es imposible. Mi mente trata de zafarse de su agarre, pero mi cuerpo no responde. No me muevo ni reacciono a ninguna caricia que él me da. Quiero escaparme, irme corriendo fuera de estos brazos, pero no puedo. Su agarre se tensa y luego me sostiene por los brazos para darme la vuelta y besarme repentinamente. Su boca se estampa con la mía sin previo aviso. Sus labios entreatren los míos sin resistencia de mi parte cuando la orden que manda mi cerebro para alejarme no recibe respuesta. No le correspondo.

¿Cómo le puedo corresponder cuando sus besos no son los de Damon, sus labios tampoco y... él no es *Damon*? Puede que esté en este estado deplorable, pero al menos mi cabeza tiene pequeñas partes funcionando aún. Mi cuerpo ya lo doy por descartado, no se mueve ni nada por el estilo.

Gruñe con fuerza y, por fin, puedo mover un poco mis brazos. Los llevo hasta su pecho y trato de alejarlo, pero mi fuerza no es tanta como para derribar al gran chico lleno de músculos. Un sonido de súplica sale de mi garganta, quejándome y negándome a sus besos, pero no le importa lo que piense ni lo que haga, solo me empuja fuera de la multitud mientras me agarra fuertemente el brazo con su mano y me lleva por un pasillo oscuro y carente de iluminación. Tiro mi brazo acorralado por sus dedos, pero su fuerza se hace más y más intensa, haciéndome retorcer de dolor y me quejo.

Y sin darme cuenta, ya estamos parados frente a una puerta al fondo del pasillo. Las paredes blancas estrechas apenas llegan a ser iluminadas. Las sombras que crean las imágenes en los cuadros hacen ver al pasillo aún más espeluznante. Mi cuerpo tiembla, y antes de poder reaccionar, Matt abre la puerta sin siquiera darme una mirada ni soltarme el brazo. Se adentra conmigo y la cierra de un portazo que hace vibrar los suelos y mi interior. El miedo me envuelve. Mi cabeza ya no razona y mi cuerpo sigue siendo como el de un muerto, sin vida. Y mierda, no quiero que me toque ni que me vea de la forma en la que lo hace en estos momentos; carnal, feroz e intensamente como un depredador en momentos de caza. Su actitud me trae malos recuerdos, que gracias a la bebida alcohólica en mi sangre no me afecta tanto como siempre lo hace. Los recuerdos son menores, pero aún siguen ahí. Me remuevo, soltando un par de lágrimas de desesperación y queriendo gritar a todos los vientos por ayuda. Sin embargo, mi boca no se abre y ningún sonido sale de ella. Mi garganta seca solo puede emitir un leve jadeo irritado.

Cruza los pocos centímetros que nos separan y se detiene frente a mí, muy cerca, sin soltar mi adolorido brazo. Estampa mi cuerpo contra algo duro y plano. Me acorrala entre su cuerpo y la pared, sin dejarme ninguna opción de escape. Aunque, de todas formas, en estos instantes, con mi cuerpo así, dudo que pueda escapar sin que él me alcance de alguna manera.

Agarra con su mano mi mentón bruscamente y hace que levante la cabeza, encontrando su mirada con la mía. Sonríe cínicamente y sin esperar más, me besa nuevamente con la misma ferocidad que antes y sin una pizca de delicadeza o dulzura. Lo hace carnalmente mientras sus manos pasan por todos los costados de mi cuerpo, aprovechando mi borrachera para hacer lo que quisiera. Ese pensamiento me alarma. Abro mucho mis ojos e intento zafarme, pero gimo de dolor cuando me muerde el labio para que no me mueva.

Las lágrimas se arremolinan detrás de mis ojos y salen a cascadas mientras él me empuja a la cama. Sollozo sin poder evitarlo y noto que lo único que causa es que su sonrisa crezca más y más. La lujuria reflejada en sus ojos es enfermiza. Los ojos de un completo maniático.

—Oh, querida Natalie. Lamento decirte que tus lágrimas no me causan nada y no impedirán nada de lo que vaya a suceder —dice y con un dedo hace que yo caiga sobre la cama—. Y por cierto, tu nombre jodidamente me enciende —acto seguido, cubre mi boca con su mano y se sube a horcajadas. Me sacudo para impedir que vuelva a acorralarme, pero es muy tarde. Ya me tiene—. Quiero escucharte decir mi nombre ni bien te tome, nena —gruñe a lo último, y más lágrimas se deslizan por mis mejillas. La desesperación tomando cada célula dormida de mi cuerpo. La sangre corre con rapidez por mis venas mientras el pánico me ataca con fuerza, devorando cada parte de mi ser. Un gemido lleno de agonía resuena en las profundidades de su boca mientras mis manos pican con el deseo de arrastrar con enojo mis uñas por todo su rostro y así poder finalmente alejarlo de mí. Pero no siento nada más que entumecimiento frío y puro. Pinchazos recorren mi piel, diciéndome que algo está jodidamente mal. Pero nada dentro de mí puede impedir lo que sea que el loco tenga planeado hacerme.

Más lágrimas se desparraman por mis mejillas, sus labios ignorándolas mientras se desplazan sobre los míos con brusquedad.

Con su mano libre, se apresura a desabotonar mi camisa transparente hasta dejarla abierta y con los bordes cayendo perdidos a mis costados, dejando visibles mis pechos cubiertos simplemente por una fina capa de tela negra.

Mi pecho se sacude con los sollozos que salen por mi boca sin aliento, mi cuerpo sintiéndose más caluroso de lo normal con el sudor cubriéndome con rapidez. *¿Qué está pasándome?* Siento el pinchazo penetrar mi piel y me pongo rígida en un instante hasta que ya no siento nada más que una ligera niebla rozarme la piel. El frío, quizá, quiere presenciar el momento en el que abusan de mí. Noto que la mano de Matt se aparta repentinamente de mi boca para luego sacar la aguja de mi brazo.

Me mareo ni bien la veo, y me fuerzo por cerrar los ojos por un instante. Mis sollozos de a poco se desvanecen mientras el frío se cuele por la habitación y va tomando cada centímetro, cada célula de mi cuerpo hasta que comienzo a no notar nada en la habitación. Todo da vueltas y más vueltas. Puedo sentir levemente su tacto en el botón de mis pantalones y sus dedos luchar con ellos para sacarlos. En estos momentos agradezco no tener un vestido encima o una falda para más fácil acceso. Me siento sucia, como si estuviera engañando a alguien con todo esto. Y lo peor de todo es que pienso que estoy engañando a Damon. Por más que no seamos nada, me siento así. No puedo evitarlo. Le estoy fallando y me rompe el corazón pensar en ello.

Una vez que pudo con los botones de mi pantalón, los desliza por mi cadera y por mis muslos inválidos, pero no logra sacármelos por completo cuando un golpe en la puerta resuena en mis oídos tapados. Es un ligero y casi inexistente sonido que logra deslizarse entre las barreras que me sacan lentamente de la realidad y que hace que mi corazón dé unos pocos latidos rápidos en reconocimiento. Mi piel quema y mi cabeza no deja de palpar a medida en que la distancia que me junta con la conciencia se desvanece. Cierro los ojos para no ver lo que está a punto de pasarme. Entonces, y para mi buena suerte y la única que tengo ahora, comienzo a sentirme cansada y con mucho sueño. Por lo que gustosa lo llamo para que me invada. Le pido que se acerque, que me invada con el simple propósito de no ser consciente cuando mi cuerpo vaya a ser invadido, envenenado.

—*¡Abre la puerta! Deja a Nat, hijo de puta. ¡Te romperé la maldita cara!*

Apenas puedo escuchar ese gruñido. El sueño se acerca más y más y yo sonrío, invitándolo a que me rodee más y más con los brazos bien abiertos.

Sin embargo, para mi mala suerte, lo último de mi cordura me permite sentir cómo las manos de mi abusador se apuran en sacarme el pantalón.

Golpes más fuertes suenan por segundos hasta que un estallido resuena y un ruido sordo y ensordecedor lo calma todo. Y ahí es cuando toda la oscuridad que yo había llamado para librarme de esta pesadilla, me lleva.

CAPÍTULO



Una mano se posa suavemente en mi frente y me acaricia con dulzura. Mi cuerpo duele como si le hubiesen tirado piedras gigantes y mi cabeza palpita fuertemente, lo que causa un gemido de dolor de mi parte. La mano se aparta de mi frente ni bien me escucha quejarme, pero la vuelve a colocar luego de unos segundos.

Su calor me envuelve de a poco, pero dudo poder volver a dormir. El olor que emana es algo exquisito sin mencionar que es un olor muy familiar para mi nariz.

Intento abrir mis ojos, pero los siento tan pesados que no logro siquiera moverlos un poquito. Mi mente totalmente nublada y desorientada. Aprieto mis manos en puños para ver si puedo moverlas. Sin embargo, es en vano porque en realidad no se mueven más que unos milímetros. En otro intento, sin dejarme vencer, levanto un poco el brazo para tocar mis ojos y así abrirlos con mis dedos, me quejo al sentirlo pesado y dolorido. Muevo mi cuello y... ¡CLARK!... es eso lo único que necesito para que mi cuerpo comience a relajarse. Sentirme entumecida no es algo que me agrada, y menos con este colchón que lo único que sabe hacer es romperme la espalda. El dolor palpita por todo mi cuerpo, mi cerebro martilla con ganas contra mi cráneo y mi interior se revuelve sin saber el motivo. Siento el aire a mi alrededor. El cálido ambiente que me envuelve. Me rodea la suavidad de lo acogedor, a la vez que salgo más a la superficie, fuera de la inconsciencia.

Hago otro intento de abrir los ojos y lo consigo con mucho, mucho esfuerzo. Es como si estuviesen pegados con cera y definitivamente no es

algo que me guste. Mis parpados se abren, pero mis ojos no logran enfocarse lo suficientemente rápido y me mareo con rapidez, logrando que cerrara nuevamente los ojos y parpadee un par de veces antes de volver a abrirlos. Mi vista se va acostumbrando a la brillante y segadora luz de una lámpara que se encuentra colgada en el techo.

Parpadeo un par de veces más para aclararme y miro hacia los lados, confundida y desorientada.

—¡Oh, Dios, Nat! —dice Emma, sentada a un lado de la cama en donde me encuentro, con su mano en mi frente. Le sonrío levemente y frunzo el ceño al notar que las paredes son blancas, así como en los hospitales, que los muebles son de un color similar, como en todos los hospitales, y que hay máquinas que hacen pitidos agudos y chillones que taladran mi cerebro. Esos aparatos... *¿por qué mierda estoy en un jodido hospital?*

Mi cabeza no hace más que rebobinar y rebobinar hasta encontrar la razón por la que estoy aquí, pero me duele tanto que esa máquina que procesa todos los acontecimientos anteriores no funciona en estos momentos. Es como si tuviera un cartel de «NO MOLESTAR» escrito con letras negras supergrandes.

—¿Te sientes bien? —pregunta tomando mi mano con delicadeza. Asiento y trato de incorporarme, aunque sea, en una posición más cómoda.

—Solo me duele la cabeza, mis piernas están más que dormidas y definitivamente en el quinto sueño. Oh, y mi estómago ruge, no solo por dolor. Estoy muerta de hambre —respondo lo más sincera. Y es cierto, me duele todo lo mencionado y espero que sea lo único cuando pueda moverme de mi lugar. No quiero que en pocos minutos u horas mi cuerpo comience a doler por todas partes porque el efecto de los remedios que posiblemente me dieron para calmarte se va.

—Bien, le diré a tu enfermera que ya despertaste y te traeré un poco de comida —asiento y me aclaro la garganta.

—Gracias.

Su revuelto cabello se desparrama por toda su cara y hombros cuando asiente enérgicamente con la cabeza, y luego se aleja con pasos rápidos y

largos. Me sorprende verla en su anterior ropa holgada, pero me gusta que cuando se le dé la gana se mantenga cómoda. Sin embargo, recuerdo haber tirado su ropa, por lo que estoy confusa al verla con un par de ella. Supongo que no la tiramos del todo.

La poca luz del sol entrando por las ventanas ilumina toda la habitación, los rayos rebotando en cada mueble decorando la habitación, lo que me hace pensar que no son más de las tres o cuatro de la tarde. Ladeo la cabeza a un lado y me fijo por la ventana al cielo. Está nublado y en vista de las grandes nubes de un profundo gris oscuro, dudo que la lluvia tarde en llegar junto con fuertes truenos que harán temblar la tierra. Y a pesar de todo el mal tiempo rodeando la ciudad, vislumbro pequeñas franjas amarillentas colándose por el cielo cubierto por la capa espumosa, haciéndome saber que el sol estará allí luego de que la tormenta cese. Me estremezco cuando siento una ligera brisa pasar por entre el espacio abierto de la ventana y llegar a mi piel. Mis vellos se erizan e inconscientemente disfruto inhalar la escancia húmeda y fría.

Gracias a la vista de las cercanas copas de los árboles, que de seguro son de un posible parque enfrente, puedo darme cuenta de que mi habitación asignada está en uno de los pisos más altos.

—Buenas tardes, señorita Lawler. ¿Le duele algo aparte de la cabeza? —pregunta una mujer de unos cincuenta años, algo subida de peso y con unos ojos verdes muy intensos que al verlos los adoras. Aun así, aquello no hace nada por ahorrarme el susto que me ataca al escucharla. Siento cómo mi corazón corre a mil por hora, pero luego de unos segundos respirando grandes bocanadas de aire logro calmarme.

—El estómago me duele un poco y tengo hambre también.

No me sorprendo ante las palabras que salen de mi propia boca. Podría estar casi muriéndome y aun así mi último deseo sería comer una gran hamburguesa.

—Oh, claro. Su amiga me dijo que iba a traerle algo de la cafetería en la parte inferior del edificio —explica mientras se acerca y me tiende un vaso de agua y una pastilla blanca—. Esto hará que su dolor disminuya —asiento y lo tomo rápido para evitar que mi lengua toque lo menos posible la pastillita.

—Gracias.

—No hay de qué, señorita Lawler.

—Oh, dígame Nat.

—Está bien, señorita Nat. ¿Terminó con eso? —apunta al vaso de mi mano. Asiento y se lo paso. Mira hacia los lados, a las máquinas insoportables, y sonrío—. Bien, todo está perfecto. Si necesitas algo, aprieta el botón que está al lado de tu camilla y vendré. Y recuerde esperar un rato antes de comer. La pastilla tiene que comenzar a surgir efecto antes de que ingiera algo —sonríe cariñosamente y se despide con la mano antes de salir por la puerta mientras sigo diciéndome a mí misma que deje de ser tan insoportable y que tenga paciencia que dentro de poco llegará Emma con mi comida.

Minutos tortuosos pasan y yo cada vez siento como si me estuviese carcomiendo el hambre. Pero por suerte, la puerta se abre veinte minutos después, haciendo que salte un poco en mi lugar. Joder, ¿por qué tengo que asustarme de todo ahora? *¿Qué mierda pasó para que esté aquí, y así?*

Damon entra rápidamente y cierra la puerta con un portazo antes de acercarse a mí, agarrar una silla y dejarla al lado de la cama. Se sienta con la mirada fija en mi cuerpo cubierto por una suave bata blanca con lunares y la parte inferior envuelta en una fina sábana, penetrándome hasta lo más hondo de mí. Toma mi mano con delicadeza, recorriendo con sus ojos zafiros destellando con fuerza todo mi cuerpo, y acaricia mi piel con asombrosa suavidad en cada movimiento. Mi interior se revuelve, embelesada ante el tacto que se vuelve tan íntimo. Mi piel pica por el deseo arrasador de encerrar sus manos en las mías y hacerlo tomar mis labios con su boca, no permitiendo que nunca nos separen. Estando aferrados de esa forma durante un largo, extremadamente largo, tiempo.

Suelto una pequeña y nerviosa risita, y siento cómo mis mejillas se calientan con fuerza. Me lo quedo mirando, tratando de entender por qué está así con un aspecto tan... miserable. Lleva ropa arrugada; remera blanca y con algunas manchas rojas, un pantalón desgastado y un poco sucio, su cabello completamente revuelto. Sin embargo, la preciosura y el aura sexi rodeándolo

no se ven afectados por el aspecto de sus ropas. Se encuentran totalmente opacados con la intensidad de sus ojos cuando miran hacia mí. Y por supuesto, mi atención se centra más que nada en su rostro. Hay tanta preocupación en su semblante tenso y a la vez aliviado que me hace sentir culpable el pensamiento de haberlo puesto en esta situación.

Baja la mirada hacia nuestras manos unidas y sigue el recorrido que hace su pulgar en mis nudillos con la mirada. Esas corrientes tan conocidas por los dos se hacen presentes como si ya estuviesen esperando a que nos juntemos. Se la queda mirando callado, enterrado en pensamientos que no logro descifrar. Su mirada no expresa nada, está en blanco.

Suavemente, pasa su dedo por mis nudillos lentamente mientras mira fascinado cómo el vello de mis brazos se eriza otra vez en menos de cinco minutos.

Entonces, me mira a los ojos, zafiros contra zafiros. No me muevo. No se mueve. No sé lo que estará pensando en estos momentos, pero su mirada se vuelve cada vez más oscura, brillante, divertida y... excitante de alguna manera. Es infinitamente penetrante.

Ladeo un poco la cabeza hacia un lado y sonrío levemente.

—Hola... —digo dulcemente, aspirando en mi mente la imagen de su sexis labios siendo relamidos con lentitud antes de ser mordidos con ligereza. Mi corazón punta, y me quedo pegada y absorta en el momento, sin apartar mi vista de allí. Aclaro mi garganta. La visión de tal acto haciendo secar hasta los cimientos que hay en mí.

—*Hola* —contesta repitiendo mi palabra, aún con nuestras manos unidas. Baja la cabeza y se encorva para agarrar algo del suelo, el movimiento causa que sus mechones caigan sobre su rostro. La tentación de apartarlos me invade, pero es demasiado tarde para cuando me decido hacer lo que quiero porque al instante se endereza en el asiento y me pasa una bolsa de plástico blanca de donde el olor a comida sale hasta llenar mis fosas nasales. ¡Demonios, sí! Esto es lo que necesito también. Gimo, respirando profundamente el aroma de la comida junto con el de Damon mientras cierro

mis ojos y disfruto durante unos momentos su presencia acompañada por un exquisito almuerzo.

Los abro cuando lo siento removerse en la incómoda silla.

Mira alrededor de la habitación y se para con la mirada puesta en la mesita que tengo a mi lado. Deja que mi mano caiga en la cama cuando se aproxima hacia ese lado y agarra la bandeja que hay allí. Deja el tazón de sopa fría en la superficie de madera y deja la bandeja en mi regazo para que se me sea más fácil comer. Le dirijo una mirada de agradecimiento, colocándome en una posición mejor para devorar el contenido de la bolsa y acerco la bandeja hacia mi regazo.

Damon vuelve a su lugar en la silla y deja la comida preparada en la bandeja negra.

Mmm... Sopa de pollo. Admito que es rica, pero prefiero algo que engorde más. Aun así, es completamente diferente al olor que penetra mis fosas nasales.

Lo miro para preguntarle si tiene algo de chatarra por algún lugar, o dulce para el postre, pero él me corta antes de poder soltar mis palabras.

—Sé lo que estás pensando, Nat... —mete su mano en otra bolsa que está a su lado y saca algo envuelto en papel. Lo abre y... *salto de emoción*. ¡Papas fritas! Una sonrisa se pega en mi cara y puedo decir que tengo fuegos artificiales brillando en mis ojos. Este chico sí me conoce. Damon deja esas delicias en la bandeja y, cuando voy a atacar una, el maldito me lo impide—. Primero come la sopa y luego las papas —lo fulmino con la mirada, pero no lo desobedezco. Lo raro es que no me lo dijo para reñirme, sino que salió de su dulce boca suavemente mientras que volvía a su trabajo en mis nudillos de la mano contraria con la que comienzo a comer.

Lo bueno de comer esta sopa justo ahora es que su caliente sabor me calma a medida que los minutos corren y hace que me relaje mucho más, no solo por la presencia gratificante de Damon. El pollo está más que bueno también. Solo espero que mi cabeza, con la pastilla que me tomé y la sopa que me estoy comiendo, mejore rápidamente.

Y de repente, una pregunta sale de mis labios, ansiosa por recibir respuesta. La intriga ocupando cada sílaba.

—Damon, ¿qué pasó para que yo esté aquí?

Su semblante se vuelve serio en menos de dos segundos y aprieta su mano contraria a la que me agarra. Su mirada se oscurece, pero es una oscuridad furiosa, enojada. Ante su cambio de actitud, dejo mi cuchara junto al tazón de sopa y lo miro, tratando de descubrir qué es eso tan malo que lo hizo enojar.

—Damon, dímelo. No me acuerdo de nada y necesito saber qué me pasó —él aparta la mirada y aprieta fuertemente su mandíbula.

—¿No recuerdas nada? —pregunta en voz baja. Niego—. Es mejor así, Natalie.

Lo miro extrañada.

—¿De qué hablas? ¿Por qué?

—Es mejor que no lo sepas, es mejor solo... olvidarlo —levanto una ceja en modo de pregunta, no entiendo nada de lo que intenta decirme con aquella pequeña y nada informativa oración.

—Sabes que si no me lo dices, mis hermanos lo harán. ¿Prefieres que ellos me lo digan? —me felicito internamente por jugar así con él. A Damon no le gusta que otros dijeran cosas que él fácilmente puede decir, pero que no quiere. Maldice en una voz casi inaudible y me mira furioso.

—Bien. Te fuiste a una fiesta, te emborrachaste sin pudor, y te fuiste a una habitación con un chico. El hijo de puta te drogó —con cada palabra que sale de su boca mis ojos se van agrandando cada vez más. Nunca me emborracho del todo hasta no recordar nada. Bueno, unas pocas veces me emborraché, pero no hasta quedar inconsciente de mis actos e irme a un lugar con un chico desconocido. Aparte de que siempre al otro día me acuerdo de todo lo que pasó en mi borrachera, es por eso por lo que todo es tan extraño. No soy una persona bebedora, y cuando lo hago simplemente... no exagero.

Esperen... ¿dijo que me drogaron?

—¿Qué? —grito alarmada mientras miro horrorizada hacia mi bata de hospital y toco mi estómago, mis piernas y mis muslos, alarmada, en busca

de algún dolor que me dé a saber que mi virginidad fue robada. El pánico me llega. El dolor en mi estómago y cabeza va en aumento mientras el miedo crece dentro de mí, pensando en todo tipo de cosas que posiblemente sucedieron. Me aterrorizo e hiperventilo al darme cuenta realmente de la punzada de dolor en mi estómago. No sé si es posible que mi estómago se sienta dolorido luego de ser violada, pero no puedo evitar sentir cómo mis lágrimas van cayendo mientras sigo con mi inspección. Mi cadera se queja cuando paso mi mano por ese lugar y sollozo tapándome la cara. *¿Es por eso por lo que no me lo quería decir? ¿Porque me violaron?*

La bilis se me sube a la garganta y tengo repentinas ganas de vomitar. Sucia, así me siento al pensar en otras manos recorriéndome. Tocándome. Saboreándome. Un completo desconocido abusando de mi cuerpo ya lo bastante jodido como para agregarle más cosas. Más... marcas, psíquicas y psicológicas. ¿Por qué me tuve que emborrachar? Lo único que me acuerdo es estar en la casa de Emma vistiéndonos y yendo a la fiesta de la zorra de Jazmín. Mejor dicho, ella me arrastró a esa fiesta.

—Nat, espera, deja de moverte así. No es lo que tú piensas —Damon pone una mano en mi hombro cuando se levanta de la silla y trata de calmarme. Me muevo en contra suyo, desesperada.

—¡Me tocó! —chillo perpleja y a la vez asustada, aún sin poder creerlo.

—Natalie, cálmate. Por favor —se sienta a mi lado en la camilla y me acerca a él mientras mis lágrimas siguen saliendo a cascadas, deslizándose por mis mejillas en un recorrido húmedo. Agarro su remera en puños y lo acerco a mí. Entierro mi cabeza en su pecho y sigo con mi agonía, sollozando. Él pasa de arriba abajo su mano por mi espalda y me calma con palabras tiernas y lindas. Mis sollozos disminuyen, pero no se van. Lágrimas silenciosas terminan siendo luego de unos minutos—. Estuvo a punto de violarte, Nat. Ese hijo de puta estaba a tan solo unos bóxer de violarte frente a mí... —puedo escuchar que lo dice en voz baja y con los dientes apretados, como si no le gustaran sus palabras. Su cuerpo tenso contra el mío tembloroso encaja a la perfección. Puedo sentir sus músculos a través de la

fina bata del hospital y toda mi piel se calienta ante ello, a pesar de estar en completo aturdimiento.

Lo acerco más a mí y respiro su aroma varonil.

—¿Tu..., cómo es que tu...? —tartamudeo.

—Emma me llamó diciendo que alguien estaba contigo bailando y tocándote. Primero pensó que tú querías estar con él, pero luego le dije que tú nunca dejas que te toquen los desconocidos. Por lo que le pedí la dirección del lugar y que mientras yo iba en camino, ella viera por dónde ibas o estabas hasta que llegara a buscarte y a romperle la cara al maldito hijo de puta.

—¿Q-qué hizo conmigo?

—¿De qué cosas te acuerdas, Nat? —busco y busco en el fondo de mi mente, tratando de encontrar alguna pista que me revele lo que sucedió en la fiesta. Pequeñas imágenes en blanco y negro, algunas muy borrosas y algunas sin sentido aparecen. Una habitación llena de gente gritona y eufórica. Luces centelleantes que cuelgan del techo, un chico haciendo tragos o copas, Matt parado en una esquina y... ¡Matt!

Aclaro mi garganta seca por el llanto y sorbo mi nariz no queriendo ensuciarlo con mis mocos.

—Ah... recuerdo haber ido con Emma a la fiesta. Ella se quedó con mis hermanos y yo me fui a tomar algo. Me quedé sentada allí, junto a un borracho que roncaba como mil infiernos, y mientras esperaba a que mi bebida estuviese lista miré a mi alrededor. Un chico en una esquina muy oscura me había llamado la atención... —él aprieta mi mano, que en ningún momento la suelta—. Y me lo quedé mirando hasta que el barman terminó la copa de lo que pedí. No sé cuántas tomé, pero ya estaba empezando a afectarme. Nunca me emborraché del todo hasta quedar sin memoria, Damon. *Nunca lo hice*, y esta vez tampoco. El chico de la esquina se presentó a mí y me invitó otra bebida sin siquiera preguntarlo. Cuando ya la tenía en la mano, él me dijo si quería ir con sus amigos y con sus amigas. Me negué, pero insistió tanto que terminé yendo para sacármelo de encima. Fue un gran error. Me dieron más para tomar y cuando ya no podía ni moverme, me llevó a la pista, en donde lo sentí tocarme, pero mi cabeza no procesaba mucho. Luego

de eso, no recuerdo nada. Bueno, son cosas borrosas en realidad; una habitación oscura, el sonido de una puerta siendo golpeada contra la pared... Es muy confuso.

—Ya que no te acuerdas de nada después de todo aquello, te diré lo que pasó desde que llegué —asiento suspirando entre su remera y me acomodo más en su pecho. Es cómodo, calentito y tiene un olor inigualable. Es puramente Damon—. Golpeé al puto de Will porque no me quería dejar pasar a la fiesta. Luego, encontré a mi hermana junto a tus hermanos y, ni bien vio mi desesperación por encontrarte, me dijo a dónde fuiste con el chico ese. Me entró el pánico cuando me apuntó las escaleras, y me volví loco. Corrí y busqué en todas las habitaciones hasta que llegué a la que estaba cerrada con pestillo. Esa era la maldita habitación de Matt. Por lo que simplemente supe que era él quien te llevó.

—¿Matt tiene una habitación en la casa de Jazmín?

—Es su hermano, Nat. Ahora, no me interrumpas... —me reprocha, y luego suspira—. Golpeé y no escuché nada. En una ocasión te oí llorar levemente y... algo de mí hizo que simplemente tirara la puerta abajo. La imagen de alguien sacándote la ropa y dándote un golpe en el estómago fue... algo que permanecerá en mi memoria por toda la eternidad. Verte allí, indefensa, sin poderte defender fue jodidamente... difícil. Me volvió loco y lo dejé casi inconsciente sobre el suelo antes de alzarte y salir de esa maldita casa. Me enfurecí contigo, conmigo, con Matt, con Emma y con tus hermanos. No te quedarás sola en ninguna otra fiesta y dudo que vayas siquiera a alguna más a partir de ahora.

—¿Cómo es que conoces a Matt? —pregunto al recordar que no le dije el nombre de Matt ni nada por el estilo. Aprieta su agarre a mi alrededor y se tensa.

—Va a la universidad. Peleé con él unas cuantas veces. Es un maldito hijo de puta. Es tramposo, *muy tramposo*. Hace de todo por ganar, pero no lo logra conmigo. Bueno, excepto una vez en la que por supuesto saboté todo para vencerme. Sin embargo, lo importante es que no quiero que te acerques a él ni siquiera para darle un buen golpe por lo que te quiso hacer, ya lo hice

yo por ti. Tendrías que haber visto cómo quedó... —su voz se vuelve divertida, y las mariposas aparecen en mi estómago al escuchar su pequeña risa. Es sexi cuando ríe.

—¿Por qué me pegó? Yo no le hice nada ni le di motivos para que lo hiciera.

—Él sabía que eras de mi propiedad. Posiblemente, algunos de los de su equipo que se mantienen al tanto de las peleas de los próximos y excontrincantes se lo informaron. Y por supuesto vio la oportunidad y quiso vengarse de mí por todas las veces que le gané limpiamente en el *ring*. Desea que vea que él es un contrincante digno y que no se rinde fácilmente. Quiso hacerte algo para provocarme. Y es por eso por lo que se ganó una nariz rota.

—¿Tú crees que se volverá a vengar?

—No sé. Solo espero que con esto aprenda que no se tiene que meter con lo que es mío. *Tú eres mía, Natalie.*

Cuando dice todo aquello, tira mi cuerpo un poco hacia atrás para poder verme a los ojos penetrantemente y con tanta intensidad que dudo no haberme derretido aquí mismo.

—Tú eres mía —vuelve a repetirlo y mi interior se calienta, deleitando ante lo apasionado que suena. Lo posesivo que se ve.

Quiero decirle algo, corregir ese pensamiento que tiene de mí y que soy suya, decirle que no pertenezco a nadie porque no soy un objeto, pero algo dentro de mí me impide hacerlo. Me gusta que sea posesivo, gruñón y enojón. Esas son las cosas que lo caracterizan. Lo apasionado que es. Me gustan esas actitudes de él, pero no voy a mentir al decir que siempre es lindo cuando se pone de esas maneras que la mayoría de las veces me sacan de quicio. No sé por qué es así, y sigo teniendo la curiosidad de saber su vida, que él me diga en algún momento algo y así no tener que preguntárselo. El misterio rodeándolo también es lo que atrae ni bien lo ven. Esa aura de hombre duro, frío, malo, que tanto me cautiva. No le cambiaría nada si pudiera. Es perfecto así para mí.

Antes de poder decir algo, la puerta se abre y entran mis dos hermanos junto a Emma. Ellos me miran sonrientes, felices de que esté despierta.

Se aproximan hacia donde estamos Damon y yo abrazados y los dos suben sus cejas, preguntándose qué mierda hacemos así. Me endezco en mi lugar e intento comer un poco más de la sopa que ahora está fría. Sam se sienta en una silla al lado de mi cama y me saca una *papa frita*, para luego llevársela a la boca y devorarla. Y así también lo hace Ty. Les pego manotazos en las manos cada vez que quieren agarrar otra, pero siguen sin darse cuenta de que no quiero que me las saquen. Entonces me veo forzada a decirle a Damon que las guarde de nuevo con él para después poder comerlas tranquilamente ni bien mis hermanos no estén.

La tarde nos la pasamos en grupo, riéndonos de cualquier cosa que dice Sam mientras yo intento solo no pensar en nada que tenga que ver con la fiesta. A cada minuto se me viene a la mente la imagen de Matt sobre mí queriendo sacarme la ropa. Todavía puedo sentir sus manos en la parte baja de mis pantalones mientras su boca está en mi piel. La piel se me eriza cada vez que esa imagen destella en mi mente, y los intentos que hago para mantenerlas fuera no sirven de nada porque a los minutos vuelven a aparecer para atormentarme e impedir que disfrute de la compañía de todos.

Ahora sé que no volveré a ir a una fiesta sin quedarme con mis hermanos o con alguien que conozca. No tengo que estar sola en una fiesta tomando, y menos con desconocidos que me invitan a estar con sus amigos, a los cuales tampoco conozco. ¿En qué mierda estaba pensando yo al aceptar ir con él? Debía estar muy borracha para que eso sucediera y el barman me hubiera dado algo muy fuerte como para estar borracha con tan solo beber tres vasos de lo que sea que me había dado.

¿Y si Damon no hubiese aparecido? Sé que no tengo que pensar en ello, pero es imposible. Me veo tirada en un callejón oscuro y mugriento, con la ropa rasgada, sucia, adolorida y maloliente, magullada y sangrando mientras que Matt se despide de mí diciendo que fui un muy buen polvo.

Pero si no hubiera ido con Emma, si ella no me hubiera obligado a ir a esa maldita fiesta, yo no estaría en este lugar, en este estado y con mi cabeza a punto de estallar con tantos pensamientos sobre todo aquello. Y ni hablar de las palabras de Damon «Tú eres mía». Eso no me ayudó a que mi cerebro

parara de funcionar y trabajar en buscar si hay alguna mentira en aquellas palabras o tratando de entender por qué él me quiere a mí como suya y no a otras. Oh, vamos. No soy la mejor candidata para que alguien me quiera. Soy todo lo contrario a una chica de ensueños de la mayoría de los hombres.

No me gusta maquillarme, usar ropa que no deja nada a la imaginación, hacer cosas cursis, mirar películas románticas y todo eso. Me gusta comer con la boca abierta, usar ropa holgada y oscura, mirar las películas de acción y terror, me alimento sobremanera y me tiro eructos de vez en cuando. *Por lo que no*. Definitivamente, no me considero una genial chica para un hombre, en realidad.

No sé qué me vio Damon, lo único que puedo imaginar es que está loco por sentirse —aunque sea— mínimamente atraído a mí como para besarme de tal manera como lo hizo en el parque de diversiones. Damon es alguien a quien no se le puede descifrar o entender fácilmente. Sus pensamientos se encuentran encerrados en cajas fuertes, rodeadas por millones de perros rabiosos que ni bien te ven atacan. No se puede descifrar lo que va a hacer, lo que va a decir, lo que piensa... nada. Es todo lo contrario a un libro abierto. Se enoja por cualquier cosa que sale mal, gruñe cuando le contradicen o piensan otra cosa contraria a lo que él piensa y golpea a cualquiera que se mete en su camino. Es alguien espectacular, pero a la misma vez alguien misterioso y enigmático, lleno de cosas que nadie sabe ni creo que vayan a saber. Y definitivamente no me quiero incluir en esa lista. Quiero descifrarlo de una manera inimaginable. Entenderlo, apoyarlo y ayudarlo con lo que sea que lo hizo ser así, tan... Damon.

A las ocho de la noche, me dan el alta del hospital y nos vamos a mi casa todos juntos. No sé por qué, pero me gusta que estemos así. La idea de que mi hermano termine estando con Emma definitivamente me encanta y me ilusiona mucho más pensar en que Damon no será un obstáculo entre ellos. Me gusta la pareja que hacen y lo mejor es que Emma es ella misma con Sam, sin necesidad de fingir como muchas otras hacen en su presencia pensando en que ello lo complacería.

Ver a Damon interactuar con alguien más que no sean sus hermanas, los del equipo de boxeo o yo, es algo que me encanta ver. Nunca lo veo hablar con nadie que no sean los de su equipo o sus hermanas, aparte de mí. Me alegra que esté con mis hermanos sin que yo le dijera nada, o algo por el estilo. Ni que se vea obligado a estar con ellos para poder verme a mí y hacerme feliz. Y, si lo hace para hacerme feliz, lo está logrando de una manera maravillosa. Está con ellos tan relajadamente y cuenta cosas sin nada que esconder. Cuenta muchas cosas de las peleas y a mis hermanos les encanta eso. Aman ver el boxeo o todo lo que implique pelear.

Sus ojos adquieren un brillo cada vez que habla de algo o algún tema que le gusta mucho. Sí, definitivamente amo los brillos que tienen sus ojos.

Pedimos pizza a domicilio y nos sentamos en el sillón a ver una película mientras esperamos. Damon nunca se separa de mí, ni siquiera para poder ir al baño. Se mantiene pegado como chicle en un zapato. No es que me queje, en realidad. Me pregunta a cada rato si me duele la cabeza o mi estómago y cadera. Para tranquilizarlo, le respondo siempre que sí. Pero es una simple mentira. Me duele como mil infiernos la cadera, y no me quiero mirar allí para comprobar cómo de mal está porque sé que me pondré a llorar al ver lo que tengo. No quiero que me vea llorar, aunque ya lo haya hecho en el hospital. Se preocuparía más de lo que lo hace y no quiero eso, por lo que me quedo callada.

La pizza llega media hora después y, de alguna manera me mandan a abrirle al repartidor, ignorando lo destrozada que me siento física y mentalmente. Tan solo soy la primera opción cuando suena el timbre. Y por supuesto tengo que bajar hasta la planta baja y recibir la comida. El chico joven, de unos dieciocho años, alto y delgado sostiene sobre sus esqueléticas manos las cajas de pizza con el logo del local. Su aspecto hace que no pueda evitar darle una pequeña ojeada disimulada mientras le sonrío amablemente. Es blanco, muy blanco. Ojos verdes grisáceos muy grandes que decoran su rostro y el pelo rubio ceniza cayéndole a cascadas sobre la frente y los hombros. Lentes grandes y gruesos cubren sus ojos mientras que su vestimenta es simplemente el uniforme de la pizzería.

Se me queda mirando sin decir nada; con la cabeza ladeada hacia un lado, con los ojos fijos en mí y mirándome hipnotizado. Y todo esto mientras saco el dinero del bolsillo trasero de mi pantalón de dormir y le dejo ver mi pijama de conejos y mis pantuflas que llevo puestas a causa de no haberme puesto un abrigo antes de bajar.

Damon se ríe cuando le ve un rastro de baba amenazando con salir de la boca del chico. Él quería venir a abrirle al repartidor por temor a que Matt hubiese mandado a alguien a matarme. Muy exagerado, pero como me gusta que esté cerca de mí, no lo contradije y bajamos juntos en el ascensor, en un tenso ambiente cargado de emociones indescifrables.

El repartidor ni bien le pago se aleja con la cara roja de la vergüenza cuando alegremente Damon le dice que soy su novia y que no me mire más como si quisiera *follarme* frente a todo el mundo. Eso inevitablemente me recuerda a la fiesta, pero aparto la imagen de Matt sobre mí y me concentro en saludar con la mano al pobre y avergonzado chico.

Comemos entre risas y películas. Creo que mis hermanos son los que terminan tres *pizzas* solos, pero también pienso que Damon les ayuda un poco con ese trabajo. Apenas nos dejan tres porciones a Emma y a mí. Y definitivamente no me conformo con solo eso. De suerte, Ty había preparado una torta de chocolate antes de que pidiéramos la *pizza*, mientras desde la cocina él veía apenas la película reproduciéndose. La devoramos gustosos, como si no hubiésemos comido dulce hace mil años. Somos todos unos glotones, tengo que admitirlo.

Entonces, mientras mastico, le pregunto a Emma si se queda a dormir y su respuesta es un muy emocionado «sí» que me deja un tanto aturdida. Me comenta que Elle está con su primo, por lo que no hay problemas con que Damon y ella se queden.

Sin imaginarme que Emma dormiría en la habitación de Sam y Damon en la mía, me encojo de hombros y sigo degustando la exquisitez de mi torta.

Cuando me doy cuenta, Damon se está preparando para acostarse junto a mí en la cama. No me importa en lo más mínimo. Todo lo contrario. Su pecho es uno de los lugares más cómodos en el cual dormir. Me gusta sentir

sus respiraciones disminuir cuando se queda dormido y que su agarre alrededor de mí sea más fuerte para que no me escapase. Aunque dudo querer escaparme de este lugar... Sus labios se entreabren de una manera muy besable para mi gusto e imágenes de mí besando esos impresionantes labios me vienen a la mente, mi piel hormigueando en el proceso.

Sentir ese espacio libre dentro de mí siendo rellenado por él es algo que nunca pensé que pasaría. Nunca pensé que estaría y me sentiría tan cómoda estando con una persona, aunque a veces nos peleamos o nos enojamos por algo que el otro haya hecho o dicho, no cambia nada lo que pienso.

Paso una mano por su esculpido estómago y la dejo reposar en su costado. Miro su perfil tan hermoso y me doy cuenta de que tiene un pequeño lunar en el lado derecho de su cuello. Mmm... Es tan lindo y sexi. Me estiro un poco y le doy un pequeño beso justo allí.

Hasta con un lunar es hermoso.

Su cuerpo tiene un leve escalofrío y su agarre se tensa, pero luego se relaja y me aprieta más contra él. Su mano se queda en mi cintura, mi pecho contra su costado y mi rostro enterrado en su cuello. Respiro su olor tan rico y suspiro agradecida por tenerlo conmigo en estos momentos y por haberme salvado en circunstancias en que mi virginidad se veía totalmente involucrada.

Le vuelvo a besar en ese lunar justo antes de quedarme dormida y en donde mis sueños y pensamientos tratan de un chico de ojos zafiros tan brillosos como las estrellas de la noche y un pelo tan revuelto que dan ganas de pasar tu mano por él.

Mi chico.

CAPÍTULO



Damon.

Así se llama el problema.

Es tan confuso la mayoría de las veces, me intriga y me enoja que sea así. Es difícil comprender a alguien que no te habla de lo que piensa y que quiere esconder todo rastro de emoción todo el maldito tiempo. No lo entiendo.

A veces se comporta como si fuera un niño pequeño, riéndose por todo sin importarle nada, y otras es todo lo contrario, inexpresivo, gruñón y enojón, enigmático hasta la mierda y muy confuso. Sus cambios de humor me tienen hasta el tope de la cordura.

La semana me la pasé todo el maldito tiempo pensando en si hice algo malo o no, en si dije algo indebido o hablé muy poco. Creo que apenas dormí por las noches, mi insomnio me afectó también en el instituto; me la pasaba cabeceando en las clases para no quedarme dormida y no terminar el día en la sala de castigos.

Fue extraño. Demasiado extraño. Nunca me hice tantas preguntas en un día como lo hice en toda esta semana.

Porque de repente, los días después a que me dieran el alta del hospital, él me ignoraba o pasaba de mí. Traté de hablarle, pero hacía como si no me escuchara. Me indignó y... me puso triste. Me desconcertó que hiciera eso, nunca pensé que necesitaría tanto la atención que Damon me daba.

Pero lo que no cambió fue el hecho de que siempre fui a las peleas que él tenía, y como no quería ser ignorada frente a todos, luego de la lucha me iba sin mencionar palabra. No me quedaría cuando su estado de ánimo conmigo

cambió radicalmente, pero tampoco deseaba que le fuera mal en sus peleas por el hecho de que no estuviera allí presente para él. Solo por eso fui. No quería ni siquiera imaginar la culpa que tendría si un día no voy a apoyarlo y por ello él termina destrozado en vez de ser el vencedor. Y sin embargo, Damon notaba mi presencia, pero no hacía *nada* por hacérmelo ver. No quería que yo supiera que estar allí lo ayudaba. Entonces me di cuenta de que al parecer tuve razón en algo; se cansó de mí.

Y si no fue eso... *¿qué fue entonces?*

No puede alejarse de mí sin ninguna excusa, no sin al menos justificarlo. Ni siquiera sé si le hice algo, Dios mío.

Cuando Damon me ignoraba en las clases que teníamos juntos o directamente cuando iba a la casa de él para estar con Emma, él rápidamente hacía planes con su primo para ir a tomar algo. Eso partió en dos las posibilidades de poder hablar y arreglarnos. Pero al cabo de una semana, me cansé. Me cansé de seguirlo a todos lados con la mirada o de esperar esperanzada que me mirara o me dijera algo, aunque sea un mísero «hola».

Pero no, no me dijo nada.

Acaricio lentamente a mi bola de pelos acurrucada en mi regazo, disfrutando su sedoso pelaje entre mis dedos. La lluvia cae y choca contra mi ventana, las nubes grises llenan el cielo y el viento hace un ruido agudo al chocar contra los vidrios de las ventanas por todo el departamento. Mi estado de ánimo, triste, desolado y sin esperanzas es igual al día rodeando la ciudad. Tan deprimente y oscuro como me siento. No sé qué hacer. Damon consumía todas mis horas libres, pero ahora que ya no está, no tengo nada en qué usarlas. Correr definitivamente no está en la lista. El mal tiempo y la tormenta a solo pasos de distancia hacen añicos el deseo de descargar la frustración domando cada pedazo de mí corriendo. La única cosa que puedo hacer, entonces, es acariciar a Burry y admirar la belleza triste a través de mi ventana.

A pesar del mal día, el entrenador de mis hermanos prácticamente obligó a todos a asistir al entrenamiento. Según los gemelos, logró conseguir un gimnasio en el cual recuperar las horas en vez de en el campo de

entrenamiento. Y lo entiendo, definitivamente con este clima nadie puede permitirse estar afuera. El viento es fuerte, tanto que logro escuchar cómo pequeñas ramas son arrancadas de los árboles y chocan contra los costados del edificio. Y si eso logra hacer el viento, cortar una maldita gruesa rama de un árbol enorme, no puedo imaginarme qué es lo peor que pude hacer. La naturaleza, tan hermosa como es, es bien jodida cuando se lo propone. Si el entrenador no hubiese aclarado que era en un lugar cerrado y bien seguro, hubiese atado a mis hermanos a las patas de mi cama para que no hicieran caso a sus demandas y fueran a ejercitar al aire libre.

Pero en vista de que están lo suficientemente seguros, me permito relajarme con mi perra acurrucada sobre mis muslos y disfrutar el hecho de que tengo la casa para mí sola. Estoy feliz por todo el silencio que hay a mi alrededor, permitiendo al sonido de la lluvia penetrar cada pedazo de él hasta ser el único que se escucha. Me deleito. Y entonces, imágenes de unos ojos azules aparecen en mi mente, distrayéndome de todo lo que me envuelve. Mi alrededor desaparece y solo me quedo ahí, entre una oscuridad tranquilizadora, con los ojos intensos de Damon. Mi Muchachote.

Es inevitable. Es como si mis pensamientos fuesen directamente a él cuando no puedo hacer otra cosa. Aunque estuviese tratando de distraerme con algo, pensaría en él porque sabría que trato de no hacerlo. Es como si tratase de hacer algo para no pensar justamente en Damon, pero a la misma vez, tratar de hacer eso me lleva a pensar directamente en él. Es confuso, lo sé. Pero es verdaderamente cierto y no lo puedo evitar a pesar de intentarlo con fuerza.

Las horas pasan con lentitud a medida que otras partes de Damon aparecen en mi cabeza para atormentarme y hacerme recordar lo molesta que estoy con él por alejarse sin motivos de mí. Sin explicaciones, sin mensajes. Sin nada. Dejándome sola como un cordero abandonado, necesitado de cariño y protección. Algo que totalmente no me gusta ser. Estar indefensa ante otros, mostrarles la desesperación por consuelo, amor, que hay en mi interior. Mostrarles cuánto me afecta todo, apartando a la fuerte Natalie a otro lugar lejano.

No puedo permitirlo. Nunca más, ya no más.

Entonces, decido distraerme de todo, forzándome por lo menos a distraerme unas pocas horas para no pensar en él, enterrarlo en lo profundo de mi subconsciente hasta la próxima vez que aparezca de nuevo, destellando con energía.

Al mediodía decido comer el resto de la comida que sobró de anoche; pollo al champiñón con algunas verduras, el cual no hace nada por calmar mi desanimado interior como muchas otras veces. Aun así, lo encuentro exquisitamente exquisito. Mi boca degusta con gran aprecio cada porción que tomo en mi plato, mi estómago pensando en que Ty se haya propuesto aprender más y más recetas de cocina para sorprendernos cada día más con sus gustosos debuts. Las terminaciones finas y delicadas que hace antes de entregarnos nuestros platos son sorprendentes a la vista y más sabiendo que él empezó hace muy poco tiempo a cocinar.

Y ni hablar de que vuelve locas a las chicas del instituto. No puedo esperar por que consiga alguna novia, que sea sincera y linda a la misma vez —Dios, lo imploro con todo mi corazón. Al contrario de Sam, Ty se rompe fácilmente si alguna chica se mete muy dentro de su piel y luego lo deja. Estoy segura de que terminará destrozado, por lo que espero que no sea alguna de las zorras de nuestro instituto. Me encantaría que fuera alguien como Emma, pero sé que, con la actitud de mi hermano, con alguien como ella no estaría completamente feliz. Mucha inocencia no es su tipo, a pesar de adorar de igual manera a la hermana de Damon.

Lo imagino más con una chica extrovertida, alegre, que se comporte como se le dé la gana, pero que fuese muy tierna y lo hiciera feliz con tan solo una sonrisa. Que sea sincera y no le mienta, que sea linda, pero con algún defecto porque los defectos son cosas que te hacen especial. Aparte, a Tyler le encanta todo lo que es extraño o nunca jamás visto, o algo que sea difícil de encontrar. Que se enamore de alguien digna de su corazón, que lo quiera de verdad.

Puede que él se haga pasar por alguien que no se puede romper fácilmente, pero como su hermana digo que es todo lo contrario. Ya lo vivió una vez y no

dejaré que haya una segunda.

Mierda. Ya estás empezando a ser cursi y protectora. Aléjate un poco de las películas de Emma, más ahora que estás mucho más con ella que cuando estabas con Damon.

Y ahí van otra vez mis pensamientos a Damon.

¿Qué me hizo para que no pueda estar al menos unas horas sin que su imagen se aparezca de la nada a mi mente, y que todo lo que hablo terminase con algo que ver con él?

Maldito bipolar que un día está sonriéndome y al otro me ignora y me confunde.

Para tratar de hacer algo «productivo» y por unos minutos olvidarme de aquel hombre que cautiva cada onza de mi sistema, me propongo a mí misma cocinar algo sencillo para el postre, y así distraerme del individuo metido bajo mi piel.

Me decido en hacer un poco de batido, y un sándwich de pollo y vegetales para comer cuando tenga más hambre. A pesar de haber terminado de comer hace tan solo unos minutos, mi interior sabe, más específicamente mi estómago, que eso no basta para calmarme más que solo unas pocas horas. Cuando termino y le agrego unos pocos ingredientes más de los que habitualmente hago, me siento en el cómodo sillón y saco mi celular. Busco entre los pocos contactos que tengo y voy hacia el nombre «Emmita» para enviarle un mensaje. Así es como Emma se agendó en mi celular, mientras que yo decidí agendarme en el suyo con algo más de sutileza «La sexi y hermosa de tu queridísima amiga que putea todo el tiempo» y junto a todo eso una carita feliz. Sin embargo, cuando noté que no entraba todo el apodo que me puse a mí misma, me decidí por algo más corto y simple de recordar.

«Jodida Amiga», fue el segundo apodo que se me ocurrió para mí misma, por lo que así me guardé en su celular.

¿Dónde estás? —le mando. Me quedo devorando mi rico batido, notando cómo el líquido helado baja por mi garganta en un recorrido que deja congelada cada parte por la que pasa. Tiemblo ante la combinación del frío día y la bebida mientras espero a que me llegue una respuesta.

Estoy en el recreo de cinco minutos antes de comenzar la clase de ballet de nuevo. ¡ESTOY AGOTADA!

No digo nada con respecto a eso. Su profesora es también tan extremadamente exigente, que ni un día como este les impide a las estudiantes faltar. A pesar de ser fin de semana.

Luego de tu linda y divertida clase, ¿harás algo?

Sam me invitó a algún lado... No sé a dónde me llevará. Perdón, no quiero dejarte sola, pero es la primera vez que ÉL ME INVITA A COMER O A HACER ALGO —me río ante su manera chillona y emocionada de escribir. El entusiasmo se le puede oler hasta China y bueno, y el nerviosismo también. Tampoco menciono el hecho del clima pronosticado para todo el día de hoy que les impedirá ir a cualquier sitio. Me da pena sacarle la emoción, y solo espero que decidan mantenerse en un lugar cerrado como el cine o algún otro sitio que los proteja de la lluvia.

OK..., estoy llorando por dentro. Pero... ¡TE FELICITO! YA ERA HORA DE QUE MI ESTÚPIDO HERMANO TE INVITARA.

¡JA-JA, SÍ! ¿Te enojaste porque no puedo quedarme contigo?

¡Para nada, tontita! ¡Estoy feliz por ti, algo se me va a ocurrir para sacarme este aburrimiento, no te preocupes!

¿Quieres ayudarme con la ropa?

No, gracias. Tienes mejor gusto que yo, Emma.

Ahhmm... OK. ¡Espero que te diviertas con Ty!

Claro, de seguro nos la pasaremos en la cocina. Yo destrozándola con harina y él limpiando el desastre...

Ya me imagino.

Pero le diré a mi hermanito Sam qué se puede poner para su cita.

No es una cita... —me la imagino, al decir eso, con su pelo cubriendo parte de su rostro en vergüenza mientras que sus mejillas se ruborizan con fuerza.

Sí lo es, Emma. Te invitó a salir a algún lugar que desconoces... Es una cita...

Admito que en realidad no sé casi nada de citas, sin embargo, aquello no quita que piense que de igual manera esta será una. Mi hermano no es de invitar a las chicas a salir como amigos. Si él invita es específicamente para una cita.

Como digas...

¡Sip, así lo digo yo!... Oh, espera, está sonando el teléfono de línea... —le mando al escuchar el espantoso sonido del teléfono de la sala que está junto a la tele.

¡Bien, de igual manera tengo que volver a la clase, me retrasé por tres minutos! ¡Maldita! Es tu culpa.

Ya, sí, claro.

Nos vemos.

Sí, sí...

El teléfono vuelve a sonar, y realmente la idea de levantarme me enferma de muchas maneras, la vagancia dominando esa idea. Tengo tantas ganas de no hacer nada en realidad aparte de dormir y mirar la tele que pensar simplemente en mover mi cuerpo, levantarme, caminar unos pocos metros, tomar el teléfono y hablar... no se encuentra en mi lista de deseos justo ahora. Y, de todas formas, me levanto, dejo mi celular en el sillón y pesadamente camino arrastrando los pies hacia el teléfono para descolgarlo, esperando que luego de esta llamada nadie más moleste mis horas de descanso.

—¿Hola? —digo con un tono molesto.

—Eh, Nat... Y-yo necesito... —me paralizó al escuchar su voz nerviosa, tomándome completamente por sorpresa notar que en serio me está llamando. Sin embargo, a pesar de aquello, no evito que la ira dentro de mí salga burbujeando hacia la superficie. ¿Cómo es que se atreve a llamarme, diciéndome que necesita algo?

—¿Ahora te dignas a hablarme? —aguanto la respiración, las heridas cerradas por lo que hizo sin explicaciones abriéndose a medida que lo escucho agitarse lentamente.

—Nat... no me grites —se digna a espetarme, seguramente con los dientes apretados. Su usual forma de intimidar llevándose a cabo en el peor momento. Porque esta vez, nada de lo que él diga hará que mi enojo disminuya. Ni siquiera con bramidos, porque siguen siendo inexplicables como todo lo demás.

—¿Que no te grite? ¿Es. Jodidamente. En. Serio?

Rechino mis dientes de una forma para nada sana, y tomo con más fuerza el teléfono para no dejarlo caer y cortarle, tanto como quiero hacerlo en este comentario.

—Sí, ya cálmate.

—Eres un maldito hijo de puta, Damon. Tendría que cortarte la llamada y dejarte hablando solo en estos momentos, por idiota.

—Está bien, no te enojas, ¿sí? ¿Podemos hablar tranquilos? —suspira. Y por más que quiera impedirlo, un escalofrío recorre mi espalda de la misma forma en la que siempre sucede cuando lo escucho hablar en ese tono arrepentido.

—¿Ahora quieres hablar? ¿En serio? ¿Luego de una semana ignorándome?

—Luego te lo explico, pero necesito que me hagas un favor —su voz suena desesperada y esperanzada a la misma vez. Nunca escuché a Damon estar desesperado o ansioso por algo. Siempre tiene las mismas reacciones bipolares, pero no esas dos en particular. Es extraño, pero me alegra ver que no es solo un hombre de las cavernas y que, cuando quiere, puede ser un tipo desesperado y con más emociones que no sean similares a la ira.

Mi enojo disminuye muy poco, pero todavía sigue dentro de mí. Respiro hondo y trato de calmarme para no terminar yendo a donde él está y ahorcarlo con un cinturón que tenga a mano.

Por más que quiera negarme a hacerle ese favor, estoy intrigada por saber qué es la ocasión de la cual él se comporta así de desesperado.

—¿Qué quieres?

—Bueno...

—Dilo rápido o te corto —lo escucho suspirar a través del teléfono, derrotado, y puedo imaginarlo pasando la mano por su sedoso y revuelto pelo.

Concéntrate, Nat.

—Mi primo y su novia quieren conocerte. Nos invitan a una cena. Elle vendrá con nosotros y también necesito que me ayudes a vestirla para la ocasión —murmura con un tono bajo y casi inaudible.

Escucho atentamente cada palabra y las repito en mi cabeza hasta realmente entenderlas. Damon nunca me había hablado de su primo. Apenas lo mencionó un par de veces cuando decía que sus hermanas se quedaban con él. Si mal no recuerdo, su nombre es Finn. Sin embargo, la mención de su novia sí me llena de sorpresa. Hablar de su familia, mucho más extensamente de lo que generalmente habla, no es propio de él. Siquiera habla de sus hermanas con otras personas que no fuéramos nosotros. Tampoco lo oí contarle a su equipo de ellas, pero según Damon, algunos miembros de su equipo son más que empleados de él. Son amigos, por lo que supongo que ellos sí sabrán sobre Emma y Elle. ¿Pero su primo y su esposa? Totalmente extraño que los traiga a colación. Mucho más diciendo en la misma frase que ellos me quieren conocer. ¿Cómo es siquiera eso posible?

Jesús, si solo sé apenas el nombre de su primo. Y eso porque lo escuché por primera vez de la boca de Emma cuando fui a su casa y me enteré que ella y Damon son hermanos.

Y pensar que eso tan solo fue hace poco tiempo, y que al contrario se siente tan lejano.

—Esos son dos favores, Muchachote —digo intentando sonar divertida para esconder la perplejidad recorriéndome por completo.

—Como quieras, Nat. Pero ¿lo harás? ¿Vendrás a la cena? —esperanzadamente, habla con un leve tono en el que puedo notar que está sonriendo.

—Solo tienes que decirme algo.

—OK.

—¿Por qué de repente decidiste ignorarme luego de quedarte a dormir el día que me dieron el alta del hospital? ¿Hice o dije algo que te molestó? Si es así, me lo hubieras dicho, Damon.

—No es eso —me interrumpe de nuevo con su voz desesperada, como si le estuviese hiriendo de alguna manera con mis palabras—. Solo, no sé lo que me pasó, Nat. No sé por qué lo hice. Fue algo dentro de mí que me impidió hablarte. Algo en mi cabeza, podría decirse. Pero... joder, ni yo lo entiendo. Perdóname, no volverá a pasar —suspira en derrota. No puedo decir nada contra eso. Es difícil no confiar en él cuando pone ese tono sincero y devastado cuando pasa algo y es su culpa. Es tierno y hace que mi enojo disminuya más y más al escucharlo.

—Iré. Pero no te salvarás, Damon. Hablaremos de esto —amenazo.

—Claro. Gracias, Nat.

Lo escucho suspirar, casi... aliviado. Y se podría decir que el nerviosismo es el que más habla conmigo en vez de él. ¿Es por todo esto de mí conociendo a la otra parte de su familia que lo tiene preocupado? Nunca ha dicho nada malo sobre ellos, aunque no es que los mencionara, pero cuando lo he oído hablar casualmente jamás los describió como personas malas.

—Así que... ¿por qué me quieren conocer? —pregunto cuando la intriga crece más hasta hacerse notar en mi voz. Nunca pensé que conocería a alguien de la familia de Damon que no sean sus hermanas. Es tan reservado con ese tema. Por lo que estoy intrigada, emocionada y horrorizada ante la idea de presentarme frente a su familia. Una parte de ella.

Su silencio repentino no ayuda con el hecho de que estoy ligeramente asustada. Al no recibir respuesta, pensando que no me habrá escuchado, le vuelvo a preguntar hasta que oigo de nuevo su suspiro. ¿Cuántas veces va a suspirar? Con cada uno un escalofrío me recorre todo el cuerpo y no puedo evitar que mi corazón se acelere al escucharlo. Hasta sus suspiros me dejan necesitada.

—Solo ven a mi casa a las siete. Te voy a estar esperando —cuelga la llamada antes de poder discutir y maldecirlo gritando por no responderme.

¿Por qué no me quiso decir? Fue una pregunta inocente. ¿Por qué mierda se puso así hasta el punto de colgarme?

Me dará respuestas sí o sí.

De esta no te escaparás, Muchachote.



—¿Así que me dejarás solo en este departamento en donde me pueden violar y cortar en trocitos para luego venderme a la mafia? Soy muypreciado para que eso pase.

Ty se pasea por la cocina con tranquilidad, limpiando el lugar para poder cocinar en el mejor orden posible. Limpia la mesada con esmero nunca antes visto mientras hace su actuación exagerada sobre el tema de mí yéndome con Damon. Hace media hora que llegó y le dije todo lo que iba a hacer con él y luego empezó con toda esta escena mientras comenzaba con su rutina de limpieza a fondo. Me da un poco de pena perderme la exquisita comida de mi hermano aprendiz, pero algún día tenía que pasar. Faltar no es algo que en serio me guste, porque vamos su comida es verdaderamente deliciosa como para que yo lo haga y sin embargo, ahora estoy obligada a irme. Y no entiendo por qué cedí tan rápido a acompañarlo. Damon apenas me lo preguntó, me dio una ligera y confusa respuesta y yo solo... acepté sin más. ¿No se suponía que estaba extremadamente enojada y dolida con él? ¿Por qué demonios acepté siquiera?

—No exageres, Ty. ¿Quién querría hacer todo eso, y más contigo? — respondo a su anterior pregunta, nada extrañada por sus palabras. Lo veo llevarse una mano al corazón y hacerse el herido al escucharme. Seca una lágrima inexistente de su ojo y me mira con esa cara de perro inocente, llevando en sus manos unos guantes envueltos en espuma.

—Eres mi hermana. No digas eso —chilla como niña—. Aparte, las chicas que pienso invitar estarán más que encantadas de violarme, pero dudo que me corten en pedazos y me vendan. De última me secuestrarían y me violarían a cada rato y sin saciarse, *una por una*.

Si antes estaba con esa cara exageradamente triste, ahora está más que entusiasmado por la «genial» idea que tuvo sobre esas chicas violadoras. Pongo una cara de asco.

—Qué asco, Tyler. Te prohíbo dejar entrar a alguna de tus zorras personales en la casa donde vivo. O te vas tú o no viene nadie. No quiero que me contaminen el departamento, mucho menos el sillón y las camas. Estás loco si piensas que te dejaré —desinflo por completo su burbuja, pensando en que parezco una mamá sobreprotectora a pesar de no ser mi casa en realidad.

—Tú no estarás para saber si pasa o no.

—Pero tengo a mi *perra guardiana* para vigilarte, idiota. Recuerda que yo tengo el control sobre esa bola de pelos —me siento orgullosa de mí misma al decir aquello. Al parecer funciona mi amenaza muy errada, porque a Ty se le deforma la cara, llegando a hacer una mueca horripilante. Intento esconder mi risa burlona en el fondo y por suerte lo logro a duras penas.

—Está bien. No traeré a nadie. Déjame solo en mi casa justo la noche que habrá una tormenta llena truenos y relámpagos.

—Vendré justo antes de que te duermas y te arroparé —digo en broma. Una posible sonrisa amenaza con salir de su boca, pero la retiene con mucho esfuerzo.

—No es cierto, te quedarás a dormir en la casa de tu amado y Emma se quedará aquí con Sam. Así que estarás sola con Damon y su hermanita —entorno los ojos.

—¿Sabías que Emma y Sam saldrían? —asiente sonriendo—. Me lo hubieras dicho. ¿Desde cuándo lo sabías?

—Ayer —se encoge de hombros y su declaración me molesta. *Podría habérmelo dicho para que yo no me enterara por un maldito mensaje de texto.*

—Bien, me niego a darme el gusto y pegarte hasta que quedes en el suelo con sangre a tu alrededor.

—Sé que me amas tanto, Nat. No era necesario que lo demostraras de ese modo —ruedo los ojos.

—Me estás tentando a hacerlo... —amenazo y su cara se convierte en deforme. Levanta las manos en derrota y sonrío.

—No me arriesgaré a perder a mis bolas. Al contrario de Sam, ellas sí tienen buenos nombres.



Media hora después, me encuentro poniéndome mi remera de Metallica luego de un baño refrescante. Los pantalones pitillos que me compré cuando Emma y yo fuimos de compras y unas Vans de color negro ya están puestas en su lugar sobre mi cuerpo ligeramente húmedo. Mi cuerpo relajado flanquea con cada paso que doy por mi habitación a medida que recojo el desastre sobre cada superficie. Todo está desordenado y me siento un poco avergonzada de saber que Damon una vez lo vio así. ¿Hace cuánto no ordeno a fondo mi habitación? ¿Damon en serio lo vio así y decidió quedarse? Joder, qué bochorno.

Dejo que mi pelo caiga sobre mis hombros y me coloco mi campera de cuero justo cuando termino con mi habitación. Me siento levemente más animada al saber que cuando vuelva aquí, ya sea con Damon o sola, me encontraré con un cuarto ordenado y limpio del cual disfrutar hasta ser nuevamente destrozado. Suspiro, y por último, cuelgo sobre mi hombro el bolsito de Burry y la coloco suavemente a ella dentro antes de bajar las escaleras.

El nerviosismo no espera en atacarme y arremete con fuerza ni bien subo al taxi estacionado frente a mi edificio y le doy la dirección del departamento de Damon. Un nudo en mi garganta comienza a formarse hasta el punto de tener que tomar pocas respiraciones para calmarme. No solo estoy así por ver a su familia, sino por verlo a él tan cerca luego de todo este tiempo que estuvo evitándome. Y ahora cómo deseo poder sentirme enojada de nuevo en vez de nerviosa, desorientada y confusa. Lo prefiero una y mil veces, pero mi cuerpo no escucha. Nunca lo hace cuando de Damon se trata.

Entonces, el pánico por conocer a su primo y novia se hace paso por mi sistema también, dejándome claustrofóbica retorciéndome en el asiento del

coche en busca de libertad.

Realmente deseo llevarme bien con ellos. No puedo imaginármelos como canallas pretenciosos porque ningún Woodgate hasta ahora conocido es así, en definitiva. Si es gente que se la pasa hablando toda la cena de trabajo o haciendo preguntas estúpidas como *¿trabajas o eres un holgazán?* No creo poder llevarme muy bien con ellos. No creo tener el visto bueno de parte suya porque, por Dios, tengo diecisiete años y apenas ahora estoy buscando trabajo.

Corrección. Apenas ahora tengo trabajo.

Finalmente, la respuesta de que me aceptaron fue dicha por mensaje de texto hace unos pocos días, cortante y frío.

Y si Damon vuelve de repente a ignorarme como ya lo ha hecho, que se olvide de verme todos los días porque no soportaré que me ignoren como si fuera una cualquiera. Aún sigo dudando si fue la opción correcta. Trabajar en un lugar por el que siempre encontraré a Damon es algo agotador. Verlo ejercitar va a ser una bendición y a la misma vez algo horrendo y espantoso. Bendición porque poder verlo sudoroso y al descubierto es algo que bueno, deleita a todas las que lo ven, y horrendo y espantoso porque no voy a poder lanzarme sobre él y darle a saber a todas las posibles mujeres merodeando por ahí que es mío. ¿Cuánta vergüenza lo haría pasar si una empleada se cuelga sobre sus brazos y comienza a besarlo?

—Señorita, llegamos.

El taxista me saca de los pensamientos. Sacudo mi cabeza para alejar todo pensamiento sobre ello y vuelvo mi atención al presente, en donde el señor se encuentra esperando por una respuesta de mi parte.

—Claro, gracias.

Pago la tarifa con rapidez, mis manos temblando, y me bajo con Burry, quien duerme plácidamente dentro de su refugio que cuelga desde mi hombro a mi cadera.

Luego camino hasta la puerta de entrada a paso lento, tomando respiraciones a medida que mis zapatillas resuenan en el húmedo asfalto, y toco el timbre. El abrigo que llevo puesto ahora no hace nada por cubrir el

repentino frío de la noche que se intensifica con cada segundo que espero. Y solo minutos después, la voz de Damon resuena por el intercomunicador.

—¿Sí?

—Muchachote, ábreme. Está lloviendo y me estoy muriendo de frío.

Festejo el hecho de que mi voz saliera tan normal y casual como siempre lo hace en vez de demostrar el verdadero manojito de nervios que soy.

—¿Quién eres? —se burla, y el frío en mis venas impide que comience a lanzarle una cadena de maldiciones.

—Si no me abres no iré a conocer a tu primo y a su novia.

—Bien, bien, qué aburrida —murmura antes de cortar la llamada. Segundos después, un sonido que da a saber que la puerta se puede abrir resuena y mi cuerpo chillaba de alegría al notar que adentro está cálido.

—Gracias, Muchachote —grito al intercomunicador cuando estoy entrando.

—*Maldición, Nat. No me llames así.*

Río y suspiro mientras voy viendo los números aumentar en el ascensor y voy llegando a su piso. ¿Me dirá el porqué me ignoró? No creo que ahora me lo diga, pero sí o sí, a la vuelta de la casa de su primo, se lo exigiré. No puedo dejarlo ignorarme de esa forma durante días y no obtener de su parte una excusa medianamente creíble.

Toco la puerta con mis nudillos y espero. No pasan ni cuatro segundos cuando Damon aparece frente a mí con unos vaqueros, una remera que se amolda perfectamente a su cuerpo esculpido por los dioses y sin nada cubriendo sus pies. El aliento se me atasca en la garganta ni bien noto sus pies desnudos, y definitivamente no puedo creer lo estupefacta que estoy al pensar que se ve sexi sin nada cubriéndolos.

Su pelo está despeinado como siempre lo está y su postura es relajada. El olor a perfume destella a su alrededor, solo apenas. Olisqueo el aire que nos separa para absorber tanto como puedo antes de que se mueva hacia un lado y me deje entrar, casi rosándolo por el pequeño espacio que me deja libre su enorme cuerpo. Cierra la puerta y me sonrío levemente, un poco

avergonzado. Estoy segura de que es por todo lo que le grité por teléfono y su mal comportamiento. Tiene que agradecer que todavía le hable. Aunque es difícil no hablarle a él, eso lo garantizo.

—Elle te espera en su cuarto. Ya está bañada, solo falta cambiarla —dice él parándose frente a mí. Asiento y me encamino a la habitación de Elle, donde toco su puerta y la abro. Entro y la cierro despacio para no hacer tanto ruido.

Ella se me queda mirando sin hacer nada. Le sonrío cariñosamente sin saber qué decir y saco a Burry de su saco. Mientras mi perra comienza a olfatear todo lo que se encuentra en el suelo y Elle sonrío al verla, lanzo el bolsito sobre la cama de la niña. Ella se encamina a la bola de pelos y la acaricia con verdadero afecto. Sin duda gustándole. Pero no dice nada, simplemente la toca.

—Elle, buscaré algo lindo para ponerte, ¿sí? —informo con una voz suave.

Ella apenas voltea y asiente antes de seguir atendiendo a Burry con muchos masajes a su barriga en crecimiento. Me encamino a su armario y lo abro, sorprendiéndome ante todos los vestidos que hay. Tantos colores diferentes

—¿Qué quieres ponerte?

Recorro una por una las prendas frente a mí mientras pienso y escucho a mi bola de pelos gimotear con deleite. Definitivamente, hoy en especial no es un día para ponerse un vestido. Aunque bueno, tampoco es un día para salir a entrenar como mis hermanos y Emma, mucho menos para salir en una cita y mucho menos aún para ir a conocer a familiares. Y, de todas formas, es el día en el que más hago cosas.

No me responde, eso era obvio, por lo que la vuelvo a mirar. Ella me mira interesada y con la cabeza ladeada mientras se acomoda en el piso y coloca a Burry sobre su regazo. Sonrío, sin parecer afectada.

—Bien, Elle. Tienes tres opciones por las que elegir, si quieres la primera, me harás con los dedos el número uno, si quieres la segunda opción tendrás que hacer el número dos con tus dedos y si es el tercero tendrás que hacer lo mismo, pero con tres dedos, ¿entiendes? —digo lentamente para que me escuche mientras con mis dedos los numero. Ella asiente—. Primero, puedes

usar vestidos. Segundo, una falda con una blusa manga larga y tercero unos jeans, también con una blusa. ¿Qué quieres?

Se lo queda pensando y mientras la veo pensar, muevo mis tres dedos levantados a un costado de mi pierna, para que eligiera la mejor opción. No solo porque un vestido o una falda son los peores atuendos para llevar en una noche como la de hoy, sino porque me sentiría culpable si ella se enferma. Y ni hablar del enojo de Damon cuando la vea salir de esa manera y pensar en el frío que hace afuera. Además, seguirá lloviendo con fuerza durante toda la noche. Dudo que ella no se queje del frío una vez que salgamos. Así que, finalmente, decide y hace caso a mi recomendación, con una seña indicando el número tres.

Sonrío y mientras me dirijo hacia la zona de los jeans y blusas, informo:

—Espera que elija tu ropa.

Minutos después, Elle está vestida con unos jeans azules, una remera violeta con un hada estampada y una campera negra extremadamente abrigada, perfecta para el clima rodeando la ciudad. Le hago una seña para que agarre a Burry y lo lleve con nosotras mientras me encamino a la puerta de su habitación. Antes de poder llegar a abrirla, la siento correr hacia donde estoy, con la bola de pelos en sus cortos brazos y su bolso a su alrededor, y agarrar con su pequeña mano la mía. Asombrada, miro nuestras manos entrelazadas y sonrío sin poder evitarlo.

Me tocó.

Me. Tocó.

Me jodidamente tocó cuando ella no lo hace con nadie que no sean sus hermanos. Pero lo hace conmigo, cuando apenas me conoce. Cielos, no quiero llorar, pero es imposible no hacerlo si no aparto mi mirada de nuestra unión.

Trago el nudo de emoción estancado en mi garganta y con los ojos ligeramente llorosos, aprieto su mano antes de salir de su habitación con una sonrisa enorme, a sabiendas que Damon estará igual de asombrado que yo cuando nos vea.

—¡Chicas, nos tenemos que ir! ¿Cuánto les falta? —grita Damon sin darse cuenta de nuestra presencia. Se está colocando la campera de cuero mientras nos da la espalda y agarra las llaves de su auto y el departamento que hay sobre una mesita junto a la puerta de entrada. Le hago un ademán a Elle para que no diga nada y ella asiente con una sonrisa leve y traviesa. Me encanta tenerla sí... me siento especial de alguna manera para ella—. Tenemos que... —se da la vuelta y en el momento en que nota nuestras manos unidas, sus ojos se abren a más no poder. Las dos sonreímos y él nos la devuelve de la misma manera antes de mirar a nuestras manos entrelazadas otra vez y quedarse estático en el lugar. Su mirada no se despegaba de nuestra unión, por lo que me pongo un poco nerviosa.

Entonces Damon sonrío levemente al levantar la mirada, haciendo que esta se clave profundamente con la mía. Intenso, eso es lo que es. Avergonzada, aparto la mirada y la llevo a Elle, quien nos mira confundida. Le hago un ademán para irnos y me sigue gustosa, sin dejar que Burry caiga.

Al notar que traje a mi bola de pelos, Damon me mira fulminadoramente, pero no le quita la diversión a su hermanita, quien estruja a mi perrita mucho contra su pecho. Gustosa, Burry le lame la mejilla y Elle sonrío mientras la acaricia.

Me encanta verla sonreír sin ningún problema aun sabiendo que yo estoy aquí.

Durante el viaje me la paso sonriéndole a Elle y mirándola jugar con mi loca perra. Damon tampoco puede ocultar su felicidad, y aunque trate de parecer enojado por el tal hecho de que hubiese traído a mi bola de pelos, no lo está porque sabe que a su hermana le encanta Burry. Y al parecer a mi perra también le gusta Elle.

Nos detenemos frente a una pequeña casa con un portón negro a una distancia considerable de la puerta de la casa. Las paredes de ladrillos le dan un toque rústico, pero moderno y el pequeño patio delantero se encuentra regado por algunas plantas en él, creando así una vista muy hermosa del lugar. Las luces dentro de la casa hacen posible que mi visión se ajuste a cada detalle opacado por la oscura noche y me deleito totalmente ante la vista.

Entramos sin dificultad, ya que el portón está abierto, nos bajamos del auto y vamos a la puerta principal. Damon aprieta el pequeño timbre y sonrío al escuchar un «Ya voy» de respuesta dentro de la casa.

Segundos después, una chica joven de unos veinticinco años abre la puerta con una sonrisa muy grande y feliz. Lleva puesto un delantal de cocina y unos vaqueros azules, unos zapatitos planos y una remera de mangas cortas, a pesar del frío, de color rosa clarito. Con su pelo rojizo se hizo un desordenado moño y lleva sus ojos color miel delineados un poco con delineador negro, haciendo que estos resalten con finura.

Nos saluda educadamente a todos con un beso en la mejilla y nos hace pasar a un comedor amplio, con mesas y muebles de madera y decoraciones en tonos rojos, marrones, dorados y negros.

La mesa se encuentra en medio del salón y con los platos ya servidos y calentitos, me doy cuenta gracias al vapor que sale de la comida tentadora que hay servida.

—Oh, por favor, siéntense. Finn bajará en unos minutos. Se durmió la siesta y tarda en lograr despertarse del todo —se ríe, una risa contagiosa y pegadiza. Su cuerpo es pequeño, pero puedo decir que un tanto firme—. Por cierto, Nat, soy Julieta, la esposa de Finn —me tiende la mano y yo la acepto gustosa. Veo de reojo cómo Elle me suelta la mano y se va al cercano sillón a jugar con Burry. Sonrío y le estrecho la mano a Julieta, la cual se encuentra asombrada mirando a Elle. Supongo que a ella también le sorprende que Elle me toque o deje que yo la tocara. Julieta mira a Damon con los ojos brillantes y llenos de amor un poco... ¿maternal? No lo sé, pero es algo por el estilo.

Vuelve su mirada a mí y se seca una lágrima que amenaza con salir.

—Am... Sí, mucho gusto... —logro decir.

—Bueno, traeré la bebida. Elle... —la llama ella— ¿podrías ir a llamar a Finn y decirle que ya vinieron los invitados? —pide, dejando de lado el hecho de que en realidad no habla. Esta asiente a pesar de todo y se levanta junto a Burry—. Oh, y muéstrale a esa preciosura que tienes en brazos —se ríe y se encamina a la cocina.

—Siéntate, Nat... —dice Damon señalando al asiento junto al suyo. Sin discutir, lo hago. Es una casa ajena y no puedo comportarme inmaduramente como muchas veces lo hago. Por alguna razón, quiero caerles bien.

Unos ruidos se escuchan en las escaleras, por lo que llevo mi mirada allí. Elle salta el último escalón, seguida por Burry, quien ladra chillando, y luego un chico joven y casi de la misma edad que Julieta la sigue con una gran sonrisa soñolienta. Lleva una remera negra, la cual remarca sus musculosos brazos, un pantalón gastado azul y unas Converse negras. Su pelo rubio oscuro se desparrama por su rostro como si hubiese pasado sus manos por él hace solo unos minutos y sus ojos de un tono chocolate brillante miran a su alrededor con intriga. Me quedo sin aliento mientras su mirada conecta con la mía, ¿por qué todos los de la familia de Damon tienen que ser tan hermosamente deliciosos?, aunque tengo que admitirlo, Damon es el más sexi. *Mucho, a decir verdad.* También Emma es linda a su manera al igual que Elle. Y Finn, por supuesto, es caliente como el infierno.

Sonríe deslumbrantemente y se aproxima relajado hacia nosotros, mis dedos picando por la ansiedad y los nervios que con cada pisada que da van en aumento.

Y yo que pensaba que me iban a comer viva ni bien me vieran.

—Hola, Nat. Soy Finn, el primo de este idiota —le pega juguetonamente en el brazo a Damon y sonrío—. Mucho gusto —me tiende la mano y la acepto devolviéndole la sonrisa.

—Igualmente, Finn.

Julieta en ese momento entra al salón con una jarra de jugo de naranja y algunas servilletas mientras dice:

—Bueno, ahora sentémonos a comer. Nadie quiere que esta delicia se enfríe.

Tiene tanta razón.

La comida huele deliciosa, tanto que hace mi boca agua. El calor desprendiendo de cada cosa hace que el frío impregnado a mi piel se vaya yendo a medida que me acerco más y más a mi asiento. Damon me ayuda a sacarme la campera. La calefacción encendida deja que el ambiente sea

cálido y totalmente ajeno al gélido temporal que se está dando allí afuera. Cuando la retira de mi cuerpo, soy envuelta esta vez por su calor corporal, el cual se pega a mi espalda solo para enterrar su rostro en mi cuello y dejar un casto beso en mi piel antes de alejarse y sacar su propio abrigo. Por otro lado, sintiéndome avergonzada por la muestra de afecto frente a sus primos, ayudo a Elle con su campera antes de indicarle su lugar en la mesa, mi piel hormigueando todavía por el contacto de los labios de Damon sobre mí. Extrañaba tanto sus dulces besos que tenerlo ahora es todo un alivio.

Elle se sienta junto a Damon, Julieta frente a mí y Finn junto a ella. Damon queda en el asiento al lado mío, muy cerca, pero, sin embargo, no me muevo. Me gusta estar así de aproximados, casi hasta el punto de tocarnos.

—Así que, Natalie... Oí que comenzarás a trabajar en donde Damon entrena —comenta Finn llevando un poco de lasaña a su boca. Analizo su expresión. No hay nada de tensión ni reproche en su tono de voz al hablar de eso, por lo que soy sincera al contestar, todo lo malo que pensé de ellos antes de conocerlos esfumándose.

—Sí, pensé que tenía que hacer algo para comenzar a independizarme y que mis hermanos no tengan que pagar por todos mis gastos por más que estén a cargo de mí. Siguen siendo mis hermanos —sonrío, tomando un bocado de mi comida y llevándola a mi boca.

—Nos enteramos también que tienes hermanos gemelos que, si mal no recuerdo, juegan al fútbol americano en el instituto. Al parecer juegan bien.

Me sorprende un poco al oírle decir eso. Pensé que Damon apenas me había mencionado en alguna conversación con ellos, pero viendo el tema de conversación dijo más cosas de mí de las que imaginé. Y, de todas formas, me confunde el hecho de que él quisiera hablar de mí o de mis hermanos con su familia. Nos conocemos muy escasamente, y a pesar de mi repentino afecto hacia él, que va demasiado rápido para mí, puede ser que a él le pase exactamente lo mismo. Quizá no soy la única que nota la conexión en el aire cada vez que nuestros ojos se encuentran, o aquella chispa que explota de nuestros cuerpos cada vez que nos tocamos.

—Sí, ellos juegan desde que tenían trece o catorce años. Siempre fueron buenos en lo que hacen.

—Ganaron varios partidos seguidos. Creo que son unos de los mejores de la zona —agrega Damon devorando el bocado que tiene en su tenedor. Suelto una pequeña risa al verlo comer como un caníbal y me vuelvo a Finn.

—Es cierto —me encojo de hombros.

La lluvia repiqueteando contra la ventana a mi espalda es opacada por la melodiosa música saliendo suavemente desde la sala como una música ambiental, sin impedir que nos escuchemos los unos a los otros. Logro escuchar los relámpagos dominar el cielo, y a medida que la conversación va cambiando con tanta rapidez, deseo darme la vuelta durante un segundo a admirar el paisaje. Pero sería una desubicada si satisficiera mis deseos y los dejara con la boca abierta, hablándole a la nada misma.

—Damon nos contó que vas mucho a las peleas y que te llevas bien con el equipo. Es bueno escuchar eso. Ese grupo de hombres necesitan a alguien que los haga reír, y al parecer, por lo que algunas personas me cuentan, eres extrovertida, graciosa y cuando te enojas frunces el ceño de una manera divertida —sonríe mirando de reojo a Damon, quien de repente comienza a ver con mucho interés a su comida mientras aprieta levemente su mandíbula—. Dice que es lindo verte dormir y...

—Bueno, cómo estuvo Lenny en tu trabajo. ¿Te... Eh... Exigió mucho? —se entromete Damon con cierto nerviosismo y enfado, pero puedo notar que en sus mejillas hay un pequeño tono rojizo y me ruborizo al pensar que Damon habló de esas cosas sobre mí.

Finn y Julieta ríen ante el repentino cambio de tema.

—No, Damon. Lenny está de viaje en Europa por unos negocios —Damon asiente en entendimiento y sigue con su comida.

—Entonces, ¿cómo se conocieron? —pregunta entusiasmada Julieta.

—Oh, ¿Damon no les dijo? Porque al parecer contó tanto de mí —lo codeo divertida, queriendo que ese sonrojo se esparza aún más en su rostro adorablemente rojo.

—Definitivamente contó muchas cosas más, pero queremos que tú nos cuentes tu parte de la historia —asiento.

—Bueno, yo era nueva en el instituto, mis hermanos me acompañaron a mi primera clase, a la cual había llegado unos minutos tarde, y el profesor me dijo que me fuera a sentar. Había dos asientos sobrantes; uno al fondo y otro en el medio del salón. Obviamente elegí el del fondo, porque siempre odié los que están adelante de todo. Minutos después, alguien se paró a mi lado y yo lo miré. Damon me gruñó que ese era su lugar y yo le dije que cuando yo había entrado al aula, él no estaba. Por lo que el lugar no tenía dueño. Lo llamé Muchachote, él se enojó y así comenzó todo —me encojo de hombros y termino el último bocado de la exquisita comida.

—Bueno, según mis fuentes, Damon desde un principio pensó que eras linda... —comenta alegremente Julieta. Miro a Damon con una ceja levantada y veo cómo este esquiva mi mirada. Quisiera sacar mi celular para poder sacarle una foto, de recuerdo. No tendré muchas oportunidades de ver a Damon ruborizarse. No es algo que pasa a menudo.

Me río al verlo y me encojo de hombros.

—Eh... ¿Gracias? No sé qué decir —tartamudeo, soltando una pequeña risita nerviosa.

Por supuesto que Damon también es lindo. Mucho más que eso, dice mi interior.

—No digas nada, es cierto. Eres muy linda, Natalie —halaga, parpadeando inocentemente hacia Damon y luego hacia mí, con un brillo maléfico en sus ojos—. Y cuéntame, ¿ya son novios?

Damon, quien se encuentra tomando jugo, seguramente para calmar ese calentamiento en sus mejillas, escupe todo el líquido sobre la mesa al escuchar esa pregunta. Una risa divertida sale de mí sin poder contenerla. Julieta y Finn me siguen también mientras Damon gruñe maldiciones contra todos nosotros y limpia con una servilleta el lugar mojado.

—No, no lo somos —murmura enojado y con los dientes apretados.

—Joder, solo era una pregunta, primito. No hay por qué enojarse —comenta Finn, diversión en cada letra saliendo de su boca mientras sigue

comiendo.

Seguimos conociéndonos hasta que todos terminaron de comer; me contaron que se conocieron en una sala de emergencias, en donde Julieta esperaba a que le dijeran si su madre se encontraba bien o no porque sufrió un accidente de auto, y Finn esperando a que le dieran alguna noticia sobre su amigo al cual le dispararon cuando estaba en una pelea callejera.

Fue amor a primera vista. Eso me emocionó. Comenzaron a salir y a conocerse. Se hicieron novios al poco tiempo y se casaron al año y medio.

Si no fuera porque estaba rodeada de personas, hubiera llorado por lo emocionante de la historia. Mientras me lo contaban, lo decían con tantos sentimientos de cariño y amor que juro que vi corazoncitos flotar sobre sus cabezas.

Comimos de postre helado de chocolate y algunos gustos que eligieron los demás.

Nos quedamos comiéndolo en los sillones de la sala de estar mientras Damon y Finn hablaban de la próxima pelea y Julieta y yo sobre cosas sin sentido. Le platiqué de mis hermanos, y lo tontos que son. Se rio cuando le mencioné lo gracioso que fue encontrarme a Ty en la cocina bailando una música sexi moviendo sus caderas al compás de la sensual canción.

La velada terminó cuando nos dimos cuenta de que eran pasadas las doce de la madrugada y Elle se encontraba dormida sobre mi regazo.

Agradecí internamente que Finn y Julieta eran personas simpáticas y divertidas y a quienes, al igual que a mí, les gustaba joder a Damon. Me gustó el hecho de que quisieran *conocerme* y que a Damon le pareciera bien eso.

Me sorprendió escuchar que Damon fue el que más habló de mí, el que contaba mis gustos, mi vida con mis hermanos y el cómo nos conocimos. Al escuchar eso, mi corazón se hinchó de una manera inexplicable y me llené de felicidad.

Me llegué a olvidar de todo lo que tenía que ver con la semana en la que Damon me ignoró y decidió no hablarme ni mandarme mensajes.

Me la pasé bien con todos ellos.

Y ahora, habiendo terminado con la velada, nos despedimos de ellos y remontamos el viaje de vuelta a su departamento. Me quedo dormida la mayor parte del camino y la otra parte me quedo mirando fijamente a Damon conducir concentrado por las calles hasta que me vuelvo a quedar dormida.

Entonces, llegamos a su departamento y soy despertada por un ligero empujón. Caminamos todos en un estado adormilado que cubre todos nuestros cuerpos. El cansancio por la agitada y espléndida noche cobrándonos con fuerza. Damon lleva en sus brazos a una muy dormilona Elle mientras yo trato de no caerme de bruces al suelo y matarme en el proceso. Una vez dentro del apartamento, la lleva a habitación y la deja tranquilamente en su cama, con Burry subiéndose para instalarse a los pies de la hermosa niña.

Sin ánimos de volver a mi casa a las dos de la mañana, camino hacia la habitación de Emma, la cual debe estar desierta, ya que de seguro estará con Sam en mi departamento. Tengo la intención de entrar y tirarme de bruces a la cama e instantáneamente quedarme dormida, pero los brazos de Damon me impiden siquiera tocar el pomo de la puerta.

No protesto cuando me lleva a su habitación, solo me dejo manejar por sus brazos fuertes. Me deja una remera y un pantalón suyos para cambiarme, y así lo hago en el baño. Adormilada, arrastro los pies hasta la gigantesca cama y me tiro en ella.

Los brazos de Damon encuentran paso por mi cintura y me aprieta más a su cuerpo. Me doy la vuelta y pego mi mejilla en su pecho, escuchando sus respiraciones aceleradas y dificultosas. Paso mi mano por su duro estómago y la dejo caer a un costado de este. Me acaricia la espalda con delicadeza, como si fuera de cristal y tuviese miedo de romperme fácilmente. No me importa, solo disfruto de sus caricias y mimos. Su olor me embriaga y su calor me abraza como un manto calentito en una tormenta lluviosa y fría.

Baja un poco su cabeza hacia la mía, rostro contra rostro, y me besa lenta y dulcemente. Disfrutando de su compañía, le sigo el beso. No es nada exagerado; solo dos personas que necesitan a la otra, que necesitan sus besos,

sus caricias y abrazos. Con tan solo el mísero tacto del otro, ya estamos satisfechos.

Olvidándome que me tiene que decir el porqué me ignoró toda la semana pasada, me quedo dormida en sus brazos, dando por hecho que ellos me protegerán siempre que algo pase y me darán consuelo y calor cuando lo necesite.

CAPÍTULO



Un leve y agudo chillido causa que me despierte. Abro mis ojos lentamente, intentando en el proceso evitar que la luz me dé de lleno en la cara. Para mi muy buena suerte, no logra llegarme a los ojos. Aunque el día no se ve muy lindo en estos momentos, hay un poco de sol ahí afuera.

El calor que siento en mi cintura no se compara en nada con el que tengo en mi espalda. Es un calor reconfortable y muy extraño de una manera muy excitante. No me asusto. Todo lo contrario. Me acurruco más para absorberlo y quedármelo conmigo por un buen rato, ignorando el hecho de que los rayos de luz siguen entrando por la ventana.

Respiro su aroma varonil al mismo tiempo en que cierro mis ojos para conciliar aquel sueño interrumpido, pero de nuevo se ve llevado al barranco a causa de ese pequeño aullido agudo y chillón.

Miro a mi alrededor, a la espera de encontrarme algo fuera de lo común, pero no hay nada. Antes de poder acomodarme de nuevo sobre el pecho de un Damon muy dormilón y medio desnudo, otra vez ese ruido se escucha. Rápidamente, llevo mi vista a la puerta de la habitación de Damon. Otro aullido suena y me levanto rápidamente, pero a la vez tratando de no despertar al gorila dormilón, para luego caminar de puntas de pie a la puerta.

Burry se abalanza sobre mis piernas y trata de escalarlas. Me río ante ese intento de tirarme al suelo y la alzo a mis brazos. Beso su pequeña cabecita negra y vuelvo a cerrar la puerta para irme a acostar de nuevo junto a Damon. Coloco a mi perrita en medio de nosotros dos y, sin perder tiempo, ella comienza a lamerle toda la cara al chico sumido en un sueño profundo, ya

que ni siquiera muestra signos de que esos lametones le molestasen. Es más, parece que le gustan, porque se acomoda más contra la lengua de Burry y sonrío a medias al sentir que sigue con los lametazos.

Miro detenidamente cómo la lengua de Burry recorre cada centímetro de la mejilla de Damon, disfrutando de su —seguramente— exquisito sabor.

El deseo de ser Burry en estos momentos es impresionante. La idea de pasar mi lengua por su piel es... tentadora en varios sentidos. Ver que tiene una barba de pocos días me tiene como loca y más cuando mis manos quieren sentir su textura en sus mejillas.

Bueno, no solo quiero sentir sus mejillas —pienso.

Mi bola de pelos sigue con su trabajo de despertar a Damon con su lengua mientras que con su patita peludamente suave acaricia su mandíbula.

—Nat, déjame dormir —dice adormilado. Su tono es un poco cariñoso y divertido, combinado con seriedad y sueño. Se ríe a duras penas y, sin abrir los ojos, alarga su brazo y me rodea la cintura antes de atraerme a su cuerpo tonificado, duro y casi completamente desnudo.

¿Qué dijo? ¿Que yo deje qué?

Aguantando la risa, dejo que Burry siga dándole cariño mientras mi dedo índice pasa juguetonamente por su duro pecho mientras me doy cuenta de lo que él piensa que estoy haciendo. Un escalofrío le recorre el cuerpo, haciéndolo temblar un poquito que, si no fuera porque lo estoy tocando, no lo hubiera notado. Pero lo bueno es que no se aparta de mi caricia y la de mi perra. Sonríe a medias cuando siento que su dedo pulgar acaricia lentamente mi espalda, creando círculos imaginarios. Con todos mis esfuerzos, logro contener aquel suspiro reconfortable que amenazaba con salir de mis labios.

La manera en la que se encuentra aquí y ahora, conmigo, de esta forma, me deja sin habla. Verlo semidesnudo, dormido y acariciándome dulcemente como solo él lo sabe hacer, me llena de alegría por dentro.

Y pensar que nunca dejó que nadie lo tocara de esta y de ninguna manera, estar con él puede llegar a ser una idea muy peligrosa para la mayoría de las personas. Acercarse a su persona puede llegar a ser el suicidio y el peor pensamiento para los que le temen.

Pero no lo conocen como yo lo hago.

Sí, es feroz y un monstruo cuando se trata de peleas o protección, pero no son solo esas actitudes las que él tiene. Puede ser tierno cuando se lo propone, el chico romántico que me llevó al lago entre el bosque puede que no pensase que era algo dulce de su parte, pero aun así me llevó allí, es tímido cuando le avergüenza algo o cuando le digo cosas que nunca pensó que alguien le diría.

Muchos piensan que, si dan un paso en falso, por más mínimo que sea, él los cortará en pedacitos chiquitos y se los comerá.

Piensan mal.

Si hacen algo que molesta mucho a Damon con tan solo un movimiento o acto, él se molestará, pero ese no es el verdadero Damon que yo conozco. Solo es la parte oscura de él. Alguien que no se da cuenta del daño que hace por causa de algo que lo aterró en algún momento de su pasado y trata de evitar que suceda de nuevo.

Y lo entiendo muy bien.

Sé que no me lo quiere contar, pero cuando él pueda y sienta que puede confiar completamente en mí, lo hará.

Él es importante para mí, lo tengo que admitir, pero no se lo diré. No nos conocemos hace mucho, las cosas entre nosotros y nuestros sentimientos son confusos e irreales cuando tan solo hace un tiempo corto nos conocemos. Y todavía estamos en proceso de seguir haciéndolo.

Sonrío ante la idea de saber cada vez más de Damon y de sus pensamientos, vida y —si me deja— su pasado.

Pero por ahora, este es el Damon que hay.

Se retuerce un poquito al sentir que la lengua de mi bola de pelos se acerca a sus labios. Él hace un puchero juguetón cuando agarro despacio a mi perrita y la muevo de nuevo para que siga con sus besos de baba en la mejilla de Damon y no en sus labios.

No quiero estar celosa de mi propia perra por darle besos en la boca.

Sin perder su esperanza, Burry llega a una esquina de los labios de Damon y lo lame allí, intentando en el proceso llegar a sus labios por completo.

Damon me acerca más y yo vuelvo a poner un dedo sobre su pecho suave y con un olor exquisito que me embriaga totalmente. Sonríe y es cuando me doy cuenta de que ya está despierto, pero que no quiere abrir los ojos.

Sus respiraciones ya no son lentas y calmadas, ahora se vuelven rápidas e imparables. Hago con mi dedo, un recorrido invisible y lento por su pecho, el cual se alza un poco hacia mi mano para poder sentirme mejor. Dejo que mi palma completa toque su piel en vez de solo un dedo y, lentamente, retomo ese camino que creé.

Uno de sus ojos se abre levemente y se me queda mirando, queriendo comprobar algo. Sonríe cuando nota que todavía sigo aquí, pero rápidamente abre mucho sus dos ojos zafiros cuando se da cuenta de que no soy yo la que lo está besando —*con lengua y todo*.

Entonces, cae de culo al suelo con un sorprendido y gruñón sonido proveniente de su garganta. Un sonido áspero por estar recién levantado.

Tapo mi boca con aquella mano juguetona que estuvo en su pecho e intento no romper en carcajadas. Su cara es de pura confusión mientras mira de Burry a mí, y de mí a Burry.

—¿Qué mierda...? —murmura por lo bajo. Me encojo de hombros e inocentemente le sonrío.

—Tu sueño sí que es pesado, Muchachote. Burry estuvo varios minutos así y tu ni te movías —gruñe al escuchar todo aquello y la fulmina con la mirada.

—¿Esa pequeña cosa del demonio me lamió la cara? —espeta repentinamente apretando su mandíbula y echando fuego por los ojos. Asiento sin quitar mi estado de ánimo sonriente y divertido.

—*Sip*, ¿pensaste que era yo la que te besaba o lamía? Estabas claramente equivocado —me burlo recostándome de costado en la cama y colocando mi mano en mi cabeza.

—No. Solo soñaba con chicas en bikini desfilando para mí mientras tomaba jugos exóticos en Brasil —su sonrisa divertida aparece de a poco al notar cómo la mía disminuye con cada una de sus palabras. Debo admitir que

eso me enoja un poco. Bueno, me enoja terriblemente muchísimo. Tanto que hasta me dan ganas de entrar en sus sueños, matar de un tiro a todas esas putas y ser yo la que modele para él. Pero ni en sueños me pondría algo muy exhibicionista con Damon cerca.

—Oh... ¿quieres decir que usaron bikinis iguales a los que yo usé en la fiesta que hicieron mis hermanos en nuestro departamento hace unas semanas y en donde me emborraché? —no sé cómo empezó esto, pero ya parece que estamos en una guerra de miradas, en donde sé con certeza que alguien saldrá herido por algo que se dijo en medio. Su cara se deforma un poco y sus ojos centellan con furia contenida, tan contenida que puede ser que explote.

—Eso no pasó. Tú lo dijiste.

—¿Quién sabe...? —me encojo de hombros, dándole a saber que me da igual lo que diga y que lo que yo dije lo dejara con la duda si es que pasó de verdad o no.

—Nat, sabes lo que pasó la última vez que dijiste lo de esa fiesta de trajes de baños en tu departamento. No quiero que vuelva a pasar. Me estoy conteniendo para no asustarte más, pero lo haces muy difícil —murmura fríamente y con algo de súplica en sus ojos hermosos y centelleantes de fuego.

Suspiro en derrota. No me gusta pelearme de ninguna manera con Damon. Sus palabras y cambios de ánimos me pueden hacer cambiar de parecer en unos mínimos instantes. Me hirió con su comentario de esas chicas en sus sueños y es por eso por lo que lo contrataqué con aquello de la fiesta, lo cual sabía que lo enfurecería hasta ponerse rojo. Pero no me pude contener y contestarle, odio cuando dice todas esas cosas que hacen que me enoje de los celos y así decirle de todo por no pensar durante unos segundos.

Yo sabía que con tan solo una broma él se enojaría, pero no le presté atención a las advertencias interiores que tenía y se lo dije así sin más. Por lo que él se puso de esa manera. De gruñón y enojón a herido y a la vez frío.

Levanto mis manos en rendición y me incorporo en la cama.

—Bien... yo no fui la que empezó con este juego.

—Claro, pero tu perra del demonio me lamió la cara —rueda sus preciosos ojos y se vuelve a subir a la cama.

—Tú no te quejaste hasta que abriste los ojos. Es más, creo que te gustó que lo hiciera. Te recuerdo que hiciste un puchero con tus labios.

—¡Solo porque pensé que eras tú y que me darías un beso! Un hombre tiene que tener esperanzas de despertar así —se excusa casi chillando. Le sonrío.

—Lo admitiste. ¡Soy la reina de tus sueños!

—Pensé que ya lo sabías muy bien, Nat —su manera tan seria de decírmelo me confunde totalmente, por lo que dejo de reír para mirarlo sin entender—. Lo eres desde que te conocí.

Sus ojos se profundizan al decirme aquellas palabras, que no dudo ni un segundo en creerle. De alguna manera, me impresiona su confesión tan... repentina y sin motivo.

—Solo lo dije de chiste, no era...

—¿Crees que estoy jugando y que estas palabras son falsas? —me interrumpe y yo salto ante su tono exasperado.

—Yo... yo no sé qué decir. No pensé que me dirías eso.

—Entonces ya lo sabes —sonríe, dejando lejos aquel estado de ánimo que molesta, cambiándolo por uno risueño junto con una sonrisa—. ¿Quieres desayunar? —asiento para olvidar todo este conjunto de emociones y confusiones que comienzan a rondarme la cabeza. No quiero tener que tomar mil pastillas para calmar el dolor que me causara pensar tanto en todo lo ocurrido. Tan solo quiero quedarme con esta sensación de bienestar al saber, aunque sea un poco, lo que siente y piensa.

Soy la dueña de sus sueños.

Posiblemente nunca me olvide de esas palabras. Las atesoraré hasta el momento en el que Damon se canse de mí y me deje, pero por ahora, las guardaré como si fueran algo de cristal que se rompe fácilmente.

Asiento sin saber qué otra cosa hacer y me levanto a la misma vez que él lo hace, dejándome ver su esculpido torso al desnudo y en su total gloria, y tan

solo con sus bóxer. Puedo verme con toda mi baba saliendo de mi boca, creando un charco gigantesco en el suelo, pero me contengo y aprieto mis dientes para evitar que eso suceda. Llevo mis ojos al techo y evito mirarlo, mejor dicho: mirarle el cuerpo y morirme en ese mismo momento, o tan solo para evitar que mi cuerpo se abalance sobre él para tocarlo.

Creo que no soy la única que piensa hacer eso.

Por más que nos peleemos, nunca puedo evitar pensar en cosas sucias cuando lo veo así y de esta forma tan... *espectacular, exhibicionista y deliciosa* para mi vista.

Si él fuera un sabor de helado, no me despegaría de la heladería por un buen tiempo. Sinceramente, me moriría con tener ese gusto a Damon en la boca.

He aquí las ganas de comer helado.

Su risa resuena en su silenciosa habitación mientras lo veo de reojo caminar a su armario para agarrar una remera y unos pantalones gastados que dejan su redondo culo aprisionado en la tela, lo que hace que se notase más.

Sin darle importancia a mi atuendo madrugero, llamo a mi perra con un chasqueo de mi boca y ella viene corriendo felizmente, moviendo su corta colita.

Dejo que Damon se vista y bajo las escaleras hacia la cocina. Un ruido de ollas hace que rápidamente mi cabeza idealice formas de que las ollas se pueden mover solas. *¿Hay un ladrón?* La pregunta entra en mi cabeza. No creo que Damon, el obsesionado con la seguridad y el orden, haya dejado el departamento sin llave. *¿Entraron por la ventana, quizá?* Eso podría llegar a ser si este no fuera un edificio altísimo y viejo.

Aun así, por más que mi cabeza se llene de preguntas sin respuestas, los sonidos siguen sonando durante los siguientes segundos. Me decido, en este instante, y agarro lo primero que tengo a mano para lentamente, y sin hacer ruidos, ir hacia la cocina.

Justo antes de pasar el umbral que me lleva a mi destino, me detengo para tomar unas cuantas respiraciones.

¿Y si es un ladrón? ¿Qué haré?

Ah, quizá pegarle con... ¿un pato largo de hule?

¿Por qué carajos tuve que agarrar eso?

Mi forma de defenderme es pésima.

Maldigo para mis adentros y me doy fuerzas para poder derribar a aquel ladrón, si es que es un ladrón, y no salir lastimada en el proceso. Antes de entrar a la cocina, tomo un respiro para calmarme y entro sin meditarlo más.

Definitivamente me sorprendo ante la escena divertida que hay frente a mí.

Elle.

La pequeña niña de siete años, tierna y calladita, tímida hasta la mierda, se encuentra tratando de alcanzar la sartén que hay sobre la mesada de mármol al lado de las hornillas, en donde por suerte no hay nada con fuego. Lleva unos shorts rosas de pijama y una remera de princesas mientras que su pelo está trenzado muy desordenadamente.

Miro alrededor de la cocina y aguanto una carcajada. Hay pequeños charcos de leche esparcidos por el suelo y la mesada que se encuentra en medio de la cocina, en donde también hay tres tazones con leche y cereales Froot Loops que tanto me gustan, desparramados.

Elle se alza en puntas de pie para alcanzar esa tediosa sartén, pero no llega a agarrarla. Me encamino hacia ella y la levanto, para así ayudarla a llegar a lo que quiere. Rodea con sus pequeñas manos la manija de la sartén y sonrío cuando la tiene. La dejo en el piso y ella corre rápido al refrigerador para sacar, como puede, los huevos.

Deja la caja de cartón con los huevos dentro y la sartén en el suelo mientras se sienta junto a estos. La miro extrañada, preguntándome qué es lo que hará. Sin embargo, ella no me presta atención, solo se concentra en romper los huevos y colocarlos en la sartén negra.

Dándome cuenta de lo que quiere hacer, me acerco a ella para ayudarla nuevamente, debatiendo internamente entre preparar *omelettes* o huevos revueltos para el desayuno. Tomo la sartén y la caja de sus manos y la coloco en la mesada de mármol. Llevo un banco de madera para que Elle se parara allí y así poder ayudarme a preparar el desayuno restante. Dejo que ella revuelva los huevos mientras yo corto trozos de queso y jamón.

Coloco el huevo en la sartén y lo dejo así por unos minutos para luego poner el jamón y el queso todo junto con este.

Unos pocos minutos después, ya tenemos los tres desayunos listos. Elle está sonriendo más que animada por la sorpresa que le vamos a dar a Damon y con la intriga de cuál será su expresión al ver todo esto.

Comienzo a limpiar, aprovechando que Damon se está tardando un buen rato en venir, y tratando de no dejar el evidente desastre que hizo Elle. Pero al menos no va a estar tan, tan sucio...

Y, sin embargo, parece que no sirve ordenar y limpiar un poco, ya que Damon aparece en el umbral de la puerta unos segundos después, con su impresionante postura y su sonrisa sin precio coherente. Al ver todo el desorden en su cocina, frunce el ceño sin poder creer lo que está mirando.

Pasa su azulada mirada por todo el lugar, quedándose algún tiempo en las manchas de leche y en los cereales pegados en la puerta del refrigerador y en otros lugares, antes de posarlos en su hermanita, quien de repente ante la mirada que le da Damon, se esconde detrás de mí.

Oh, no. No se enojará con su hermanita solo porque ensució la cocina para hacer el desayuno.

—Damon, Elle nos hizo el desayuno —digo felizmente para cambiar su enojada mirada. Para mi buena suerte y la de Elle, quien no se despegaba de mí, él se relaja... solo un poco—. ¿Qué tal si nos sentamos a comer? De seguro que todo va a estar muy rico.

—Claro —contesta él, dándole una sonrisa a su hermanita, para luego agarrar un trapo y limpiar un poco la mesa manchada de leche.

—Mierda, esto está rico... —halago al tazón con cereales cuando le doy un bocado y miro a Elle—. Esto te salió muy rico, Elle. Justo como a mí me gusta —sonríe con ilusión y ella come de su propio tazón.

—Nat tiene razón, Elle. Esto está delicioso... —murmura llenando completamente su boca, haciendo que algunos hilos de leche salgan por los costados de su boca.

Cómo me gustaría limpiarle ese recorrido con mi lengua, demonios.

Damon nota lo que estoy mirando fijamente y sonrío con arrogancia antes de guiñarme un ojo.

Su actitud me deja callada durante unos minutos. Y pensar que hace una media hora nos estábamos peleando y queriendo poner celoso al otro diciendo cosas que no eran verdad. Ahora que me lo pongo a pensar, siempre nos peleamos por casi las mismas cosas; celos, sus enojos y gruñidos, el decirle Muchachote, hacerlo enfurecer...

Somos unos tontos al hacernos eso el uno al otro, pero es inevitable. Lo hacemos sin pensarlo. Para mí no es lindo verlo enojarse hasta el punto de golpear a cualquiera o escucharlo que soñó con chicas semidesnudas, y estoy segura de que para él, el pensamiento de verme en bikini y emborracharme con otros chicos tampoco es muy hermoso que digamos. Pero, a pesar de todo, nos hacemos daño con palabras. Siempre las mismas cosas. Tengo que admitir que verlo enojarse es muy gracioso, pero otras veces es cansador.

Por lo menos sé cómo calmarlo; A fuerza de abrazos, besos en alguna parte de su rostro (preferentemente los labios), o el tan solo hecho de unir su piel con la mía, de seguro lo calmaría... Amenazarlo con irme de su lado e ir con otro... Viajar a otro país...

Bueno, ya estoy delirando.



Luego de esa loca mañana, nos empeñamos en lavar y limpiar el desastre. Entre el baile y la música improvisada que hicimos para divertirnos en el proceso, las horas se nos pasaron rápidamente. Elle no paró de sonreír, Damon no alejó ni por un segundo sus brazos de mí, como si no quisiera dejarme escapar para tenerme a su lado cada vez que él quisiera.

Pues yo no se lo impedí.

Creo que, si Damon estuviese en mi departamento y este estuviera desordenado, le diría que me abrazara para poder limpiarlo. Porque si no, no lo limpiaría ni siquiera estando loca. Pero con los brazos de Damon a mi alrededor es muy entretenido y... muy lindo al tacto de una mujer. Puedo

sentir sus pectorales en mi espalda y su mentón en mi hombro, por lo que tardé un poco más en terminar de limpiar la parte que me tocó.

En un determinado tiempo, un mensaje me había llegado, el cual era de Emma, mi querida amiga enamorada de mi hermano, quien la llevó a una cita. Que por cierto me tiene que contar todo sobre ella. Me decía que nos reunamos para almorzar y, yo por supuesto, acepté con gusto, extremadamente intrigada a ver cómo pasó su noche con Sam.

Quedamos en encontrarnos en mi departamento, por lo que a ella le pareció bien, tan solo por el hecho de que ya estaba allí.

Y es por eso por lo que ahora me encuentro caminando hacia la puerta de mi edificio, con Damon y Elle detrás de mí, siguiéndome el paso. Dándome la vuelta hacia Elle, me agacho a su altura.

—Bueno, nos vemos, Elle. Me encantó el desayuno —la saludo con un beso tierno en la mejilla y me levanto de la posición en cuclillas en la que estaba. Le sonrío y, animadamente, ella corre hacia el auto de Damon, quien ahora se encuentra frente a mí, con esa sonrisa tan sexi que hipnotiza, con sus manos en sus bolsillos y esa sonrisa espectacular que me da siempre.

—¿De mí no te despedirás así? —niego burlonamente y le doy palmaditas de lástima en el brazo. Su fuerte y esculpido brazo.

—No, Muchachote. Creo que ya tuviste mucha lengua por hoy —sonrío al recordar los cariñosos besos de Burry y escucho su gruñido ni bien me doy la vuelta.

Ni siquiera llego a dar dos pasos cuando una mano se posa en mi brazo y me hace girar, justo para quedar sus labios pegados con los míos. Una deliciosa sensación embriagadora me envuelve, y poso mis brazos sobre su nuca sin pensarlo dos veces. Joder... finalmente puedo disfrutar de sus labios sin interrupciones.

Entreabro mi boca al sentir que sus brazos me aprietan más contra su cuerpo y que su lengua pide permiso para entrar a reunirse con la mía. Sin contradecir su acto, le dejo paso a su muy traviesa lengua, la cual comienza una guerra exquisita y deliciosa con la mía. Borracha por su aroma y sabor, gimo cuando sus dientes encuentran mi labio inferior.

Juego inconscientemente con los pelos de su nuca y los enredo entre mis dedos mientras esta batalla entre almas perdidas en el tiempo se desata otra vez. Un beso desesperado, lleno de sentimientos encontrados, pero que a la vez no tienen nombre.

Los latidos de mi cabeza no se pueden comparar con los de mi corazón en estos momentos en los que solo me importa seguir conociendo y saboreando este dulce néctar que son sus labios. Lo tomo por la mandíbula y le devoro la boca como nunca antes lo había hecho. Es una sensación espectacular hacerlo por primera vez. *Esto sí es un beso de verdad.* Nunca había tenido esta sensación satisfecha luego de un beso y menos durante este se llevaba a cabo.

Nos estamos uniendo más y lo sabemos los dos. Pero ninguno se quiere separar del otro. Ambos sabemos que alguno saldrá perjudicado si esta relación, o lo que fuese, terminase por algún motivo. Rechazamos el hecho y la posibilidad de que algo de eso pase. Algo que presiento que no tardará en suceder. No queremos que eso pase, eso lo sé, pero estoy segura de que no se podrá evitar. Los dos tenemos cargas pesadas sobre nuestros hombros, tan pesadas que ni siquiera queremos hablar de ello con otras personas por temor. Temor a la soledad y tristeza, a la oscuridad a la que nos llevará si caemos.

Pero en estos momentos, ninguno le presta atención a las alarmas y carteles de advertencia, solo apreciamos los momentos, *el aquí y el ahora.*

Me emborracha su sabor de sus labios y boca, su original y peculiar aroma varonil que emana de su cuerpo y el sonido de sus gruñidos de satisfacción.

Y de repente, recuerdo el hecho de que su hermanita se encuentra a unos pocos metros y mis hermanos a unos cuantos pisos de aquí.

Me separo lentamente de él, de sus labios entreabiertos y respirando bocanadas de aire para llenar sus pulmones vacíos, y me lo quedo mirando en el mismo estado en el que él se encuentra.

Agitada, sonrío y le doy un último beso en la mejilla para luego correr a la puerta de entrada y abrir con mi llave.

Lo miro una vez más, para luego cerrar la pesada puerta e ir a mi departamento con Burry en brazos y mis cosas colgando sobre mi hombro.

Subo por el ascensor hasta mi piso y abro la puerta de entrada, dejando caer mi bolsa con mi ropa de dormir, la cual no tuve que usar porque Damon me había prestado la suya.

Ni bien doy un paso dentro, mi boca se abre sorprendida ante la escena que se encuentra frente a mí. Me pone muy feliz, pero a la vez me da un asco tremendo.

Emma y Sam se besan apasionadamente. Tanto que puedo jurar que la mano de mi hermano agarró el dobladillo de la remera de mi amiga. Están muy pegados el uno con el otro, hasta creo que son la misma persona. El aire a su alrededor está cargado con una energía indescriptible, casi palpable, que me da a saber lo intenso de toda la situación. No se sabe en dónde empieza uno y en dónde termina el otro. Es ahora cuando, al verlos, me pregunto si así nos vemos Damon y yo al besarnos.

Mmm... Nuestro beso... fue tan espectacular. Las fascinantes mariposas que siempre revolotean en mi estómago cuando Damon se encuentra cerca o cuando pienso en él, aparecen sin previo aviso y sin ninguna intención de irse por un buen rato.

Y, ya que estoy de buen humor, ignoro el hecho de que puede ser que estos dos tórtolos puedan hacer una escena para mayores de dieciocho años en mi sala de estar, y subo a mi cuarto para dejarlos solitos.

Al parecer, todos excepto Tyler, besamos con furor a quienes queremos... Bueno, la verdad es que no sé si Ty besó o no a alguien, pero como no sé nada sobre si está en algo con alguien o no... Bueno, mejor cierro mi boca.

Espero que lo de Emma y mi hermano vaya hasta ahora bien, sea cual sea la relación de amigos con derecho que tienen. Dejaré que Emma se despeje un poco luego de ese beso, por lo que yo me dirijo sin darles otra mirada hacia el baño, deseando con mucho anhelo una ducha.

Muy, muy fría.

Tengo que sacar de mi sucia mente la imagen de Damon adormilado y casi completamente desnudo.

CAPÍTULO



—Entonces... ¿cómo estuvo tu «No cita» con mi hermanito? —pregunto cuando veo a Emma entrar en mi habitación. Lleva una de las sonrisas más gigantescas que le pude ver en todo este tiempo que llevamos de amigas. Sus mejillas están fuertemente sonrojadas y retuerce sus dedos nerviosamente mientras se encamina a la cama, para sentarse a mi lado. Le hago un lugar más grande para así estar más cómodas las dos, ella se sienta gustosa.

—Fue... —suspira ensoñadoramente y me mira a los ojos, embobada y feliz— fue una noche maravillosa. Nunca pensé que él sería así de tierno. Me corrió la silla para que yo me sentara y pidió mi comida, solo para sorprenderme. Estuvo espectacular, Nat —sonrío, no disimulando lo feliz que estoy por ellos.

Nunca pensé que mi querido hermanito, estaría formalmente de novio... o en proceso de serlo. No verlo con alguna de las putas con las que anteriormente pasaba las noches me causa una alegría impresionante. Él nunca fue alguien romántico, siempre iba a lo más fácil y a todo lo que no necesitase de mucho esfuerzo. Siempre fue directo con lo que quería, no se ocultaba.

En cambio, al estar con alguien que, al menos le importa, su actitud cambió, según lo que me dijo Emma. Lo romántico, para él, era ser débil. No le gustaba verse débil frente a nadie, sigue sin gustarle. Sus llantos los esconde muy bien, sus caídas sanan con el tiempo, pero nunca deja caer lágrimas frente a otros.

No le gusta que lo juzguen, eso lo tengo que admitir. Hay veces que muchos niños que iban con él a la escuela, lo juzgaban y le gritaban cosas, igualmente a Ty, pero no les daba importancia a sus insultos. Solo se limitaba a pasar de largo y tratar de ser ignorado.

Tiempo después, comenzó a practicar fútbol americano. A ellos dos les iba muy bien desde que tocaron la pelota, maravillaron al entrenador y a todo el público en su debut con el primer partido. Ganaron por muchos puntos de diferencia, y nunca dejaron que el otro equipo hiciera algo. Ellos les pasaban la pelota a todos y jugaron en equipo, siendo unos modelos a seguir de todos. Me enorgullece que sean así, siempre los apoyé en que hagan lo que les gusta, pero cuando me di cuenta de que al pasar los años ellos se convertían en mujeriegos, mis esperanzas de que tuvieran novia se esfumaron en un abrir y cerrar los ojos.

Y es por eso por lo que apoyo lo que ahora logró con Emma. Ella, alguien tímida y retraída, con alguien como él, romántico en el fondo y con toques de rebeldía, hacen una pareja perfecta para mi vista de una familia feliz. Solo espero que les salga todo bien.

—Nunca me imaginé a Sam haciendo eso —me burlo descaradamente y con una sonrisa aún peor. Ella se ruboriza un poco más y sonrío tímidamente.

—Lo sé, yo también me sorprendí. Se comportó como todo un caballero. Me habló de ti y de otras cosas más, pero sobre todo que eres adoptada —susurra eso último y aparta la mirada, avergonzada de saber algo que yo no le dije. Me río tranquilizadamente y asiento.

—Aunque no te lo haya dicho él, ¿no habías notado que éramos muy diferentes en el aspecto físico... Sin mencionar que también en el psicológico, ya que ellos son tontos y yo, bueno, no —se ríe, dejando enterrado el nerviosismo—. Aparte, te lo iba a decir en algún momento. No me avergüenzo, todo lo contrario. Si no fuera por ellos, no me podría imaginar en dónde estaría —un recuerdo de mí antes de conocerlos me ataca la mente sin previo aviso y suspiro pesadamente, queriendo no revivir esos momentos tediosos y horrorosos de mi infancia para nada linda.

—¿Cómo es que se conocieron? —se acomoda contra las almohadas y coloca sus brazos debajo de su cabeza, encontrando una posición mejor para escucharme y prestarme toda la atención.

—¿Sam no te lo contó?

—*Nop*, solo me dijo que eras adoptada —asiento en entendimiento.

—Yo estaba en el orfanato desde que nací, o eso es lo que me dijeron. Todos me molestaban diciéndome que era tonta y que nadie me quería, siendo yo una de las más chicas del lugar era imposible defenderme. Siempre atormentaban a los más pequeños, por lo que no fue diferente conmigo. Me pegaban y me hacían hacer cosas malas para que me atrapasen nuestros cuidadores. Un día en el que me negué a ayudarlos a escapar, ya que me habían atrapado varias veces haciendo cosas indebidas por culpa de ellos, empezaron a pegarme sin compasión. Sam y Ty me encontraron en un rincón en una de las habitaciones más alejadas de las otras. Me vieron llorar y me hicieron tantas preguntas que me hicieron reír. Se preocuparon tanto que hasta me compartieron de su chocolate con tal de que mi llanto cesase, lo que es muy difícil de creer. Un rato después, sus padres nos encontraron y les dijeron que ya tenían a una candidata para llevar. Sam se rehusó instantáneamente y Ty lo siguió sin chistar ni pensarlo dos veces. Yo tan solo me quedé en ese rincón, acurrucada y triste ante tal noticia de que me dejarían aquí con todos esos niños. De tanto que insistieron, sus padres me adoptaron. Fui feliz durante un par de años, mis hermanos me mimaban hasta más no poder, y mis padres hacían que mi nueva familia fuera la envidia de la felicidad. Eran unos padres espectaculares hasta que mamá murió. Fui la que más sufrió de todos. Perder a la única mujer que se preocupó como una verdadera madre y el saber que a la real no le importaba en dónde yo estuviese, me hizo llorar aún más. Sam y Ty intentaron ser fuertes, pero no lo lograron por mucho tiempo. Los encontré llorando en silencio cada uno en su cuarto mientras miraban la foto en la que estábamos todos juntos. Con ellos nos unimos más, pero mi padre se alejó de todo. De los recuerdos y de nuestras personas. Se ocupaba días y noches enteras en su trabajo para poder olvidar. Y lo entiendo. Perder al amor de tu vida debe ser la misma muerte

para alguien. Pero eso no impidió que se volviese enojón y gruñón cuando estaba con nosotros, nos mandaba y exigía cosas sin sentido, por lo que mis hermanos se cansaron y se fueron con mi tía a vivir. Cabe destacar que tuvieron el total consentimiento de mi padre para ello. Pero ella murió años después, dejando para ellos la herencia del departamento. Y la suerte de mis hermanos era que tenían la mayoría de edad como para vivir solos —sin darme cuenta, estaba bañada en lágrimas. De tristeza, rencor, amor, odio y muchas más. Infinitudes de sentimientos recorren mi cuerpo sin pudor, creando así más lágrimas furiosas.

—¿Y cómo es que vives con ellos y no con tu padre?

—Tuvo que irse a trabajar a otro país para supervisar su nuevo hotel. Como dije antes, obsesionado con el trabajo. Me cansé de estar sola y sin hacer nada, por lo que le dije que me comprara un boleto de avión, y aquí estoy —no le mentí del todo. Parte del propósito de vivir con mis hermanos fue para alejarme de todo. De las preocupaciones, el miedo, los recuerdos, el temor de todas las noches... Infinitudes de cosas pasan por mi mente, por lo que reprimo todo tipo de pensamientos devastadores.

—Debió gustarte volver a verlos, ¿no es así? —asiento y la miro.

—Estuve cinco años sin verlos. Tan solo hablábamos por teléfono y listo, pero no era suficiente para mí. Quería a mis hermanos conmigo.

Los necesitaba desesperadamente.

—Sin embargo, hay que mirarle la cosa buena a la situación. Si no fuera por aquello, no te hubiera conocido y...

—No tendrías una oportunidad con Sam —termino por ella. Sonrío burlescamente, recobrando mi anterior postura y dejando pasar toda la tristeza. Seco las lágrimas secas de mi cara y me acomodo en la cama para quedar acostada bocarriba.

—Exacto. Seguiría siendo la misma y aburrida Emma de siempre. Todos me ignorarían y temerían acercarse a mí por el tan solo hecho de ser la hermana de Damon «la Furia» Woodgate.

—Eh, no te pongas así —la animo—. Alégrate que vine yo a salvarte de todos esos demonios. Imagínate, soy una superheroína que cayó del cielo para

ayudarte —la arrogancia sale de mí y ni siquiera lo pienso, solo lo digo. Me gusta jugar a esto de burlarme de ella sin que se dé cuenta.

Emma levanta los hombros y los deja caer mientras ríe, con su voz angelical y fina.

—Bien, no es necesario aumentar tu ego, Nat, ya lo tienes bastante alto... —ahora soy yo la que ríe.

—Lo sé, pero me gusta así como está.

—No me di cuenta... —irónicamente rueda los ojos—. Cambiando de tema... ¿estás lista para trabajar mañana? Damon me contó que trabajarás en el gimnasio.

—Sí —dejo salir un suspiro que parece ser más un jadeo exasperado y cansado, temeroso—. Siento que no está bien trabajar con él a mi alrededor, que nos peharemos y discutiremos, pero otra parte de mí está encantada... como, *realmente encantada* —y es cierto, no se lo puedo esconder a mi amiga. No me importa si se lo dice a su hermano, creo que él siente lo mismo y lo deja escondido mucho mejor de lo que yo pretendo hacerlo. Imaginarme discutiendo con él me deja planteándome de vuelta si es lo correcto o no, podría buscarme por algún otro gimnasio de la zona un trabajo, pero de seguro no me aceptarían. El hecho de saber que Damon puede amenazar al dueño del gimnasio solo por conseguirme un trabajo me deja sin esperanzas de encontrar uno solo por mí misma.

—Espero que no pase todo ello. Hacen linda pareja —me la quedo mirando como si fuera alguien sobrenatural de ocho cabezas y ella me responde con una ceja levantada—. Es cierto, no me lo niegues. Estás muy coladita por Damon y sin mencionar que él está el triple por ti.

—No es cierto... —me quejo.

—Oh, sí lo es, Nat. Admítelo, te gusta. Veo cómo te cuida, cómo te mira. Nunca hizo eso con las personas que no son su familia y su equipo. ¿Te crees que yo, siendo la hermana, te mentiría? Es más, te juro que habla de ti y de lo que haces constantemente cuando comemos la cena. Y no soy la única que lo piensa, Finn está en la misma.

—Bien, ya no es necesario seguir. Te creo cuando dices que le gusto, y *cómo no gustarle si soy divina* —decir eso, para mí, cubre todos mis pensamientos. Estoy sorprendida, muy sorprendida. Que Emma me diga que su hermano está colado por mí definitivamente no es algo que pueda creer sin facilidad. Sí, él me gusta y sé que yo a él también, pero no para tanto como para estar coladito. Decir todo aquello y ser arrogante en estos momentos en donde estamos hablando de los sentimientos de Damon, solo lo uso para cubrir mis sentimientos desconcertantes y confusos pensamientos.

—Está bien, no es necesario decirme que a ti también te gusta —se ríe y puedo sentir el rubor teñir mis mejillas—. Tus ojos simplemente me lo gritan.

—Claro, claro.

Malditos ojos brillantes.



Mi despertar es causado por una sacudida ligera en mi hombro por parte de Ty. Mi cuerpo instantáneamente me indica que no es la hora más apta para levantarse, por lo que sacudo mi hombro y dejo que su mano caiga.

—Natalie —me susurra.

Me quejo antes de darme la vuelta en mi cama y volver a dormir.

—Nat, el entrenador nos dijo que no había clases porque se incendió el aula de química, pero que de igual manera, el entrenamiento se hacía. Te quedarás aquí sola, no me destroces la cocina, por favor —sonrío adormilada cuando escucho que no hay clases y el hecho de que tengo la casa para mí sola. Asiento y me acurruco más entre las cálidas mantas—. ¿Me escuchaste?

—Sí, idiota —bostezo sonoramente y abro un ojo—. Ahora, déjame dormir.

Ty ríe.

—Está bien —besa mi frente y luego escucho el sonido de la puerta al cerrarse despacio.

Para mi suerte, el sueño no se desvanece. Vuelvo a quedarme dormida por un buen largo tiempo antes de despertarme por las lamidas de Burry. Desde que la tengo, ella no para de lamer, comer y mordisquear todo lo que se cruza

por su camino. Devora cosas con vida e inanimadas. Sí, los insectos también se los come. Aunque primero juega con sus cadáveres y luego los termina comiendo.

Asco.

Pero ella es así, no la culpo, el veterinario me dijo que no le dé mucha comida, ya que cuando crezca se acostumbrará a comer mucho y definitivamente le hará mal. Me recomendó darle un puñado de alimento para perros tres veces por día, con la medida de mi palma de la mano, y eso es lo que hago.

Mi perra no será una glotona como es su dueña.

Veo la hora y gruño hacia mi perra mientras la siento pasar por encima de mi cuerpo con rapidez y emoción. Sus patitas peludas apenas se sienten contra mi piel, pero sus uñas bastante largas son las que hacen un ligero daño a mi piel.

Entrecierro los ojos hacia el reloj. Diez de la mañana, la peor hora para levantarse un día libre de clases. Se podría decir que uno teniendo esta oportunidad, aprovecharía todas las horas disponibles para descansar, pero en mi caso no es así gracias a mi insistente y madrugadora perra.

Pesadamente, me levanto y voy al baño con el objetivo de lavar mis dientes y hacer mis necesidades básicas. Echo un poco de agua a mi adormilada cara antes de hacerme una cola de caballo con mi rubio cabello y bajar a la cocina. El departamento se encuentra puramente silencioso, por lo que agradezco que mis hermanos se hayan ido. Normalmente, este lugar suele estar desolado; cuando nos vamos al infierno de instituto, cuando ellos se van a entrenar justo la misma vez que yo me quedo en la casa de Emma...

Al parecer solo lo usamos para comer y dormir..., pero vale la pena y es un muy lindo departamento de familia. Es acogedor de una manera cálida y hogareña, así como las casas en las películas, pero la diferencia es que es un departamento y que solo vivimos en él los hermanos sin padres vigilando. Eso sí que es vida.

Burry me sigue y se sienta en uno de los bancos cerca de mi asiento frente a la mesa. Preparo mi tazón de cereales con leche y me siento junto a mi

perra, quien comienza a morder la almohada que cubre el asiento.

Nuestra tía siempre tuvo un peculiar gusto para las cosas, aunque nunca se equivocaba al elegir las combinaciones de colores o de objetos con distintos estampados. Cuando era tan solo una niña, recuerdo que ella me hizo las decoraciones de mi colcha para la cama y algunos vestidos de niña buena, los cuales al crecer los fui tirando y donando a caridad. Eran hermosos, una muy buena costurera también. Le gustaba colocar las decoraciones originales en las paredes, colgando de un gancho, y hechas con lana. Sus manos se movían rápidamente cada vez que me la quedaba viendo tejer, inventaba cosas en el preciso instante en el que tocaba el material que iba a usar y comenzaba a crear cosas que yo nunca había visto antes. Intentó en varias ocasiones enseñarme, pero mis manos y dedos no eran lo suficientemente grandes o largos para hacerlo bien, por lo que me deprimí mucho y me enfurecí con mis manos.

Yo pensaba que se convertiría en una de las mejores decoradoras de interiores de todo el país, pero me equivoqué, le gustaba ser maestra de niños. Nunca, ni por todo el maldito oro del mundo, ella dejaría de ser maestra.

Mientras como mi desayuno, me pongo a pensar todo lo que pasó ayer. Mi beso con Damon fue, sinceramente, espectacular. Es más, quiero que pase de nuevo. Sus besos son uno de los mejores que probé en mi vida —no es como si hubiesen sido muchos, de todas formas—. No creo que haya mejores, tampoco. Sentir sus suaves labios contra los míos es una sensación exquisita para mi sistema. Miento si alguna vez digo que sus besos son asquerosos, o siquiera feos. Nada de lo que Damon haga será feo, nunca. Hasta si se cae lo hará con elegancia y sensualidad.

Imagínense, hasta lleno de ojeras y arrugas estará de muerte... en todos los sentidos.

Doy un último bocado a mi desayuno y me levanto para lavar lo que ensucié.

Esos pensamientos causan que mi día fuese un poco mejor, ya que sin darme cuenta me encuentro con una sonrisa más grande que Júpiter. Por unos segundos me olvido de todo lo malo que pasará luego en unos días o meses

con respecto a pasar mucho tiempo juntos, pero luego, cuando repentinamente me viene una imagen de él enojado y queriéndome alejar de su vida, se me cae el tazón de las manos y se estrella contra el piso, creando un sonido fuertemente espantoso al romperse en pedazos.

Para no seguir causando más desastres como estos, alejo mi mente de esas imágenes horrorosas que rezo por que no pasen, y limpio todo.

Una vez todo en su lugar, me encamino hacia mi cómodo sofá para tirarme en él y llamar con un chasquido de mi boca a Burry, quien con rapidez se sube en mi regazo y se acurruca más. Acaricio su pelaje negro y muy esponjado y pienso seriamente en comprarle un peine para canes. Lo necesita y mucho.

Me quedo mirando unos veinte minutos el techo y suspiro al no encontrar inspiración para hacer algo, ni siquiera encuentro ideas para hacer algo productivo.

Tal y como estoy justo ahora, aburrida y sin nada qué hacer, lo estaba también en mi casa. La única compañía que tenía era una de las chicas que limpiaban, Marisa, a la cual no se le podía decir que TRABAJABA. Era toda y completamente una zorra que se quería quedar con el millonario de mi papá para tener una vida llena de lujos y sin ningún tipo de esfuerzos.

Él, por el contrario, solo la contrató porque ella es hija de una de las mujeres que más trabajó para él y que necesitó trabajo urgentemente. Fernanda, la madre de la zorra, una mujer cariñosa y amigable, es *todo lo contrario* a la bestia que le hace llamar hija. Siempre tenía una sonrisa dulce en su cara y te cuidaba como si fueras de su propia familia. Marisa es todo lo malo que Fernanda no es; puta vendida, arrogante y con un gran ego, no se preocupa por nada ni nadie, trata mal a todo ser que camine y más si es mujer.

No heredó nada de la madre, por supuesto.

Ahora, en vista de que no quiero seguir contando las pelusas que tiene el techo, me decido por ir a correr, dejando de lado el hecho de que probablemente hoy a la noche también lo haga a la salida de mi nuevo trabajo.

Y yo sigo con el tema de pensar en esto del trabajo. Parece imposible sacármelo de la cabeza por unas horas siquiera. Es algo que no se me va de la mente. Una y otra vez mi cerebro se va a esos lugares que solo tienen que ver con Damon y sus cosas. O con el trabajo, sus entrenamientos, el beso...

Jesús, el beso.

Corro a toda prisa a mi cuarto, con la simple idea de ir a correr lo más rápido posible para mantener mi mente alejada de esos tentadores labios. Si por mí fuera, en cualquier momento voy hacia donde él se encuentra y me lo devoro en un instante, y sin dudarlo.

Me pongo unas calzas negras hasta las rodillas, una remera sin mangas de deporte y mis zapatillas de correr. Vuelvo a hacerme bien la cola de caballo y tomo mi celular con los auriculares antes de despedirme de mi dormilona perrita e irme del edificio.

El raro sentimiento de extrañar hacer algo se presenta ni bien empiezo mi trote en las calles —no muy llenas de gente, por ser una hora en donde casi todos trabajan o están en sus casas.

El frescor de la brisa que se crea golpea mi cara y aumento la velocidad una vez que siento que mi calentamiento termina. Las suelas de mis zapatillas suenan en el asfalto, algunos pelos se me sueltan de mi cola de caballo y se posan en mi cara, pero gracias al viento, se alejan rápidamente. La música en mis oídos me anima para seguir durante un buen rato más sin dejar de controlar mi respiración y pulso. El no correr durante unos días me hace mal, ya que holgazanear mucho me deja entumecida cuando comienzo de nuevo con mi rutina anterior y fuerza mucho a mi cuerpo a llegar hasta un punto sin ningún pretexto.

Unas cuantas cuadras más adelante, me rindo, tirándome agotada sobre el pasto verde de una plaza, respirando forzosamente unas bocanadas tremendas de aire. Con mis pulmones llenos, me siento en mi lugar y miro alrededor.

Es una plaza con muchos juegos para niños y bancos a los costados. Árboles y árboles se encuentran sobre la hierba, creando sombras en donde de seguro habrá un aire delicioso y fresco. Algunos niños con sus madres

juegan en la arena, otros se hamacan, y unos abuelos llevan a sus nietos de la mano hacia un juego que nunca vi.

Sigo mirando por todos los lugares hasta que algo a lo lejos atrapa mi atención con tan solo una mirada.

Un edificio gigante de ladrillos oscuros y seguramente viejos se alza ante mi vista. Entrada grande y alta, al igual que ese gran recinto, y con unas puertas de madera oscura. A un lado de esto, se encuentra un callejón, un callejón muy reconocido por mis ojos, un callejón que traen muchos recuerdos, un callejón por el que tuve que pasar.

Sonríó sin poder evitarlo y me aproximó al mismo lugar por el que vi por primera vez una pelea de Damon, con pasos lentos pero ansiosos, la alegría llenando mi interior. Ver este lugar de nuevo me llena de emociones y sentimientos repentinamente y sin darme cuenta. Mirar el lugar en donde todo comenzó, sacando nuestro encuentro el primer día de instituto, combinado con todo lo sucedido hace que quiera entrar y verlo por segunda vez.

Por lo que paso de nuevo por ese hueco del enrejado y camino con sigilo hacia la puerta. La entreatro y asomo mi cabeza para fijarme si hay alguien detrás de esta. Al no ver a nadie de paso, me adentro por aquel pasillo estrecho y falto de luz que tanto reconozco. De lejos puedo ver la tela que separa la sala del *ring* de los camerinos para cada boxeador y sus equipos. Las escenas de ese día aquí aparecen en mi mente como una película sin audio y en blanco y negro, como en los viejos tiempos.

Recorro todas aquellas puertas y me dirijo a mi único destino; el camerino de Damon. En el que el recuerdo de él sentándose frente a mí y mirándome fijamente a la espera de que le dijera lo que pensaba de su pelea aparece. La habitación sigue siendo igual que esa primera vez; paredes negras, aquel vestidor que anteriormente estaba lleno de ropa deportiva, los tocadores con espejos y los grandes sillones contra las paredes.

Todo sigue perfectamente en su lugar a excepción de la ropa de Damon.

Respiro el olor a desinfectante para pisos y hago una mueca de desagrado. Antes, este lugar tenía olor a él, pero ahora todo está tan... vacío y limpio.

Frío...

Salgo hacia el pasillo y camino hacia la tela que me separa de la sala del *ring*. Paso esa cortina de color oscuro y me quedo viendo todo lo que no recordaba con claridad.

Fue aquí en donde también conocí a su equipo; Peter, Noah y todo aquel que trabaja para Damon.

Y es allí y en ese momento en donde me pregunto, *¿si no hubiese entrado a este lugar por curiosidad aquel día que salí a correr, hubiera conocido a todas estas personas?*

Estoy segura de que a Damon lo seguiría viendo en el instituto, aunque no hubiese entrado aquí, pero... ¿seríamos así el uno con el otro?

No lo sé, pero me alegro haber entrado aquí.

Mucho.



Salgo de aquel lugar igual que como entré; corriendo. Pero antes de pasar por aquella plaza, el sonido de mi celular hace que me detenga y me siente en una banca.

La brisa fría choca contra mi cara mientras saco el aparato y lo llevo a mi oído. No hay ruido excepto el de los pájaros cantar y el del viento volando las hojas por los aires.

—¡Hola! —grita la voz dulce de mi amiga.

—Hola, Emma —me río al escuchar cómo ella ya lo hace también. Se puede notar que está en un lugar público, y que con tanto alboroto detrás de su voz, ella tiene que gritar.

—¿Interrumpo algo?

—No...

—Genial —me corta antes de que pueda decir una sola palabra más—. Sam me invitó a ver su entrenamiento y estoy yendo para ahí, ¿puedes venir conmigo?

—Eh, no creo. Es mejor quedarte sola con mi hermano que estar en compañía.

—No. ¡Me aburriré toda la hora esperando a que termine! *Por favor, Nat. Ven...* —me interrumpe de nuevo. No respondo, por lo que ella suspira con frustración y resopla—. Te haré un favor si vienes.

—Ya me debes cinco días de hacer lo que yo te diga, Em, gracias a que fui a la fiesta de Jazmín contigo. ¿Me quieres deber más favores?

—Yo... —tartamudea—. Solo ven... —acaba suplicando, casi con un pequeño lloriqueo infantil flotando en su inocente voz. Mis vellos se erizan y ruedo mis ojos, cediendo inevitablemente.

—Bien, espera a que llegue a casa y me cambie.

—OK, ¡apúrate! —su último grito es ese, lleno de emoción y tan chillón como de costumbre cuando se encuentra extremadamente emocionada.

No entiendo de todas formas esa necesidad que noto en ella de que alguien esté ahí en sus salidas. Si bien ahora tiene la excusa de que estará aburrída viendo un partido, antes no era bien justificada. La mayoría de las veces me quiso allí para ella, *por si las dudas*, decía ella. Y todo terminaba siendo peor para mí porque ella al final no me necesitaría y yo estaría allí haciendo nada, siendo la tercera en la rueda del amor. Entonces, por qué lo haría. ¿Es tan insegura? No quiero imaginar que es tanto así, por lo que solo lo dejo pasar, suponiendo que ahora que está más apegada a mi hermano no me necesitará más luego de hoy.

Me levanto de la banca y corro todo el trayecto de vuelta hacia el departamento. Lo único que me apetece ahora es tirarme a dormir. ¡Y apenas son las once de la mañana! El ejercicio me deja agotada hasta el punto de querer dormir todo un día entero, sin exageraciones de por medio. Es como si mi cuerpo se desconectara y se apagara con un solo clic, para ser devuelto a la vida ya pasadas las seis o siete horas. Pero esta vez tengo la excusa perfecta para descansar todo el día. Definitivamente necesito horas de sueño para sobrevivir mi primer día de trabajo. *Obviamente*. Sin embargo, todo eso sucedería si no tuviese cosas pendientes con Emma. La insistente y temerosa Emma, y el maldito juego al que no quiere ir sola.

Luego de un baño rápido y del que no logro disfrutar nada gracias a mi cansancio y ganas de tenderme en mi cama, me cambio con unos pantalones negros, una remera azul con un panda estampado en la parte delantera y mis Vans. Luego, coloco mi abrigo sobre mi cuerpo y dejo que mi cabello caiga en cascadas sobre mis hombros. Me gusta sentir cómo mi pelo vuela con el viento. Cuando siento que ya estoy lista, agarro mi celular y salgo del edificio.

Tomo un taxi hasta el instituto. Dudo que mis piernas aguanten la caminata hasta ese infierno luego de una corrida agotadora y de un baño que no disfruté. Ya me veo tirada en la acera, gritando que no siento mis piernas y gente a mi alrededor viéndome como si fuera un bicho raro.

Eso sería desastroso.

Le pago la tarifa al joven y lindo conductor, para luego bajar del taxi y caminar a la parte de atrás del instituto en donde se encuentra la cancha de futbol americano. Encuentro a Emma en las gradas, exactamente en el lugar que siempre nos encontramos para ir a almorzar luego de un día lleno de estudios. Nos saludamos con unos besos en las mejillas y nos sentamos asientos más arriba que lo normal de siempre. Hablamos hasta que todos los del equipo aparecen para dar por comenzado el entrenamiento.

No sé mucho de este deporte, por lo que no puedo decir quién juega bien y quién no. Solo sé que mis hermanos siempre hacen unos juegos inolvidables, según me comentan todos.

Corren, saltan y esquivan los conos de plástico que colocó el entrenador con mucho músculo y el mismo descarado de siempre. Ese sujeto es de terror y un descarado de mierda. Es un mujeriego con certificado y lo peor es que ¡puede llegar a ser mi abuelo! Lo juro, ese hombre no es joven, puede que varias mujeres de nuestro instituto —putas (tos fingida)— lo desearan, pero es obvio que lo van a hacer si a ellas les gusta todo ser vivo que tenga tres patas.

Ese tipo se les queda mirando descaradamente el culo a las chicas que pasan por aquí para ir a su clase o hasta para ir al vestuario. Al parecer se

cansó de ver todos los culos operados de las animadoras, por lo que se decidió a mirárselo a otras, Emma y yo inclusive.

Y sí, me doy cuenta siempre que estoy aquí que nos mira. Emma solo se hace la desentendida y sigue viendo a Sam. Por lo contrario, yo me limito a fulminar al estúpido con la mirada y sacarle el dedo medio cuando hace gestos feos con su —de -por-sí— torcida boca.

El juego comienza, logrando que las pocas personas que están viéndolos entrenar al igual que nosotras gritaran fuertemente. Y para variar, esas son todas chicas de otro instituto. Que te dabas cuenta fácilmente porque todas traen una remera con un logo distinto al nuestro.

Sus miradas me dan asco, y verdaderamente no logro entender el motivo por el cual ellas están aquí si ni siquiera es un partido contra su equipo. Tapo mis oídos. Chillan como cerdas y aúllan sin temor, para el horror de mis tímpanos. Parece que se comieron a millones de focas que se les quedaron atoradas en la garganta. Y definitivamente, no es algo que digo por ser mala, simplemente es así. El rostro de Emma también lo demuestra, así como el de las personas a mi alrededor. Menos mal que mis hermanos son mejores que nosotras para ignorarlo porque si no fácilmente estarían revolcándose en el césped cubriéndose las orejas.

Para la próxima me traeré tapones para los oídos, sentencio casi en voz alta.

Cuando la verdadera práctica comienza, Emma grita ni bien Sam o Ty meten punto, al contrario, yo me quedo estancada en mi lugar con cara de zombi viviente y sin ánimos de ver todo esto. Porque vamos, estuve viéndolos prácticamente toda mi vida y aun así no logro entender el objetivo del juego aparte de, bueno, ganar y hacer puntos. No es que haya preguntado sobre eso tampoco. Lo único que sé es que ellos siempre fueron buenos. Eso es lo único que necesito saber, en realidad.

Un manotazo me saca de mi sueño profundo y me zarandea hasta que mis ojos están completamente abiertos. Ty aparece frente a mí sonriendo feliz y todo sudado. Me da un beso en el pelo y corre hacia los vestidores. Me quedo mirando el suelo, ligeramente confusa y desorientada. Al parecer, el hacer y

ver ejercicio y la falta de felicidad en la ducha, hicieron que me durmiese, sin mencionar que lo hice también con estas golondrinas chillonas y jodonas a unos pocos metros de mí y a Emma gritando prácticamente en mi oído.

Me incorporo en el asiento y veo cómo Sam y Emma se dan un dulce y corto beso antes de que él entrase al vestuario. Una sonriente Emma aparece frente a mí y yo la miro sin rastro de emoción. Sí, estoy enojada. No me gusta que me ignore cuando ella misma me pidió que estuviese con ella aquí. Porque definitivamente me ignoró desde que comenzó la práctica. Y no solo ahora, también lo hizo en la fiesta de Jazmín. Me rogó para que fuera con ella, por miedo a aburrirse, pero como no me necesitó para divertirse al final, me dejó de lado. ¿Cómo es eso? Se suponía que estaría allí para ella si se aburría, pero bien podría haberme pedido quedarme más tiempo con ellos a charlar. No, ella solo me dejó irme.

Y casi te violan.

Su sonrisa decae al ver mi estado de ánimo frío y enojado, para luego bajar la mirada arrepentida.

—Hola... —susurra inocentemente, haciendo como si no supiese lo que pasa.

—Hola —contesto cortante. Oh, no. Esta vez no caeré en su dulzura. Siempre caigo en su juego de niña buena, pero no hoy. Todo el tiempo hace lo mismo; quiere que haga esto por ella, y termino siendo la tercera que no tendría que estar en ese doble.

—Nat, escucha, yo... —la interrumpo.

—¡No! Sabes que no me gusta ser ignorada, y menos cuando vengo aquí por ti. Lo menos que puedes hacer es hablarme.

—Lo siento, me emocioné tanto con esto que te dejé de lado...

—*Muy de lado*, querrás decir. La próxima no vendré contigo. O, mejor dicho, te suplicaré que me acompañes a algún lugar y te ignoraré tal y como lo haces tú conmigo.

—Lo siento, ¿bien? —alza las manos en rendición y me mira suplicante—. Perdóname, no lo haré de nuevo. Sé que no fui una compañía muy divertida...

—No fuiste directamente una compañía, Em —mis ojos ruedan al encontrar mis palabras divertidas, dejando de lado tan solo un poco de la tensión. Ríe sin poder evitarlo y ella se une con un encogimiento de hombros y una sonrisa.

—Bien, te debo un favor, úsalo cuando quieras —asiento.

—Quédate tranquila que lo haré. No te salvarás de esta —sonríe divertida.

—Me lo imaginaba... ¿amigas?

—Claro —se lanza a mis brazos y me estruja en su pequeño cuerpecito. Me río y me separo de ella. Le encanta dar de esos abrazos de osos que te sacan hasta los sesos. No me gusta mucho que lo haga porque después quedo con el cuerpo adolorido... y ella sabe que lo odio. Solo... lo hizo a propósito.

Almorzamos a las dos de la tarde en un lugar nuevo de *pizzas* llamado La Mejor, con Ty junto a mí y los dos tórtolos frente a nosotros. No es muy extraordinario ese nombre para un local de pizzas, pero puedo decir que estuvo deliciosamente delicioso cada bocado que di, por lo que, sin embargo, parte del nombre está bien para el local.

La mayoría del tiempo nos lo pasamos riéndonos y hablando de su entrenamiento, aparte de mi pequeña siestita, por supuesto.

Luego de unos postres consistidos en kilos de helado y risas de todas las maneras posibles, llegamos a casa, sanos y salvos. No gracias a mí llegamos salvos, fue gracias a Emma y Ty. Al parecer, a Sam y a mí, nos hace mal tanto helado porque somos como dos ebrios caminando hacia el departamento.

Duermo toda la tarde, conciliando aquel sueño interrumpido dos veces; Tyler y Burry. Soñando con que soy feliz, muy feliz. Algo definitivamente cursi, pero toda chica quiere ser feliz de una u otra manera. Acompañada o no por alguien: sea hombre o mujer, o hasta animales.

Pues, tengo que decirlo, esa persona con la que soñé... era Damon. Porque, vamos, *me gusta. Mucho.*

Y más sin camisa.

A decir verdad, no se me da bien el decir mis sentimientos, aunque es muy pronto para tener los sentimientos que tengo, algunos no tienen ni siquiera nombre ni etiqueta. No tiene definición. Solo lo siento tal y como es. No lo tiene que saber, tengo por hecho que él sabe que me gusta, aunque yo no se lo diga. Pero los besos y caricias lo demuestran, ¿alguna vez rechacé sus besos o sus caricias? No, todo lo contrario, lo seguí porque quería, porque deseaba hacerlo, anhelaba sentir sus labios contra los míos desde un primer momento. Probarlos, saborearlos... Los mejores sueños que pude haber tenido en toda mi vida son totalmente en los que Damon es el protagonista. Él y sus exquisitos y tentadores labios. Su cuerpo grande, capaz de derribar a cualquiera, y su recientemente adquirida pizca de dulzura.

Me quedo dormida, imaginándolo junto a mí, abrazándome sin querer dejarme ir.

También, me quedo dormida olvidándome el hecho de que en unas pocas horas Damon vendría a buscarme para mi primera noche de trabajo. Porque eso es lo último en lo que mi cabeza quiere pensar justo ahora.

CAPÍTULO



Suave, rico y con un aroma espectacular.

Eso es lo que siento en estos momentos cuando algo se posa en cada parte de mi cara. Húmedo de una manera... deliciosa.

Pequeños pinchacitos de algo que no puedo descifrar se esparcen por todo mi cuerpo internamente sin que yo me diera cuenta. Una electricidad emocionante y muy electrizante me rodea a la vez que esa cosa se posa de nuevo y hace contacto con mi piel. Intento abrir mis ojos, sin resultado positivo, y caigo de nuevo en ese mar de sueño con ese algo aún a mi alrededor, sintiendo cada parte de mi cara.

Para mi suerte, no se detiene, sino que sigue su recorrido por mi cuello y mis hombros, y hasta allí se queda antes de regresar a mi cara y hacer ese camino una y otra vez hasta que ya estoy más que despierta.

Sonríó al no poder evitar reconocer ese olor y abro un ojo, encontrándome con unos zafiros que tanto cautivan a los míos. Su sonrisa se encuentra a centímetros de la mía, su nariz toca la mía y sus manos se encuentran con las mías a mis costados. *Sí, todo mío.*

Sin dudarle un momento, avanza con esos hermosos y apetitosos labios, rozando los míos solo para molestarme, sabiendo que anhelo tocarlos, probarlos...

Joder. No hay palabras para describirlos.

Lo fulmino con la mirada y Damon ríe al notar mi frustración. Me da un fugaz y corto pico antes de levantarse de un salto y sacar de mi cuerpo las sábanas y frazadas, para luego tomarme de la mano y llevarme a mi armario.

—Prepárate, Nat. Nos iremos dentro de poco y tienes que cenar —dice, logrando que un suspiro salga de mí. Tengo hambre. Tanta que hasta mi estómago ruge cuando escucha esa palabra salir de su boca.

Echo a Damon de mi habitación y me cambio a la velocidad de la luz.

Es lindo y tierno despertar con aquellos labios húmedos y deliciosos, con un sabor tan único que dan ganas de guardártelo en un frasquito y quedártelo para siempre. Su olor corporal tampoco se compara con ningún otro. Cualquier hombre puede usar perfumes muy ricos, caros y buenos, pero nada es como el olor a Damon. No se puede definir su contenido, es una fórmula secreta que dudo que algún día pudiese ser revelada.

Me visto con algo cómodo; una remera negra de Tyler, unas calzas del mismo color y mis Vans grises. Me ato el pelo en una desordenada y despeinada cola de caballo y bajo las escaleras hacia la cocina con mi campera de cuero en mi brazo.

Las voces de mis hermanos y Damon se escuchan mientras bajo los últimos escalones y me detengo antes de cruzar el umbral que da a la cocina. Me quedo escuchando.

—... Qué bueno que se haya decidido a trabajar, pero no me importa si no lo hace. Quiero verla disfrutar todo lo que pueda, y siempre pensé que un trabajo lo complicaría un poco, pero si ella quiere hacer eso, pues que lo haga —escucho a Ty decir con una voz tan cariñosa—. Pero cuidala, Damon. No quiero que nadie le haga daño.

—No pasará nada. Nunca le pasará algo cuando de ella se trata. Ella dijo que quiere valerse por sí misma y que ustedes estén orgullosos de ella. Es por eso por lo que buscó trabajo. Y como en el gimnasio había una vacante, se lo pedí a Rick.

—Te lo agradezco, pero... ¿no podías conseguirle algún otro trabajo en donde Nat no tenga que ver cuerpos desnudos y sudorosos en medio de la noche?

—Ah... no lo había pensado así...

—¡Me di cuenta! ¿Solo querías que ella te viera a ti? —no escucho la respuesta de Damon, pero Ty prosigue—. Lástima, porque ahora tienes que

preocuparte, no solo te verá a ti, sino a todos los que ejercitan en el gimnasio.

—Eso no pasará. ¡Le cortaré la cabeza a los tontos que se atrevan a acercarse! —gruñe en respuesta Damon con autoridad y enojo.

Vaya que sí está enojado este chico.

Decido romper su discusión absurda de mí y de mi empleo, al cual todavía no fui, para así evitar que algo se rompa o alguien salga lastimado —no quiero que Tyler resulte con un ojo morado solo porque Damon se enojó por sus palabras. Aunque en parte mi hermano tiene razón. Es extraño que Damon no haya pensado en los hombres alrededor de él que podré y me podrán ver. Es tan controlador que es completamente impropio de él que no lo haya pensado antes. Aun así, mis ojos solo pertenecen a él, por más que hubiese demasiados hombres llenos de testosterona ejercitando allí no podría siquiera mirarlos como lo hago con él. Ni siquiera una cuarta parte.

Sin embargo, me encanta saber que la idea de estar rodeada de hombres sudorosos lo moleste y lo ponga... celoso. *Es tremendamente sexi.*

Cruzo el espacio que me queda hasta entrar a la cocina y me aclaro la garganta antes de que Damon siga gruñendo. Los dos voltean sus cabezas hacia mí y cambian sus semblantes serios y enojados a unos más tranquilos. Les sonrío mientras me coloco la campera de cuero que llevaba en mi brazo.

—Ya estoy lista, Damon. Por cierto, ¿qué hora es?

—Las diez y media —responde Sam. Me giro hacia su voz y lo encuentro cómodamente sentado en el sillón con las piernas estiradas y los pies sobre la mesita frente a él. Sam ni se voltea cuando me lo dice, sigue mirando el partido de fútbol americano que hay en la tele mientras toma largos sorbos de la cerveza que se encuentra en su mano. Asiento con la cabeza y vuelvo a mirar a los chicos que estaban en la cocina junto a mí.

—Es hora de irnos, Natalie. No puedes llegar tarde a tu primer día de trabajo —lo miro confundida.

—Pero dijiste que tenía que cenar... —sonríe enigmáticamente y me toma del brazo, para luego llevarme hacia la puerta de entrada y abrirla.

—¡Nos vemos! Suerte con tu trabajo, Nat —gritan a la vez los gemelos. Gruño sin poder evitarlo a la vez que trato de seguir el paso de Damon. Sus

piernas son muy largas, por lo que me cuesta más estar a su lado.

—Damon, no soy un perro al que tienes que ponerle correa cuando no quiere hacer lo que tú quieras. No me arrastres —me quejo, forcejeando con su mano que encierra mi brazo.

Cuando él para de repente. Lo que causa que choque contra su dura espalda. Me mira sin rastro de emoción hasta que se da cuenta de mi mirada adolorida.

Él lastima sin darse cuenta de la fuerza que ejerce. Lastima sin saber. No sé por qué me tuvo que tomar así del brazo cuando mi pregunta fue puramente inofensiva. Tan solo tengo hambre —bueno ahora no tanto—, pero solo fue una pregunta del momento al recordar que estuvo a punto de besarme y lo interrumpió diciéndome que tenía que prepararme y cenar. ¿Qué tan malo fue preguntar eso?

O puede ser que no haya sido aquello lo que debía preguntar, sino otra cosa —me recuerda mi cabeza, e internamente deseo que ello fuera la verdad.

Afloja el agarre de sus dedos en mi piel, pero no me suelta. Baja la mirada un poco avergonzado al darse cuenta de lo que hizo y sonrío inocentemente.

—Eh, cenaremos afuera —explica, y no digo nada más.

Seguimos caminando hacia el ascensor. Un incómodo silencio se llena entre nosotros mientras los números de los pisos bajan hasta que estamos, por fin, en la planta baja. Nos deslizamos rápidamente a la puerta de entrada y salimos al aire frío. Para mi suerte, llevo puesta esta campera que me aleja de todo el viento frío mientras vamos hacia su auto. Y automáticamente agradezco que no haya traído su motocicleta. En una noche congelada como esta no podría mantenerme sentada en el asiento de esa moto.

—Sube —su voz me saca de mis pensamientos y me lo quedo mirando, tratando de descifrar qué fue lo que dijo. Al notar mi confusión, rueda los ojos y suspira—. Nat, súbete, nos tenemos que ir —sonrío y me acomodo en el asiento del copiloto.

—¿A dónde vamos a comer? —la verdad es que no me importa, pero con tal de que vayamos a un lugar con comida que no sepa a cosas vencidas, estoy más que bien y satisfecha. Él sabe que amo la comida, lo sabe muy

bien, por lo que dudo que me lleve a un lugar que no sea rico. Sus gustos nunca son malos, nunca tengo que dudar de él para elegir lugares que llenan mi estómago.

—Será una cena rápida, Nat. No tenemos mucho tiempo, pero ¿a dónde quieres ir?

—No sé, se me ocurre McDonald's, ya que no tenemos mucho tiempo y...

—No, a esta hora debe estar repleto de personas.

Buen punto.

—Cierto, entonces... podemos... ¡Dios! No se me ocurre nada, Damon.

—Podemos comprar unos sándwiches y comerlos en una plaza —sugiere pensando mientras sigue conduciendo por las calles. *Mmm...* Comer en una plaza desierta con Damon a solas no me parece una mala idea. Y me gusta más cuando la imagen de la plaza cercana al lugar donde fue su primera pelea se me viene a la cabeza, y sonrío mirándolo. Estoy segura de que mis ojos no pueden estar más brillosos y grandes en estos momentos—. ¿Qué idea tienes?

—Sigue derecho por esta cuadra y dobla a la derecha —lo dirijo. Lo hace sin chistar, pero aun así con una mirada confusa en su hermoso rostro. Le voy diciendo el camino por dónde tenemos que ir, dando en el recorrido unas vueltas para distraerlo y tratando de que no se diera cuenta a dónde lo quiero llevar. Intento que no tardemos tanto para así cenar rápido e ir a mi primer día de trabajo. Por ahora no me encuentro nerviosa por ello, pero no dudo que cuando sea el momento, lo estaré y mucho.

—Compraré los sándwiches y seguiremos —me avisa Damon mientras se estaciona frente a un supermercado veinticuatro horas y se baja para buscar lo que necesitamos.

—Está bien.

¿Qué pensará cuando se dé cuenta a qué plaza lo quiero llevar? ¿Se enojará? ¿Se pondrá contento? No lo sé, solo espero que sonría al menos. Bueno, si es que él lo recuerda. Yo no lo puedo olvidar. ¿Cómo olvidarme del día en que empezó todo? Aunque nuestro primer encuentro no fue en el *ring*, yo siento como si algo hubiese pasado entre nosotros en ese lugar. En el

instituto solo fue una pequeña discusión sobre el asiento en el que estaba y nada más.

Damon vuelve al auto con una bolsa de plástico blanca. Me la deja en mi regazo mientras se sienta de nuevo y arranca el motor. Le sigo indicando unos minutos más por dónde ir hasta que llegamos y nos bajamos del coche. No aparto nunca la mirada de Damon desde que aparcó a un lado de la calle. Él no le presta atención, solo se limita a señalar un lugar bajo un árbol en esta desolada plaza. Aunque ya es de noche, él no cambia de opinión y me lleva debajo del árbol de tronco grueso y lleno de escrituras de amor, de odio, de culpa; frases de libros y algunas líneas de poemas. Me encantaría poder tallar algo en ese tronco lleno de promesas, cumplidas o no, pero no tengo nada para hacerlo. Y no sé si a Damon le gustaría.

Lo miro. ¿Le gustará que escribiéramos algo en ese hermoso árbol? Pero me doy cuenta de que no me presta atención a mí, sino que solo saca la comida y la coloca sobre su campera, que repentinamente se encuentra como si fuese la manta de los pícnicos.

Suspiro pesadamente y me siento junto a él.

Luego le preguntaré si podemos poner algo allí.

Me pasa un sándwich de jamón y queso y él devora el suyo. Lo como lentamente, disfrutando de su sabor y del frío viento que acompaña a esta noche. Las hojas de los árboles vuelan libremente por el cielo que los lleva hacia un lugar desconocido, las estrellas iluminan nuestro alrededor como un manto brillante en un lugar oscuro y desolado.

Por cada suspiro que doy, una nube de vaho aparece y me la quedo mirando hasta que desaparece, y vuelvo a suspirar.

Ninguno habla, pero puedo notar que Damon no mira alrededor. Solo se encuentra sumido en sus pensamientos con la cabeza gacha.

Desilusionada porque mi plan no funcionó, apoyo mi espalda contra el tronco del árbol y estiro mis piernas, buscando una posición más cómoda.

—¿Qué te molesta, Nat? —lo miro. ¿Cómo supo que me pasaba algo? —. Siempre andas hablando, y que no hables ahora es muy raro de tu parte — contesta rápidamente como si me hubiera leído el pensamiento.

—¿No se te hace conocida esta plaza?

Frunce el ceño y pasa su mirada por los árboles y los juegos para niños que hay a lo lejos. Niega con la cabeza y yo suspiro, sin dejar de mirarlo. Le señalo la dirección en la que está ese edificio oscuro y alto. Abre mucho los ojos y los vuelve hacia mí.

—Sí, te traje al lugar en donde por primera vez vi tu pelea —le sonrío y puedo notar cómo me ruborizo levemente. Mierda, nunca me ruborizo, pero cada vez que estoy con Damon es como si el rojo fuese mi color preferido.

—¿Por qué tardamos tanto en llegar si no estamos lejos de tu departamento?

—No quise dejártela fácil, por lo que decidí demorarme más y hacerte dar vueltas por las manzanas para que te marearas.

Lo lograste, Nat. Si no me hubieras dicho, no me habría dado cuenta —se ríe—. Y mira que muchas veces estuve aquí y no solo en el edificio, sino en la plaza.

—¿Y qué hacías?

—Corría por las mañanas, hacia flexiones, abdominales... ya sabes, todo lo normal —se encoge de hombros restándole importancia. Le doy a mi cena otro mordisco mientras asiento.

—¿A qué hora te levantabas para entrenar?

—Me levanto a las cinco de la mañana y termino a las siete y diez, luego me baño y me cambio para llevar a Elle al jardín antes de ir al instituto.

—¿Cómo es que puedes levantarte a las cinco de la mañana para correr? —lo miro admirada. Si ahora me cuesta levantarme por las mañanas para ir al estúpido infierno, imagínense a las cinco de la mañana para correr. Ni loca. Prefiero que un elefante me arrastre por las calles llenas de piedras filosas.

Damon se ríe.

—Cuestión de esfuerzo y de costumbre —niego perpleja y me termino mi comida. Me limpio los labios y las manos con unas servilletas de papel y la tiro a la basura más cercana cuando termino de usarlas.

Me sorprende que no hablemos mucho, bueno no hablamos casi nada, pero esta vez fue como si cada uno estuviese en planetas diferentes y el otro no existiera en esos momentos. Antes de seguirlo hacia el auto, me quedo contemplando aquel árbol. Sus escrituras me llaman a gritos para que yo dejara mi huella allí, y si no fuera porque tengo que trabajar en pocos minutos, lo tallaría. No importa qué, con tan solo el hecho de escribir algo me basta.

—Natalie, nos tenemos que ir —y con un suspiro, me doy la vuelta y regreso.

Mis nervios aparecen como una avalancha cuando nos vamos acercando a nuestro destino, y recorre todo mi cuerpo, llegando a provocar un poco de sudor en mi frente. Mi sangre palpita contra mis venas como si la vida dependiera de ello, mi pierna sube y baja rítmicamente y en sincronía con los palpitos de mi corazón a punto de estallar. No puedo hablar, tengo la boca seca y quiero agua. Tengo sed.

Puedo sentir cómo todo mi color desaparece cuando Damon aparca en el estacionamiento y me hace señas para que baje.

No lo hago.

¿Y si lo hago mal? ¿Me echarán y no me querrán volver a ver? ¿Les dirán a otros gimnasios que soy un buen empleado para que no me contratasen? Cálmate, Nat. Me digo a mí misma y respiro hondo para intentar relajarme.

Damon abre mi puerta y me mira confundido cuando no bajo. Puede ver mi cara de pánico, por lo que se pone a mi altura y toma mis manos.

—Nat, entiendo que nunca hayas trabajado en ningún lado, pero no tienes que preocuparte de nada. Será fácil. Solo recogerás cosas tiradas y limpiarás el sudor. Estarás bien. Aparte, voy a estar cerca por si me necesitas. No pienses en nada, tienes que creer que lo harás bien y listo, ¿entiendes? — trago el nudo que tengo en la garganta y asiento temerosa. Me armo con un poco de valor, aunque sea, para bajar del coche y caminar hacia la entrada con Damon detrás.

Me detengo frente a la puerta de vidrio, donde del otro lado se puede ver a una mujer joven sentada detrás de un escritorio bien ordenado. Siento cómo

mi corazón palpita fuertemente y no da marcha atrás. Pestañeo varias veces y respiro hondo de nuevo.

Clámate, Nat. Solo es un trabajo, no es el fin del mundo.

Joder, pero así se siente.

Damon posa su mano en mi hombro y eso me da un poco de ánimo para abrir la puerta. El olor a flores impregna el aire y llega a mis fosas nasales. Lo raro es que no hay flores por ningún lado. Es una pequeña habitación de paredes beige, con algunos sillones individuales en algunas esquinas y esa mujer joven se encuentra sentada detrás del escritorio frente a una computadora. Su pelo es negro azabache mientras que sus ojos son de un color oliva. Es pequeña, pero de una manera muy fantástica. Levanta la vista y la clava en Damon, para luego sonreírle con cariño antes de dirigirla hacia mí con interrogación.

Me sorprendo al notar que no se queda mirando embobada a Damon como todas las otras hacen, ese afecto hacia él que noto en sus ojos me deja intrigada y confusa. Siendo tan joven y hermosa como ella, no perdería la oportunidad de entablar algo con él.

Luego de unos segundos, ella me sonrío y asiente con ¿aprobación?

Tú debes ser Natalie. Mucho gusto, soy Estela —dice, y solo me limito a asentir confundida. *¿Cómo sabe quién soy?* —. Damon habló bastante de ti, me alegro de que quisieras trabajar aquí. Ya me estaba cansando de ser la única mujer —me río y miro hacia los ojos de Damon. Este hace como si lo que dijo Estela no fuese verdad, pero por su mirada avergonzada y tímida me comprueba que lo fue—. Pasen, Rick debe de estar entrenando a Carter y probándolo con unos de los principiantes.

—Gracias, Estela —se despide Damon caminando hacia una puerta de madera color vino y me hace señas para que lo siga. Lo hace después de saludar con un ademán a la recepcionista que, para mi sorpresa, me cae bien.

Ante mí aparece un lugar amplio, muy amplio y espacioso, con guantes y pósteres de boxeo pegados y colgados bien ordenadamente por todos lados. Hay máquinas para caminar y correr, bicicletas, algunas pelotas gigantes de

colores, otros tipos de máquinas que no sé para qué sirven, pesas, y colchonetas apiladas a un costado de la sala. Es lindo.

Algunos hombres se encuentran practicando en un lugar contiguo a ese espacio de máquinas donde hay bolsas y sacos de boxeo colgados del techo. Hay algunos artefactos colgados de ganchos en un armario sin puertas que parecen que son para calentar.

Sigo a Damon hasta llegar a la última sección, o eso es lo que creo, ya que no vi otra. Está repleta de pequeños y grandes cuadriláteros. El olor a sudor impregna el aire, pero no es algo que no se pueda soportar. Damon me lleva hacia donde un hombre de unos cuarenta años con pelo negro y una buena contextura muscular que se encuentra parado viendo pelear a otros dos chicos de unos veinte años más o menos.

El rubio se prepara para ser atacado por el pelirrojo y se defiende poniendo sus manos cubiertas por los guantes rojos sobre su cara. Para su suerte, el pelirrojo tarda mucho en hacer otra jugada, por lo que aprovecha y le embiste un puñetazo en el estómago y otro más fuerte en la mandíbula, haciendo que el pelirrojo tire su cabeza hacia atrás por el doloroso impacto. Sin dejar que el chico se recupere del ataque, el rubio le pega una y otra vez en el costado derecho de su estómago bien formado antes de golpearle sin pudor en la mejilla y la ceja.

La voz de Damon me distrae y hace que saque mi vista de estos dos peleadores y la lleve hacia él.

—Hey, Rick —lo veo acercarse al tipo, y al instante hacen ese típico saludo de hombres. El tal Rick sonrío hacia Damon.

—¿Qué tal, Furia? —dice él—. ¿Viniste preparado para arrasar con el entrenamiento esta vez, pequeño marica?

A pesar de haberlo dicho bruscamente, sé que lo dice en broma. Sus ojos brillan con afecto hacia Muchachote, de una manera paternal y cariñosa envuelta en autoritarismo.

—Como siempre, hijo de puta —contesta Damon, gruñendo—. Pero antes que nada, ella es Natalie Lawler —me señala con la cabeza y Rick me sonrío.

Me relajo cuando noto que su sonrisa no es de esas frías que te congelan y te hacen temerle, sino que es cálida y acogedora.

—Mucho gusto —me dice él estirando su brazo para que le estreche la mano.

—Igualmente y gracias por dejarme trabajar aquí —se la estrecho con firmeza, intentando no tartamudear ni comenzar a temblar de los nervios.

—¿Estás nerviosa? —cuestiona, mirándome divertido y cruzándose de brazos.

—Un poco —su mirada verdosa no me deja mentirle, por lo que mis palabras salen por sí solas. Se ríe, un sonido grueso y despreocupado.

—No lo estés. Estoy seguro de que te saldrá fenomenal. Solo es limpiar y levantar lo tirado.

—Espero no equivocarme...

—No lo harás —asegura, y luego se da la vuelta nuevamente al cuadrilátero—. ¡Carter! ¡Wyatt! Dejen de pelear —grita Rick. Los dos chicos dejan de fulminarse con la mirada y se aproximan a su entrenador, quien adopta una postura diferente a la que vi cuando se presentó conmigo. Ahora es calculadora y digna de un entrenador—. Wyatt, ya puedes irte a bañar. Nos vemos mañana a la misma hora —el pelirrojo asiente y se da la vuelta, alejándose del grupo y entrando en la puerta que al parecer son los vestuarios—. Carter, tienes que practicar más tus movimientos zurdos. No puedo creer que te haya dado ese golpe que fácilmente podrías haber esquivado —lo reprende al rubio y suspira—. Pero te felicito por haber hecho bien la técnica que te enseñé —el tal Carter tiene el pelo rubio oscuro y los ojos más verdes que haya visto en mi vida. Son hipnotizantes y... dulces. Ante mi mirada, él voltea a verme y se sonroja bajando la vista hacia el suelo. Su sonrojo se nota bastante, ya que su piel es muy pálida, pero no le queda mal como a muchos otros, sino que le da un aire inocente—. Oh, por cierto, Carter, ella es Natalie. Comienza a trabajar hoy. No quiero que nadie la incomode. Si tú o Damon ven que ella está incómoda o que alguno de estos idiotas la molesta, me lo avisan —Carter asiente, y mientras Damon gruñe por haberme observado, él enfoca toda su atención en Rick.

—Yo me encargaré de ella, de que nadie la toque ni la mire —espeta Damon a su entrenador, enviándole una mirada posesiva al rubio.

—No estarás tan pendiente de ella. Te concentrarás en ejercitar duro para la pelea que se aproxima. Comienza el torneo, Damon. No desperdices más tiempo —replica con un tono amenazante, Rick, cambiando radicalmente su postura. Damon gruñe otra vez y lo mira mordazmente, pero sin contradecirlo en nada. Al notar su silencio, Rick sonríe satisfecho—. Ahora, vete a cambiar y a calentar para poder empezar. Carter, puedes ir a hacer cualquier ejercicio y ayudar a Natalie en lo que necesite o si pregunta algo, respóndele.

Carter baja la cabeza y asiente tímidamente antes de mirarme y sonrojarse de nuevo.

—Espero que te adaptes bien, Natalie. Carter te dirá qué hacer —agrega el entrenador.

Se aleja con paso decidido y Damon me mira sin expresión alguna antes de seguirlo. Trago el nudo de nervios y suspiro. Pensé que iba a ser peor. No me cae mal Rick. Se nota que es controlador y le gusta tener todo en su lugar, pero a la vez parece que trata a todos con cariño y confianza. Eso me gusta.

Ah... Natalie, ¿cierto? —dice nervioso, y asiento con una sonrisa—. Bueno, tan solo tienes que levantar las toallas tiradas por doquier y limpiar el sudor o el agua derramada que encuentres. Si terminas antes de tiempo, te diré qué otra cosa hacer —su voz lentamente y en un tono bajo. Su timidez me da más confianza. No sé por qué, pero es así. Me dan gracia las personas tímidas y más cuando son chicos. Es divertido cómo mueven sus ojos de un lado a otro para evitar ver los tuyos. Y si se sonrojan a cada rato es más adorable, y más cuando él es lindo. Bueno, lindo no, es sexi, de una forma retraída y fina. Sus rasgos son delicados, su cuerpo es musculoso, pero no de forma exagerada, nada que ver con la de Damon, sus ojos verde esmeralda llaman mucho la atención cuando algunos mechones de su pelo se posan en ellos.

—Bien —respondo—, ¿por dónde comienzo?

—Oh, eh... Por allá —señala la sección de las máquinas—. Luego recorrerás todo el gimnasio. Ven, te daré lo que necesitas.

Lo sigo hasta llegar a un cuarto lleno de productos de limpieza. Cosas que nunca usé en ningún momento de mi vida y que no pienso utilizar fuera de mi zona de trabajo. Una vez con todo listo y bien asegurado con los artefactos con los que trabajar, dejo a Carter allí y camino a la sección que me toca limpiar.

No es difícil ni es un trabajo tortuoso. Solo es cuestión de levantar, limpiar, secar, tirar y guardar. El tiempo se me pasó volando. El escuchar la música con ritmo que pasan en los parlantes te distrae y se hace el trabajo mucho más fácil. Creo que hasta moví mis caderas al ritmo de la música y canté las partes que me sabía. No le presté atención a nada más que no sea la melodía de las diversas canciones y a mi trabajo. Me olvidé de las personas a mi alrededor e ignoré algunas miradas de parte de los hombres que estaban más cerca de mí.

Carter se había ubicado en una cinta de correr cerca de donde yo estaba para ejercitar —tal como dijo Rick— y para ayudarme si lo necesitaba. De vez en cuando le preguntaba a dónde tenía que llevar o colocar las cosas que encontraba y él, aun sonrojándose con cada palabra que le decía, me apuntaba el lugar.

Es sorprendente la cantidad de cosas que las personas se olvidan en un gimnasio. Encontré varias cosas en lugares que no debía y sin ningún cuidado. No había nadie cerca, por lo que lo guardaba en el armario de cosas perdidas para que si el dueño preguntaba si lo habíamos visto, solo le decíamos dónde estaba, y listo.

Podía sentir la penetrante mirada de Damon en mi espalda cada vez que me acercaba a Carter. Bueno, no sé si me fulminaba a mí o lo hacía con Carter, el pobre chico tímido que se sonroja fácilmente. Me sorprendió mucho ver a alguien así de tímido, siendo tan lindo y atlético; son siempre arrogantes y mujeriegos. Sé que no todas las personas son así, pero Carter es la primera que conozco que sea sexi y tímida al mismo tiempo.

Es adorable, pero me gusta más arrogante, gruñón, posesivo, enojón, con un gran y enorme ego...

Idiota, estás describiendo a Damon.

Ahora, paso por cada sección y miro disimuladamente a Damon entrenar. Es espléndido verlo tensar sus músculos al pegarle al saco con sus guantes de boxeo y mirarlo saltar con la cuerda para calentar. Notar que no le cuesta derribar a sus contrincantes de práctica, me llena de orgullo. ¿Cómo es que llegó a ser tan bueno? ¿Cómo es que comenzó a pelear?

Por ahora solo vi a una persona que casi pudo ganarle en el *ring*. Casi. Si no fuera porque Noah y Peter me «secuestraron» ese día y me llevaron donde Damon, él no hubiese ganado. No sé por qué me necesitó ni tampoco qué hago yo para que él me necesite en esas situaciones. Aunque, tengo que admitirlo, me gusta que me necesite.

Pero no se lo diré.

Termino de hacer todo en menos tiempo de lo que me esperaba. Yo creía que iba a tardar horrores en terminar todo, pero al final estoy equivocada. Carter me dio un poco más de trabajo en los vestidores de los chicos y me hizo limpiar el piso de las duchas, ya que no había tantas rejillas y queda todo mojado.

Para mi gran suerte, no había nadie bañándose, eso habría sido embarazoso y feo. Imagínense que hubiese un viejo todo arrugado bañándose y justo cuando yo estuviese limpiando él saldría con solo una minitoalla.

Oh, ¡Dios! No, gracias.

Me encuentro ya terminando de limpiar la vitrina donde están las copas y medallas de los boxeadores y atletas que empezaron su carrera aquí, cuando escucho una voz que solo escuché una vez y que no me podría olvidar nunca.

A una que le había dicho que iba a llamarle.

¿Qué hace Christian aquí?

CAPÍTULO



—¿Chris? ¿Qué haces aquí? Tienes que estar cuidando a Sophie —dice un poco alterado Carter. *¿De dónde se conocen? ¿Quién mierda es Sophie?*

—Hey, tranquilo, Carter. La madre de una de sus amigas me llamó para preguntarme si Sophie se podía quedar a dormir en su casa y le respondí que sí. La llevé y luego te llamé al celular, pero no me contestaste. Por lo que vine a decírtelo en persona —se encoge de hombros. No es que yo esté a una corta distancia de ellos dos, pero al menos puedo escuchar algo de la conversación. Me doy cuenta de que dejé de limpiar la vitrina y concentré toda mi atención en ellos. Christian lleva puestos unos pantalones negros rasgados y una remera que remarca seximente sus músculos.

—Bien, ya te puedes ir. Te veré en casa.

¿En casa? ¿Qué significa eso? *Oh, Dios. ¿Acaso Carter es su...?*

—Bien, compraré la cena y si llegas tarde, me comeré tu porción... ¿Natalie? —mira atónito en mi dirección y se queda petrificado en su lugar mientras una lenta sonrisa aparece en sus labios. No me había percatado que se había volteado en mi dirección hasta que me habló. Sonrío sin poder evitarlo y camino hacia él, aun con las cosas de limpieza en la mano. Abre sus brazos y me acorrala en ellos con cariño, tanto cariño que me confunde. *Solo nos vimos una vez. Pero me cae tan bien que le abrazo de igual manera. Aunque no dudo en mirar de reojo en todas las direcciones posibles para ver si Damon está cerca. Matará a Christian si nota que me está hablando y más si se entera que me abrazó con mucho afecto y cariño. Estoy segura de que no le interesa que Chris sea gay, le pegará de igual manera y sin importar qué.*

—¡Hola, Chris! —me río a la vez que nos separamos, aliviada de no encontrar a la Furia por ninguna parte cercana—. ¿Qué haces aquí?

—Vine a hablar con Carter, ¿tú qué haces aquí? No te había visto antes en este gimnasio.

—Oh, no. Ella comienza a trabajar hoy —interrumpe un poco tímido Carter. Un tono rojizo aparece en sus mejillas y Chris se ríe por aquello.

—Buena suerte, entonces, Nat. Y dime una cosa... —se acerca a mí un poco y me mira con diversión—. ¿Dónde quedó ese bombonazo de la otra vez, quien también me pegó, por cierto? ¡Está que arde! Y, que Dios me salve si me vuelve a golpear, también tiene un muy buen rechazazo.

—Damon está entrenando aquí. ¿No lo habías visto cuando venias? —vuelve a interrumpir el rubio.

—Si me hubiese dado cuenta de ello, viviría aquí y lo secuestraría. Sin ofender, Nat.

—Pensamos lo mismo —le susurro a Christian para que él solo me escuche.

—Bien, ahora hablemos de algo serio. ¿Estás con él como...?

—Christian, puedes hablar con ella otro día, ahora está trabajando y Rick se enojará si nota que se la pasó hablando contigo. Puedes otro día invitarla a casa y hablar tranquilamente —comenta Carter mirando hacia los lados alarmado y con ojos cautos—. No quiero que Rick se enoje con nadie. Sabes cómo es cuando se enoja.

—Bien, es cierto. Mejor hablamos otro día. Prométeme que me llamarás para salir, Nat. Ya me lo prometiste y fallaste. Estoy seguro de que te olvidaste de mí... —me reprocha el gay fingiendo enojo e indignación. Cómo amo cuando hace eso; frunce los labios, coloca sus manos en sus caderas y tuerce graciosamente la nariz. Es todo un personaje cuando finge enojo.

—Te lo prometo. En serio.

—Genial, iré a tomar un helado con Félix. Carter, llámame cuando estés por salir así ya compro la cena.

—¿No es un poco tarde para cenar? —pregunto y él se encoge de hombros restándole importancia.

—Ya cené algo pequeño, ahora voy a tomar el postre con Félix y luego cenaré en serio —me río. Los hombres comen tanto que me sorprende. Bueno, no sé si come más que yo, pero si cena dos veces creo que es una posibilidad bastante buena de que sea, como mínimo, igual que yo—. Nos vemos luego, Nat —se da la vuelta y sale de la habitación moviendo las caderas, atrayendo a su paso algunas pequeñas miraditas de parte de algunos del sexo masculino. Al parecer le encanta atraer la atención.

—¿De dónde se conocen? —pregunta Carter, mirando caminar a Chris hasta verlo desaparecer. Entonces, se gira hacia mí.

Lo miro un momento y luego respondo. Ahora, por lo menos, cuando me habla no se sonroja. Espero que lo esté controlando porque si no, de seguro mis manos van a ir volando sin mi consentimiento y van a estrujar esos cachetitos tan tiernos hasta que estén de un color rojo vivo. Lo digo en serio.

—Damon le pegó porque pensó que me estaba coqueteando. Christian era el mesero que me atendió cuando Damon se fue al baño el día en el que fuimos al parque de diversiones —me río al contarle todo ello y al acordarme de toda esa escena que se armó en el parque de diversiones. La furia de Damon se podía oler a muchos kilómetros de distancia—. ¿Cómo se conocen ustedes? —por favor, que no me diga que era su exnovio porque si no me mato. Sería *demasiado* desperdicio de lindura para las mujeres.

—Es mi hermano —admite.

Jadeo, mis ojos abriéndose sorprendidos hasta más no poder. ¿Hermanos? *No me jodas*. No tienen muchas características parecidas, por lo que jamás me los hubiera imaginado como hermanos. ¿Serán hijos de diferentes madres o padres? *Ahora sí puedo respirar tranquila*. Carter no es gay, no sé por qué estoy feliz por eso, pero es así. Descarto y saco definitivamente la idea de que Chris y Carter son novios de mi cabeza.

—Guau, no me esperaba esa respuesta —me río nerviosa—. No se parecen en nada.

—Lo sé, no preguntes —incómodamente él se queda viendo la vitrina que limpié hace un momento—. Lo hiciste todo bastante bien. Te felicito — comenta intentando y fracasando terriblemente cambiar de tema. Lo dejo pasar para no ponerlo mal y no forzarlo a hablar de algo incómodo y que puede ser duro para él.

—Gracias, pensé que sería mucho más difícil, pero me sorprendí al ver que no lo fue.

—¿Es tu primer trabajo? —asiento—. No te preocupes, eres apta para esto —y por primera vez, lo escucho reír. Una risa contagiosa y melódica. No es muy fuerte, ya que al parecer también su risa es tímida, pero al menos se ríe.

—Me alegro de escuchar eso.

—Nat, vámonos.

La voz dura de Damon nos interrumpe y hace que me dé vuelta en mis talones. Su gran figura se encuentra parada frente a mí, espectacular y radiante como siempre. Vestido con unos pantalones sueltos, una remera manga larga negra y el bolso que le cuelga del hombro. Con el pelo mojado y revuelto de una manera que solo él logra, y creo que sin esforzarse en nada. La molestia feroz brota de sus poros, llegando a rozar mis vellos. Es casi palpable. Su escultural cuerpo irradia respeto, logrando intimidar hasta el más grande hombre. Se alza sobre mí, tan glorioso como nadie jamás podrá ser.

Le envió una confusa mirada. ¿Es que Rick ya me permite irme? Es imposible que Damon me sacara de allí sin su consentimiento. Supongo que él me sabe mi hora de salida, si fue él quien me consiguió el trabajo. Miro hacia el reloj, y tan solo faltan cinco minutos para poder irme. Sonríe internamente. Pasó bastante rápido la noche, y si no fuera porque disfruté lo que hice por mí misma, hubiese pasado completamente lento. Pero me gustó, a pesar de haber estado sosteniendo cosas olorosas y sudadas de los demás.

—Claro. Espérame que dejo todo y podremos irnos —sonrío y ladeo la cabeza para mirar a Carter—. Nos vemos luego, Carter. Fue un gusto conocerte. Nos vemos mañana, ¿a la misma hora?

—Claro. Nos vemos, Natalie —sonríe al mismo tiempo que se sonroja levemente. *Y ya volvió su actitud nerviosa y tímida.*

Me alejo, sintiéndome repentinamente relajada y totalmente exhausta. Dejo las cosas que utilicé para limpiar todo el gimnasio en la habitación correspondiente y me lavo las manos. *Tengo un olor espantoso.* La combinación de los tóxicos para limpiar, el sudor que tengo de tanto moverme y de todo el calor que hace en este lugar tan cerrado y lleno de personas sudorosas, se impregnó en mí y me da ganas de vomitar. Estoy segura de que cuando llegue al departamento voy a meterme directamente en la ducha.

Puedo escuchar la voz amenazante de Damon cuando me acerco lentamente a ellos dos.

—... Si la tocas o la miras más de la cuenta, te partiré la cara.

—Pero no es tu novia. ¿Por qué nadie puede tener oportunidad con ella cuando tú solo eres su amigo? —le responde bajito y tímidamente Carter. Damon gruñe.

—Me da igual. No la mires. No la toques. No estés en ningún lugar cercano a ella. Es mía. Y yo protejo y cuido lo que es mío. Te lo estoy avisando.

—No puedes prohibirme verla, está trabajando aquí y Rick me dijo que la ayude y la vigile... Aparte, solo pretendo conocerla...

—Haz el intento de ser cortante... —interrumpe enojado Damon, apretando sus puños a los costados y tensando su mandíbula. Puedo jurar que tiene la intención de abalanzarse sobre Carter y destrozarlo lentamente para que sufra. Por lo que aprovecho ese momento para interrumpir la posible matanza.

—Listo, Muchachote —comento alegre para aminorar la tensión que hay en el aire. Me coloco mejor la campera y sonrío hacia los dos chicos frente a mí.

Ver y escuchar los celos de Damon me da gracia, alegría y... realmente me enoja. Que sea amenazante con otras personas solo para alejarlos de mí, ser sobreprotector como si fuese su hermana y posesivo es frustrante de alguna manera... *buena. Sí, dije buena. Es confuso. Él es confuso. Todo... El... Maldito... Tiempo.*

Pero me gusta tal y como es. Que proteja lo que considera suyo. Y joder, justo ahora pienso que sí lo soy.

Damon mira por última vez a Carter y me toma de la mano para llevarme hacia la puerta.

—Nos vemos mañana, Natalie —saluda efusivamente Estela ni bien Damon me hace seguir sus pasos apresurados por el frente de su escritorio.

—Adiós, Estela.

Caminamos hacia su auto. El aire frío se intensificó y ahora es más probable que llueva y haya tormenta. Las pequeñas y pocas gotas de lluvia comienzan a caer cuando nos estamos aproximando al estacionamiento. Damon no me suelta, sino que me aprieta más a su cuerpo e intenta cubrirme del agua. No lo logra, ya que me alejo un poco de él para sentir ese frescor del viento en la cara combinado con el agua. No me importa enfermarme en estos momentos, pero estoy segura de que lo haré si sigo así.

Es ahora que se me viene la imagen de Damon cuidándome cuando me enfermé por su culpa.

Bueno, ahora que lo pienso mejor, no me molesta para nada enfermarme de nuevo.

—¿Por qué lo trataste así? —pregunto ya en el auto, muy serena para ser verdad, pero en mi cara no se podría ver lo molesta que estoy. Sí, me gusta que sea así, pero no es tanto como para tratar mal a alguien que tan solo me habló y me ayudó en mi trabajo.

—Solo le advertía, Natalie —no me mira, presta toda su atención en la carretera, aunque aun así aprieta fuertemente sus manos en el volante.

—Damon, tienes que dejar de ser así con la gente que apenas me habla ¿Cómo pretendes que tenga amigos?

—No necesitas amigos. Nos tienes a Emma, Elle, tus hermanos y a mí. Sin mencionar a Finn y Julieta —simplemente, lo quiero matar. No me hace mal conocer más personas. No sé si me lo dice en un tono de reproche o de enojo, como si me estuviese recordando de la presencia de las personas que quiero.

—Damon, no me hace mal poder conocer otras personas. ¿Por qué pensaste que tener a Carter cerca podría hacerme algo? Es muy dulce y tiernamente tímido. *Déjalo en paz*. Aparte, es hermano de Christian y lo veré mucho en el gimnasio y en su casa —al decir el nombre de mi nuevo amigo, Damon levanta la cabeza casi instantáneamente y me fulmina con la mirada.

—¿Quién mierda es Christian? Y Carter es un idiota al que cortaré en pedacitos si no hace caso a mis advertencias de todas formas —su tono de voz causa escalofríos a mi sistema y tiemblo por lo que se aproxima. Pero sin dejarle ver mis nervios, le respondo.

—El pobre mesero gay del parque de diversiones al cual le pegaste, ¿lo recuerdas? —gruñe y aprieta un poco el acelerador.

—Se llevará otro de mis puños si no aleja a su hermano de ti... —murmura lo más bajo con la intención de que yo no lo escuche, pero para su mala suerte, lo escucho fuerte y claro.

—No lo haré, Damon. Quiero que sea mi amigo. ¡Por Dios! ¡Hasta que tenga un amigo gay también te molesta!

—¡No quiero que te lastimen! —su grito me interrumpe.

Me quedo callada, con la respiración agitada de tanto enojo y frustración. ¿Por qué piensa que van a lastimar? No soy una niña que se rompe ni bien la tocas. No soy débil, pasé tantas cosas difíciles que él no sabe. No me conoce por completo. Hay una parte de mí que se encuentra escondida, muy escondida en el fondo. Cubierta por un puñado de cadenas pesadas y candados. Pero verlo así, vulnerable por aquel pensamiento que tiene de mí o de que me van a hacer algo, es algo que me desgarrar. Nunca lo vi tan...

Me lo quedo mirando a los ojos, unos ojos azulados que solo reflejan una guerra interior, desgarradora y difícil, dando batalla. Pero hay algo que sí destaca en aquellos mares zafiros: la decisión.

—Te voy a cuidar, Nat. Quieras o no, eres mía.

No lo contradigo, no digo nada. Me lo quedo mirando sin ganas de decirle lo contrario. Me gusta ser cuidada por él, me gusta sentirme así. Nunca pertencí a nadie. Solo era yo con mis problemas cuando mis hermanos se fueron, y pensar que ahora no estoy sola y que otro puede alejarme de

cualquier cosa... es extraño. Un sentimiento muy desconcertante, pero a la vez muy lindo. Siempre hay una primera vez para todo y esta es la mía.

Volteo mi cara hacia la ventana y apoyo mi frente en esta, mirando cómo todo el paisaje oscuro que tengo de los edificios que pasamos va cambiando. Algunas farolas iluminan las calles, pero no los callejones, por lo que me da miedo el pensar que algunas chicas pudieron o podrán ser violadas allí. Me encantaría que también haya algunas luces en esos lugares tan fríos y carentes de iluminación. Se necesitan y mucho, más ahora cuando hay gente peligrosa por todos lados que pueden abusar de ti y matarte sin compasión.

Alejo todo eso de mi cabeza para no deprimirme.

Espero unos minutos en esa misma posición y noto que nos desviamos hacia la calle contraria hacia donde mi edificio se encuentra. Frunzo el ceño y miro disimuladamente al chico de ojos azules. Se encuentra sin rastro de emoción en la cara, una mirada que no se puede descifrar. Su mandíbula cuadrada parece cincelada y dura cuando la luz de las farolas lo ilumina de vez en cuando, sus cejas se encuentran levemente fruncidas, dando a saber que se encuentra ensimismado en sus pensamientos. Pero de igual manera, está relajado, con los hombros caídos y cómodamente apoyados contra el respaldo del asiento.

Se ve hermoso así.

Vuelvo la mirada hacia afuera y suspiro. No me importa a dónde me lleva, estoy más que segura que me lleva a su departamento, ya que el camino se me hace conocido cuando nos acercamos. Me deprimó al pensar que hoy no pudimos volver corriendo, pero imagino que es todo debido al mal tiempo, por más que me hubiese encantado trotar en una noche como esta.

Las pequeñas gotas de lluvia comienzan a caer de a poco, aumentando a cada segundo, llegando a ser intenso. El viento causa un sonido chirriante cuando chocan contra las ventanas y el agua cae lentamente por esta. Me cubro más con mi campera al notar que el frío, de alguna manera, invade el interior del coche y causa que un temblor recorra mi espina dorsal.

Llegamos diez minutos después a su departamento, como sabía que iba a pasar. Era obvio.

Salgo del auto una vez que aparcamos, con mis manos metidas en los bolsillos de mi campera y tratando de que el frío no entre por ningún hueco libre. Damon baja después de mí y se me acerca lentamente desde atrás, rodeándome con sus brazos la cintura y apoyando su mentón en mi hombro. Mientras siento que saca las llaves de la puerta de entrada, su respiración acaricia mi piel de una manera tan electrizante y exquisita que me derrumbo en sus brazos. Me apoyo contra su cuerpo y respiro su olor.

No tarda en sacar las llaves y en abrir la puerta. No me separo, dejo que me lleve como si fuese algo sin peso. No me importa, estoy cansada de pelear y discutir. Subimos al ascensor en la misma posición. No me quiere soltar, no me quiero alejar. Mi cabeza está harta de tener que pensar en todo y nada sobre todo lo de nosotros o lo que pasa con nosotros. Por lo que dejo mi mente apagada para que mi cuerpo actúe por sí mismo por primera vez.

Las puertas se cierran detrás de nosotros y repentinamente, Damon me empuja contra la pared. Una mirada ardiente e intensa es lo que me encuentro cuando llevo mis ojos a los suyos. Me aprisiona sin lastimarme mientras su respiración aumenta y choca contra la mía que, sin darme cuenta, está igual de agitada que la suya.

Con su gran mano me toma por la nuca y me besa, mordaz, arremolinando su lengua con la mía. Puedo sentir cómo la sangre explota en mis venas, mis latidos están por explotar y llegar al límite de la locura. Me arrebató del presente y me lleva a un lugar nunca antes conocido. Me devora como un animal hambriento, llevando él el ritmo del beso, rápido, feroz y caliente, llenando el aire de una atmosfera electrizante. Paso mis brazos por su cuello y dejo que haga con mi lengua lo que quiera; saborea y enreda su lengua con la mía, comenzando una batalla de la que no creo que saldré ilesa. Gimo ante la intensidad y él gruñe con aprobación.

Mmm... Y qué sonido.

Lo acerco más a mí, aunque no creo que podamos estar más cerca, y él coloca la mano que anteriormente estaba en mi nuca, en mi cintura. El aire en mis pulmones va disminuyendo y siento que el tiempo pasa más que lento. Jadeo al notar que mi cuerpo pide oxígeno, por lo que tengo que separar mis

labios de Damon unos centímetros para aspirar una bocanada de aire. Damon se queja ante eso, pero estoy con mi atención a seguir viviendo. Se me queda mirando, mirando cómo mi respiración vuelve a ser un poco menos agitada y mirando cómo mis ojos delatan el fuego que siento por todos lados, ese leve hormigueo electrizante que recorre mi espina dorsal.

Las puertas del ascensor se abren repentinamente y me separo de él, pensando que alguien pudiese vernos en este estado tan... desesperado. Para mi buena, nuestra, suerte nadie está del otro lado. Solo nosotros dos, agitados.

Sus manos vuelven a su lugar en mi cintura y su pecho se pega en mi espalda mientras caminamos en silencio hacia la puerta de su departamento. Todo se encuentra en silencio, excepto por el sonido de nuestras respiraciones. Las luces están apagadas, lo que hace que mi vista se tenga que acostumbrar a la oscuridad para encontrar el camino, pero a Damon eso no le importa. Me lleva sin dar mirada atrás para ver si la puerta cerró. Lo que sí hizo, por suerte. Me lleva a rastras hasta su habitación, la abre y nos adentra a otra oscuridad. No prende la luz, pero puedo notar que se aleja de mí y se mueve por el cuarto. Mi vista se acostumbra luego de un segundo, y veo cómo se saca la remera. Lo que logra que mi corazón dé un giro.

De alguna manera, mi cuerpo no responde, me quedo estática en mi lugar. Pestañeo varias veces, intentando sacar las imágenes que, sin mi consentimiento, llenan mi cabeza. Imágenes espantosas y que no me gustan para nada. Los recuerdos de esos días y el fin de ellos. No lo quiero revivir, pero mi mente y esas imágenes no dan vuelta atrás.

Damon, sin notar mi repentino cambio de humor, se acerca desnudo de la parte de arriba de su cuerpo, pero no puedo sentir nada que no sea miedo. Miedo a que pasara de nuevo, miedo a revivir todo. Doy un paso atrás mientras lágrimas silenciosas caen por mis mejillas. No, no quiero vivir de nuevo eso. No lo quiero cerca de mí de nuevo. No quiero que me encuentre como sé que lo va a hacer. Me encontrará y no podré impedirlo. Sigo alejándome hasta que mi espalda choca contra la pared y estoy sollozando. Me arrastro hasta el suelo, llevando mis rodillas a mi pecho y mis manos a mi cara. ¿Por qué tengo que pensar esto cuando estoy así con Damon, en esta

situación tan... íntima? Me odio por sentirme así, lo odio por hacerme esto y no disfrutar del ahora con Damon.

Él se acerca a mí y se agacha a mi altura. No levanto la vista, pero él, no queriéndome dejar en el suelo, me levanta en sus brazos como si fuésemos recién casados y me lleva a su cama. Mi llanto no cesa, solo se intensifica hasta que gimo por cada lágrima que sale de mí. Me acuesta lentamente y, sin soltarme, se coloca conmigo. Nos tapa con una frazada suave y con su refrescante olor. Me acurruco contra su pecho desnudo y sigo con mi tormento de olvidar. Estoy segura de que él no entiende nada y que tiene muchas preguntas sobre esto que no podré contestar sin venirme abajo. Me abraza contra sí, envolviéndome en su calor y en su fragancia exquisita, dejando que me calmase hasta poder, aunque sea, dejar de llorar.

—Lo siento, no quería hacerte pasar por esto —me lamento a la vez que seco mis últimas lágrimas—. No quería que me vieras a-así.

—Está bien, Nat. No te preocupes. No sé por qué te pusiste así, pero no quiero hablar de ello si te incomoda —me interrumpe. Levanta una mano y la lleva a mi mejilla para acariciarme lentamente. Levanto la vista y en sus ojos aparece un brillo de algo que no sé explicar. Es intenso a la forma peculiar de Damon. Y puedo decir que probablemente también yo tenga un brillo en mis ojos que tampoco sé descifrar—. Me lo contarás cuando estés lista, ¿de acuerdo?

—Sí, gracias.

—Duérmete, Nat. Es tarde y estoy seguro de que estás muy cansada... —murmura cerrando sus preciosos ojos—. Buenas noches.

—Buenas noches, *Muchachote* —murmuro de vuelta, llevando mis labios a los suyos y dándole el último beso antes de caer dormida, en donde unos ojos zafiros me alejan de los malos pensamientos y causan que una sonrisa aparezca en su lugar.

CAPÍTULO



La temporada de lucha comenzó.

El campeonato del que tanto hablaba Damon días y noches en el gimnasio con el entrenador, está por todos lados. En las revistas, en la televisión, en los periódicos de deportes. Y, sin dudarlo, en la boca de todos.

Es de locos ver que a muchas personas, sean mujeres, hombres, adultos o jóvenes, les gusta el boxeo y todo lo que tiene que ver con las peleas. Vi videos de ánimos hacia muchos luchadores, groserías escritas por doquier a algún otro boxeador que no le cae bien a la gente, y muchas cosas son las que aparecen en todos lados.

Bueno, no me enteré de todo aquello hasta unas semanas después de mi primer día de trabajo.

Yo no entendía ni me imaginaba que llegaría a ser algo tan grande, pero con la vista de un Damon entrenando todas las malditas noches, horas y horas, sin mencionar que los fines de semanas también, ya tengo una clara idea.

Entrena como un perro loco, no se detiene. No sé por qué, pero cuando Rick le deja tomar un respiro, Damon no para hasta que se siente lo suficientemente cansado como para tomar un sorbo de agua y volver a su trabajo con el saco.

Centra completamente su atención a lo que tiene enfrente, no piensa en nada. Sus músculos se tensan, se mueven a una velocidad inexplicable, sus piernas torneadas y musculosas, su pecho sudoroso al aire libre y sus impresionantes golpes hacen que tu vista se dirija a él. Es espectacular la

forma en la que no pone todo su esfuerzo, pero aun así, acaba con todo lo que le pasa enfrente. No le pone toda su fuerza porque no lo necesita. Con tan solo un puñetazo, derribó a varios contrincantes de práctica.

Y Jesús, es toda una máquina imparable.

Por lo que logro entender, este campeonato es uno de los más importantes. Se gana una gran cantidad de dinero y te da la posibilidad de entrar al próximo campeonato de los luchadores más fuertes. Lo que significa que tienes que tener una gran cantidad de fuerza.

Hace un par de años, por lo que Damon y Rick me contaron, se empezó a juntar a los boxeadores ganadores de las peleas, para luego, cuando ya se tenga la cantidad necesaria, hacer que todos ellos luchasen unos contra otros hasta que solo el mejor quede.

Puede llegar a ser muy sangriento y podría durar horas. Si te rindes, eres un cobarde. Pero si sigues hasta el final, podrías llegar a morir.

Ni bien me dijeron aquello, mi corazón se detuvo unos segundos, posiblemente unas horas, al imaginarme a Damon muriendo en medio de un charco de sangre mientras otro alardea de su victoria contra «la Furia».

No lo pude evitar, una corriente eléctrica me había pasado por la espina dorsal a la vez que podía sentir que el sudor no tardaría en salir de mi sistema.

No quiero ni puedo ver a Damon siendo destrozado en el *ring*, ni en ningún lado. No lo soportaría. Verlo caer sin vida y sin dar pelea... No es algo en lo que quisiera pensar. Simplemente no podría verlo, no lo *quiero* ver ni *quiero* que pase.

Las peleas se llevarán a cabo en distintos lugares. Hay luchadores que tendrán que viajar hacia otros países, otros no y, por suerte, Damon no es uno de ellos. Las luchas se hacen en distintos lugares, en distintos cuadriláteros. Con peleadores distintos y todo es cuestión de puntos. Los puntos son los que te aseguran la victoria o la derrota y la eliminación del campeonato. Si pierdes alguna que otra pelea, te descuentan puntos, pero si ven que tienes potencial, te los agregan.

Es por eso por lo que pienso que, al principio, Damon no tendrá problemas en ganar puntos. Es tan bueno que no sé si él se da cuenta de ello cuando pelea. Es como si se desconectara del mundo y fuese a uno en donde nada más importa ganar. Son solo él y el contrincante. Su rostro cambia cada vez que el sonido del silbato del entrenador suena y se vuelve totalmente serio. O pone otro adjetivo.

Se pueden escuchar los engranajes de su cabeza funcionar a la velocidad de la luz, estudiando al oponente, sus debilidades y los puntos en donde tendría mejor acceso. Es impresionante cómo de un puñetazo, puede llegar a derribar a muchos. ¡Con solo uno!

Y, mi Dios, había ocasiones en las que cuando yo volvía a la realidad, me daba cuenta de que estaba apoyada en la escoba mientras veía pelear a «la Furia». Mi mejilla apoyada contra el extremo circular del palo y dejando que todo mi peso, que suspiraba al ver cada gota que caía por su cuerpo, se sostuviese solo por la escoba.

Carter, todas las veces que yo me ponía en blanco en esas ocasiones, me tocaba el brazo con su dedo hasta que me dejaba moretones. No eran unas picaduras leves y sin fuerza, sino que eran todo lo contrario: ¡Eran unos pinchazos dolorosos!

Solo me sonría con disculpa y volvía a su ejercicio. Es un chico agradable, pero cuando quiere, es un maldito hijo de puta. ¡Se burlaba de mí! Y solo por ver que estoy muy embobada con la vista de Damon.

Aunque bueno, eso no lo contradije.

Exquisitamente y con seguridad, esos fuertes y esculpturales brazos se movían sin parar durante mucho tiempo, creando y provocando que mi cuerpo se erice ante esa vista de él, su escultura sudorosa, cansada, agitada y jadeante; todo espectacular. Y joder, lo que es eso para mi vista, no se puede comparar con las imágenes que hay en mi cabeza a la misma vez.

Es feroz, mordaz y sin piedad. No hay ningún rastro de temor en su expresión, aunque su contrincante sea más grande que él o más fuerte a la vista. No le importa.

Aparte de todo aquello, se apegó mucho más a mí. Se convirtió en alguien mucho más celoso y enojón, me culpaba por hacer que la vista de Carter se posase en mí cada dos por tres. Yo solo me reía y negaba con la cabeza. Era divertido verlo quejarse en su departamento luego de terminar mi trabajo y sus ejercicios. Prácticamente no me dejaba hacer nada que no fuera con su compañía, en ningún lado. Es como si en estos días comenzara su nueva versión de un Damon desesperado, en donde sus estados de ánimos cambiaban constantemente y su único sustento era, de alguna manera, yo.

Todo lo contrario a lo que se convierte cuando está en el *ring*. Es una persona con un ego y arrogancia que traspasa los cielos, su confianza es definitivamente alentadora hacia mí, para no pensar en que él podría caer en cualquier momento si algo sale mal.

Se las apañó e ingenió para convencerme de que, algunas noches —por no mencionar la mayoría o casi todas—, me quedara a dormir con él. Las otras veces yo difícilmente lo convencía de correr juntos hasta mi casa, y luego él se volvía en taxi.

Me hizo bien correr más a menudo, alejaba mi mente del estrés que comenzaba a consumirme de a poco por todo esto de la pelea, mi nuevo trabajo y los exámenes. Creo que hasta estoy más asustada yo por el campeonato que Damon.

El campeonato abarcará, durará o se extenderá varios meses, no sé muy bien cuando terminará, solo espero que sea pronto. Mis nervios a flor de piel van a acabar conmigo si sigo pensando. Por lo que la excusa de todo para olvidarme de todo por unas horas, es correr. Corro desde el instituto hasta el departamento cuando terminan las clases y dejo que Emma disfrute más con Sam en el viaje. Me alegra ver a mi amiga feliz. Nadie puede sacar esa radiante sonrisa de su cara ni aunque la golpearan. Mi hermano está más que coladito por ella y Ty se burla por ello también.

En estos momentos, estamos terminando de prepararnos para ir a ver la primera pelea de Damon. No lo vi durante todo el día, pero Peter hizo que hablara un poco por teléfono con él. Al parecer, piensa que se calmaría un poco si escuchaba mi voz. Me prohibieron verlo, no sé la razón verdadera,

pero me dijeron que era para que no lo distrajera. No les había creído del todo, pero no seguí insistiendo.

No necesitan que alguien los joda ahora, ya tienen bastante con Damon.

Peter y Noah, además de todo el equipo de Damon, también estaban en el gimnasio todas las veces que él entrenaba. Eso sería todos los días. Mi primer día de trabajo no los había visto porque Damon les dio el día libre. Ellos nunca tenían ratos libres, por lo que dejó que tomaran un respiro durante 24 h.

Me pongo una remera común de color azul y unos pantalones gastados negros. Necesito estar lo más cómoda posible. ¿Por qué de todas maneras tendría que ir bien vestida a un lugar de luchas? Y de todas formas... *¿por qué carajos estoy pensando en esto si no me importa cómo voy vestida a ningún lugar en realidad?*

Antes de bajar las escaleras, ato mi cabello en una cola de caballo alta y dejo que mis ondas doradas caigan en mi hombro derecho, me coloco la campera que había agarrado de mi armario y luego bajo las escaleras mientras escucho la voz de Ty conversar con Chris.

Lo había invitado con nosotros porque Emma, a último momento, me canceló por el festejo de los casi dos meses de noviazgo con Sam. Dos meses en los que ellos dos no se alejaron el uno del otro y en los que se mantuvieron empalagosos frente a mí. Me dio asco la visión de la lengua de mi hermano entrar en la cavidad bucal de mi amiga. Y prefiero definitivamente no recordar esa imagen.

En estos dos meses que pasaron desde que ellos están de novios, mis sentimientos se alborotaron hasta más no poder y llegaron a confundirme. Hay que admitir que desde un principio sentí algo por Damon, pero no sé qué es con exactitud. Nunca lo había sentido por nadie, por lo que no estoy familiarizada con eso. Cada vez que tenía a Damon cerca, rezaba para que me besara o hiciera algo para que acabáramos besándonos y rozando nuestras bocas. Bueno, no puedo decir que en estos meses no hubo besos, pero yo quería que los besos fuesen cada día, cada maltita hora de cada día y a cada minuto. Por supuesto, muy desesperada. Pero es así y no lo puedo negar. Me

gusta mucho, pero él no hizo ningún otro movimiento conmigo aparte de esos besos espectaculares que me dejaban con más ganas.

Bajo rápidamente los escalones hacia el salón y me encuentro con Ty y Chris, pero para mi sorpresa mi amigo no está completamente solo. Una chica joven y con el pelo negro al igual que Christian, se encuentra parada junto a él y con una niña muy parecida a ella agarrada de su mano, que también tiene ese mismo color de cabello.

Tienen los ojos claros, pero la diferencia es que la niña los tiene del mismo color verde esmeralda que Chris y la chica tiene unos ojos grises. Es alta y esbelta, una figura digna de revista. Lleva puesta una remera rosa pastel de tirante pegada al cuerpo, mientras que sus piernas son cubiertas sencillamente por unos holgados pantalones. Es muy normal para ser verdad.

—Hola —saludo a todos, aun con mi mirada interrogante en las dos chicas.

—¡Hey, Nat! Ya estamos listos todos. Espero que no te moleste que haya invitado a mis hermanas —responde Chris con un entusiasmo contagioso. Mis cejas se disparan hasta el techo, aunque me lo imaginaba. Los tres son extremadamente parecidos de alguna manera. Carter, por otro lado, no se parece en nada a ellos. Por lo que me dijo que era adoptado y ahora lo creo muy bien al ver a estos hermanos que parecen ser casi completamente iguales.

—No hay problema, Chris. Mucho gusto, soy Natalie —sonríó hacia ellas.

—Soy Lili —comienza la chica de más edad devolviéndome la sonrisa—. Y ella es Sophie —señala a la niña. *Así que ella es la tal Sophie de la que hablaban Carter y Christian en el gimnasio* —el gusto es nuestro.

—Hola —saluda con un ademán Sophie. Asiento y le sonrío antes de agarrar las llaves y mirar a Ty, quien se quedó sin palabras. Mira con una expresión aterrada, sorpresiva y miedosa hacia la diva pelinegra frente a él mientras que su cuerpo se mantiene estático en su lugar. Ni un solo pelo se le mueve, por lo que paso mi mano frente a sus ojos y la agito. No responde, así que hago lo que una hermana tiene que hacer para que su hermano reaccione. Pero antes de poder moverme, Lili da un paso adelante y me detiene con su

mano en mi brazo, dándome una mirada de «Yo lo hago, no te preocupes», teniendo la misma idea que yo.

Doy un paso hacia atrás, dándole paso para hacer su espectáculo con mi hermano. Minuto después, su mano se estrella contra la mejilla de Ty. Con fuerza.

—¡AY! —grita él, llevando su mano a su mejilla roja y acariciando la zona en donde el cachetazo fue dirigido. Creo que hasta me dolió más a mí que a él, verlo recibir ese golpe, escucharlo y notar cómo se va volviendo cada vez más rojizo, causa que un escalofrío me recorra el cuerpo.

—Lo siento —se disculpa Lili, sin ningún rastro de arrepentimiento en la cara y una pizca de satisfacción aparece en sus ojos.

¿Por qué mi hermano tenía una mirada de reconocimiento cuando se quedó mirando a Lili? ¿Se conocen? Algo dentro de mí dice que es bastante posible, por lo que averiguaré de todas formas si algo sucedió. Esa chica parece ser ruda en lo que se refiere a interiormente, pero por fuera parece ser todo un ángel caído del cielo.

Chris nunca mencionó que tenía hermanas cuando fui a su casa. Bueno, solo sabía de la existencia de Sophie cuando la nombraron en mi primer día de trabajo, pero no hablaron de Lili.

¿Qué habrá pasado para que ella quisiera pegarle así cuando la oportunidad se le puso enfrente y lo haya hecho sin ponérselo a pensar ni un segundo? Y de ahí de nuevo la pregunta, ¿de dónde se conocen?

Me la quedo mirando un tanto extrañada y confusa, pero ella no quita la sonrisa ni siquiera cuando se voltea a mirarme de vuelta. Una sonrisa con picardía y rencor. Se encoge de hombros restándole importancia al dolor evidente en el rostro de Ty y se gira hacia su hermano como si nada hubiese pasado.

—¿Podemos irnos? Estoy segura de que dentro de poco comenzará la pelea.

—Claro —contesta él y luego se dirige hacia mí—. ¿Nat, estás lista?

—Sí, vámonos ya o Damon se pondrá como loco si no me ve allí —digo caminando a la puerta, abriéndola y saliendo antes que todos los demás.

—Está superraro Damon con esto de las peleas. ¿Estás segura de que lo llevan bien ustedes dos? ¿O están peleados y él se comporta así porque no quiere que nadie te toque cuando él no puede tampoco? —pregunta mi hermano una vez que estamos en el coche de Chris.

Me encuentro sentada en el asiento del copiloto a causa de que yo llegué antes que mi hermano y no nos llegamos a pelear por este asiento. Sí, es muy de niños, pero me encanta jugar a esto porque siempre le gano una vez que le doy mi mirada tierna. Sophie está sentada en medio de Lili y Ty, ya que Lili discutió un poquito con su hermanita por ir en el asiento de la ventanilla. Christian dio el veredicto y Lili ganó la batalla.

Suspiro.

—Estamos bien, Ty. Damon, sea o no ese el problema, siempre será celoso y todas esas palabras que dijiste. Nunca quiere que nadie me toque o me mire... —la risa de Chris me interrumpe.

—Eso es puramente cierto. Me pegó un puñetazo solo porque estuve hablándole a ella y le tomaba el pedido —agrega Chris riendo.

—Ya te pedí disculpas, Chris.

—Oh, yo te perdoné en el instante en que vi a Damon. *Mmm...* Es sexi.

—Lo es.

—¡No digas más eso frente a mí, Nat! ¡No necesito saber quiénes son sexis para ti! —grita mi hermano en un tono desesperado y tapándose los oídos.

—Bien —carcajeo—, pero sigue siendo sexi —murmuro por último hacia mi amigo en un tono más bajo, pero el gruñido de Ty me informa que de igual manera él me escuchó.

Luego de un tedioso viaje escuchando cómo mi hermano quería que Lili le prestara atención mientras le susurraba cosas que no específicamente eran secretas, ya que estábamos en la parte de adelante y escuchábamos perfectamente, llegamos a nuestro destino.

Las calles y el campo están atestados de gente, personas a las cuales les gusta gritar, aparentemente. Eufóricos corren hacia la entrada y entregan el pase para adentrarse al lugar. Pocas luces iluminan los alrededores, por lo que

mi vista se tiene que forzar un poco si quiero llegar a ver algo que está en la distancia.

El aire frío nos azota una vez que bajamos y agradezco a Dios por acordarme de traer abrigo. No pienso volver a enfermarme y menos ahora cuando Damon no me puede cuidar a causa de los entrenamientos.

Lástima, yo quería ser mimada de nuevo por esa bestia.

Mis nervios me atacan ferozmente ni bien paso la puerta que nos lleva a los asientos vip. Mi corazón comienza a latir a toda velocidad como si la vida dependiese de ello y no me quedara más tiempo. Retuerzo mis manos mientras veo cómo un hombre alto y muy grandote que lleva un pequeño micrófono en el oído, le dice algo a mi hermano. No puedo escuchar y no solo es por mis nervios a flor de piel, sino que también es por la tensión que hay en el ambiente y por los alaridos, aullidos y gritos que se escuchan desde afuera.

Mi hermano, Lili y Sophie comienzan a seguir al grandulón ese, que al parecer es un guardaespaldas —lo que es algo raro de ver aquí, ya que si son boxeadores se pueden defender muy bien—, y Christian se queda atrás conmigo. Acaricia tiernamente con una mano mi hombro derecho para calmarme, pero no lo logra ni un poquito.

¿Y si le pasa algo a Damon? Soy una estúpida por desconfiar de su fuerza inigualable, pero no puedo impedir que mi cabeza formule muchas preguntas en tan solo un segundo de si algo malo va a pasarle. Es difícil no hacerme esas preguntas cuando sé que alguien puede llegar a morir en esas competencias y ese puede ser él.

¿Qué haría yo si eso pasara? No quiero siquiera pensar en eso. Me deprimiría mucho buscando una respuesta inexistente. Una que sería todo lo contrario a felicidad.

—¡Nat, ánimo! ¡Es emocionante ver peleas de boxeo! Apaga esos engranajes que hay en tu linda cabecita y sonríe para tu príncipe azul para darle ánimos. Lo desanimarás si se da cuenta de cuán preocupada estás.

Chris tiene razón. No puedo dejar que Damon me vea así, toda preocupada y con alguna pizca de miedo. Fuerza es lo que le tengo que dar y convencerlo

de toda la fe que tengo hacia él. Por lo que sonrío un poco hacia mi amigo, dándole a saber que lo intentaré.

—¡Así se hace, Nat!

Seguimos al mastodonte gigante hasta pasar unas puertas que separan el estadio con los vestuarios. Hubiera ido al camerino de Damon, pero, si no fuese por el idiota de Noah, quien me prohibió verlo, tengo que irme a mi lugar asignado. Me habría encantado verlo antes de la pelea, todos sabemos cómo se pone si no me ve y no quiero que pierda porque nunca llegó a encontrar sus ojos con los míos. Es confusa su manera de darse ánimos a sí mismo si tan solo me ve.

Bueno, él es confuso.

Nuestros asientos son de primera fila. La vista del *ring* es impresionante desde aquí. Las personas gritan como locas y aplauden eufóricamente mientras inventan algún cantito para que los peleadores salgan. Algunos hombres y mujeres están pintados en las mejillas con el nombre de Damon o «la Furia».

Puedo ver toda la confianza que hay en la gente, la alegría de ir a ver las peleas de sus ídolos. Es impresionante la manera en que todos ellos los apoyan con el solo hecho de venir a las peleas. A verlos pelear.

Sedientos de sangre y de victoria, demandan ver a los contrincantes para así ya empezar a ver la acción que ellos quieren ver. Pero todavía ni siquiera está el presentador.

«¡Furia! ¡Trae tu sexi culo aquí y luego llévalo a mi casa!»

«¡Hazme hijos con esa Furia entre tus piernas!»

Gruño.

Me doy la vuelta hacia esas dos chicas que gritaron eso y las fulmino con la mirada. No puedo creer que sean tan... lanzadas. Solo vienen aquí para ver el culo sexi de MI FURIA.

Es mi Damon.

Su culo sexi es mío.

Y todo lo que viene con él también lo es.

Demonios, ya me estoy poniendo celosa con alguien que ni siquiera es mi novio.

Bloqueo con todas mis fuerzas el impulso creciente en mi estómago de ir a pegarles un puñetazo en la cara a esas zorras y respiro hondo, dejando que a su paso me libre de los nervios que aparecen de a poco en mí.

Las pocas veces que tengo ganas de pegarle a alguien, la mayoría son a las zorras que quieren a Damon. Y el otro poco que queda es a mis hermanos. Pero ¿qué puedo hacer contra eso? Comparado con otras personas, mis deseos de pelear son mínimos. Puede que algunas veces quiera golpear a muchas personas, pero no lo hago. Es una manía que tengo. Si fuera impulsiva como Damon, todas esas personas estarían muertas. Pero yo me detengo antes de hacer algo porque solo lo pienso. Pienso en lo que pasaría y en lo que me convertirá. No quiero que eso me recuerde el pasado. Solo lo quiero dejar atrás, pero estar cerca de Damon hace que sus costumbres y algunos pensamientos se me peguen.

La gente comienza a gritar más de lo que ya lo hacía cuando el presentador aparece en medio del cuadrilátero, vestido con un traje con moño y con el pelo desaliñado. Lleva un micrófono en su mano y sonrío antes de comenzar a gritar a la multitud.

—¿¡Están listos para el comienzo de la pelea!?

—¡Sí!

—¡No los escucho!

—¡Sí!

—¿¡Quieren ver sangre correr por esta mierda de suelo!?

—¡Sí!

—¡Pues, entonces, denle la bienvenida a Garrrrret «el Gorila» Jhonson!

La mayoría de la gente abuchea al escuchar ese nombre y el presentador hace ademanes divertidos para que se calmen. Mi corazón comienza a correr con un poco de adrenalina a la espera de lo que va a venir ahora. Ni siquiera lo nombraron ya estoy hiperventilando por dentro.

Del pasillo más alejado de nosotros, sale un hombre con una bata de seda color azul con su nombre cosido en blanco. Su estatura no es nada en comparación con la de Damon, lleva puesta la capucha en su cabeza, lo que causa que no pueda ver nada. Su cuerpo es grande y lleno de tatuajes por todos lados: desde un dragón de fuego en su pecho hasta unas palabras en sus tobillos. Corre por el pasillo iluminado hacia las cuerdas del *ring*. Sube de un salto y lentamente se va sacando la bata. No me sorprende al ver que es rapado. Su gran espalda me da una visión de cicatrices pequeñas en algunos lugares, lo que me hace preguntar cómo es que se las hizo. Se da la vuelta para entregarle la ropa a un chico que debe ser de su equipo y se acomoda para comenzar. Tiene los ojos claros, por lo que puedo ver desde mi asiento, y una ceja un poco cortada. Su piel es un poco pálida, por lo que se nota mucho la marca de ese corte.

Su mirada concentrada se centra en el pasillo por el que Damon entraría. No presta atención a la multitud, solo se prepara para lo que viene.

—¡Y ahora! Damas desesperadas y hombres celosos, lo que muchos estuvieron esperando...

—*¡Sal de ahí, Furia!*

—*¡Fu-ria! ¡Fu-ria!*

—*¡Damon «laaaaa Fuuuria» Woodgate!*

Un rugido de la multitud estalla en el estadio atestado mientras giro la cabeza hacia SU pasillo iluminado. Su sombra aparece de a poco, dejando ver su relajada postura y su caminar lento. Disfrutando cómo la gente lo adora y trata de tocar cada parte de él, queriendo todo de él. Lleva puesta una bata negra con su nombre cosido en la parte de atrás con un color rojo.

Desfila para los ojos femeninos y causa envidia y celos a los hombres de la habitación que quieren ser él.

—*¡Oh, Dios! ¡Ahí está! ¡Damon, hazme hijos, por favor!*

—*¡Furia! ¡Estás más bueno que comer pollo con la mano!*

—*Jodido ADONIS, secuéstreme, viólame y hazme tu esclava.*

Damon pasa las cuerdas y salta elegantemente al *ring* mientras que mis fosas nasales hacen el jodido intento de mantener el humo dentro. Furiosa. Sí, así es cómo me siento. Odio escuchar cómo la gente —mujeres— de este lugar gritan, se lo comen con la mirada y lo desnudan a la vez que Damon se saca en un modo divino la bata. Y es ahí cuando mi aliento se detiene abruptamente ante la vista de sus músculos dorados y trabajados. Su short cae de sus caderas, dejando ver esa hermosa y apetitosa V que hace el camino hacia una zona prohibida.

Músculos brillosos, torso completamente sudoroso y pelo revuelto: combinación perfecta.

Le entrega la bata a Rick, quien está a un lado del cuadrilátero, y se prepara en su puesto asignado.

Me tenso en mi asiento y me lo quedo mirando, expectante y lista para este momento. Y allí es cuando se da la vuelta. Recorre una por una las filas de animadoras locas y chicos sin camisas hasta detenerse en mí. Solo en mí. Caliente y preparado para todo. Me tenso sin poder evitarlo y las mariposas aparecen en mi estómago como un remolino de emociones, dando batalla allí dentro. Mi respiración se atasca en mi garganta otra vez sin darme cuenta al ver que, antes de darse la vuelta, me guiña un ojo, tan arrogantemente como siempre. Sonrío y muerdo mi labio inferior, notando cómo algunos jadeos sorprendidos de las féminas detrás de mí se escapan de sus gargantas.

Puedo notar el cambio drástico de Damon ni bien se para allí, frente a su oponente. Tensando sus músculos, haciéndolos parecer aún más grande de lo que ya lo son, una postura segura de sí misma, feroz, mordaz y sin una pizca de miedo. Pura energía dolorosa y fulminante.

La campana suena.

Y la pelea comienza.

El Gorila da el primer golpe, dirigido únicamente con toda su fuerza en su brazo derecho hacia la mandíbula cuadrada de Damon. Fácilmente, este lo evade y se lo devuelve de la misma manera, sin compasión alguna. Con toda su intensidad puesta en su mirada para intimidar al oponente. El Gorila retrocede unos pasos hasta estabilizarse y comenzar de nuevo. Pero antes de

poder hacer algo, este se lleva un puñetazo de sorpresa en su mejilla y a la misma vez en su torso no-tan- esculpido. Se dobla en dos e intenta recuperar el aire que se fue de sus pulmones y, sin ningún lamento, Damon ataca de nuevo en su cara ya roja.

Con un esfuerzo impresionante, el Gorila se levanta y se dirige con una rapidez que nadie ve venir hacia mi Furia, golpeándolo en la cara y causando que dé un paso atrás. En ese momento es cuando noto que mis manos están en puños y con el sentimiento de querer ir allí y dejar al Gorila sin descendencia. Partirle la cara.

Vuelvo a mirar al *ring* y sonrío al ver que, sin esfuerzos, Damon se recupera y esquiva la otra intención de Garret de pegarle.

Damon, ya harto de dejar que el Gorila llegue a él, contrataca con un golpe que conecta ferozmente y lo noquea. Me estremezco interiormente ante el poder de su golpe y me sorprendo cuando mi cuerpo se aprieta ante la vista de sus músculos flexionándose, contrayéndose y dejándose ser con cada golpe.

Extasiados, la multitud grita y se vuelve loca mientras miran y aspiran el aroma del sudor y sangre que impregna el aire. La pelea continúa y puedo escuchar cómo los huesos de su contrincante crujen bajo los feroces puños de Damon.

Puedo decir que lucha con una pasión que nunca antes vi en otras personas, es una combinación de cosas cuando está arriba del *ring*, es como un león muerto de hambre en un lugar desierto y el contrincante es el pequeño ratón en el lugar equivocado a la hora equivocada.

El aire está muy cargado, rodeado de calor sofocante y sudores de todos los tipos. Si no fuera porque soy una «Dama», en estos momentos, me sacaría la remera para al menos tener un poco de aire fresco, lo que de seguro costará conseguir en este lugar atestado.

Vuelvo a hacerme la cola de caballo con mi sudoroso cabello y me abanico la cara con mi mano derecha. Tengo que admitir que no solo estoy así por el calor, sino que la vista espectacular te deja sin aliento y hace que la

temperatura suba por cualquier lado. Es como si no hubiese ninguna jodida ventana y fuese un lugar cercano al sol.

Mi vista se siente cada vez más pesada con el tiempo viendo cómo, sin ningún tipo de esfuerzo, Damon derrota a sus contrincantes uno por uno. Es realmente impresionante. No puedo creer que pueda seguir luchando. Estoy desparramada en mi asiento como un muñeco sin vida; con mi espalda cómodamente contra el respaldo de mi silla y con mis piernas cruzadas en el regazo de Noah, quien no contradijo nada de mis actos de ponerlas allí. Solo las sostuvo con sus manos para que no se cayeran.

Damon se volteaba hacia mí cada vez que se le declaraba ganador, con esa sonrisa feliz y esos ojos zafiros brillando como millones de estrellas o luces de Navidad. Sus hoyuelos aparecían en sus mejillas, lo que hacía que las jodidas mujeres se quitasen las bragas y las lanzaran junto con un suspiro de desmayo. Un desmayo feliz, por lo que escucho.

Su pecho subía, bajaba, subía y bajaba constantemente con los minutos, no sé cuántos contrincantes tuvo ni cuántos minutos pasaron, pero para mí fueron tremendas horas. Quería dormir, caer desmayada por el sueño, pero mis ojos no me lo permitían y mi cuerpo tampoco. Se quedaron pegados a Damon todo el maldito tiempo, controlando los movimientos con la mirada, embelesándose con la vista, sonriendo cuando él, sin darse cuenta, reía un poco al notar que algo le pasaba a su oponente.

Los vítores de apoyo siguieron sin descanso alguno, aumentaban cada vez que él ganaba. Noah estaba más eufórico de lo normal, controlando su celular cada dos minutos. Si no fuera porque tenía que moverme de mi posición y no quería, le hubiera sacado ese móvil y tirado a la mierda. Ya empezaba a hartarme.

—Solo controlo las apuestas y todo lo demás —me había dicho sin quitar la vista de Damon cuando le pregunté.

—¿Y cómo van?

—¡Espectacular! Te sorprenderías al ver que muchas personas apuestan una fortuna por «la Furia». Sus patrocinadores, sus fanes están locos por ver sangre derramada.

Luego de eso ninguno habló, Christian fue uno de los animadores de Damon, cantando y moviendo sus caderas cada vez que el público cantaba «¡Fu-ria!» una y otra vez. Era como su canto personal.

Sophie estuvo la mayoría del tiempo conmigo, tomándome de la mano y mirando con rareza a su hermano mayor mientras que Lili hacía todo lo posible por ignorar a mi hermano. Tengo dudas de ellos dos, pero luego le preguntaré a Christian si Tyler no me lo dice. Ahora no los quiero joder, por lo que me quedo callada y sigo con la vista de la pelea.

Mierda, ¿me acostumbraré a todo esto? ¿Ver que Damon se hace famoso con cada pelea ganada y cada noqueo que hace? ¿Escuchar cómo la gente lo adora y las mujeres caen a sus pies más que antes? ¿Ver que puede salir lastimado si tiene un mal juego?

Suspiro.

Espero poder acostumbrarme.

CAPÍTULO



Los brazos de Damon se envuelven a mi alrededor, atrapándome contra su cuerpo sudoroso y caliente. Respiro su aroma y paso mis brazos por sus hombros hasta parecer como si fuese un mono. Parece cansado, pero aun así está eufórico y contento por la victoria. Los chicos están gritando por toda la habitación mientras que Damon solo se dirigió a mí en un primer momento ni bien entró a la habitación. Y es por lo que estamos así, abrazados con tal satisfacción que no me quiero ir de este mar de sensaciones que tengo cuando estoy con él.

Puedo decir que le pasa lo mismo, sé que me necesita de alguna manera, pude notar cómo se pone cuando no estoy cerca de él o en algún lugar cercano, cómo me busca con la mirada hasta encontrarme y relajarse. No sé por qué causo ese efecto en él. ¿Qué tengo yo? ¿Por qué yo? Eso es lo que no entiendo. Sinceramente, hay muchísimas chicas mejores, quienes no se tiran eructos y que son muy cariñosas, pero hizo todo lo contrario. Eligió a una que es todo lo contrario a una dama.

¿Quién lo entiende?

Sus fuertes hombros se tensan y relajan cuando subo y bajo mi mano por su gran espalda. No dijo nada desde que llegó y tiene una sonrisa en la cara que dudo que se le quitara fácilmente. Solo quiero irme a casa y tirarme a dormir con este Muchachote junto a mí. Si él no me lo pide, lo tironearé hasta mi habitación y lo acostaré junto a mí hasta quedarme dormida. Sí, él no se va a poder negar a nada y si es necesario voy a usar cuerdas para sujetarlo y así no escapar.

Tenerlo junto a mí en mi cama o en cualquier lado es simplemente espectacular. Es tierno cuando estamos juntos y sin nadie alrededor. *Bueno, casi siempre, ya que algunas veces es insoportable.* Pero de igual manera, sus actitudes cambian de repente cuando los ojos ajenos no están. Como si no tuviera nada en qué preocuparse. Ni en mí, ni en sí mismo ni en otras personas. Digo, en mí siempre se preocupa, pero teniéndome sola en un lugar con él a mi lado, no tiene que preocuparse por «las jodidas miradas de los jodidos hombres» —sus palabras, no las mías—. Es gracioso cuando es celoso, pero cuando se lo propone, siempre me humilla con cualquier chico o señor que se me acerca a preguntar una mísera cosa. Él solo dice que estoy loca o que tengo alguna extraña enfermedad que se contagia muy fácilmente y que es mortal. Pfff, no entiendo cómo la gente cree eso, pero lo hacen. Mierda, siempre funcionan sus técnicas de alejamiento de hombres, aunque el único hombre que quiero que se me acerque es él, y creo que lo sabe.

De repente, mis pies ya no tocan el suelo. Estoy en el aire. Damon me tiene alzada con mis piernas alrededor de sus caderas, mis brazos sujetándose por sus hombros y mi cabeza en su duro pecho. Esto sí se puede describir como reconfortante y muy sexi.

Mi sueño comienza a ir en aumento por cada paso que Damon da hacia la salida. Me tiene casi desmayada en su cuerpo, respirando su aroma y suspirando sin aliento. No me importan las miradas que los del equipo nos dan, el ceño fruncido que mi hermano hace al verme y la sonrisa pícaro del gay. Solo me encojo en los brazos de este hombre espectacular y me acurruco como si él fuese mi único refugio a la vez que pasamos por los pasillos mal iluminados hacia alguna parte.

Cierro mis ojos y me dejo llevar por el cansancio acumulado, reprochándome internamente por no poder seguir despierta y disfrutar de la compañía y victoria de esta Furia. Me siento mal por no dejarlo disfrutar y hacerlo sentir obligado a llevarme a dormir. Joder, me reprocharé más tarde cuando esté bien descansada. No puedo ser tan mala... ¿amiga? ¿Novia? ¿Qué soy?

El movimiento de algo tocándome levemente me despierta. Mis ojos se abren lentamente, sintiendo cómo mi cansancio no se va, sigue estando allí. Damon me saca de su auto y me levanta como si fuésemos marido y mujer para luego llevarme hacia la entrada principal de su edificio.

El frío aire revolotea un poco mi cabello y causa que mis pelos se erizasen. Pero a la vez, el calor de Damon impide me congele. Con una mano, abre la puerta y nos dirigimos al ascensor. Entierro mi cabeza en el lugar que tiene entre su brazo y su pecho, para quedarme allí hasta que escucho que las puertas del ascensor se abren. ¿Cómo es que puede tener un olor espectacular aun cuando hace menos de una hora acabó de pelear? ¡Y no se bañó!

Es sorprendente. Me encantaría que eso me pasara a mí, porque sinceramente soy todo lo contrario. Puedo estar media hora corriendo y de igual manera huelo a queso podrido por todas partes. Es un asco. No es recomendable estar cerca cuando estoy sudorosa. En serio, mi olor te mataría aun si estuvieses a kilómetros de distancia.

El departamento está oscuro, pero a Damon no le importa. Sin prender la luz, camina con tal seguridad hasta su cuarto sin tirar nada ni tropezarse. Bostezo sonoramente y Damon se ríe levemente, causando que su pecho vibre mientras que mi cabeza se sacude por estar apoyada en él.

Deja un pequeño beso en mi cabeza y coloca mi cuerpo cansado y casi sin vida en la cama. La fría y solitaria cama.

—Me iré a bañar y luego dormiremos —avisa susurrándome en el oído y su aliento choca en mi mejilla. Asiento sin poder decir algo, borracha por su cercanía. Se aleja de mi cuerpo e, instantáneamente, siento vacío. Lo necesito para llenar esa soledad sorprendente que me ataca sin previo aviso. Suspiro con cansancio y me hago bolita con mi cuerpo para conseguir ese calor que Damon al irse me quitó, pero no se compara con el de Damon. Su calor es inigualable, por lo que consigo en esta posición no es nada.

Estiro mi brazo y lo dejo apoyado en el lado de la cama perteneciente a mi Furia. Esperaré así hasta sentirlo a mi lado, pero no estoy muy segura si mi sueño tendrá paciencia. El ruido de la ducha cesa luego de diez minutos, más o menos, y luego a los cinco, la puerta del baño se abre. No abro mis ojos,

pero me encantaría tener tanta fuerza para hacerlo. Maldita sea, voy a tener que dormir siesta antes de cada pelea de Damon para que no me pase esto de nuevo. No quiero dormirme en medio de una pelea en donde él puede ganar o perder. ¿Qué diría él si me ve durmiendo en vez de apoyarlo? No lo quiero imaginar.

Su peso en la cama se hace presente de a poco y yo corro mi brazo para dejarle su lugar. Lo siento moverse hasta quedarse en una posición cómoda y luego deja que su brazo me rodee por la cintura.

—Ven aquí, Nat.

Me arrastra y me aplasta levemente contra su cuerpo, envolviéndome con su brazo mientras que su cabeza se hace un lugar en el hueco libre que tengo en mi cuello, respirando una bocanada de aire e inhalando mi aroma. Busco sin mirar aquel lunar que una vez le había encontrado en el cuello y lo beso allí sin saber si está bien ese lugar o no. La pregunta de por qué Damon no se quedó un rato más festejando con todos y tomando cerveza y disfrutando me viene de nuevo a la cabeza. Tan solo me vio en mi estado dormilón y de repente se quiso ir para que yo pudiese dormir. No le importó nada y se fue conmigo encima.

En un minuto era feroz y mordaz, capaz de decapitar a todo contrincante, pero luego, era tierno a su manera y llevándome a su departamento para que yo pudiese descansar. ¿Quién mierda hace eso? Es como si su único objetivo fuese cumplir mis deseos. Lo hace en el momento en que se lo digo. Bueno, aunque yo no le dije nada, me vio y supo a dónde me quería dirigir. Por lo que hizo lo que hizo.

—¿Te gustó la pelea? —pregunta suavemente contra mi cuello, dejando que su aliento toque delicadamente mi piel y dándome así un escalofrío. Y allí estaba su pregunta típica. Me sorprende cuánto tardó en hacerla. Nunca se olvida, por lo que era raro que no me la hiciese. ¿Qué le hace mi respuesta? Me refiero a qué es lo que le pasa cuando yo le respondo. ¿Por qué me lo pregunta?

—Sí, Damon, estuviste espectacular. Pero, por favor, no dejes que te peguen ni destrocen solo porque quieres que tus contrincantes tengan un poco

de fe al conseguir atinarte algunos golpes para luego así poder destruirlos sin piedad. No lo hagas. ¿Sabes lo que es para mí ver cómo te pegan? —mi voz es suave, cariñosa.

—No —su respuesta es corta, pero puedo sentir cómo mis palabras le clavan profundamente.

—No sé cómo decirlo. No me gusta. Mi estómago se retuerce cada vez que veo sangre saliendo de alguna herida tuya. Me enoja que te dejes pegar y tengo miedo de que alguna vez no puedas contra alguien y te llegase a matar. Esa idea me aterra, por lo que te pido que no lo hagas más, Damon —al momento de decir todo aquello, abro mis ojos para verlo. Mi voz sale suave y con cariño, todo lo contrario a lo que pensé que sería. Un poco de tristeza también hay allí, pero no se nota tanto. Damon había levantado la cabeza de mi cuello y se me quedó mirando, escuchando atentamente cada palabra y con la vista pegada a la mía, sin pestañar.

—No los dejaré vencerme, Nat. Te lo aseguro —susurra en respuesta y yo me relajo. No desconfío de él, pero en los que sí no puedo confiar es en los contrincantes. ¿Damon podrá vencer a alguien mucho más corpulento que él, con más fuerza y altura? ¿Qué pasa si tiene un mal día y no tiene fuerzas para pelear? Su promesa será en vano y me destrozará.

—Solo espero que no te pase nada —bostezo abiertamente y Damon ríe.

—Descansa, Nat —mis ojos se cierran instantáneamente y, antes de quedarme dormida, siento por un leve segundo sus labios posarse contra los míos. Es allí cuando me maldigo por no poderle devolver el beso y dormirme instantáneamente sin disfrutarlo.



—Nat, despierta —Damon susurra en mi oído, con su voz gruesa y sensual, recién levantada de dormir. Me remuevo sobre la cama y me acurruco más en su calor abrasador mientras paso mi brazo por su torso y cintura para quedarme allí, sin querer separarme de él, y escuchar su risa—. Vamos, te llevaré a desayunar a donde quieras.

—¿En serio? —al escuchar eso, uno de mis ojos se dispara hacia arriba y abriéndose para mirarlo, tratando de descifrar si miente o no.

—Claro. Solo dime el lugar y yo te llevaré.

Me levanto rápidamente y como un rayo corro hacia el armario de Damon, sacando una blusa azul oscuro y unos pantalones anchos.

—Bien, prepárate para irnos en diez minutos —aviso con un grito eufórico ya en el baño. Su risa resuena antes de escuchar su voz de nuevo.

—¿Quieres que me bañe contigo?

—¡Estoy bien, gracias! Creo que podré hacer sola el trabajo de enjabonarme el cuerpo y el pelo.

—No es cierto. ¡Eres pésima! Déjame el trabajo de enjabonarte a mí, Nat. Mis manos son especialistas en masajes de cuerpo y cuero cabelludo.

Eso ni siquiera lo dudo. Sus fuertes y largos dedos de seguro serían perfectos para masajear cualquier cosa, en otro momento le pediré masajes en los pies. Estoy más que segura de que está siendo el Damon juguetero, pero estoy mucho más segura de que el Damon picarón se encuentra allí también.

—Ya que eres todo un especialista en eso y al parecer yo no, tengo que aprender, por lo que lo haré sola, gracias —grito a la vez que abro la ducha y se escucha el sonido del agua chocar con los azulejos del baño. Dejo que el agua se caliente mientras me saco la ropa y la dejo sobre la encimera de mármol.

—Bien, pero la próxima seré yo quien te bañe —gruñe antes de cerrar la puerta de su habitación de un portazo. ¿Lo decía en serio? Su voz se escuchaba totalmente seria y enojada cuando lo dijo. Joder, ahora estoy preocupada.

No lo puedo dejar mirarme ni tocarme de otra forma diferente de la que lo hace siempre. No puedo dormir con él. No puedo dejar que me vea. Me aterroriza la idea de que me toque como *él* o *ellos* intentaron hacerlo. Me acuerdo de lo que pasó aquel día cuando Damon me arrinconó y el calor subió entre nosotros dos, pero lo tuve que arruinar de una manera espantosa con aquel recuerdo de lo que me pasó. Esas imágenes que no creo que se vayan de un día para el otro. Y si no pudiera ser peor, tuve que llorar frente a

Damon. No me gusta que me vean llorar, pero creo que él ya me vio en ese estado más veces, ¿no?

¿Qué pasa si me pasa lo mismo que la otra vez? ¿Damon se enojará y me dejará por no hacerlo con él? ¡Dios! No podría soportar que eso pasase. Pero a la vez, me daría cuenta de que no me quería como pensaba que lo hacía. Que solo fingía para estar entre mis pantalones. Que todo era una farsa, sus celos y sus enojos.

Entro debajo del agua artificial y me relajo lo más que puedo, alejando todo aquel pensamiento malo para mi sistema.

Hacía un par de días, había dejado alguna ropa mía para las ocasiones que me quedase a dormir, las que serían bastantes. Dejé la ropa necesaria como para una semana, por lo que tengo para elegir. Damon me había hecho un gran lugar en su armario para mis cosas, lo que no necesité tanto porque yo mucha ropa no uso. Se le iluminó la cara cuando me dijo esa idea de traer mi ropa aquí. No sé de dónde la sacó, pero estuvo una semana intentando convencerme de hacerlo, hasta que me rendí e hice lo que quiso.

Y en realidad, solo pudo convencerme con muchos besos... y bastantes cosquillas.

Malditas cosquillas.

Una de las razones por la que no quería traer nada aquí era porque no somos nada. ¿Por qué entonces llevar tu ropa a la casa de alguien que ni siquiera es tu novio? Bueno, con el que duermes en su cama y en la tuya. La segunda razón es, ¿para qué querría él que yo llevase mis cosas allí si no harían más que robarle lugar?

Estoy segura de que la respuesta a eso es posesividad. Le encanta tener algo mío por donde quiera que sea. No sé por qué, pero es así. Quiere que esté todo como él quiere que esté, a su manera. Y yo, obviamente, siempre termino cediendo, aparte porque no me gusta que me haga algo malo o humillante para convencerme. No, gracias, por lo que prefiero no contestarle por unos días para conservar un poco mi orgullo y luego rendirme.

Unos golpes en la puerta me sacan de mis pensamientos y me pongo rígida en mi lugar. Cerré la puerta con pestillo, ¿no?

Oh, madre mía, por favor, dime que sí, dime que sí.

—¡Nat! —se escucha la voz de Damon decir—. Te olvidaste el *champú* y el acondicionador en mi habitación.

Abro bien grande mis ojos y rápidamente dirijo mi mirada hacia el pequeño estante de metal en donde deberían estar los jabones y los geles de pelo, pero no es así. No hay nada más que un mísero jabón para el cuerpo. ¡El maldito lo hizo a propósito! ¿Cómo mierda pudo sacarlos antes de que yo entrase? ¿Él sabía que me daría un baño?

—¡Entraré para dártelos!

—¡No! —mis manos se dirigen por sí solas a mis lugares prohibidos cuando grito eso. Asustada, agarro la cortina de la ducha y la cierro para así no dejarle ver nada.

—¿Con qué te limpiarás entonces?

Trago saliva. Tiene razón. ¿Por qué mierda me quedaría en la ducha sin nada con qué limpiarme? Suspiro en derrota.

—¡Te los daré, Nat! —antes de poder contradecirlo, la puerta es abierta y la voz de Damon maldiciendo resuena por las paredes—. *¿Cómo no me pude dar cuenta de que tendría que sacar también la cortina?* —lo escucho susurrar con la intención de que él solo lo escuchase, pero para su mala suerte, también lo hice yo.

—Damon, te mataré lentamente cuando salga de aquí... ¡Lo hiciste a propósito! —él ríe.

—¿Quieres esto o no? —no sé a lo que se refiere, por lo que tengo que asomarme por la cortina para verlo, dejando que mi cuerpo no se viese. Lo veo tomar una gran bocanada de aire antes de recorrer con su vista desde mi hombro desnudo hasta mi cabeza. Oh, se refería al *champú* y al acondicionador en sus manos.

—Ya puedes dárme los e irte para así poder terminar e ir a desayunar —estiro la mano hacia él, con mi cara seria y sin ningún rastro de diversión. Él duda unos momentos, para luego sonreír como toda una estrella de cine y dar un paso adelante. Instantáneamente, mi mano tendida vuelve a protegerme el cuerpo con la cortina para que no se escape más piel.

—Primero bésame y luego te los daré y me iré.

Me congeló en mi lugar de nuevo. Es fácil, solo es un beso. Un beso que implica que alguno de los dos se moviese y acercase al otro para darlo. Lo que no puedo hacer por el hecho de que ¡estoy malditamente desnuda!

—Damon, en serio. Ya dámelos. No es gracioso.

—Nunca dije que fuese gracioso. Solo quiero un beso y listo —da un paso más adelante y yo clavo mis uñas en la tela de la cortina.

—Damon, basta.

—¿Por qué? ¿No quieres un beso mío? —su voz suena dolida y ya me estoy sintiendo desesperada por cada paso que da hacia mí. El aire sale de mis pulmones y siento cómo el color se va de mi sistema y la preocupación lo reemplaza. Abro y cierro la boca sin saber qué contestar. ¿Y si no es solo un beso lo que quiere? ¿Y si llega a pasar más y *me ve*? —. Solo es un beso, Nat. Tranquila. ¿Qué sucede? Nunca rechazaste mis besos.

—Y-yo no quiero que me veas —bajo la cabeza y muerdo mi labio inferior. ¿Alguna vez superaré mi pasado? ¿Realmente lo superaré para poder estar tranquila de una vez por todas con Damon?

—Eres hermosa, Natalie. ¿Eso es lo que pasa? ¿Te avergüenzas de tu cuerpo? —niego levemente con mi cabeza—. ¿Entonces qué? —no respondo. No estoy lista para contarlo. Se enfurecerá y temo que comience a tirar y destrozarse todo—. Nat, dímelo.

—No puedo —susurro sintiendo cómo las lágrimas se acumulan detrás de mis ojos. ¿Cómo decírselo? No puedo, solo quiero dejarlo pasar y si lo digo es como si le estuviese dando mi carga a él. Ya bastante tiene sobre sus hombros como para darle más.

—¿Hice algo malo?

—No. Solo no quiero. No estoy lista —asiente lentamente mientras da el último paso que nos separa. Respiro una gran bocanada de aire y me aferro más a la cortina. ¿Cuándo se pudo acercar tanto?

—Me lo dirás cuando lo estés, pero solo quiero un beso. No te veré ni espiaré aunque muriese por hacerlo —me dedica una pequeña sonrisa

arrasadora de lado y acerca su cara a la mía, mirándome directamente a los ojos.

Ese mar azulado dejando ver lo esperanzado que está. No mira nada más que no sean mis ojos, ni mi hombro desnudo ni mi cuello, dándome la certeza de que lo que dijo de no mirar nada inapropiado es verdad. Es hipnotizante la manera en la que nuestros ojos se encuentran. Su pecho sube y baja, respirando con dificultad a la vez que me pierdo en sus hermosos zafiros. Su aliento choca contra mis labios entreabiertos y desde ahí ya estoy perdida. Coloca una mano en mi nuca y, con una delicadeza impresionante como si fuese de porcelana, me besa. Nada rápido, roces inofensivos, pero que a la vez hacen una batalla en mi interior. Millones de fuegos artificiales explotan en mi cuerpo como si no hubiese mañana. Un beso sin apuro y muy lento. Disfrutando cada uno de la boca y el sabor del otro, conectando de a poco y abriendo nuestras bocas para poder así crear algo fantástico con nuestras lenguas. Ni siquiera allí se apura, Damon deja que yo tomase el ritmo por primera vez, por lo que aprovecho eso y sigo con aquellos besos inocentes y mordisqueo su labio inferior. Un gruñido sale desde el fondo de su garganta, ahogado por mi boca y haciendo que solo yo lo escuchase. Me aprieta más contra sus labios, volviendo un poco más rápido el beso y dejándome de a poco sin aire. No me importa, no estoy prestando mucha atención a mi respiración cuando tengo sus labios y dientes mordisqueando mi labio y jugando con mi lengua.

Se separa un minuto después para dejarme respirar y llenar mis pulmones para vivir. No abro los ojos, no quiero abrirlos y ver aquella mirada que de seguro refleja excitación, algo que no podré saciar ni sacar de su mirada si sigue estando aquí. No quiero sentirme peor de lo que ya me siento por no hacer lo que él tanto quiere y que yo no puedo. No soy buena para esto.

Pero, al parecer, a Damon no le importa, ya que posa su dedo en mi barbilla y me obliga a mirar sus zafiros. No tiene la mirada que dije que tendría. Estuve equivocada. Solo reflejan cariño y felicidad. *¿Felicidad? ¿Por qué felicidad? ¿No está enojado por no hacerlo con él?*

—Te dije que solo era un beso —susurra con una de sus sexis sonrisas—. Te preocupas por nada. Cuando estés lista, me contarás lo que pasó y por qué eres así de tímida cuando se trata de tu cuerpo, ¿bien? —asiento con la cabeza, pero dudo que eso pase en algún tiempo cercano.

—Tú también tienes que contarme cosas, Damon —puedo ver cómo se tensa y luego suelta un suspiro seguido mientras se rasca la nuca—. Pero me lo puedes decir cuando estés listo —sonrío y él asiente con agradecimiento, dejando caer sus hombros como si se estuviese liberando de algo con mucho peso. No me podré sacar de la cabeza todo lo que me va a tener que contar. ¿Qué pasó con Elle? ¿Por qué es así de sobreprotector con todos? Sus actitudes... todo. No lo voy a presionar porque de seguro es difícil para él, pero tanto como él quiere saber lo que me pasó, yo quiero saber lo de él.

—Toma —me pasa el *champú* y el acondicionador, pero yo no lo agarro. ¿Cómo mierda los tomo si con las dos manos me estoy agarrando de la cortina? Sí, uso las dos manos porque no es muy grande y si no la agarro con dos manos, solo me va a cubrir la mitad de mi cuerpo y necesito taparme las dos partes. Lo miro con los ojos abiertos, tratando de transmitirle un mensaje telepáticamente para que se diese cuenta. Frunce el ceño ante mi mirada y mira detrás de él, queriendo ver si hay alguien queriéndole hacer algo, por lo que ruedo los ojos. ¡No lo entiende!

—Damon, no puedo agarrarlos —él se vuelve hacia mí confundido hasta la mierda—. No puedo agarrarlos —bajo rápidamente mi mirada hacia la cortina cubriendo mi desnudismo y él ríe.

—¡Ya entendí! Tienes que darme otro beso para que haga el esfuerzo de agacharme y dejártelos en el suelo para que los agarres.

Gruño.

—¡No nos iremos más si sigues así!

Se encoge de hombros y gira sus ojos.

—De acuerdo, pero si no estuviese muerto de hambre te hubiera obligado a dármelo. ¡Me lo deberás!

—Claro, claro. Ahora déjalos y vete.

—Bien —levanta sus manos ocupadas por los productos en forma de rendición y se agacha, levantando la vista hacia mí antes de dejar todo allí—. Tienes lindas piernas...

—¡Vete! —me sonrío al ver cómo mis mejillas se sonrojan fuertemente y mis piernas se cruzan entre sí por la vergüenza. Me guiña un ojo al salir del baño y dejarme allí, mojada hasta la mierda y sonrojada.

¡Joder! ¡Dijo que mis piernas y yo éramos hermosas!

CAPÍTULO



—¡Ya estoy lista! —grito al bajar las escaleras.

Mi pelo revolotea detrás de mí, dejando que gotas de agua salpicasen las paredes y el piso. Me dio vagancia secármelo, por lo que solo le pasé una toalla y listo. Corro por la sala desolada hacia la cocina cuando escucho un fuerte estruendo proveniente de allí y me río al encontrarme con un Damon tratando de limpiar una mancha de jugo de uva en su remera. Tiene el ceño fruncido y toda su atención se encuentra con el trabajo de refregar con su uña la mancha. Me río y voy al lado suyo. Damon levanta la cabeza y me sonrío levemente.

—¿Cómo es que te ensuciaste? —levanto una ceja con diversión.

—Tu grito me asustó y me tomó por sorpresa. Pensé que te estaba pasando algo, Nat. No lo hagas más —él gruñe, reprendiéndome con un tono de mamá protectora, lo que causa más risas de mi parte.

—Está bien, Muchachote. No lo haré cuando tú estés cerca. Solo te grité que estaba lista. ¡Por Dios!

—Y es por eso por lo que mi remera está manchada —se queja como si estuviese haciendo un berrinche, con su boca fruncida en un puchero y sus cejas ligeramente juntas.

—Fuiste tonto.

—No lo fui, tienes que dejar de gritar como desesperada.

—Como tú digas.

—Así lo digo

—¿Tienes que tener la última palabra siempre, Damon?

—¡Sí!

—Cállate y cámbiate así nos vamos que tengo hambre —espeto, interiormente divertida por esta estúpida pelea.

—No me mandes, no soy tu muñeco —gruñe otra vez, dándome una mirada enojada e intensa. Odia que lo obligue a hacer algo, pero cuando mi estómago me pide comida, la alimentaré sí o sí.

—Damon —lo llamo con mi mejor voz angelical. Lo que llama la atención de su parte, ya que se suaviza su expresión y suspira—. Ya vete a cambiar así nos vamos, ¿sí? —pestañeo varias veces y pongo mi mejor mirada de perrito mientras que frunzo los labios. Relaja su cuerpo y sonrío antes de sonreír y acercarse a mí.

—Bien, solo dame cinco minutos y llevaré a la princesita con un gran apetito a desayunar —me da un beso fugaz en los labios y sale corriendo a las escaleras. Lo mejor de pelearnos o enojarnos con el otro es que siempre terminamos besándonos. Eso es lo único bueno de las peleas, lo malo es que en ellas podemos estar días separados hasta arreglarnos, pero con los besos recibidos después, vale malditamente la pena pelear.

Tres minutos después, Damon baja las escaleras corriendo y por suerte evita caerse. Me río al verlo tambalearse hasta poder ponerse completamente derecho y caminar hacia mí. Me rodea con sus brazos mi cintura y me pega a su cuerpo, su duro y esculpido cuerpo, creado por los dioses. Puedo escucharlo inhalar mi aroma como si no quisiese olvidarlo nunca. Para luego enterrar de golpe su cara en mi cuello, dejando que su nariz me haga cosquillas y me ría por aquello. Mi pelo se coloca en su cara, cubriéndole un poco de piel que se puede ver más debajo de su cuello.

—¡Damon, ya basta! ¡Estoy muriéndome de hambre, por Dios, no nos iremos más de aquí si sigues así! —digo sin aliento y él se separa de mí con una sonrisa gigantesca, con sus mejillas en un tono rosado y ese brillo tan lindo en sus ojos a la vez que deja al descubierto esos espectaculares y lamibles hoyuelos.

—¿A dónde quieres que te lleve? —me encojo de hombros y abrocho mi campera. Dijeron en las noticias que iba a haber tormenta y mucho frío, por lo que prefiero prevenir antes que lamentar.

—A cualquier lado en donde los desayunos sean exquisitos y no quiera tirarlos a la basura.

—Bien, intentaré encontrar uno digno para la dama —se ríe y abre la puerta de entrada. Caminamos hacia el auto con pasos agigantados porque, le doy la razón al noticiero, hace un frío para congelarse. El cielo está más que nublado y estoy segura de que las personas evitan estar mucho tiempo en la calle. Las hojas de los árboles se desprenden de las ramas cuando un repentino viento fuerte comienza a rodearnos y vuelan por todo alrededor.

El estacionamiento está vacío a excepción de uno o dos autos más aparte del de Damon. Él camina unos pasos más adelante que yo para abrirme la puerta. Se vistió con su campera de cuero que hace que las chicas muriesen en el acto cuando lo ven, sus pantalones negros junto con sus zapatillas Converse. Y como si no fuese obvio, su pelo revuelto que hace que mis manos quisieran ir a tocarlo y sus Ray-Ban cubriendo sus ojos simplemente me hacen querer suspirar de lo hermoso que se ve. Pero para mi sorpresa, se puso un gorro de lana gris sobre su cabeza ni bien subimos al auto, lo que hace que instantáneamente mis manos no atacasen su pelo. Le queda realmente bien ese gorro, no lo puedo negar, sexi es la palabra indicada también.

—¿De qué tienes ganas? —pregunta con la vista clavada en las calles, concentrado en conducir, pero a la misma vez, de vez en cuando, mira de reojo en mi dirección.

—No sé. Tengo que ver el menú para ver qué se me antoja. Tengo mucha hambre, Damon, por lo que tendrás que gastar un buen dinerito en este desayuno. Cabe mencionar que tú me invitaste —se ríe a carcajadas fuertes mientras intenta mantener el control del volante.

—Me lo imaginé. Nunca iría a un lugar contigo sin llevar dinero, Nat. Te lo aseguro. Pero me encanta gastar y más si es en ti —me mira por un

segundo y sonrío—. Aparte, estoy ganando mucho hace bastante tiempo por las peleas ganadas y estar invicto.

—Oh, y aquí está de nuevo el Damon arrogante que pensé que se había ido.

—Nunca se irá, solo se esconde.

—Bien, mantenlo calmado, por favor. No quiero que nos arruine nuestro desayuno —carcajea de nuevo.

—Nada arruinará esto, Nat —y le creo, por unos momentos le creo, hasta que llegamos al pequeño bufé con algunas personas alrededor, quienes se voltean hacia nosotros cuando la maldita campanita de la puerta hace su ruidito agudo. Y, por si no fuese poco, la fémina no se queda atrás. La mesera que nos asigna una mesa al lado del ventanal, se le queda viendo todo el recorrido hasta llegar. Maldita. ¿Todo el tiempo va a pasar esto? ¿Él atrayendo las miradas de las mujeres y yo poniéndome celosa? Mierda, odio sentirme de este modo—. Nat, no quiero que pienses en nada, ¿bien? Solo pide lo que quieras y disfruta de tu desayuno.

—No me gusta ver cómo las mujeres te comen con la mirada. Eso es todo —me quejo cruzándome los brazos en mi pecho después de sentarme en mi asiento.

—Estás celosa —anuncia con aires victoriosos y sonriendo. Le doy una mirada de «no me jodas» lo que causa que su risa resuene y varias personas cercanas a nosotros nos vean de nuevo.

Damon, en serio. ¿Sabes lo que te gritan las mujeres cuando estas en el *ring*? ¿Las escuchas?

Eh, no —hace una mueca—. Casi nunca escucho nada allí arriba. Me desconcentraría mucho si presto atención a mi alrededor.

—Pero siempre me buscas en la multitud. ¿Cómo es que eso no te desconcentra?

—Al contrario. Mirarte hace que mi mente se concentre en una cosa: ganar. Me das fuerzas, Nat. Sé que no lo entiendes, pero solo escucha. Es difícil para mí decir estas cosas porque no estoy familiarizado con esto, pero te necesito en todas mis peleas aunque estemos peleados o no. Me llenas

cuando estás allí y me ves con esos ojos azules tan cautivadores tuyos. Me das confianza y me enoja cuando mis contrincantes tratan de ganarme porque sé que si pierdo, te pondrá mal y realmente, *real-jodida-mente*, no quiero decepcionarte —baja su voz por cada palabra que sale de su boca. Sus ojos siempre fijos en mí, bajan al mantel beige que cubre la mesa y suspira. Llevo mi mano sobre la suya y la aprieto para que me preste atención y me mire a los ojos.

—Damon, no me importa si pierdes, lo que me importa es si saldrás lastimado. Puedes caer tantas veces, pero no me decepcionarías nunca. Sé que eres uno de los mejores boxeadores a pesar de tu corta edad, pero el miedo de que te pase algo siempre está allí —lo miro con sinceridad pura, para que se diese cuenta de cuánto lo quiero y me preocupo. Sé que no se cree muy fácilmente que las personas le quieren, pero quiero que se dé cuenta de cuánto yo lo quiero. Por lo que acerco mi cara a la suya, le doy un pequeño beso y le sonrío. Su mirada se oscurece, volviéndose más intensa y mirándome como si quisiera comerme como nunca antes comió a alguien. Me sorprende lo rápido que le llegan mis palabras y el cambio radical que le provocan, pero nuestra pequeña burbuja se ve explotada por la jodida camarera.

—¿Desean ordenar? —pregunta con un tono seco, como si no le gustase para nada su trabajo. ¿Qué culpa tenemos los clientes de que su día estuviese yendo para la mierda? Pero su actitud cambia ni bien posa su mirada en Damon. Sonríe coqueta y se para con la espalda recta y estirada para mostrar sus, *¿atributos?* Los cuales no tienen nada de relleno adentro.

—Sí, gracias. *Amor*, ¿qué quieres? —me sorprende ante el tono cariñoso que Damon usa, por lo que lo miro divertida y él me devuelve con un guiño. ¡Toma perra! ¡Me dijo amor a mí y no a ti!

Mi interior hace un baile de festejo ante la mirada de la puta. Envidia y celos. Se pueden oler de aquí y salen por todos sus poros. ¡Su expresión es muy graciosa! ¡Parece uno de esos perros todos arrugados y que babean! Me burlaría si no fuese porque me gustaría saborear más esta victoria ya ganada, por lo que pestañeo soñadoramente a «Mi amor» y le sonrío.

—Oh, cariño. ¿Quieres pedir un batido de chocolate y lo compartimos? Creo que no podré tomármelo todo yo sola —él asiente con esa sonrisa que te hace desmayar, siguiendo el juego para darle más celos a esta tipa. Mi coqueteo siempre fue un desastre, pero estar con alguien con el que no es necesario el coqueteo, es mucho más fácil y divertido—. Bien, entonces trae ese batido de chocolate, unos huevos revueltos con tocino, unas tostadas junto con *hot cakes*, por favor. Oh, que todo sea en grandes porciones, gracias —le sonrío a la camarera, quien se queda con la boca abierta, de seguro sorprendida por la cantidad de comida que entra en mi sistema. *Oh, y esto no es nada. Recién comienzo.*

—Bueno, pediré lo mismo que ella, gracias —termina Damon, entregándole los menús que ni siquiera tocamos.

—Claro, los traeré pronto —luego de tener otra vista de Damon, se va contoneando sus asquerosas caderas. Por suerte, él no se da ni cuenta y me sigue mirando a mí.

—¿*No podrás terminarte todo el batido tú sola?* Eso es lo más absurdo que oí en mi vida.

—Lo sé, soy buena actriz.

—No es cierto, yo lo soy. Si no fuese por mí, tú estarías hundiéndote bajo la mesa para tapar tu humillación —me río.

—Pero se lo creyó, ¿no? Eso es lo que importa.

—Ajam... Y...

—Damon, estoy segura de que voy a tener más hambre después de comer esto, por lo que luego pedimos *pizza*. Ya casi va a ser el mediodía, así que podemos ir a tu casa o a la mía y comer allí viendo alguna que otra película, ¿no? —pregunto esperanzada. Sí, soy una glotona de sangre, ¿y qué? Amo comer, no me juzguen. La comida es una de mis cosas favoritas.

—Claro, no hay problema. Me gustan las mujeres con un buen apetito —sube y baja las cejas rápidamente con esa sonrisa picarona que tanto me gusta.

—¡Entonces soy la indicada! —digo emocionada, pero luego me detengo al escuchar lo que unas mujeres detrás de mí comienzan a murmurar.

—¿Es él?

—¡No lo sé! Pero es muy sexi.

—¡Es muy parecido, ve y pregúntale!

—¡No! ¿Y qué si no lo es?

—Le pides su número

—¿Qué? Pero está con esa chica...

—¡Ay! Al verte a ti, él la dejará tirada.

—Dios, cuando termines con él, pásame su número a mí, así también lo llamo. Está para chuparse los dedos.

—Bien, iré ahora.

—¡Muéstrale tus tetas, amiga!

Aprieto mis dientes contra mi mejilla para retenerme y no ir a matar a cada una de ellas. ¿Cómo se atreven? ¡Me ven a mí aquí junto a él y no les importa!

—Prepárate de nuevo para la avalancha de mujeres —murmuro con un gruñido enojado, tomándolo por sorpresa, ya que me mira con los ojos abiertos y confusos. Es allí cuando la chica aparece.

—Hola —ronronea hacia el chico frente a mí. Es petiza, con las tetas más grandes que nunca vi, y sin nada de culo, una pequeña cintura y unas muy bien formadas caderas. Lástima que su cara parece ser como la del *Grinch*. Hago una mueca de asco.

—Uhm... Hola... —contesta él, un poco extrañado, mirando de mí hacia ella y de ella hacia mí.

—Tú eres «*la Furia*», ¿no es así?

—Sí... —logra decir antes de que ella comience a dar grititos de alegría, así como los nenitos cuando les compran dulces. *Patético*.

—¿Me darías tu autógrafo? En serio soy tu mayor fan y voy siempre a tus peleas con mis amigas —se mueve para quedar aún más cerca de él, dejando sus pechos a punto de explotar en su frente. Damon no le presta atención y se encoge de hombros.

—Claro —su contestación es una de las más secas y desagradables que escuché en mi vida. Lo que me encanta en estos momentos. Ella le da una *fibra indeleble* que saca de su diminuto bolso colgado en su hombro y se acerca más a nuestra mesa. Bueno, acerca más sus pechos a la cara de Damon.

—Aquí —apunta ella con su dedo índice a la parte superior de su pecho derecho mientras que lo mira de una forma tan... Joder.

Damon me mira con los ojos abiertos, preguntándome con la mirada si puede o no hacerlo. Esa es una de las cosas que me gustan de él. Sabe que cuando no me gusta algo, me enojo con todo el mundo, por lo que ahora aprecio que me lo haya preguntado sin abrir la boca. Con un suspiro, asiento. No puedo decirle que no puede firmarles las tetas a sus fanes, pero eso no quita las ganas que tengo de cortarla en pedacitos con un maldito cuchillo.

Sin ninguna pizca de ánimo, Damon le firma el jodido pecho y ella chilla como la muy guarra que es. *La odio*. Y más cuando lo agarra y le toca la mano.

—Gracias. Oye, podrías... —sin querer dejarla seguir con su numerito estúpido frente a mí, la interrumpo con la mano.

—¿No ves que estamos desayunando? Ya te firmó tu jodido pecho, ¿nos puedes dejar solos a mi novio y a mí? —se siente tan bien decir que es mi novio. Una especie de esperanza porque él se diese cuenta de cuánto deseo que me lo pidiese, se forma en mi pecho. Me encantaría que con esta indirecta tenga una idea de lo que realmente quiero que haga. Nos damos besos y dormimos abrazados en la misma cama hace como dos meses, ¿por qué nunca me lo pidió? Realmente ahora me doy cuenta de cuánto anhelo que eso pase. Tenerlo agarrado de mi mano y alardeando a todas sus seguidoras que soy yo quien lo conquistó.

La perra abre la boca sorprendida, fingiendo sorpresa —mejor dicho— mientras se aleja asintiendo rápidamente y se va de vuelta con sus amigas. Ruedo los ojos. Sigo sin poder creer cómo son algunas mujeres ahora. ¿Cómo puede ser tan lanzada? ¡Hasta sus amigas le dijeron que cuando ella terminase con él, que les pase su número! ¡Por Dios!

—Está bien, Nat. No te enojés. Mira, ya están viniendo nuestros desayunos. Comeremos como si nada hubiese pasado hace unos segundos y nos olvidaremos de todo —joder, no me quiero olvidar de todo. La parte en la que me decía «Amor» y cuando yo dije que es mi novio las quiero recordar por un buen largo tiempo.

—Aquí tienen —la camarera deja nuestros platos frente a cada uno y el batido en el medio de la mesa, pero la maldita solo le puso una pajita, sabiendo que lo tomaríamos entre los dos.

La fulmino con la mirada, pero al sentir cómo la «patadita» que Damon me da bajo la mesa me rompe la pierna, hago una pequeña mueca de dolor. ¡Este chico puede destruirme con solo una patadita! *Y demonios, duele como la mierda.* Antes de poder devolverle la jodida patada, noto la razón por la que me la dio. Está haciéndome señas con la mirada para que haga algo con el batido y es ahora cuando me doy cuenta de que con solo una mirada nos entendemos muy bien sin necesitar siquiera abrir la boca. ¿Cómo mierda hubiera entendido la horrible seña que me hizo si no nos entendiésemos bien y rápido? *Ni idea.*

Sonrío y bajo la mira hacia el exquisito batido. Lo agarro con una mano y llevo la pajita lentamente a mi boca, dando un sorbo refrescante que pasa mi garganta. Todo lo hago sin apuro, dejando que Damon vea lo apetecible que es ahora la pajita. Por lo que unos segundos después, dejo de tomar el refresco y lo miro a los ojos, ignorando la presencia de la camarera, quien solo frunce el ceño hacia mí.

—¿Quieres? —le pregunto con un tono pícaro y juguetón. Su boca está ligeramente abierta, como si le costase respirar y tiene la mirada fija en mis labios mientras me los lamo para sacar el resto que me queda del batido.

Damon asiente sin quitarme la vista y se lo paso gustosa. Lo lleva con elegancia hacia sus espectaculares y sexis labios, dándole un sorbo y luego otro. Siento cómo la sangre se me viene a la cara cuando su mirada se vuelve oscura. Como si estuviésemos en nuestra propia burbuja y nadie nos pudiese interrumpir. No pestaño ni alejo mi mirada de la suya. Es hipnotizante y feroz, como si yo fuese la carne que él nunca probó. Ese sabor exótico que él

tanto deseó. Las gotas de agua resbalan el vaso de vidrio que tiene en su mano y caen en su ropa y en la mesa de a poco. Pero él no se inmuta de nada. No le importa. Como si no las sintiera, no sintiera ese frío que tiene el vaso de vidrio ni tampoco lo congelado que está el batido. Su mirada de satisfacción me envuelve, dándome a saber que es el refresco lo que lo calma de este fuego que vuela entre nosotros dos. ¿Y la camarera? Ni idea. No puedo ni verla de reojo, ya que no me puedo mover. Estoy hechizada, mi vista no se puede despegar de la de Damon, como si estuviese una magia y buscara esa fuente de poder que desprende él. Sigue tomando sorbos grandes y su nuez de Adán se mueve cuando traga. Me encantaría poner mi boca allí. Unos segundos después, termina todo el batido y me mira fijamente. Queriéndome transmitir algo con la mirada, pero en las cuales no sabe qué decir ni cómo decirlo. Confusión es lo que se apodera de sus ojos mientras intento descubrir qué es lo que le pasa. Puedo escuchar los engranajes de su cabeza funcionar a toda marcha, confundiéndolo aún más.

Suspiro.

Él se confunde solo y yo no puedo hacer nada para calmarlo y dejar que no piense nada ahora. Pero puedo intentarlo y distraerlo por algún tiempo. Eso es lo que quiero hacer. Sacarlo de las preocupaciones y la angustia. Ya tiene bastante con la pelea y no necesita más mierda.

—Es mejor que ya empecemos a comer. Se va a enfriar y no será rico entonces —propongo agarrando el tenedor con una mano y llevando un poco de huevo revuelto a mi boca, saboreando lo rico que es el sabor que hace mucho no comía.

Asiente despacio y hace lo mismo que hice yo. Disfrutar de este desayuno y tiempo libre con el otro. No creo que podamos tener tantos ratos libres a partir de ahora por todo lo de la pelea. Tiene que entrenar duro, el doble de lo que ya lo hacía, y no lo culpo. Entiendo que quiera descargarse con sus contrincantes cuando tiene un mal día y que quiera gastar toda su energía antes de darse por vencido. No le gusta irse a dormir con esa sensación de no entregar todo de sí en sus prácticas. Lo odia. Lo sé. Por lo que después de su entrenamiento, Rick le da tiempo para que se descargue todo lo que quiera

con la condición de descansar unos minutos y tomar agua, porque si fuese por Damon, haría todo su entrenamiento sin descansar para refrescarse. Es muy terco.

—Bien —contesta sonriendo levemente.

Noto cómo se relaja y deja que la confusión se esfume. Por suerte, nuestro desayuno desde ese momento se vuelve mejor. Casi sin interrupciones de putas, pero sí de unos ancianos que aman a Damon y que lloraron cuando él les sonrió y les hizo un autógrafo y se sacó una foto con los dos. Su felicidad era muy contagiosa. Hasta yo sonreí todo el tiempo que los viejos estuvieron aquí. Eran una pareja hermosa. Él señor era alto y muy flaco, con una prepotente barba blanca y la cabeza calva, la mujer era gordinflona y con un muy buen sentido del humor. ¡Se reía a cada rato! Lo que causaba que yo me riese más que nadie. Se interesó mucho en mí, y en lo que éramos con Damon. Nos preguntó si éramos pareja y, sin preguntarme nada, Damon respondió rotundamente que sí. Me alegró el día. Pero aun así me gustaría que me lo pidiera. Admito que el romanticismo de las películas de Emma se me pegó mucho, por lo que me gustaría que me lo pidiera de una forma linda.

Los ancianos se habían ido con una gran sonrisa por el hecho de que Damon les prometió entradas vip para su próxima pelea, que es dentro de poco y les preguntó su nombre y apellido para anotarlo en la lista de los guardias de seguridad. Carmela y Jackson Henkstons se despidieron casi llorando de nuevo y agradeciéndonos por las entradas gratis. Cuando le preguntamos si iban a ir a la próxima pelea de Damon, ellos contestaron que no tenían tanto dinero como para ir a todas las peleas, pero que de vez en cuando, se daban el gusto e iban. Sin perder un segundo, Damon les había regalado las entradas vip y ellos se pusieron como locos.

Como ya era de esperarse, me pedí otro desayuno más igual al primero. Tenía tanta hambre que me comería ochenta vacas. Damon se rio y me sacó algún que otro tocino. Por lo que se llevó un manotazo de mi parte.

Al regresar al departamento de Damon, nos encontramos a Finn y a Julieta ayudando a bajar del auto a la hermosa Elle, la cual salió corriendo ni bien

tocó el suelo y se tiró en mis brazos. Sigo sin creer que ella me permite tocarla y ¡ella también me toca!

Es un sentimiento que me llena el alma y me alegra. Que alguien que al parecer sufrió algo tremendo como para tener miedo a que las personas le toquen y que me dejara estar con ella sin que eso se interponga entre nosotras, causa cosas inexplicables en mí. Es genial. Una niña dulce y linda. Igualita a Damon.

Y así nos pasamos la tarde. Viendo películas los tres, ya que Finn y Julieta se tenían que ir a una fiesta de casamiento y no se podían quedar, y comiendo *pizzas*. No supe nada de Emma, pero no es nada raro, ya que, como siempre, debe estar con mi hermano.

Pero bueno, lo único que me importa ahora, es que tengo a Damon rodeándome la cintura con su brazo mientras me besa la mejilla, recordando cómo hace unas horas dijo que éramos pareja.

CAPÍTULO



Lunes.

Otro aburrido, maldito y espantoso lunes de instituto.

No puedo esperar a que lleguen las vacaciones. Ya quiero dejar los estudios atrás. Levantarme tan tarde como pueda y divertirme el resto que queda del día. ¿Es tanto pedir? Pasar con Damon el día que esté desocupado, juntarme con Chris para ir a tomar algo a algún lado, pasear a Elle... Tengo muchas cosas en mente para las vacaciones. Pero lo malo es que todavía faltan algunos meses para que terminen las clases. No tantos, pero si algunos.

Dejar atrás las evaluaciones absurdas de matemáticas sería espectacular. Probablemente lo mejor del mundo. La profesora hace problemas que no tienen nada de sentido y cree que, si es pan comido para ella, lo tiene que ser para nosotros. ¿Y cómo no va a ser pan comido para ella si es ella la que los inventa cinco minutos antes de la clase y los lleva a fotocopiar?

Nunca sabemos qué esperar. Ninguno se puede copiar por el tan solo hecho de que nadie sabe la respuesta de los jodidos problemas. Son confusos e incoherentes, a decir verdad. Nadie, ni siquiera el mejor maestro de matemáticas, podría descifrarlos. Ni siquiera ella cuando alguno le pregunta cómo es que se tendrían que resolver. Todavía no puedo entender cómo es que se recibió de maestra y cómo es que pasó la universidad. Alguien con ese grado de idiotez no puede ser maestra. Y no es de mala, en realidad, es la pura verdad. Pereciera que un día decidió ser maestra y puff, la admitieron en este instituto. Y de algún modo, logró entrar.

Bueno, y como se darán cuenta, eso es lo que nos pasó hoy en la hora de matemáticas. Y lo peor de todo es que el único ejercicio de la prueba era prácticamente así. Por lo que, si te equivocabas, te sacabas un maldito cero.

Y por supuesto, todos nos sacamos un cero.

Y la profesora solo nos agradeció por presentarnos a clase y por hacer la prueba.

Claro, hacer la prueba. ¡Directamente nadie hizo más que poner su jodido nombre en la parte superior de la hoja y la fecha junto a esta!

Tuve que soportar más de dos meses o tres a esta maldita profesora que tiene una gran imaginación y que necesita urgentemente emparejarse con alguien. Es muy terca cuando se enoja y manda a la jodida mierda a todos si la molestan. Aunque, pensándolo bien, su pareja se mataría si tuviese que estar con ella más de un día... Por lo que no pienso emparejarla con nadie por ahora. No quiero el suicidio de alguien inocente.

Por suerte, en el almuerzo logré distraerme y abstenerme de ir a tirarle un maldito jarrón en la cabeza a la profesora gracias a mis hermanos y Emma. Me hicieron reír más que nunca e hipar como si no hubiese fin. No sé de dónde me vino el hipo, pero de repente, luego de tomar un sorbo de Coca-Cola, estaba hipando. Algo que hizo carcajear a todos.

Emma y Sam, como era de esperarse, se mantuvieron pegados y con las manos juntas, dando a saber a todos que tenían una relación. Durante meses todos se quedaron en shock cuando ellos hicieron público su noviazgo. Nadie podía creer que Emma consiguió que el mujeriego más hijo de puta del instituto, llegara a dejar sus conquistas de una noche por ella.

Yo solo me reí, con felicidad en mi interior por ellos dos.

Por otro lado, Damon faltó a sus clases. No tenerlo cerca fue espantoso. Estoy acostumbrada a su compañía y cercanía, por lo que me hizo mucha falta. Llamé a Rick para preguntarle el porqué, ya que fue mi última opción cuando Peter y Noah no me atendieron, y me dijo que no iba a venir más. El corazón me dio un tremendo brinco cuando la imagen de Damon destrozado en medio de la calle se me apareció en la mente. Estaba a punto de preguntarle a gritos qué fue lo que pasó y ponerme a llorar mientras corría

hacia ningún lado en especial cuando él me dijo que faltaba porque tenía que entrenar mucho.

Me relajé al escuchar eso. Si no lo hacía, podría tener un paro cardíaco en el patio del instituto mientras todos mis compañeros me miraban. Rick me comentó que no iba a dejar de estudiar, que estudiaría en casa y que haría muchos trabajos prácticos para no repetir el año escolar, por lo que pude volver a respirar con normalidad.

Damon ya me dijo que tuvo que faltar dos años a clase por algo personal y es por eso por lo que está en cuarto conmigo con diecinueve años. Por lo que pensar que dejaba definitivamente los estudios haría que yo lo golpeará en la cara mientras que le exigía volver a clase y no repetir de nuevo por algo absurdo.

Tengo que admitirlo, lo voy a extrañar en clase. No lo veo tanto como antes, de suerte tiene tiempo libre. Cada día anda más y más furioso por alguna razón y por las noches me llama para que duerma con él. Por supuesto, yo como soy muy desesperada y no quiero estar lejos de él, voy como un rayo y cumplo su orden con mucho gusto. Es realmente reconfortante despertar a su lado, sintiendo su calor corporal y su aroma que tanto me gusta, envolviéndome y embriagándome, pareciendo así una borracha. Cada vez que me despierto antes que él, me lo quedo mirando, recordando cada parte, cada borde de su hermosa cara, cada línea y expresión, de un lado a otro, mirando sus defectos y las cosas perfectas que tiene. Pero lo mejor de todo es la espera por ver sus ojos abrirse, ese mar azulado que me cautiva cada vez más sin ningún esfuerzo y viendo cómo su pupila se agranda cuando se da cuenta de mi presencia. Se me queda viendo y yo igual. Sin decir nada porque no es necesario. Me quedo embobada y sin palabras cuando se trata de él. Me sumerjo en esos zafiros brillantes, deleitándome de su lindura, y me pierdo en ellos. Hasta que su sonrisa matadora aparece en sus labios. Esos labios que a los segundos siempre los tengo contra los míos, devorándome por todos lados y dejándome sin respiración. Queriendo más de su exquisito sabor y de más besos como ese.

Ahora, paso a todos los estudiantes y me dirijo a mi próxima y última clase, tratando de borrar la imagen de Damon por las mañanas para no fantasear en toda la clase y babear. Emma está a mi lado, llevando sus libros en sus manos y hablándome de lo que hicieron con mi hermano.

Hacía mucho que no hablábamos de algo personal. Estamos tan absortas en nuestros mundos con los chicos que nos gustan que ya no pasamos tiempo juntas, y extraño todo lo que hacíamos antes.

Juntarnos, comer hasta no parar, reírnos por cualquier cosa, y ver películas todo el tiempo.

Todo es diferente ahora. Cada una con sus cosas que, algunas veces, no incumbe a la otra. Ni los planes programados ni nada por el estilo.

Pero no la puedo culpar a ella ni ella a mí. Las dos somos culpables de no buscar un tiempo libre y llamar a la otra para organizar algo. Pero es así. Admito que a veces me olvido de ella solo por estar con Damon, pero de seguro a ella le pasa lo mismo.

Verla ahora, con los ojos brillantes y una sonrisa feliz estampada en su cara mientras me relata su día maravilloso con Sam en un campo de paintball el sábado, me llena de emoción. Sé que a mi hermano le gusta mucho, es muy evidente. ¡No la deja ni por un segundo! Emma es una chica dulce, cariñosa, tímida y perfecta para mi hermano, ¿por qué él la dejaría por alguna otra?

Conozco a mi hermano y sé que no lo hará.

Ella coloca un mechón de su pelo violeta detrás de su oreja y sigue sonriendo, moviendo las manos con cada parte emocionante que me cuenta.

—... nunca estuvo lejos de mí. Él sabía en dónde me encontraba, pero hacía como si no, por lo que me dejaba encontrarlo y atinarle. Me di cuenta de eso ¡no soy tan estúpida! Me enojó que pensase que soy débil, pero a la vez me gustó que sea así de tierno y me dejase ganar, tirando su orgullo al suelo. Y tú y yo sabemos que su maldito orgullo es gigantesco. ¿Me estás escuchando, Nat? —pregunta al verme mirar hacia todos lados en el pasillo. Pues sí la escuchaba, solo que, aunque supiera que Damon no vendría, tengo la esperanza de que al menos aparezca para agarrar sus cosas de su taquilla, o para verme, pero no lo veo. No está.

—Sí, te escucho, Em —murmuro bajando la mirada. Si la mantengo alta sé que lo buscaré todo el recorrido que haremos hasta llegar a la clase.

—Bueno, y me defendió cuando uno de los chicos de su equipo me encontró. ¿Entiendes? ¡Me ayudó cuando no lo tendría que haber hecho!

—Emma, mi hermano es dulce cuando se lo propone, ¿no lo notaste todo este tiempo en el que fueron novios?

—Sí, pero sigo sin creerlo —me mira como si estuviese en su mundo. Pensando y buscando qué decirme. Tristeza aparece en sus profundos ojos chocolate cuando me miran directamente—. No puedo creer que alguien como él se fijase en mí. No soy nada en comparación con las mujeres de aquí. Sam es sexi como el infierno y tiene que estar con alguien que se adapte a él. Esa no soy yo, pero soy egoísta y no quiero dejarlo.

—Primero que nada... —la interrumpo—, no digas que mi hermano es sexi frente a mí si no quieres que vomite. Segundo, tampoco quiero que pienses más en eso de que no eres lo suficiente buena para él. Es todo lo contrario. Creo que él no es lo suficiente bueno contigo, pero como soy su hermana, tengo que apoyarlo —se ríe de mi pequeña broma y puedo sentir que se relaja—. Tercero, eres lo que él necesita. Una chica tranquila, tímida y cariñosa. Eres perfecta para él, Emma —estiro mi brazo y rodeo sus hombros para acercarla a mí, llevando nuestros pasos al mismo ritmo mientras seguimos doblando por cada pasillo y nos acercamos al aula de música.

Durante algunas semanas estuvimos aprendiendo a tocar guitarra. El profesor es uno de los mejores en explicar y en tenernos paciencia. No le importa si tenemos dificultades con entender lo que dice, solo lo explica de nuevo y nos enseña nuevamente cómo hacerlo con la linda y muy cuidada guitarra del colegio.

Para mi suerte, no me demoré mucho en entender, pero lo que sí me costó es la práctica. Mis manos no son las mejores para tocar instrumentos. Son gelatina en comparación con todos los demás. Tengo que hacer una presión impresionante para que la maldita «cejilla» suene como tiene que sonar y tengo que malditamente cambiar rápido de una nota a la otra. Ya lo digo; no

sirvo para esto. Pero al menos lo intento con ganas y sigo practicando sin darme por vencida. Es entretenido, pero a la vez frustrante.

Sin embargo. A Emma no le cuesta mucho, sus dedos largos no tienen el mismo problema que yo, por lo que le sale todo rápido. Sigue teniendo algunos problemas, pero son mínimos.

Aun así, el profesor Phillipson me felicita por mi «gran» progreso y me corrige algunas cosas antes de ir con otro alumno.

Suspiro en derrota cuando se va y dejo que la guitarra se apoye en el suelo para poder ver bien a Emma, quien toca sin problema lo que le marcó Phillipson.

—Te dejaré esto a ti, Emma. Soy un desastre para la música y más si implica que haga algo con las manos. Prefiero bailar y mover el bote antes de tocar instrumentos.

—Aunque pienso que el baile es lo mío, me gusta tocar instrumentos, aprender y hacer otras cosas.

—Al menos te sale bien. ¿Puedes creer que mis dedos no entienden que, en vez de hacer el do, van y se posan en el sol? Malditos dedos que no entienden —se ríe y deja de tocar.

—Damon me enseñó un poquito de guitarra, por lo que no me cuesta demasiado colocar los dedos en su lugar, pero luego de eso, estoy tan perdida como tú.

—¿Damon toca? —pregunto sorprendida y con los ojos más que abiertos, quedándome estática en mi asiento. No lo puedo creer, ¿hay algo que Damon no sepa? Es en serio, el maldito es un Dios haciendo cualquier cosa que se proponga. Imaginar sus manos sobre las cuerdas, tocando alguna música espectacular de las que le gusta escuchar, viéndolo perderse en los sonidos que hacen sus habilidosos dedos... Me encantaría verlo tocar y pienso preguntarle si lo puede hacer cuando lo vea, pero la respuesta de Emma hace que me olvide de pedirle aquello.

—Sí, tocaba. Pero no lo hace más —su voz suena triste. Sin quererme decir más, vuelve desde el comienzo con su trabajo de presumirme que ella sí puede tocar un poco y yo no.

Suspiro.

¿Por qué dejó de tocar Damon? Y, ¿por qué Emma evadió el tema cuando pudo? No quiere hablar de eso, se nota a millas de distancia, pero no entiendo por qué. Al menos darme alguna pista, pero no me dio nada.

—Hablando de mi hermano, ¿cómo andan ustedes dos? ¿Por fin son algo? Digo, ya duermen juntos y, por favor, no quiero detalles de lo que hacen. ¡Por Dios! ¡No se separan nunca!

Buen cambio de tema, amiga.

Me río ante su expresión horrorizada cuando dice eso de «no quiero detalles de lo que hacen». Es gracioso verla queriendo evitar el tema de su hermano conmigo. Sé que no le gustaría escuchar cómo su hermano y yo nos besamos, al igual que a mí no me agradaría escucharla hablar de lo que hace con mi hermano. Por lo que evito en parte esa pregunta y le sonrío.

—Estamos bien... creo. Anda un poco enojón estos días, pero sé que no es conmigo.

—No creo que Damon se enoje contigo por más de un día. Es imposible para él. Como si su naturaleza le impidiese no estar a tu lado.

—¡Ya déjate de fantasear, Em!

—No estoy fantaseando, es la verdad. Está constantemente hablando de ti en casa. Es más, Finn ya me viene recomendando tapones para los oídos para no escucharlo hablar todo el día. Por lo que sugiero que me creas. ¿Qué le estás haciendo a mi hermano?

—Nada, solo es encanto natural.

—Claro... —rueda los ojos y suelta una carcajada—. Y yo soy la cenicienta.

—Si tú dices que lo eres... —me empuja graciosamente con el codo en mi brazo y sigue riendo.

—Bien, dejémonos de hablar de esto porque a este paso no voy a llegar a aprender ninguna canción —se queja.

—Deséame suerte, creo que reprobaré este trimestre. ¡La guitarra es una trampa mortal para mí!

—No es para tanto, solo dramatizas.

—¿Tienes oídos o eres sorda? ¿No escuchas la mierda que estoy tocando?

—Nop, me estoy deleitando con la música que sale de mi guitarra mientras trato de parecerme a Cody Blockeyd. Es muy bueno y estoy pensando seriamente en pedirle ayuda con la guitarra.

—No necesitas más ayuda, te está saliendo bien.

—Me gustaría saber más, por lo que después hablaré con él —decidida, se endereza en el asiento con su guitarra y se le queda mirando a Cody, un alumno de nuestra clase el cual es bastante tímido y, al parecer, un genio en la guitarra. Si me hubieran dicho que ese chico tocaba como los dioses, hubiera reído hasta morir. Es impresionante.

—Es mejor que no lo hagas. Mi hermano se pondría muy celoso. Cody es lindo.

—Pero no tanto como tu hermano —termina Emma por mí. Ruedo los ojos y bufo. Pues claro que ella dice eso, ¿es su novio!

—De todas maneras, le podrías pedir a Damon. Es tu hermano, no creo que se rehúse a enseñarte.

—No, te dije que él no toca más.

—¡Pero podría volver a hacerlo!

—¡No! No lo hará, Nat. ¡Ya déjalo! —grita en susurros. Con un semblante serio y furioso, sigue con su música. Ignorando mi mirada preocupada.

Sin querer molestarla, la dejo concentrarse mientras yo lo hago con la guitarra, la cual es propiedad del instituto. No me gusta hacerla enojar, por lo que dejo el tema por olvidado. Cuando quiera contármelo, lo hará sin ser presionada.

Lo mismo pasa con Damon, ¿por qué tienen que tener tantas cosas guardadas en su interior? Soy muy curiosa, por lo que no puedo esperar hasta saberlo. Pero sé que si sigo insistiendo, Damon o Emma se enojarán mucho conmigo.

No creo que el equipaje de Damon sea tan pesado para mí, como si me lo estuviese pasando todo y dejando a mi cargo. Pero sé que es difícil para él

contar algo y abrirse a otras personas, por lo que no dudo que se le dificulte hablar de su pasado. Es algo que no se puede decir de la nada a cualquier persona, lo sé. Hablar de lo que te pasó, revivir y sentir una y otra vez cada escena... Estoy igual que él. Simplemente no puedo, mi cabeza y mi cuerpo no quieren pasar de nuevo aquello. No todavía.

Pasamos la gran mayoría de la hora intentando entender las explicaciones de Cody. Emma le pidió ayuda luego de nuestra charla. Me sorprendió que él aceptara y no se largara corriendo a algún hueco solitario en alguna esquina. Aunque su sonrojo y nerviosismo fue muy obvio, no se volvió para atrás y trató de explicarnos. Bueno, tuvo que quedarse un poco más de tiempo conmigo gracias a mi muy estúpida cabeza que no entiende nada. Es horrible cuando me lo quedo viendo como si fuese un alien cuando me dice cosas que no llego a procesar. Cody solo se ríe y vuelve a intentarlo. Emma, con una sonrisa satisfecha, no me dirigió la mirada ni la palabra mientras ella seguía con su música de práctica.

La clase termina luego de escuchar cómo el profesor toca un poco de su música original. Nos comentó que ama escribir canciones para él mismo y para otras personas. Es muy bueno en lo que hace, nadie en esta clase lo duda, y le pone una actitud tan feliz que se nos contagia a todos.

Tanto que Emma y yo terminamos abrazadas mientras escuchábamos su música tan maravillosa. Era impresionante. Algunos chicos se sumaron al concierto de Phillipson, con sus panderetas, triángulos y bombos. Algún otro se sumó con otra guitarra, acomodándose al lado del profesor y copiando sus movimientos y notas.

Fue todo un *show* en vivo e improvisado.

Para la suerte de todos nosotros, los que no sabíamos tocar nada ni tampoco qué hacer, nos aprendimos la letra fácilmente y cantamos a todo pulmón. Era muy pegadiza y rápida de aprender. Era graciosa en algunas partes, diciendo alguna escena de pelea entre una pareja que solo se quejaba de la comida o de lo que el otro hacía.

Estuvo estupendo.

Recojo mis cosas y voy detrás de todos los estudiantes que se dirigen a la puerta para, por fin, regresar a casa. Estoy ansiosa por salir ya de aquí. Chris me había mandado un mensaje en el almuerzo preguntándome si luego de las clases nos juntaríamos. Por supuesto, le contesté que sí.

¿Qué haría en mi casa si no? No quiero aburrirme y no tengo a Damon para entretenerme. Emma ya quedó fuera de mi plan al decirme lo que quería hacer con Sam, por lo que acepté gustosa la oferta de Christian. Me comentó también que iba a venir Carter, con la excusa de que cuando sea la hora, nos iríamos juntos al trabajo en el gimnasio.

Descubrí que es un chico simpático y tímido como siempre. Tarda un poco en unirse a las conversaciones, pero cuando se acostumbra, se relaja y habla... poco, pero habla.

Damon odia cuando me voy a la casa de Chris. Piensa que lo dejaré por Carter y se enoja porque prefiero estar con ellos que con él.

Está loco.

¿Qué tiene de malo pasar un buen rato con mi amigo, sus hermanas y su hermano? No entiendo su enfado. Por más que yo prefiera estar todo el día aislada con Damon, él no puede porque está entrenando. Es más, gruñe las veces que hago planes sin decirle, cuando es él quien no puede contestar ninguna de mis llamadas.

Dejo que se tranquilice y termino la pelea allí. No necesito que se enoje con todo el mundo por una mísera cosa.

La bestia que Damon lleva adentro está siempre al borde de explotar. Si algo no le gusta, no tarda ni un segundo en ponerse a gruñir y a gritar. Con todo esto de la pelea, ya no es del todo Damon. Su concentración está al máximo, su fuerza aumentando cada vez más y su cordura está al límite.

Me tiene exhausta con sus cambios de humor. Es ardiente y dulce cuando está junto a mí en la noche a punto de dormirnos, es fuerte y frío en el *ring*, y celoso y enojón cuando está con desconocidos.

Nunca sé cómo va a estar, sinceramente.

Es por eso por lo que solo le mandé un mensaje diciéndole a dónde iba y con quién, sin mencionar que no le dije que Carter se unía. Me tendría

acorralada en algún lado de su cuarto gruñendo las razones por las que no debo estar cerca de él y lo que él me podría hacer. Exagera mucho todo. Para mi suerte, aceptó mi amistad con Chris.

Emma hace un ademán con la mano en forma de saludo mientras se dirige en dirección contraria a la mía, andando hacia el estacionamiento en donde mi hermano la espera. Yo, por otro lado, voy pisando el césped y caminando hacia ningún lugar en especial, un caminar lento y sin apuro hasta que Chris me responda en dónde nos tendríamos que encontrar para nuestra salida.

Los estudiantes corren y me pasan por el lado como si fuese un poste en medio de la nada, como si no existiese. Me empujan al pasar o me pegan con sus mochilas, dando así la posibilidad de próximos moretones a mis brazos.

El cielo está regado en nubes grises y blancas, decidiéndose entre dejar que la lluvia comience o que el sol brillante aparezca. Por el viento frío y húmedo que se estrella contra mi cara y me causa un escalofrío en mi columna vertebral, sé que la batalla la ganó la lluvia. Agradezco haberme traído mi suéter de lana azul oscuro. Acordarme de traerlo hoy al instituto fue un milagro luego de levantarme tarde y bañarme lo más rápido posible. No entiendo cómo es que pude ponerme bien los pantalones sin caer dormida al suelo.

Miro hacia los lados, intentando localizar algún auto conocido, específicamente el de Chris, pero no veo ninguno. Me quedo mirando a uno que llama mi atención. Es uno de esos autos nuevos y costosos, rojo y con las ventanas polarizadas. Es muy lindo. ¿Quién tendría tanto dinero como para comprarse esa monstruosidad? Mierda, yo solo me conformaría con algo usado, pero tener un auto como ese sería mi gran sueño sin duda alguna.

Puede que si yo juntase cada paga que me dan por mes en el gimnasio, dentro de ochenta años consiga comprarme uno. O puede que no.

Reprimo la tentación de acercarme a verlo más de cerca y sigo con mi caminata sin rumbo, paseando por todo el campus del instituto, viendo cómo los estudiantes y profesores se alejan con rapidez.

Paro de caminar cuando mi celular vibra en mis manos, dándole paso a la canción *Classic* de MKTO. Es Chris.

Atiendo la llamada al segundo timbre.

—¡Hey! Oye, creo que ya estamos cerca. Tuvimos que caminar porque no había ningún auto disponible para llevarnos. Por lo que tendremos que caminar e ir sin transporte a donde quiera que vayamos —comenta él con su voz un poco agitada, pero sin duda con alegría.

—Claro, no hay problema —respondo sonriendo, aunque sé que no me puede ver.

—¿Qué tal si nos encuentras en...? Espera, tengo que ver bien en donde estamos —hay un silencio. Puedo imaginarme viendo a su alrededor con el ceño fruncido e intentando reconocer algo de lo que ve. Me río ante esa imagen de mi amigo perdido mientras escucho la voz de Carter al fondo: «Dile que estamos cruzando una plaza con muchos árboles. Menciona que hay unos locales de comida china y algún que otro supermercado. ¡Hay una tienda de videojuegos!». Su voz suena emocionada y excitada, tal como la de los niños pequeños al ver el dulce que más les gusta.

Busco en mi cabeza e intento localizar algún lugar como ellos describieron y que estuviese cerca del instituto. No me cuesta mucho trabajo. Gracias a su «gran» descripción del lugar, sé dónde se encuentran. Tan solo a unas dos cuadras. Ese local de videojuegos es en donde mis hermanos compran sus vicios para la Xbox.

—¿Ese local se llama Merdinz? —pregunto solo para saber si están en el lugar que yo creo que están. Enfrente de Merdinz hay una plaza, por lo que pienso que estoy en lo correcto.

—¡Sí! —gritan al mismo tiempo, rompiendo mis tímpanos a la vez. Su entusiasmo es muy contagioso, por lo que me río y comienzo a caminar en dirección hacia esa plaza.

—Bien, estoy yendo. Espérenme en la esquina frente a la tienda de videojuegos —salgo del campus del instituto y sigo por el asfalto sucio. No hay tantas personas caminando como lo había hace unos minutos. Al parecer con este clima, las personas se esconden y buscan refugio lo antes posible. ¿Cómo es que no les gusta mojarse bajo la lluvia? Es hermoso, adoro hacerlo,

pero la peor parte son los resfriados espantosos que se pueden atrapar. Los odio. Odio sentirme enferma y vulnerable como lo hago en esos días.

—OK, ya sabemos en dónde nos dices. Estamos llegando ¡Nos vemos en unos minutos! —y luego cuelga. Niego divertida la cabeza y guardo mi teléfono en mi bolsillo trasero del pantalón.

Mi caminata rápida se hace presente ni bien veo la hora. Cuanto más temprano hagamos lo que queramos hacer, tendremos más tiempo para disfrutar antes de que Carter y yo nos vayamos a trabajar. Me gusta pasar el tiempo libre con Chris, pero no siempre tengo esos momentos. Por lo que quiero aprovechar esta tarde con él, o ellos, mejor dicho.

Paso de largo a algunas personas que se encuentran cerrando sus tiendas y locales y a algunas que están corriendo hacia la parada de autobús más cercano.

No me molesta recorrer tiendas o locales cuando llueve, no entiendo cómo a la gente sí. Creo que Chris se va a estar quejando mucho por el hecho de que se mojará su ropa, pero solo me reiré y lo ignoraré. No me arruinará esta salida. Lo sobornaré con decirle que le compraré alguna que otra remera y listo. Así de fácil se convence a este gay.

Cuando ya puedo ver a lo lejos la plaza, acelero más mi paso hasta estar prácticamente corriendo. No puedo creer que esté corriendo con una sonrisa estúpida en la cara. Su felicidad es muy contagiosa.

Visualizo la impresionante espalda de Chris y le grito su nombre, corriendo más rápido y devolviéndole el saludo que me hace con una mano. Puedo sentir cómo mi pelo vuela en mi espalda gracias al viento y a mi corrida. Sé que voy a estar mucho tiempo intentando desenredarlo, pero me da igual. Solo quiero estar con mis amigos y pasarla bien. Ahora no me importa el pelo.

Entonces, un ruido chirriante resuena, pero no le doy importancia. Estoy segura de que son esos chicos estúpidos que se ponen a jugar con sus motocicletas para presumirla a sus compañeros y amigos. Odio a esos arrogantes así. No dejo de correr, pero desacelero un poco para recuperar el aire y así reírme un poco de las caras y señas que me hace mi amigo para

darme ánimos de seguir para llegar a mi meta. Una vez que tengo un poco más de aire en mis pulmones, corro y cruzo la calle.

Pero otra vez ese ruido se escucha. Solo que esta vez es mucho más cerca. Como si estuviese...

Me paro en seco, mirando hacia mi costado y quedándome petrificada con los ojos abiertos. Todo pasa tan rápido que ni siquiera puedo darme cuenta de aquello en ese momento. No llego a reaccionar para irme corriendo y evitar ser aplastada, mis piernas están paralizadas, no me puedo mover de mi lugar. Viendo cómo ese auto rojo acelera en mi dirección y me lleva con él, atropellándome y dejando que mi cuerpo prácticamente volase por el aire. Un dolor agudo se propaga por mi cuerpo ni bien toca el piso, pero lo que realmente me duele es la cabeza cuando choco contra el suelo duro. Intento poner mis manos para protegerme, pero no me funcionan en el momento. Son como dos pesos muertos encima.

Puedo escuchar el grito ahogado de Chris resonar, pero se siente tan lejano. Las piedritas esparcidas se me clavan en la piel, cortándome y haciéndome doler. No me puedo mover. No puedo abrir los ojos.

Apenas puedo escuchar los pasos que se acercan apresuradamente a mí, pero eso es todo. *¿Por qué no me puedo mover?*

El ruido del motor de un auto ronronea, acelera y ruge hasta hacerse más y más débil para mi audición.

Mi mente aturdida intenta reunir suficiente fuerza para razonar y pensar, pero el cansancio que me invade en ese momento me lo impide de una forma dolorosa, mandando a todo mi cuerpo al vacío y luego regresarlo a la vida. Sintiendo cómo no puedo sentir nada. Ni mis piernas, ni mis manos... nada en absoluto.

El dolor interno viene y va durante unos segundos en los que es insoportable hasta que ya no lo siento. Dejándome sin vida desde los hombros hasta los pies.

Trato de abrir los ojos para al menos ver lo que pasa a mi alrededor, pero están pesados, muy pesados como para abrirlos. Es como si mi mente no pudiese mandar esa orden necesaria para que mis parpados se levantaran.

Mis oídos tapados reciben leves sonidos, algunos pocos y bajos gritos y maldiciones. Pero no más que eso.

El cansancio se va haciendo más y más grande, llamándome para que me una a él.

Sin ánimos de seguir resistiendo, me dejo llevar.

CAPÍTULO



Narra Damon.

—¡Pégale más duro, Furia! ¡Estás golpeando como una niña de cinco años! ¡Concéntrate y pégale duro al saco! —el hijo de puta de Rick me grita desde el otro lado del gimnasio.

—¡Te pegaré a ti un buen golpe si no dejas de joderme! —su jodida risa resuena por todo el gimnasio, dándome así más molestia. Sigo pegándole una y otra, y otra vez al saco frente a mí mientras intento aumentar mis fuerzas por más cansado que esté. Me está rompiendo malditamente el culo.

—No lo harás, Muchachote —se burla con ese maldito apodo creado por Nat. Hasta en mis tiempos de entrenamiento pienso en ella ¿Qué mierda me pasa? Nunca me pasó esto. Pero ahora, como si fuera por arte de magia, desde que ella apareció y me jodió en el instituto, estoy constantemente pensando en su presencia. Mi mente va sin siquiera pensárselo dos veces hacia ella. Pienso y sueño con ella. *¿Por qué malditamente sueño con ella?* Ninguna chica logró eso conmigo, pero Natalie solo tuvo que aparecer para conseguirlo. Con esa jodida boca con la que deseo unir la mía todo el tiempo, la cual también es un arma mortal para mí. Me retaba con palabras que me enfurecían, pero que a la vez me tenían en el cielo, excitado y puramente enojado.

Un ángel y un diablo juntos.

—¡Así se hace, Furia!

Mi mente vuelve al presente y me noto hervir por todos lados. Mi corazón late a mil voltios y estoy cada vez más agitado. No me detengo, le sigo

pegando al saco con la fuerza sacada de un lugar muy conocido. En el que solo Nat se encuentra. Siempre que mi mente divaga en ella, me olvido de dónde jodidamente estoy, con quién estoy y cómo me encuentro. Mis nervios se ponen a mil por hora y puedo llegar a hacer cualquier cosa con ella en mis pensamientos. Causa eso en mí. No me puedo alejar. Es como un maldito imán que me atrapa todo el tiempo.

Pero no me quejo. ¿Cómo me voy a quejar de algo que me encanta? Me gusta esa necesidad que crece en mí cuando Nat no está a mi lado. Porque sé que después de todo, ella vendrá a mí como yo siempre voy a ella. Hay algo en mí que me hace ir a donde ella esté, queriendo tenerla pegada a mi cuerpo en todo momento.

Mis instintos asesinos aparecen sin problema cuando alguien está acercándose a ella o hablándole siquiera. No lo puedo controlar. Nace y crece dentro de mí y explota cuando estoy con su presencia. Sé que no tiene la culpa, pero no lo puedo controlar.

Siempre me reprendo a mí mismo cuando esto la afecta a ella de cualquier manera, cuando se molesta por lo enojón que soy. Me enfurezco por no poder calmarme antes de hacer cualquier locura, no controlarme cuando debo.

Es divertida y lo que más espero siempre es el momento de dormir. Solo porque ella está junto a mí. Si la llamo, viene sin problemas. Lo que a la vez es algo espectacular y me hace sentir jodidamente bien porque sé que ella también espera ese momento. El momento en que se queda dormida en mi pecho, rodeada por mis brazos, respirando contra mí, queriendo estar conmigo, dándome el mejor sueño de toda la vida.

Sin mencionar que nuestros cuerpos son el complemento del otro. Nuestras bocas son como dos mitades separadas en el tiempo y ahora puestas en personas que son perfectas la una con la otra. Es extraño, pero es lo mejor que hay. Nunca pensé que sería tan malditamente cursi, pero mírenme ahora. Hablando de lo bien que me siento al estar con ella. No puedo pensar en nadie más, en nada más. Eso es lo que me hace.

Nat está en mi mente el cien por ciento del tiempo, de cada hora y minuto de cada día. ¿Por qué no me la puedo sacar de la cabeza? Ni siquiera puedo

estar sin su recuerdo cuando peleo. Me doy cuenta de que mi mirada va a ella en mis peleas inconscientemente y que sin ella viéndome, apoyándome a mí, solo a mí, no podré hacerlo. Ni ganar ni seguir adelante.

¿Cómo una persona puede cambiarte en tan poco tiempo? Pareciese como si fuera hace varios años que yo era la persona más fría del mundo. La más aislada, para nada social. Tuve que encontrarla para ser otra persona y darme cuenta de lo que era antes. Alguien sin vida, que solo sobrevivía por sus hermanas. Un monstruo. Las peleas solo me sacaban la frustración, el enojo y todo lo que tengo dentro. Los recuerdos constantes de lo que pasó siempre se me venían a la cabeza cuando veía a Elle. Intentaba alejarme de todo aquello estando días y noches libres en el gimnasio. Solo para sacar la ira que tenía dentro y vaciarla sobre algo, alguien o lo que fuera.

Lo necesitaba tanto.

Pero ahora con Natalie, no lo necesito. Ella es mi sustento. En lo que puedo ir para calmarme y sacar los pensamientos de mi cabeza. Mi escudo. Ella hizo que aprecie el boxeo, las peleas. Golpear y participar en todos lados, no para desquitarme y para pegarle a la gente, sino para disfrutar de lo que hago. Ahora me doy cuenta de que me gusta el deporte. Que no solo lo uso por mis ataques de ira y que solo para eso sirve.

¿Ven de lo que hablo? Podría pasarme días enteros hablando cosas de ella, cosas que me enorgullecen totalmente, cosas que me encantan, los efectos que tiene en mí esa boca suya, esos ojos azules que solo me miran a mí y me TIENEN que mirar solo a mí, ese cuerpo que no se esfuerza en nada por ser uno de los más hermosos y exóticos que he visto. Es hermosa y no se da cuenta de ello. Con ese pelo loco que tiene sobre su cabeza, con esas hondas que me arrebatan el aliento, ese culo tan redondo y perfecto, esos pechos...

Pero la maldita llamada de Rick me saca de mis pensamientos justo en la mejor parte de mis pensamientos. El jodido idiota se me acerca con pasos agigantados y me pasa mi celular. Paro de golpear el saco. Mi respiración está agitada y todo mi cuerpo suda con fuerza. Miro de quién es la llamada que me sacó de mis sueños, y me llevo una espantosa y horrible sorpresa. ¿Cómo mierda Carter consiguió mi número? Mataré al hijo de puta que se lo

haya dado. Lo odio por el hecho de querer estar con mi Natalie. *MI JODIDA CHICA. De MI única propiedad.*

Tengo tantas ganas de cortarle y no atenderlo, pero no lo hago, ya que tengo una curiosidad enorme. Mi primer pensamiento sobre esta llamada es que quiere decirme que se va a alejar de Nat y no se va a acercar a ella ni siquiera cuando esté en su casa. Eso causa una cínica sonrisa en mi cara.

Atiendo y me llevo el móvil al oído. Su respiración agitada no causa nada de preocupación a mi sistema. Me da alegría. ¿Y si le pasó algo? Dios, tendría el paso completamente libre a Nat y él no estaría en el camino para impedirlo. Pero la sonrisa de satisfacción se me borra cuando sus primeras palabras salen de su boca y perforan internamente todo a su paso.

—Damon... —la preocupación en su voz es evidente, puede que esté a punto de tener un paro cardíaco por lo que puedo notar—. ¡Es Nat! ¡Dios, la atropellaron!

Al instante siento cómo mi sangre sale de mi cuerpo y me tambaleo hacia un lado, como si sus palabras fuesen un puñetazo dirigido únicamente a mi corazón, diseñado solo para dañarme completamente. Un minuto después, puedo llegar a asimilar esa información, por lo que mi diablo interior toma las cuerdas de mi cordura y las dirige por mal camino, haciéndome tirar todo lo que tenga a mano, dejando caer el maldito celular al piso. Agarro lo primero que encuentro y lo lanzo hacia ningún lado en especial, descargando y tratando de alejar la rabia y la preocupación que crece en mi interior. Grito como nunca grité, maldigo a los mil demonios y rompo todo, lanzándolos a los aires y rompiéndolos contra las paredes y suelos. Puedo sentir cómo mi corazón comienza a ir más rápido con cada segundo que pasa y mis jodidos pensamientos no paran, creando así que la bestia interior que tengo, se junte con aquel diablo que tomó las riendas y comiencen la tercera guerra mundial en este gimnasio. No me importa.

No me puedo controlar. En mi mente solo hay un pensamiento. *Natalie. Ella está mal. La atropellaron.* Y es con eso que mi enojo aumenta. Puedo notar cómo Rick saca del lugar a todos los que entrenan aquí, pero no le presto atención. Él ni ellos me importan.

Sin darme cuenta, ya me encuentro pegándole duramente a la pared más cercana. No me importan los cortes que se me forman, la sangre que sale ni tampoco los sonidos de mis huesos romperse uno por uno. Puño tras puño, la pared se va agrietando, lo que me hace sentir una pizca mejor. Así es como me siento. Estoy rompiéndome como esta inútil pared. Mis brazos se tensan con cada movimiento brusco que hago, pero no siento molestia que llegue a alcanzar la que tengo en mi corazón. Una molestia devastadora y que me está matando desde dentro y se expande, llegando a mi piel y cortando todo a su paso.

Nunca me molesté tanto con un conductor estúpido como este día. Quiero matarlo a golpes y hacerlo sentir tal y como debió haberla hecho sentir a Nat en ese momento. *¿Cómo mierda pasó eso? ¿En dónde jodidos estaba Nat y por qué Carter estaba allí?*

Mierda. ¿Me está engañando con ese hijo de puta?

¡Me había dicho que se iba a ir a pasear con Chris! Nunca mencionó a Carter. Maldita sea, ahora estoy más furioso que antes.

Me doy la vuelta, queriendo encontrar más objetos a los que tirar, y me encuentro con Rick atendiendo mi llamada, con un dedo en su oreja disponible para escuchar mejor. Mi pecho sube y baja con molestia y desesperación, resoplidos frustrados y gruñidos salen de mí mientras intento reprimir el dolor interno. Duele como mil infiernos juntos. No puedo respirar bien y mi cabeza va y viene como si no tuviese otra cosa qué hacer. *¿Y si se encuentra muy grave?* No quiero pensar en eso. No ahora. Tengo que ser positivo. Ser positivo...

¿Cómo carajos voy a ser positivo en una situación como esta, en donde la vida de Nat peligra?

Mierda y más jodidas mierdas.

Rick habla desesperado, con los ojos muy abiertos y parado estático en el lugar. No queriendo mirarme, escuchando con atención a la otra persona en la línea.

Mis puños se aprietan y se abren, una y otra vez, queriendo agarrar más cosas para tirar. Descargar furia. Necesito pegarle a alguien.

Necesito descargar, tranquilizarme, todo al mismo tiempo.

Necesito a Natalie.

Gruño y rujo más maldiciones a los aires, queriendo matar al idiota conductor que la atropelló. Miro hacia los lados, desesperado. Necesito pegar, golpear. Liberarme de todo esto.

Busco el saco más cercano a mí, ya que con el que estaba se encuentra en el piso y no colgado del techo, y corro hacia él, pero la voz de mi entrenador me lo impide. Esa era la liberación que necesitaba.

—Damon, se están yendo al hospital en una ambulancia. Tenemos que irnos ahora si la quieres ver —me lanza mi celular y se dirige con rapidez hacia sus cosas, saca unas llaves y me mira, con esa mirada tan molesta y furiosa como la mía—. Estoy seguro de que llegaremos justo para cuando digan los resultados de cómo está. ¡Vamos!

Asiento y corro a la puerta, sin decirle nada a Estela, e ignorando su pregunta gritada.

—Tenemos que llegar rápido —mi desesperación se nota perfectamente en mi voz entrecortada. Si hubiese sido un niño, estaría llorando y pataleando, pero como me sé controlar, aunque sea un poquito ahora que sé que la veré de alguna manera, reprimo todo signo de llanto.

—Conduciré lo más rápido posible sin salirme del límite de velocidad. Si nos detienen, será peor y nunca llegaremos —trata de sonar calmado, pero sé que no lo está.

Maldigo a los hospitales por estar tan lejos de donde nos encontramos. Odio pensar que Nat estará sin mí. Sin saber que estoy con ella, porque no lo estoy. Me necesita, necesita mi presencia para ayudarla. Tal y como ella hace conmigo. Es mi ángel cuando lo necesito y no se queja de nada. Soy un niño perdido, como si necesitase de ella para vivir. *Y es verdad ¿Qué sería de mí si ella no me hubiese molestado en clase?* No lo sé, probablemente estuviera bajo la anestesia del alcohol por no poder seguir con la maldita cordura y los recuerdos, maldiciendo la vida de mierda que me dieron. Odiándome por no poder cuidar como se debe a mis hermanas.

—¡Bien, pero ve al límite! —rápidamente, nos subimos a su espectacular auto negro. Rick lo prende ni bien se sienta en el lugar del piloto y lo pone en marcha sobre las calles.

No presto nada de atención al camino, no puedo estar concentrado en nada. No me puedo distraer, no porque no quisiera, sino porque no puedo. Si Nat está constantemente en mi cabeza con el tan solo hecho de existir, ahora lo está el doble. Hiriéndome por su estado. *¡Está en el jodido hospital!* Todavía no puedo asimilarlo. No puedo creerlo. *¿Cómo carajos pasó? ¿Quién fue el maldito conductor?* Lo mataré si lo encuentro por algún lugar, y si no aparece por arte de magia, lo buscaré y lo cortaré en pedazos. Nadie toca lo que es mío y menos le hace daño. *No a Nat.*

No sé cuánto tardamos en llegar, pero se me hace eterno. Mi pierna se mueve sin mi consentimiento y mis manos sudan de una manera inexplicable. Puedo decir que la mayoría del recorrido estoy sin color en la cara, pensando en las cosas malas que le habría pasado a Natalie, pero como nunca me veo en el maldito espejo, no puedo asegurar nada. Rick me trataba de calmar diciéndome cosas positivas, pero eso no cambia realmente nada de mi estado de ánimo. Odio sentirme así.

Salgo del auto desesperadamente ni bien se detiene en un semáforo a unas tres cuadras, más o menos, del hospital. Lo bueno es que lo puedo ver a la distancia, por lo que si no, no hubiera sabido cuánto faltaba. No me importa que casi me hayan atropellado a mí. Escucho cómo Rick me llama y maldice cuando no le respondo. Solo sigo corriendo.

Paso los semáforos y cruzo las calles que me faltan, esquivando personas que obstruyen mi camino. Algunos autos me tocan la bocina, pero solo les saco el dedo medio y no paro hasta llegar hasta mi destino, con la respiración más que agitada y mi pulso palpitando contra mi piel caliente por la corrida. Jadeo en busca de aire un segundo y entro al lugar buscando con la mirada algún rostro conocido.

No le doy importancia a las miradas de reconocimiento de algunas personas o las confusas de otras. Bueno, no las culpo. No es muy visto que en

los hospitales los hombres vayan sudados completamente y tan solo en pantalones de ejercicio y zapatillas.

—¡Damon! —escucho a alguien gritar a mi derecha. Con esa voz dulce y aguda, ahora desesperada, de mi hermana. Me vuelvo hacia ella, con mi cara deformada por la preocupación y la intriga. Ella lo nota y corre hacia mí. No sé si eso es algo bueno o malo. No sé si quiere que la consolase porque Nat tiene algo malo o si es porque ella está bien. Se tira a mis brazos y la atrapo sin dudarle. La aprieto más contra mí y Emma se aferra a mis hombros desnudos. Sus lágrimas comienzan a deslizarse por mi espalda y es eso lo que me preocupa más. No intento apartarla, la dejo llorar sobre mi hombro y tranquilizarse antes de que mi ataque de preguntas la invada por completo. *Esto no es buena señal. ¿No? ¿Y si se encuentra en un estado crítico y no saben qué tiene?*

—Emma. ¿Cómo está? ¿Qué pasó? —mi voz se entrecorta, ahogada y asustada. Ella levanta la cabeza un poco y sorbe su nariz antes de mirarme a los ojos y encogerse de hombros.

—Ella... No sé, recién llego. Estaba con Sam y Chris lo llamó con el celular de Nat. Le contó un poco y vinimos casi corriendo. No sé lo que tiene. Lleva allí como una hora y no sabemos nada. Me estoy desesperando, ¿y si le pasa algo? Yo no quiero que le pase nada... Y-yo... —suelta un sollozo atragantado y esconde de nuevo su cabeza en el hueco entre mi hombro y cuello, aquel lugar que tanto le gusta a Nat. Ese lugar en el que siempre se esconde cuando estamos a punto de quedarnos dormidos y suspirar con satisfacción. Cargo a mi hermana como si fuese una niña de cinco años y ella me responde envolviendo las piernas en mi cintura, no queriendo despegarse. Sé que necesita a su hermano, pero creo que estoy peor que ella. Quiero jodidamente llorar. Me parte el alma saber que Nat está mal y que no puedo hacer jodidamente nada para que se recupere.

Camino con Emma a upa hacia todo el pequeño grupo. Sus hermanos se encuentran recostados incómodamente en sillas continuas, con las miradas preocupadas y los brazos cruzados, negándose a creer lo sucedido. Christian llora y se limpia con un pañuelo de abuelita las lágrimas no contenidas

mientras que se abraza a la cintura de su hermano para seguir con su agonía. Y bueno, su jodido hermano, Carter, está con la mirada perdida, la cara puramente seria y más que preocupada. Pero no se compara con la mía. Quiero ir a pegarle un jodido puñetazo en la cara, pero me contengo con todas mis fuerzas. No puedo armar un revuelo aquí y menos en esta situación estresante y tremendamente triste. Aparte de que pueden echarme por comportamiento indebido y no podré saber de Natalie. Lo fulmino con la mirada cuando paso enfrente y me siento a su lado, en la única silla libre, la cual creo que era la correspondiente de Emma.

Una vez sentado de una forma aceptable, ella se acurruca más en mi cuerpo mientras yo paso mi mano de arriba abajo por su espalda recubierta por una campera grande, la cual deduzco que es de Sam.

Suspiro y cierro mis ojos, intentando despertar de este asqueroso sueño y ver que nada es real. Que Nat no está en un jodido hospital y que nadie la atropelló. Pero no funciona. No es ningún sueño. Suspiro con la intención de calmarme y con la esperanza de que estará bien. Que no la afectó tanto como mi cabeza imagina.

—Damon... —murmuran a mi lado, pero no puedo girarme gracias a que tengo la cabeza de mi hermana en mi cuello. Pretendo no escuchar a Carter, quien me llama como dos veces más, pero a la tercera, ya me tiene harto. Tanto que le quiero dar un gran golpe en la cara. Gruño con los dientes apretados. Al parecer Emma se quedó dormida, por lo que no hago tanto ruido para despertarla. Sus respiraciones son lentas y calmadas, hasta el punto de que la envidia me llena. Ella puede dormir con todo esto pasando a su alrededor, pero estoy seguro de que yo no pegaré un ojo hasta saber de Nat.

—¿Qué quieres? —le pregunto susurrando con molestia mientras tapo a mi hermana un poco más con la campera de Sam.

—Tendremos que hablar de algo luego, ¿bien? —su tono es diferente al de siempre, el cual yo siempre que lo escuchaba, vomitaba en mi boca. Es un maldito chico tímido y que, con eso a su favor, mata a todas las chicas con su ternura. No más que yo, obviamente. Pero ahora es completamente serio, furioso. No sé por qué mierda me tenso en ese momento, pero lo hago. Al

parecer es algo importante lo que me tiene que decir. Nunca lo escuché hablar de esa forma tan personal. Siempre está nervioso, tímido y jodidamente sonrojado. Pareciera que, comparado a hoy, él no se tomaba nada en serio. Nunca estaba sin una pequeña sonrisa en la cara, lo noté por tanto observar a Nat y vigilarlo a él para que no la tocara o se acercara demasiado.

—Está bien.

—Pero lo tendremos que hacer en privado —me interrumpe. Hago un sonido parecido a la afirmación solo porque no quiero mover la cabeza para no despertar a Emma. Se ve tan tranquila durmiendo que me da pena despertarla, se preocupará y dejará toda esa ternura y serenidad fuera, remplazándola por la preocupación infinita. De reojo puedo ver cómo Sam me mira e intenta darme una sonrisa tranquilizadora, pero solo consigue que sea una mueca rara. Sé que él quiere estar con su novia en este momento en el que sabe que ella está mal, pero deja que esté yo en su lugar por alguna razón. Hace mucho tiempo que no estoy así con mi hermana. *¿Hace cuánto tiempo no nos abrazamos?* Ese sentimiento de ser un mal hermano aparece cuando esa pregunta se me viene a la mente. Ella está constantemente con Sam y yo con Nat. *¿Hace cuánto tiempo que no llevo a Elle a divertirse a algún lugar?* No soy ni fui uno de los mejores hermanos nunca, pero esto es vergonzoso. Debería ser el responsable de cuidarlas y hacerlas pasarla bien. Pero solo las aparto por querer estar con la persona que quiero. Sé que Nat ama a Elle, pero no siempre vamos a querer estar con ella. De todas maneras, me siento mal. Me reprocho a mí mismo por ser un mal tutor. Pero me preocupo por ellas todo el tiempo. Intento comprarles todo lo que quieren, pero sé que no es suficiente. Necesitan a su hermano, no a cosas materiales.

Y ahora es cuando se me viene a la mente una pregunta, ¿dónde está Elle? Miro alarmado hacia los lados, pensando en que estará sentada en el piso jugando a vaya saber qué cosa, pero no la encuentro. Por lo que comienzo a alarmarme. *Mierda, ya estoy mal por lo de Nat, ¿era necesario que mi hermana pequeña se perdiera?*

Miro asustado a Ty, quien me mira como si estuviese loco y con una ceja levantada, preguntándose qué mierda me pasa.

—Tyler, ¿sabes dónde está Elle? —le pregunto bajando la voz.

—Está con alguien llamado Fan, Fon... Fein...

—Finn —termino por él.

—Ese mismo —asiente y sonrío levemente—. Emma y Sam fueron después de las clases a buscarla a la casa de Finn porque él tenía algo pendiente, tuvieron que cancelar su cita por ella... —se ríe—, luego fue a nuestro departamento con ella e hicimos la merienda. Pero tuvimos que llevarla con él de nuevo cuando nos enteramos de lo que le pasó a Nat. No te preocupes, ella está bien —asiento en agradecimiento. Me relajo un poco en mi asiento y sigo con mi trabajo de pasar la mano por la espalda de Emma. Sé que a Finn no le molesta para nada estar con Elle, pero no puede siempre estar cuando lo necesitamos. Él tiene una vida con Julieta y no los quiero molestar. Somos una carga triple para ellos, pero nunca se quejaron. Solo nos miran con cariño y nos aceptan cada pedido.

—Gracias.

—No hay de qué —sonrío y vuelve a acomodarse como antes lo hacía. Agradezco que no intentara seguir hablando. No puedo hablar ahora.

Rick entra por la puerta del hospital con la respiración agitada. Los ojos bien abiertos y alarmados. Viendo a todos los lugares. Despego la mano de la cintura de mi hermana, pero sigo acariciando su caja torácica con la otra, y le hago unas señas para que se acerque. Sus hombros caen junto con un suspiro y camina lentamente hacia nosotros, trayendo con él una silla que encontró en el camino y colocándola junto a mí.

—Tuve que estacionar a unas cuadras de aquí porque no había lugares disponibles. ¡Estaba repleto! —se queja con voz controlada y baja—. ¿Dijeron algo? —niego con la cabeza. Él, aunque no la haya conocido por mucho tiempo, la quiere. Se le nota a la hora de hablar con ella en el gimnasio. Siempre quiere demostrar que es el jefe, pero todos los malditos hijos de puta del gimnasio y yo sabemos que él no puede serlo junto a Natalie. Es imposible para todos. Su encanto te lo prohíbe sin darte cuenta, y luego te encuentras sonriéndole con adoración.

—No, todavía nadie salió para decirnos una mierda —refunfuño con molestia. Estoy impaciente por saber qué tiene y poder verla. Quiero besarla en los lugares afectados por horas, con la esperanza de que así se le pasará el dolor y las cicatrices que de seguro tendrá.

—¿Cómo es que pasó?

—No lo sé, se lo tengo que preguntar a Carter.

—Me dijiste que Nat iba a salir con Chris. *¿Por qué Carter estaba allí?*

—Nunca mencionó nada de Carter, pero él me llamó para avisarme, como verás.

—Fui con Christian. Él insistió, y como luego Nat y yo teníamos que ir a trabajar, pensó que podríamos ir juntos —se entromete el estúpido para defenderse.

—¿Por qué aceptaste si sabes que no tienes que acercarte a ella? *No-te-quiero-con-ella.*

—Deja de ser así, Damon. Todos sabemos que estás obsesionado con Natalie, y que ella está colada por ti, deja de protegerla de mí. Entiende que si ella está con alguien en alguna relación, yo nunca haré nada para conquistarla. Pero si por alguna razón se pelean y se separan, no dudes en que lo aprovecharé —dice Carter, haciendo que mi sangre bulla.

Gruño en el fondo de mi garganta y le grito maldiciones internamente.

—No nos separaremos, tenlo en mente.

—Como tú digas.

—¡Alto, dejen de discutir! No es una buena ocasión para las peleas estúpidas que tienen —espeta Rick con cabreo—. Carter, ¿qué fue lo que pasó? —el susodicho mueve la mandíbula y esta cruje en protesta.

—Nos íbamos a encontrar en la plaza cerca del instituto a donde ella va, porque no teníamos auto para ir directamente allí a buscarla. Ella nos propuso encontrarnos allí y la esperamos. Estaba corriendo hacia nosotros con mucha alegría. Se le notaba feliz. Siempre está así cuando se junta con Chris, no se le puede sacar la sonrisa que tiene pegada en la cara. Estaba cruzando la calle

frente a nosotros y de la nada un auto dobló la esquina y la atropelló. *De. La. Nada.*

—¿Eso es todo? —preguntamos a la misma vez el entrenador y yo. Carter niega de un lado a otro la cabeza.

—Lo peor de todo es que el auto no se detuvo al verla, aceleró hasta el máximo para atropellarla y luego irse como si nada hubiese pasado. La dejó tirada en el suelo. ¡Dios! Le salía sangre de la cabeza. *¿Sabes lo jodido que se veía todo?* La destrozó. Ella estaba en una posición subnormal. No se movía —su voz comienza a ser furiosa, la mirada perdida me asegura que está recordando el momento vivido. Sus reparaciones comienzan a ser más rápidas por la furia—. Tuve que llamarte a ti y Chris llamó al hermano. Estábamos desesperados. La ambulancia tardaba cada vez más y la sangre que salía de Nat no paraba. Pareció como si hubiesen tardado una eternidad en llegar. Yo estaba tan inmóvil en mi lugar por el shock. No podía prestar atención a nada. No me lo creía.

—¿Pero al menos respiraba? —mi pregunta lo saca de sus pensamientos y hace que volviera su mirada a la mía.

—Por lo que sé, sí. Estaba viva —asiento y me quedo en silencio, procesando toda la información nueva. *Mataré al responsable. Lo juro. De alguna forma u otra. No me importa si tardo años o días en hacerlo, lo destrozaré sin piedad.*

Dejo que conversen de cualquier cosa que no me importa escuchar y recuesto mi cabeza en el respaldo de la incómoda silla, apretando más contra mi cuerpo a Emma para evitar que se cayera. Algunas personas pasan por enfrente y se me quedan mirando, algunas con reconocimiento y muchas otras con confusión, tal y como lo hicieron cuando entré.

Cierro mis puños cuando me vienen de nuevo algunas imágenes del momento en que la atropellaron. Pero un dolor en mis puños me impide cerrarlos. Miro hacia abajo y me los encuentro morados e hinchados. ¿Cómo no me pude dar cuenta antes? Duele como ochocientos infiernos juntos y no me di cuenta. *Acaricié a mi hermana y no lo sentí.* Se nota que no le prestaba atención a nada que no tuviera que ver con Nat, porque en serio, duele mucho

como para no notarlo. No las tengo rotas porque si no, no las podría mover, pero tendré que estar algunos días sin golpear algo. Por alguna razón, eso me alegra. Podré estar con Nat y con mis hermanas como se lo merecen. Podré entrenar el doble para las peleas cuando me recupere.

Se sienten pesadas contra mis costados y las levanto frente a mí para verlas mejor, dejando que mi hermana se apoye contra mi brazo. En algunos lados de mis dedos hay manchas rojas y cortes de tanto pegarle a la pared. Pero tengo que admitir que me ayudó un poco golpear cosas duras.

Rick nota el estado de mis manos y maldice antes de pararse y dirigirse a una mujer de mediana edad con el uniforme de enfermera. Es regordeta, con una sonrisa tan grande y brillante que ahora se la quiero borrar. ¿Cómo puede estar con una sonrisa en un lugar tan frío como este, rodeada por personas con problemas de algún tipo?

Ella asiente y se va hacia una puerta cercana, para luego salir con algo envuelto en papel y se lo entrega a Rick. Él se despide con una sonrisa agradecida y vuelve hacia nosotros. Me tiende el papel que envuelve el hielo y yo me lo pongo en mis manos, juntándolas y dejando que el frío haga su trabajo en las dos manos al mismo tiempo, ya que es bastante grande como para abarcar las dos. Puedo sentir lo congelado que está, pero no me quejo. Me hace bien y no me lo sacaré. No quiero empeorar y tirar el campeonato a la mierda. Es importante para mí.

Minutos después sigo viendo cómo el hielo se va derritiendo y mojando los papeles. Pero un doctor con el pelo atado en una cola de caballo que sale de una gran puerta, hace que levante mi vista y me concentre en él, con el corazón atascado en mi garganta y con temor de saber qué es lo que le pasa a Nat.

Él llama a la familia Lawler y los hermanos de Nat se paran instantáneamente, con los ojos abiertos como platos y tragando fuertemente algún nudo atorado en sus gargantas. *Y demonios, lo hacen al mismo tiempo. ¿Cómo es eso posible?*

Al verlos levantarse así, Chris y Carter se sobresaltan y también se paran, haciendo que Rick lo haga también y yo con Emma en mis brazos,

lentamente nos incorporemos. El doctor frunce el ceño con confusión pegada en la cara y mirándonos a todos. Dejo caer en la silla en la que me senté el hielo a punto de derretirse por completo y agarro fuertemente a mi hermana para que no se caiga.

—¿Quiénes son los familiares de la señorita Lawler? —pregunta pasando la mirada de nuevo por todos.

—Somos sus hermanos —responden los gemelos al mismo tiempo, desconcertando al doctor y causando por un leve segundo una mirada divertida en sus ojos. Pero luego se vuelve seria y profesional. Se acerca a ellos, pero habla fuerte como para que todos nosotros logremos escucharlo.

—Bien, la señorita Lawler sufrió un fuerte golpe en la cabeza, pero no es nada riesgoso. Le tuvimos que dar puntos para cerrarle la herida abierta en la parte posterior, detrás de la oreja y también en la parte superior del hombro, sin mencionar que tiene varios moretones comenzando a formarse por algunos lugares de su cuerpo. Se encuentra bien y está recuperándose. Está mejor de lo que nos esperábamos con la descripción de lo sucedido. Pero la mala noticia es que tiene el brazo roto. Tiene puesto un yeso para dar apoyo y proteger los huesos. Ayuda a que los huesos rotos que tiene, sanen manteniendo los extremos que se han roto juntos y lo más derechos posible. También ayuda a aliviar el dolor y la hinchazón y evita que el área lesionada se haga más daño. ¿Alguna pregunta?

—¿Cuánto tiempo lo tendrá puesto? —pregunta Chris dando un paso hacia el doctor.

—Durante algunas semanas. Le diré cuándo tiene que venir para que vea si se le hincha el brazo o no. Si está hinchada, tendré que ajustársela durante unos días. Tendrá que seguir usándolo hasta que se le baje la hinchazón y un par de días más. Yo le diré cuándo se lo podrá sacar. ¿Alguna otra pregunta más?

—¿Podremos pasar a verla? —no puedo evitar preguntar. Estoy muriéndome por verla y abrazarla. Tenerla contra mí y saber que está bien, lo más bien que se puede estar en estas ocasiones.

—En unos minutos les avisará la enfermera. Ella está dormida, pero se despertará pronto. Ahora, si no hay más preguntas, me retiraré.

Y como dijo el doctor, a los minutos vino la misma enfermera de mediana edad que le dio el hielo a Rick a avisarnos de que solo cada dos personas podrían entrar a verla.

Quise pararme lo más rápido posible e ir corriendo hacia su habitación, pero al parecer sus hermanos tenían la misma idea porque se levantaron rápidamente y prácticamente corrieron para estar junto a la enfermera. Dejé que pasaran ellos a verla, y luego iría yo. Desperté a Emma y le dije lo que dijo el doctor, resumiéndolo obviamente. Su cara se relajó y dejó caer sus hombros, como si se estuviese liberando de un gran peso. Hizo lo mismo que yo había hecho al saber que está bien, por decir algo.

Cuando Tyler y Sam salieron del cuarto, me levanté de un salto y corrí lo más rápido hacia allí, esquivando a las otras enfermeras que se quejaron de mi velocidad, diciéndome que no se puede correr. Las ignoré y entré a la habitación.

Ahora, mi mirada se dirige al cuerpo recostado en una cama blanca, con cobertores del mismo color al igual que las paredes. Sus ojos se encuentran todavía cerrados, su cuerpo cubierto por la bata asquerosa y fea del hospital le queda de maravilla. Todo le queda bien. Hasta con moretones se ve perfecta allí tendida. Tiene raspones por algunos lugares de la cara que están cubiertos por algún tipo de crema reparadora, sus brazos están colocados a sus costados mientras descansa. Me la quedo mirando, aguantando el aliento y revisando todas las marcas visibles de su piel. Cada una creando más dolor en mi pecho. Son como clavos enterrándose profundamente por todos lados, sintiendo su dolor como si fuese completamente mío.

Me acerco a ella y tomo su mano con la mía lentamente, ya que todavía me duele como la mierda, llevándola a mi boca y besándola. Su suave piel causa un cosquilleo en mis labios, tal y como siempre pasa cuando la toco. Se encuentra fría, pero su piel sigue siendo tan suave y perfecta para mí. Sus respiraciones son lentas, y su boca se encuentra entreabierta, tentándome a tomarla allí mismo y devorarla. Pero me contengo. Me gusta besarla como si

mi mundo dependiese de eso, pero me gusta aún más cuando ella me corresponde de la misma manera feroz. Ahora ella no puede, por lo que me inclino y dejo un corto y casto beso sobre esas tentaciones levemente rosadas. Sus labios siempre fueron mi perdición. Son deliciosos y espectaculares, con una forma ideal y que se ajustan fácilmente a los míos.

Quiero volver a besarla, pero el sonido de la puerta abriéndose me lo impide. Sin dejar caer su mano, giro mi cabeza hacia Carter, quien la cierra y se acerca a mí. Gruño por la interrupción y él levanta la mano para detener cualquier insulto que llegase a salir de mi boca. Pasa la lengua por sus labios con puro nerviosismo antes de mirarme fijamente e igual de serio como lo estaba antes.

—Fue Matt —dice de repente, helándome hasta la sangre. Frunzo el ceño.

—¿Cómo mierda sabes eso?

—Oh, vamos. ¿Quién más tiene un auto rojo fuego último modelo que en la parte posterior tiene un gigantesca m de plata pegada? —mi mandíbula cruje y suelto la mano de Nat para pasármela por el cabello, olvidándome que me duele, y tragar saliva.

—¿Cómo es que supo que ella...?

—Ni idea, puede ser que la haya investigado o seguido. *No lo sé.* Solo te lo quería decir. Querrás vengarte del causante de todo esto, por lo que yo te digo quién fue. Me podría vengar yo, pero como verás, yo soy apenas un novato en esto, Damon. Hazlo por ella. Yo lo hubiese hecho. Le cortaría la garganta con cualquier cosa que tuviese a mano. Pero estoy más que seguro de que él me vencería. Pero a ti no, y menos cuando sabes que él fue el que hizo esto. Te diría suerte, pero no la necesitas —luego de eso, sonrío levemente, le echa un vistazo a Nat para ver si está bien y se va sin decir otra palabra ni mirarme.

Sabía que el maldito de Matt haría algo contra alguien. Ya intentó violarla una vez, le pegó y estoy muy furioso por ello. Llegó a ella porque no la cuidé bien, y no me di cuenta de que él de seguro la estuvo siguiendo o vigilando. O puede ser que fuese alguno de sus guardaespaldas que su *papi millonario* paga quien le haya hecho esto.

No me importa, solo lo mataré de a poco, disfrutándolo tanto que hasta me reiré en ese momento. Lo hace por miedo a perder, lo sé con certeza. Está consciente de que no puede contra alguien como yo, por lo que intenta sabotearme con hacerle daño a alguien importante para mí para que yo caiga. Pero no lo haré. Seguiré adelante por Nat, sé que ella no querría que dejara que él ganara y lo dejara pasar. *No lo haré.*

Agarro de nuevo la mano de Natalie y la aprieto dulcemente, con promesas no dichas y confianza. Mirándola atentamente y diciendo lo que haré, *jurándoselo con mi maldita alma.*

—Me vengaré, Nat. Te lo aseguro. *Solo por ti.*

Matt se metió en serios problemas. *No sabe contra quién está peleando.*

CAPÍTULO



Narra Natalie.

Estoy cayendo. Rebotando de escalón a escalón en las escaleras gigantes de madera. Rodando y rodando sin parar, sintiendo los dolores en todas partes de mi cuerpo, escuchando cómo cada parte de mí se destroza internamente, los sonidos sordos que hace mi cuerpo al chocar contra todo, hasta llegar al frío y duro suelo, golpeando sin poder evitarlo mi mejilla contra la madera. Mis débiles manos no sirven para nada, se encuentran blandas, frías y pesadas. Todo un peso muerto, sin vida, así como todo mi cuerpo. Los dolores se intensifican por la caída, siento cómo los rasguños se abren más de lo que ya estaban y sangran a mares, mi piel se marca fácilmente con cada golpe y todo mi ser zumba por querer salir corriendo. *Pero no puedo.* No tengo fuerzas. Estoy casi en el olvido, en una fina liniera que divide la vida con la muerte. Y yo estoy justo en el medio, tambaleándome.

Mis ojos se nublan y se cierran sin mi consentimiento a la vez que los pasos se acercan a mí. Intento con la poca fuerza que tengo abrirlos, teniendo aun la esperanza de salir viva de aquí. Salir de este tormentoso momento en el que mi vida ya peligra. *Desde que lo conocí mi vida peligra.* Pero nunca supe las razones por las que él me quería. No me daba cuenta solo porque lo quería. Lo quería tanto que ni yo misma procesaba nada de lo que había a mi alrededor. De lo que pasaba. De lo que insinuaba. Solo tenía ojos para él. Para nosotros.

Pero durante el paso del tiempo, cambió radicalmente. Comenzó a ser desesperado y lleno de frustración. Con ataques de ira incontrolables que causaban que mi miedo saliera a la luz y quisiera escapar. *Pero no lo hacía. No podía.* Me quedaba intentando controlarlo, pero no servía si no tenía una botella de vodka en mis manos.

Mi aliento se atasca en mi garganta cuando siento cómo algo me golpea con una fuerza poderosa y dolorosa en mis costillas. Una y otra vez, lo que me hace dar cuenta de que ellos ya están junto a mí. Divirtiéndose con mi agonía y deleitándose con mi cuerpo magullado. Seguro sonriendo como si de un cumpleaños se tratara. Jadeo en busca del aire escapado e intento respirar lentamente cuando los dolores aumentan por aquel acto desesperado. Aprieto mis ojos juntos, no queriendo seguir con esta tortura que nunca merecí ni merezco.

Están locos. Siempre lo estuvieron. No debí confiar en ninguno de los dos. Pero soy tan idiota que no le hice caso a la vocecita interior que me alertaba de que algo malo iba a pasar y aquí estoy, casi muerta. Él me gustaba tanto, lo adoraba con mi alma y no me daba cuenta de las cosas, pero ahora lo odio. *A los dos.* Con todo el corazón. Los aborrezco y me avergüenzo por ellos. Solo quiero olvidar y seguir adelante, pero me lo impiden. Quieren que haga algo que nunca consideré bueno para mí. Ni siquiera me pasó ese pensamiento por la cabeza de hacer algo como eso. No soy de esas chicas. Me querían usar y miren lo que tengo por negarme a hacer todo lo que ellos deseaban. Pero prefiero estar así antes de estar en un lugar en el cual yo sería solo un rehén. Una marioneta sin alma y con hilos manipulando mi cuerpo.

Escucho sus voces, pero no entiendo qué dicen. Mi cabeza no puede procesar nada que sea exterior. Solo está pendiente de mi cuerpo y cordura.

Mi cerebro palpita como mil demonios y no me deja pensar. No puedo buscar salida en mi propia casa solo por el hecho de que no puedo recordar en qué parte estoy tirada. Sin mencionar que no sirvo para caminar y menos correr. No sé dónde se encuentra la cocina, no sé dónde está la sala de estar, no sé dónde está la puerta que me lleva a la libertad.

¿Estará a la izquierda o a la derecha?

No lo sé, y eso me desespera más.

Mi casa es enorme, por lo que dudo que pueda llegar a la puerta sin que ellos me atrapasen. Maldigo por aquello. Nunca me gustaron mucho las casas grandes y ahora menos. Son como una trampa mortal cuando se trata de escapar por tu vida.

Intento removerme lejos de sus golpes, pero esa no es la mejor idea que ellos tienen para mí. Puedo sentir cómo un cuerpo se posa junto a mí, acercándose lentamente y posando sus manos en mi cuerpo. Tiemblo internamente, sintiéndome sucia y tonta. ¿Cómo es que pude confiar en él, sentir algo por este engendro mal nacido?

Luego, como un acto inesperado, mis ojos se abren un poco para llegar a ver algo que me hace imaginar y pensar en cómo será el cielo. Estoy muy cerca de irme. Esa arma que lleva en las manos hará que, en menos de un segundo, vea las estrellas, el infinito y la galaxia. Me matará sin pensarlo dos veces, junto a aquel chico que tanto me cautivó en un momento mirándome fijamente con una sonrisa bailando en sus ojos.

Esos malditos ojos que consiguieron que de primera mano cayese a sus pies.

Y luego, un disparo, después otro y otro más le siguen, el sonido retumbando en la soledad de la casa. Creando un eco a mi alrededor, destruyendo mis esperanzas de vivir y alejarme, de volver a ser la misma chica sin miedos que antes era, *antes de conocerlo*.

Pero sé que, luego de hoy, no volveré a ver la luz del día.



Gimo en voz alta, sintiendo cómo mi pecho retumba con mis sollozos estruendosos y mis gritos. No sé lo que hago hasta que me doy cuenta de que era yo la que estaba creando este alboroto. Mis ojos siguen cerrados, no queriendo ver nada a mi alrededor, fingiendo que sigo dormida. No quiero ver ni saber lo que pasa a mi alrededor. No quiero sufrir más.

No lo merezco. Nunca lo hice.

Mi cabeza no hace más que quejarse por los movimientos bruscos que hago al moverme de un lado a otro, pensando en que estoy aprisionada y sin salida. Intentando escapar de lo que sea que me agarra y me lo impide. Me quiero ir, olvidar. *¿Por qué no me dejan? ¿Por qué me retienen? ¿No ven que me hacen mal?*

Cada recuerdo e imagen de aquel día me persiguen y dudo que me dejen en lo que me queda de vida. Es una parte que quiero dejar atrás. *¿Para qué sirve vivir con ello? Solo me atormenta cada maldito día. Me encantaría congelar todo aquello y romperlo con un martillo. Pero sé que no me podré librar ni siquiera yendo a terapia. No estoy loca. Nadie me puede arreglar, no pueden arreglar nada de lo que pasó, solo me darán excusas y más excusas que no sirven de nada. No lo necesito. Me hará peor.*

—¡Natalie, basta, estoy aquí! —una voz desesperada y extremadamente familiar me habla, pero lo siento tan lejano que no reacciono a sus llamados y sigo con mi maldito tormento, reviviendo, recordando y llorando, con mis gritos y súplicas.

No me puedo controlar, todo esto me supera, dejando tirada a mi cordura y dejando que mi cabeza tome el control de mí. Escucho de nuevo esa voz grave, pero ahora está mucho más cerca de mí. Distingo quién es e intento acercarme más a su voz, tratando con todas mis fuerzas de alejarme de lo malo e ir hacia lo bueno, hacia unos brazos que de seguro me abrazarán cuando despierte es esta pesadilla. Alguien que sé que me quiere de verdad y que no me querrá usar para su beneficio y despreciarme como si no fuese nada más que un objeto con el que jugar.

Para mi suerte, esa nube negra y deprimente que me rodea con todo mi pasado, se dispersa y se aleja de a poco de mí, desenvolviéndose de mi cuerpo y perdiéndose en la distancia. No entiendo cómo, pero una carga enorme se va con aquella sombra. No digo que todo se fuera, pero al menos lo hizo una parte. Sé que volverá en cualquier momento cercano, pero aprovecharé el tiempo para distanciarme de los recuerdos que se me aparecen de la nada. No los quiero conmigo.

Respiro una bocanada de aire y me incorporo desorientada en mi asiento o en lo que quiera que esté sentada, pero unos brazos me lo impiden. Me llevan con delicadeza y lentitud de nuevo al cómodo lugar en el que estaba recostada. Aturdida, perdida y extrañada, miro hacia los lados con dificultad y me encuentro con los azulados y preocupados ojos de Damon cerca de los míos, mirándome intensamente con horror y alivio.

El único que puede sacarme de alguna pesadilla como esa es él. Lo sé ahora. Es como mi escudo contra el mal. ¿Cuántas veces logró que no pensara más en mi pasado? Un centenar de veces estuvo conmigo y me hizo reír cuando estaba deprimida hasta el punto de no saber ni la hora. Se queda a mi lado sin preguntarme nada ni algo por el estilo. Es único y me encanta que lo sea. Está hecho para mí, no lo cambiaría por nada en el mundo. Es el chico que me aleja de la realidad y me lleva a un lugar de ensueño, que hace que el mal se vaya corriendo ni bien nota su presencia y no aparezca hasta dentro de días o semanas.

Me lo quedo mirando de igual manera, lo borroso de mi vista impidiéndome verlo por completo. Las lágrimas siguen cayendo ahora silenciosas y los sollozos de a poco se van calmando al darme cuenta de que estoy bien y que él está conmigo, rodeándome con sus fuertes brazos y acunándome en su duro y acogedor pecho. Su aroma me embriaga y cierro los ojos, disfrutando de su cercanía, compañía y calor. La paz que me llena no se compara con nada que haya sentido en toda mi vida. Él me protegerá de todo. No dejará que nada me pase.

Y allí, cuando en un mínimo y leve movimiento de mi cabeza para apoyarse en su pecho, me doy cuenta del dolor insoportable que tiene mi cuerpo. El ardor en mi piel, los pinchazos fuertes que me atacan con los pocos movimientos que hago para removerme y colocarme mejor en la cama de hospital.

¿Qué mierda me pasó y por qué me duele todo?

La parte del costado de mi cabeza se siente como si le hubiesen prendido fuego y luego golpeado millones de veces como si no hubiese fin. Cierro los ojos al no poder soportar el dolor y rezo para que se vaya. Pero no lo hace,

sino que aparece en otros lugares de mi cuerpo. Me siento pesada y entumecida en mi lugar. No me quiero mover, ya que todo me dará vuelta, más vuelta de lo que ya está.

Mis costillas gritan con horror y agonía, pidiendo con desespero ser liberadas del espantoso y fuerte dolor que se instala de repente allí.

Mi respiración se vuelve rápida y aprieto más mis ojos y manos sin saber qué más hacer. Puedo escucharme jadear y gemir en protesta y a Damon apretarme más contra su cuerpo, pero no puedo, me duele mucho todo.

Otro sollozo se escapa de mi garganta, pero es silenciado por los desesperados labios de Damon, algo que vuelve loca mi cabeza y hace que duela más. Muerdo su labio inferior sin poder evitarlo

Suelto un pequeño grito, lo que lo aturde más y hace que sus ojos busquen algo que me ayude.

—Damon me duele todo —me quejo y lloro más, dejando que las lágrimas saladas y calientes rodaran por mis sonrojadas mejillas.

—Y-yo llamé al doctor hace unos minutos cuando empezaste a gritar, ya estará por venir y te dará algo —su voz se entrecorta y sus ojos transmiten el tormento que siente al verme así. Lo conozco como la palma de mi mano como para saber lo que siente con solo mirarlo a los ojos, pero a la vez, no conozco mucho de él. Hay cosas que me encantaría saber, pero sé que no me lo dirá en un futuro cercano.

Justo en ese momento, como si estuviese espiando desde afuera de la habitación, el doctor entra; vestido con la típica bata blanca y la libreta con anotaciones en las manos. Su cabello es de un color entre rubio y blanco, es largo y lo lleva atado en una cola de caballo, está en la edad de cincuenta años, pero su forma y postura lo hacen ver hermoso y más joven. Pero no es nada en comparación a la hermosura juvenil y única de Damon. Nadie es como él, con sus cambios y enojos, con sus ataques de ternura y su cariño.

Los ojos negros del doctor se posan en los míos que solo transmiten como me siento. Dolida en todos los lugares, como si me estuviesen desgarrando por dentro.

—Te daré unas pastillas para disminuir el dolor. Me sorprende que no te encontraras peor de lo que estás. Tan solo son dolores y molestias, ¿no? —asiento como puedo—. Bien, te sentirás un poco mejor en algunas horas. Tendrás que descansar. Fue un fuerte golpe el que te diste y al ver cómo tenías el brazo, todos pensamos que estaría en un estado peor. Tienes suerte, niña —comenta caminando hacia un lado de la habitación blanca y abriendo un cajón de madera pequeño. Frunzo el ceño al escuchar lo último. ¿Mi brazo en el estado en que lo encontraron? ¿Qué mierda...?

Y es allí cuando noto el yeso duro cubriendo mi brazo izquierdo. Lo veo con detenimiento; va desde mi codo hacia mi mano, dejando unos agujeros abiertos para mis dedos. ¿Cómo es que no lo noté antes? Es una gran molestia tenerlo allí, sin mencionar que pesa mucho y que dudo que mi brazo pudiese mantener todo ese peso en el aire durante mucho tiempo. Necesitaré uno de esos pañuelos que se pasan por mi pecho hasta el hombro contrario para dejar que el brazo esté suspendido.

Duele, pero no tanto como la cabeza y las costillas. No es nada parecido. A mis costillas creo que les pegaron con miles de martillos, o así es como lo siento, y a mi cabeza la estamparon repetidas veces contra la pared hasta dejarla rota en todo sentido. Es muy intenso el dolor, solo espero que la jodida pastilla que el doctor me tiende ahora, me haga efecto, no podré soportar el dolor durante mucho tiempo.

Me tomo la pastilla y dejo el vaso de agua fría que Damon me pasó para tomármela en la mesita junto a mi camilla. Damon se sienta a mi lado como si no me quisiera dejar nunca y me agarra mi mano enyesada. Por suerte, mis dedos descubiertos pueden sentir su piel cálida.

Las mariposas conocidas se hacen presentes ni bien el doctor —del cual no sé el nombre— se va y nos deja solos de nuevo. Con un suspiro, me dejo acomodar en la camilla para al menos descansar un poco más. Estoy agotada, física y mentalmente. No me acuerdo lo que pasó, pero de seguro me acordaré en algunas horas, cuando mi mente no esté llena de pensamientos sobre Damon.

Noto cómo los cayos de sus dedos me raspan la piel, pero no me molesta, al contrario, me gusta sentirlo. Su piel sigue siendo suave y sus dedos largos y grandes. Pero antes no tenían estos cortes y magulladuras que ahora tienen. Lo miro con extrañeza. ¿Qué mierda le pasó y por qué tiene las manos en este estado?

—Damon... ¿cómo te hiciste esto? —nota la preocupación en mi voz y baja la mirada hacia nuestras manos juntas. Pero se queda callado, no me quiere decir o no sabe cómo... Es imposible ver lo que piensa, ya que se cerró como una roca y no transmite nada de nada.

—No importa —susurra siguiendo con sus caricias que me vuelven loca y me distraen tanto que hasta tengo que reprocharme mentalmente por no poder concentrarme ni cinco minutos sin pensar en tirarme a sus brazos y besarlo con tal intensidad que lo dejará mudo por una semana.

—Damon, no mientas. ¿Cómo te hiciste esto? Parecen recientes, ¿te metiste en alguna pelea? —él gruñe con frustración contenida y me mira, su mandíbula tiembla y su mirada intensa se encuentra con la mía.

—No me peleé con nadie. Una pared se interpuso en mi camino y la golpeé —contesta a duras penas.

—¿Por qué la golpeaste? —confusión aparece en sus ojos zafiros y yo me siento estúpida en aquel instante.

—¿Puede ser por el hecho de que me llamaron en medio de un entrenamiento diciéndome que te atropellaron? ¿O que el idiota que me llamó no fue Christian, sino que fue Carter? —¿Atropellaron? ¿Carter llamó a Damon? Demonios, no entiendo nada. ¿Cuándo hubo un accidente de auto? ¿A mí?

Intento ignorar la punzada de dolor que mi cabeza tiene cuando trato de procesar lo que me dijo. Nada se me viene a la cabeza de algún accidente, pero de seguro, cuando las pastillas me hagan efecto, me acordaré.

—Damon, no me acuerdo —susurro por lo bajo, casi inaudiblemente gracias a la vergüenza. ¿Quién mierda se olvida de un accidente de auto? ¿Y más cuando la atropellada era yo? Bien, sí, me duele mucho la cabeza, pero

eso no es excusa. Tengo que acordarme de algo, aunque sea un detallito. Pero no, no hay rastros de un accidente.

—Nat, solo sé que te atropellaron y que Carter me llamó mientras que Christian lo hacía a tus hermanos —sé que falta información, pero no puedo presionarlo. Si es que hizo lo que hizo, de pegarle a una pared solo por escuchar que me atropellaron, no puedo imaginar lo que hará con respecto a la información faltante. No me lo quiere contar, yo lo tomo como si me estuviese protegiendo de algo por no decírmelo. Lo entiendo. No me importa tanto, la verdad, solo no quiero que se carcoma la cabeza con algo que ya pasó. Se rompió las manos por mi culpa. *¿Qué pasará con el campeonato? ¿Cuándo sanará?*

—¿Y qué pasa con el campeonato?

—Solo serán un poco de puntos perdidos, nada que no se pueda arreglar en una pelea, Nat. No te preocupes por mí. Me alegro de poder tener unos días fuera del gimnasio —bueno, eso sí que es un punto a nuestro favor. No pasamos muchos ratos juntos, sin mencionar en el gimnasio o en la cama antes de dormir. Me encantaría estar mucho más tiempo con Damon, juntos abrazados mientras vemos una película o haciendo cualquier cosa. Necesito más de sus besos para recuperarme. Esa era mi excusa para hacerlo quedarse un poco más conmigo si él tenía que irse a ejercitar y entrenar. No me alegro mucho por sus nudillos y manos, me da pena y la culpa me llena al verlos en ese estado, pero soy egoísta y prefiero pensar en las cosas positivas de esto. Lo tendré todo para mí durante su recuperación—. Pasaré más tiempo contigo... —susurra aquello suavemente en mi oído mientras luego lo muerde con delicadeza y pasa la lengua por ese mismo lugar.

Una corriente eléctrica y extraña me recorre de arriba abajo. Un fuego repentino me llena desde dentro, quemando mi piel y causando cosas extrañas en mi estómago. No son mariposas, eso lo sé, son cosas más fuertes. Deja un recorrido de besos húmedos debajo de mi oído y luego baja hacia mi cuello. Mi pulso aumentado con cada lamida y toque de su lengua, dejando todo húmedo en su recorrido. Corro mi cabeza a un lado, dejándole espacio para seguir haciendo su trabajo excitante sobre mí. Mi mente ya no piensa, se

convirtió en algo confuso y sin importancia. Ya nada me importa. Sus caricias me tienen loca y quiero más, mucho más. Lo necesito desesperadamente.

Suelto un suspiro reconfortable cuando su camino cambia de rumbo y viaja por mi clavícula hasta mi pera, y de allí hasta el costado de mis labios. Lo lame con un toque de burla, volviéndome aún más necesitada. Abro mis ojos con mucho esfuerzo, que sin darme cuenta los había cerrado por la satisfacción, y lo miro embobada, sin poder decir ni hacer nada. Me tiene cautivada con sus actos y acorralada por sus brazos y caricias. Hasta que por fin me besa justo en donde quería. Sus labios chocan contra los míos en un beso ardiente e intenso y mis ojos vuelven a cerrarse sin poder contenerse. Mis venas eufóricas y mi sangre a puro fuego chocan contra mi piel, calentándola más y más con cada roce. Le correspondo el beso con la misma pasión, queriéndolo de todas las maneras posibles, lastimado o no, con defectos o sin ellos. Me besa como si no hubiese mañana, sus labios se aprietan contra los míos con necesidad, como si no pudiese esperar más por juntarse. La pasión que siempre siento al estar junto a Damon me ataca y me noquea como un torrente de emociones y se desplaza por todo mi cuerpo y piel, dejándome un rastro erizado a su paso.

Tan embriagada con aquellas sensaciones, paso mis manos por su cuello hasta que me doy cuenta de que una de ellas no sirve gracias al maldito yeso, pero no nos interrumpo, sino que solo lo rodeo con solo una mano por la nuca y lo atraigo hacia mí, profundizando el beso y haciéndolo más ardiente. Tal y como los dos queríamos con ansias.

Su lengua se abrió paso rápidamente por mis labios y se combinó con la mía con algo de delicadeza, intentando tratarme con dulzura y ternura, pero yo no lo necesito. Solo necesito con todas mis fuerzas que el fuego que hay dentro de mí se apague, solo se apagará con besos desesperados. Si no, con los tiernos, me quedaré con ganas de más y no quiero eso.

Gimo contra sus labios al notar cómo su control desaparece y muerde mi labio y lengua como yo quería. Me levanto apenas, juntando nuestros pechos y así tenerlo lo más cerca posible.

Sus manos se mueven instantáneamente a mis mejillas y mueve sus labios en sincronía con los míos. Enredo mis dedos en su pelo suave y oscuro y jadeo por la falta de aire, pero no me importa. Esta es una buena manera de morir. Deja caer una de sus manos hacia mi cintura y yo me quejo cuando uno de sus dedos acaricia una parte de mis costillas. Duele. La aparta rápidamente con susto, pero como nota que sigo besándolo, se une de nuevo a mí y se acomoda de a poco junto a mí en la camilla.

Y es allí, en ese momento, que me doy cuenta en dónde estamos. En un cuarto de hospital, en donde todos nos pueden ver. Me distraje tanto por sus caricias que ya me había olvidado en dónde estaba y en qué estado. Damon causa eso en mí, me distrae, hace que me olvide de todo durante horas. Siempre lo consigue sin siquiera algún tipo de esfuerzo. Tan solo con mirarme de esa manera me tiene en su palma de la mano. Necesitada por más.

Lo beso más cariñosamente, intentando que toda esa electricidad caliente y el fuego se apaguen. De a poco lo voy logrando, Damon no se queja de nada. Al parecer entiende el porqué yo decido parar. ¡Por Dios! ¡Estamos en un jodido hospital!

Si no me hubiera dado cuenta, ¿qué habría pasado?

Me separo lentamente de sus labios y lleno el aire faltante de mis pulmones necesitados. ¿Cuánto tiempo estuvimos así? Pareciese como si nunca hubiera tenido aire dentro de mí y ahora lo necesitara muchísimo. Elevo mis ojos a los suyos, encontrándomelos cerrados con tranquilidad. Segundos después, se abren y me recorren el cuerpo y la cara, deteniéndose en algunos lugares en específico. Extrañada miro hacia abajo y casi jadeo por lo horroroso de la situación.

Partes de mi piel llevan unas horribles y espantosas manchas azules violáceas, moretones gigantes que me marcan. Con mis ojos bien abiertos, me quedo mirándolos uno a uno, estudiándolo sin poder creérmelo. ¿Tanto daño me hizo ese accidente del que no me acuerdo?

Puedo notar cómo Damon aprieta su mandíbula, pero no lo miro. La vergüenza de estar así, tan destrozada y vulnerable frente a él me invade completamente y me encojo en la camilla. No quiero que me vea así y tenga

pena de lo que pasó. Pero sé que no lo hace a propósito. Sé que le enoja verme así e imaginar que me pasase algo peor lo pone más que furioso. No es necesario ser adivina para darse cuenta y saberlo. Es tan protector conmigo que sé que todo lo que me pasa a mí lo afecta a él de alguna manera. Le hace más daño de lo que me hace a mí.

Con tristeza, subo la mirada hacia su azulado iris y me lo quedo mirando. Sus pestañas largas y espesas son la envidia de las mujeres, su pelo tan sedoso es impresionante como lo es todo él. Dentro y fuera. Me quedo mirando cada parte de su espectacular cara, con o sin imperfecciones, si es que tiene. Para mí, todas aquellas imperfecciones lo hacen ver aún más hermoso. Recordando cada línea facial, cada punto y manchas o cortes pequeños y casi inexistentes.

Acerca su cara más a la mía y me besa una última vez, corto pero delicioso beso antes de separarse y repasar de nuevo mis moretones y cortaduras.

—Besaré una por una, todas las que tengas —sentencia susurrando y pasando lentamente su lengua por los labios. Sonríe levemente ante sus palabras. Me encantaría que lo hiciera, sería muy tierno de su parte. Para él, hacer eso con mis imperfecciones es algo grande. Quiere arreglarme con algo que él perfectamente puede hacer. Sabe que sus besos pueden curarme cualquier cosa o al menos hacerme sentir mejor. Damon puede hacerlo solamente, nadie más. Ni cremas, ni pastillas, ni nada menos. Solo él, sus labios y besos húmedos, su presencia y cercanía, sus brazos y cuerpo, sus palabras y caricias.

—Está bien —digo casi inaudiblemente y con la voz ronca. Su sonrisa aparece dejando ver esos perfectos y blancos dientes que hace unos minutos me mordían el labio y... *¡Ya basta, Nat!* Se separa de mí y se levanta. Un suspiro de derrota sale de mi boca cuando ya no siento su calor y cercanía. Hace frío, mucho frío sin él a mi lado.

—Le preguntaré al doctor cuándo te darán el alta.

Asiento y miro cómo sus piernas largas y esculpidas lo llevan a la puerta. Su cuerpo se mueve con elegancia. Lleva puesta una remera que remarca perfectamente sus músculos y espalda, y un pantalón de esos que hacen que

el culo se vea mejor de lo que ya es, redondo y firme, tan apetitoso como siempre que te dan ganas de apretujarlo todo el día. Me lo como con la mirada hasta verlo desaparecer y es allí cuando me felicito por la suerte de tenerlo. ¿Qué me vio? ¿Por qué yo? Esas son las preguntas que cada mujer se hace. Pero no hay respuestas. No sé qué me vio. La verdad es que nunca pensé que tendría a alguien como Damon a mi disposición. No me quejo, no me quejo para nada, todo lo contrario, estoy feliz por tenerlo. Me encanta su cercanía y la seguiré disfrutando hasta el límite. Lo necesito. ¿Qué pasará cuando ya no lo tenga? ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo me sentiré? Destrozada, seguramente. No podré seguir en un largo periodo de tiempo, o puede que nunca me recupere. Si ahora lo necesito como si fuese el único aire que puedo respirar, ¿cómo voy a soportar no tenerlo?

Damon llega minutos después, acompañado de todos los demás mientras me dice que me iré en un par de horas. Emma y Sam entran agarrados de las manos, Tyler sosteniendo a un lloroso Chris, quien se aprieta más a él y lo rodea con los brazos por la cintura. La cara de Tyler es épica, desesperación y confusión a la misma vez. Sé que querría que Chris fuera Lili, pero no lo es. Tiene que ser buena persona con el gay para poder acercarse a ella. Por lo que se deja abrazar por el lloroso chico. Carter es el último en entrar junto a Rick. Al parecer, se colaron todos cuando las enfermeras no estaban, ya que no se pueden tantas visitas a la vez en un cuarto, pero me alegro que lo hayan hecho todos juntos.

Sonrío sin poder evitarlo y los saludo con un ademán de mano. Obviamente, con la que no está enyesada. Todos me responden con más sonrisas y algunos abrazos. Chris se tira hacia mí y me abraza con tal fuerza que yo me quejo mucho. Sus brazos destrozaron más mis costillas de lo que estaban y mi cara se deforma al sentir las quejarse.

Con un gruñido, Damon lo separa de mí y lo mantiene a una distancia considerable para evitar de nuevo ese asalto a mi pobre y débil cuerpo. Emma me abraza con mucha más delicadeza y me besa la mejilla. Se nota que estuvo llorando mucho tiempo, sus ojos inyectados de sangre la delatan. Sam

me sonrío y me guiña un ojo con afecto. Ese es su modo cariñoso de tratarme cuando hay muchas personas alrededor.

Rick me pregunta cómo me siento y hace algún que otro chiste sobre Damon cuidándome todo el día. Me río medio sonrojada y lo miro tímidamente, me encantan los cuidados que me va a dar Damon. Carter sonrío a penas desde lejos por la atenta y fulminante mirada de Damon y hace un saludo con su mano. Le devuelvo el saludo de la misma forma y saludo a Ty. Quien está mucho mejor sin los brazos del gay rodeándolo. Ahora puede respirar mejor.

Tal y como dijo Damon, horas después me dan el alta junto con algunas pastillas para los dolores y demás, diciéndome que tendré que ir para la revisión del yeso y mi brazo, y me lleva a su departamento. Sabe que en su lugar vamos a tener más tranquilidad y privacidad que en la mía. Dice que Elle estuvo allí con Finn y Julieta mientras jugaba con Burry. No sabía que habían agarrado a Burry y llevado a la casa de Damon, pero me hace feliz que a Elle le guste mi perrita. En este tiempo creció unos pocos centímetros más. Está tan linda como siempre, solo que un poco más grande. Sin mencionar que come el doble de lo que comía. Está gordita y pachoncita, tan cariñosa como siempre. Su pelaje negro se alargó un poco más y tendré que llevarla a la peluquería canina para un nuevo corte. *La quiero bien moderna*. Llevaré a Elle para que me diga qué moño quiere que le pongan para decorarla. Le encantará venir conmigo.

Emma se va con Sam porque nos quiere dejar solos a su hermano y a mí, es tan sabia. Estoy muy cansada, pero solo quiero estar con Damon en el departamento. Sé que Elle estará en una habitación cercana, pero al menos no será Emma. Sería vergonzoso.

Ni bien llegamos, Finn y Julieta me preguntan con una preocupación impresionante cómo me siento. Con una sonrisa a medias, les respondo que lo mejor posible. Y es cierto, me duele todo, sin mencionar que me duele caminar. Las costillas siguen doliéndome bastante y la cabeza martilla dentro de mi cráneo. Al parecer, las pastillas ya dejaron de tener el efecto de

calmarme los dolores. Me tomaré otras para estar sin más dolores. No puedo con ellos.

Elle me abraza una pierna un poco tímida y se queda viendo los moretones que no pude cubrir con mi ropa. Burry salta a mi pierna y me rasga los pantalones anchos que tengo puestos mientras me ladra y mueve efusivamente su cola de un lado a otro por felicidad. La acaricio con mi mano sana y disfruto de lo suave que tiene el pelaje. Al parecer, está recién bañada, ya que antes no lo tenía tan sedoso. Está tan linda.

Me despido de todos para irme a la cama. Mi cansancio se intensificó durante todo el trayecto desde el hospital hacia aquí. Damon me sigue como si me fuera a caer en cuestión de segundos, con los ojos bien abiertos y los brazos preparados para atraparme si me caigo.

Bostezo sonoramente y me cubro con las suaves frazadas de la cama de Damon mientras lo siento sacarse la remera y acostarse con el torso desnudo junto a mí. Me atrae hacia su duro y caliente pecho con delicadeza e intentando no tocarme ni rozarme en los lugares afectados. Por suerte, es mi brazo izquierdo el que está enyesado, por lo que puedo abrazar con el derecho a Damon, me besa la cabeza y yo suspiro ante su cariño. Su olor embriagante y distintivo me rodea sin esfuerzos y me dejo llevar hacia el mar de sueño que me ataca como si no hubiese nada mejor.

Pero antes de quedarme dormida, la pregunta susurrada y tímida que Damon me hace, tan íntima y que tanto quise escuchar, se hace presente y me deja feliz en el instante. Sonríó sin poder evitar la alegría.

—Natalie, no sé lo que somos con certeza, pero te quiero toda para mí. Quiero que todos sepan que eres mía y solo de mi propiedad. No sé por qué no te lo pregunté antes, pero tenía por sentado que ya éramos algo y no quise ponerle nombre. Pero ahora sí y espero que tú también quieras —su voz en un leve murmullo contra mi mejilla, su respiración un poco acelerada chocando contra mi piel y calentando todo a su paso. Cierro los ojos con satisfacción, tanto como por sus palabras como por sentirlo tan cerca. Y espero a que siga—. Natalie... ¿quieres ser mía? ¿Ser todo para mí? ¿Ser mi novia? —levanto mis ojos aguados que reflejan todos mis sentimientos hacia

él y suelto una lágrima de alivio. No pensé que me lo preguntaría en un tiempo cercano, pensé que él no quería, pero al parecer no tuve razón. Asiento con una pequeña sonrisa.

—Sí —mis palabras son cortadas ni bien esa afirmación sale de mi boca por sus labios. Nervioso y con delicadeza me besa lentamente, mostrando todo lo que le afecta esa respuesta positiva que agranda nuestras confianzas en el otro. No lo aparto, me dejo llevar en las sensaciones y le sigo el beso de la misma manera, no queriendo romperlo ni tampoco aumentar el ritmo. Su ternura me llena y me eriza la piel de tal modo que me quedo hechizada hasta que se separa y me acuna más en sus brazos y pecho desnudo. Lo beso allí, en el corazón, porque sé que es tan grande y bueno, aunque tratara de hacer parecer que no tuviese. Que no siente, pero es todo lo contrario. Es alguien que sufrió y que esconde sus emociones, excepto conmigo, se muestra tal y como es, no se puede ocultar. Me gusta cómo es, y es peligroso el sentimiento que hace meses nació en mí y crece con cada paso que damos juntos.

Sé con certeza y no lo puedo negar que con locura me estoy enamorando de él. *Mi Furia. Todo mío.*

Y con ese pensamiento feliz, me quedo dormida. Con una sonrisa pegada en su pecho y su brazo rodeando mi cintura, mostrándome sin palabras cuánto me protege y me quiere de todas maneras.

CAPÍTULO



Pequeños besos húmedos son regados de arriba abajo por toda mi cara, clavícula y cuello. Confortables hondas de electricidad se esparcen por toda mi piel, aumentando la satisfacción que estoy sintiendo. Sus manos recorriendo mi cabello y masajeando mi cuero cabelludo con tanta delicadeza causan un suspiro de gusto, evitando el lugar afectado por el accidente.

No me atrevo a abrir los ojos, no me quiero alejar de estas sensaciones tan espectaculares que aumentan al no verlo junto a mí, teniendo aquella idea en mi cabeza de que está aquí, viéndome disfrutar de sus caricias. Por más que me encantara verlo recién levantado, es inevitable querer seguir en la misma posición en la que estoy. Relajada, satisfecha por su afecto y cariño.

Sus grandes dedos me acarician de vez en cuando mis mejillas, haciéndome sentir aquellos callos formados por los entrenamientos y las peleas, y que ahora están lastimados. Pero a él no le importa cuán golpeadas sus manos estén, nada le impide tocarme, acariciarme, sentirme, piel contra piel. Sé que su dolor se evapora con mi cercanía, sé que pierde la cabeza cuando está junto a mí, porque eso exactamente me pasa a mí.

Y de pronto, una lengua rasposa y mojada se coloca en mi cuello, dándome lamidas y haciendo que riera. El peso de Damon encima de mí me impide moverme. Su torso desnudo emana un calor impresionante que logra traspasar la fina tela de mi remera y haciendo que lo sintiese como si nouviésemos nada puesto. Me muevo de un lado a otro con la intención de sacar esa traviesa lengua de mi cuello.

Mis costillas rugen fuego cuando sienten que ya no pueden soportar más la risa y el dolor que me causa esa lengua más el peso de Damon arriba de mí. Por más que quisiera tenerlo más tiempo en esta posición, ignorando aquellas lamidas, no puedo. Las malditas costillas me lo impiden miserablemente.

Abro los ojos para decirle en la cara que ya salga de encima para poder respirar cómodamente y recuperar mis costillas, pero al hacerlo, me doy cuenta de que su cara está a centímetros de la mía, nariz con nariz, boca a centímetros de la otra, su aliento chocando contra mis labios entreabiertos, sus ojos mirándome con tal intensidad que me encienden mucho más que a mis costillas. Es hipnotizante la manera en la que me ve, sus ojos arden en fuego ardiente, soy la única que aparece en ellos.

Pero me doy cuenta de algo más, su lengua se mantiene dentro de su boca, y la lengua que está lamiéndome en el cuello no se detiene, sino que sube hasta mi oreja. Alarmada miro de reojo hacia ese lugar y me río un poco más al ver a una feliz perrita moviendo su cola y encontrando más lugares que lamer en el espacio entre mi cuello y mi hombro.

La sonrisa de Damon aparece y sus ojos se vuelven tiernos y cariñosos, ocultando con muy pocos resultados positivos las llamas que anteriormente tenía.

—Pensé que eras tú el que me lamía —digo con una sonrisa mientras intento apartar a mi perra de su ataque cariñoso y afectivo hacia mí.

—¿Quieres que te lama? —su mirada sigue siendo la misma, solo que ahora la intensidad se volvió eléctrica y a la vez burlona.

—Yo no dije eso...

—Pero lo insinuaste —me interrumpe. Su voz baja y ronca, totalmente sexi que siempre me gustó, cambiando rápidamente su actitud y postura a una más íntima.

—Mmm... Puede ser, aunque prefiero que fueras tú antes de mi perra, quien podría haber lamido cualquier cosa del suelo y haberme llenado de bacterias.

—¿Solo por eso querías que te lamiera yo? ¿Por precaución de no enfermarte por malditas bacterias?

—Am... No lo sé... —mi tono picarón se hace presente.

—Bien, no te besaré ni te tocaré hasta que admitas que me quieres a mí antes de a tu perra fea.

—¡Hey! ¡Ella no es fea! ¡Tú lo eres! —miento. Ríe a carcajadas a la vez que sale de encima de mí.

—No creo que hayas pensado eso al aceptar ser mi novia —me guiña un ojo y se aproxima a la puerta de su cuarto. Pero se detiene antes de salir—. Recuerda, suplicarás por uno de mis besos —hago un pequeño pucherito con mis labios una vez que lo veo alejarse y salir de la habitación. Solo era un juego inocente que empecé inconscientemente, sin saber que me quedaría sin los besos de Damon. Me hará suplicar, eso lo sé, pero intentaré aguantar todo lo que pueda y mantener mi orgullo intacto por varias horas más. Porque si no, sin mi orgullo, me tiraría a sus pies en este mismo instante y le rogaría por su tacto.

En ese instante me percató de que me llamó novia. Las imágenes de la noche anterior, su confesión y preguntas que me llenaron de una alegría inexplicable. Mis sentimientos que ahora ya tienen nombre y dueño me abruman y me rodean con tanta alegría que me sorprende. Alguien tan lindo, sexi, tierno y cariñoso, pero que a la vez es feroz, intenso, impulsivo y gruñón que me cautiva de todas maneras.

Nunca pensé que me sentiría así con una persona, antes no eran los mismos sentimientos con él. Con Damon son mucho más vivos, potentes, profundos, fuertes. Volviéndome locamente feliz. Me cambia sin darme cuenta los pensamientos y actitudes. Ni bien lo conocí pensé que era un idiota —aunque lo era en ese momento—, ahora lo retiro. Si me hubieran dicho en ese momento que terminaría enamorándome de él y ser su novia, convulsionaría de la risa en el piso. Todo empezó con tan solo una mirada aquel día, recién ahora lo sé. Ninguno de los dos se dio cuenta, pero por suerte ahora sí. Me alegre y estoy gritando por dentro por la alegría que crece en mí.

Creo que, sin siquiera darme cuenta, esperaba a que esa pregunta de ser su novia saliera de su boca. Lo anhelaba todo este tiempo que estuvimos juntos,

que dormimos por las noches abrazados, en las peleas en las que él me esperaba y necesitaba, en todos lados.

Y ahora no puedo ser más feliz, ignorando el hecho de que tendré que ser fuerte y no caer en la tentación de pedirle besos. Intentaré ignorar también las jugadas que me hará para derretirme y caer a sus pies, *trataré con todas mis fuerzas*.

Mi orgullo es muy grande al igual que el de él. Sé que Damon también va a sufrir sin mis besos —él no puede vivir sin mis besos—, pero hará todo lo posible para que yo me rinda antes que él y su orgullo masculino.

Es tonto en alguna parte. ¿Se cree que me quedaré cruzada de brazos y no haré nada para tentarlo? No, esa no es Natalie Lawler. A ella le gusta jugar y no perder.

Decidida, me levanto de la cama con algo de esfuerzo, con la intención de que no me duela más de lo que hace mis costillas. Sé que debería estar todo el día en cama, ya que es lo que me recomendó el doctor, y dudo que Damon deje que esté mucho tiempo levantada, pero esto lo tengo que hacer sí o sí, o caeré en sus redes tentadoras. Burry baja de la cama con tal rapidez que me sorprende que no se haya lastimado y fracturado una de sus patas. Es chiquita y no muy fuerte, es por eso por lo que estoy asombrada. Lame mis deditos de los pies, lo que me da mucho asco, mientras que busco algo de ropa en el mueble de Damon, con aquella esperanza de encontrar algo sexi, pero no muy exhibicionista. Pero como soy alguien que tiene muy mala suerte, no tengo nada que no sean remeras anchas como mis pantalones. No puedo creer que no tenga nada sexi o, al menos, pasable.

Resignada, pienso en otras opciones, pero no encuentro ninguna. La única cosa que podría hacer, y lo que no me fascina, es ir a la habitación de Emma y usarle algo de ropa. Solo espero no equivocarme. Será algo que no muestra casi nada, pero que lo tiene de igual manera. No quiero mostrar prácticamente nada de piel. No puedo todavía, pero sé que alguna vez voy a tener que ceder, no solo porque sé que Damon quiere que pase algo, sino porque yo también quiero, pero mi pasado me lo impide. Me impide sentir y experimentar.

De puntas de pie y sin hacer ruido, me encamino sigilosamente hacia la habitación de Emma. Tengo que buscar algo por lo que mi brazo enyesado pudiese pasar sin mucho esfuerzo, ya que, si no, lo romperé. Y no quiero eso. Abro la puerta lentamente y sin que rechinase antes de entrar y dejarla entornada. Abro las puertas del armario y busco entre las prendas y más prendas que encuentro. Vestidos y más vestidos se encuentran colgados a la perfección y algunas pocas camisas —transparentes y otras no— también junto a ellas. Con un suspiro que dice que no usaré esas cosas cortas y que muestran mucho, me agacho un poco hacia los cajones que hay debajo. Remeras, tops... otras camisas, algunas transparentes, pero no tanto... Decido agarrarme una remera que deja los hombros un poco descubiertos y que no muestra mucho pecho. Creo que es la única prenda que voy a encontrar que tape un poco de piel de la cintura para arriba. Es de un color lila bebé y a mi medida. De suerte, encuentro unos pantalones vaqueros ajustados hasta la cintura negros. Me cambio con mucho esfuerzo y me pongo los pantalones. Maldito yeso, no me deja hacer nada.

La remera es mucho más fácil de colocar. Dejo que el pantalón esté sobre la remera y me sorprende cuando noto que marca de una manera espectacular mi cintura y caderas. Joder, esto no me lo esperaba. Es un atuendo normal, nada de formal ni nada por el estilo.

Estoy bien, común y linda.

Ya que no quiero romperme una pierna, y agregar eso a la lista de lastimaduras que ya tengo, prefiero no ponerme zapatos. Solo voy a estar aquí pululando cerca de mi presa, mostrándome, tentándolo... Todo por su rendición.

Respiro hondo para llenarme de valor, un valor que nunca creí que tendría para hacer eso. Nunca me había arreglado solo por un chico, pero mírenme ahora, desesperada por un atuendo.

Suelto el aire contenido y camino con naturalidad hacia la cocina. El olor a huevos y tocino impregna el aire y llega hasta mis fosas nasales, recordándome el hambre que tengo.

Damon se encuentra sentado en la mesa cómodamente comiendo un plato de lo que había olido. Me sorprende la cantidad excesiva que se sirve a él mismo. Es un glotón al igual que yo. Todavía no me ve, pero cuando paso por su lado hacia un gabinete en donde está guardado el cereal, levanta su vista hacia mí. No le presto atención, ya que, si lo hago, me lo encontraría viendo mi culo, ahora exhibido por estos apretados pantalones.

Me estiro hacia arriba lo suficiente para estar en una posición tentadora; parándome en puntitas de pie, alzando mi culo y estirando mi espalda, solo para agarrar esa caja de cereal que se encuentra muy cerca.

Percibo un leve y bajo gruñido y luego el sonido de una silla chirriando un poco contra el suelo. Pero no me doy la vuelta, sino que agarro un tazón, una cuchara y leche antes de sentarme en la mesada de mármol con mi desayuno listo. Aquellos huevos se ven tentadores, pero no quiero comportarme como la comilona desesperada de siempre si lo quiero tener en mis pies. Por lo que hoy tengo que cambiar de actitud, pero estoy segura de que ni bien alguno de los dos gane o pierda, me sacaré estas prendas que me asfixian un poco y me pondré mi lindo pijama.

Me atrevo a darle alguna que otra miradita a Damon, solo para encontrarme que me mira fijamente y me recorre con la mirada mientras come bocado por bocado, de una manera lenta y sexi, común de él. Moviendo su boca con algo de exageración a los mordiscos que da, y dejando que sus labios se mantuvieran un segundo más de la cuenta en el tenedor antes de retirarlo y agarrar otro bocado del plato.

Me encantaría quedarme viendo aquel movimiento de brazo que hace al llevarse la comida a la boca por más tiempo, esos labios encerrar el huevo revuelto y desaparecer en su boca, esos... *¡Basta, Nat! ¡A este paso no tardarás en tirarte encima y comerlo a él!*

Hago lo mismo que él, los mismos movimientos lentos y con precisión, salvo que no lo miro cuando lo hago. Sé que me mira, pero no le daré el gusto y no lo miraré para quedarme embobada con la vista.

—Es un juego peligroso el que juegas, Nat —gruñe en mi dirección, pero no me muevo y finjo como si no le estuviese prestando atención—. *¿Seguirás*

jugando? Sabes que el ganador seré yo —puedo escuchar cómo mueve su silla al pararse y sus pasos acercarse. Su olor me envuelve y su cercanía causa algo en mí, un movimiento interno y leve. Lo siento colocar las manos a mis costados en la encimera y su respiración contra mi frente. No levanto la vista, pero paré de comer y puedo escucharlo a la perfección por más que su voz fuese casi un susurro ronco y casi sin aliento—. No te podrás resistir —y con eso, lleva una mano a mi mandíbula y hace que lo mire a los ojos, dejando a centímetros nuestros labios. Nuestros alientos acelerados se mezclan el uno con el otro, nuestros ojos se encuentran y no se apartan ni por un mísero segundo cuando él agrega—. ¿Entiendes? —se acerca lo suficiente para hipnotizarme completamente y hacer que mi cerebro no funcione.

Mi sangre palpita contra mis venas, las cuales queman contra mi piel. Trae sus labios más cerca de los míos, con la intención de besarme, pero luego se separa con una sonrisa burlona.

—Creo que podremos aguantar un poco más de tiempo antes de que te rindas y admitas que me quieres más a mí que a tu perra. ¿No te parece? —me guiña un ojo y se aleja caminando fuera de la cocina. Me quedo mirando ese lugar por donde desaparece, reprochándome por no apartarlo y hacerlo parecer que lo quería devorar allí mismo. Aunque eso último sí lo quería hacer, lo tengo que admitir. Me bloqueé en el momento en que sentí su olor y fragancia mañanera. No pude pensar con claridad, mi mente se puso en blanco y no reaccionaba a nada.

Creo que, si lo llega a hacer de nuevo, la fe que tengo en mí y en mi orgullo, desaparecerá y lo dejará ganar a él.

Termino mi cereal mientras pienso en qué podría hacer para que él caiga primero. Una vez que dejo el tazón en el lavavajillas, agarro el cartón de leche y voy hacia la heladera para guardarla. Pero algo allí me llama mucho la atención: frutillas. Dulces y ricas frutillas rojas. Tentadoras y... ¿sensuales?

Eso podrá servir de mucho. Por lo que no espero más y las agarro. Busco algo de chocolate en barra en los cajones de la alacena y pongo a derretir un paquete en agua hirviente.

Lo hago por dos cosas; una es por tentar a Damon y la otra es porque hace mucho no las como con chocolate, y a mí me tientan también. Y es posible que, si me queda algo sucio en la mejilla, lo sacaré con un dedo sensualmente y mirándolo mientras lo hago. *Lo volverá loco.*

Mientras espero a que se derrita por completo, me encojo al sentir una punzada en mis costillas otra vez. Es insoportable estar así todo el tiempo. No puedo esperar más porque se me pase todo dolor causado por el accidente y ya no tener este yeso que lo único que hace es molestar. Son pinchazos fuertes que aparecen en distintos lugares, creo que en todas las costillas que tengo sensibles.

Diez o quince minutos después, ya estoy sacando el chocolate delicioso del agua hirviendo y colocando el contenido en un tazón limpio. Cuando ya termino con eso, me apuro en poner las frutillas en una minibandeja para luego juntar todo en una bandeja más grande. El chocolate se ve muy rico y ya quiero comerlo, pero mi glotona interior tiene que calmarse para que el plan saliera bien.

Camino suavemente hacia el salón, en donde se escucha perfectamente que está viendo una película, y paso frente a Damon hacia su habitación, mostrándole lo que llevo en manos disimuladamente. Lo que me sale bien, ya que, gracias a que lo miro de soslayo, noto que me sigue con la vista hasta desaparecer en la soledad de su cuarto. Dejo la puerta entornada para que él tenga lugar de espíarme sin hacer ruido. Estoy segura de que lo hará. Tendrá intriga de lo que hago y vendrá a verme. Lo conozco muy bien.

Me subo a la cama con cuidado, intentando no hacer movimientos bruscos por mis costillas ni para tirar nada de la bandeja que llevo en mi mano sana. La dejo en la cama lentamente y me siento en posición de indio.

Comienzo con una frutilla bien roja y muy apetitosa que hace rugir mi panza, aunque haya desayunado cereales hace menos de media hora. La muerdo, saboreando más de la cuenta su dulce sabor. Exagerando lentamente mis labios cuando estoy sacando la fruta de mi boca y pasando mi lengua por encima, sin ningún apuro en masticar. No me atrevo a mirar hacia la puerta, pero sé que me ve.

Siento su presencia como si la hubiese sentido toda la vida y el chillido casi inaudible que hizo la puerta me lo confirma. Tomo otra y hago lo mismo, perdiéndome en la delicia y saboreándolo completamente, cerrando los ojos y gimiendo de placer en mi garganta.

Sus pequeños gruñidos también los noto cada vez que agarro la fruta y la sumerjo en el chocolate que está para morirse. Pero el gruñido real y más profundo es el que hace cuando lo estoy comiendo. Lo torturo con todo lo que puedo y sé que me hará pagarlo.

Presiento que no durará mucho más de tres o cuatro frutillas más. Su voluntad, a cada paso en el que yo como, se va perdiendo por el deseo. Puedo notar que me fulmina con la mirada porque sabe lo que estoy tratando de hacer, pero no se aleja ni deja de mirarme. Le gusta tanto como a mí que él me vea.

Una frutilla tras otra se va acabando hasta que ya no puedo más y el tazón con el chocolate se está acabando. Cuando de repente entra él, el chico más hermoso del planeta con una mirada de furia contenida. Pero no es un enojo de los malos, sino que es ardiente y deseoso, determinado, encendido, profundo y vivo. De esos que te quitan el aliento con tan solo verte. Me quedo allí, sentada en la cama sin moverme, a medio camino de comerme otra frutilla. Se acerca a mí, luciendo un poco molesto y con los ojos prendidos fuego. Ardiente, penetrante, candente y todos los adjetivos que tienen que ver. Hay tantas palabras que se atorán en mi boca. Su corpulento cuerpo subiendo a la cama como un depredador en tiempos de caza y acercándose hasta quedar cara con cara. No bajé mi mano con la fruta rojiza, la dejé ahí, entre nosotros dos, impidiendo que nos tocásemos y distanciándonos por pocos centímetros.

Su mirada envuelve a la mía, nuestros ojos conectados por una fuerza que siempre estuvo con nosotros, latente en cada momento. Profundo, vivaz, potente y apasionado. Quiero tocarlo, pero sé que si lo hago caerá mi muro—que ahora tiene muchas grietas desde que está tan cerca— y no quiero eso. Quiero que él derribe las suyas primero y me pida que juntemos nuestros

labios. Ya se rindió por verme comer de esa forma las frutillas bañadas de chocolate, no tardará tanto en rendirse nuevamente, ¿no?

—Mierda, tus labios se ven tan bien de esa forma, cubiertos por un poco de delicioso chocolate —gruñe con la mirada fija en mi boca. Sin darme cuenta, los humedezco con mi lengua, llevando consigo ese poco de chocolate sobrante. Otro gruñido sale del fondo de su garganta—. Tan solo pídemelo, Nat. Pídeme que te bese y lo haré —susurra. El deseo de complacerlo me invade, pero me detengo.

—Pídemelo tú. Fuiste el que me dijo que yo caería primero —suavemente, mis palabras salen de mi boca y mi aliento se mezcla con el suyo. Su pecho agitado cada vez está más cerca de chocar contra mi mano que tiene la frutilla.

—¿No me quieres besar?

—Sí quiero, pero el que caerá serás tú primero.

—Ninguno de los dos va a hacer un movimiento hasta que el otro se rinda, por lo que tendremos que poner tregua.

—¿Eso quieres? —asiente lentamente tragando saliva.

—Sí, mucho. Te lo quería pedir desde que te vi en esta ropa que remarca tu jugoso y delicioso trasero, pero me ganaste con lo de las frutillas —confiesa sin quitarme sus ojos penetrantes de encima.

—¿Me espías? —pregunto lo más burlonamente posible que puedo estar en un momento así.

—Como si no lo hubieras notado —suelta una pequeña risa, gruesa y profunda.

—Tienes razón, sí sabía que estabas allí.

—¿Entonces qué te parece?

—¿Qué cosa? —juego con él haciéndome la desentendida.

—¡Dios, Nat! ¡No juegues más! —resopla frustrado mientras que en su mirada resplandece esa carita de niño necesitado.

—Bien, entonces...

—Ya calla.

Sus labios interrumpen mis palabras al chocarse con los míos, desesperados y cargados de deseo y ardiente necesidad, haciendo que esa fuerza nos tire para atrás y dejando que cayéramos en el colchón. Le devuelvo aquel beso de la misma forma, saboreando sus labios perfectos que se unen a los míos sin esfuerzos, los cuales me devoran de una manera espectacular. El ardor que siento en mis costillas al chocar contra el colchón mientras que el cuerpo de Damon se cierne encima de mí hace que me queje con un agudo grito callado de nuevo por él. Me remuevo sin querer despegar mi boca con la de él, pero la fuerza con la que está justo arriba de mí me impide seguir disfrutando. Maldigo otra vez al estúpido conductor y por el accidente que causó esto. Pero Damon no se alarma, no se separa y yo me desespero más hasta que las lágrimas saltan de mis ojos. Pareciese como si no se diese cuenta de lo que estoy sintiendo dentro de mí, solo sigue con el asalto feroz hacia mis labios. Le sigo el beso de igual manera, pero no estoy muy pendiente de él. Solo de mis ardientes costillas.

Cuando ya no lo soporto más, abro mi boca para gritar, pero Damon lo toma como la iniciativa a meter su lengua en mi cavidad bucal, callando mi grito de agonía. Las gotas de agua a causa de mi llanto siguen saliendo por mis ojos por más que estén cerrados. *Por Dios, sí que duele.*

—Damon, para, po-por favor... —digo como puedo entre besos. Las bocanadas de aire que respiro causan que el fuego en mi interior aumente cuando mis pulmones se llenan. Es horrible lo que siento.

—¿Por qué? ¿No te gustan mis besos? —se separa de mí con una mirada alarmada, recorriendo mi rostro y dándose cuenta de mi estado demacrado. Me recorre con sus ojos zafiros toda la cara y me limpia las lágrimas temblorosamente y sin saber qué hacer. Está alarmado, lo sé, pero no puedo prestarles mucha atención a sus ojos muy expresivos y que muestran todo lo que siente—. ¿Qué sucede, Nat? ¿Te mordí el labio muy fuerte sin darme cuenta...?

—Damon, duelen —sollozo.

—¿Qué cosa? —sus ojos se agrandan.

—Mis costillas. Me estás aplastando.

—Mierda —se incorpora rápidamente como si mi cuerpo le diera asco y quisiera estar lo más lejos posible de él. El susto que siente sale por todos sus poros atormentados—. No me di cuenta de que te estaba haciendo daño... —susurra, y puedo lograr ver algo de agua en sus azulados zafiros desde aquí en la cama, en donde me encuentro tendida con las manos sobre mis costillas.

—Lo sé..., no sé cómo no te diste cuenta, Damon —murmuro con los ojos cerrados, con la intención de relajarme y esperar a que el dolor cese.

—¿Te duele mucho? ¿Necesitas algo?

—No, solo se me va a ir en unos minutos, o al menos espero que se calmen un poco estas putas costillas —se ríe un poco soltando un suspiro—. De todas formas, ¿por qué pensaste que no me gustan tus besos, Damon? Eso es muy absurdo.

—No lo sé, nunca antes me habías pedido que me alejara y que parara.

—A quién no le gustarían tus besos, Damon —susurro muy por lo bajo para que él no lo oyera—. Hasta Chris quiere darte duro contra el muro, pero dudo que más que yo.

—¿Qué? No escuché —me río levemente. Si hubiese escuchado aquello que dije, no sé lo que haría—. No entendí... Solo escuché las palabras «muro» y «Chris».

—No importa. Yo me entiendo, Damon —mantengo mis ojos cerrados, llevo mi brazo enyesado hacia mi frente y lo dejo posado allí. Ahora tengo un poco de dolor de cabeza, ¿no es lo mejor? Espero que se haya notado mi sarcasmo. Suelto un suspiro con pesadez. Estoy comenzando a relajarme, eso es lo bueno. Solo espero que también mis costillas dejen de gritar a los vientos que arden en llamas humeantes y sanen rápidamente.

—¿Te sientes bien? —la preocupación tiñe de nuevo su perfecta y sexi voz, convirtiéndola en dulce y tierna.

—Algo así... Si a esto se le puede decir bien...

—¿Necesitas algo?

—Creo que una pastilla para la cabeza y dormir un poco. No tenía que estar parada tanto tiempo.

—Tuviste que hacerle más caso al doctor en quedarte todo el día en reposo. Maldita sea, te tenía que obligar a quedarte en la cama, soy un idiota.

—No es cierto, yo quise estar parada, tú no eres mi mamá, Damon. No eres responsable de lo que me pasa. No es necesario que estés tan pendiente de mí... Pasa más tiempo con Elle.

—Tú eres mi novia, eres mi responsabilidad, estés o no lastimada de alguna manera. Aparte, Elle está con Emma y Sam. La llevaron al cine para ver una película de no sé, mierda de Barbies estúpidas.

—Me gustaría salir más con Elle —comento más para mí misma que para Damon.

—Cuando estés un poco mejor, las llevaré a la plaza para que jueguen en la arena o en donde quieran —sonríe sin poder evitarlo. ¿No lo había dicho antes? Oh, Dios, es tan lindo... Que hasta, si lo tuviese cerca y no tuviese el jodido yeso, estrujaría sus mejillas como lo hacen las abuelas cariñosas.

—Me encantaría.

—Bien, te traeré tus pastillas y agua. ¿Quieres algo más?

—Sí, tu cuerpo junto al mío, así duermo... —murmuro al borde del abismo. El sueño me llama, pero tengo que seguir despierta para tomar la pastilla que calmará mis dolores. Sé que, si hubiese hecho caso al consejo del doctor de quedarme en cama, no tendría todos estos dolores. Sé que mi dolor de costillas no fue solamente por el peso de Damon, sino que por estar mucho tiempo parada un día después de estar en el hospital. Soy una estúpida. Tengo que admitir que los besos de Damon me distraen y hacen que todo pensamiento se esfumara de mi cabeza, pero el ardor y el dolor que sentí cuando caímos a la cama, no lo pude contener y menos no darle importancia. Era como si me estuviesen pasando un cuchillo por mi piel y luego clavándomela sin remordimiento. Fue horrible.

Damon vuelve después de cinco minutos con las pastillas y el agua en un vaso de vidrio. Lo tomo con tranquilidad y, cuando termino todo el contenido líquido refrescante del vaso, con otro suspiro, me recuesto en la cama a la espera de sentir a Damon junto a mí. Sé que se siente muy culpable por cómo me siento ahora, pero yo no lo culpo. Sé que cuando quiere algo lo consigue,

es por eso lo del beso. Tuvo lo que quería y lo que yo también deseaba. Pero lo bueno es que lo tengo aquí, junto a mí, protegiéndome como siempre lo hizo, sin importar nada.

Por más que no hace muchísimo tiempo nos hayamos levantado, el sueño cubre cada parte de mí. Sé que Damon no dormirá, pero no le importará tampoco. Por lo que sé, me verá dormir, le gusta hacer eso, no sé por qué. Pero a mí también me gusta verlo dormir, aunque la mejor parte sea verlo despertar y ver cómo sus ojos zafiros se encuentran con los míos, soñoliento y no tan cansado.

De igual manera, lo mejor de lo mejor a la mañana cuando se despierta, es ver la sonrisa que me regala al verme.

CAPÍTULO



¿Cómo te sientes, Nat?

¿Necesitas algo, Nat?

¿Te duele mucho el brazo o la cabeza, Natalie?

¿Nat, tienes sed?

¿Quieres ir al baño, Nat?

Espera, Nat. ¿Tienes hambre?

Gruño con frustración a la vez que me dejo caer sobre la cómoda cama de Damon. Burry, sin perder tiempo, se sube conmigo moviendo su colita de un lado a otro con efusiva alegría. Le acaricio lentamente con mis manos todo su pelaje y le beso de vez en cuando su hocico negro. La puerta de la habitación se cierra cuando Damon sale y escucho cómo sus pasos se alejan de la habitación.

Las imágenes y los recuerdos de hoy a la mañana llegan a mí de a poco mientras miro sin prestar nada de atención el techo. Es espléndido y divertido jugar con Damon picarón. Es sexi como el infierno cuando intenta controlar su ferocidad interna y propia de su hermoso demonio interior. Ese diablo que ama jugar y nunca perder, pero para su mala suerte, tuvo que pedirme tregua después de lo de la escena de la frutilla. Como ya sabía yo antes, Damon no aguanta mucho sin mi tacto. Es como un niño recién nacido que necesita el tacto de su madre y sentirse protegido. Solo que Damon no es un bebé. *Oh, no, a él no se le puede decir así.* Es todo un hombre, fuerte, hermoso y tierno.

Me doy vuelta en la cama con cuidado y me quedo mirando hacia la ventana. El cielo negro y a la vez grisáceo me saluda. Es una noche fría y para nada calurosa, una noche que sin duda me la pasaré pegada al cuerpo caliente de mi novio. Dios, es tan lindo y confortable decirle así a Damon. Siento que tengo todo el derecho sobre él, que puedo llevarlo de la mano a todas partes y apartar a todas esas chicas que se lo comen con la mirada, decirles que es de mi propiedad y que ellas nunca lo tocarán ni probarán esa boca que siempre me cautivó. Bueno, y también puedo decir que a él le sirve de mucho, podrá ser celoso en donde se le diera la gana y gruñirles a todos sin que yo le diga que no tiene derecho de hacerlo porque no somos nada.

Estuvo toda la maldita tarde, luego de despertarme de mi siesta repentina, haciéndome preguntas, persiguiéndome hacia todos lados —aunque tampoco es que todo el tiempo estuve parada— y, de suerte, pude llegar a hacer mis necesidades en el baño a solas. *Claro. Si tenerlo pegado contra la puerta se le puede decir «a solas».* Al parecer no le gusta ni le interesa que quisiera un poco de privacidad.

Sé que se siente muy culpable sobre mis dolores de costillas, pero yo no lo culpo. Es impulsivo hasta la mierda y me encanta eso. No se dio cuenta de todo el peso que me ponía encima al colocarse sobre mí. Pensó que mis quejas y gemidos de dolor eran de otra cosa, algo excitante y no doloroso. Desde que me desperté no sacó sus preciosos ojos de mí, de mi magullado cuerpo.

Me gusta sentirme así de cuidada, protegida, querida por él, pero es muy agotador cuando ya excede los límites. No pasan ni cinco minutos cuando otra pregunta similar sale de su boca. Su preocupación por mí es muy notoria y eso me encanta. Su cara se deforma de una manera extraña, pero a la vez tierna cuando me retuerzo un poco a causa del dolor de mis costillas.

Es extraño tener a alguien que esté tan pendiente de tus actos y movimientos, pareciera, comparado con el ahora, que nunca fui cuidada correctamente. Nadie estuvo todo el tiempo pendiente de mi culo enfermo y magullado. Sí, mis hermanos me cuidaban cuando estaba con algún resfriado, pero nunca se quedaron conmigo todo el día. Se iban y venían a ver cómo

estaba de vez en cuando y a darme calmantes, pero no es lo mismo con Damon.

Estuve en lo cierto cuando dije que me encantan sus cuidados y que estaría todo el día con él en la cama. Yo cuidándolo por sus manos lastimadas y él por todo mi cuerpo. Pero hay veces en las que lo quiero un poco más callado. No me deja levantarme de la cama. Dice que tengo que estar acostada por recomendación del doctor. Le hice caso con la condición de tenerlo conmigo, pegado a mí en donde quiera que esté, besándome todo el tiempo que yo quisiese, abrazándome con sus perfectos brazos y envolviéndome con su calor corporal.

Escucho cómo la puerta se abre lentamente y yo me volteo hacia ella para mirar quién es el visitante. Elle entra tímidamente y cierra la puerta con sumo cuidado. Sonrío sin poder evitarlo. Se sube a la cama y yo le hago una leve señal con la mano para que se acerque a mí. Lo hace sin decir nada, como era de esperarse, y coloca su cabeza en mi pecho, mirando hacia el techo. Paso mi brazo por su espalda y la acerco mucho más a mí hasta quedar pegadas. El frío se está notando y tenemos que calentarnos mutuamente para no morir congeladas. El tiempo, cuando desperté, había cambiado radicalmente. La habitación estaba sumamente fría, lo que causó que rápidamente y con alguna queja, me haya pegado, literalmente, al cuerpo de Damon.

Acaricio el brazo de Elle y le beso cariñosamente la cabeza. Regresó hace como dos horas atrás y se quedó encerrada en su habitación jugando, por lo que sé. Damon no me dejó ir a verla, no quería que me levantara, por lo que es la primera vez que la veo en todo el día.

—¿Te divertiste jugando a las muñecas? —le pregunto, aun sabiendo que no hablará. Ella sacude la cabeza diciendo que sí—. Te aburriste luego de un rato, ¿no es así? —vuelve a afirmar—. ¿Y viniste conmigo para matar el aburrimiento? —puedo sentir su sonrisa de niña buena aparecer. Por lo que deduzco que estoy en lo cierto—. Creo que no podré ayudarte a matar ese aburrimiento, ya que tu hermano no me deja levantarme de la cama —levanta la cabeza ni bien aquello sale de mi boca y mira con algo de interés mi estómago. Aunque creo que lo que está buscando son mis costillas. Luego,

me recorre con la mirada por todos lados. No me muevo, dejo que me inspeccione tal cual lo hizo Damon una vez, queriendo encontrar todos los defectos que el accidente me dejó. Toca con sumo cuidado los moretones que tengo en los brazos, los cortes que ya de a poco van desapareciendo y por último mis costillas. Hago alguna que otra mueca, pero no la aparto. Tiene curiosidad, eso se nota, por lo que la dejo tocar. No es su intención hacerme daño, pero con apenas un toque en aquellas zonas sensibles, mis costillas gritan.

Cuando termina de verme completamente, lleva esos ojos claros a los míos y puedo detectar la pregunta no dicha en ellos. *¿Te duele?* Es sorprendente que con tan solo mirarme de aquella manera y con las cejas levemente fruncidas pueda entenderla y saber qué me quiere preguntar y, que por alguna razón que no sé, no puede hablar. Asiento, dándole a saber que sí me duele y ella hace una mueca algo graciosa, por lo que suelto una risita.

El sonido de pasos en las escaleras causa que Elle y yo despeguemos las miradas y las fijemos en la puerta. Los gruñidos que da Damon luego de que un fuerte golpe sordo apareciera. Frunzo el ceño. *¿Qué le pasó?*

Segundos después, entra por la puerta, tan sexi como siempre, cargando en sus manos una bandeja con comida. No llego a ver qué es lo que contiene gracias a la posición en la que estoy, pero al parecer es algo que a Elle le gusta mucho, ya que aplaude ni bien lo ve y sonrío feliz cuando él se acerca a la cama y se sienta con cuidado.

—*¿Qué es lo que trajiste?* —pregunto incorporándome lo mejor que puedo y colocándome en una posición cómoda para ver mejor. Mi espalda se apoya en el cabecero de la cama, al cual le tuve que poner algunas almohadas para no quedar tan dura como la madera.

—Comida —responde con un tono de obviedad. Ruedo los ojos y lo miro curiosa mientras deja la bandeja con las patas de madera en la cama. Pasta con salsa rosa es lo que puedo ver, junto a tres miniplatos, ya que si eran más grandes de seguro no entraban en la bandeja, y tres tenedores. La pasta se ve espectacular. Dudo que lo haya cocinado Damon, él me dijo que no sabía

cocinar. Las únicas opciones son: lo compró en algún lugar o lo hizo Tyler por él. Pero no soy tan estúpida, sé que él no lo hizo. No le gusta cocinar.

Sin preguntar si ya podemos empezar a comer, me sirvo un poco de la delicia frente a mí en uno de los pequeños platos y me llevo un bocado a la boca. Tengo mucha hambre y recién me doy cuenta. Pareciera que no como desde hace meses, lo que no es cierto, ya que hoy a la mañana desayuné cereales y frutillas con chocolate. Pero, de igual manera, la glotona interior me dice que siga comiendo esta exquisitez frente a mí. El sabor de la salsa rosada es espectacular, los fideos están perfectos y la combinación es espectacular. Degusto sin apuro la comida y abro mis ojos cuando me doy cuenta de que los había cerrado. Miro a Damon, quien come a la par junto a Elle y le limpia la salsa que tiene en la mejilla. Esta escena me llena de ternura. Verlos así, como nunca los vi interactuar tan afectivamente frente a alguien, es hermoso.

Las facciones de Damon están suaves, relajadas al máximo, sin preocupaciones por ningún lado. Sus hombros caídos me dan la razón. Su gran cuerpo corpulento se ve inmenso junto al pequeño y débil de Elle. Se ven tan inocentes.

Al notar mi penetrante mirada, Damon lleva sus ojos a los míos. Sonrío al notar manchas de salsa en los costados de su labio y reprimo el impulso de sacárselos a besos. Él lleva otro gigantesco bocado a su boca y mastica sonoramente, lo que causa que Elle lo mire con asco.

—¿Te gustan? —pregunta él señalando con la mirada a los fideos. Afirmo con la cabeza. Están más que ricos, son un manjar para mi paladar.

—¿Dónde los compraste? —estoy segura de que los iré a comprar más seguido a ese lugar al que Damon fue. Los fideos se volverán mi nueva adicción.

—Los hice yo.

Dejo suspendido en el aire el tenedor con la pasta enredada en él, a pocos centímetros de llegar a mi boca. Levanto la vista sin poder creerlo. Él no pudo haberlos hecho sin quemar la cocina. Me dijo que no cocinaba, que no

sabía cocinar nada. Nunca lo vi poner una mano al fuego, por lo que para darle la razón hay que verlo.

—Damon, dime la verdad. ¿Los hiciste tú? —asiente sonriendo—. ¿Cómo? Si tú no cocinas...

—Llamé a Tyler para que me ayudara —murmura—. Solo me dijo qué hacer y listo. Pero todo lo demás lo tuve que descifrar yo solo —su pecho se levanta con orgullo y su postura se endereza. Esa pizca en sus ojos azulados me da a saber que quiere que yo reconozca sus actos. Lo hizo por mí, cocino para mí. Le pidió ayuda a mi hermano para prepararme algo a mí—. Sé sincera, ¿te gusta?

—Me encantan. Me sorprende que los hayas hecho tú, ya que nunca te vi poner una mano en el fuego, pero de igual manera están espectaculares. Te pediré que los hagas muchas veces más —me llevo el tenedor a la boca.

—Siempre que quieras, te los prepararé —me guiña un ojo.

—Gracias, pero por ahora no tienes que hacer nada con tus manos, Damon. Se supone que debes dejar que tus manos se curen para poder volver al campeonato lo antes posible, y si sigues haciendo tantas cosas con ellas, no podrás volver dentro de mucho tiempo —lo reprendo.

Y es cierto. En todo el día no descansó casi nada y se mantuvo haciendo de todo. No me gustaría que empeore, al contrario, quiero que se mejore. No lo dejaré hacer nada con las manos ni lo que queda de hoy ni de mañana. No me importa la pelea, sinceramente, pero sé que para él es importante ganar, es por eso por lo que le digo todo esto. Él piensa que, si pierde el campeonato, yo me enojaré o me desilusionará, pues no está en lo cierto. Me preocupa y estoy horrorizada por la idea de que él esté todo magullado. No me gusta cuando tiene algo roto o moretones visibles. Y más cuando sé que el motivo por el que sus manos están así es por el accidente. Golpeó la pared al enterarse que me atropellaron. No entiendo por qué empezó a pegarle a la pared, creo que como siempre su impulso lo llevó a hacerlo. Es la única explicación que tengo.

Y bueno, ahora tengo que cuidarlo yo al igual que él me cuidó desde que volví del hospital.

—Si la enfermera Nat se ocupa de mí y de mis pobres manos, me quedaré quietito como me lo recomiendas.

—¿Por qué necesitas a la enfermera Nat a tu disposición para quedarte quietito? —pregunto siguiéndole el juego. Con mucho gusto me quedo a su lado. No sé si es bueno masajear sus manos cuando están en este estado, pero lo haré y veré su reacción buena o mala. Si es buena; seguiré masajeándolo, pero si es mala, dejaré de hacerlo. No quiero causarle más daño a sus manos. Las necesita para ganar.

—Porque sí —de repente, se estira sobre la bandeja y lleva un efusivo y corto beso a mis labios, para luego alejarse con una sonrisa socarrona— y porque estos besos y aún mejores serán tu paga.

—Entonces... ¿por cuántos días me necesitas? —estoy a su merced y deseosa porque ya llegue el momento de cuidarle sus manos y ser su enfermera. No voy a durar mucho en ese trabajo, las costillas me impiden moverme de un lado a otro como lo hacen las verdaderas enfermeras, pero, aun así, estás con él en la cama; cuidándolo.

—No lo sé, todo depende de mis manos, aunque creo que no mejorarán en mucho tiempo —me río levemente. No es cierto, cada vez sus manos están mejor. Me encanta cuando es así de despreocupado y picarón.

—Creo que me tendré que quedar contigo hasta que te mejores, entonces.

—Sí —hace un puchero.

—Está bien.

Nos quedamos mirándonos fijamente, borrando lentamente nuestras sonrisas al notar cómo el aire comienza a ser electrizante a nuestro alrededor. Es impresionante cómo todo esto comienza en unos minutos y aumenta al segundo siguiente. No quiero parpadear. No quiero alejarme de la tranquilidad que sus ojos me transmiten al verme.

Pero no dura mucho hasta que un ruido hace que nos demos vuelta. Elle se encuentra a pocos centímetros de la puerta de la habitación, con la bandeja repleta de los platos casi terminados. Sonríe hacia nosotros cuando nota nuestras miradas en ella y se va cerrando la puerta. Mierda, es *muy inteligente esta niña*. La vergüenza de saber que estuvo aquí cuando la guerra de miradas

se llevó a cabo aparece cuando vuelvo la mirada a la de Damon. Al parecer a él no le interesa lo que la hermanita vio, porque sonrío burlonamente mientras siento el impulso de tirarme en un hoyo y nunca salir. Mis mejillas se encienden y bajo la mirada. No puedo creerlo. *¿Qué pensará Elle de mí?*

—Oh, vamos, Nat. No te pongas tímida ahora. Olvídate de mi hermanita, sabe que tiene que estar en su cuarto durante un rato más. Ella tiene ganas de mirar una película. Se la puse antes de subir aquí la comida y la verá ahora. Mientras, quiero que mi enfermera me cuide.

—Tenemos que lavar los platos, Elle no los puede lavar.

—No los lavaré, es vaga como todos nosotros y los dejaré en la mesada de la cocina para que mañana los lave yo —me interrumpe. Un destello de esperanza aparece en sus brillantes ojos y me saluda, dándome a saber cuánto quiere que el juego comience.

—Entonces, ven aquí.

Me hace caso y se acuesta junto a mí. Se remueve un poco en busca de una posición cómoda hasta que la encuentra y me envuelve en un abrazo confortablemente sexi. Sus músculos se tensan y se relajan cuando me aprieta más a su cuerpo duro y perfecto, tonificado y sin defectos. Nos miramos de nuevo. Como si de imanes se tratasen nuestros ojos y cada vez que están cerca, se unen y completan uno solo. Dos mitades que son el complemento del otro. Se anhelan y quieren estar juntas.

Recorro toda su cara, facción por facción, su cabello corto y despeinado que tanto me gusta, pasar los dedos por él y sentir su suavidad, sus rasgos duros y bien marcados, esos labios que son mi perdición... Todo, no hay nada en él que sea feo. Es lindo, muy lindo, atractivo y, en un abrir y cerrar de ojos, es primitivo. Me corta el aire con tan solo acercarse, tocarme, mirarme y hablarme.

Y sin hablar ni decir ni una palabra más, se pega más a mí; su cara pegada a la mía, su aliento chocando contra mis mejillas y labios, su aroma embriagador me envuelve como un manto protector y me lleva a la locura sin esfuerzo. Su boca busca la mía y se unen en un lento y delicado beso, sin profundizar. Son leves caricias, y aun así la electricidad sofocante nos rodea.

Paso mi brazo sano por su cintura y pego nuestros pechos. Es impresionante lo duro que es, puro músculo y fuerza. Madera sólida bajo mi tacto.

Agarro una de sus manos y la masajeo lo mejor que puedo en esta posición. Un suspiro comfortable sale de su boca, lo que me da a saber que le gusta lo que estoy haciendo.

Pero minutos después, su mano se aleja de la mía y se posa en mi mejilla con suavidad, sus dedos callosos raspan un poco mi piel, pero no me quejo, es lindo. La venda de su mano no me permite sentir el calor de su palma, por lo que hago un puchero contra sus labios. Me gusta sentirlo completamente y esta venda no me lo permite.

No le da importancia a mis quejas y se abre paso con su lengua en mi boca. Saborea, mordisquea mi labio inferior y juega con la mía. Le sigo ese inofensivo juego y, sin poder evitarlo, profundizo el beso. Salvaje, necesitado, atrayente, apasionado, cargado de sentimientos y energías electrizantes y ardientes.

Sus suaves labios están hechos para mordisquearlos toda una eternidad, su pelo para pasarle mil veces las manos y revolverlo, su cara para contemplarla, su cuerpo... *Mmm...* Su cuerpo es para acurrucarse, definitivamente. Todo en él me fascina y me enamora cada vez más. ¿Qué haría sin él?

Estaría perdida, desolada e igual que siempre. Viviendo en recuerdos y a la sombra de mis hermanos. Pero ahora, con él, soy otra. Aquella chica que viajó y comenzó a vivir con sus hermanos gemelos ya no existe. Mis travesuras se acabaron a medida que me acercaba más a Damon. No sé si es porque quería cambiar, o porque quería demostrarle que no era una niña de diez años que era traviesa. Él me cambió sin siquiera darse ni darme cuenta. Las burlas y las cosas chistosas que les hacía a mis hermanos ya no las veo en mi futuro, se quedaron atrás con la anterior Natalie. Soy otra, renovada y nueva. Todo por Damon. Me hace olvidar, él controla todo de mí, mis pensamientos y actitudes, sentimientos... Todo.

Sin darme cuenta, nos separamos y unimos nuestras frentes mientras nuestras respiraciones agitadas llenaban el silencio de la habitación. La oscuridad no nos permite vernos, pero sus ojos son lo único que intento

ubicar. La luz tenue de la luna se cuela por la ventana como si me hubiese escuchado e ilumina un poco, lo suficiente como para que mis ojos azules encuentren los suyos. Los cuales, al cabo de unos segundos, reflejan emociones, emociones expresivas y que dicen las palabras que no salen de su boca, las que tanto quiero que diga. Sus pupilas se dilatan a más no poder y su respiración que, antes iba disminuyendo, ahora aumenta. Paso mi lengua por mis labios secos y agitada igual que él, sonrío. No podemos esconder lo que sentimos por más que no lo digamos. El otro sabe todo de su otra mitad.

Lleva su mano con suma lentitud hacia mi mejilla y la baja hacia mi cuello, dejándola posada allí.

—Eres hermosa —murmura y siento cómo mi corazón se agita con alegría. Su seriedad al decirlo me confirma que no lo dice por decir, sino que verdaderamente lo piensa. Me siento linda por primera vez en la vida. Hermosa y digna para sus ojos. Siento que no necesito maquillaje para él porque se conforma con lo que soy. Y, por más que no me guste pintarme, si él me lo pide, me pintaré cuando quiera. Pero nunca lo hizo. Nunca hizo una mueca al verme llevar ropa desagradable. Sino que solo me repasa con la mirada y sonrío. Me encanta eso de Damon.

Sonrío.

—Tú no estás nada mal... —respondo. Me guiña un ojo y me ruborizo. Joder, algo que también sé, es que desde que él apareció, el rubor rojizo aparece con más frecuencia en mis mejillas.

—Lo sé —su arrogancia aparece, pero puedo ver en sus ojos juguetones cómo le divierte esto.

—Oh, créeme que no soy la única que lo piensa, Damon —su sonrisa desaparece hasta llegar a una pequeña y tierna a la vez. Sus ojos intensos clavados en los míos.

—Con tal de que tú lo pienses, yo estaré más que feliz, Nat. No me importan las otras, solo tú.

Y tras esas palabras que salen de su boca, lo beso de nuevo.



A la mañana siguiente, de suerte conseguí que Damon me dejara salir de la cama e ir al sillón, con la condición de que allí me tendría que acostar. Se tomó muy en serio lo que el doctor dijo de quedarme acostada. Por más que me encantara pasarme el día y la noche pegada a su culo hermoso, me temo que me quedaré plenamente dura y no me podré parar luego de dos semanas en la misma posición, por lo que logré convencerlo para ver una película en la sala de estar.

Damon me dijo que iría a intentar hacer palomitas, por lo que se encuentra en la cocina mientras yo intento con mucho esfuerzo acostarme en el sofá. Si pudiera, me tiraría de pleno, pero las costillas no me lo permiten. Tengo que hacerlo de a poco y sin hacer mucho movimiento. Están más que sensibles y no quiero empeorar la situación.

Una vez acomodada, me quedo viendo el techo, pensando en cómo le saldrán las palomitas a Damon. ¿Las llegará a quemar? ¿Las comeré sin vomitarme en la boca para hacerlo sentir mejor? Oh, Dios, espero que le salgan pasables así no muero. Estoy con un hambre de perros, sinceramente. Ayer a la noche nos quedamos dormidos a las tres de la mañana gracias a que nos la pasamos hablando de mucho y nada, besándonos y abrazándonos más. Y es por eso por lo que nos saltamos el desayuno. Estábamos necesitados de sueño y, tengo que admitirlo, una vez que nos despertamos, nos quedamos tendidos en la cama mirándonos sin decirnos nada. No hacía falta las palabras. Con tal de ver esos zafiros adormilados abrirse y mirarme, me basta y sobra.

Habíamos almorzado las sobras de los fideos de ayer. Elle, por suerte y por lo que me dijo Damon, quien a medianoche había ido a su cuarto para arroparla, se había quedado dormida con un peluche abrazado entre sus brazos. Almorzamos todos juntos de nuevo en la cama de Damon. Bajo la mirada que nos daba Elle, yo me mantuve comiendo mi comida y escondiendo mi rubor. Pero sé que a ella no le molesta que esté con su hermano, es más, creo que le gusta. Su sonrisa aparecía cada vez que le decía algo a Damon, por más de que ella a veces, por su cara confusa, no entendía

de qué hablábamos, sonreía y pasaba la mirada de Damon a mí y de mí a Damon.

Por más que le pedía a Damon, en un momento, sacar a pasear a la plaza a Elle, él se puso firme al decirme que no, negándose a escuchar mis amenazas de «no besos hasta ir con Elle a dar una vuelta». Pero no pude hacer nada cuando casi me implora que me quedase en cama porque empeoraría si no. Me derretí cuando su cara preocupada apareció. No quería hacerlo sufrir, por lo que le avisé que cuando yo estuviera mejor, saldríamos con Elle a la plaza o a otro lugar.

Sin dudarle un segundo, él había aceptado con una sonrisa para luego regalarme un rápido beso en los labios.

Me derretí por segunda vez.

Volteo mi cabeza al no encontrar nada interesante en el techo y dejo que mi mirada se quede en Elle. Le habíamos puesto un colchón frente a la tele para que viera la película con nosotros, y ahora se encuentra buscando entre el pilón de pelis cuál veríamos. La verdad no me importa qué vamos a ver, me da igual, solo quería caminar un poco. No fue mucho lo que caminé, pero al menos mis piernas se movieron.

Elle lleva puesto su pijama de Los Simpson que le había comprado yo una vez. La había visto en un local de segunda mano. Me llamó mucho la atención y lo compré sin dudarle, era barato, lindo, cómodo y... Bueno... de *Los Simpson*. Lo malo es que no había de mi talla, solo había para niñas pequeñas, por lo que me quedé sin pijama.

Me estiro un poco para agarrar el control de la televisión que está en la mesa baja en el centro de la pequeña sala, que ahora quedó a un lado gracias a que pusimos el colchón para Elle, pero me detengo al sentir ese tirón molesto y doloroso en mis costillas. Gruño con frustración. No voy a poder hacer nada por mi propia cuenta ni hacerlo con facilidad a partir de ahora hasta curarme completamente. ¡No puedo agarrar el control de la TV estando echada en el sillón! Esto es malditamente insoportable.

Maldigo una y otra vez al conductor de aquel auto rojo que dobló la esquina con tal rapidez que ni siquiera me vio pasar y me atropelló. Aquel

espectacular y lindo auto que vi en el estacionamiento del insti...

Un segundo... Eso no me lo había dicho Damon.

—¡Damon! —lo llamo a gritos, haciendo que Elle dé un leve respingo, pero luego sigue con lo suyo. Mi sonrisa no puede ser más grande. Acordarme de algo que hace un día no me acordaba, me hace sentir bien y logra que me olvide un poco del dolor. La intriga y la furia que tenía dentro de mí por no acordarme del accidente que me causó esto, se esfuma cuando la cara preocupada de Damon aparece. Sus facciones arrugadas por el miedo y el terror me dan a saber que se imaginó lo peor con aquel grito que pegué, pero se va rápidamente cuando me ve a la cara. Sus ojos confusos se encuentran con los míos eufóricos de alegría.

—¿Qué pasa, Nat? Me asustaste como la mierda.

—Lo siento, pero tengo algo bueno para decirte —me siento de una manera más cómoda en el sofá sin siquiera sacar ni despegar mis ojos de los suyos.

—¿Ya no sientes dolores en tus costillas? ¿Pararon las palpitaciones fuertes de tu cabeza? ¿Ya no...?

—¡No! ¡Nada de eso! —me río. Quisiera que todo de lo que dijo fuese verdad, pero para mi mala suerte no es así. Mi cabeza, de vez en cuando, pide descanso de los golpes repentinos de dolor.

—¿Entonces qué?

—¡Ya me acordé! —abre la boca para decir algo, pero la cierra luego de un segundo. Frunce el ceño con extrañeza, dándome a entender que sigue confuso, más confuso de lo que ya estaba hace segundos—. Damon, te estoy hablando del accidente.

—¿Te acuerdas de todo? —con tal rapidez, su cuerpo se endereza y se acerca a mí con una esperanza que emana de todos sus poros.

—No sé si es todo, hay cosas borrosas y no muy claras que tengo que descifrar..., pero...

—Dime lo que te acuerdas —me interrumpe arrodillándose frente a mí. Su calor me invade ni bien su cuerpo toca el sillón y su pierna la mía en un leve

roce. Una corriente eléctrica recorre desde ese mísero toque hacia todo mi sistema como si fuese una avalancha. Su mano agarra la mía y la aprieta levemente para darme ánimos. Cierro los ojos y respiro hondo para empezar el resumido relato de lo que me acuerdo. No es mucho, pero es algo grande para mí. Pensé que en un tiempo largo me acordaría y que estaría con la duda todos estos días. Pero al parecer y para mi suerte, no es así.

—Iba saliendo del instituto. Me acuerdo que había quedado con Chris y Carter. Ellos me llamaron para decirme que íbamos a ir caminando, ya que no tenían el coche, me dijeron que estaban en una plaza y yo les dije que esperaran allí que yo los encontraría. Antes de ir, un auto rojo me llamó la atención y me quedé contemplándolo, tenía las ventanas polarizadas y no podía ver nada adentro, pero por un instante quise ir a verlo más de cerca. Estaba muy bueno y deseé tener uno así algún día. Pero luego me fui. Fue todo muy rápido... Crucé la esquina que daba a la plaza y escuché cómo unas ruedas rechinaban contra el asfalto. Luego... Dolores, muchos dolores. No podía abrir los ojos ni moverme. Sentía que me partía en pedazos por dentro. No podía pensar, todo se me confundía... Damon, te necesitaba en ese momento. Recuerdo haberte necesitado con desesperación —suspiro temblorosamente. No pensé que acordarme de aquello y contárselo a alguien me afectaría tanto como ahora lo hace. Por poco pude contener las lágrimas y no llorar. Las imágenes de todo lo sucedido pasando en mi cabeza como si fuera una película en blanco y negro.

—Lo bueno es que te acuerdas. ¿No es así? ¿Te sientes mejor al recordar?
—me encojo de hombros.

—Sí, eso creo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro —se remueve un poco y noto cómo su cuerpo se pone levemente tenso. ¿Qué estará pensando?

—¿Por qué no me dijiste que irías también con Carter? Tan solo me dijiste que salías con Christian, nunca mencionaste a Carter —me mira dolido y apenado. Vulnerable en todo sentido. Herido. Me maldigo a mí misma por causarle esto. ¿Cómo pude ser tan estúpida al pensar que no se daría cuenta?

—Sé que te cae mal, es por eso por lo que no te lo dije. Pero tienes que saber que es mi amigo al igual que Chris. Me caen bien los dos, Carter nunca me hizo daño. No puedo ignorarlo cuando él es el hermano de Chris, Damon. Lo siento si esto te duele y...

—No quiero que te aleje de mí —me corta, murmurando y bajando la cabeza para no verme a los ojos. Con un suspiro tembloroso, lo tomo de la mandíbula, que ahora tiene un poco de vello de unos pocos días a la vista, y hago que me mire. Obligándolo a pegar sus ojos turbios a los míos—, no quiero que me dejes por él.

—No te dejaré por nadie, Damon. Carter no me gusta, bueno, solo como amigo, pero tú eres mi novio. Si él me gustara, no habría aceptado ser tu novia. *¿Cuándo te di alguna señal de que no te quería?*

—No lo sé, pero cuando supe que también fuiste con él, pensé que me engañabas.

—¿Es por eso también que decidiste pegarle a la pared?

—Sí, una gran parte tiene que ver con eso —suspiro de nuevo.

—No te cambiaría por nada. Todos los días te demuestro cuánto quiero estar a tu lado, ¿no lo notas? Me gusta estar pegada a tu culo caliente todo el tiempo.

—¿Mi culo caliente?

—Sí, que ahora es mío.

—Entonces el tuyo es mío, ¿no es así? —sonríe, recobrando ese brillo que al principio de la conversación se esfumó. Asiento devolviéndole la sonrisa—. Genial... y puedo hacer lo que quiera con lo que es mío, ¿no? —frunzo el ceño un poco confundida. *¿A qué quiere llegar? Aun así y con esa duda, asiento—*. Estupendo.

Y, sin darme cuenta, mete una mano debajo de mí sin ningún esfuerzo y me da un apretón en el culo. Doy un respingo mientras un gritito de sorpresa sale de mí. *¿Me... me apretó las nalgas?* Lo miro con los ojos muy abiertos y en estado de *shock*. No puedo creer que haya hecho eso.

—¿Por qué hiciste eso?

—Me gusta tu culo... y como es mío a partir de ahora, me gusta tocar lo que es mío. Tu culo lo es.

—La próxima no lo hagas tan fuerte —me quejo, pero admito que me gustó que sea así de travieso.

—Está bien —resopla fingiendo estar molesto. Y mete de nuevo la mano debajo de mí, me acaricia como puede con sus dedos y luego vuelve a apretármelo, ahora con un poco más de delicadeza—. ¿Mejor?

—Sip. Mucho mejor. ¿Puedo hacerlo ahora yo?

—No.

—Pero...

—No —vuelve a repetir.

—No es justo...

—La vida no siempre es justa —murmura antes de pararse y alejarse lo más rápido de mí hacia la cocina. Hago un puchero cuando se va y gruño. El maldito se fue moviendo seximente su trasero para tentarme. Tanto que casi me levanto y corro a la cocina para estrujarlo en mis manos. Se la cobraré y le pegaré tanto como se me dé la gana a ese apetitoso y tentador culo duro y redondo.

Elle se ríe un poco cuando me ve con la cara molesta y coloca la película elegida. Barbie... Otra vez... La vio más de cincuenta veces y no se cansa de verla. Creo que hasta se sabe los diálogos a la perfección.

Mientras comemos las palomitas, que gracias a Dios no están quemadas, aprovecho la posición en la que estoy para apretarle como puedo un cachete de su culo. Mi cabeza está apoyada en sus piernas, por lo que, si estiro un poco mi brazo y lo doblo lo suficiente, puedo lograrlo. Una vez que poso mi mano con lentitud debajo de esa espectacular escultura que tiene como atributo trasero, lo aprieto lo más fuerte posible y meto mi mano allí. Tal y como pensé, Damon no me aparta y salta un poco cuando lo toco en ese lugar. Pero luego se ríe. Pasa su brazo por mi cintura, con cuidado de no tocarme las costillas, y lo deja descansar ahí.

Y con una sonrisa de victoria por conseguir lo que quería, sigo mirando la película.

CAPÍTULO



Como ya era de esperarse, el turno para la revisión del yeso de mi brazo llegó. Y qué más oportuno que un lunes a la mañana. La verdad es que no me importa qué día, el problema es que odio levantarme temprano. Es algo que no puedo hacer, no porque no quiera —aunque tampoco quiero— sino que mi sistema no funciona a esas horas de la mañana. Puede ser que a las once o doce sí, pero no antes. No sé cómo hacía yo para levantarme e ir al instituto sin caerme de bruces al piso en el camino.

Por lo que, cuando el despertador de mi celular suena a las ocho de la mañana, me levanto aún con los ojos cerrados y me dirijo al baño para bañarme. Hago un esfuerzo enorme por abrir un ojo y ponerme una bolsa para cubrir el yeso antes de meterme debajo de la ducha. Confío en que el agua fría me despejará el sueño, pero una vez allí, no tan solo me despierto, sino que doy un salto con los ojos más que abiertos y comienzo a temblar en ese mismo lugar. El agua congelada se mezcla con el ambiente frío que hay. Al parecer tendré que llevar tres camperas al hospital para no congelarme en el camino.

Una vez ya limpia, completamente limpia y con un olor a vainilla que, sorprendentemente, me gusta en el nuevo champú de Damon, salgo del agua. Me siento despejada y para nada nerviosa. Solo es una revisión del yeso, ¿no? No hay nada de qué preocuparse. *Espero.*

Quiero ya quitármelo de una vez y olvidarme de él. Es tan difícil estar todo el día con esto colgando de una tela que se enrosca a mi cuello. Es pesado e insoportable. De suerte puedo cambiarme y colocarme la ropa correctamente.

Pero no solo quiero que eso ya no exista, sino que también no quiero tener mis malditas costillas adoloridas. En la semana anterior pude recuperarme bien gracias a que me la pasé acostada en la cama, pero no es como si ya no tuviese los dolores.

Más aburrida no pude estar. Damon, a los pocos días, se recuperó bastante bien de los nudillos. Sorprendentemente, a escondidas de mí, él se ponía crema para que sus nudillos se pongan mejor y así estar bien en poco tiempo. Por lo que de a poco comenzó a ir de nuevo al gimnasio. A pesar de que yo le decía que es mejor que no vaya a entrenar porque le hará peor a sus manos, se fue sin darle importancia a mis palabras. No entiendo cómo a la hora de irse no vino con la mano completamente rota. Sí, todo él es puramente músculo duro y difícil de romper, pero recién se estaba curando las manos como para ir y volver a ejercitar. Mataré a Rick por dejar que él lo haga.

Pero también me doy cuenta de algo, algo importante y que me pone de un humor de perros. Damon desde que empezó otra vez en el gimnasio, su furia aumentó. Llegaba a su casa a horas tardías y, cuando no lo hacía, me ignoraba por un rato antes de gruñir a todos los vientos sobre cosas sin sentido. No sé qué hice para que se comporte así conmigo, pero no doy mi brazo a torcer. No me gusta que se enojen conmigo sin ninguna razón y después se me vengan a quejar o a gruñir. Si me dijera el porqué se enojó y lo que hice mal, ahí sí que entendería la fuente de su enojo, pero no sin ninguna explicación. Intenté hablar con él varias veces, pero su temperamento no me dejaba. Por lo que dejé que estuviese solo durante horas con la intención de que se cansara de tener la actitud gruñona.

Por más que a las horas dejé de estar enojada, no le dirigí la palabra en todo el día y me lo pasé con Elle en su habitación, jugando con muñecas lo que quedaba del día. ¿Por qué Damon empezó con su enojo otra vez y por qué tenía tanto apuro en poder comenzar de nuevo a entrenar? No lo entiendo, la próxima pelea es en una semana y dudo que Damon necesite más de una semana para recuperar lo perdido en estos días. Pienso que, aunque no entrenase por unas semanas, todavía podría ganar más de cinco peleas seguidas. No lo entiendo, sinceramente, pero con la actitud que tiene ahora,

no pienso preguntárselo. No quiero llevarme su bronca cuando no la necesito, ni la merezco ni la quiero.

Volviendo al ahora, me cepillo los dientes antes de salir envuelta en una toalla hacia la habitación de Damon. Me quedé toda una semana con él en su departamento. Algunos días mis hermanos me visitaron y me preguntaron cómo estaba, la respuesta que siempre les daba era: *maldita sea, puedo estar mucho mejor de lo que estoy*. El resto de los días, mi aburrimiento creció. Entre estar sola y sin nada qué hacer, juro que las ganas de levantarme y comenzar a correr me carcomían. Tenía ganas de hacer algo. No sé, cualquier cosa, pero sabía que, si algo salía mal con mis costillas, tardaría el doble de tiempo en sanar. Por un momento pensé en que quería estar en el instituto y volver a mis clases, pero luego me reí de mí misma y deseché esa idea tan loca y absurda. Prefiero morir de aburrimiento antes que volver allí cuando puedo no ir gracias a mi discapacidad.

Al terminarme de cambiar con unos pantalones de gimnasia anchos y una remera común azul, ato mi cabello en una cola de caballo y me abrigo con mi campera negra. Agarro una bufanda y unos guantes para luego salir de la habitación.

Me doy cuenta de que Damon no estaba cuando me desperté. Creía que podría estar en la cocina o en la habitación de Elle, pero ahora que busco en todos lados noto que no se encuentra en ningún lado. Frunzo el ceño. ¿A dónde podrá haber ido?

Busco alguna nota en donde me diga a dónde podrá haber ido, pero no encuentro nada. No sé ni cuándo volverá ni tampoco en dónde está. *Genial, puramente genial*.

Cuando abro la puerta del departamento para ya irme a la cita con el médico, mi hermano se choca conmigo. Su mano alzada en el aire me da a saber que estaba a punto de tocar el timbre del piso de Damon. Ty me sonrío al verme y yo le devuelvo el saludo.

—¿A dónde vas? —pregunta mirándome algo extrañado. Él sabe que no debería estar parada y la preocupación se nota perfectamente en su voz.

—Al hospital —respondo con simpleza. Cierro la puerta de entrada y guardo las llaves que Damon me dio hace un tiempo de su edificio en mi pequeño bolso cruzado.

—¿Por qué? ¿Te sientes bien?

—Sí, Ty. Solo tengo la revisión del yeso. Tienen que ver si se inflamó o si llevo bien la recuperación.

—Oh, claro. Me había olvidado de eso. ¿Quieres que te acompañe? Tengo el auto estacionado.

—No hay problema. Si tienes algo que hacer puedo tomarme un taxi hasta allá.

—Yo te llevo —me corta y vuelve a sonreír.

—¿No tienes nada que hacer? —niega con la cabeza—. Está bien, vamos.

Caminamos hacia el jeep estacionado al otro lado de la cuadra y nos subimos a él. Estiro mi brazo y prendo la calefacción. El frío va aumentando y el cielo grisáceo avisa sobre la tormenta que habrá. Agradezco haberme traído campera, bufanda y guantes. Una vez con los cinturones puestos, Tyler arranca.

—¿Por qué estabas aquí? —pregunto.

—Te venía a ver, ¿hay algún problema?

—No, por supuesto que no.

—Qué bueno, quería ver a mi hermanita. Estás enferma y soy tu hermano, me preocupo por ti. Hace más de una semana que no duermes en casa y bueno... se te extraña mucho.

—¿Sam no es mucha compañía? —me río y él me mira de reojo con ojos burlones.

—Sinceramente, ahora no es más que un chico que solo tiene ojos para su noviecita. De suerte vemos juntos los partidos de fútbol en la tele. Siempre está con Emma, lo cual no me molesta, pero me siento solo con el paso del tiempo. En las prácticas no tenemos mucho tiempo para hablar y menos después, ya que Emma va a buscarlo y se van a almorzar a una cafetería que está cerca.

—¿Y tú qué haces para no estar tan solo?

—Como con los del equipo. No soy tan idiota, Nat —bufa y ruede los ojos con diversión. Él me sonríe y luego vuelve la vista hacia la calle frente a él.

—¿Entonces por qué quieres a tu insoportable hermanita contigo cuando puedes tener pura diversión con tus amigos?

—Natalie, eres mi hermana ¡Por Dios! ¿Cómo puedes preguntar eso? Me gusta estar contigo. Sé que no estoy mucho a tu alrededor cuando estás en casa, pero eso no significa que no te quiera cerca. Sí, quiero tiempos para mí y para salir con amigos, pero también quiero ver películas absurdas o de terror con mi hermanita...

—Deja de decirme hermanita, no soy una niña de cinco años —me quejo.

—... burlarnos de Sam y de sus comportamientos cuando está alrededor de Emma o cuando se sonroja por cualquier motivo —prosigue sin darle importancia a mis quejas.

—Entiendo, quieres pasar más tiempo conmigo y es por eso por lo que me acompañas a la cita con el médico... ¿estás seguro de que no es por otra razón en especial? —tengo ideas en la cabeza de por qué me quiere acompañar. No es muy fan de los hospitales que digamos, pero cuando tiene que ir por alguna urgencia, no duda en llegar allí. Algo dentro de mí me dice que no soy solo yo por lo que él está conmigo o quiere estar conmigo.

—Bueno... —ríe nervioso mientras mira el camino y con una mano se rasca la nuca.

—Ya, dime para qué me necesitas —le corto. Estoy en lo cierto, quiere algo de mí y es por eso por lo que me busca. Típico. Por un momento me creí toda esa escena de hermano preocupado y que quiere pasar tiempo conmigo.

—¿Qué sabes de Lili?

—Así que... ¿qué te traes entre manos con ella? ¿Es alguna clase de obsesión o verdaderamente te gusta e intriga?

—No, solo quiero saber sobre ella.

—¿La conoces desde antes? —paso de alto sus palabras. Desde que Lili apareció en el departamento con sus hermanos, Chris y Sophie, y miró a mi

hermano con esos ojos de reproche y desprecio, supe que algo pasaba o pasó.

—Yo, eh, puede ser.

—Mira, es la hermana de Chris, no sé nada más que su nombre y en dónde vive. ¿Desde cuándo la conoces?

—Bueno... —se ríe levemente—. Ella...

—Se acostaron, ¿no es cierto? —me manda una mirada seria de reojo y suspira.

—Puede ser...

—¿Hace cuánto pasó?

—Algunos meses.

—¿Y por qué ella estaba tan enojada contigo cuando Chris nos la presentó junto con Sophie?

—La cagué. ¿Es eso lo que querías escuchar?

—Ya sé que la cagaste, siempre lo haces y no tienes que negarlo. ¿Cuántas mujeres aparecían en casa diciendo que eras un idiota?

—Muchas.

—Por eso. ¿Qué fue lo que pasó con Lili?

—¿Qué es esto; un interrogatorio policial? —pregunta con irritación. Molesto, aprieta el volante con sus puños y gruñe con exasperación contenida.

—No, es un interrogatorio de tu hermana. Responde.

—Bien, recuérdame por qué te digo todo esto...

—¡Solo responde!

—¡Es vergonzoso hablar de esto con mi hermana, Nat!

—Yo sé que te acuestas con las mujeres y que las dejas tiradas, no es necesario que me lo recuerdes. No soy estúpida, Tyler. Aparte, sé lo que es el sexo...

—¿Qué?! —explota frenando de repente. Mi cuerpo tirando hacia delante por la fuerza con la que nos paramos, pero que gracias al cinturón no llegué a estrellarme contra el vidrio. Las bocinas de los coches detrás de nosotros crean un ruido ensordecedor. Gruño tapándome los oídos.

—¿Qué haces?

—¡¿Cómo que sabes sobre sexo?! —grita sin prestar atención a la agonía de mis tímpanos ni a los conductores y sus bocinazos. Sus ojos se vuelven cada vez más feroces y sus pupilas se dilatan. Puedo escuchar los engranajes de su cabeza sacar conclusiones por sí solos, o algunas ideas que no tienen nada que ver—. ¿Fue Damon? ¡¿Lo hiciste con él?! Voy a matarlo. No volverás a quedarte en su departamento hasta que cumplas más de cincuenta años...

—Tyler ¡Para! ¡No lo hicimos!

—Oh, claro, solo lo dices para que no vaya y le rompa la cara por acostarse contigo —gruñe enojado. Suspiro. Supongo que primero tengo que calmarlo porque si no, no llegaremos más a mi cita con el médico y seguirá inventándose cosas. No necesito su furia y menos sus regaños. Él es el que se acuesta sin parar con mujeres, no yo.

—¡Ty! No me acosté con Damon, ¡sigo siendo malditamente virgen! Ahora, arranca el maldito coche o perderé la cita.

¿Virgen? —pasmado, pregunta con los ojos bien abiertos, sin poder creérselo y con un toque de duda.

—Sí, hermanito. Soy virgen. Ahora, por favor, ponte en marcha y déjate de inventarte cosas y responde a mi pregunta. ¿Qué le hiciste a Lili?

Suelta un suspiro de alivio y pone a andar el auto. Alaridos de felicidad se escuchan detrás de nosotros mientras avanzamos acorde al poco tránsito. No puedo creer que se pusiera así por el hecho de que sepa un poco de sexo. ¿Por qué yo no podría saber sobre sexo siendo virgen? Bien, sé de qué va la cosa, pero no es para tanto. Sé lo básico y solo eso necesito para entender un poco sobre el tema sin tener que experimentarlo físicamente.

—La dejé tirada cuando no tenía qué hacer y le prometí que me quedaría —dice luego de unos minutos. Dando toda su concentración al conducir antes de mirarme a mí y decírmelo a la cara. Aprieta la mandíbula mientras que también lo hace con sus manos al volante.

—¿Qué?

—Llevábamos tiempo acostándonos. Creo que fue con la única chica con la que me acosté más de una semana, hasta que un día me dijo que me quería y yo... también se lo dije, solo que a mí se me salió de la nada. Ni siquiera lo pensé dos veces. Me asusté. Me dijo que me quedara con ella y yo le prometí que lo haría, pero luego, cuando la vi dormida en mis brazos, me acobardé y la dejé allí, desnuda y sola en una habitación de hotel.

—Tyler...

—Y es por eso por lo que ahora me odia y quiere matarme. Hace como si no existiera y me ignora. Todo. Mis llamadas, mensajes... quiero intentarlo de nuevo con ella, pero me evita a toda costa. ¿Qué puedo hacer? No me la puedo sacar de la cabeza.

—Mira, nunca supe nada sobre relaciones, en serio, pero intenta ir más despacio y no agobiarla. Comienza de nuevo, conquístala como se merece. Déjale un poco de tiempo para pensar y luego invítala a salir. Cómprale flores y chocolates.

—Bien, eso haré.

—Solo no hagas esto si no quieres una relación. No le des falsas esperanzas como lo hiciste antes para luego dejarla tirada sin explicaciones. Tienes que tener claras tus ideas para luego actuar. ¿Entendiste?

—Completamente —asegura con firmeza y con una pequeña sonrisa creciendo en las comisuras de los labios.

—La próxima vez no trates de hacerme creer que quieres pasar tiempo conmigo para tener información de una chica.

—Está bien, siento eso. Estaba desesperado —dobla en una esquina y se detiene justo cuando el semáforo se pone en rojo—. ¿En serio eres virgen?

—Sí, ya déjalo y olvida eso —cruzo mis brazos en mi pecho mientras intento no mirarlo. Se ríe.

—¿Damon no intentó nada contigo? Bueno, aunque prefiero que no te toque, no me imagino a Damon no intentando algo.

—No te importa, ya déjame.

—¡Hey! Yo tuve que contarte lo que pasó con Lili, es tu turno ahora.

—Eres el que necesitaba mi ayuda, yo no te busqué para hablarte sobre mi vida privada.

—*Touché.*

En el poco camino que nos queda para llegar, no habla ninguno de los dos. Creo que ya dijimos todo lo que teníamos que decir. Estoy satisfecha con la respuesta que me dio sobre lo que le pasó con Lili. Él nunca se sinceró así conmigo y mucho menos me contó nada sobre sus conquistas. Pensar que él quiere algo con una chica que le rechaza es muy divertido. Y pensar que muchas mujeres quieren estar en el lugar de Lili y ella desaprovecha tener a mi hermano en la palma de su mano.

No sabía qué decirle sobre ella cuando me lo preguntó. La verdad es que no la conozco casi nada. Las veces que estuve en la casa de Chris, me pasaba más el tiempo con él que con sus hermanas. O, hay veces, que Lili no está en casa como para quedarme a hablar algo con ella.

Por lo que no yo no le serví de mucha ayuda a Tyler. No le pude ayudar cuando me lo preguntó y, por más que sepa algo sobre ella, no le diría mucho. No podría contar secretos a mi hermano cuando Lili confía sus secretos a mí. Si es que me cuenta algunos, lo que no creo posible.

No tardamos más de diez minutos más en llegar, sumándole unos cinco gracias a que tenemos que encontrar lugar para estacionar el *jeep*. Una señora mayor con unas grandes ojeras nos recibe con una sonrisa tan gigante como esas bolsas bajo sus ojos celestes. Nos dice que esperemos sentados hasta que digan mi nombre. Le agradecemos amablemente antes de sentarnos en unas sillas de plástico cercanas a una máquina de golosinas. Ty se la queda viendo fijamente, intentando que la baba no saliese a cascadas de su boca.

Me río sin poder evitarlo. Parece un niño adicto a los dulces y necesitado de ellos. Ruedo los ojos con disimulo. Es un adicto a las golosinas y me extraña que no haya corrido a esa máquina ni bien la ve. Muchas veces lo hizo, es por eso por lo que me parece raro que en esta ocasión no lo haya hecho.

—Señorita Natalie Lawler —llaman. Me levanto rápidamente de mi asiento y sigo al mismo doctor que me atendió cuando estuve aquí por el

accidente a un consultorio repleto de cosas blancas. Me hace señal para que me siente—. Hola, Natalie.

—Hola.

—¿Cómo lo llevas? ¿Te molesta o te duele más de la cuenta el yeso? —pregunta recorriéndome con la mirada el brazo. Me encojo de hombros.

—Bueno, la verdad es que mi brazo está bien, no siento un dolor que no puedo soportar, me duele mucho menos que hace una semana.

—Bien, lo revisaré —se levanta y se aproxima a mí. Mientras hace su trabajo, comienza a hablarme y a hacerme preguntas. Me sonrío amablemente y se ríe cuando le hace gracia algunas de mis palabras—. Espérame aquí que ya vengo, por favor —dice luego de moverse por todo el consultorio en busca de algo, asiento y sale de la habitación.

—¿Piensa que se me inflamó o algo? —pregunto varios minutos después, cuando regresa. Lleva una especie de cuaderno o carpeta en sus manos. Me mira luego de revisar las anotaciones y sonrío.

—Está perfectamente. Tendrás que venir unas dos veces más a revisión para, si ya estás mejor, sacarte el yeso. ¿Cómo andas con las costillas?

—Mejor que antes —se ríe.

—Te entiendo. Me pasó lo mismo hace varios años atrás. No fue muy lindo que digamos.

—¿Por qué?

—Bueno... —suspira y su mirada refleja nostalgia, tristeza y pena—. Tuve un accidente de auto. No se veía casi nada en la carretera gracias a la tormenta. Con mi esposa fuimos de viaje en auto y bueno... Ya estábamos volviendo. Un camión salió de la nada y se nos cruzó por delante. Nos chocó de una manera brutal y causó que el auto en el que estábamos rodara y se saliera del carril. Mi esposa estuvo a punto de perder a nuestro bebé. Ella estaba embarazada. Por suerte, ahora estamos todos bien. Yo llegué a tener algunos cortes y algunas costillas rotas, pero ella estaba peor que yo, por lo que en ese momento pude ver. Pero se recuperó bien y ahora vivimos felices con el pequeño Josh.

—Oh, bueno, siento lo del accidente y te felicito por tu hijo —se ríe.

—Gracias. Y no te preocupes que te curarás rápidamente. Nos vemos la semana que viene; el lunes a la misma hora.

—¿En serio? ¿Tan temprano? Creo que usted quiere matarme.

—Oh, vamos, no es para tanto. Yo me levanto a las cuatro de la mañana para llegar justo a tiempo para trabajar —me mira con una expresión divertida mientras apoya su cadera contra un mueble cercano. Me levanto de mi asiento, lista para marcharme.

—Es usted el que eligió trabajar de doctor, nadie lo obligó. Por lo que no se queje de sus horarios —ruedo los ojos burlesonamente y escucho su risa mientras me alejo y encuentro a mi hermano en el mismo sitio en el que lo dejé cuando me fui.

Se levanta rápidamente al verme y me sonrío metiendo sus manos en los bolsillos de sus vaqueros negros.

—¿Cómo te fue?

—Bien, no tengo nada malo en el brazo y me estoy recuperando bien — respondo mientras caminamos hacia fuera, pasando a algunas personas que esperan su turno sentadas o paradas. Es impresionante lo rápido que se llena a esta hora el hospital. Hace media hora no había casi ni un alma en vida y ahora está casi lleno. Agradezco haber venido temprano, ya que, si hubiese venido ahora, no me atenderían en ocho años.

—¿Cuándo tienes que volver?

—La semana que viene, el mismo día a la misma hora. ¿Quieres acompañarme de nuevo?

—Nah, paso. Prefiero quedarme durmiendo.

—Qué buen hermano tengo —murmuro con la voz cargada de sarcasmo y ruedo los ojos mientras escucho su carcajada.

—Lo sé, me amas.

—Aja, como quieras.

—Dilo —pasa su brazo por mis hombros y me acerca a su cuerpo. Caminamos por el estacionamiento en busca del auto.

—¿Qué cosa? —lo miro extrañada. De seguro se tomó algo que lo afectó mucho. Está muy feliz para ser verdad.

—Que me amas... —*sip*, definitivamente se encuentra pirado y totalmente loco. Creo que se fumó algo cuando entré al consultorio.

—Ya deja de joder, Ty —me quejo separándome un poco de su cuerpo. Si sigue apretándome como lo hacía, mis costillas se romperán más de lo que ya están.

—Bien, pero admite que me quieres y que soy el mejor hermano que tienes.

—Lo eres —nos subimos al *jeep* y Ty pone en marcha el coche.

—¿Más que Sam?

—Sí, más que Sam —revoloteo los ojos. Por más que Ty y Sam sean hermanos, la rivalidad está siempre intacta. Pelean como todo hermano común y corriente, y son celosos el uno con el otro. Cuando era chica, ellos me preguntaban quién era el mejor de los dos. Yo les respondía que no tenía un favorito cuando los tenía a los dos enfrente de mí, pero estando a solas con Tyler, afirmaba que él era mi favorito, y así también con Sam. Son envidiosos con las cosas materiales, las personas y los sentimientos. No lo entiendo muy bien, ya que no me pasa lo mismo con ellos. Pero me daban gracia sus peleas. Intentaban ganarme al comprarme dulces o juguetes para que dijera el nombre de mi preferido. Me consentían con todo lo que yo quería y deseaba.

Y hay que admitirlo, con el tiempo no mejoraron ni dejaron atrás esas estúpidas peleas, sino que siguen estando, salvo que ya parece más un juego que otra cosa.

Emprendemos el viaje hacia no sé dónde. La verdad es que no sé si me llevará al departamento de Damon o al nuestro. Me da lo mismo, sinceramente, en lo de Damon iba a estar sola, ya que Elle tenía que ir al jardín y bueno, Damon tenía entrenamiento. Al menos, en nuestro piso, tengo la compañía de mi hermano, quien si se lo pido podría hacerme algunos dulces para comer. Mi estómago ruge por comida.

—¿A dónde vamos? —pregunto mirando por la ventana. La lluvia comienza a caer de a poco y el viento se intensifica. El frío en el auto aumenta cada vez más al igual que la llovizna comienza a ser una gran tormenta. Las nubes grises cubren todo el cielo sin dejar ningún rastro de sol.

—A casa. Ayer hice pan de carne para cenar, Emma se quedó de nuevo a dormir con Sam y sobró un poco de comida, por lo que si quieres hago puré de papas y lo acompañamos con eso. ¿O quieres ensalada?

—Puré de papas está bien para mí. Hace mucho no como eso.

—OK, por suerte ayer fui a comprar y llené la alacena completamente. Tienes que pasar más tiempo en casa, siempre sobra comida porque los noviecitos viven yéndose a comer afuera y volviendo a horas tardías. Por lo que me la paso cenando solo, mayormente —frunzo el ceño. Ahora que me pongo a pensar, él tiene razón. Me paso todo el tiempo con Damon sin pensar en mis hermanos y ahora todo me cae en la cabeza como un cubo lleno de agua congelada. Los dejé solos y de lado. No pensé en ellos, tan solo estuve toda mi recuperación con Damon, sin mencionar que desde antes también, cuando a la vez tuve que estar con mis hermanos. ¿Cómo pude ser tan desconsiderada y no pensar en los demás? Estuve tan metida en mi mundo, que no se me vino a la mente la idea de que alguno de mis hermanos pudiese estar sin compañía. No hablo mucho sobre Sam, ya que él pasa el mismo tiempo con Emma que el que yo con Damon, pero Ty no tiene a nadie con quién pasar los días si no somos nosotros dos.

—Lo siento.

—¿Qué? —pregunta pasmado y algo confuso. Su mirada pasa de la carretera a mí y de mí a la carretera.

—Que lo siento.

—¿Por qué?

—Tienes razón, no estuve casi nada de tiempo para ti. Me hubieras llamado y podríamos haber arreglado para salir al cine... o cualquier cosa, Ty. Ahora me siento tan estúpida y tonta por hacerte esto a ti y a Sam.

—Hey, tranquila —intenta calmarme cuando siento que las lágrimas se juntan detrás de mis ojos, esperando por salir a cascadas. Aparca frente a

nuestro edificio y se gira para mirarme. Sus ojos reflejan tristeza y lo mal que se siente por causarme esto; por hacer llorar a su hermanita. Siempre tuvo una debilidad enorme hacia mí cuando me ve llorar. Es como si todos sus muros y enojo se disiparan y llegaran a no existir, sin dejar huella ni marcas por ningún lado.

—Y-yo lo siento, Tyler. No me di cuenta. Soy una pésima hermana — sollozo y me atraganto con saliva al tragar. Él suspira temblorosamente.

—No te preocupes, no es para tanto, ¿sí? —dice dulcemente acercándose a mí y envolviendo sus manos a mi alrededor. Desabrocha mi cinturón y me levanta del asiento para dejarme arriba de él, como una niña de cinco años sentada sobre las piernas de su madre—. No la pasé tan mal como piensas, miré mucha tele y comí millones de *muffins* de chocolate. ¿Eso te parece una vida desagradable? —me río e inspiro por la nariz.

—No...

—Entonces no tienes que preocuparte por si mi vida corre peligro de desnutrición. Tengo todo lo que necesito para no aburrirme cuando no estés ni tú ni Sam.

—Yo... lo siento, pasaré más tiempo contigo.

—Bien. ¿Qué te parece si por ahora entramos y almorzamos? Nos moriremos de frío si seguimos aquí dentro. Tendremos que entrar rápido para no mojarnos, Nat. ¿Hacemos una carrera y el que pierde lava los platos? —pregunta con los ojos brillando de esperanza y alegría.

—Ty, no puedo correr, ¿recuerdas? Tengo las costillas rotas y necesito reposo —le recuerdo secándome las lágrimas secas de mis mejillas y mirándole a los ojos. No me gusta matar sus esperanzas, pero cuando no puedo hacer algo con él, es porque la razón por la que no puedo es seria. Y mis costillas y su estado son serios.

—Cierto. ¿Entonces, por estar discapacitada me llevo yo el bajón de lavar los platos; no es así? —asiento sonriendo inocentemente. Bufa y rueda los ojos con gracias, aún sin quitar su sonrisa divertida—. Claro, Ty siempre está bien sanito y se lleva él las cosas que no le gustan... Maldita sea... —comienza a decir una y otra vez mientras abre la puerta del auto y se baja

conmigo en sus brazos. Me lleva alzada hasta la puerta de entrada rápidamente con la intención de no mojarnos mucho. La lluvia está cayendo con más ferocidad y fuerza. Para ser las diez de la mañana, el cielo está muy oscuro. Las nubes son más negras que grises. Lo cual da la sensación de que sea casi de noche. Por alguna razón, me gustan estos días así, fríos, lluviosos, con mucho viento.

Tomamos el ascensor hacia nuestro piso y me dirijo rápidamente a mi habitación para cambiarme ni bien entramos por la puerta de entrada, porque para mi mala suerte, me mojé toda en ese corto trayecto desde el auto hacia aquí. Con el pensamiento de que me quedaré toda la tarde, me coloco mi cómodo pijama y un buzo de lana para abrigarme bien. Estoy temblando de frío y mis dientes tiritan, creando un ruido que, por el silencio de mi habitación, se escucha muchísimo más fuerte.

Recojo mi cabello en un moño alto y desaliñado, así como mi vestimenta de casa, y bajo las escaleras con lentitud. Por más que tenga cuidado con no hacer bruscamente las cosas, las costillas me duelen igual.

—¿Y Sam? —pregunto cuando entro a la cocina. Ty saca del armario una tabla de madera y todo lo necesario para hacer el puré de papas—. ¿No es muy temprano como para ya empezar a hacer el puré de papas?

—No, no es temprano, ya que tengo que poner a hervir las papas, no me digas qué hacer o qué no hacer respecto a la cocina si no sabes nada —se queja apuntándome desde lejos con un cuchillo que recién sacó de un cajón mientras me siento en la silla detrás de él—. Por cierto, Emma y Sam fueron al instituto.

—¿Y por qué tú no fuiste?

—No tenía ganas, por lo que le dije a Sam que me cubriera y dijera que estaba enfermo —se encoge de hombros, su remera apretándose contra sus músculos y definidos brazos y espalda, no más que los de Damon, gracias al movimiento.

—Qué fácil tu vida, hermanito. Si quieres, faltas; si no quieres, no faltas. Quiero tu vida, por favor —puedo deducir que rueda los ojos sin siquiera verlo.

—Tú puedes faltar gracias al certificado médico que dice que tienes que estar en reposo, definitivamente yo quiero tu vida. Por cierto, tienes bastante tarea pendiente —para de hacer lo que quiera que estuviese haciendo y me mira a mí con el ceño fruncido por la confusión que siente, pero luego lo cambia a una mirada burlona y satisfecha—. Pensándolo mejor, no quiero tu vida, tienen muchísima tarea por hacer —se ríe.

—¡No te burles! —me quejo lanzándole lo primero que encontré cerca. Un... ¿un trapo? Bueno, es lo que hay. Lo esquivo fácilmente mientras ríe a carcajadas. Es por esto por lo que hay veces que quiero tirarlo al suelo y empezar a hacerle cosquillas. Las cosquillas son su debilidad. No puede contra ellas y esa es su tortura cuando no quiere hacer lo que le pido, sea lo que sea, él lo termina haciendo a la fuerza.

—Luego te la daré, pero en serio, es mucha tarea. Estoy seguro de que también tendrás que estudiar bastante. Creo que ya tuviste tres evaluaciones a las que faltaste nada más.

—¿Cómo es que sabes eso?

—Mmm... Tengo admiradoras en tu curso, por lo que solo le pregunté a una y listo. Me pasó la tarea y los trabajos para ti.

—Gracias, no sé ni cómo te acordaste de preguntar sin que yo te dijera lo que tenías que hacer —aplauzo con mis manos como si de un show en vivo se tratase.

—Sí, sí. Soy un genio y es por eso por lo que me adoras.

—Ajá —me levanto de mi asiento y voy al refrigerador. Puede ser que mi hermano esté cocinando ahora, pero mi hambre no da para mucho tiempo más. Mi estómago ruge por comida y eso le daré. Para mi muy buena suerte, los exquisitos *muffins* de mi hermano están bien puestos en una bandeja mediana. Llevan crema de colores encima, lo que provoca que baba empiece a salir de mi boca. Lo saco rápidamente y me siento de nuevo en mi silla para empezar, por fin, a devorar esas delicias.

—¡Hey! ¡No te comas todas, yo también quiero algunas para después! —se queja Ty, apuntándome con una cuchara de madera. ¿Qué tiene hoy con apuntarme con artefactos de cocina?

—Bien, ¿te parece si te guardo una o dos? Tengo mucha hambre, Ty... — pongo los ojos de perrito necesitado y hago un puchero muy tierno con los labios. Doy por hecho de que ese suspiro de derrota que sale de sus labios es un «Sí», por lo que sigo devorando felizmente los dulces frente a mí, dejando de lado los dos para Ty.

—Nat, ¿puedes mandarle un mensaje a Sam preguntándole si vendrá a comer aquí con nosotros? Es que hay veces que me sorprende viniendo a almorzar aquí y hay veces que no hice de más para él —asiento y me estiro sobre la mesa para agarrar el trapo para limpiarme la boca, la cual tengo más que manchada de crema azul. Una vez un poco más decente, voy hacia mi cuarto para buscar mi bolso. Agarro mi celular y desbloqueo la pantalla.

Cuando aprieto el botón de enviar el mensaje, una cosa se me viene a la cabeza; Damon. ¿Por qué no me habrá llamado hasta ahora? Ni siquiera estaba cuando me levanté, por lo que no lo veo desde las siete u ocho de la mañana. Ni un mensaje ni nada. No entiendo, siempre me despierto a su lado, pero esta vez la cama estaba fría, como si él se hubiese ido mucho antes de que yo despertara. Eso me confunde y desconcierta ¿Qué le habrá pasado para marcharse sin dejar nada con lo que saber a dónde se fue, o tan solo avisando de que se fue?

Toda la semana estuvo raro y esto se le suma a la lista. No quiero ser de esas novias pesadas, pero quiero saber lo que le pasa por la cabeza. Quiero saber por qué se va sin dejar rastro a la madrugada, saber qué es lo que le anda molestando para que su furia, la cual hace bastante tiempo que no estaba o que al menos era menor, volviera a aparecer. No habla conmigo y yo sí quiero que lo haga. Que se sincere conmigo, que me diga qué lo agobia o molesta. Sinceramente, no lo entiendo. De repente es todo un sol conmigo, me cuida y se queda días y noches junto a mí, llenándome de besos apasionados y abrazos, pero luego es alguien frío que tiene esos ataques de furia y empieza a alejar a todos. Se cierra en sentimientos fuertes y reproche.

Por más que me gusten todas las etapas de Damon, quiero respuestas, necesito saber qué pasa. ¡Por Dios! *Soy su novia.*

Odio que se vaya sin dejar algo con lo que yo sepa que se fue; si es necesario, que me despierte para decirme que se va. Lo necesito cerca y a mi alrededor... como si no pudiese vivir sin él. Corrección; no puedo vivir sin él, no puedo estar lejos de su calor abrasador y fragancia masculina propia de todo él. ¡Por Dios, no quiero que me aleje como lo está haciendo ahora y lo vino haciendo toda la semana!

CAPÍTULO



Iré con Emma —responde Sam a los pocos minutos de enviarle el mensaje. Me quedé tan ensimismada en mis pensamientos sobre Damon y sobre lo que tendría que hacer para que me cuente sobre las cosas que le molestan, que el tiempo se me fue de las manos. Pasaron unos minutos sin darme cuenta. Me encuentro en el mismo lugar en el que estaba; parada junto a la puerta de mi habitación viendo la pantalla de mi celular.

Bien, Tyler cocinará puré de papas y pan de carne.

Mmm... Delicioso, ya tengo ganas de llegar, pero para mi mala suerte todavía me quedan dos horas más para salir. Dile que haga bastante, no desayuné y mi pancita ruge por comida.

¿Estás seguro de que no desayunaste? Lo dudo mucho.

No desayuné, Nat. ¿De qué hablas?

¿Qué? ¿Los besos de tu noviecita no son suficientes para saciar tu hambre?

Oh... No solo son sus besos los que me sacian. Aunque, aun así, siempre tengo ganas de más...

¿Qué quieres decir? —frunzo el ceño. ¿De qué me está hablando? Releo nuestros mensajes, pero sigo sin comprender lo que insinúa. O estoy distraída con todo lo de Damon y no puedo entender, o es él el que no se expresa bien.

Nada, no importa. Solo dile eso; tiene que hacer mucha comida.

Está bien.

Nos vemos luego.

¡Adiós!

Una vez terminada la conversación, dejo mi celular tirado en la cama. No lo usaré por ahora y dudo que en el poco tiempo en el que Ty tarde en hacer el almuerzo y comer luego, alguien me llamase o mandase un mensaje.

El sonido de la lluvia golpea contra la ventana con un sonido fuerte. La tormenta que ya sabía que iba a aparecer, lo hizo en tan solo unos minutos. El cielo refleja un poco de mi estado de ánimo. Decaída, triste y... Bueno, necesitada de luz. Todo un mundo gris. Damon es mi luz, pero justo ahora y toda la semana atrás no estuvo. Los truenos para nada silenciosos hacen acto de presencia en ese mismo instante, haciéndome sobresaltar. Creo que tal y como los truenos son, electrizantes, repentinos y que pueden matarte con tan solo estar cerca, Damon es muy parecido. No literalmente, pero si me pongo a pensar, las actitudes demuestran que tengo razón. Electrizante porque cada vez que me toca, esa corriente llena de vida me recorre el cuerpo como si no hubiese un mañana, transformado a una Natalie normal, en una Natalie desesperada por su tacto. Repentino; por el hecho de que las cosas que hace me lo dan a saber. Como por ejemplo en la semana pasada, él de un día para el otro, repentinamente, se convirtió de nuevo en aquel chico que en un principio conocí; enojado, gruñón, peleador, temperamental...

Sé que nunca cambió esas actitudes, siempre las tuvo bien guardadas en su interior, en un cofre lleno de su pasado misterioso y con un candado, hasta que en ciertos momentos le entra la locura y abre ese cofre que siempre me confundió.

Sé que tengo que escucharlo y no sacar conclusiones por mí misma, pero a la vez él tiene que hablarme, porque si no va a causar que mi cabeza comience a buscar los por qué está así conmigo y con todo el mundo. Y creo que ni él ni yo queremos eso. Saco conclusiones que no tienen nada que ver con lo sucedido, pero él tiene que impedir eso. No digo que me cuente todo, porque sé que no lo va a hacer, pero quiero algo, una mínima explicación para poder entenderlo y así ayudarlo a sanar o mejorar. Todo es cuestión de lo que él haga.

Bajo las escaleras justo cuando escucho algo sonar contra el suelo de la cocina. El ruido hecho por el impacto sobre las baldosas resuena por todo el edificio, por lo que deduzco que se le cayó algo de metal o algo por el estilo. Dudo mucho que fuese una cuchara de madera porque ni siquiera ese ruido haría un estruendo como el del metal.

Cuando estoy bajando el último escalón, la imagen de Burry se me viene a la cabeza. ¿Dónde estará esa bola de pelos? No estaba en mi habitación cuando fui ni tampoco está en la sala de estar. De repente, pienso que algo le pasó, que se escapó o que la raptaron. Oh, Dios, sé que no estuve mucho con esa linda perrita, pero no es como si no me importara. La última vez que la vi fue la semana pasada... un jueves, creo. Luego, fue como si todas las imágenes de los días que pasé después del jueves aparecieran en mi mente. Todas mostrándome que no estuve con Burry porque no estaba en el departamento de Damon.

El susto me invade tanto que casi salgo corriendo hacia la cocina. Pero gracias a mis costillas, tengo que alejar ese pensamiento e ir caminando tranquilamente.

—¿Sabes dónde está Burry, Ty? —pregunto alarmada hacia mi hermano, quien como ya me imaginaba, se le había caído una olla de metal y ahora la está lavando.

—Sí, está en mi habitación —responde simplemente, sin darse la vuelta para mirarme, como si no le importara en absoluto la vida de mi bola de pelos.

—¿Por qué está en tu habitación y cómo es que está ahí?

—Damon me la dio el miércoles a la noche diciendo que molestaba mucho —se encoge de hombros—. Y como me meó la sala de estar, le puse unos diarios, agua y comida en mi cuarto. Pero hoy se me olvidó sacarla de allí.

—Bien, iré a buscarla —comento dándome distraídamente la vuelta.

Subo otra vez las escaleras, solo que esta vez con pesadez y cansancio. Algo por lo que me quedaba en el departamento de Damon era por el hecho de que no tenía que subir escaleras en ningún momento para llegar a alguna habitación. Lo de estar aquí, es que constantemente subo y bajo, voy y vengo

todo el tiempo; lo cual destroza mis costillas y causa dolores tremendos. La próxima tendrá él que subir escaleras para buscar lo que sea.

Abro la puerta de mi hermano e instantáneamente, Burry se abalanza a mis pies, arañándome con sus uñas largas en su recorrido. La levanto en brazos y le doy un beso en el hocico mientras que con su lengua húmeda lame mi barbilla. Me aparto riendo por las cosquillas que me causa y salgo de la habitación. Las escaleras siguen siendo un infierno para mis costillas, pero al bajar lo hace menos doloroso que en la subida.

Me siento en la mesa de nuevo y dejo que Burry corree por todo el lugar moviendo de un lado a otro su colita negra y peluda.

—¿Qué te dijo Sam? —pregunta Ty, aún dándome la espalda. Se mueve con agilidad por la cocina y agarra todo lo que necesita de los gabinetes.

—Que vendrá con Emma —respondo simplemente, tomando una manzana del cuenco que hay en el centro de la mesa y jugando con ella, rodándola en el mismo lugar y dándole vueltas antes de darle un mordisco. Tengo mucha hambre a pesar de que comí los dulces de mi hermano hace poco.

—Bien.

—Dice también que tienes que hacer una gran cantidad de comida.

—Me lo imaginaba —se ríe, su espalda moviéndose por el acto—, aunque creo que no alcanzará el pan de carne que sobró de anoche. Creo que tendré que hacer más, ¿no crees?

—Sip. Sam se comerá tres platos de seguro.

—¿Qué quieres que haga entonces para remplazar el pan de carne?

—No es necesario que lo reemplaces, haz más pan de carne y así lo juntaremos con el que ya tenemos listo. No hay de desperdiciar comida.

—De igual manera... —comenta a la vez que el ruido de un cuchillo cortar algo resuena contra la tabla de madera— no sería desperdiciar. Sam a medianoche baja a ver qué hay para comer cuando no puede dormir o se despierta hambriento. Lo hubiera dejado allí para él.

—¿Cómo sabes que se come todo? —doy otro gran mordisco a mi jugosa manzana roja. El jugo se escurre un poco y cae por los costados de mi labio

inferior. Lo limpio con la mano.

—Porque a la mañana nunca encuentro nada con qué hacer el desayuno o el almuerzo.

—Mmm... Tienes razón —carcajeo, llevándome una mano a las costillas cuando siento ese pinchazo dolor.

—Y... ¿cómo lo están llevando? —pregunta luego de unos segundos de puro silencio. Puedo notar en el tono de voz que le incomoda hablar de este tema. Soy su hermana, por lo que no se siente seguro de hablar de chicos y mis relaciones amorosas. De suerte para mí, a él no le enfureció que yo estuviera cerca de Damon. Bueno, puede ser que le molestase y, si lo estaba, yo no lo notaba. Aunque dudo que, si estuviese molesto o enojado, vaya a quejarse a Damon. Tyler sabe que podría matarlo con tan solo un puñetazo si lo jode.

—¿Qué cosa? —pregunto haciéndome la desentendida y así dándole una oportunidad de retractarse de hablar conmigo de eso. Pero no lo hace, por lo que el momento de tensión aparece.

—La relación, Damon y tú.

—Bien... creo. Solo que en la semana se estuvo comportando diferente, pero aun así estamos bien.

—Qué bueno, ¿no sabes que es lo que le está pasando?

—Nop, pero se lo preguntaré cuando él se digne a pasar tiempo conmigo —digo con tranquilidad, fingiendo que dentro de mí no quiero vomitar. No me gusta este tema de conversación y menos con mi hermano.

—¿Por qué lo dices?

—Se escapa a la mañana y no lo veo en todo el día hasta que ya es muy tarde a la noche y tan solo se tira a dormir. No me presta atención —mi tono de voz da a saber la tristeza que tengo, pero me pongo la máscara que oculta mis sentimientos y los reprimo tanto como puedo. Cada vez me estoy volviendo más sensible y si sigo así, me tiraré a llorar por lo feo de la situación y sabiendo que puede que Damon esté alejándose de mí porque no me quiere más. Lo dije, se cansará de mí y me dejará.

—Entonces no está todo bien entre ustedes, Nat. Algo pasa. ¿Hiciste algo mal?

—¡No lo sé! ¡No me habla!

—¿Se lo preguntarás cuando lo veas? —sigue insistiendo, y mi paciencia va disminuyendo hasta el punto de querer tirarle la mitad de la manzana que me queda en la cabeza.

—Eso intentaré. Lo más probable es que me esquive y no me hable.

—Bien, pregúntaselo igual, no quiero verte así de triste.

—No estoy triste.

—Eso díselo a tu cara de «necesito desesperadamente los brazos de Damon» —se burla dándose la vuelta y me apunta con el cuchillo bien afilado antes de darse la vuelta y reírse sonoramente.

—Bien. Déjalo, Ty. Hablaré con él cuando se dé la ocasión. Ahora deja el tema de lado y cocina que sigo con hambre —me quejo sin querer escuchar sus burlas toda la noche, sé que, si sigue así, no solo la manzana acabará en su cabeza. Como otra porción de manzana.

—Bien, bien —levanta las manos en forma de paz y sonrío alegremente, dejando atrás la inquietud que estaba con él por el tema del que hablábamos —. Mandona... —murmura por lo bajo para que no lo oiga, pero definitivamente sí lo escuché.

—¡Te escuché! —me quejo, cruzando los brazos en mi pecho, haciendo un puchero divertido y terminando por fin mi manzana. Me doy la vuelta y apunto con la manzana al tacho de basura que hay a unos pocos centímetros. Y luego, lanzo. El ruido que hace al chocar contra el fondo del tacho aparece y sonrío por mi victoria.

—Bien, era hora de que te dieras cuenta de lo que eres.

—¡Ya cállate! —carcajeo volviéndome hacia él, quien todavía me da la espalda—. ¿Dónde dejaste la tarea que tengo que hacer? Podría hacer un poco ahora para distraerme.

—En mi mochila.

—¿Y dónde está tu mochila?

—Al lado del mueble de la tele.

—Bien, gracias.

—De nada —me levanto de mi asiento y arrastrando los pies, camino en busca de mi tarea.

Hace ya bastantes días que no voy y me preocupa mucho poder reprobar las materias. No quiero repetir, sé que soy buena con los estudios, pero faltar a clases no me hará pasar de año. Sé que ahora, la excusa para faltar es por mi discapacidad por las costillas, y no podrían decirme nada, pero cuando esté un poco mejor y me dejen ir a clases de nuevo, tengo que esforzarme mucho por estar a la altura de todos. Si no notan los esfuerzos que tengo que hacer, no me aprobarán. Los profesores son malvados cuando tienen que poner las últimas notas que definen si apruebas el trimestre.

Me siento en el sillón y llevo conmigo las carpetas para comenzar los tediosos trabajos. Cruzo mis piernas y dejo la computadora de mi hermano en el sillón frente a mí mientras apoyo mi espalda en el apoyabrazos.

Comienzo a buscar información necesaria para unos de los muchos trabajos que tengo para biología, ADN y reproducción de las células. También el porqué cada persona tiene el pelo de tal color, los ojos del padre, la madre, los tíos o los abuelos, el porqué es mujer o varón. Todas esas respuestas.

No es muy difícil. Una vez que te lo explican bien, lo entiendes fácilmente. Solo que para mí no es necesario que me lo expliquen. Hay algunas pocas páginas que explican las cosas como para que un niño de cinco años lo entendiera. Eso ayuda mucho a que yo logre ponerlo con mis palabras y como lo entendí.

Cuando ya termino la investigación de esa materia, que no eran muchas preguntas por buscar y responder, paso a la de matemáticas. Los cálculos, las fórmulas y los problemas no son para nada difíciles, los hago en un abrir y cerrar de ojos. Al contrario, mis hermanos son tontos en esta materia, dicen que los números no sirven para nada, nunca les gustaron. Ellos, si se esforzaran un poco en aprender esto, lo sacarían tan rápido como yo los resuelvo todos. Algún día voy a tener que enseñarles a mis hermanos sobre

qué se trata todo esto, veo la posibilidad de que, aunque ellos estuviesen más adelantados que yo en la universidad, me seguirán preguntando qué hacer en tales casos que no encuentren la solución.

Luego de idiomas y química, me doy por vencida. Mi espalda pide un descanso gigantesco. Necesito desesperadamente moverme y estirarme. Mis músculos están tensos por estar mucho tiempo en la misma posición durante... —miro el reloj que hay en la pared contraria a la cocina— ¿dos horas y media? *Demonios, necesito mucho descanso.* Mis manos duelen y están un poco dormidas por todo lo que tuve que escribir en los ensayos, porque, para mi muy mala suerte, no puedo entregar todos impresos, tenía que hacerlos todos a mano. Estoy destrozada. La cabeza me va a explotar. Nunca hice la tarea tan rápido como ahora lo hice, y menos cuando son más de cuatro trabajos.

Dejo a un lado la computadora y las hojas, y me paro con lentitud. Trueno mis dedos, estiro las piernas y los brazos, y luego, con mucho cuidado de mi parte, mi espalda. Intentando en el proceso no lastimarme más las costillas.

Justo en ese momento, el ruido de unas llaves abrir la puerta hace que me gire a ver quién es. Sam y Emma se abren paso y entran al salón después de cerrar la puerta. Mi hermano deja tiradas las llaves en la mesita junto a la puerta. Emma se aproxima hacia mí cuando me ve y envuelve sus delicados brazos a mi alrededor.

—¡Hola, Nat! —con alegría, dice separándose y llevando sus ojos marrones a los míos.

—Hola, Em.

—¿Cómo estás? —pregunta, aún sin quitar esa sonrisa luminosa de la cara, Sam se aproxima a mí y me besa la mejilla.

—Hola, hermanita. Hace bastante no te veo aquí.

—Lo sé, tendría que quedarme más seguido —murmuro sonriendo.

—Tendríamos que salir las dos solas, una noche de chicas o podemos ir a tomar un café por algún lado. Tengo que contarte muchísimas cosas —sigue diciendo Emma mientras veo cómo mi hermano sonrío con alegría y se va a la cocina. Ya habían pasado más de dos meses desde que están juntos y aún

no puedo creer lo cambiado que está Sam. Noto que la quiere y espero que la cuide tanto como se merece. Es frágil, lo sé, pero a veces puede tener un temperamento que te hace querer suicidar.

—Claro, la salida la dejamos para cuando esté mejor de las costillas, ¿te parece? —comento llevando mi mano derecha a mis costillas y dando a entender mi punto.

—Por supuesto, nos juntaremos cuando me digas. No hay apuro —se ríe y, cuando estaba a punto de decir otra cosa, la voz de Ty la interrumpe.

—Ya está la comida, chicas. ¿Pueden poner la mesa?

—Está bien, ya vamos —contesta Em por mí. Antes de caminar hacia la cocina, me da otra sonrisa cariñosa.

Cada uno busca las cosas que tenemos que poner en la mesa, los platos los busca Emma, los cubiertos Sam y yo los vasos. Ty... solo se nos queda mirando cómo hacemos todo. No lo culpo, él estuvo dos horas cocinando.

Nos sentamos todos en nuestros lugares para que Ty ya empiece a servir la comida, la cual huele más que deliciosa. El vapor que sale de la comida llega a mis fosas nasales y yo lo aspiro, queriendo mantener ese exquisito olor conmigo hasta terminar de comer.

El sonido de los cubiertos al chocar mientras que cortan la comida se escucha a los pocos segundos, al parecer hay muchísima hambre, ya que nadie habla por unos cuantos minutos hasta que Tyler rompe el silencio.

—¿Cómo fue el entrenamiento? —se lleva un bocado de puré de papas a la boca y mastica lentamente mientras que, a la vez, Sam termina de masticar lo suyo.

—El entrenador llegó tarde, pero eso no impidió que empezáramos a ejercitar y practicar. Todos sabemos que la temporada está cerca y no tenemos que perder tiempo, por lo que estuvimos haciendo de todo hasta que el entrenador llegó y nos puso a hacer más cosas. Estuvo, mayormente, igual que siempre.

—Al menos no me perdí nada superimportante, ¿no?

—Ajam... —Sam contesta asintiendo con la cabeza levemente cuando lleva su vaso de jugo a la boca—. Y... ¿cómo es que la «desaparecida» está aquí? Hace mucho no viene —hace un ademán con el mentón hacia mí cuando la palabra «desaparecida» sale de sus labios.

—La acompañé al hospital —contesta Ty, aún sin dejar de comer como si su vida dependiese de eso. Sam levanta rápidamente la cabeza cuando lo escucha decir eso y me mira alarmado y con los ojos bien abiertos.

—¿Qué? ¿Por qué, estás bien?

—Sí —respondo para tranquilizarlo, algo que funciona porque en sus ojos ya no aparecen ese brillo preocupado, sino de alivio—. Solo fui por la revisión del yeso.

—¿Y cómo te fue? —ahora la que pregunta es Emma, adelantándose a Sam, quien tuvo que cerrar la boca cuando fue interrumpido por su novia, la cual no se dio cuenta del revoloteo de ojos que hizo Sam hacia ella.

—Bien, por ahora está todo perfecto. Tengo que volver en una semana para otra revisión.

—Genial, ¿quieres que te lleve? —se ofrece Sam. Me encojo de hombros.

—Si esta es la excusa para faltar al instituto, la respuesta es no —lo regaño apuntándolo con mi tenedor cubierto de pan de carne.

—El lunes no tenemos clases, hay una junta de directivos o no sé qué cosa.

—Entonces, por mí, bien. Acompáñame si quieres.

—Bien, ¿a qué hora es? —me llevo el tenedor con el que lo señalé a la boca y mastico con lentitud y calma.

—Nueve y media.

—¿¡Nueve y media!?! ¿Quieres matarme? —exclama asombrado—. Y yo que pensaba dormir toda la mañana... —murmura después.

—Fuiste tú el que se ofreció —le recuerdo medio riendo a carcajadas, contagiándole a Emma.

—Nat tiene razón —concuerta ella.

El almuerzo se pasa entre risas y charlas de cualquier tipo. Contando qué hicimos en la semana o qué vamos a hacer. Extrañaba estos días en los que

estaba así de cómoda con mis hermanos. Hace mucho que no nos juntábamos y comíamos la comida casera de Ty y charlábamos de todo y nada, haciendo chistes y riéndonos mientras jugábamos bromas. Tendríamos que hacerlo más seguido, solo que estaba tan ensimismada en mi mundo que no le di importancia a mis hermanos ni a Emma. Ellos se preocuparon tanto por mí cuando yo estaba en la cama de hospital por el accidente y... no les presté atención porque ellos no eran Damon.

Damon es el que siempre tiene mi atención, escuchándolo, siguiéndolo y pensando en cada cosa en la que él está.

Una vez terminado de comer, recogemos los platos y yo comienzo a lavarlos mientras que Emma los seca. Los chicos mientras van a poner alguna película de Netflix y llaman al *delivery* de helados para así acompañar con las películas. Nos sentamos en el sillón, los novios obviamente juntos y abrazados mientras que Ty y yo nos acomodamos incómodamente al otro lado del sofá.

El helado llega diez minutos después y, gracias a mis costillas, yo no soy la que va a abrirle al repartidor. Sé que, si no fuera por mis dolores, sería yo la estúpida que iría a abrirle, tal y como siempre pasa, todos me obligan a hacerlo y ahora no. Estoy tan feliz por eso.

Cuando ya estamos todos bien ubicados y con los pots de helados rondando para darle cada uno un bocado, la película empieza. La verdad es que no sé cuál es la que pusieron, pero conociendo a mis hermanos, sé que es de acción. Para mi buena suerte es así, ya que Emma se queja un poco de la elección de los chicos, pero que, dentro de un rato, estará ensimismada en la película que no nos prestará atención a ninguno de los presentes.

Soy yo la que come más helado que los otros, ya que no estoy prestando mucha atención a la tele. El helado me llama y no puedo negarlo, le presto muchísima atención a devorarlo completamente. Está delicioso. Viviría comiendo helado, creo que hasta me casaría con él. Tendría muchos amantes. El helado sería una parte de toda esa lista de amantes, junto a él están las hamburguesas, la cama, las almohadas, el wifi, y la lasaña. Falta mucho por mencionar, pero creo que, de tantas cosas, se me olvidaron la mayoría.

Media hora después, cuando ya terminé gran parte del helado, mis ojos comienzan a pesarme. Culpo al doctor por decirme que me tenía que levantar temprano para ir a verlo y me maldigo a mí misma por no poder aguantar el cansancio y así pasar el resto de la tarde con mis hermanos y Emma.

Bostezo sonoramente, pero ninguno me presta atención porque están muy concentrados en lo que va a pasar en la pantalla. Creo que luego la veré, cuando esté con menos sueño y pudiese sostenerme sin caerme y dormirme.

En ese momento se me viene a la cabeza Damon. Con su pelo castaño y sus ojos zafiros, sus labios apetitosos y ese cuerpo que hace que mi baba caiga a cascadas sin mi consentimiento, sus manos grandes que conmigo son muy delicadas y cariñosas, pero que a la vez pueden matar a cualquiera que se le cruce por el camino, su pecho duro y cincelado en el que siempre duermo cómodamente, y su fragancia... Oh..., su fragancia embriagadora y espectacular que siempre me envuelve como si fuese una nube y que me hace sentir protegida.

Sonrío con los ojos cerrados y recuerdo los días en los que no se despegó de mí, estuve y me sentía muy querida, especial. Él se mantuvo conmigo sin rechinar ni quejarse, me cuidaba y me consentía, se mantenía cerca de mí para vigilar mis heridas y me preguntaba cómo estaba mientras que yo besaba sus nudillos lastimados. Quisiera volver a esos momentos en los que no me sentía insegura con nuestra relación, en donde no pensaba si hacía algo mal o no.

Pero ahora ya no es así, es todo lo contrario. Lo necesito, necesito volver a esos días. Nunca me sentí tan insegura como lo estoy ahora. Mi cabeza explotará si a este paso sigo pensando en las horribles cosas que me pasarán; Damon dejándome, no queriéndome cerca y menos querer verme a la cara, se alejará de mí y volverá a ser frío como en un principio.

No, no quiero eso para mí.

¿Qué pasará si pasa justamente eso; él dejándome?

No podría vivir, él es la roca que me sostiene, mi ancla. La depresión que yo llegaría a tener no se puede comparar con la que me imagino, de eso estoy segura. Me pasaré los días llorando y rezando para que vuelva, pero todo

depende de él. Dios, siempre dicen que el primer amor es el que te deja marcada, pero yo no quiero que eso me pase. No quiero quedarme marcada porque directamente no me quiero alejar de él. No habrá otro en mi vida, no me imagino a nadie más en ella que no sea Damon. Es a él al que veo en mi futuro, al que quiero en él, viviendo feliz y sin problemas, sin nada que ocultar. Sin secretos de parte de los dos, dejando los pasados en el pasado. Nuestros miedos enterrados para nunca volver a sentirlos.

Estoy tan aterrada y a la vez feliz por mis sentimientos hacia él. Hay veces que no sé cómo actuar, quiero que sepa lo que siento, pero hay otras que me asustan por lo que llegara a pasar. ¿Y si se lo toma de mala manera?

No, no y no, Nat. Deja de pensar en eso, me digo a mí misma una y otra vez.

Y con todos esos revueltos pensamientos, inseguridades y pocas esperanzas, me quedo dormida.



El ruido ensordecedor del timbre se escucha muy lejano. El sueño me vence de tal manera que me desconecto del mundo de nuevo. El frío me envuelve completamente y tiemblo por algo que me cubra. Me acurruco más en el lugar cómodo en el que estoy, que al parecer es mi cama, ya que es grande el espacio en donde estoy, y me doy la vuelta, aún sin abrir mis ojos y cayendo de nuevo en ese mar de sueño placentero.

Otros ruidos se escuchan y aparecen a los segundos, ahora cada vez más fuertes y más cercanos, interrumpiendo mi sueño espectacular y haciendo que me remueva en la cama. Bostezo e intento de nuevo volver a dormirme, cerrando mis ojos y esperando a que me volviese a dormir.

Pero el sonido de pisadas y pisotones en la escalera me lo impiden de nuevo. Me aferro a una almohada que tengo a unos centímetros de mí y la abrazo como si estuviese aterrada, solo que ahora estoy rezando para volver a dormir. El sueño y la pesadez que siento en los músculos me ruegan por tranquilidad, aquella tranquilidad que solo el descansar y dormir por horas me da.

La piel se me pone de gallina y los pelos se me erizan. La habitación está congelada y me estoy muriendo de frío. El viento silba al estamparse contra la ventana durante unos minutos para luego detenerse y comenzar de nuevo con esa danza ruidosa. Con pesadez y lentitud, estiro mi brazo y agarro el borde de la colcha para luego abrirla y taparme con ella. Oh, sí, ahora estoy mejor, solo hay que esperar a que me caliente un poco más para que la comodidad vuelva a mí y así poder conciliar de nuevo el sueño.

Pero no, las voces afuera de la habitación vuelven a impedirlo. Las exclamaciones furiosas, los murmulos bajos y enojados, los gruñidos de Damon, los pasos atropelladores cercanos... Esperen... ¿los gruñidos de Damon?

El ruido de la puerta al chocar contra la pared se escucha por toda la habitación y yo me incorporo en la cama instantáneamente por el susto. Estoy viendo hacia la ventana y detrás de mí puedo escuchar y sentir la respiración rápida de alguien. Respiro hondo cuando me doy por vencida a darme la vuelta y lo miro a los ojos. Unos ojos que están rodeados por llamas de fuego y molestia, unos ojos que arden y me queman con tan solo verlos. Me encojo en mi lugar sin darme cuenta cuando me doy cuenta de que está molesto conmigo.

—¿¡Por qué mierda estás aquí!? —ruge mordazmente apretando los puños mientras veo cómo su pecho cubierto por una remera manga larga sube y baja al compás de sus respiraciones forzosas. Pestañeo varias veces y trago saliva.

Oh, mierda... ¿qué hice?

CAPÍTULO



Mi habitación se encuentra a oscuras, las sombras de los objetos son mínimamente reflejadas por la luz del pasillo. El cuerpo de Damon, tan tenso como hace unos segundos, parece más grande y terroríficamente hermoso a la vez.

Mi corazón da un vuelco por tan maravilla de estar viéndolo y de que me esté hablando. No importa la forma en la que lo hace, tan solo agradezco que, por una vez en la semana, se haya dado cuenta de mí, de mi persona. Si no, ¿por qué está aquí preguntándome qué hago?

—¿D-Damon, qué haces aquí? —pregunto temblorosa, su semblante serio hace que se me hiele la sangre, cada resoplido que da causa que el poco miedo que tengo cuando peleamos aparezca como un torrente de emociones revueltas combinadas con las inseguridades. Pero de igual manera, mi alegría de su presencia sigue estando.

—¿¿Cómo que qué hago aquí?! —gruñe contrayendo la mandíbula fuertemente.

—Mira, no es necesario que te pongas así, podemos hablar tranquil...

—¡No! ¡Cállate! Tú te vienes conmigo —me interrumpe con un grito ensordecedor. Me encojo en mi lugar. El eco de su voz resonando en las cuatro paredes de la habitación, haciendo un eco tan perfectamente mordaz. Da un paso y yo respiro hondo. Mis ideas están revoltosas, no sé qué decir si sigue así.

—¿A-a dónde?

—A casa. ¿Por qué estás aquí? ¡Mierda! ¡Tienes que estar conmigo!

—Damon, tranquilízate y hablaremos —intento tranquilizarlo con palabras, pero al parecer no me escucha.

—¡No! ¡No me calmaré! ¡Se supone que estarías en mi cama esperando a que yo llegara! —ese último comentario es el que me saca de mis casillas. ¿Cómo puede tratarme así, como si no fuera nada más que un juguete con quien pasar la noche abrazado? El razonamiento y la tranquilidad que antes intenté transmitir y causar, se desvanece y se va de mi cuerpo. Mi mente y cuerpo están hartos de toda esta mierda de inseguridad, temor y varias cosas más que solo él puede causar sin pestañar siquiera.

—¿¡Esperarte en la cama!? ¡¿Qué mierda te piensas que soy?! —exploto llevando mis brazos al aire—. Llevas una semana ignorándome, pasando de mí, comportándote como un idiota al que no le importo nada y luego... ¿piensas que te estaré esperando con una sonrisa todos los días? ¡Piensas mal! Llevo una semana viéndote desaparecer por la puerta sin decir una palabra de dónde vas y luego vuelves todas las noches con un olor espantoso y... ¡Siquiera me dices «Hola»! Solo te acuestas dándome la espalda e ignorándome. ¿Cómo es que no me voy a ir? —hago silencio para ver si me está escuchando bien—. ¿Sabes lo preocupada que estuve y estoy por lo que te está pasando? —pregunto ahora más triste que enojada. Mis emociones confundiéndose entre sí, haciéndome actuar sin pensar. Las lágrimas se acoplan detrás de mis ojos listas para salir a cascadas. Las reprimo con todas las fuerzas que me quedan—. Sinceramente, no te entiendo. Un día me tratas como si fuera a romperme, y luego no te importo una puta mierda, Damon.

—No todo gira a tu alrededor, Natalie —gruñe feroz, pero a la vez con un toque de dolor—. No siempre tengo que estar preocupándome por dónde estás, pero al menos pienso en ti. Tengo problemas y...

—¡Pues, dímelos de una vez! ¡Intento entenderte, pero no te sinceras con nadie! ¿Cómo piensas que lo haga? ¡No soy una jodida maga ni tampoco leo mentes!

—Solo... —se para y traga saliva mientras lleva su mano temblorosa a su cabello sedoso y sumamente despeinado—. No puedo. No puedo decirlo,

maldita sea. Solo... se me pasará, tenme paciencia, por favor, Nat. Esto... es solo pasajero, no es permanente.

—¿Cómo es que estás tan seguro? ¿Cómo sabes que no te convertirás en este maldito monstruo frío más adelante y me tratarás como un trapo al que usar cuando se te da la gana?

—¿Así te sientes? —da un paso hacia mí. Yo me alejo instantáneamente aún sentada en la cama. No, no hará que todo se me pase fácilmente, todas las preguntas las tengo en la punta de la lengua listas para salir una tras otra. Él no evitará que mi enojo fluya en palabras ni tampoco en actos. Quiero pegarle, gritarle todo el día, descargar todo lo que me hizo sufrir en él, pero me contengo.

Frunce el ceño a lo que hice. Sé que no le gusta que me aleje, pero esto no es mi culpa, es suya. Necesito desesperadamente explicaciones coherentes, porque sinceramente ya no sé qué pensar.

—Sí, así me siento. ¿Qué es lo que tanto te molesta, lo que tanto te persigue? Me haces daño con lo que haces, con esto de evitarme e ignorarme constantemente, e irte al gimnasio a una hora temprana con la excusa de entrenar. Bien, entiendo que en una semana esté la pelea, pero ¿entrenar todo el día, toda la tarde y parte de la noche, todos los días? No soy estúpida, Damon. Si no te lo repliqué antes es porque te quería dar un poco de espacio para que aclares tus ideas, pero si no aprovechas esos respiros que te doy es tu problema —respiro hondo antes de preguntar—. ¿Qué es, Damon? Habla conmigo, por favor. Explícame para poder entenderte y así ayudarte.

—No necesito ayuda.

—Oh, ¿en serio? —hago una mueca mientras las lágrimas calientes se derraman por mis mejillas—. Creo que sí la necesitas. Estás igual que cuando nos conocimos. Nada te importa, eres frío con todos y te alejas de cada cosa que te importa solo ¿por qué? ¿Para emborracharte y así olvidar tus problemas? No se solucionarán con una botella de vodka, tienes que entenderlo. Nunca quise presionarte, nunca quise asfixiarte hasta que te canses de mí, pero eso me hiciste pensar en la semana. Damon, por favor, háblame —ruego. No me importa que me vea llorar, creo que lo hizo más

veces de las que yo preferiría. Sé que lo estoy hiriendo, pero no puedo evitar todo el maldito tiempo lo que yo siento. Siempre estoy pensando en lo que él podría pensar de mí y es por eso por lo que hago todo con la intención de que sea lo mejor para él. No le pregunto nada, pero la desesperación de ahora porque me lo diga aparece. Quiero estar bien con él y sus problemas lo impiden.

—Nat, no llores... —se acerca más con pasos agigantados, pero yo extiendo mis brazos para detener que se acerque más. Me derrumbaré si lo hace—. Lo siento, no pensé que te afectaría tanto...

—Pues lo hizo.

—Y lo siento mucho por eso, pero entiéndeme; tú también tienes un pasado, lo sé, Nat, pero no te fuerzo a decírmelo. Yo también te lo quiero sacar para así entenderte mejor, pero como sabes no es fácil —por lo menos reconozco que en esa última parte, sus palabras son ciertas. Es difícil revelar el pasado, sacarlo de nuevo a la luz del lugar que siempre estuvo bien guardado.

—Lo sé, pero dime algo. Lo necesito.

—Y-yo... no sé si pueda hacerlo...

—Damon, puedes confiar en mí, no iré a ningún lado... lo sabes.

—Es que... ¿y si me dejas o te enojas conmigo?

—Creo que por ahora no puedo enojarme más de lo que estoy, Damon —él hace una mueca y se sienta en la cama frente a mí. Su olor me envuelve y yo cierro los ojos confortablemente por la exquisita sensación de tenerlo cerca. Alarga el brazo y con su dedo me acaricia la mejilla dulcemente. Abro los ojos con lentitud.

—Todo pasó en esta semana, hace dos años —evita mi mirada y baja su brazo como si fuese peso muerto. Frunzo el ceño intentando entenderlo, pero evito interrumpirlo. Por fin dice algo y no quiero arruinarlo, no me lo perdonaría. Esta es la oportunidad que tengo de poder entenderlo mejor. No pido que me cuente todo, me duele verlo forzarse para que las palabras salgan de sus sistemas. Creo que ahora me preocupa más él que yo misma. Quiero que se desahogue y la mejor manera es hablar con alguien de eso que molesta

tanto—. Él era un loco y Elle estaba metida en todo esto. Me odio a mí mismo, Nat. ¿Cómo es que hay gente así en el mundo? Pude haber hecho más, pero no lo hice, lo intenté y no lo logré.

—Oh, Damon... —murmuro y lo atraigo hacia mí cuando me doy cuenta de que se quedó quieto en el lugar durante largos y tediosos segundos, cuando me di cuenta de que esa es toda la información que me dará.

No necesito más. Se culpa, se odia a sí mismo, piensa que no es nada. En estos momentos parece un niño pequeño con muchas inseguridades encima, sin saber qué hacer y que está muy perdido, a la deriva. Acuno su cabeza en mi pecho y acaricio su pelo con lentitud, masajeando su cuero cabelludo y desordenándole más el pelo. Me rodea el estómago con sus brazos y me lleva hacia su regazo sin sacar la cabeza de su guarida. Me aprieta contra su torso y yo me quedo allí disfrutándolo, reconfortándolo en silencio. Es todo lo que puedo hacer. Hago lo que puedo para que mi brazo enyesado no quede en una mala posición mientras que lo acaricio. No quiero joderlo con este puto yeso ni tampoco golpearlo con él.

—¿Te sientes un poco mejor al decírmelo? —susurro con los labios pegados a su cuello. Tiembla al sentir mi aliento chocar contra su piel, pero no se mueve.

—No lo sé... —contesta de la misma manera, causando que lo mismo que le hice sentir a él, lo sienta yo. Tiemblo en respuesta por su cálido aliento.

—Siento decirte todo aquello, Damon.

—Es lo que piensas, sabes que tienes que decírmelo me moleste o no.

—Lo sé, pero aun así me siento fatal al saber un poco del porqué te comportaste así —*por más de no haber entendido prácticamente nada en general.*

—Está bien. No importa.

—Él me marcó, Damon. Es por eso por lo que nunca puedo, eh, estar descubierta frente a otros. No me gusta recordar, prefiero dejarlo bajo candado —admito con los ojos cerrados, rezando para no volver a derrumbarme aquí mismo, tengo que ser fuerte. Puedo sentir cómo frunce el ceño, pero no me interrumpe y escucha con atención mis palabras. Él se

merece conocerme un poco más como yo lo hago con él—. Lo odio por haberlo hecho. Los odio, mejor dicho. Por lo que me hicieron y por lo que pretendían. Quería morirme cuando me dijeron la verdad. Y luego pasó el desastre. Aún no puedo creerlo, una parte de mí siempre niega lo que pasó, pero sé que no fue ningún sueño. Nadie estuvo conmigo y eso es lo que más necesitaba.

—¿Y tus hermanos? —pregunta con un toque de desconfianza.

—Nunca lo supieron. Pero no solo ellos pudieron haber estado conmigo, mi padre lo supo y nunca vino. No después de dos semanas sin decirme nada. Lo amo con todo mi corazón por todo lo que hizo por mí, pero hay veces que pienso que ni siquiera se preocupa por mí desde que mi madre murió. Como si ella se hubiese llevado todo de él, convirtiéndolo así en alguien excesivamente trabajador e ignorante.

—Lo siento...

—No necesito tu lástima, Damon. Me contaste algo de ti, pues aquí tienes ese pedazo de mi pasado.

—Somos dos almas destrozadas, entonces —murmura un poco divertido.

—Así es.

Beso su frente y bajo mi cara hasta quedar delante de él. Me quedo observando sus ojos, azules tan profundos como los míos y me pregunto cómo es que se comportará mañana. Pero dejo que ese pensamiento se aleje de mí por un rato. No necesito más preocupaciones ahora.

—Y es por eso por lo que eres perfecta para mí, tú me entiendes más que nadie, Nat, y creo que sin darte cuenta de lo que causas en mí.

—Digo lo mismo —aseguro y beso sus labios con delicadeza.

Me separo y suspiro de alivio mientras apoyo mi mentón en la cima de su cabeza. Pensé que cuando le dijera que quería respuestas, él se iría sin ver hacia atrás. Que no me diría nada y que me dejaría tirada mientras que las lágrimas llenaban mis mejillas y se estampaban contra el colchón. Que no volvería por mí. Que no me querría más. Pero no lo hizo y estoy sumamente agradecida.

Fui una gran perra con todo lo que le dije, pero al menos me desquité y me sinceré con él. No podía guardarme todo lo que sentía y pensaba durante mucho tiempo solo porque tenía el pensamiento de que se enojaría conmigo. Si no lo hacía, ¿seguiríamos estando tan peleados como hace una semana? Probablemente, la respuesta a esa pregunta sea afirmativa.

Dejo que mis ojos divaguen por mi habitación. Todo se encuentra tal y como lo había dejado. La puerta sigue estando abierta, pero ahora la luz del pasillo no está prendida, ya que es de esas luces que tiene un límite de tiempo y que se apagan solas. El único rayo de luz es el que se cuelga por la ventana. El reflejo de la luna en lo alto del cielo hace que la habitación se vea un poco más gris y que los muebles se distingan. ¿Cuánto tiempo dormí? Aunque no me extraña mucho, la verdad. Estaba muy cansada esta mañana. ¿Quién me trajo aquí? Por lo que sé y recuerdo, me quedé dormida en el sillón mientras veíamos películas. Oh, también recuerdo que me atraganté en helado durante toda esta maratón de pelis. Es por eso por lo que no presté a ninguna de ellas.

—¿Nunca me respondiste por qué estás aquí? —dice luego de unos minutos en puro silencio.

—Porque quería pasar un rato con mis hermanos. Hace mucho que no lo hacemos y los extrañaba. Aparte, era una forma de escapar de la inseguridad que sentía estando en tu departamento.

—¿Cómo es que decidiste que pasarías el día con ellos? ¿Por qué no mañana?

—Ty apareció justo cuando me iba al hospital... —ni bien eso sale de mi boca, la cabeza de Damon es disparada hacia arriba, causando que la mía haga lo mismo y que me muerda la lengua. Hago una mueca llevando una mano a mi boca. El sabor metálico de la sangre aparece en mi boca.

—¿Por qué al hospital? ¿Qué te pasó, estás bien? ¿Qué tienes? —pregunta desesperado en un murmullo mientras me repasa con la mirada.

—*Eltuve en la levición del yelso...* —murmuro como puedo y él frunce el ceño al no entender nada.

—¿Qué?

—Que. Estuve. En. La. Revisión. Del. Yeso.

—Ah, entonces, ¿no tienes nada roto por lo que preocuparme aparte de las costillas y el brazo? —pregunta en forma de chiste. Puedo notar cómo deja un poco de la tensión entre nosotros atrás y comienza a relajarse. Me alegro por ello.

—*Nop*, estoy bien. Pero tengo que ir el próximo lunes a la misma hora otra vez para otra revisión —aviso con un poco de tristeza, quiero dormir durante un largo tiempo y odio levantarme temprano.

—¿Quieres que te acompañe?

—Nah, lo hará Sam —me encojo de hombros y, en una ocasión muy tentadora como está en donde él tiene los labios fruncidos, me abalanzo sobre él y lo beso con rapidez, sin dejarlo reaccionar cuando ya me aparte—. Por cierto, ¿qué hora es?

—Mmm... —dice dudoso, saca su celular del bolsillo trasero de sus vaqueros y mira la hora—. Las nueve y media.

—Genial, tengo mucha hambre, ¿sabes qué es lo que hizo Ty para comer?

—No, pero tranquila que no te quedarás aquí a comer. ¿Quieres salir a comer afuera? —dudosa, pero a la vez entusiasmada, miro hacia la ventana. El ruido de la lluvia hace rato que se escucha y no para ni unos segundos para darnos un respiro. Me encojo de hombros.

—Llueve, Damon.

—¿Y? Quiero ir a cenar con mi novia y ni siquiera esta tormenta va a impedirlo —*Novia...* Amo cuando dice novia. Me derrito antes sus palabras y le sonrío.

—A comer se ha dicho —me guiña un ojo de una forma tan sexi que quiero de nuevo tirarme sobre él y besarlo intensamente. Me contengo de mala gana. Se levanta de un salto de la cama conmigo arriba como si fuese un bebé y me besa con cariño la mejilla. Mientras nos lleva por el pasillo hacia las escaleras, le pregunto en voz baja—. ¿Por qué no viniste antes? Tardaste mucho en darte cuenta de que no estaba en el departamento.

—Llegué hace una hora y media de entrenar al departamento. Pensé que habías ido a comprar, pero luego de media hora te llamé y no me contestabas. Decidí venir.

—Dime la verdad. ¿Cuánto tiempo estás en el gimnasio practicando? Creo que es muy exagerado el tiempo que estás allí.

—No es tanto para mí, Nat, porque aparte de entrenar, me desquito en el saco y en mis contrincantes de práctica. Rick está disfrutando de toda esta adrenalina que estoy teniendo y hace que me desquite todo el tiempo. Creo que está más entusiasmado por la pelea que yo —se ríe y baja los escalones de la escalera.

El ruido en la sala de estar hace que quiera quitarme las orejas. El alboroto puede que se estuviese escuchando hasta China y posiblemente todos los continentes. Damon y yo nos miramos extrañados cuando estamos a mitad de las escaleras. El ruido de gritos, peleas de palabras, risas y quejidos diciendo que hay que callarse, también están presentes. Aún estoy en los brazos de Damon cuando nos asomamos en la sala de estar. Tyler se pelea con Lili mientras que Sam y Emma ven tranquilamente una película vieja en la tele sentados en el sillón, Christian se encuentra sentado cómodamente en el suelo al lado de Sophie, quien dibuja garabatos raros y de muchos colores, y Carter, quien mezcla las cartas de póker. Pero siento que alguien falta aquí. Una personita chiquita y que se coló bajo mi piel de una manera muy rápida y repentina, a la que aprendí a querer y a amar mucho, con la que jugué a las muñecas y a la que arrojé varias veces desde que me quedo en la casa de Damon.

Un ruido en la cocina hace que Damon camine hacia allí conmigo encima, encontrándonos a Elle de puntas de pie intentando agarrar pastelitos que hizo Ty y que dejó en la mesada. Ella intenta tocar con la punta de su dedo el plato o el pastelito, pero por su corta altura no lo logra. Me río cuando lo intenta de nuevo.

Ella es una luchadora por la comida al igual que yo. Por más que no pueda agarrar algo que quiero, siempre sigo intentando hasta encontrar una forma de alcanzar mi meta. Vale la pena cuando la comida y los dulces ya están en mi estómago.

Giro mi cabeza y me quedo mirando los ojos azulados de Damon, quien también tiene una sonrisa estampada en la cara, pero de igual manera, un

atisbo de pena y tristeza se encuentra grabada en sus facciones. Le acaricio la mejilla con un dedo sin dejar de sonreír, haciendo como si no me hubiese dado cuenta de lo que está sintiendo. Sé que está reviviendo su pasado en su mente, pero creo que eso le hará sentir peor.

Hago una señal con mis ojos hacia Elle para que vayamos a ayudarla con su problema, y lo hace sin problema. Camina tranquilamente y agarra la bandeja con los dulces para luego dárselos a su hermanita, a quien le aparece una sonrisa más grande que la del gato en la película de *Alicia en el país de las maravillas*.

En un acto de pena, y refiriéndome al caos a nuestro alrededor, me suelto de los brazos de Damon para agacharme frente a Elle.

—Oye, pequeña, con Damon iremos a cenar afuera, ¿quieres venir? —en sus ojos aparecen dos luces brillantes y miles de brillos cuando mira hacia arriba para confirmarme que acepta la invitación. Odio dejarla sola en todo este alboroto en donde sé que no socializará con nadie. De suerte se encuentra en la misma habitación que todos ellos. Ya que ni siquiera Emma le presta atención y es su hermana.

Al parecer toda la manada se juntó en mi sala de estar y la están destruyendo por completo. Ni pensar lo voy a ordenar todo el despelote yo sola. Lo harán mis hermanos.

Olvidando el hecho de que tendría que estar recostada en la cama para no empeorar el estado de mis costillas, sigo a Damon y a Elle a la puerta. No voy a permitir que las malditas me arruinen esta noche. Por fin pude hablar con Damon y arreglar las cosas, por lo que tengo que aprovechar.

Junto a la puerta, se encuentran mis botas de lluvia azules que hace mucho no uso y un piloto gigante del mismo color que las botas para cubrirme del agua. Aparte de eso, agarro un tapado largo para cubrirme del frío que va debajo del piloto y así poder cubrir mi pijama de la vista de las demás personas.

Me coloco todo en el ascensor. Hace mucho no salimos a comer juntos y ya lo extrañaba. No es lo mismo que comer en alguno de los departamentos,

ya que no puedo presumir de mi sensual novio con todas las mujeres que hay por todos lados.

Una vez ya lista para enfrentar el frío y congelado clima lluvioso, salimos a la calle. El auto de Damon está estacionado en la esquina de enfrente, por lo que le agarro la mano a Elle y cruzamos el lugar desierto. Elle se sienta en los asientos traseros mientras nosotros nos acomodamos en los delanteros, Damon al volante y yo de copiloto. Me coloco el cinturón y espero a que Damon ponga en marcha el coche, pero me giro a verlo cuando no lo hace. Pero no está en su lugar cuando me volteo, sino que está buscando algo en el baúl de atrás. Cuando regresa, lo hace con dos camperas, una gigantesca de color negro y otra rosa mucho más pequeña.

Le tiende la rosa a Elle y él se pone la suya. Ayudo con delicadeza a Elle a ponérsela y luego el cinturón.

Damon arranca cuando ya está listo, con el cinturón puesto y con esa campera que lleva que, sorprendentemente, le queda como un guante que perfectamente se le pega a las curvas necesarias. Creo que ya estoy empezando a dejar caer la baba ante la vista excitante de él concentrado en la carretera y con esa vestimenta.

No me había dado cuenta de que ninguno de los dos tenía abrigos, yo solo me preocupé por mí misma que no me di cuenta de aquello.

Unas cuadras más adelante, cuando paramos en un semáforo en rojo, Damon se gira hacia nosotras.

—¿A dónde quieren ir a cenar?

—No sé, me da igual. ¿Elle, qué quieres comer? —pregunto hacia ella, pero solo se me queda mirando. Me reprendo mentalmente por no acordarme justo en ese momento que no me contestará con palabras, por lo que intento arreglar con otra cosa—. Bien, las opciones son; hamburguesas, pizzas, empanadas o... comida china —cuento con mis dedos cada cosa que se me ocurre y le doy la opción de decirme con números su veredicto. Con una mano, me hace una seña del número uno, por lo que las hamburguesas son las elegidas—. Al parecer, McDonald's es a donde iremos, Damon.

—Bien, iremos a donde la princesita desee —el semáforo nos da el paso y seguimos en camino hacia el lugar de comida rápida.

Media hora después, ya nos encontramos sentados en una mesa con nuestros pedidos enfrente. Para mi buena suerte, no había casi nadie en el local. Estaba prácticamente desierto a excepción de dos o tres familias de tres o cuatro personas cenando.

Damon pagó por la comida y me dejó pedir que me agrandasen las papas fritas. Mi hambre aumentó en todo el trayecto hasta el punto de retorcerme en el asiento delantero del auto, diciendo que me estaba muriendo de hambre. Damon había sonreído, diciendo que algún día me daría un beso en el estómago, comentando también que el porqué de ese acto era que le encantaba mi gran apetito.

Yo bufé con diversión y le dije lo mismo, solo que en mi ocasión era que quería tocar sus cuadritos de tableta de chocolate. Murmurando por lo bajo que también quiero lamerlos sin descaro. Por suerte, Elle no me escuchó, ya que siguió moviendo la cabeza al son de la música que pasaban en la radio, pero creo que Damon sí lo hizo, aunque si fue así no dijo nada, pero su sonrisa apareció instantáneamente.

—¿Cómo es que todos estaban en el departamento y por qué? ¿Cómo mierda no me di cuenta si con esos gritos podrían haber despertado a medio mundo y yo ni me inmuté de ello? —pregunto terminando de masticar el bocado de la hamburguesa que llevé a mi boca con solo una mano, la que está malditamente sana. Tomo un sorbo de Coca-Cola para no atragantarme.

—Eres muy difícil de despertar, Nat, que no te sorprenda —comenta con diversión tiñendo su voz, mientras le da un bocado a su pedido, una hamburguesa triple completa y doble ración de papas gigantes, al parecer no soy la única glotona aquí—. Y... Bueno, con respecto a tu pregunta, no lo sé. Yo llegué sin avisar y subí directamente a tu habitación en tu búsqueda.

—¿Quién te abrió la puerta? —pregunto. Me estiro sobre la mesa, en donde frente a mí está sentada Elle y junto a ella Damon, y le limpio con una servilleta un poco de aderezo a la pequeña princesa. Luego ataco de nuevo mi comida como si la vida se me fuera en ello.

—Usé la llave que me diste de tu departamento... —murmura como puede, ya que está medio atragantado con papas.

—Nunca te di una llave de mi departamento, Damon.

—Oh, cierto, bueno, me hice un repuesto por si algo pasaba y bueno... así yo podía entrar... —se rasca la cabeza con nerviosismo. Ruedo los ojos.

—Claro.

—¿Te molesta? Digo, que haya hecho un juego de llaves para mí —me mira seriamente a los ojos, sin rastro de diversión en ese mar zafiro.

—No, yo también tengo un juego de llaves de tu departamento, así que estamos a mano.

—Sí, pero esos te los di yo, no es que me los robaste y te los hiciste...

—No importa, déjalo, no estoy enojada —lo corto. Como el anteúltimo bocado que me queda de mi sabrosa hamburguesa y rezo por tener otra más en mi bandeja. Maldita sea, está espectacular. Si pudiese tener poderes, estaría todo el día comiendo estas espectaculares hamburguesas, ya que no tendría que pagarlas y en un chasquido de dedos, las tendría frente a mí. Eso sí que sería vida, pero a la vez tendría que hacer el cuádruple de kilómetros que siempre hice al correr. Agg... Correr, cuánto extraño hacerlo. Y más porque luego del trabajo Damon me acompañaba a mi casa e íbamos haciendo unas carreras de quién llegaba primero, obviamente que eso pasaba cuando no me quedaba en su casa.

Con respecto al trabajo, Rick dijo que no me preocupara, que podía volver cuando esté recuperada. Carter consiguió un amigo que me cubriera el tiempo que yo estuviera discapacitada, por lo que un gran peso de mí fue sacado.

Una vez terminamos la cena, entre risas y palabras con doble sentido entre Damon y yo, que obviamente Elle no entendía, emprendemos el viaje de vuelta. Al parecer Damon entendió que yo quería pasar tiempo con mis hermanos, por lo que acepta que me quedara a dormir en mi habitación durante unos días, con la condición de que él también se queda. No le niego nada. Le permito invitarse solo porque, de igual manera, yo lo iba a hacer. No desaprovecharía el tiempo que estuviésemos bien.

Hace una semana que no duermo cómodamente entre sus brazos fuertes, y pegada a su torso bien esculpido y acogedor, por lo que estoy más que deseosa porque llegue ese momento. Ya quiero suspirar sobre su pecho, oler su aroma, que su calor me envuelva como siempre lo hace y cerrar mis ojos para luego soñar con él.

Y eso es justo lo que hago ni bien llegamos al departamento, ignorando todo el alboroto que ni siquiera disminuyó, subimos todos a mi habitación. Saco de debajo de mi cama, un colchón individual para que Elle durmiera allí y lo coloco junto a la cama, solo que está en el piso. La cubro con la sábana y la frazada a juego para que se acueste y así dormirse a los segundos. Al parecer ella está muy cansada. Bueno, yo dormí toda la tarde, por lo que no tengo demasiado sueño, pero sí el suficiente como para dormirme hasta las diez de la mañana.

Una vez que las respiraciones de Elle se escuchan pesadas y lentas, una señal de que está profundamente dormida, Damon me levanta del suelo y me lleva con él a la cama. Colocándose encima de mí, sin poner casi nada de peso en mi torso, me besa como si no hubiese mañana, de una manera posesiva, intensa y necesitada. Su lengua encuentra la mía en una danza con perfecta sincronía. Nos besamos por todos los días que no lo hicimos, por los días que nos faltaron, los días en los que él no me notaba y me ignoraba. Lo agarro por la nuca y juego sensualmente con los pelos que tiene ahí, tirando delicadamente cada varios minutos. Muerde mi labio y yo él suyo cada vez que podemos, ya que al ser tan feroz el beso, no tenemos mucho tiempo para hacerlo, no es lo que especialmente queremos en este beso, sino que lo que ansiamos es desahogarnos. Desahogarnos de la necesidad intensa que tengo de sus labios y él de los míos, la necesidad de sentirnos piel contra piel, labios contra labios, lenguas contra lenguas.

Me encanta.

Durante unos minutos nos quedamos así, besándonos con desesperación hasta que, en un momento, Damon disminuye su ansiedad y comienza a hacerlo lento, despacio y espectacularmente tierno. Saboreando completamente mi boca. Recorriendo cada centímetro de mi cavidad bucal.

Se separa para que tomemos el aire que nos falta en los pulmones mientras que mi pulso agitado lucha por controlarse. Hace calor, muchísimo calor.

Luego de un último y corto beso, Damon se coloca junto a mí en la cama. Yo aún no logro tener la respiración normal, pero de a poco me voy tranquilizando. Siempre me deja sin aliento. Nadie es mejor besador que Damon, por más que no me haya besado con muchos, lo digo en general de igual manera.

Se mueve hasta quedar sentado y se quita la remera manga larga, que le queda de infarto, aunque prefiero su torso descubierto al igual que sus brazos, y la deja apoyada en sus piernas mientras que posa sus manos en mis caderas y me sienta en mi lugar a mí también.

Desabrocha botón por botón mi tapado, que todavía no me saqué desde que llegamos, y me lo saca, tirándolo al suelo contrario al que está Elle. Me desabrocha rápidamente las zapatillas y estas se unen a la montaña de ropa que se está formando. Justo cuando pienso que por fin ya planea acostarse, agarra el borde de mi remera y hace el intento de sacármela, pero con mi acto desesperado y confuso mientras que la detengo, él deja de hacer ese esfuerzo, pero no suelta mi remera.

—¿Q-qué haces? —pregunto temblorosa. Por más que quisiera hacer esto con él, todavía no estoy lista. Apenas hoy dijimos algo de nuestros pasados, pero no todo. Él suspira.

—No te miraré, Nat, si eso es lo que te preocupa. Y por más que esté más que ansioso por verte desnuda y querer tocarte completamente, no iba a hacer nada. Solo te la quería sacar para ponerte mi remera —suelto todo el aire que sorprendentemente estaba reteniendo.

—B-bien —acepto aún desconfiada—. Pero no me veas...

—Tranquila, no lo haré —asegura y vuelve a intentar subirme la remera. Esta vez no lo detengo. Agradezco que no haya nada prendido en la habitación, si no de seguro que me vería, lo cual no quiero.

Me la saca por la cabeza y la tira al montón de ropa en el suelo, pero no se apura en agarrar su remera para ponérmela, sino que se estira hacia mi espalda y me desabrocha el sostén. Instantáneamente, con susto, llevo mis

manos a mis pechos para cubrirlos por más que sepa que no me puede ver. Con lentitud y disfrutando de todo esto, mientras que yo vuelvo a retener el aire en mis pulmones, baja los tirantes por mis brazos y me lo termina de sacar completamente. Ya desnuda completamente de la cadera hacia arriba, me siento insegura, asustada, desesperada y confusa, sobre todo. Hasta que siento su mano temblorosa y yo abro mis ojos tan grandes como puedo. Sus dedos callosos dan leves toques a mi piel, acariciando mi cadera desnuda y estómago. Puedo notar cómo todo se eriza mientras hace su recorrido.

Mi respiración aumentando con cada toque por la adrenalina de saber qué hará. Sentir que quiere tocarme hace que alegría llene mi corazón, pero que a la vez la inseguridad se esparza por todo el cuerpo. Aún cubriendo mis pechos, Damon recorre con mucha atención y concentración mi estómago. Pero no va más arriba. Sus toques mandan a todo mi sistema choques eléctricos que me hacen suspirar del placer de sentirlo. Sus jadeos y respiraciones rápidas chocan contra mi piel desnuda y yo tengo que hacer un esfuerzo enorme por no gemir. Los dedos de mis pies se cierran y se abren con fuerza una y otra vez, queriendo retenerme ante el impulso repentino de tirarme sobre él y dejar que me haga cualquier cosa que aparece en mi mente.

Puedo sentir cómo mi piel se va calentando con sus toques hasta arder como si de llamas estuviera hablando.

Justo cuando lo siento descender para explorar el costado izquierdo de mi cadera hacia la cintura, lo detengo, no queriendo que vaya por ahí.

—No —digo con la voz temblorosa.

—No tocaré nada que no me permitas, Nat. Quería ver cómo de suave es tu piel. Es perfecta y suave, sin defectos, ¿por qué no la muestras? —dice con voz ronca casi en un murmullo.

—Solo porque la hayas tocado, no significa que la puedas ver. Solo sentiste y te la imaginaste como querías. No es perfecta, Damon.

—No es necesario verla para que decir lo que pienso. Tengo en mente besarte en cada imperfección que dices tener, una por una algún día.

—No dirás eso cuando las veas, créeme.

—Lo dudo.

Afirmo con un suspiro, queriendo que lo que dice sea verdad. Escucho cómo toma aire y lo suelta con pesadez.

—Voy a hacerte cambiar de idea sobre ti misma, pero por ahora me limitaré a tocarte las partes que me permitas y a pasar, solo por hoy, de la tentación. ¿Te parece? —asiento, pero luego recuerdo que no me puede ver, por lo que digo «Sí» con la voz temblorosa—. Bien, así me gusta —acerca su cara a la mía y me besa tiernamente, enroscando su brazo en mi estómago y atrayéndome a sus piernas. Cubro más mis pechos con el brazo que no detuve a Damon mientras él vuelve a encontrar su lengua con la mía. Escucho un movimiento antes de sentir la tela suave de su remera ser colocada sobre mi cabeza y luego caer sobre mí. Meto mis brazos por los huecos de las mangas y me abrazo al calor de la remera que hace unos minutos estuvo pegada al torso de mi novio.

Y de nuevo, envuelve sus brazos a mi alrededor, tirándonos hacia atrás para que cayésemos en la cama. Nos tapa con la frazada desordenada que yo había dejado cuando me desperté ni bien él llegó gritándome a mil vientos, y luego, sin esperar más, yo caigo en un profundo sueño, en el cual las manos de Damon están incluidas en mis fantasías junto con su sonrisa perfecta, su cuerpo y su actitud sexi.

CAPÍTULO



La semana fue pasando rápidamente. Es como si todas las complicaciones que antes se me habían puesto en el camino, no hubiesen estado y todos nos hayamos olvidado de eso. Volvimos a lo que éramos antes, a excepción de que pasé más tiempo con mis hermanos y con Emma, sin mencionar que saqué a pasear el doble de tiempo a Burry. Como ya había dicho Damon, más bien me prometió, se quedó conmigo en mi departamento. Obviamente que también lo hizo Elle. Al parecer Finn está de vacaciones con Julieta y no la puede cuidar. Yo no tuve ningún problema en que esa chiquilla se quedara, me alegraba de que lo hiciera. Noté cómo su sonrisa crecía cuando se dio cuenta de que Damon pasaba más tiempo con nosotras. Al parecer extrañaba que Damon estuviese con nosotras y que tuviese un carácter ameno y lindo. Estuvo muy tierno y atento. Luego de aquel día en el que nuestros pasados, un poco de ellos, salieron a la luz, estuvo muy pegado a mí de todas las formas posibles. Me enviaba mensajes todo el tiempo en el que tenía unos minutos para tomar agua para luego volver a sus entrenamientos. Cada vez que veía la pantalla de mi celular y notaba uno de sus nuevos mensajes, una sonrisa enorme de alegría aparecía en mi cara. Toda aquella tristeza que unos días tuve, desapareció de a poco. Sus actitudes cambiaron de repente y se volvió el Damon que tanto me encanta y quiero. Y por más que me moleste y a la vez me parezca tierna su bipolaridad, hay veces que no la soporto. Pero al menos sé que, cuando el hombre frío y posesivo, gruñón y enojón aparece, el tierno y agradable, burlón y confianzudo está por ahí escondido, pero que nunca desapareció.

También pasé un tiempo a solas con Emma quien, para mi sorpresa, me contó algo que casi me hizo vomitar. Aunque me alegraba por ella, no era necesario saber todos los sucios detalles de su primera vez con mi hermano. Fue asqueroso, pero la felicité mientras intentaba contener el almuerzo en mi estómago. Recé porque mi hermano no la dejara como a todas las chicas con las que estuvo, pero sé que con ella no haría eso. Lo veo en sus actos cuando está a su alrededor y que noté en todos estos días que me quedé en el departamento. Es una persona diferente. Sam antes era muy... mujeriego, egocéntrico, orgulloso, burlón y... un maldito idiota. Soy su hermana, pero tengo que admitir que antes odiaba sus actos y su forma de pensar. Cuando me dijo todo aquello que hizo con mi hermano, creí que él le había insistido todo este tiempo para hacerlo, pero al parecer no era así. Dice que fue muy especial y romántico.

Me doy palmadas de lo buena que soy siendo cupido en algunas ocasiones. Si no fuera porque me crucé con ella el primer día de clases, no quiero imaginarme cómo sería Sam ahora ni cómo estaría.

Ty estuvo insistiendo en que Chris y yo lo ayudáramos a conquistar a Lili, pero sinceramente no tenía muchas ganas. Si él quería arreglar las cosas con la hermana de mi amigo gay, tenía que jugárselas e inventar algo. Yo, si me hubieran hecho lo que él le hizo a ella, prometerle quedarse para luego dejarla tirada, lo mandaría a la jodida mierda. Mis palabras no le fueron muy alentadoras cuando se las dije, pero me dio la razón. Hay veces que tengo que ser sincera con él para que abra los ojos y se dé cuenta de lo que hizo mal, aunque él ya lo sabía. Pero de igual manera lo ayudé en todo lo que pude, llamé a Chris e hicimos un plan. Él me diría cuando sus padres se fueran de viaje y la casa quedara solo para los hermanos. Él haría que Carter se fuera con alguno de sus amigos y que Sophie se quedase a dormir con la vecina, la cual al parecer tiene una amiga que va con ella a la primaria. Chris se la llevaría a algún lugar para distraerla y así darle tiempo de sobra a Tyler para prepararle una cena en la casa de Chris. Es lo único en lo que pudimos ayudarlo. Tyler dijo que le haría la mejor comida que haya probado en toda su vida que hasta se enamorará de él. No lo dudo, sus comidas son una

delicia. Todo eso se planeó para hacerlo en una semana, ya que es cuando los padres de mi amigo se irían. Espero que salga bien.

En el tiempo en el que no tenía nada qué hacer ni con quién pasar el rato, ya que mis hermanos y Emma se fueron al instituto, Chris tuvo que ir a trabajar al parque de diversiones, Elle tenía que ir al jardín y Damon a entrenar; me aburrí muchísimo, pero intenté distraerme haciendo mi tarea y sacando a pasear a Burry, aprovechando la ocasión para estirarme y moverme un poco. El cuerpo me dolía después de horas estando recostada o sentada sin levantarme casi nada. A la vez, es medio difícil hacer la tarea con una mano enyesada, no sé cómo pude estar más de dos o tres horas haciéndola sin que se me haya caído la carpeta.

Fui también al hospital para la revisión que tenía programada el lunes a la mañana. Esta vez me llevó Sam, maldiciéndome por despertarlo temprano. Fue allí cuando le recordé que él fue el que se ofreció. Bromeamos en todo el viaje hasta llegar al consultorio.

El doctor me informó que me sacarían el maldito yeso del brazo en una semana y media. Me alegré tanto, que casi me pongo a bailar y gritar en medio del hospital.

En estos momentos estoy removiéndome nerviosa en mi asiento. Hace bastante que no me encuentro así, nerviosa con el miedo corriendo por mis venas. Siento que algo le pasará a Damon, siempre lo pienso. En cada pelea es como si rezara para que su contrincante no lograra atinarle ningún golpe a Damon. Pero bueno, hay veces que él se deja pegar para que el contrincante crea que puede con todos, pero solo es una táctica en la que caen siempre y termina ganando Damon. Faltan algunos minutos para que él salga por fin.

Rick me contó que no perdió demasiados puntos, aún sigue estando en los puestos más altos. Por lo que me enteré —gracias a las mujeres detrás de mí—, Matt está entre algunos de los mejores junto con Damon y algunos otros más. Al escuchar su nombre mi corazón se paró por unos minutos, recordando lo que me hizo y me causó. ¿Cómo es que una persona puede hacer lo que él hizo y sin ningún motivo? O creo que yo no le di ningún motivo para hacerlo. Fue él el que todo lo causó. La vez en la que me

emborraché en la fiesta de Jazmín y él aprovechó la oportunidad para tocarme, eso lo decidió él y así se ganó la furia de Damon. Pero... ¿yo qué tengo que ver? ¿Se habrá enojado porque no quise hacerlo con él? Si es así, el no puedo hacer algo que yo no quiero, aparte ni siquiera lo conocía. Apenas sabía su nombre.

Confío en que, cuando a Damon le toque pelear con él, recordará todo lo que nos causó y le romperá la cara de un solo golpe. Nadie podrá parar la furia que crecerá en su interior y que se manifestará en sus puños y guantes. Lo bueno es que no solo podrá vengarse una vez, sino que varias más —por lo que sé y me contó Rick hace unos momentos—, aunque no falta mucho para que termine el torneo que llevará al ganador a las verdaderas y más importantes peleas. Sé que Damon seguirá entrenando tan duro como antes lo hacía y hace. Ejercitar no es solo su trabajo para ganar dinero ni tampoco por la fama en la que está creciendo por ser más que bueno, sino que es parte de su vida cotidiana. Es como si necesitara esas horas de pura adrenalina, sudor y golpes. Dejar de lado la frustración y el enojo con la bolsa o algún contrincante de práctica. Rick lo entiende tan bien como lo hago yo. Entiende su necesidad de descargarse en algo para no volverse loco. Por más que demuestre en mi habitación que es todo un hombre tierno, lindo y atento, también es duro, frío y un hombre que esconde mucho dentro de él. Y todo eso lo descarga de la única manera que sabe. Golpeando hasta el cansancio.

Y lo entiendo perfectamente, ya que mi única descarga es correr. Siempre lo fue, es mi forma de despejarme y aclarar algunas cosas revoltosas que tengo en la cabeza. Sentir el viento contra mi piel desnuda de los brazos y cara, sentir que mis respiraciones y pulsaciones van aumentando y que mi concentración solo está atenta a seguir respirando y a no tropezarme con nada que se ponga en mi camino.

Extrañaba la adrenalina que me corría por las venas cuando veía a Damon pelear. El miedo, los nervios y... la alegría de verlo disfrutar del deporte. Su arrogancia aparece el triple de veces cuando está sobre el *ring*, frente a todas estas personas que lo vienen a ver y a apostar, sabiendo perfectamente que el vencedor tarde o temprano será «la Furia» *Woodgate*. Pero lo que no

extrañaba en absoluto era a las perras en celo con mínima ropa. Bien, puede que no sea muy celosa, pero cuando se le insinúan descaradamente y sin compasión a mi novio, aún sabiendo que está conmigo, mi enojo hace erupción. Tengo que tener todo de mí para controlarme un poco para no ir y arrancarles la silicona. Ahora sé cómo se sienten las novias o esposas de las estrellas de cine y los cantantes famosos. Es odioso cuando las voces de sus fanes se escuchan como si fueran el triple de fuertes mientras dicen cosas sucias de tu chico. Maldita sea, con solo imaginarme a una de ellas tocándole un solo pelo, mis puños se cierran fuertemente y mi cuerpo hace el intento de darse la vuelta para soltarles millones de maldiciones a todas ellas, pero Noah me detiene al pasar su brazo por el borde de mi asiento. Gruño.

—Hey, fiero, tranquila. Creo que tu chico no querrá que cuando venga, tu atención no esté concentrada en él —dice él burlesco.

—Tengo tantas ganas de arrancarles los pechos a esas hijas de su... —aprieto la mandíbula y escucho cómo se ríe.

—Creo que no lo noté —rueda los ojos.

—No te burles, Noah, no es gracioso. ¿Te gustaría que a tu novia le gritaran esas cosas?

—No tengo novia —comenta, pero yo sigo con lo que decía.

—O novio, como sea. No me importa si tienes o no, la cosa es que no es lindo escuchar que las putas le dicen a mi chico que le quieren comer todo. En forma literal, comer todo completito.

—Tranquilízate, no te dejará por ninguna de esas. Puedo decir que en los entrenamientos a los que voy, las veces que está sonriendo y se distrae es por tus mensajes. Cuando escucha el sonido de su celular sonar, pretende ir corriendo por él para contestarte, pero nadie lo deja hasta que termina los ejercicios que Rick le asignó. Y te puedo decir que en cinco minutos ya está terminando de hacerlo. Lo hace rápido solo por contestarte, Nat. ¿Quién hace eso si lo que pretende es dejar a la novia por una puta?

—No lo sé —respondo atónita por sus palabras. Sé que cuando recibo sus mensajes, mis sonrisas aparecen desde que escucho el sonido de mi celular,

pero no imaginaba que Damon estaría tan ansioso por ver las respuestas que le mando. Me encanta escuchar eso.

—Él no te dejaría, créeme.

—Bien, de igual manera quiero arrancarles todo lo que tienen.

—¿Qué cosa si apenas están vestidas? Aparte, no creo que las quieras dejar desnudas para que Damon las vea...

—¡Ya cállate! ¿Es que quieres hacerme enojar? —espeto casi gritando, por suerte nadie me presta atención, ya que el ruido de alrededor es muy ensordecedor y mi grito casi ni se nota.

Noah se ríe y Peter —quien se encuentra al otro lado de Noah— hace el intento de no hacerlo también y se tapa la boca.

—Sí, y conseguí a la perfección mi objetivo —gruño de nuevo y me volteo hacia el ring, ofendida y enfadada, cruzando, como puedo, mis brazos en mi pecho. Mi brazo enyesado duele cuando lo hago, por lo que dejo solo un brazo cruzado en mi pecho y el otro lo poso en mi regazo.

Los gritos de las mujeres y, sorprendentemente una pareja gay a dos filas atrás, comienzan a aumentar con los segundos que pasan. Pidiendo que la Furia haga su desfile por su pasillo y llegue al cuadrilátero, pero nadie da información ni nada. La poca paciencia que tenía hace media hora, aún escuchando la euforia del público, Noah ya la destruyó y la hizo desaparecer. Con el rabillo del ojo noto cómo su sonrisa crece, pero aun así mira hacia delante con su típica postura de no-te-metas-conmigo-si-no-quieres-morir. Con sus brazos cruzados y sus ojos bien abiertos en busca de algo amenazador.

La multitud estalla cuando el presentador se encamina hacia el centro del ring. Los aplausos no tardan en llegar y la euforia que vuela en hondas por todo el lugar se intensifica mientras el presentador le da toquecitos con su dedo al micrófono por el que habla unos minutos después.

—¡Señoras y señores! ¡Hombres desesperados y mujeres ardientes! ¿¡Estááááán liiiiistos!?

—¡Sí! —grita la multitud.

—¿¡Están preparados para volver a ver al hombre del cual todos tememos!? ¿El que puede sacarnos la cabeza de nuestro cuerpo y tirarla como una bola de boliche?

—¡Oh, sí, Damon, mi amor, sal ya de ahí!

—¡Ven y sácame otra cosa, Furia!

—¡Llévame contigo cuando termine la pelea, Woodgate! —gruño ante todas esas insinuaciones descaradas y cierro los ojos para tranquilizarme. Ya bastante tengo con Noah burlándose de mí. Al parecer gruño más que un perro rabioso cuando estoy entre todas estas mujeres que se ofrecen a mi novio como si nada.

—Con ustedes, el hombre que esperábamos hace bastante tiempo, al cual hace mucho no vemos combatir y que deseamos verlo ahora... ¡Damon «la Furia» Woodgate!

Y él entra como si fuese el rey del lugar. Con su gran ego en alto y su arrogancia como si la estuviese exhibiendo en una caja de cristal. Tan magnífico y espectacular. Hermoso y todo un pecado. Intocable e inalcanzable. Perfecto y a la vez mordaz.

Su cuerpo se mueve con elegancia y tranquilidad emanando por todos sus poros. Su postura relajada y confiada de siempre. Sus ojos fijos en un punto en el cuadrilátero al que se dirige y sus músculos al aire libre. Con sus guantes negros envolviendo sus grandes y espectaculares manos que pueden hacer que una chica se desmayase por lo que hace con ellas. Su torso desnudo a la perfección, marcando las tonificaciones cada vez más cuando camina. Su preciosa y apetecible «v» se encuentra bien marcada mientras que sus pantalones caen bajos y la dejan ver en todo su esplendor, incitando a imaginarte qué es lo que hay debajo de ellos.

Junto a su pasillo, las chicas pretenden abalanzarse y enroscarse en su cuerpo, pero los guardias que custodian ese lugar les impiden acercársele. La luz proveniente del lugar por el que sale, emana una luz que logra resaltar su tono de piel, causando que mi baba amenace en salir. Mi cuerpo tiene que detenerse y hacer un gran esfuerzo para no abalanzarse a él como todas estas mujeres y chicas. Me remuevo en el asiento para retener ese impulso y hago

una mueca al sentir que mis costillas piden que no me mueva más. Por suerte se sanaron lo justo como para poder estar aquí por un rato largo hasta irnos cuando termine la pelea. Sé que tendría que estar tendida en mi cama, descansando y durmiendo como un tronco, pero no puedo perderme las peleas de Damon ni siquiera si estoy a punto de morirme. Me necesita, sin mencionar que me gusta venir para apoyarlo.

Me alegra que mis hermanos no me hayan convencido de quedarme en casa con ellos. No pudieron venir, ya que no había más entradas sobrantes. Las personas acabaron los boletos para hoy en un santiamén que casi causa que Damon no consiguiera entrada para mí, aunque si no lo hubiera conseguido, él habría hecho algo para que yo estuviera presente. Con él nadie juega.

Por lo que la única que vino soy yo, junto con Noah y Peter, los malditos que no paran de reírse de mí.

Damon se escabulle entre los elásticos del cuadrilátero y se para de forma egocéntrica en su esquina mientras toda su atención está concentrada en Rick, quien le dice cosas desde abajo del *ring*. Damon asiente en entendimiento y para cuando terminan, el presentador ya estaba presentando al contrincante de mi novio, un tal Mosquitero Montoya. Un nombre muy raro, sinceramente y para nada profesional ni serio. Varias personas a mi alrededor ríen cuando ese apodo sale de su boca y veo cómo también el presentador intenta no reírse.

Justo cuando Mosquitero hace acto de presencia por su pasillo asignado, Damon se gira hacia mí, mostrando su sonrisa confiada y regalándome un guiño sensual que hace que toda mi sangre palpite en un calor abrasador. Cuando nuestros ojos se encuentran es como si nadie estuviese a mi alrededor, que todas estas personas no existen y los únicos que estamos aquí somos nosotros dos. Esos ojos zafiros que me cautivan de día y de noche, esos ojos que me dicen de todo cuando de su boca no sale nada, que expresan sus sentimientos sin esfuerzo alguno y que, con solo mirarlo, mi sonrisa aparece y mi cuerpo se estremece. Veo al hombre de quien me enamoro cada día más, quien me cambió sin darse cuenta y me tiene loca. Sus besos, *madre mía*, sus besos son el paraíso, el cielo y las estrellas todo en uno. Prometen

muchas cosas con solo darles un mínimo vistazo y hacen milagros cuando están en acción.

Dios mío, qué cursi puedo ser cuando de él se trata.

Vuelvo a la realidad cuando el grito del presentador se hace escuchar por todo el estadio. Su euforia es evidente mientras que suena la campana, haciendo saber que la pelea comenzaba. Él es un gran fanático en secreto de Damon, su forma de pelear y de posarse despreocupadamente en el *ring*. Peter dijo que él quería contratarlo para una de las portadas de la revista de su padre, director de una de las revistas *Playboy* más importantes y exitosas del mundo. Esta vez su revista, la que quiere promocionar con Damon de portada, es para aquellas mujeres desesperadas en busca de algo bueno qué mirar.

Damon lo está considerando. Yo estoy furiosa en secreto por ello. No solo porque no me lo mencionó, sino porque lo considera, ya sabiendo que a mí no me gusta que otras lo miren... ¡Mucho menos cuando él estará casi sin ropa!

La pelea comienza. El Mosquitero embiste instantáneamente contra el costado izquierdo de Damon como si de su vida dependiera ese acto. Lo entiendo, porque de igual manera su vida está a punto de acabar —no literalmente. Damon deja ser golpeado contra su torso sin hacer mueca por el golpe. Se limita a sonreír con cinismo, el color de sus ojos volviéndose de un tono más oscuro y con la burla burbujeando en ellos. *¿Qué mierda le hace gracia?* ¡El mastodonte de su oponente llamado el Mosquitero está golpeándolo y él no hace nada por detenerlo!

Sigue sin hacer nada durante unos segundos en los que Mosquitero desquita su furia en el cuerpo de mi chico. Se nota de lejos que se encuentra cansado de dar golpes al torso de Damon, pero no se detiene hasta que su lengua casi se sale de su boca tal y como lo hacen los perros cuando están cansados y sedientos. Es allí cuando Damon, aún sin sacar su sonrisa, lanza su puño y luego otro contra su cara libre de vellos. Lleno de energía y sin cansancio, golpea, burla y sonrío más mientras embiste una y otra vez a su contrincante casi muerto. La táctica que hizo estuvo perfecta, hizo que el otro

se cansara para así poder ganarle en unos segundos y apenas poniendo fuerza a sus golpes —o eso creo.

Miro hacia donde Rick se encuentra, con una cara de enojo y hablando sin parar mientras Damon termina con su contrincante. Su cara se torna roja cuando en vez de prestarle atención, toma largos sorbos de agua y se sienta en su banquito en la esquina del *ring* que le corresponde. Rick le reprocha casi gritando y le dice qué es lo que tenía que hacer. Al parecer no estuvo bien la táctica que hizo, pero ganó la pelea de igual manera.

Miro cómo sacan al herido y casi inconsciente Mosquitero y se lo llevan en una camilla.

Sigo su recorrido por el pasillo que le designaron a ese hombre, pero algo, o mejor alguien, llama mi atención. Un hombre vestido completamente de negro, su oscura mirada se encuentra con la mía y la mantiene intacta en su sitio, penetrándome hasta los sesos con esos ojos negros como la noche. Su postura rígida y alerta me da a saber que no es alguien del público, que no pagó por venir a ver la pelea y para relajarse con una buena cerveza mientras otros se pelean. Su vestimenta me da escalofríos ni bien la noto; pantalones de vestir negros, remera puramente del mismo color oscuro y una campera de cuero. Sus músculos se definen a la perfección bajo toda esa fachada de chico malo. Su capucha cubre casi completamente su cabeza, pero puedo notar su pelo castaño corto entre las partes visibles. Sigo bajando mi mirada con lentitud, repasando cada fibra de él. Me da muy mala espina este tipo. Su mirada fría y controladora.

Pero luego, es otra cosa la que llama mi atención. En lo poco que se puede ver de su piel, una marca en el cuello. No, no una marca. Si entrecierro los ojos y aclaro mi vista, un tatuaje se nota. Es chico, por lo que puedo ver a esta distancia. No puedo decir con exactitud lo que es, solo distingo que es negro y tiene una forma rara.

Puede que sea un fugitivo de la ley, un mafioso... un ladrón...

Sacudo la cabeza y pestañeo para sacarme esas cosas de la cabeza. Solo debe ser uno de los muchos guardias que hay aquí, no tengo que ser tan

paranoica. Ya hace poco que estoy saliendo más a la calle y ya me imagino que todo lo malo me pasará a mí cuando esté desprevenida.

Pongo de nuevo mi atención al *ring*, en donde otro contrincante se encuentra a punto de ser destrozado como el anterior.

Uno tras otro son destrozados. Los puños de Damon son acero cuando chocan contra alguna parte del cuerpo de su contrincante. Lo hace tan fácilmente que no me sorprende. En todas estas veces que lo vi pelear, supe que él no se esfuerza casi nada. Tiene tanta fuerza que de seguro ni él se da cuenta de ello.

Me deleito con la vista de este dios griego, con sus musculosos brazos estirándose al golpear y contrayéndose por la fuerza que le da al golpe. Con su torso y brazos desnudos a plena vista de todos, con sus pies..., sus pies...

Suspiro. No puedo creer que él sea quien duerme conmigo, que yo me abrazo a él para dormir como un tronco. Que es el que me cuida y a la vez me irrita y desconcierta. Me llena de tantas emociones que dudo que no esté al tope de la cordura. Me tiene encantada con su belleza, sinceramente, me tiene embobada.

Su pecho repleto de sudor, al igual que todo el público, ya que las hormonas se encuentran completamente alborotadas a mi alrededor, sube y baja con rapidez. Era hora de que se cansara por fin. Hace más de una hora que está peleando y nunca, en ese tiempo, jadeó por falta de aire.

Simplemente es magnífico. Creo que solo le presto atención a él y a su cuerpo. A su mirada amenazadora, que cuando termina con otro de los peleadores, me mira y se convierte en cariño y algo más que ello a lo que no quiero ponerle nombre todavía. Sí, me asusta y me agrada ver eso en su mirada. Creo que ni yo estoy preparada para admitir mis sentimientos hacia él. Espero que se dé cuenta con todo lo que hago por él, de cómo me preocupo y de la forma en que lo miro. Yo lo noto cuando me mira, ese brillo que tanto me gusta está allí cuando se gira hacia mí. Hasta que me guiña el ojo y mi corazón palpita como mil demonios juntos y se llena alegría. Cuando me sonrío antes de sentarse en su banquito a un lado de la esquina logra que mi cuerpo palpite y que se quiera tirar a besarlo con tanta fuerza

que no sé si tengo. Los gritos de las mujeres detrás de mí estallan cuando él hace eso, pensando que él se los hace a ellas, pero sé que no es así. Son todos y cada uno para mí, *PARA SU NOVIA*.

Ahora, justo cuando nos estamos levantando para irnos al camerino que le asignaron a Damon, el celular me suena en el bolsillo derecho de mi pantalón negro. Frunzo el ceño, pensando que alguno de mis hermanos me estuviese llamando por algo tonto, y me paro antes de seguir a Noah y Peter para sacar el aparato y contestar. Pero solo es un mensaje, ninguna llamada. Por lo que mi confusión crece. Muy pocas personas tienen mi número, y dudo que yo se lo haya pasado a alguien sin acordarme de ese momento.

Abro el mensaje y comienzo a leerlo.

Falta poco, muñequita. Prepárate.

Tan solo 4 palabras hacen que el miedo crezca en mí. ¿Falta poco; para qué? ¿Prepararme? ¿Cómo mierda consiguió mi número y quién es?

Con el ceño aún fruncido, miro a mi alrededor, a toda la sala en la que muchas de las personas se están retirando y otras entrando.

Busco entre toda esa multitud a alguien que se me haga sospechoso, alguien que se encuentre con un celular en la mano..., aunque, si miro bien, casi todos están con los celulares... ¡Maldita sea!

Pero algo... algo que no sé qué es, hace que mi cabeza se vuelva y se quede mirando el lugar en el que el hombre raro con ese tatuaje en el cuello estaba. Aún sigue ahí, mirándome con esos ojos profundamente oscuros, que causan que unos escalofríos me recorran el cuerpo y me erice los vellos. No es igual que cuando esto me pasa con Damon, con él es agradable esta sensación electrizante, pero con este desconocido no lo es. Es fea y desagradable.

Él aparta la mirada después de quedarnos mirándonos unos minutos, y se da vuelta para irse. Tengo ganas de perseguirlo para preguntarle si él es el que me mandó el mensaje, pero se escabulle tan fácilmente entre la multitud, que logro perderlo de vista.

Respirando hondo y soltando el aire con frustración, camino hacia el camerino de Damon, con la ayuda de los guardias que estaban cerca de

nuestros asientos. Me debato entre decirle o no lo del mensaje a Damon en todo el camino que me recorro para encontrar su camerino, pero pienso que se pondrá como loco cuando lo escuche salir de mis labios. ¿Cómo no se va a poner loco cuando alguien está intentando amenazarme, si a ese mensaje se le puede decir «amenazador», ya que no puso mucho en él que digamos?

No se lo diré —me decido. No quiero preocuparlo. Ya tiene bastante con la pelea y su pasado. En toda la semana estuvo un poco deprimido y furioso, pero lo disimuló perfectamente. Yo, como lo conozco más que bien, lo supe en el mismo instante en el que me miró, no pudo esconderlo del todo, pero aun así no le dije nada. Aparte, hay pocas probabilidades de que sea verdad. Hoy en día todos hacen bromas telefónicas escalofriantes.

Mientras camino por aquel pasillo mal iluminado, me recrimino por esconderle esto a mi pareja. Pero sé que le haré un favor al no decírselo. Puedo pensar en el mensaje en otro momento. Puedo ignorarlo toda la noche hasta quedarme sola y allí deprimirme por no decírselo. Ahora tengo que estar bien, estar feliz porque ganó las peleas de hoy. Sé que él me necesitará.



Cuando abro la puerta del camerino, Damon me asalta con un abrazo que hace que el aire salga rápidamente de mis pulmones. Su sonrisa me da la bienvenida y sé en este momento que tendré que quedarme completamente callada sobre el mensaje. Coloca sus manos en mi cintura y me lanza sobre su hombro, quedando bocabajo y con la espectacular vista de su trasero apetitoso.

Oh, Dios, sabe que no me gusta que me pongan en esta posición.

Por suerte, pasan solo unos segundos hasta que me deja sentada en un sillón. Él se sienta junto a mí y me envuelve de nuevo en sus brazos. Esconde su cabeza rápidamente en mi cuello y respira profundamente, como si estuviese aspirando mi olor. Me alegro por haberme acordado de ponerme perfume, ya que, si no lo hubiese hecho, él no olería nada de mí. Paso mis brazos por su cuello y lo acerco más a mi cuerpo. No quiero mirar alrededor,

sé que todos nos estarán viendo como si fuésemos dos monstros. Siento que hay más personas del equipo, pero no quiero comprobarlo.

Damon se ve tierno en esta posición. Muy vulnerable para ser cierto. Me sorprende que se deje ver así frente a sus colegas, pero lo está haciendo. No me importa cómo se comporta, con que él esté conmigo, soy feliz.

Paso con lentitud mis dedos por su pelo, dejando que incómodamente, mi brazo izquierdo, el cual sigue enyesado, esté sobre su espalda. Los pasos de alguien se escuchan hasta detenerse frente a mí, unas zapatillas negras Converse que parecen nuevas entran en mi campo de visión.

—Damon, ve a buscar tu paga. Rick la tiene —la voz de Peter se hace sonar claramente. Damon gruñe contra mi cuello y suelta un suspiro. Ríe por lo divertido que es ver a Damon querer asesinar a alguien con la mirada, y veo cómo se aleja, no sin antes besar mis labios frente a todo el público que hay en el camerino.

El tiempo que él no está junto a mí, me quedo hablando con la esposa de uno de los miembros del equipo de Damon, con el cual no tengo mucha relación. Tan solo hablé con él unas pocas veces y eso es todo. Catherine, que así se llama la mujer de Jack, el miembro del equipo, me habló de lo lindo que es vivir con la persona que ama, de pasar todos los días con él, despertarse sabiendo que siempre volverá a quedarse abrazada a su cuerpo. Me emocionó cuando lo dijo. Menciona también que habrá boda dentro de unos meses y que planea tener hijos en algún futuro cercano. Quiere formar una familia completa antes de los veintisiete, una tradición familiar o algo así. La felicito y la incito a que siga con lo que quiere para su vida. Mientras ella habla de todo aquello, sin querer, me imagino así junto con Damon. Y debo admitir que me encanta lo que veo.

Cuando Damon llega de nuevo a mi lado, lo hace con una gigantesca sonrisa pegada en la cara. No es necesario decir que volvió a lanzarme en el aire, solo que esta vez no me deja caer sobre su hombro. Lo cual agradezco mucho. Creo que, si lo hubiese hecho, yo estaría vomitando a mares.

Una vez en el piso, sigo con la conversación con Catherine, quien me mira de una manera extraña.

—Nunca pensé que vería este momento —comenta bajando la voz. Es una mujer pequeña, con un cuerpo normal, solo que su trasero es el doble que el mío, bastante grande para su pequeño cuerpecito. Pero la envidio por lo alzado que está, no es de esos que tienen las viejas, todos caídos y deformes. Todo lo contrario. Su atributo trasero es llamativo, tengo que admitirlo. Y estoy segura de que si sigo comiendo como lo hago ahora, no solo mi trasero no quedará igual al suyo. Es simpática y tiene una risa muy peculiar que instantáneamente hacer querer reírte. Es pelirroja natural con ojos verdes. Es muy linda.

—¿Cuál momento? —pregunto confundida ante sus palabras.

—Que Damon estaría con alguien formalmente. Se nota a millas que se quieren y por la forma en la que se miran y se abrazan, creo que tienen algo más que un noviazgo.

—Oh, no, solo somos novios —me río con nerviosismo.

—Puede ser que sea ahora, pero serán más, es una intuición. Nunca vi a Damon así, se nota que te quiere. Creo que tienes un hechizo muy fuerte sobre él que lo tiene encantado —carcajea—. Créeme.

—No lo sé, puede que seas una bruja con mucho talento... —nos reímos—. No, pero sinceramente no sé qué decir. Sé que siento algo por Damon, pero...

—No quieres admitirlo —termina ella por mí. Asiento y aparto mi mirada de la de ella. Es incómodo hablar sobre sentimientos con otra persona—. Te creo, fue muy vergonzoso cuando le admití a Jack que me gustaba y mucho más cuando le dije «Te amo» —suspira con pesadez, aun así, sin sacar su sonrisa.

—Siento que es muy pronto para decirlo. No llevamos mucho tiempo juntos, es complicado y más cuando él es desconfiado —admito, dejando que mis sentimientos salgan un poco a la luz con esta mujer. Y es cierto lo que digo, hay veces que lo noto distante y confuso, ensimismado en sus pensamientos, alejándose unos minutos de mí para pensar en vaya a saber qué cosa. Sé cómo se siente con tan solo una mirada, no puede ocultármelo por más que rece para que no me dé cuenta.

—Te creo, siéntete muy confiada de lo que sientes cuando se lo digas. Se llevará la sorpresa de su vida.

—Gracias.

—Nat, Rick dice que tiene que hablar conmigo y que solo tardará unos segundos en darme algo. ¿Quieres ir yendo al auto o...?

—Claro. ¿En dónde está? Te esperaré allí.

—Está en el estacionamiento —deja las llaves en mi mano y besa castamente mis labios.

—Bien, te esperaré allí.

Me despido de Caterine y de todo el equipo. Me desean suerte y me felicitan por el noviazgo con Damon. Al principio todos me miraron con pena, recordando que me atropellaron y me dejaron en este estado, pero luego me dijeron que me recupere y que no haga esfuerzos. Se preocuparon por mí.

Camino por el pasillo muy mal iluminado. Mis pasos apresurados resuenan sobre el asfalto hasta llegar a la puerta que me lleva a la calle. Apresuro mis pasos cuando a lo lejos veo el auto de Damon en el estacionamiento. No hay casi nada de autos en él, hay unos pocos estacionados cerca del auto de mi novio y otros al otro lado de la puerta trasera del estadio.

El aire fresco choca terriblemente contra mi cara, congelándome instantáneamente. Las ráfagas frías se cuelan entre mis ropas, llegando así a mi piel y haciendo que un escalofrío me recorra.

Cuando estoy a pocos metros del coche, algo en mí crece. Miedo, inseguridad y confusión de lo que estoy sintiendo. Fue solo unos segundos antes de llegar junto al auto cuando entiendo el porqué de esos sentimientos. Mientras recorro las varias llaves que tiene Damon y busco la del auto, se me da por mirar a los lados. Cuando lo hago hacia la derecha, un hombre vestido completamente de negro aparece de la oscuridad del estacionamiento. Sus ojos verdes hacen que el aire se me entrecorte y su mirada fría me llena de temor. A mi izquierda, me sorprende al encontrarme con él, el hombre misterioso con el tatuaje raro en el cuello. Me atraganto. Y un sudor frío comienza a nacer debajo de toda mi ropa y ahora el congelado viento ya no es nada en comparación de eso. Él me sonrío y se acerca más a mí.

Todo pasa tan rápido. Intento abrir la puerta con rapidez, pero mis manos comienzan a temblar con fuerza, haciendo que la llave no entrara en la ranura. No puedo abrir el auto y ellos ya están a cada uno de mis lados. Las lágrimas están a punto de salir, sabiendo que algo pasará. *Que algo me pasará.* Hasta que escucho una voz conocida gritar desde lejos y luego sus pasos acelerados acercándose. Pero los hombres misteriosos ya me están inyectando algo en el cuello cuando la escucho, por lo que no es lo suficientemente clara.

La vista se me nubla en ese instante y el terror aumenta hasta que llego a estar inconsciente. Siento que me llevan hacia algún lado, pero ya tengo los ojos cerrados y mis sentidos van disminuyendo hasta no poder moverme, ni oír, ni hablar. No entiendo lo que me pasa. El cansancio se instala en cada parte de mi cuerpo y no puedo soportarlo.

Pero luego, una ola de sueño me invade y, sin querer, con agotamiento, me dejo llevar.

CAPÍTULO



Narra Damon.

Creía que ya era demasiado todo lo que hizo. Primero querer violarla y luego atropellarla. Creía que ya tenía bastante, pero fui un idiota y no me di cuenta de que él quería más que solo causar grietas a mi sistema. Pero no, solo quería destruirme completamente parte por parte.

Quiso verme sufrir de a poco, haciéndome ver lo que puede hacer por su cuenta. Pues lo logró. Jugó carta por carta suciamente. Nunca pudo hacer algo limpio, nunca lo podrá hacer. Está destruido y es un adicto a lo que hace. Matt nunca cambiará. No entiende que él puede hacerlo sin jugar sucio. Quiere vencerme, quiere ganarme en todo. Mujeres, peleas, trofeos y premios. A veces lo consigue, lo admito, pero lo hace con puras trampas. No le importa implicar a personas inocentes, solo lo hace todo por ganarme. No entiendo por qué, sinceramente.

Pero ya se pasó de la raya. No le hice nada por causar que Natalie entrase al hospital llena de magulladuras, con las costillas rotas y un brazo roto. Oh, no, no hice nada para vengarme, lo quise dejar para nuestra pelea, pero él hizo su última jugada mucho antes de que eso pasara.

Me la arrancó de los brazos porque sabe que, haciendo solo un movimiento, tendría la victoria. No le hace falta idear un maldito plan que tardaría meses en ser hecho. Por lo que aprovechó la oportunidad y se la llevó.

Se llevó a Nat y no pude hacer nada. Maldita sea, nunca *puedo* hacer nada para salvarla. Es por mi culpa que entró al hospital en el estado en el que

Chris y Carter la llevaron luego de ser atropellada. Fue mi culpa que estos dos hombres que trabajan para Matt se la llevaran. Si no le hubiese dicho que fuera al auto mientras Rick me rugía todo lo que había hecho mal en la pelea, ella estaría conmigo, abrazada a mí como un koala mientras duerme cómodamente en mi pecho, mandando olas de calor a mi piel y haciendo maldita magia entre mis pantalones.

Tres malditos días desde que se la llevaron pasaron con suma lentitud, matándome como si de cuchillos se hablara. Me desgarran, me cortan todo lo que me quedó desde mi peor pesadilla hace dos años. Ese día en el que decidí no seguir como estaba.

Pero ahora, no tengo nada. No tengo a Nat, la necesito como la mierda y me siento perdido. No fui a entrenar. ¿Cómo es que Rick pretende que entrene cuando perdí a lo que me hace sostenerme sobre mis pies? Maldita sea, es mi poste en el cual apoyarme.

Mi enojo lo guardé para mí, no necesitaba causar más problemas, lo único que necesitaba era encontrar el lugar al que la llevaron. No tengo ninguna remota idea de a dónde la llevaron y eso es lo que más me molesta. Tuve que prestarle más atención a ese hijo de puta y hubiera evitado que se la llevaran.

No puedo imaginar lo que le estarán haciendo. Pánico es lo que me da cuando las imágenes de las posibles lesiones que tendrá aparecen en mi mente como una película de terror. No descansé en las noches desde ese día. No cerré un puto ojo en ningún momento. Busqué y busqué por todos lados, en los pequeños lugares en los que él podría haberla llevado, pero no había nada. No hablé con nadie, no les dirigí la palabra, me dejé sumergir en esta agonía que siento cuando la realidad me ataca y me doy cuenta de que Nat no está a mi lado.

Estoy perdido.

Matt se llevó todo de mí, y lo único que espero ahora, justo tres días después de su secuestro, es esperar alguna maldita llamada de él. *Me llamará, lo sé.* Pero primero quiere gozar que me tiene hundido para luego restregarme por la cara que tiene algo que es totalmente mío.

¿Qué le está haciendo?

No tengo la más jodida idea. No quiero pensar, estoy cansado de hacerlo. Pero no me doy por vencido. Matt hace lo que se le dé la gana. No le importa cuánto daño puede causarle a alguien, ni siquiera matar a una persona le importa. Pero si le llega a poner una mano encima a Nat, se las verá con el verdadero Damon. Nunca nadie pudo conocerme tan al límite del enojo. Nunca. Siempre me contengo.

Pero con él no lo haré. Me pagará todo por lo que Nat pasó en ese jodido lugar en el que está y por lo que me hizo sentir a mí no estando con mi amuleto de la suerte y la única por la que mis sentimientos viven.

Hasta que dos días después, su llamada aparece. El nombre «Jodido Matt» aparece en mi pantalla junto con una canción de marica. Porque bueno, él hace trampa todo el tiempo como todo un marica.

Joder, cinco días después de llevársela me llama. Me encuentro vestido con unos pantalones de pijama y sin remera. Encorvado en la cama perteneciente a la única chica que quiero, y con un aspecto demacrado, atiendo el teléfono con un gruñido.

—¡Querido Damon! ¿Cómo le va al Muchachote? Mmm... Me parece que no muy bien. ¿Te sientes vacío? Oh, yo tengo lo que tanto necesitas —dice con la alegría burbujeando en su voz. Gruño de nuevo, sintiendo cómo el enojo crece el triple de lo que ya estaba—. Hey, sé más respetuoso, Furia. Entonces, ¿estás listo para dejar tu puesto? Creo que tu chica no lo está pasando bien aquí con nosotros. Bueno... sinceramente está muy asustada. Aunque, tengo que admitirlo, es toda una fiera. Justo como te gustan a ti. Con carácter, hermosas y... Mmm... Con un cuerpo de muerte. Dime una cosa... ¿ya te la follaste? Porque creo que con pedazo de culo que tienes en tu vida, no desperdiciarías las oportunidades. Pero si no lo hiciste, yo no tengo problema en desflorarla. Todo lo contrario, con mucho gusto lo hago —se ríe.

—¡No la toques, hijo de puta! —rujo con fuerza.

—Bueno, entonces, cuanto menos tardes en salir del campeonato o reportarte como discapacitado para pelear, ella se quedará mucho menos tiempo conmigo. No me importa que se quede aquí, aunque creo que a ella no le gustaría. Músculos se está encargando de ella ahora. Sabes que él no es de

tener paciencia y tu chica es todo menos un ángel que se queda callado y obedece. Por lo que, si no te retiras del campeonato antes de nuestra pelea en tres días, tu chica sufrirá.

—Si la tocas, te mato.

—Si la toco o no depende de lo que tú decidas hacer. Estás advertido, Damon.

Corta la llamada en ese instante, justo antes de poder maldecirlo a todos los vientos.

Me siento erguido en la cama, con los puños apretados listos para golpear algo. *Anhelo* golpear algo, pero no en esta habitación. La habitación de Nat es lo que más valoro en todo el mundo cuando de cosas materiales hablo. Maldita sea, no puedo tocar nada porque sé que se enojará si destrozo todo. Y lo último que quiero es pelearme con ella cuando la rescate. Solo quiero abrazarla, sentirla contra mi piel, y degustar esos labios que me hechizan.

Me levanto de la cama, dispuesto a entrenar. Haré todo lo que tenga a mano para sacarla del lugar en el que esté, voy a ganar la pelea sí o sí, y dejar a Matt debajo del infierno. Suplicaré porque mis puños no lo destrocen más, imploraré por su vida. Y yo me detendré cuando se caiga inconsciente. No lo mataré, sino que lo haré sufrir. Lo mandaré a la cárcel ni bien gane el campeonato. Ese campeonato que él quiere ganar para pasar al verdadero campeonato de los campeones. Él lo quiere todo, no se puede quedar satisfecho y quiere conseguirlo de la forma más fácil sin hacer esfuerzos.

No se lo permitiré por maldito.

Caerá y muy hondo.

Antes de poder abrir la puerta del cuarto de Nat para ya largarme e ir a entrenar, ya que no fui en todos estos cinco días, el celular suena de nuevo. Lo veo, pensando en que el puto de Matt se olvidó de decirme otra cosa, pero no, es Rick.

—Damon, te quiero en este instante en el gimnasio. Tienes que volver a entrenar lo antes posible. Algo les pasó a los otros competidores con los que tenías que pelear y ahora se encuentran lesionados, misteriosamente todos a la misma vez. No hagas preguntas, yo sé menos que nada. Eso es todo lo que

me dijeron. Ven y entrena como lo tienes que hacer —dice. Puedo notar la orden en su voz. Demandante y estricta, tal y como los entrenadores tienen que ser.

—Estaba yendo para allá. Dime todo lo que sepas y todo lo que te dijeron. Necesito entender, Rick —salgo con rapidez del cuarto y bajo las escaleras. Paso por la sala de estar, en donde Tyler y Sam están hablando en susurros muy seriamente. Creo que al parecer no soy el único que piensa todo el día en Natalie. Ellos son sus hermanos y están preocupados al igual que yo.

Me encamino al ascensor cuando salgo del departamento. El silencio me envuelve y, si no fuera porque estoy hablando por teléfono con mi entrenador, estaría pensando otra vez en Nat. Ella no sale de mi cabeza ni por un minuto. En la soledad de su habitación es en donde me pasé todos estos días y, como ya era de esperarse, pensando en ella cada segundo.

Algo dentro de mí dice que esto es también causa de Matt. Él es tan predecible, pero a la vez no. Quiere que todo se haga rápido, en el mismo momento en el que él lo quiere. Siempre fue malcriado, eso es lo malo. Esto es un acto de él, estoy más que seguro de ello. Él no solo hace una cosa para que su plan salga a la perfección, sino que hace varias para que él sienta que con seguridad saldrá todo bien.

—Miles me llamó hace media hora para decirme que varios de los competidores que estaban seleccionados para los finalistas, están lesionados. Algunos de diferentes formas. Lo importante es que tú estás bien y estás listo para pelear. Falta muy poco para el último día que definirá quién pasará al campeonato que en realidad es el que queremos ganar —Miles es uno de los hombres que dan avisos importantes a todos los peleadores y a sus entrenadores.

—Rick, esto lo está causando Matt. Él tiene a Nat. Tengo que hacer algo.

—Bien, te ayudaré, pero tienes que entrenar para vencerlo y así vengarte por lo que le está haciendo a tu chica. No tienes que dejar que la toquen. ¿Hablaste con él?

—Sí, y me dijo que tengo que salir de la pelea para dejarla libre.

—¡Ni se te ocurra hacer eso! —exclama alterado.

—No lo iba a hacer. Voy a encontrar alguna forma de encontrarla, pero necesito que me ayudes.

—Lo haré. Nos vemos ahora.

—Claro, estoy yendo —corto la llamada con furia. No soy tan estúpido como para dejar que Matt se salga con la suya cuando lo único que hace es trampa.

Haré hasta lo imposible para encontrarla.

Conduzco hasta el gimnasio. Para mi suerte no había casi nadie en la calle, ya que a la velocidad a la que voy podría haber atropellado a muchos. Ya son las siete de la tarde y, al parecer, nadie quiso estar en la carretera a estas horas.

Los entiendo, si Nat hubiera estado ahora conmigo, yo tampoco estaría en la calle y menos con este frío asqueroso que a ella tanto le gusta.

Maldita sea. Nat. Nat. Nat siempre en mi cabeza.

No me importa haber salido con los pantalones desgastados de pijama, para mi suerte son de color gris liso, por lo que no me preocupo en que noten muy fácilmente que estoy de pijama. Llevo mi torso desnudo, y de igual manera nunca sentí el frío cuando salí del departamento, pero ahora en el auto y con las ventillas abiertas sí lo noto.

Cuando llego, me doy cuenta de que no vine equipado, por lo que busco mi bolso de emergencia en mi casillero asignado. Creo que soy uno de los pocos que tienen un casillero propio y que nadie puede usar, ya que los otros usan los casilleros en los que la llave se deja puesta cuando terminan de usarlo. Muy práctico, pero prefiero tener un casillero propio. Me lo dieron gracias a que vengo casi todos los días.

Rick me pone a calentar como siempre luego de hablar un poco sobre lo que está pasando por culpa del hijo de puta. Solo que el doble de tiempo esta vez. Está muy molesto, pero no le presto atención. En lo único que puedo pensar es en algún plan para sacar a Nat y ganar a la misma vez el campeonato.

Es difícil en el estado en que está todo, es confuso y bueno... Muy complicado idear un plan cuando no sé por dónde empezar, ni a quién pedir

ayuda ni tampoco cómo hacerlo.

Espero que funcione, de igual manera.

Me pongo a pelear con el saco luego de más de media hora calentando con los gritos de Rick. Alentándome, enojándome y provocándome, el saco se mueve de lado a lado con fuerza. Mis puños cubiertos por los guantes chocan contra el saco constantemente, con rapidez y agilidad, siguiendo las órdenes de qué hacer de mi entrenador. Dice que visualice a Matt en el saco y comience a imaginarme que estamos los dos solos en un ring, sin nadie alrededor.

Y allí es cuando salta con que Nat tiene que estar atada en una silla justo del otro lado de las sogas que recubren el cuadrilátero. Me altero cuando la nombra, pero su propósito funciona cuando comienzo a aumentar el poder de mis manos.

Dice que tengo que vencer a Matt para dejarla en libertad, porque si no lo venzo, él se la llevará para siempre y nunca más la podré ver. Gruño inconscientemente. Le pego con todas mis fuerzas a un Matt imaginario una y otra vez sin parar hasta que veo todo rojo. No puedo parar. Necesito descargar todo el peso que se agregó sobre mis hombros. La rabia, el enojo, la sed de venganza y... miedo. Miedo porque algo le pasase a Nat. Jodida mierda de vida que la hago pasar.

No la merezco y ella mucho menos merece todo lo que le está pasando por mi culpa. No debí involucrarme con ella, pero la tentación, la curiosidad y su belleza derribaron todos mis muros y causó que ya no pudiese separarme de ella, haciendo que cada día se metiese debajo de mi piel y derrumbando todas mis paredes sin esfuerzo.

Ella sufrió una vez, ¿y yo qué hago? Le doy más con lo que lidiar. Soy un maldito hijo de puta por hacerla pasar por esto, me doy vergüenza y es por eso por lo que me enojo conmigo mismo muchas veces y me alejo de la realidad para recriminarme. Ella me hechizó, y es un hechizo muy fuerte el que usó.

No debí dejarla acercarse en un primer momento. Tengo problemas, un pasado que me hace ser quien soy. Un auténtico gilipollas.

—¡Sigue pegándole al maldito de Matt, Damon! ¡Por todo lo que hizo! ¡Por todo lo que le causó a Natalie! —ruge Rick con fuerza para sacarme de mis pensamientos. Algunas luces colgadas del techo parpadean y reflejan su cara seria y concentrada en lo que dice. El saco se balancea y el sonido de mis puños chocar contra la tela resuena debajo de los gritos de mi entrenador —. ¡La destrozó y ahora la tiene! ¡¿Qué harás?!

—¡Maldita sea, lo mataré! —respondo gritando con el mismo tono. Le encanta provocarme, lo sé con certeza. Ese es su trabajo y es por eso por lo que llegó a ser profesional.

—¡No te escucho nada, repítelo!

—¡Lo jodidamente mataré!

—¿¡En dónde lo harás!? —con sus manos juntas en su espalda, y con esta muy recta, camina por alrededor mío gritando a todos los vientos con seriedad.

—¡En el maldito *ring*!

—Y ahora la gran pregunta... ¿¡Cómo lo harás!?

—¡Con mis malditos puños! ¡Le arrancaré la cabeza y lo mandaré a la jodida mierda! ¡No volverá a pelear nunca más en su puta vida!

—¡Ese es mi hombre! ¡Véngate y rómpete la cabeza! —deja que mi furia se encargue de todo, viéndome cómo destrozo y hago balancear el saco con rapidez. Minutos después, se acerca más a mí y coloca una mano en el saco, parándolo y haciendo que yo lo haga también. Mi respiración se encuentra agitada y mi pecho sube y baja en un vaivén rápido y sudoroso—. Recupera lo que te arrancó y olvídate de todo —esto último lo dice más serio, sin gritar y con una voz baja y ronca. Severa y mordaz. Sus ojos ardiendo en fuego. Él me entiende, sabe lo que es perder a alguien. Asiento con seguridad y jadeo por aire—. Bien, ahora descansa y vete. Estuviste malditamente poseído recién. Creo que con cuatro horas de entrenamiento por esta noche está bien. Descansa tanto como puedas y mañana ven temprano así entrenas más tiempo y planeamos qué podríamos hacer para encontrar a Nat y ganarle a Matt a la misma vez sin que ella sufra.

—Bien. Nos vemos mañana —termino de recuperar el aire mientras lo veo alejarse hacia otra sección del gimnasio.

Hace bastante tiempo, poco después de conocerlo, me confesó que alguien muy cercano a él había desaparecido y luego lo encontraron muerto de una forma... inusual. No me quiso contar más, por lo que no lo presioné, pero siempre ese día, en cada año que pasaba, él faltaba al trabajo y desaparecía de todas las miradas de los demás. No sé por qué, no sé qué tiene de especial ese día. No sé qué le pasó, pero al igual que yo, tiene un pasado del que no le gusta hablar. Lo entiendo, yo tampoco lo hago. Viví dos años con este peso encima.

Junto mi bolso de emergencia y voy hacia el vestuario. Para mi suerte, este bolso no solo tiene mi equipo de entrenar, sino que tiene dos remeras y unos pantalones. Así que no tengo que ponerme de nuevo el pantalón de pijama con el que vine y me cambio con la ropa que hay allí.

No tengo campera ni nada con lo que cubrirme, pero al menos no salgo desnudo a la calle.

Voy hacia el auto con mucho apuro. Tengo que llegar de nuevo a la habitación de Nat para poder pensar en algo que hacer para sacarla de donde sea que la tiene el hijo de puta. Idear un poco del plan para ya mañana ponernos en marcha, aunque sería mejor tener la ayuda de alguien para idear el plan. Da igual, solo pensaré qué hacer y listo. Si le gusta a Rick, usaremos mi idea, pero si no le gusta, planearemos otra.

Pongo en marcha y me encamino hacia el edificio de mi novia desaparecida. Necesito silencio, y si estoy en mi edificio, en donde Emma y Elle están, de seguro con la vecina, ya que Emma quiere que Elle tenga amigas, habrá mucho ruido y no lo necesito. Así que decido quedarme en la habitación de Nat para tener tranquilidad. A los gemelos no les importa, ellos están en la misma depresión en la que yo estoy, así que entienden mi necesidad de tenerla cerca en todos los sentidos. Con una almohada me basta. Sentir su olor y dormirme entre sus sábanas y frazadas es lo que me hace caer en un sueño profundo cuando a veces decido dormir. Pero a las pocas horas

me levanto por el horrible sueño que llevo soñando desde que la vi siendo drogada en el estacionamiento del estadio de peleas.

Por Dios, esos recuerdos me matan. No pude llegar a ella. Estaba muy lejos y ellos aprovecharon eso y se la llevaron con tranquilidad hacia un auto que estaba estacionado a pocos pasos.

—¡Idiota! ¡Fíjate por dónde vas! —grita alguien sacándome de mis pensamientos. Un auto pasa a gran velocidad junto a mi coche yendo hacia la dirección contraria a la que yo voy, asustándome hasta la mierda.

Miro por los retrovisores por si alguien está cerca de mi auto, pero no, está casi solitario a excepción de la calle junto a la que yo estoy conduciendo y que van de la mano contraria. Aparco en el primer lugar que veo para hacerlo y me desmorono por primera vez en mucho tiempo. De tanto contenerme estos dos años, las lágrimas son aún más cuando estas se derraman por mis mejillas. Ni siquiera cuando la atropellaron lloré, porque sabía que de alguna manera ella estaría conmigo. Yo la cuidaría. Pero ahora, no la tengo a mi lado, y la necesito más de lo que puedo admitir a mí mismo.

Sollozo como si nunca antes lo hubiese hecho, descargándome, gritando a todos los vientos cómo de enojado estoy, lo que siento en estos momentos. Nadie nunca me vio así, destrozado en cuerpo y alma. Mierda, Nat es en todo lo que pienso, y si esos pensamientos son de ella siendo secuestrada mientras se repiten una y otra vez en mi cabeza, mucho más me destruye en todo sentido.

Quiero tener a Matt frente a mí y romperle la cara como muy bien sé hacer, quiero golpearlo hasta ver todo el suelo lleno de su sangre y...

Demonios. ¿Quién mierda llama a esta hora? Deben ser como las doce de la noche y alguien está jodidamente llamándome ¿Es una broma?

Sorbo mi nariz y limpio una de mis mejillas empapadas y luego la otra antes de ver el celular. Número desconocido.

Atiendo.

—Bien, no quería hacer esto, pero tu chica es insoportable. ¿Cómo es que la soportas? ¡Grita y grita como si la estuviesen matando! —dice Matt cuando descuelgo—. No sé cómo me convenció de llamarte. Quiere

escucharte. Solo hago esto porque me prometió no gritar en la noche y porque no tengo más sedantes, así que aprovecha estos cinco minutos que te doy. No es necesario que te esfuerces por buscar a alguien que rastree el celular, lo destruiré luego de esta llamada. Aprovéchala, imbécil.

Sabía que mi chica podía ser muy sabionda cuando se lo proponía. Hablar, gritar y molestar es la mejor forma de joder a Matt. Pero ella no lo sabía, ya que nunca habló nada con él. Ese es su carácter cuando no está conmigo y eso me encanta como la mierda. Sonrío sin poder evitarlo y espero a que me pasen con ella.

—Toma, tienes cinco minutos para hablar con tu noviecito, eso es todo lo que te doy —escucho la voz de Matt en un sonido muy bajo.

—Bueno, qué amable de tu parte... —responde con sarcasmo mi chica. Puedo imaginármela rodando los ojos con burla impresa en ellos. Sonrío ampliamente gracias a esa imagen. Un sonido raro en la línea se hace presente y espero a que ella contestara—. Hola —susurra con cautela. Cuánto extrañaba su voz. Cinco malditos días sin escucharla y ahora que la tengo hablándome en el oído, es como recordar cuando estábamos juntos mientras nos susurrábamos estando a solas.

—Nat... —murmuro de igual manera. Pero sé que no tenemos que tardar en decir lo que tenemos que decir, ya que no hay mucho tiempo. Por lo que respiro hondo para calmar mis emociones y carraspeo para sacarme ese gusto salado de lágrimas de la garganta.

—Damon, Oh, Dios... —dice, su voz cambiando rápidamente a un tono ahogado y desesperado.

—Nat, te sacaré de donde sea que estés —prometo.

—No quiero que dejes la pelea solo por sacarme de aquí. No quiero que hagas esa estupidez. Promete que ganarás la pelea aún si no puedes sacarme, no quiero que renuncies. Lo digo en serio, Damon.

—Te sacaré de allí sea como sea.

—Damon, no...

—¡No puedo hacerlo sin ti! ¡Mucho menos si sé que estás en peligro! Ese tipo es un demente, Nat. Por más que me encante que lo jodas al no hacerle

caso, él siempre podría hacer algo para que te callaras. Te lastimará y no quiero eso. Intenta no buscar problemas. No vayas al límite.

—Por Dios, te conozco. Eres terco, prométeme que seguirás la pelea, aunque yo no esté. Inténtalo y piensa en mí, en que estoy allí contigo para apoyarte como siempre estuve. Él solo quiere ganarte, no lo dejes hacerlo.

Durante unos segundos, nadie dice nada. Nos quedamos en puro silencio. No quiero prometerle eso, porque sé que, si lo hago, yo estaría dando por hecho que no la sacaré de ese lugar. ¡Maldita sea, todo es mi maldita culpa!

—Lo siento, Natalie.

—¿Por qué? Sabes que él es un idiota enfer...

—Es mi culpa que te metiera allí. Él tiene rencor, quiere todo lo que yo tengo y siempre intenta sacármelo. Nunca tuve que meterte en nada, Nat. Pero soy un maldito egoísta y solo pienso en mis necesidades. Esa eres tú, te necesito y si estás lejos no puedo pelear, lo sabes.

—Damon, no es tu culpa. Yo sabía que algunos problemas iban a llegar cuando te conocí, juro que lo sabía, pero lo dejé pasar, ¿sabes por qué? —espera a que responda.

—¿Por qué?

—Porque eres el único que me hace sentir cosas que antes nunca experimenté ni sentí. Y quería seguir sintiéndolas y a la vez no. Me confundías, pero me gustaba. No pensaba en otra cosa que no fueras tú. Me preguntaba dónde estabas o qué hacías. Es por eso, Damon. Por lo que hazme un favor y no cagues todo por lo que peleaste. Sabes tan bien como yo que estas competiciones son importantes para ti, no solo porque te gusta, sino que es tu trabajo. Es por esto por lo que ganas dinero. Peleas tanto para salir a delante... —se atraganta en esas últimas palabras y es cuando me doy cuenta de que está llorando. Su vulnerabilidad me destroza más de lo que ya estaba. No sabía que podía romperme mucho más, pero ahora siento cómo cada parte de mí se agrieta y explota en mil pedazos, dejándolos caer a la deriva. Pero la esperanza siempre está allí, la sacaré sin importar qué.

—Natalie, no llores, por favor. Quiero que seas fuerte. No permitas que cualquier jodido te toque. De alguna manera u otra te sacaré de allí. ¿Te

hicieron algo, estás lastimada? —la línea se queda muda, no hay ningún ruido aparte de la voz de Matt al fondo, que al parecer se encuentra hablando con alguien sobre vigilar bien las salidas de la casa y todo el perímetro. Intento pensar que Nat está sana, sin ningún rasguño en el cuerpo, pero con este silencio sé que no es así.

—No e-estoy lastimada...

—¡No me mientas! —exploto. Imaginarme que ella está... Así como me la imagino, es... Gruño de nuevo—. Le partiré la cara, lo juro.

—Y lo harás en la pelea sin importar qué. En serio, Damon, no te preocupes, estoy bien.

—No te prometeré algo que no cumpliré. Voy a pelear, pero también te voy a sacar de allí.

—Bien, pero no dejes la pele...

—Se acabó el tiempo, tortolitos. Su momento de amor terminó —dice con alegría Matt. Escucho como Nat exclama «¡Hey!» en protesta, de seguro porque él le quitó el teléfono de las manos—. Ahora, haz lo que te dije que hicieras, no me provoques si no quieres que tu muñeca termine siendo polvo.

Pip... pip... pip...

La llamada se corta en ese preciso instante mientras mi sangre se congela. Él sabe con lo que puede destruirme y eso me enoja. Aprieto los puños para librarme de la molestia que estoy sintiendo por dentro. Quiero golpear algo otra vez, esa es mi forma de calmarme. Cada vez que me enoja, me dirijo rápidamente hacia algo a lo que golpear para descargar. Y ahora eso es lo que necesito. Para mi mala suerte, Rick ya debe haber cerrado el gimnasio y no podré ir allí para descargar. Joder.

Con un suspiro, dejo caer mi frente al volante y me quedo allí con los ojos cerrados, intentando relajarme y evitando pensar en nada. No quiero pensar, ya lo hice durante cinco días y siento que mi cabeza explotará en cualquier momento. Necesito descansar, si no, no estaré listo para los entrenamientos ni tampoco para sacar a mi novia de los brazos del diablo.

Pero antes de eso, necesito olvidar un poco de los problemas. Necesito anestesia para calmarme, olvidar y así poder dormir. Porque sé, con mucha

certeza que, si pretendo dormirme sin pensar en nada, haré todo lo contrario. Buscaré todo tipo de maneras de encontrarla y no podré dormir en la noche como en toda la semana lo hice. Así que voy a comprar lo único que me va a hacer olvidar por al menos unas pocas horas.

Vodka.

Solo tengo que procurar no beber mucho para no tener resaca al día siguiente y faltar al entrenamiento por eso, aunque creo que con o sin resaca, Rick me obligará a entrenar. Lo merezco. Necesito unas cuantas palizas.

CAPÍTULO



Narra Natalie.

Me despierto por el estruendoso sonido que hace algo al caer. Mis ojos se abren con lentitud y se acostumbran a la penumbra de la habitación desconocida en la que estoy. Me doy cuenta de que eso no pasó aquí cerca, pero se escuchó lo bastante fuerte como para decir que no sucedió tan lejos. Me encuentro tirada en el suelo incómodamente, mi cabeza apoyada junto a una pequeña roca sucia y un poco polvorienta, al igual que todo a mi alrededor. El olor a suciedad y a humedad penetra en mis fosas nasales y contengo una arcada para no vomitar. La poca luz que hay en el cuarto, ilumina solo un lado de la habitación, tal y como pasa en las películas de terror en donde casi ni siquiera hay una fuente lumínica. No hay casi nada de artículos o muebles y alguna que otra ventana cubierta por tablas torcidas para evitar la salida de la gente o la entrada, a excepción de una silla en el centro del lugar, y unos pocos trozos de madera, que al parecer son parte de... ¿sillas? ¿Mesas? ¿Muebles?

No lo sé, pero luego de eso, no hay mucho más. Se ve como una habitación de desechos, en donde si dejas de usar una cosa y no quieres tirarla a la basura, lo dejas en una habitación hasta que decides volver a usarlo. Creo que eso pasó con esas maderas partidas, al parecer a mano o con algo de gran peso, y rajadas.

Paso mis manos por mis ojos y los refriego. Mi cabeza intenta analizar la situación con calma, pero no lo logra.

Entro en pánico al no saber dónde estoy ni con quién. Me siento desesperada y como si estuviese en una película de horror. Este es el escenario perfecto para una película de ese tipo. Quiero despertar, ver que no estoy aquí y creer que solo es un sueño, pero cuando me pellizco y sigo estando en el mismo lugar, sé que no es un puto sueño. Es la vida real, pero no lo quiero creer aún. No puedo hacerlo.

Quiero, necesito, a Damon. Me da miedo lo que vaya a pasarme aquí y quién me lo vaya a hacer. Las pesadillas que dejé atrás sobre mi pasado, me vienen a la mente todas juntas, recordándome lo que sufrí y que no quiero que vuelva a pasar. Solo quiero olvidar, maldita sea.

Las lágrimas llenan mis ojos y se derraman al instante por mis mejillas. Veo mis manos y las encuentro totalmente sucias al igual que el yeso de mi brazo izquierdo y todo a mi alrededor. Me da asco, pero más asco me da estar aquí. El frío de la habitación hace todo más tenebroso y espeluznante. El vaho que sale de mi boca al soltar las respiraciones me da a saber que el invierno llegó. Noviembre, el mes en el que la nieve comienza a cubrir las calles y casas, edificios y parques por doquier. Froto como puedo mis dedos juntos para calentarlos y para que no se congelen. Pero funciona a duras penas.

Para mi suerte llevo campera, la cual no abriga mucho, pero es mejor que nada. Por suerte, el día de la pelea de Damon fue un día en el que el frío predominaba y gracias a ello, ahora no me muero congelada.

Sollozo y sigo sollozando mientras imagino las peores escenas posibles de morir a manos de unas personas del pasado, las cuales cuando no les gustó mi decisión, quisieron matarme sin importar qué. No lo lograron, pero de seguro lo harán ahora sin ninguna duda. Eso es lo que temo, no poder volver a ver a todas las personas que aprecio.

En ese momento, los recuerdos me vienen a la cabeza en imágenes confusas y distorsionadas que de a poco se van haciendo nítidas y completamente visibles y entendibles. El llanto se me atormenta en la garganta cuando recuerdo el grito de Damon a lo lejos, antes de sentir que mi cuerpo deja de funcionar y se convierte en gelatina. Mi esperanza por ser salvada por

él también la recuerdo, quería que me sacara de todo esto porque solo él puede.

Pero no llegó. No alcanzó a detener a los hombres desconocidos. No me pudo salvar, y ahora, sigo teniendo ilusión de que él me saque de esta.

El terror de pensar que puede que yo muera sin decirle lo que siento hace que el llanto comience de nuevo, ahora mucho más fuerte que antes. Nunca se lo dije porque tenía temor de que él nunca me lo correspondiese. Quiero que sienta lo mismo, lo anhelo con todo lo que tengo, pero solo las palabras que saldrán de su boca me calmarán si dicen lo que quiero escuchar, pero si no, me acabarán y destrozarán como mil puñales en el pecho.

Terminaré peor de lo que estaba antes de conocerlo, de volver a encontrarme con mis hermanos; tal y como me sentía luego de ese día. Herida mental y físicamente en una cama de hospital.

Miro hacia mi cuerpo, pensando lo peor, pero por suerte no es así. Sigo estando vestida, solo que ahora estoy mugrienta. No me duele el cuerpo, creo que eso es algo bueno, pero el cuerpo al estar en una posición tan incómoda en el suelo, ya se encuentra entumecido.

Todavía tengo la misma vestimenta que usé en la pelea de Damon, la cual no sé hace cuánto pasó. *¿Cuántas horas estuve dormida o desmayada?*

Seco mis lágrimas, negándome a sucumbir a la derrota y así hacerle el trabajo más fácil a mi secuestrador o secuestradores. Tengo que ser fuerte y dejar atrás a la niña asustadiza y llorona. Eso no servirá de nada y lo sé con certeza. No sirvió una vez, por lo que creo que esta vez no será diferente. Tengo que aguantarme las ganas de pasarme las horas llorando, creando imágenes de cómo se verá mi cuerpo sin vida en medio de una habitación solitaria y asquerosa con un olor espantoso.

Justo cuando pretendo pararme, otro ruido como el que me despertó resuena en la estancia. No es un sonido lejano, sino que es cercano y muy estruendoso. Luego lo escucho una y otra vez con más seguridad. No logro descifrar qué es, supongo que alguien debe estar golpeando algo cerca de este cuarto.

Seco mis manos sudorosas por los nervios y el temor reprimido, que es allí en donde lo dejaré; bien guardado y escondido, y me froto la cara, pensando en qué podría hacer para escapar. Pero no se me ocurre nada, ya que no hay ningún lugar que sirva para escapar sin que me atrapen que no sea la puerta.

Me preparo para levantarme e ir a inspeccionar la pequeña habitación por las dudas de que haya algún hueco por el cual escapar, pero antes de poder moverme, el sonido de unos pasos al acercarse se escucha. Me quedo estática, rezando porque no entre nadie a esta habitación y que, si lo hace, sea Damon. Pero creo que no tengo tanta suerte.

El picaporte se mueve haciendo un ruido chillón y luego la puerta se abre con lentitud, así creando más nervios en ese lugar escondido dentro de mí. Levanto la mirada, ocultando todo rastro de sentimientos de mi mirada, volviendo a ser la chica solitaria y fría que era antes. Cubriéndome completamente con una máscara sin rostro, blanco y libre de emociones.

Hasta que me encuentro con unos ojos grises como un día de tormenta en el que las nubes cubren completamente el cielo y lo tiñen de plateado completamente. Se me hiela la sangre en ese momento, pero no se lo dejo ver. ¿Por qué siempre tiene que hacerme cosas a mí? ¿Qué tiene en contra de mí? ¿Qué le hice para que vuelva a atacarme y hacerme sufrir?

Matt.

Maldito y jodido Matt.

Quiero gruñirle, gritarle todo lo que pienso de él, preguntarle todas las preguntas que rondan mi cabeza del porqué me persigue y hace esto. Pero no abro la boca. Dejo que se acerque con pasos largos y lentos. No muevo ni un músculo, solo lo sigo con la mirada fija en la suya.

Su cuerpo solo está cubierto por unos pantalones y zapatillas de deporte y unos guantes de boxeo. Su pecho cubierto completamente de sudor, sube y baja al mismo ritmo de sus respiraciones aceleradas. Su rostro no tiene expresión alguna, igual al mío, completamente en blanco, escondiendo todo lo que la otra persona puede ver. Pero a la vez, su ceja mínimamente levantada me da a saber lo gracioso que encuentra la situación.

La verdad no sé qué es lo gracioso, pero ese es el único signo de emoción que veo en él.

—Nat, Nat, Nat... —murmura, creciendo una sonrisa cínica en sus labios—. ¿Ahora no puede salvarte tu amorcito? Qué mal, pobre de ti. Creo que no lo hará hasta que haga lo que quiero, y si no lo hace, la que sufrirá serás tú, por lo que reza para que no se pase de listo conmigo si no quiere perderte.

—Vete a la mierda —espeto en un susurro ronco y lleno de ira. Eso es lo único que puedo mostrar ahora. No puedo revelar el miedo que su amenaza me dio.

—Hey, princesita. No me hables así, yo no te falté el respeto —dice con un cariño muy mal fingido.

—¿Hablas en serio? ¡Por Dios, me secuestraste! ¿Cómo mierda pretendes que te trate si para mí eres una mierda? —sé que tendría que haber parado en ese instante, pero el enojo me supera y las palabras salen de mí sin mi consentimiento. Él comienza a sacarse los guantes mientras escucha lo que digo.

—Es más, eres una basura para mí, un asqueroso hijo de... —me interrumpo a mí misma cuando una cachetada se estampa contra mi mejilla, haciendo que rápidamente mi cabeza tire hacia un lado. El ardor se expande por toda mi cara, calentándola y enrojeciéndola de inmediato. Aprieto la mandíbula para no seguir hablando.

—¡Háblame bien! —grita—. O conseguirás más de esas como regalo. ¿No quieres? ¡Entonces no te comportes así, maldita perra!

—Solo me pegas para no escuchar la verdad que sale de mis labios, no quieres escuchar lo horrible que eres —sus puños se aprietan a sus costados cuando digo aquello luego de que haya tirado los guantes junto a la puerta del cuarto. Pero ¿qué más puedo hacer? ¿Mostrarme indefensa para que él logre manipularme como se le dé la gana? Por lo que provocarlo es la única manera de hacerle saber que no soy tan fácil de controlar. Ya me dejé controlar por el miedo una vez, y todo se salió de control. No volveré a repetir la misma historia.

—Si quieres pensar eso, pues hazlo, no tengo por qué darte explicaciones de por qué soy así —toma una respiración profunda antes de rechinar los dientes y ponerse a mi altura, doblando las rodillas y me mira fijamente—. Logra comportarte bien durante este tiempo en el que Damon pierde ante mí, para así no irte con la cara deformada. Creo que tu hermoso rostro y cuerpo se verían desperdiciados si te llevas más de mis golpes.

—Claro, este cuerpo que no lograste tener con un juego limpio como el coqueteo y es por eso por lo que decidiste casi violarme cuando me drogaste. No puedes conseguir nada sin hacer trampa o forzando a alguien. Eres todo un perdedor y lo sabes muy bien. ¿Por qué lo haces? —digo alejándome un poco de él y apoyando la espalda contra la pared, ya que eso es todo lo que puedo apartarme de su cuerpo.

—Todo forma parte del plan, querida. Si yo quiero algo, lo consigo de una u otra manera, no me importa lo que haga, pero lo conseguiré igual —contesta alargando su brazo y tocando con su mano mi mejilla, la cual antes él había golpeado. Me vuelvo hacia el otro lado, dándole a saber el asco que le tengo y le mando una mirada cargada de veneno—. Tu noviecito se entromete en todos mis planes, los cuales son ganar y llegar a la mejor competición, es por eso por lo que hago esto y es por eso también que tú estás aquí.

—Sí, y es por eso por lo que pienso que eres un marica. Tienes miedo de que él te logre sacar lo que quieres porque sabes con certeza que él te vencerá sin ningún problema. Siempre lo hizo y tú estás enojado...

—Mira, niña entrometida, deja de hablar así sin conocerme porque...

—¿Sin conocerte? ¡No es necesario conocerte para decirte lo que eres! Con tus actos lo demuestras a la perfección —y es por eso por lo que me gano otra cachetada de parte suya. Maldita sea, por más que me clave un cuchillo no voy a dejar de decir todo lo que pienso.

—¡Cállate!

—¡No! ¡Alguien tiene que abrirte los ojos de una vez por todas! ¡No puedes hacer esto y te arrestarán cuando se entere la policía! Eso te impedirá que entres a más competiciones cuando salgas, si es que sales, de la cárcel.

¡Por lo que tus esfuerzos serán en vano! —intento llegar a él con las palabras que se me vienen a la mente en ese momento. Hacerlo entender que nada de esto es un juego, sino que es la vida real y las consecuencias siempre vienen, al fin y al cabo, ya que al parecer él no lo ve de esa manera.

—Eso no pasar... —se interrumpe. El silencio nos rodea mientras él frunce fuertemente su frente y su boca hace muecas. Puedo notar cómo los engranajes de su cabeza analizan y piensan todo. No me muevo, quiero que se dé cuenta de que todo esto está muy jodido, sus actos lo son. Él tendría que haber ido a la cárcel por haberme atropellado, pero no había pruebas concretas ni tampoco videos que mostrar a los oficiales. No teníamos nada aparte de nuestra palabra y la descripción de un auto rojo. Y ahora, no sé si Damon llamó al 911, pero eso es lo que espero, que Matt sufra años en la cárcel y se pudra con las ratas.

En un momento, sus hombros se ponen rígidos y su postura cambia totalmente con alarma. Al parecer sus pensamientos le están jugando una mala pasada.

Mi mirada, en estos minutos que él está en otro mundo, lo repasa sin mi consentimiento. No puedo creer que, en un mínimo momento, la primera vez que lo vi en la fiesta de Jazmín, pensé que era atractivo. Borré esa idea de mi mente a los segundos y traté de olvidarlo. Parte de mí se alegra de que sea Matt el que está aquí en vez de los de mi pasado, pero la otra parte está en desacuerdo.

Me pregunto qué estará haciendo Damon. ¿Me estará buscando como loco o estará descargando su ira en algún gimnasio? ¿Sabe o se da una idea en dónde estoy? ¿Cuánto pasó desde la última vez que lo vi? Por Dios, lo extraño. No puedo pensar que él podría arriesgar algo que es tan preciado para él y por lo que trabajó y entrenó mucho tiempo, por mí. No quiero que lo haga. Me importa más él que yo misma, pero a él no le importa nada, solo hace lo que se le da la gana y si quiere, deja todo atrás. Él es su propio dueño.

En estos momentos lo único que puedo pensar para no volverme loca y sucumbir al miedo es pensar en Damon. En él sacándose la remera antes de

acostarse a mi lado en la cama. En él sonriéndome luego de besarme. En él abrazándome con vulnerabilidad y necesidad de afecto. En él.

—Eso no pasará, Natalie. No me arrestarán porque Damon no se arriesgaría a perderte, y si me entrega, juro que tú no sobrevivirás como lo hiciste cuando te atropellé —dice, haciendo que yo vuelva a la realidad en la que no quiero estar.

Se me queda mirando en silencio, sopesando si comprendí lo que dijo. Oh, sí que lo entendí y a la perfección. Quiere matarme y es evidente. Quiere hacerme sufrir para ver herido a Damon. Pues sí, me quedó muy claro. Imagino que Damon sabe esto y que en parte sus ataques de ira son por esta razón; que debe alejarse de mí para que no me pasase más nada. Ahora comprendo por qué muchas veces se alejaba de mí y me evadía e ignoraba, o siquiera gruñía en mi dirección.

Al darme cuenta de esto, el corazón se me parte en mil pedazos, cayendo como si fuesen pedacitos de cristal frágiles. Destrozados, filosos. No quiero que piense eso. Odio la idea de que sus pensamientos están llenos de desconfianza e imágenes de mí yéndome de su lado. De él queriéndome alejar solo porque piensa que no es bueno para mí estar cerca. No estoy de acuerdo, todo lo contrario, creo que él es el que me alegra los días y las noches. Maldita sea, todo el tiempo Damon está en mis pensamientos y es por él que sonrío muchísimo más, él me hace olvidar de los problemas.

Matt se levanta con lentitud y se aleja con pasos lentos y pausados, como si estuviese ensimismado en sus pensamientos. Antes de que salga por la puerta, le hago la pregunta que tanto quiero hacerle.

—¿Cuánto tiempo estuve inconsciente? —él se da la vuelta con el ceño fruncido y luego, cuando se da cuenta de que esa postura que está adoptando es de vulnerabilidad gracias a sus pensamientos confusos, sonrío con burla y arrogancia.

—Cinco días, muñequita. Cinco días en los que tu noviecito no hizo nada por salvarte o encontrarte. Creo que hará lo que digo antes de venirme a buscar, por lo que prepárate para pasar unos días conmigo y mis amigos.

—¿¡Cinco días!?! —exclamo sin poder creerlo. La cabeza comienza a palpitarme con fuerza y hago una mueca de dolor. Pero no le permito ver nada de lo que siento que no sea odio. Creí que apenas había estado inconsciente unos dos o tres días máximo, pero al parecer me equivoqué—. ¡Eres un maldito bastardo, hijo de puta! ¡Te odio! —le grito furiosa. Es un loco desquiciado. ¿Cinco días teniéndome cautiva? Es un psicópata. No puedo imaginar cómo estarán mis hermanos... ¡Chris! Oh, Dios, mi amigo debe de estar histérico y más que preocupado.

—¡No me grites! No conseguirás nada con este numerito que estás haciendo. Sí, estuviste aquí cinco putos días y Damon no vino a buscarte. No te encontró y estoy seguro de que no hará nada para hacerte daño, por lo que no tengas esperanzas de que lo hará antes de nuestra pelea, la cual será en unos pocos días.

—¿Unos pocos días? ¿Pero si faltan como tres peleas más para la final?

—Oh, créeme que ya no. Al parecer algunos de los peleadores tuvieron unos... accidentes inoportunos, y ahora no pueden pelear —dice todo con una voz que me da asco y ya me da a saber que fue él quien hizo todo para que todos ellos quedaran eliminados de la competencia. Es todo un maldito tramposo.

—Lo hiciste tú, ¿no es cierto?

—Puede ser... —me guiña un ojo con diversión—. Por lo que tienes que dejar esa actitud tuya que tanto me jode. Si no molestas, yo no te molesto —aunque es justamente eso lo que yo quiero hacer. Molestarlo todo lo que pueda para no hacerlo pensar que tengo miedo, por más de que sí lo tenga. Tengo miedo de lo que él puede llegar a hacer, o a mí o a Damon, mucho menos a nuestros familiares y amigos. No me quiero mostrar frágil frente a él, que lo único que de seguro le divierte es ver a la gente sufrir, por lo que no le doy el gusto de ver mis lágrimas ni mis miedos. Oh, no, se metió con la Natalie equivocada.

Cierra la puerta detrás de sí cuando sale de la habitación, dejándome sola en el silencio y la oscuridad.

El brillo de la luz de la luna se cuela por los huecos de la ventana que las maderas no pudieron tapar. Esa es la única fuente de luz aparte de la lámpara que parpadea cada tanto tiempo. Al menos voy a poder ver cuándo es de noche y cuándo es de día. Con que sepa algo, estoy satisfecha. Al parecer es la única compañía aceptable que tendré aquí.

Los minutos pasan y mi aburrimiento crece. No tengo nada qué hacer y lo único que no quiero es pensar en Damon o en mis hermanos. Me deprimiré si lo hago. Durante ese tiempo me detengo a ver cada mancha que hay en las paredes, las grietas que se hicieron con los años y los pequeños hoyos. Lo único que hago aparte de eso es mirar el brillo platinado que desprende la luna.

Mi estómago ruge por comida, estoy muy hambrienta. En ese momento es cuando me doy cuenta de que estuve sin comer hace cinco días. No sé cómo es que sobreviví cinco días sin estar con lo que más amo en toda la vida, obviamente luego de estar con Damon.

Y ahora sé con qué puedo llevar a cabo mi plan de hacer enojar mucho a Matt. Joderlo, irritarlo para que no me vea débil. Sonrío internamente y me doy palmaditas en la espalda por lo inteligente que soy, ignorando el hecho de que estoy prácticamente temblando por la adrenalina y la intriga. Me levanto con rapidez y me dirijo a la puerta, compruebo que está cerrada y me encojo de hombros. Era obvio.

Respiro hondo para llenarme de valor y comienzo a aporrear la puerta con mis nudillos, creando un ruido ensordecedor para los que estuviesen cerca. Golpeo una y otra vez con mi mano diestra aumentando cada vez más la fuerza para que el sonido sea aún más estruendoso.

—¡Tengo hambre! ¡Tráiganme algo de comer! —grito. Sigo con mi golpeteo hasta que escucho unos pasos apresurados del otro lado de la puerta, pero aun así no paro. El sonido de algo al desbloquearse causa que pare un poco mi arrebatado de adrenalina y que me eche hacia atrás para darle paso a la persona que abre la puerta. Pero no es Matt el que la abre, es el hombre oscuro que me estuvo viendo todo el maldito tiempo en la pelea de Damon. Sus ojos fríos y bien oscuros penetran los míos con molestia.

—¿Qué quieres? ¿Por qué haces tanto ruido si sabes que no lo tienes que hacer? — pregunta con el ceño fruncido mientras se cruza de brazos, su duro pecho se levanta inconscientemente y él no nota eso cuando lo hace. Su voz controlada y sin emoción alguna. Es ronca y gruesa, de esas que tienes cuando te quedas sin voz luego de gritar mucho.

—Tengo hambre, quiero algo de comer —muestro una pose defensiva, dándole a saber que él no me asusta, pero lo cierto es que me pone los pelos de punta cada vez que parpadea.

—¿Es en serio? —pregunta sin poder creerlo, pero aun así en un tono serio.

—Sí, lo digo en serio y, si no quieres que muera de hambre antes de que Matt «Gane la pelea» y que Damon los destroce por mi muerte, es mejor que me traigas algo de comer —adviento con superioridad, alardeando de mi superinteligencia.

—Bien, te traeré algo, pero déjate ya de ruidos —gruñe totalmente molesto. Asiento hacia la puerta, invitándolo a irse para así traerme la comida que tanto ansío. Él vuelve a gruñir antes de salir de la habitación, no sin antes mandarme una mirada fulminante. Dejo escapar todo el aire contenido en mis pulmones por los nervios y carraspeo para aclararme la voz. La intensidad de este tipo hizo que me quede sin saliva durante estos minutos en los que estuvo aquí. Humedezco los labios con mi lengua varias veces y muerdo la uña de mi dedo pulgar de mi mano derecha. ¿Y si sale mal mi plan de enfurecerlo? Por Dios, no quiero que eso pase, pero con esto puedo llegar a hablar con Damon si es que funciona, por lo que no me acobardo y sigo con mi plan.

Minutos después, el mismo hombre aparece en la habitación. La poca luz que hay no hace nada para hacer que su cara no parezca tan tenebrosa. Su altura supera tremendamente la mía, es por eso por lo que tengo que levantar la cabeza para verlo bien cuando se acerca. No creí que fuera tan alto cuando lo vi en el estadio en el que peleó Damon hace cinco días, pero ahora que lo veo, puedo decir que mide un poco más que él.

Lleva puestos unos tejanos negros, unas zapatillas del mismo color y, sorprendentemente, su remera no es negra, sino que es gris. Lleva una

chaqueta de cuero, lo que lo hace parecer un matón callejero que roba y pelea todo lo que se le da la gana. En su mano, un sándwich de atún se encuentra sobre un plato de plástico descartable pequeño, lo cual me da gracia, ya que, comparado a su mano, el plato es como una hormiga. Contengo una carcajada y frunzo el ceño para seguir con mi actuación.

—¿Es de atún? —pregunto señalando con la mirada hacia su mano. Él asiente en afirmación y yo hago una mueca de asco—. Odio el atún, hace que me duela el estómago y, si no quieres que tape el baño, es mejor que me consigas otra cosa para comer —le advierto con la mirada de que no estoy jugando con lo que digo. Por primera vez, puedo ver un atisbo de algo en sus ojos, pero no puedo descifrar qué es realmente.

—Bien, te traeré otro... —murmura con exasperación retirándose de nuevo de la habitación, asegurándose de que esté cerrado para que no escape. Me río sin hacer ruido y golpeo mi mano derecha contra mi muslo. Esto es tan divertido—. Ahora, aquí tienes —dice al volver con otro sándwich, esta vez de pollo y mayonesa. Hago otra mueca y él la nota. Maldice por lo bajo y respira una gran bocanada de aire—. ¿Y ahora qué es?

—Soy alérgica a los aderezos y mucho más a la mayonesa —aclaro y él se va de nuevo, pero tarda unos minutos más que antes en volver. Cuando llega, yo estoy sentada contra la pared, esperándolo pacientemente con mis piernas estiradas frente a mí. Su cara refleja el cansancio y la molestia que siente—. ¿De qué trajiste ahora? —pregunto mirando el plato.

—Lechuga, tomate y pepinillos, sin aderezo... —gruñe todo eso dándome el plato como si fuese una sustancia tóxica. Lo tomo en manos y olisqueo el sándwich antes de dar un mordisco grande, pero ni bien lo pruebo, lo escupo con asco, fingiendo todo, obviamente.

—¡Por Dios! ¡No puedes siquiera preparar un maldito sándwich! —chillo fuertemente, haciendo resonar por toda la habitación mi voz—. ¡Esto es asqueroso! ¿En dónde compran la comida ustedes?

—Pero... —intenta hablar, pero no lo dejo, ya que grito sobre sus palabras.

—¿Qué pretendes? ¿Esto tiene mierda o le echaste veneno para ratas? ¡Es horrible!

—Cálmate, te traeré otro solo... —su voz es un susurro suplicante, lo cual me deja atónita y confundida, pero mi actitud no la cambio para nada. Sigo con mi acto y me olvido completamente de su cambio radical. Pero luego, cuando se escucha la voz de Matt viniendo hacia aquí, él pone de nuevo su semblante frío y serio, enojado con todo ser viviente. La puerta se abre y un Matt aún sin remera y todo sudado, aparece con molestia destellando en sus ojos grises. Al parecer estuvo entrenado, cosa que no le servirá en nada para ganarle a mi novio, ya que con el frío que hace nadie tiene que estar semidesnudo, pero como él acaba de entrenar, no le presta atención. No me levanto de mi lugar cuando se acerca unos pasos.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué tanto griterío? —exige saber. El hombre desconocido quiere hablar, pero lo corto antes de que diga una sola palabra.

—Este... hombre de aquí —comienzo a decir señalando al respectivo—. Pretende hacerme algo. ¡La comida es un asco! ¡No puede ni hacer un maldito sándwich decente y comestible! —digo explotando, llevando dramáticamente los brazos al aire para darle énfasis a todo.

—¿Pero qué te crees? ¡Estás secuestrada aquí, no puedes pretender que todos te atenderán como si estuvieses en un hotel de lujo! —responde Matt—. Y deja de gritar también que me dejarás sordo, maldita sea, tu voz suena millones de veces peor que la de las hienas.

—Dejaré de gritar y me mantendré callada toda la noche si me dejas hablar con Damon —propongo, su cabeza se levanta rápidamente para ver a la mía con el ceño fruncido.

—¿Qué? —se ríe como si hubiese contado el mejor chiste del mundo—. ¿Piensas que haré lo que dices para que te quedes callada? Entonces estás mal. Puedo callarte a golpes y juro que no me molestaría dártelos ahora por lo insoportable que te estás volviendo.

—No me preocupan los golpes, sinceramente, sabes muy bien qué pasará contigo si muero antes de la pelea final. Damon no te dejará ganarla y mucho menos te dejará vivo. Sabes a la perfección que él puede encontrarte sea

donde sea si escapabas —me divierto al ver su cara contraída con odio puro y me deleito al ver las reacciones que mis palabras hacen en él.

Gruñe con irritación y mira hacia el hombre desconocido, quien todavía no se había ido del cuarto, haciéndole señas con sus manos en forma de teléfono, indicándole lo que quiere que él le traiga. Cuando este se va, Matt me mira.

—Que conste que solo te dejo hablar con él para que dejes de gritar y para que no lo hagas de noche, aparte ya no me quedan sedantes para mantenerte dormida.

—Si tú lo dices... —murmuro con diversión contenida. Él me fulmina con la mirada a la vez que la puerta se abre de nuevo y el hombre entra con un celular viejo. Marca un número que no logro ver y espera unos segundos hasta que alguien contesta, se me para el corazón cuando Matt habla.

—Bien, no quería hacer esto, pero tu chica es insoportable. ¿Cómo es que la soportas? ¡Grita y grita como si la estuviesen matando! —dice él—. No sé cómo me convenció de llamarte. Quiere escucharte. Solo hago esto porque me prometió no gritar en la noche y porque no tengo más sedantes, así que aprovecha estos cinco minutos que te doy. No es necesario que te esfuerces por buscar a alguien que rastree el celular, lo destruiré luego de esta llamada. Aprovéchala, imbécil —me pasa el celular y yo lo tomo un poco temblorosa por la emoción de hablar con él, sintiendo su mirada penetrante y furiosa—. Toma, tienes cinco minutos para hablar con tu noviecito, eso es todo lo que te doy —respiro hondo y me llevo el aparato al oído. La emoción empieza a burbujear en mi interior, las mariposas en mi estómago son gigantescas y revolotean dentro de mí con rapidez, la misma rapidez con la que mi corazón martillea en mi pecho a cada segundo. Matt se queda cerca y no se aleja mientras intento hablar. Intento mantener aun así mi postura decidida y sin temor, por lo que le contesto con mucho sarcasmo al hijo de puta.

—Bueno, qué amable de tu parte... —ruedo los ojos y sonrío a medias cuando lo veo apretar la mandíbula con fuerza. Luego de eso, respiro hondo para levemente susurrarle un «Hola» a mi novio, al que tanto necesito. Escucho su respiración agitada, tan emocionado igual que yo por hablarnos al fin.

—Nat... —murmura sin poder creerlo. Noto cómo todos mis músculos se tensan de alegría, queriéndolo, necesítándolo. Sé que tenemos que apurarnos en hablar, ya que son solo cinco malditos minutos en los que puedo escuchar su espesa, ronca y sexi voz, la cual guardaré hasta verlo de nuevo. Es lo único que puedo hacer. Pero las emociones se revuelven y me confunden al escucharlo tan preocupado cuando dijo mi nombre, pero el alivio puedo notarlo en su voz. Mis lágrimas quieren salir, pero no lo permito. Las dejo para otro momento en el que esté sola en la oscuridad de la habitación, ahora solo me concedo a contestarle con voz ahogada:

—Damon, Oh, Dios...

—Nat, te sacaré de donde sea que estés —promete y sé que en algún momento lo hará. No me importa cuánto tardará, prefiero que primero gane la pelea y luego me saque de aquí. No quiero que sus sueños se vean perjudicados porque yo estoy encerrada aquí con un idiota.

—No quiero que dejes la pelea solo por sacarme de aquí. No quiero que hagas esa estupidez. Promete que ganarás la pelea aún si no puedes sacarme, no quiero que renuncies. Lo digo en serio, Damon —suplico y puedo sentir la ardiente y furiosa mirada de Matt, a quien no le agradan mis palabras. Aun así, no se acerca ni me saca el celular.

—Te sacaré de allí sea como sea.

—Damon, no...

—¡No puedo hacerlo sin ti! ¡Mucho menos si sé que estás en peligro! Ese tipo es un demente, Nat. Por más que me encante que lo jodas al no hacerle caso, él siempre podría hacer algo para que te callaras. Te lastimará y no quiero eso. Intenta no buscar problemas. No vayas al límite —mi corazón cae cuando todas esas palabras salen de su boca. Me necesita. No puede hacerlo sin mí. No quiere que moleste a Matt ni que lo lleve hasta el límite de la cordura porque no quiere que salga herida. Todas las emociones y sentimientos hacia él son más que claras, lo necesito, lo quiero y estoy enamorada de él como nunca antes lo estuve. Pero aun así no tengo que dejar de insistir, él dejará todo por lo que se esforzó hace mucho tiempo solo por mí. No quiero eso, no quiero que él se retire y le dé la victoria a Matt. Me

rehúso a ver al hijo de puta siendo elegido para la competencia más importante de boxeo.

Por Dios, te conozco. Eres terco, prométeme que seguirás la pelea, aunque yo no esté. Inténtalo y piensa en mí, en que estoy allí contigo para apoyarte como siempre estuve. Él solo quiere ganarte, no lo dejes hacerlo.

Durante unos segundos, nadie dice nada. Nos quedamos en puro silencio. Comienzo a pensar que va a colgarme o a no hablarme, pero tenemos que apurarnos en decir lo que sea que digamos. En cualquier momento Matt podría sacarme el teléfono y no sabría cuándo volveré a hablarle. Tengo miedo de lo que pueda suceder aquí y lo que me pueda suceder. ¿Y si me hace algo aparte de pegarme cachetadas cuando no le gustan mis palabras? No quiero que lo haga, pero recordando aquella vez en donde quedé muy mal herida, esto no es nada comparado a eso.

Justo cuando decido cortar el silencio con lo primero que se me vino a la mente, él habla tristemente.

—Lo siento, Natalie.

—¿Por qué? Sabes que él es un idiota enfer...

—Es mi culpa que te metiera allí. Él tiene rencor, quiere todo lo que yo tengo y siempre intenta sacármelo. Nunca tuve que meterte en nada, Nat. Pero soy un maldito ignorante y solo pienso en mis necesidades. Esa eres tú, te necesito y si estás lejos no puedo pelear, lo sabes —admite, lo que me deja congelada y con la felicidad burbujeando a fuego máximo por dentro. De igual manera, sigo intentando convencerlo de que no es su culpa.

—Damon, no es tu culpa. Yo sabía que algunos problemas iban a llegar cuando te conocí, juro que lo sabía, pero lo dejé pasar, ¿sabes por qué? —espero a que responda.

—¿Por qué?

—Porque eres el único que me hace sentir cosas que antes nunca experimenté ni sentí. Y quería seguir sintiéndolas y a la vez no. Me confundías, pero me gustaba. No pensaba en otra cosa que no fueras tú. Me preguntaba dónde estabas o qué hacías. Es por eso, Damon. Por lo que hazme un favor y no cagues todo por lo que peleaste. Sabes tan bien como yo que

estas competiciones son importantes para ti, no solo porque te gusta, sino que es tu trabajo. Es por esto por lo que ganas dinero. Peleas tanto para salir a delante... —me atraganto en lo último que digo. Las lágrimas se acoplan detrás de mis ojos y allí las dejo para que Matt no me vea llorar. Volteo mi cara hacia el lado contrario al que está él y cierro los ojos para luego inspirar todo el aire posible y tranquilizarme.

—Natalie, no llores, por favor. Quiero que seas fuerte. No permitas que cualquier jodido te toque. De alguna manera u otra te sacaré de allí. ¿Te hicieron algo, estás lastimada? —me quedo muda, congelada en mi lugar sin saber qué cuernos responder. «Sí, Damon, recibí dos cachetadas de Matt, pero estoy bien, no te enojas», pero sé que, si le digo eso, lo primero que sentirá será rabia y enojo puro.

—No e-estoy lastimada... —tartamudeo.

—¡No me mientas! —explota y luego gruñe—. Le partiré la cara, lo juro.

—Y lo harás en la pelea sin importar qué. En serio, Damon, no te preocupes, estoy bien —le digo desesperada para que me haga caso.

—No te prometeré algo que no cumpliré. Voy a pelear, pero también te voy a sacar de allí —suspiro aliviada.

—Bien, pero no dejes la pele...

—Se acabó el tiempo, tortolitos. Su momento de amor terminó —me corta con alegría Matt. Exclamo en protesta cuando él me saca de un tirón el celular de la mano y se lo lleva a la oreja para seguir hablando con Damon—. Ahora, haz lo que te dije que hicieras, no me provoques si no quieres que tu muñeca termine siendo polvo.

Corta la llamada apretando el botoncito rojo del celular y luego lo aplasta en su mano. Es un aparato viejo y casi sin valor, por lo que de seguro no le importa tirarlo a la basura y romperlo tampoco. Eso es lo que hará, no soy idiota. No se arriesgará a que lo rastreen, por lo que también pienso que él suyo propio no lo trajo.

Matt me manda una mirada llena de enojo, de seguro por las palabras que le dije a Damon de no salir de la pelea, pero él no me dice nada ni me regaña, solo se limita a fulminarme con los ojos. Aprieta los puños con frustración

antes de irse y dejarme sola con el mastodonte desconocido, quien me mira intensamente con esos ojos fríos y oscuros. Pero hay algo en él que no me convence de su actitud. No sé qué es, pero lo siento así.

Me recuesto contra la pared y me quedo mirando el suelo, pensando en qué podría hacer ahora aparte de mirar la luna para no morirme del aburrimiento. Y es allí cuando el estómago me ruge por comida, recordándome que todavía no comí nada solo por hacer que mi plan de hablar con Damon funcionara. Llevo mi mirada deseosa al sándwich y estiro la mano para agarrarlo, sin importarme que le haya dicho al hombre de que no me gustaba. Por supuesto, estaba mintiendo cuando lo dije.

Le doy un bocado. Está delicioso. No sé cómo pude aguantar cinco días sin comer si es lo que más me gusta hacer.

—¿No era que no te gustaba?

Me doy vuelta hacia el hombre con el ceño fruncido y le doy otro mordisco.

—Tengo hambre —me encojo de hombros—. Podría comer cualquier cosa. Y no es raro, ya que me tuvieron cinco días inconsciente y sin comer.

—No te dejamos sin comida. Me encargué de despertarte para que comieras y bebieras un poco, pero estabas tan drogada que de seguro que no te acuerdas. Cuando terminabas de comer, lo cual parecía una eternidad, te volvía a sedar. Es por eso por lo que no nos quedan más —comenta, dejando un poco de lado esa actitud tosca, pero sin dejar de lado su cara de pocos amigos.

—Ah, bueno, no sé si agradecerte por alimentarme o mandarte a la mierda por drogarme muchas veces.

—Ninguna de las dos. No me importa. Ahora, intenta dormir y procura no chillar. Te llevarás una muy buena si despiertas a Matt de su sueño profundo —asiento y sigo comiendo cuando él me deja sola entre estas cuatro paredes. Sigo pensando que él es raro. Su actitud y todo lo demás. Dice esas cosas que me hacen pensar que me ayudará tarde o temprano, pero luego rompe todo pensamiento cuando sigue hablando. Algo de él no me convence, pero es mejor hacerle caso. Aparte, dormir me hará olvidar del lugar en el que estoy.

Y podré soñar con Damon por más que cuando despierte me dé cuenta de que él no está aquí junto a mí.

Termino mi comida y me tiendo en el sucio suelo. Prefiero dormir en el piso antes que hacerlo en la silla que hay casi en el centro del cuarto, la cual se ve muy incómoda. Me quedo dormida ni bien apoyo mi cabeza en mis brazos y me acurruco en el poco calor que mi campera desprende.

Esa noche sueño con Damon, como siempre, y lo hago con una sonrisa en la cara, la única sonrisa que puedo llegar a hacer en este lugar.

CAPÍTULO



No sé cuántas horas dormí, si a eso se le puede decir cuando me la pasé removiéndome incómoda en el suelo. Esto no le hace nada bien a mis costillas, que ya están muchísimo más sanas que antes, pero aun así duelen de vez en cuando.

Lo único que me hacía dormir, aunque sea unos minutos, era imaginarme acostada en la cama de Damon con sus brazos a mi alrededor. Pero aquel sueño terminaba cuando alguna piedrita filosa se me clavaba en la piel cada vez que me movía al cambiar de posición. No es nada lindo dormir en el suelo, mucho menos cuando este está sucio y con mucho olor a humedad y moho.

Pasarme la noche casi despierta, viendo a cualquier lugar de la habitación sin saber qué hacer hasta que el sueño me atrapase, me hacía pensar en millones de cosas. Caer en la realidad. Estoy secuestrada por el idiota de Matt solo porque este es un cobarde y hace trampa para ganar un campeonato. Es una locura. ¿Cuánto más daño quiere hacerme para conseguir lo que quiere? No lo entiendo. ¿No le bastó con atropellarme y mandarme al hospital con las costillas magulladas y un brazo roto? Es un maniático.

Intenté sacarme todo eso de la cabeza, pero con los segundos que pasaban cada vez pensaba más en ello. Hasta que por fin me dormí por soñar con Damon. Un gran alivio, ya que lo que más quiero es dormir hasta que alguien me saque de aquí. No quiero seguir viviendo esta pesadilla porque, por más que enfrente a Matt con una actitud fuerte, siento todo lo contrario cuando estoy a solas en esta habitación oscura y olorosa.

En un principio, cuando recién estaba conociendo a Damon, yo pensaba que él me traería problemas luego. Pero nunca pensé que sería Matt el que lo haría. Bien, admito que hay veces que Damon me hacía rabiar, pero... ¿en qué relación no hay conflictos o enojo? Por más que nuestra relación no sea de lo más normal para mí, sé que él se esfuerza mucho por complacerme. Me encanta todo de él, aunque ya lo dije un millón de veces, lo sigo repitiendo.

Lo único que puedo hacer ahora es recordar para no caer en depresión. Recordar lo vivido y sonreír como una tonta al pensar en todo aquello. No es un buen momento para sonreír, pero es imposible evitarlo cuando las escenas de todo lo vivido con Damon aparecen en mi mente.

El día en el que fuimos al parque de diversiones, nuestras peleas absurdas, los despertares junto a él, el juego con las frutillas y el chocolate, sus besos y sus caricias... Infinitudes de cosas pasan por mi mente cada vez más rápido, haciéndome sentir de nuevo todo lo que sentí en ese momento.

Durante los dos días siguientes comí los sándwiches que el hombre desconocido me traía junto con un vaso de agua, aún sin sacarme de la cabeza a Damon. El desconocido no me hablaba y yo no molestaba cuando no lo necesitaba, excepto para ir al baño. Él sigue desconcertándome, hay algo en él que no termino de entender. La primera vez que lo vi, pensé que era un asesino despiadado, pero... él no hizo nada para demostrármelo. No me hizo nada aparte de traer comida y bebida. No lo entiendo.

Matt me visitaba a diario, bueno, mejor dicho, me molestaba con su presencia y sus palabras agrias y burlonas. Me retaba con la mirada a contradecirle y, por supuesto, la mayoría de las veces lo hice con gusto. Recordándole cuan basura es al hacer todo esto. Y con eso, me gané más cachetadas, lo que no me importó mucho. Sé que le dije a Damon que no llegaría tan lejos con esto de hacerlo enfadar, pero para mí es imposible.

Porque es cierto, él es un maldito psicópata.

No hablé más con Damon, para mi mala suerte. Y no hice nada como la primera vez para hablar con él. No tengo que echar a perder la suerte que hasta ese día tuve al hacer enojar a Matt.

La conversación que tuve con Damon se repite una y otra vez en mi cabeza en todos esos dos largos y tediosos días. Era lo único que podía hacer aparte de dormir, comer y beber. Siempre llego a la misma conclusión. Él pretende sacarme de aquí a la misma vez en que gana la pelea. ¿Cómo es que lo hará? ¿Por arte de magia?

Es muy importante para él la pelea, pero también lo soy yo. Intento pensar que ganará sin mí allí, pero muy en el fondo sé que me estoy mintiendo. Ya vi cómo era destrozado una vez porque yo no estuve con él. Pero casi cuando él iba a caer derrotado, me vio y puedo decir con orgullo que ganó la pelea. No quiero que pase de nuevo, sinceramente. Estuvo muy golpeado esa vez y no quiero volverlo a ver así. Sé que el boxeo es una profesión dura, con millones de golpes cada pelea, pero para mí es difícil ver al hombre que me enamora cada día ser destruido.

Rezo porque esté entrenando duro para ganarle a Matt. Por un lado, Damon descarga furia en el saco, y creo que lo obligarán a entrenar si él no quiere. Pero como me dijo en la llamada, él entrenará y peleará en la final del campeonato.

Ahora, mientras estoy parada junto a la única ventana que hay en la habitación, miro hacia fuera por entre los huecos pequeños de la madera que la cubre. El sol se esconde junto con su brillo en el horizonte, la única cosa que puedo mirar en concreto de aquí. El cielo comienza a cobrar tonos violáceos hasta que por fin el sol termina de descender y ocultarse. El frío comienza a ser más pesado y mucho más fuerte. Fuera hay una ventisca infernal, algunos pocos copos de nieve chocan contra la ventana. Luego de unos pocos minutos, la nieve ya cubre todo el suelo que puedo ver desde donde estoy. Mi respiración contra el vidrio hace que este se empañe, y yo me mantengo viendo cuánto tarda en volver a ser normal. Vuelvo a respirar sobre el vidrio y con mi mano derecha hago dibujitos para no aburrirme mucho más de lo que lo hago.

Pero luego de unos minutos, eso también me aburre. En estos días no he encontrado nada con lo que matar el aburrimiento. En un momento me pongo a pensar hasta que eso ya me deprime completamente, luego miro por la

ventana hacia fuera, intentando ver si hay algo más que un prado alrededor. Siempre termino aburriéndome. Dormir, eso es lo que más amo hacer, pero cuando el sueño no me ataca, no puedo disfrutar de la comodidad de soñar. Hasta que me frustraba por completo, hace un día comencé a hacer ruidos bajos con la boca, con las manos, haciendo como si mis muslos fueran tambores. Cerraba los ojos e intentaba vivir cada letra que yo cantaba y que me gustaba mucho. Y ahora, mientras me alejo a paso lento de la ventana, es lo primero que pienso hacer ni bien me siente. Música, por más que no sepa coordinar las manos con la voz y el ritmo, es lo único que puedo hacer que me haga pasar horas distraída —ignorando el hecho de que canto fatal.

Me coloco en el mismo sitio de siempre, en la misma pared y en la misma mancha de humedad que hay allí. Comienzo a pensar cuál canción tocar y cantar, una alegre así no me deprimó más de lo que estoy. Sinceramente, estoy entre muchas opciones, pero me decido por una que me enseñó Emma una vez hace mucho tiempo, que en ese momento me pareció absurda, pero luego, cuando vi que el juego que se hace con las manos no me salía fácilmente, la dejé enseñarme como era. Se supone que The cup song se hace con vasos, pero como yo no tengo, decido hacerlo con las manos, obviamente.

No es muy oportuno cantar en las situaciones así, estoy segura de que mucha gente me vería como una loca al pensar que estoy raptada y que lo único que hago es cantar. Pero como sé engatusar medianamente a Matt y como no le tengo tanto, tanto miedo como de seguro algunos creen, pienso que puedo hacer lo que quiera. ¿Por qué no me puedo animar con cantar una canción en voz baja? Solo lo hago por puro aburrimiento, si no estuviese en este estado de no saber qué hacer, buscaría otra cosa con qué distraerme. Pero no hay nada, ni siquiera puedo divertirme con las míseras piedritas. Ya lo intenté y no sirve.

No sé cuánto tiempo me paso cantando casi en un susurro las canciones que se me vienen a la cabeza. Pero debo admitir que me distraje de una manera... mínimamente divertida. Lo que me alegra mucho. Mis manos ya están rojas y sudadas de tanto golpear, y por supuesto, mis muslos se

encuentran ardiendo como millones de demonios juntos en una batalla con fuego.

Me quedo dormida luego de devorarme el sándwich que me trajo el desconocido. No se lo agradecí y mucho menos lo miré. Tengo que admitir que la comida estaba muy buena. Quería pedirle otra porción, pero no me atreví. Bastante que me daban comida que no estaba podrida.

Y el tercer día llegó.

Me despierto como los dos días anteriores, rezando que no estoy aquí y que solo es un sueño, el cual desaparecerá ni bien abra los ojos. Y como siempre, termino desilusionándome.

El cielo, por lo que puedo ver a través de los huecos de las maderas de la ventana, se encuentra iluminado por el sol. Ni una nube se encuentra esparcida en el cielo. Y por más que la nieve sigue cayendo, es un día alegre, un día que yo no disfrutaré por estar aquí. El cielo refleja todos los sentimientos contrarios a los que yo siento. Alegría, resplandor, felicidad... ganas de iluminar, llevar a muchas personas a su calor.

De lo contrario, yo me encuentro con un ánimo de perros, peor que ayer. Ayer solo quise olvidar, hoy estoy enojada. *Muy enojada. Nerviosa. Furiosa.* Con los pelos de punta por las dudas que tengo. Dormí incómoda en el suelo y eso es lo que detesto. Ocho malditos días durmiendo en el suelo sucio, lleno de polvo y piedrecitas, mientras que el idiota de Matt de seguro sonrío al pensar en cómo me estaré sintiendo mientras toma una taza de café en su sillón de cuero que le compró su papi. Sí, todo eso me lo inventé, pero de seguro lo hace. ¿Quién dice que no?

Él piensa que podrá ganar la pelea. Es mentira, no podrá. Damon no lo dejará, no tendrá ninguna recompensa que no sea ir a la cárcel.

Parpadeo un par de veces, aclarándome la vista cuando el brillo del intenso sol me da de lleno en la cara, y pongo mi mano en forma de visera. Todo en la habitación está igual que antes, la silla en medio, las paredes sucias y con rajitas por todos lados. La pequeña y parpadeante lámpara que está colgada, se encuentra apagada, por lo que la única fuente de luz es la que se cuela por las maderas de la ventana.

Saco mi mano de mi frente y miro hacia abajo soltando un fuerte suspiro. Hace una semana que no me lavo los dientes, ni me baño... me siento sucia de la cabeza a los pies. Miro hacia mis pies y repaso mis zapatillas con asco. Están sucias, como era de esperar.

Algo llama mi atención y es lo único que me hace sonreír. Comida. Un sándwich y medio, ahora un poco más relleno que todos los días anteriores. Sé que el tipo desconocido sabe que todo el problema que hice por los sándwiches hace tres días, era toda una farsa. De seguro se dio cuenta cuando hice el «trato» con Matt sobre hablar con Damon y así no gritar más esa noche. Pero no dijo nada, y yo mucho menos. Durante esos tres días siguientes, me trajo distintos tipos de sándwiches. Lo cual agradecí mucho internamente. Sigo pensando en que él no es el que dice ser. Pero hay veces que su mirada oscura y fría me hace volver a plantearme eso.

Devoro la comida con rapidez. No sé qué hora es, pero esto siempre me lo dan. Sea a la mañana, a la tarde o noche. Siempre es lo mismo. No tengo que esperar que en un secuestro me trajeran distintas comidas siempre. No me tengo que quejar. Puedo sentir que soy afortunada al tener estos sándwiches recién hechos, ya que, si fuese un secuestro como los otros, en donde la secuestrada no conoce a los tipos que la raptaron, ella no se comportaría de la misma manera en que yo lo hago con Matt, lo cual es todo a propósito. Ella no recibiría comida como la que me dan aquí. Ella recibiría comida podrida o una cantidad mínima. No lo sé, nunca experimenté uno de esos secuestros.

Unos ruidos detrás de la puerta no hacen que me detenga de devorar la comida. Por el rabillo del ojo veo a Matt entrar con una sonrisa cínica y estúpida. Pero sigo con mi deber de alimentarme.

Quiero gritarle, tanto como mi enojo quiere salir de mi cuerpo. Insultarlo, agredirlo verbalmente. Escupirle en la cara por ser un bastardo. Pero reprimo todo eso y me limito a seguir comiendo.

—Bueno, Nat, deséame suerte para hoy —dice él. Ruedo los ojos con burla.

—Te deseo la mayor suerte y espero que quedes tan destrozado como te imagino en mi cabeza.

—Así que piensas en mí. Ya lo sabía.

—Claro, pienso en lo estúpido que eres y en cómo burlarme de ti cuando estés en el suelo pidiendo tregua —puedo notar que eso le molestó, pero no cambia su postura.

—Piensa lo que quieras. Damon no me vencerá, solo estás de su lado porque eres su puta —sus hombros suben en un encogimiento, restándole importancia a mis palabras. Paso por alto el «puta» que sale de su fea boca y volteo de nuevo los ojos.

—¿Entonces para qué viniste? ¿Para decirme que vas a vencerlo, sabiendo que yo no cambiaré de opinión? Ya te informo que me lo digas o no, seguiré pensando que Damon es mejor que tú. Creo que hasta el Mosquitero es mucho mejor que tu —recuerdo cómo el Mosquitero se cansó al darle algunos golpes a Damon sin que este se moviera, dándole así pase libre para ser golpeado. Por lo visto, él sabe quién es, y luego se larga a reír a carcajadas como si fuese el mejor chiste del mundo. Me quedo mirándole mientras mastico mi comida, sin saber de qué se ríe. Es la verdad, al menos el Mosquitero no hace trampa para ganar. Creo que tiene más huevos que Matt y se enfrenta a todo sin ser un tramposo.

—¿Él? ¿En serio ese gordo? ¡Por Dios! Qué buen chiste, Natalie.

—Sabes... Él al menos tiene huevos y da la cara. No es como tú, que hace trampa para no entrenar y ganar fácilmente el campeonato. Él no es cobarde como tú, Matt —digo con seguridad y comienzo a comer la mitad del sándwich que me queda en el plato. No sé cómo es que no ve todo lo que hace y las consecuencias que tendrá. Oh, sí, lo denunciaré después de que Damon le dé una paliza en el ring. Y, no solo lo denunciaré por secuestro, haré que Damon hable con los peleadores a los que él hirió para que la final fuera pronto. Los convenceré sea como sea. Matt no se saldrá con la suya como lo está haciendo hasta ahora.

—Quieres ver mis huevos. Puedo mostrártelos para que cambies de opinión, Nat... —murmura un poco molesto y... ¿seductor? *Oh, querido Dios*, es realmente un idiota con certificado. Hago una muestra de asco, y le doy un mordisco a mi comida.

—Nah, no es necesario, los de Damon son mejores. Creo que todo lo de Damon es mejor. Te supera en todo —bien... creo que le estamos dando un vuelco a la conversación. Por más que no haya estado con Damon, y mucho menos visto... sus atributos, puedo decir con certeza que son los mejores aun así. Porque bueno... tengo la esperanza de que algo pase entre Damon y yo en ese sentido.

—Lástima, tienes que probar las mías y cambiarás de parecer.

—Guácala, no gracias —niego con la cabeza y termino el último bocado de mi sándwich—. Bueno... Entonces, ¿para qué es lo que verdaderamente viniste?

—Te ataré la boca, las manos y las piernas —avisa, sacando telas rojas del bolsillo de su pantalón. Me alejo instantáneamente, ahora sí con miedo corriendo por mis venas. ¿Qué hará?

—¿Para qué? —pregunto, intentando ocultar mi voz temblorosa.

—Oh, ahora sí te estás asustando —sonríe—. Es solo por precaución.

—¿Por qué no me las pusiste antes para que no gritara, entonces? —él frunce el ceño, pensando en alguna respuesta.

—Y-yo me olvidé —dice más para sí mismo en voz alta, por lo que pude oírlo. Ruedo los ojos. Estoy ahora bien segura de algo: es completamente un idiota—. E-eso no importa, te lo pondré ahora y listo —se recupera de su postura y adopta una seria y dominante en menos de un segundo. Algo que no causa nada en mí. Sé que es un idiota y no tengo que temerle como si fuese un secuestrador de verdad; porque creo que uno de verdad sería un maldito sin sentimientos que me pegaría sin motivos y ni siquiera tendría que provocarle. Eso sí que me da escalofríos con tan solo pensarlo.

Se acerca a mí y me coloca todas las telas, sin importarle que tenga el yeso. Al principio pienso en removerme para que no lo logre, pero sé que de alguna forma lo logrará y no quiero ganarme otra bofetada. Ya tengo las mejillas bastante doloridas y rojas, o eso pienso, pero el dolor es muy fuerte. Su mano es firme, sin una pizca de arrepentimiento o suavidad al pegarme. No le importa, pero mi mejilla arde con tan solo un cachetazo con su palma.

Una vez terminado, él se aleja de mi cuerpo tirado en posición fetal en el suelo con una sonrisa. Me quedo allí, con la cabeza apoyada en el suelo oloroso y miro a mi alrededor sin saber qué hacer.

Aburrida, furiosa, nerviosa... Necesito a Damon.

Damon.

¿Qué estará haciendo ahora? ¿Está entrenando? ¿Buscándome? ¿Viniendo a rescatarme?

Hago una mueca de dolor cuando me intento poner lo más cómoda que puedo en el piso, pero una piedra no muy grande, pero sí filosa, se me clava en los brazos. Gracias a estas malditas piedras tendré millones de puntos morados. Nunca me clavé tantas como lo hice en todos estos cinco días, algo que no me gusta para nada, sinceramente.

Segundos, minutos... ¿horas? No lo sé. No sé cuánto tiempo pasa mientras estoy en esa posición. Miro a la nada, dejando que mi mente corra hacia donde quiera ir. Pensando en Damon, en cómo llegué aquí, reviviendo todo lo vivido con mis amigos y hermanos. Pensando en cómo me sacarán de aquí justo a tiempo para poder ir a ver a Damon pelear la final. ¿Cuándo vendrán? Esa pregunta es la que ronda una y otra vez mi cabeza sin parar. ¿Quién es el que me sacará? Siento que me desespero cada vez que pienso que Damon me rescatará. Me desespero porque no sé cuándo vendrá ni cómo me sacará. Estoy tan confusa. ¿Cómo es que él me sacará cuando tiene que estar en la pelea? ¿Vendrá antes? Esa es mi esperanza.

Veo cómo el brillo del sol disminuye lenta y tortuosamente para mi gusto, e ilumina cada vez con menos intensidad el suelo. Eso ya me da a saber cuán poco falta para que el sol se oculte completamente. Al pensar, y al no hacerlo a la misma vez, quedándome en la nada misma, las horas y los minutos pasan volando. Tanto que ya tengo ganas de ir al baño. Y de tomar agua. Esas necesidades son las que me sacan de mi ensimismamiento. Pero no puedo hablar, ni moverme. Mis tobillos, muñecas y boca se encuentran atados y no puedo hacer nada. Y no voy a hacerme encima, eso sería muy vergonzoso y asqueroso. No quiero que ese olor se sume a todo lo que hay a mi alrededor. Suciedad, moho, humedad y... pis. Qué asco.

Para mi suerte, *o para mi mala suerte*, unos pasos se escuchan desde fuera. Quiero voltearme a verlo, pero hace unos minutos logré encontrar una posición perfecta en la que mi cabeza no se siente adolorida contra el suelo.

La puerta se abre y por el rabillo del ojo puedo ver al tipo desconocido entrar y acercarse a mí. Se agacha hasta mi altura y me repasa con la mirada sin ninguna expresión en la cara. Mueve su brazo y deja un vaso de agua frente a mí antes de agarrarme por los hombros y ayudarme a enderezarme. Quita hacia un costado la tela que me tapa la boca y levanta el vaso a mis labios para que pueda tomar. Lo hago gustosa y muy sedienta. Mis labios reseco felicitemente se mojan con el agua cuando doy pequeños sorbos para disfrutarla.

No termino por acabarla por completo, aprovecho ese momento para hablarle al tipo.

—Quiero ir al baño, es urgente —él duda con una mueca en la cara, lo piensa un segundo, en el que mi vejiga se llena del agua que tomé recién, y luego asiente despacio.

—Bien.

Se levanta y sin esfuerzos me levanta hasta que mis débiles piernas me tienen parada. Me tiemblan y mucho más ahora que mis tobillos están atados. Un segundo me quedo sin moverme para poder estirar bien las piernas. No sé cuánto tiempo estuve sin moverme, pero necesitaba estirarme. Me pregunto cómo es que este tipo pretende que yo llegue al baño, pero no lo pienso mucho, ya que comienzo a dar saltitos con mis dos piernas para avanzar. No doy más de dos saltos cuando el hombre me alza por la cintura y comienza a caminar conmigo fuera del cuarto, hacia el pasillo por el cual siempre íbamos para ir al baño. Siempre fue él el que me escoltaba, menos mal y para mi suerte.

Me saca las telas y me deja entrar al baño, el cual solo son cuatro paredes pequeñas, con un retrete y un lavamanos improvisado.

Termino de descargarme, saco todo lo que necesitaba sacar de mi sistema, y el hombre me lleva de nuevo a la habitación. La oscuridad ahora casi

predomina en ella. La poca luz que se cuelga por las maderas de la ventana es mucho menos brillante y con menos intensidad. Es más naranja que amarilla.

Me siento en el suelo otra vez, y él me coloca de nuevo las telas en el mismo lugar. Atada, de nuevo. Pero esta vez, no me deja en la posición fetal en la que Matt lo hizo, sino que me deja apoyada contra la pared. Luego, se va sin decir nada. Con el agua en sus manos.

Y yo, me quedo sola otra vez con mis pensamientos y el frío que ya está haciendo en la habitación. Llevo mis rodillas a mi pecho y me acurruco, colocando mi cabeza en medio de estas y quedándome así por un largo rato en donde intento dejar mi mente en blanco. No quiero sentir, no quiero pensar... no quiero hacer nada. Es como si mis emociones y sentimientos aquí se mezclaran. Cambian constantemente mi estado de ánimo también, mucho más con los pensamientos que me rondan la cabeza. Un día me siento triste y al otro me enoja por estar aquí. Hay veces que se me da por buscar algo divertido y otros por no hacer nada, solo mirar la nada. Este es uno de esos días en los que miro la nada.

La noche se hace presente y yo sigo en el mismo lugar. El frío se intensifica y puedo escuchar cómo los copos de nieve chocan contra la ventana. El viento hace su peculiar ruido parecido a un silbido agudo mientras yo tiemblo e intento conseguir calor en mi campera.

La habitación se encuentra sumida en las sombras de la noche, haciéndolo como de costumbre, una escena de terror típicas de las películas. La única luz es la que viene de la luna. El foco que antes parpadeaba, hace dos días que ya no funciona. No sé si es porque no lo prenden más o porque se quemó por tanto uso. La última opción es la que más me convence.

En ese momento, Matt irrumpe en el cuarto, haciendo que yo levante mi cabeza de mi refugio, vestido completamente con ropa de gimnasia. Su sonrisa de siempre está allí, escondida en sus labios, y en sus ojos un nerviosismo enorme se asoma. Creo ver que por un segundo su cuerpo tiembla, pero al otro ya no lo está. Creo que estoy imaginándome cosas. El desconocido entra luego, pero se queda pegado a la pared junto a la puerta.

Matt se acerca a mí y se agacha a mi altura, colocando un dedo bajo mi barbilla y propinándome un beso fugaz en mis labios entreabiertos gracias a la tela entre ellos. Quiero alejarme, alejarlo, pero me sostiene con firmeza mientras sus ojos brillan.

—Bueno, Natalie. Es hora de irme para vencer a tu noviecito. ¿Me darás un beso de la buena suerte? —su cara cada vez más pegada a la mía, y el asco que siento va en aumento con su cercanía. Niego como puedo con la cabeza mientras sus ojos recorren mi cara con un brillo que no sé descifrar—. ¿Sabes?... En la fiesta de mi hermana Jazmín, no solo quise seducirte para hacerle daño a Damon, sino porque yo lo quería. Estabas hermosa con esos pantalones ajustando tu apetitoso trasero y esa camisa negra semitransparente que dejaba ver apenas tu sostén. Mmm... No me pude resistir a tu belleza y quise hacerte mía por esas dos razones. No podía dejarte ir... —lo dice todo tan seriamente que por primera vez creo que dice la verdad, pero luego me doy cuenta de quién es y todo se esfuma. Me enoja. Él solo me quería violar porque sabía que de ninguna manera quería estar con él, mucho menos acostarme con este engendro. Pero tuvo que decidir llevarme sin mi consentimiento a una habitación e intentar hacerlo conmigo. Me da asco.

—*Mel quilsiste violal* —digo como puedo en un gruñido y frunciendo mi frente con molestia. Él levanta una ceja y lleva uno de sus dedos a la tela que tengo en la boca, me la saca y así puedo hablar mejor.

—¿Qué?

—Me quisiste violar, Matt. Eres un loco. No lo hiciste porque te parecías linda, simplemente quieres que todo esté como tú quieres que esté. Viste que yo pertenecía a otra persona, y no sé cómo te enteraste que Damon estaba conmigo, pero tuviste celos y rencor de él, es por eso por lo que aprovechaste esa oportunidad —le escupo con rabia. Y todo eso es cierto, es todo lo que pienso de él y de todo lo que hace.

Me vuelve a poner la tela en la boca mientras sonrío levemente.

—Sí, en parte lo hice porque quería tu culo sexi en mi cama, y otra porque eras de Damon, unos contactos fieles me lo dijeron, Nat. Quería sacarle todo y por un principio tú eras eso que le quería sacar. Pero bueno, si quisiera

intentar violarte de nuevo, lo habría hecho ni bien te drogué cuando te trajeron mis hombres. Pero no lo hice, agradece eso.

—Claro, *por supuesto* que te tendría que agradecer todo lo que haces por mí —pienso, pero no puedo decirlo por la maldita tela. Lo fulmino con la mirada, aún intentando alejar su mano de mi mandíbula.

—Bien, veo que no tienes nada para decir, así que me despido. Tengo que ir a ganar una pelea, Nat —me besa de nuevo, asquerosa y repulsivamente, sin importarle que la tela estuviese en mi boca. El vómito quiere atacarme en ese momento, pero él se aleja justo a tiempo antes de que todo salga de mi sistema. Él pasa su lengua por sus feos labios y me guiña un ojo. Quiero quitarme su sabor de la boca, escupirle en la cara y pegarle en donde más le duela.

Y luego, sale de la habitación. El hombre desconocido detrás de él y, puedo ver cómo en las esquinas de sus labios, una pequeña, muy pequeña sonrisa quiere aparecer por un segundo, pero luego la borra y cierra la puerta como si nada.

No escucho nada, nada de nada. Los copos de nieve estampándose contra la ventana me lo impiden, pero puedo decir que él se estará yendo con su espectacular auto rojo, con el que me atropelló el muy maldito.

No pasa más de media hora cuando la puerta se vuelve a abrir, sorprendiéndome al ver que el hombre desconocido sonrío felizmente mientras se acerca y comienza a desatarme los nudos de las telas. No sé qué pretende, no sé si lo hace por mí, por él o... por otra cosa. *¿Qué pretende?* La sonrisa que tiene plasmada en la cara no es para nada cínica como la que Matt pone siempre, como si fuese un loco. No, este hombre sonrío alegre y aliviado. No sé por qué lo hace. No tiene que sonreír en estas ocasiones en las que estoy secuestrada y él es cómplice de un secuestro.

Me deja libre en un santiamén y me ayuda a ponerme de pie con tan solo agarrarme del brazo. Me tambaleo por la rapidez, pero él me estabiliza. Me lo quedo mirando sin entender, pero él no saca su sonrisa. No me da mala espina, todo lo contrario. No me da ganas de vomitar ni tampoco asco. No lo

entiendo. Se supone que yo tendría que vomitarle encima para impedir que me toque.

—¿A-a dónde vamos? —pregunto mientras me saca de la habitación hacia el pasillo por el que vamos al baño, pero esta vez, no me lleva allí, sino que da la vuelta a la derecha y camina por otro pasillo, uno que lleva directamente a una sala de estar. No es nada parecida a lo que pensaba. Creía que toda la casa era como la habitación en la que yo estaba, pero me equivoqué. Todo es viejo, sí, pero es de buena calidad y muy lindo. Todo está limpio, para nada sucio ni con olores raros. Hay sillones, ventanas y cortinas. Cuadros colgados de las paredes y un minibar a un costado del salón. Una chimenea prendida, con el fuego resplandeciendo vivo en el centro. Es hermoso, pero aun así prefiero no estar aquí. Me volteo hacia el hombre, pero este ya no se encuentra a mi lado. No me había dado cuenta de que me había soltado el brazo. Estoy tan confusa y perdida. No sé ni entiendo qué está pasando o qué me va a pasar. Miro hacia los lados, intentando ver en dónde está el tipo, y lo veo salir de una puerta. La cosa es que no venía solo, sino que un hombre un poco más alto que él se encuentra a pocos centímetros detrás y luego...
¿Carter? ¿Qué hace Carter aquí?

Me quedo estática en el lugar, sin poder creer lo que mis ojos ven. Se aproxima con rapidez a mi lado y me envuelve en sus brazos con cariño. No me muevo hasta dentro de unos segundos en los que caigo en la realidad.

Carter.

Carter está aquí para sacarme.

Y no es Damon.

CAPÍTULO



Lo aprieto más contra mí y escondo mi cabeza en su cuello, dejando que las lágrimas que repentinamente invaden mis ojos, caigan en su campera. Alivio y bienestar es lo que siento. Él me encontró. Me está abrazando. Y estoy tan agradecida.

—Carter... —susurro. Su agarre no se afloja, sino que se vuelve más fuerte aún.

—Natalie —suspira. Y separa su cara para que pueda verme bien—. Ya estoy aquí y estás bien, Nat. Tranquila. No llores.

—E-es que... —sollozo.

—Tranquila, no importa nada, estás bien y nos iremos de aquí, ¿sí? —asiento con la cabeza, enterrando la cabeza de nuevo en su cuello y respirando su aroma. Tiemblo por el llanto y descargo todo lo que tenía acumulado durante ocho días.

—¿Cómo es que me encontraste, Carter? —digo entre lágrimas.

—Yo... Es difícil de explicar, Nat, y no quiero que me odies —se separa lentamente de mí y respira hondo.

—No te podría odiar, Carter. Eres mi amigo y lo sabes.

—Pero te engañé —su mirada y voz arrepentida me ponen alerta y me preocupan. Frunzo el ceño.

—¿Cómo? —limpio las lágrimas de mis mejillas e intento controlarme y no llorar más.

—Tenía una leve impresión de que esto pasaría. Que algo haría Matt para joder todo —comienza lentamente—. Mi primo es policía y le dije que estuviese vigilando a Matt porque sabía y presentía que algo iba a hacer, no sabía a quién, pero lo sabía. Cada vez que presiento algo que es muy serio, siempre se lo comunico a él porque sabe que nunca me equivoco, Nat. Vi que Matt no pasaba nada de tiempo en su casa, porque lo vigilé varias veces a petición de mi primo. Me di cuenta de que pasaba las noches en otro lugar y me puse a pensar en dónde podría ser —toma una bocanada de aire y luego la suelta pesadamente—. Me di cuenta de que este lugar era en el que él se ocultaba.

—¿Cómo?

—Una vez tuve que venir a buscar a Lili aquí porque se acostó con Matt. Si no fuera por ello, no te hubiese encontrado nunca. Así fue como él —apuesta hacia el hombre desconocido, el cual siempre me traía mis sándwiches—, Alec, se hizo pasar por uno de los que trabajan para Matt. Estuvo un tiempo aquí, viendo e inspeccionando, sacando pruebas para mandarlo a la cárcel porque con lo que teníamos no podíamos hacer nada. No había pruebas de que él fue el que te atropelló ni tampoco de nada más. No había pruebas de que él hizo todas las cosas, tampoco eso de intentar violarte. Mucho menos sobre todo lo que les causó a los competidores del campeonato de pelea. Eso era sabotaje. Él no deja rastro. Hasta que te secuestró y pudimos tener pruebas.

—¿Qué pruebas? —pregunto atónita. Él... lo sabía. Sabía que estaba aquí y no vino por mí antes.

—Alec se aseguró de grabar todo. Secuestro y maltrato, Nat. Él te pegó y lo tenemos todo grabado para mandarlo preso. Luego, ayer, nos dimos cuenta de que no eras la única aquí. Él violaba a otra chica en una de las habitaciones del sótano. Alec puso cámaras ocultas allí y también tenemos todo lo que le hizo a ella —se detiene y me mira con tristeza y vergüenza—. Lo siento, Nat. Podía venir antes, pero... si lo hacía y no teníamos pruebas, podría seguir haciendo estas cosas. No podíamos dejarlo libre cuando podíamos encerrarlo por largos años, ¿entiendes? —asiento, volteando mi

mirada hacia otro lado para no ver sus ojos. Tiene razón. Matt seguiría haciendo todo esto y nunca iría a la cárcel si ellos no aprovechaban esta oportunidad. No tengo que enojarme, pero dentro de mí sí lo estoy. Me dejaron sufrir aquí por ocho días, pero lo entiendo completamente.

—¿Damon sabía que estabas en contacto con la policía?

—No. Pero en parte me alegro de que no lo haya hecho. Él en ningún momento, desde que estuviste aquí adentro, quiso llamar a la policía. Me confesó que no podía y pienso que algo le pasó para no confiar plenamente en ellos. No le dije nada, solo le aseguré que yo te sacaría y que no me preguntara cómo. Se puso terco como siempre y me prohibió tocarte, pero lo convencí de que me dejara, porque quiera o no, te sacaría de aquí. Y aceptó.

—¿Él entrenó para la pelea?

—*Sip*, todos los días desde tu llamada. Antes no hacía nada más que quedarse en tu cama a dormir —responde. Luego, sus ojos repasan mi rostro, intentando encontrar algo, pero no sé qué es—. Nat, lo siento por mentirte, ¿me perdonas?

—Carter, estoy más enojada con Matt, en que él no dejaba huellas, que contigo —digo sinceramente. Y es así. Con él no estoy completamente enojada, sino con Matt y por todo lo que me hizo pasar. No puedo creer que él estuviera violando a una chica mientras que yo pensaba que él no era como los otros secuestradores. Eso me da más rabia—. ¿En dónde está la chica?

—Ya se la llevaron a la comisaría para presentar cargos y para informarle a los padres y, por cierto, yo hice la denuncia de tu desaparición, por lo que ni bien lo arrestemos, mostraremos las evidencias y se irá directo a la cárcel hasta que le den el veredicto de cuántos años se tendrá que quedar —dice él.

—Gracias.

—Bien, ahora nos tenemos que ir para que Damon le dé una buena paliza y por fin arrestar a Matt —comenta alguien que no es Carter. Muevo mi cabeza hacia donde el tal Alec, el hombre desconocido, y el hombre que estaba detrás de él, quien al parecer fue el que habló. Mi amigo asiente y me toma del brazo para que nos acerquemos a los dos hombres.

—Nat, él es mi primo Sebastián Bernal —apunta al desconocido que recién habló, quien tiene puesto un traje de policía y una campera en su brazo derecho—. Y él es Alec, el que se infiltró aquí, quien también es un muy buen amigo de Sebastián.

Asiento en saludo y gratitud, y respiro hondo. Ya quiero irme. No sé dentro de cuánto empezará la pelea, pero estoy muy nerviosa. Carter lo nota y me aprieta levemente el brazo para darme ánimos.

—Es hora de irnos —anuncia Sebastián. Sus ojos castaños reflejando seguridad. Su cuerpo tapado por el uniforme de policía luce espectacular junto con su gorro policial, el cual le tapa su cabellera castaña. Tiene un lindo acento británico cuando habla, algo que es muy tierno de seguro para toda chica.

Él se da la vuelta y nos guía hacia un auto de policía frente a la casa mientras se coloca la campera que traía en su brazo. Como ya sabía, el cielo se encuentra en la oscuridad completa. El frío me hiela la sangre y comienzo a titiritar en ese instante. La nieve cae desde el cielo y, por más que alguno no quiera, nos cubre con cada paso que damos hacia el coche. Nos subimos sin hablar a él, Carter sin soltarme, solo que ahora su brazo me rodea completamente la cintura.

Sebastián pone en marcha el motor y nos conduce por la carretera cubierta de nieve blanquecina. Mis nervios aumentan con los minutos que pasan. No sé si ya habrá empezado la pelea o cuándo lo hará. No sé cuánto pasó desde que Matt se fue de la casa, por lo que menos puedo hacer cálculos.

Siento cómo Alec se mueve en el asiento del copiloto, pero no me doy vuelta para verlo, me limito a ver por la ventana. Carter mantiene su agarre en mí, y si no fuera porque necesito todo el afecto que me puede dar, lo habría alejado un poco para tener espacio personal. Estuve ocho días en una habitación sin nadie a quien abrazar, o besar en el caso de Damon. Necesito todo el afecto que Carter me quiera ofrecer hasta que pueda tener a Damon frente a mí y así poder tirarme a sus brazos.

—Natalie, toma —la voz de Alec, ronca y ahora no tan seria, me saca de mis pensamientos. Me volteo hacia él, y me lo encuentro tendiéndome un

sándwich envuelto en papel aluminio. Asiento con agradecimiento. Se tomó la molestia de hacerme comida y eso lo valoro mucho. Lo tomo y lo desenvuelvo. Puede que no tenga tanta hambre, pero aun así comienzo a comerlo tranquilamente. Eso me hace pensar durante un rato en el rico sándwich y no en lo que va a pasar en la pelea. Por un minuto me olvido de todo y me concentro en comer, luego recuerdo hacia dónde nos dirigimos y el estómago me da un vuelco. Me alegro de ya no estar en esa sucia habitación, mucho menos dormir en el suelo lleno de polvo.

Los recuerdos hacen que deje de comer. Apenas logré comer la mitad de la comida, por lo que me recuesto en el respaldo del asiento y le paso lo sobrante a Carter, a quien le ruge la panza ni bien lo ve. Lo agarra rápidamente y lo devora con tan solo tres mordiscos.

Nos detenemos con un giro brusco hacia la derecha y luego siento cómo el motor del auto se apaga. Sebastián se gira en el asiento del copiloto y luego me mira con intensidad y seriedad.

—Natalie, tienes que ir allí y hacer que Damon le haga pagar todo lo que quiera a Matt. Que lo destruya todo lo que se le dé la gana. Recuérdale con solo una mirada que te raptó y te alejó de su lado. Que lo venza porque se lo merece y que no deje ganar a Matt. Aunque de igual manera Damon ganaría, ya que Matt estaría en la cárcel cuando las peleas del próximo campeonato empiecen —sonríe—. Por lo que escuché... —mira de reojo a Carter— Damon solo puede ganar contigo allí, así que ve y ayúdalo a ganar. Nosotros nos encargaremos luego de arrestar a Matt.

Con un respiro bien hondo, me armo de valor y me decido por salir del auto. Carter viene conmigo, dejando posada su mano en mi espalda y llevándome por... la parte trasera de un lugar inmenso, que debe ser el estadio al parecer.

Tocamos la puerta y ante mí aparece un hombre grande, muy grande, musculoso y alto, que solo lleva pantalones y una remera sin mangas. Saluda a Carter con una sonrisa y nos deja pasar sin decirnos ni preguntarnos nada. Pero Carter se detiene justo a su lado y le habla al oído en un susurro. No sé qué le dice, pero de seguro es algo con respecto al arresto a Matt. Cuando

termina, vuelve a ponerse a mi lado y me guía por unos pasillos bien iluminados.

Estoy inquieta, no puedo dejar de moverme nerviosamente. Mis manos se retuercen las unas con las otras al igual que mis dedos. ¿Cómo es que me verá Damon? ¿Se alegrará mucho, me notará? ¿Cómo es que estoy vestida? Oh, maldita sea, estoy sucia, con la misma ropa de hace ocho días y necesito urgentemente bañarme. Sin mencionar el gusto que tengo en la boca. Es asqueroso porque no me lavé los dientes en todos estos días. Mierda, debo estar hecha un monstruo.

—¿Cómo es que te dejaron entrar? No creo que dejen entrar a cualquiera, ¿eres su amigo? —pregunto para distraerme hasta llegar. Pasamos una puerta corrediza y doblamos a otro pasillo más amplio, en donde varias puertas no muy juntas se encuentran.

—Varias veces peleé aquí, así que me conoce —lo miro confusa y sin poder creerlo. Me sorprendió su respuesta—. No me mires así, Nat. Solo porque sea un poco más novato que Damon en el boxeo, no significa que sea malo ni principiante del todo. —se hace el herido, lo que me da mucha gracia, ya que lleva su mano derecha a su pecho y hace una mueca divertida—. Ahora vamos, entra aquí... —abre una puerta amplia es allí cuando veo y escucho todo. Los gritos, insultos y ánimos. La mayoría de la gente se encuentra parada en sus lugares, pero otros no. Los que están parados agitan sus manos mientras insultan y otros gritan solamente.

Me relajo instantáneamente al estar aquí y al ver todo esto. Es cómodo, ya que conozco mucho sobre las peleas y de estos lugares gracias a todas las veces que fui a las de Damon. Es un ambiente cómodo para mí.

Nos abrimos paso entre la muchedumbre histérica y llena de testosterona y energía hasta llegar a unos asientos que dicen «Reservados». No está ni Noah ni Peter. Solo estamos Carter y yo sentados aquí entre toda la multitud loca.

Miro hacia delante, atreviéndome a presenciar la pelea ya empezada entre mi novio y el hijo de puta de Matt.

Matt embiste un golpe contra el rostro de Damon, quien tiene ya una ceja rota y un hilo de sangre sale de ella. La recibe como todo un macho que es mi

novio y no veo ningún rastro de dolor cuando el puño envuelto en el guante de boxeo choca contra él. Damon contrataca justo antes de que Matt tuviese otra oportunidad, con furia y rabia. Mi chico al parecer sí entrenó y se está concentrando bastante en la pelea, pero hay algo que no veo en él.

Seguridad.

No siente la seguridad de siempre. Lo veo triste, sin ánimos, pero no deja de luchar.

Busco con la mirada a su equipo mientras por el rabillo del ojo noto cómo el guante de Matt ataca repetitivamente en los costados de Damon. Mi corazón se para y siento dolor. Los dolores que seguramente Damon siente en este momento. Pero él no cae, no hace nada más que golpearlo de vuelta en respuesta.

Noah me encuentra primero con la mirada. Cuando lo encuentro, él ya me está viendo sin pestañar siquiera. Me sonrío con alegría y me guiña el ojo. No sé si está coqueteando, como siempre lo hace, o me reconoce en serio. Si no me reconoce, debo estar completamente cambiada cubierta de polvo de pies a cabeza. Él saca su celular y llama a alguien. Habla unos segundos sin quitar la sonrisa de sus labios y cuelga la llamada. Me encuentro confusa, pero no paro de verlo, prefiero verlo a él antes que a Damon siendo golpeado.

Minutos después en donde me niego a ver hacia el ring, un ruido parecido al de una campanita siendo tocada con algo de metal, resuena tan alto como es necesario para que se escuche sobre todo el ruido que las personas hacen.

Eso hace que me dé la vuelta hacia el cuadrilátero justo para ver a Damon ir hacia su esquina y sentarse en su banquito asignado. En ese momento, aparece Rick como por arte de magia a su lado fuera del *ring*, con sus brazos apoyados en las cuerdas que lo recubren mientras le tiende agua a mi chico. Le dice algo al oído mientras el pecho de Damon sube y baja con agitación. Y en ese momento, él no mueve nada, ni un músculo. No pestaña, mucho menos respira.

Y sube la mirada.

Y se encuentra con la mía.

Hipnotizante, apasionado y feroz. Sus ojos zafiros me miran. Tantas emociones pasando en esos ojos tan maravillosos. No importa a qué distancia yo esté de él, aún sigo viendo todo lo que siente dentro. El alivio hace que sus hombros caigan como si se estuviese descartando de un peso muerto e innecesario. Me sonrío levemente y me guiña un ojo. Algo que me derrite completamente por dentro. Quiero gritar, lanzarme arriba suyo y llenarlo de besos. Todos los besos que en estos ocho días no le di. Estoy ansiosa por estar en sus brazos, tanto que ya quiero que la pelea acabe en ese instante. No podría aguantar viéndolo así por mucho tiempo sin lanzarme como todas lo quieren hacer.

Minutos después, la campanita vuelve a sonar y Damon se dirige al centro del *ring* para comenzar de nuevo con la pelea. Matt no me notó, algo que me alegra enormemente.

Ni bien el árbitro les da la señal de comienzo, Damon inviste sin ninguna duda. Recobrando su seguridad y todo lo que perdió. Todo lo que no noté en su mirada cuando peleaba la primera parte de la pelea, y que ahora sí lo tiene.

Lo golpea sin parar, sin darle un respiro. No lo deja defenderse porque apenas puede contra la rapidez de los puños de Damon. Intenta cubrirse la cara, pero no llega a tiempo porque se gana otro golpe en esta. Damon, con una sonrisa burlona, ataca, burla y embiste sin ningún conflicto contra el cuerpo de Matt, el cual con rapidez comienza a verse cansado. La sangre que sale de la nariz del herido sale a cascadas de esta, manchando un poco el guante negro de Damon y el suelo del ring.

La muchedumbre grita extasiada y con fuerza en ánimos. Algunas chicas detrás de mí hablan —gritan— entre ellas, diciendo qué es lo que le quieren hacer con exactitud a Damon. No les presto atención y apago el sonido que hacen todas estas personas y me concentro en Damon. Mueve su cuerpo con agilidad y fuerza al lanzarse de nuevo a pegarle al hijo de puta.

Luego de un gancho zurdo, el cuerpo de Matt cae.

Un cuerpo que apenas vive. No veo si mueve o no su pecho al respirar, pero puedo decir que se le es dificultoso. Pestañea, abre y cierra los ojos ligeramente. Y luego los cierra por completo y toma una gran bocanada de

aire mientras intenta ponerse de pie. Creo que su dignidad y orgullo hace que no se rinda nunca. Se levanta tembloroso y encorvado, sus piernas temblando. La Furia, queriendo verlo caer de nuevo, solo que esta vez sin que él se levante, intenta darle otro golpe, pero justo en ese momento entra la policía. Sebastian con tranquilidad, y sabiendo que Matt no puede hacer casi nada por impedir ser arrestado. Sube con tranquilidad al ring, sin hacer caso a los abucheos que la gente le manda. Toma los brazos de Matt y los coloca en su espalda para poder envolver las esposas en sus muñecas.

Matt no sabe qué hacer. Sus ojos alarmados y llenos de miedo miran de un lado al otro en un estado de *shock*. Intenta moverse en contra de Sebastian para no ser arrestado, pero las pocas fuerzas se lo impiden.

Por lo que hace algo que a todos nos sorprende.

Se desmaya.

Atónita por su acto, abro mucho los ojos y me río levemente. Lo mejor que puede hacer Matt para no ver más lo que pasa a su alrededor es desmayarse. No sé por qué me sorprende.

Rápidamente, Damon camina por el pasillo que lo lleva a los vestuarios, no sin antes darme una mirada de «Ven aquí».

Pero no es una orden del todo, sino que es alegre y lo hace con una sonrisa queriendo salir de sus preciosos labios.

Lo hago sin pensarlo dos veces y con entusiasmo arrastro a Carter hacia donde Damon fue. Noah está allí en ese pasillo para dejarme pasar. Le dice a uno de los guardias custodiando ese pasillo que me dejase pasar y este lo hace sin decir nada en contra.

Corro por el pasillo, sin importarme nada que mis costillas se quejen un poco, y me detengo frente a una puerta que lleva escrito «La Furia» en letra cursiva. Abro con mano temblorosa e, instantáneamente, los brazos de mi Furia son colocados a mi alrededor, alzándome en el aire y abrazándome con fuerza. Lo estrecho más contra mí, sin importarme de nuevo que sus brazos rodeen justamente mi cintura y hagan doler un poco las costillas, pero sigo sin prestarle atención.

Y me besa, devorándome, queriéndome, estrechándome a más no poder para no alejarme de él, haciendo que todo a mi alrededor no tenga importancia para mí —así como la falta de enjuague bucal durante todos estos días encerrada—, y olvidar por unos minutos todo lo que viví en el infierno de aquella habitación sucia por ocho días. Necesitándolo, enamorándome cada vez más con mucha fuerza.

Su lengua traviesa invade mi boca y yo se lo permito gustosa, degustándola y jugando con ella como si la vida se me fuese en ello. Chispas recorren todo mi cuerpo, dejando un recorrido ardiente en mis venas, sangre y piel. Por todos lados.

Muevo mis labios junto a los de él, como un baile en sincronía perfecta. Sus labios encajan perfectamente con los míos, algo que me alegra muchísimo. Me siento libre al estar con él y mucho más en este momento en donde me encuentro volando. Me siento en una nube esponjosa mientras que Damon me envuelve en su calor.

Me muerde el labio inferior una y otra vez con fuerza, para luego pasarle la lengua con picardía, algo que me llena por dentro de algo muy conocido. Me besa con ferocidad, para nada lento. Me estrecha otra vez más cerca, si eso es posible, y sigue nuestra guerra de lenguas.

Mi respiración entrecortada se une con la de Damon cada dos por tres, es una sensación placentera y espectacular hasta que alguien nos interrumpe con una tos fingida. Dejo que mis pies toquen el suelo, ya que no me di cuenta de que él me había alzado y enroscado mis piernas alrededor de su cintura, y luego tomo una gran bocanada de aire para recuperar el perdido en este beso.

—Damon, tienes que ir a recibir tu victoria frente a todos los presentes. Te darán un premio y un cheque muy considerable —dice Rick sonriendo como si de Navidad se tratara.

—Bien. Vamos, Nat —Damon responde mientras me agarra de la mano y me saca de su camerino, el cual, sin darme cuenta, estaba atestado de personas las cuales presenciaron nuestra muestra de amor. Me ruborizo al pensar eso y sigo a paso acelerado a mi novio, quien me agarra posesivamente de la mano, y me dirige hacia el pasillo que lleva al

cuadrilátero. Pasamos por al lado de los guardias que custodian este, y yo me encojo ante las miradas de las fanes de mi chico cuando paso. No son para nada amigables.

Cuando nos hacemos más visibles, la multitud estalla otra vez y comienzan a gritar como nunca, dándole felicitaciones a Damon. Algunas cerca de mí me gritan, pero hago oídos sordos ante sus palabras. Solo están celosas, Nat, me digo a mí misma. *Bueno, con la fachada de vagabundo que debo de tener, no creo que tengan que estar celosas.*

Abro bien grande mis ojos cuando noto que Damon pretende llevarme con él a recibir su premio y me paro en seco, no dejando que él siguiese caminando y se dé la vuelta con el ceño fruncido con confusión.

—Natalie, ¿qué pasa? —pregunta él.

—Y-yo no iré allí arriba. Es tu premio, Damon. No el mío —respondo.

—Es por ti que lo gano, Nat. Te pertenece tanto como a mí.

—No, Damon. Yo solo te veo pelear y te animo desde mi asiento. Eres tú el que hace todo—sonrío.

—Bien, pero es tuyo como mío, de los dos. Que lo sepas —se queda sin decir nada y me mira sin moverse, hasta que habla—. ¿Estás bien? ¿Te duele algo?

—No, Damon —miento, la verdad es que en unos días se me pasará el dolor en las mejillas, pero no puedo arruinarle la victoria al decirle eso. Se acerca a mí y coloca sus manos en mi cara, acercándose y posando sus labios en mi frente.

—Te extrañé tanto —murmura en voz baja, dejando que con esas palabras yo notase todo lo que siente. Y lo noto; alegría, preocupación, todo—. Estás aquí conmigo y no te dejaré ir más. Mataré al que te separe de mí, Nat.

—Sé muy bien eso, yo también te extrañé, Damon. Ahora, ve por tu victoria.

—También es la tuya, ¿entendido? —levanta una ceja con una sonrisa.

Asiento y le apunto con un dedo hacia el ring para que ya vaya a buscar su premio. Y él lo hace. Se da la vuelta y camina con despreocupación. Todas

las personas lo miran emocionadas y confusas del porqué tarda tanto en ir. Él no hace caso a nadie y sube como si fuese el rey del lugar. En esta ocasión sí lo es, y estoy muy feliz con eso. Cruzo mis brazos y me quedo allí parada viéndolo tener su victoria ante todos y recibiendo sus premios.

El árbitro se acerca a Damon y le toma la muñeca.

—¡Señoras y señores! ¡El ganador de esta competición y el próximo que irá a las importantes luchas que hay en adelante, la mejor competición del mundo, Damon «la Furia» Woodgate!

Todos estallan en aplausos y vítores ensordecedores, gritos de ánimos y de otras cosas que no logro entender porque todo se mezcla cuando lo gritan todos a la misma vez. Damon sonrío feliz mientras el árbitro levanta su brazo al aire como el ganador que es. Una mujer casi completamente desnuda, que lleva casi la ropa interior a la vista, se acerca sonriente a mi novio mientras que lleva un trofeo dorado y medianamente grande de un guante de boxeo. Se aproxima a su cuerpo y le roba un casto beso en la mejilla a Damon, algo que me enfurece completamente, pero que sé que él no tiene la culpa de que todas se quieran tirar encima de su cuerpo.

La mujer se aleja de su cuerpo y le entrega el trofeo, gustosa de la atención que está ganando al estar allí arriba.

Creo que debí ir allí arriba con él.

Eso es lo que pienso mientras veo apartarse a esa chica semidesnuda de Damon, mientras que otra se acerca por el otro lado, llevando consigo un gran cheque con... ¡Mierda, eso sí es una gran suma de dinero!

Creo que tendrá mucha sobra de eso.

Ella se aproxima y hace lo mismo que hizo la otra; besarle en la mejilla, solo que en la contraria a la que la otra le besó. Quiero tirarme encima de ellas y arrancarles todo el pelo que tienen. Pero me controlo todo lo que puedo, aparte, las pocas energías que tengo no las debo gastar en esto.

Cuando él ya tiene los dos premios, saluda a todos con una mano, ya que el trofeo se lo colocó en el brazo pegado a su cuerpo, y luego baja como puede del ring aún con una sonrisa de felicidad. Su pecho desnudo se levanta

cuando toma una gran bocanada de aire y luego la deja salir en un suspiro de alivio.

Camina hacia mí con los ojos brillando resplandecientemente y me besa frente a todos sin ápice de vergüenza. Me dejo llevar y le devuelvo el beso, dándoles a saber a todas que él es completamente mío.

Luego de eso, volvemos al camerino para despedirnos de todos, no sin antes obligar a Damon a ponerse una ropa nueva y abrigada. El frío que hace fuera no es justamente para que alguien salga casi desnudo, mucho menos sudado.

Vamos a mi casa en su moto, lo cual no entiendo, ya que podría haber traído su auto con este frío, pero no le digo nada, solo me abrazo a él y me dejo llevar. Se dirige a mi casa, y espero que se quede a dormir, porque si no lo obligaré a hacerlo.

—Tengo que agradecerle a Carter por sacarte de allí y tendrás que explicarme todo lo que pasaste —dice Damon por encima del ruido de la moto.

—No quiero hablar de eso. Déjalo, Damon.

—De igual manera se lo preguntaré a Carter —comenta. La nieve cayendo a nuestro alrededor y cubriendo todo a su paso.

—Haz lo que quieras, pero, por favor, no me hagas hablar de eso. Solo quiero olvidarlo y pensar que nunca pasó, que nunca conocí a Matt.

—Está bien, lo que quieras tú, Natalie —responde calmadamente.

—Te extrañé.

—Y yo. Nunca dejé de pensar en ti. ¿Qué me estás haciendo? —hace una pausa—. Mejor dicho, *¿qué me hiciste?* —eso hace que sonría y que un sonrojo fuerte crezca en mis mejillas, no solo por el frío que hace, sino por sus palabras tan hermosas y que para mí tienen mucha importancia.

—Me pregunto lo mismo —susurro y no sé si logró oírlo, pero aun así me alegro de haberlo dicho.

En el camino intento no pensar en nada excepto en que ya estoy a salvo y en que Matt ya no puede hacer nada por separarme de Damon o de herirme

de algún modo. No violará a otra chica como se lo hizo a la que estaba en el sótano de la casa a la que me llevó.

Me relajo al pensar eso. Él irá a la cárcel y no volveré a preocuparme por estar en peligro.

A nadie más.

Pienso en que veré a mis hermanos, a mi perra hermosa, a Emma y a Elle.

Y con eso, sin poder impedirlo, me quedo dormida cómodamente en la espalda de Damon. Por primera vez en ocho días, duermo cómoda, con un sueño espectacular en el que no tengo preocupaciones y que sé, que cuando despierte, no volveré a decir que solo soñé, sino que es real.

Que ahora sí estoy con Damon.

CAPÍTULO



Cuando llego a casa, los brazos de todos mis conocidos son instantáneamente envueltos a mi alrededor. Las sonrisas y los suspiros de alivio son lo primero que escucho antes de que todas las preguntas se acumulen en mis oídos. Todos hacen preguntas, me interrogan hasta que les digo que estoy agotada, física y emocionalmente, y me dejan ir a mi habitación. La alegría que todos desprenden hace que me sienta bien. Se preocupan por mí como nadie.

Necesito un buen baño y una buena cepillada de dientes. No sé cómo Damon pudo besarme con estas pintas y este olor. Mi boca hace ocho días que no es lavada, y no puedo creer que lo besé con lengua en ese estado. Él nunca se quejó, pero la vergüenza que siento es inmensa. Aunque yo tampoco podía esperar para llegar a casa y hacerlo luego de lavármelos. Ocho días sin sentir su boca, por lo que el deseo y la añoranza ganaron la batalla.

Tyler dijo que iba a preparar la mesa para cenar todos juntos, por lo que mientras yo me iba a bañar, procurando que el yeso de mi brazo estuviese completamente cubierto para no mojarlo, me imagino que eso estará haciendo junto con la ayuda de todos los demás. A pesar de que en toda la noche tuve un nudo en el estómago, me siento con mucha hambre, por lo que no discutí nada. Chris me había recibido con lágrimas ya derramándose por sus mejillas. Sus brazos fuertes me estrecharon a más no poder mientras me susurraba que yo ya estaba a salvo.

—Te extrañamos tanto —había dicho él—. No sabes todo lo que pensamos en ti, en lo que pasaría si... algo salía mal.

Mis hermanos hicieron lo mismo, solo que un poco más tranquilos que mi amigo. Ellos me dieron un gran abrazo protector, y luego me dijeron que estaban contentos de que esté bien. Y Emma, ella estaba igual, por no decir peor, que Chris. Lloraba a moco tendido y no paró de hacerme preguntas desde el momento que pisé mi departamento. Las hermanas de Chris me abrazaron juntas, dándome muchos besos en las mejillas mientras que, Carter, quien al parecer llegó antes que nosotros, solo me sonreía. Los tranquilicé a todos para no verlos abalanzarse a mí como si me estuviese muriendo, con sus caras tristes y llorosas. Y por último Elle, quien mientras todos arreglaban el salón, el cual estaba desastroso, ella me hizo una seña para que la alzara. Me dio besos en las mejillas, abrazos y no se quiso despegar de mí hasta que dije que me tenía que ir a bañar por lo sucia que me sentía.

Es por eso por lo que le prohibí a Damon besarme hasta que yo no esté completamente limpia. Él se quejó, diciendo que le gustaba sucia o no y que quería un beso de su novia. Solo me había alejado de él, con todo el esfuerzo del mundo, y le dije que no. Por lo que ahora, estoy desvistiéndome encerrada en el baño a punto de entrar a la ducha, con la bolsa de plástico cubriendo el yeso de mi brazo.

Le puse el pestillo a la puerta para que él no vuelva a entrar y me vea desnuda como lo hizo una vez. Aunque esa idea que tanto me aterrorizaba hace un tiempo, ya no lo hace más. Sé que él me quiere, mucho, y por más que nos pasen cosas malas —culpa de Matt—, él sigue estando, yo sigo estando. Ninguno tuvo conflictos al decidir quedarse por más que haya problemas. Ninguno lo dudó. Con él me siento viva, más que nada. Me siento única. Y, ahora, cuando me pongo a pensar en todo por lo que pasamos, me doy cuenta de que ya no me importa nada más que él. Me doy cuenta de que él es y va a ser el correcto. *Lo amo*, por Dios, un montón. La idea de acostarme con él ya hace días o un poco más que eso, no me aterroriza. Puede que siempre me pregunte a mí misma qué es lo que pasará después. Pero ahora no me importa, ya que sé que Damon no se irá. El miedo disminuye hasta casi ni existir.

Pero eso no significa que en todo momento lo deje verme desnuda. No es así, es vergonzoso para mí mostrarme. Nunca lo hice, por lo que solo el miedo de hacerlo es lo que tengo. No es el miedo de intentar algo con él, sino el hacerlo.

¿Cómo será?

Eso es lo que me pregunto al entrar en la ducha. Recuerdo la vez en la que me tocó. Me sentí... bien, confundida y aterrorizada a la vez. Odio mi cuerpo, siempre lo hice, pero esa vez, por primera vez, Damon me hizo pensar que era lindo, que no tenía defectos. Que por más que tenga imperfecciones, él lo querrá de todas maneras. No lo vio, no se lo permití, pero... quiero que me conozca completamente. Experimentar con él, que sea el primero. Siempre será el primero, y el último. El único.

Me lavo el pelo aún pensando en ello. Revivo en mi mente cada tacto contra mi piel desnuda que él hizo ese día en el que me desnudó y me colocó su remera. Dios, fue... espectacular. No puedo creer que hicimos eso con su hermanita durmiendo en el colchón que le puse en el piso junto a mi cama. Me da risa de solo pensarlo. Pero es eso lo que no hago cuando él está cerca; pensar. Todo se me confunde hasta que en lo único que me concentro es en él.

Una vez ya limpia, con olor rico y depilada, lavo mis dientes más de tres veces y luego enrolló una toalla a mi cuerpo. Me quedo viendo mi reflejo en el baño. Mis ojos brillan. No sé por qué. No sé si será por la alegría que siento o el hecho de que no siento miedo. Estoy tan segura como que me llamo Natalie, que quiero estar con Damon sin vergüenza. Con confianza.

Mi cuerpo zumba con anticipación. Maldita sea... estoy más que ansiosa. Por más que esté limpia y recién bañada, siento cómo mis manos comienzan a sudar por los nervios. Todo en mí está aclarado. Quiero hacer esto con Damon. Hacerlo todo con él. No me importa cuándo, sino que me importa el hecho de que con él estoy lista. Más que lista. Quiero que sea especial, o no me importa cómo sea, de igual manera. Quiero que sea con él. No importa cuándo, o cómo. Que se dé cuando se tenga que dar.

Cuando ya estoy limpia completamente, con un olor espectacular a vainillas, salgo del baño. Burry ni bien me ve, sale disparada hacia mis piernas, rasguñándolas con sus uñas para que le preste un poco de atención. Me agacho un poco, procurando que la toalla no deje ver mi piel, y le acaricio su pelaje negro y esponjoso. Ella cierra los ojos con puro gozo, y se tira más contra mi mano para recibir más caricias. Me río ante ese acto, y me levanto mientras escucho un pequeño aullido en protesta de parte de mi perrita.

Me visto con mi pijama, sin importarme nada que mi familia y amigos me vean desalineada. No les importará, eso creo, ya que estuve ocho malditos días sin la comodidad de mi pijama o vestimenta, de mi cama o de estar en un lugar conocido. No tuve nada de eso durante esos tediosos días, por lo que ahora me importa un cuerno lo que ellos digan sobre estar en pijama.

Antes de bajar a la planta baja, me quedo mirando mi habitación. La extrañé, extrañé estar entre estas cuatro paredes. Dormir en mi propia cama, que ahora también es de Damon. Puedo imaginármelo pasando aquí los días y las noches en los que me tenían secuestrada. Por lo que dijo Carter, el único lugar en el que Damon estuvo era en mi habitación, en mi cama, sin hacer nada. En parte me gusta que él hubiese elegido mi cama, mi habitación, para pasar aquí los días que no estuve, pero saber que la razón por la que lo hizo fue porque me extrañaba y no podía estar alejado de mí, me destroza.

Noto cómo bastante de su ropa se encuentra tirada en el suelo, dispersa, desordenada. Pero algo hace que mi vista se alejara de toda esa ropa, y se concentrara en la mesita de luz junto a mi cama. Una foto enmarcada que desconozco se encuentra apoyada en esta, mirando hacia la cama. Como si la única persona que la pudiese ver fuese el que estuviera ahí.

Me aproximo, con la mano temblando, la agarro y miro la foto conteniendo la respiración. Pero toda esta sale disparada de mis pulmones cuando veo realmente de qué se trataba la foto. Soy yo acostada en una cama, con las sábanas dispersas y arrugadas contra mi cuerpo despatarrado en toda la cama. Me río por lo cómoda que me veo, pero es allí cuando una mano aparece en mi vista. Se encuentra tocando mi mejilla con afecto. Damon. Esa es su

mano, inconfundible, fuerte y hermosa. Grande. Su dedo está apoyado en mis labios, como si estuviese delineándolos con él.

Los ojos se me empañan con rapidez al ver tan hermosa foto, ignorando que allí estoy completamente despeinada. No sé cuándo la sacó, pero logro reconocer que no era mi cama ni mis frazadas las que están en la foto. Eran las de Damon, las que tiene en su habitación. ¿Cuándo me habrá sacado la foto? En ese momento, al parecer, no tenía el yeso cubriendo mi brazo, por lo que es muy probable que sea antes. Pero... ¿cuánto más antes? Mi pelo se veía ahí todo revoltoso sobre las sábanas, pero el color azul eléctrico que una vez tenía, que ahora está bastante clarito, allí estaba comenzando a desaparecer, pero aún se podría ver con certeza qué tipo de color azul era.

Sonríó sin poder evitarlo. Él me sacó una foto y la tiene enmarcada en un cuadro. Sigo sin poder creerlo. Limpio las lágrimas que están en mis mejillas y me armo de valor para bajar y verlo, y obviamente intentar no tirarme encima y besarlo como nos merecemos los dos, sin el sabor de mi boca sucia y mis dientes sin lavar.

Dejo la foto en donde estaba, llamo a Burry con un chasquido y bajamos las dos por las escaleras.

Ya están todos sentados cómodamente en la mesa. Bueno, al parecer mis hermanos sacaron la mesa desplegable del armario junto a la escalera y alargaron la mesa para que todos quepan mejor. Antes de que haga acto de presencia en la cocina, escucho cómo todos hablan animadamente. Puedo notar cómo la tristeza desaparece mientras intentan no hablar del tema del secuestro, mucho menos de Matt. Eso lo agradezco mucho, ya que prefiero olvidar todo lo sucedido. Dejaré que en algún momento en el que yo no esté, Carter les diga a todos lo que sucedió y el cómo me encontró. Pero no soportaría que se lo contara a todos conmigo estando presente.

Ni bien doy un paso en la cocina, todo queda en silencio, pero yo adopto la misma postura de siempre, la de una Nat desinteresada y normal, queriendo dejar fuera todo lo que pasó antes. Camino hacia el asiento entre Damon y Elle, e instantáneamente siento cómo el brazo de Damon es colocado en el respaldo de la silla, y Elle tomando una de mis manos.

Comimos amablemente, nadie sacando a colación ningún tema deprimente. Todos contando lo que hicieron, lo que vivieron, lo gracioso que pasaron algunos tiempos. Durante esos momentos logré alejar todo, las preocupaciones y los miedos, y logré sentirme bien. Sin pensar en nada, riéndome con alegría no fingida, y hablando de lo que recordaba de los juegos con ellos. Tyler preparó pollo relleno con papas a la crema. Todos degustamos la comida con un hambre feroz, pero apenas si disfrutando del sabor exquisito.

Christian fue el que más habló. Fue como el loro del grupo, hablando y parloteando sin parar. Su hermana Lili estuvo bastante callada a excepción de las veces que respondía a las preguntas que alguno del grupo hacía. Sophie se mantuvo jugando con la mano de Sam, quien estaba al lado de Emma. No sé cómo a esa pequeña le puede divertir la mano de Sam. Creo que esa pequeña tiene un pequeño enamoramiento hacia mi hermano. Cada vez que viene y Sam está, ella se le acerca con el pretexto de jugar. Creo que no tendrá oportunidad con él, porque él está muy colado con Emma. Pobre Sophie, con esa corta edad ya tiene su primer enamoramiento, algo muy tierno, por cierto.

Y así estuvimos toda la cena, una cena muy tardía. Disfrutando, comiendo y divirtiéndonos. Olvidando, sobre todo.

Todos ayudamos a juntar la mesa. Yo guardé lo que sobró de la cena en la heladera, mientras los otros hacían otros deberes. Damon hacía todo a la velocidad de la luz. No sabía para qué, pero luego lo descubrí cuando me llevó con rapidez hacia el sillón y me sentó casi sobre su regazo antes de que todos los demás hicieran lo mismo.

Ahora, mientras todos vemos una película de comedia, Damon acaricia mi espalda con lentitud. No sé si sabe lo que causa en mí esa caricia, pero no lo dejo ver nada de reacción, a excepción de mi aproximación hacia su cuerpo y mi acurrucamiento en este.

Habíamos puesto un colchón de repuesto en el suelo para los que no alcanzaban a acurrucarse en el sillón, por lo que ahora Chris, Tyler, Lili y Elle están en él. Carter, quien está sentado junto a Emma y Sam en el sillón al lado nuestro, lleva a Sophie sentada en el regazo. Preparamos antes de

ponernos a ver la película, unas palomitas dulces, pero sorprendentemente, yo no estoy comiendo nada. La verdad es que la cena me llenó completamente. Bueno, también con lo mucho que comí antes, no creo que algo quepa en mi estómago.

Damon, que hace un pequeño rato me sentó completamente en su regazo, se acerca a mi oído y me susurra:

—Te extrañé —durante toda la cena, sus susurros siempre fueron lo mismo, recordándome cuánto se preocupaba por mí, y cuánto me extrañaba. No me dejó ni un segundo, a excepción de la vez que levantamos la mesa. Me encanta cómo me lo dice. Tan bajito para que nadie más que yo lo escuchase. Es hermosa y tierna la manera en la que su voz suena, sexi sobre todo. Sus brazos están envueltos a mi alrededor como si nunca quisiese dejarme ir. Lo mismo pasa conmigo, no quiero alejarme de él, de su calor, de su tacto.

—Yo más —le murmuro de vuelta, prestando toda mi atención en sus juguetonas manos, las cuales están jugando con un hilo suelto de mi remera de pijama. Noto cómo sonrío y suelta un suspiro, como si quisiese absorber mis palabras y guardárselas para siempre. Su aliento choca contra mi cuello, y yo me inclino para sentirlo más. Nadie nos presta atención, todos están concentrados en la ruidosa película, por lo que volteo mi cabeza y dejo un rápido, pero de igual manera apasionado, beso en sus apetitosos y suaves labios.

Cuando me separo de él, algo en sus ojos me llama la atención. Un toque de tristeza, por más mínimo que sea, se asoma en sus ojos zafiros. Me desgarran completamente y me confunde, tanto que frunzo el ceño levemente. Sé que es algo importante, porque cada vez que pestañeo, la tristeza crece más y más hasta que en toda su cara se refleja ese sentimiento. No le digo nada, para que nadie nos escuche, pero me inclino hacia él y muevo mi cabeza señalando hacia las escaleras. Él entendió perfectamente lo que quise decir: «Vamos a mi habitación», por lo que asiente y yo me levanto de sus piernas. Nadie se percata de nuestra huida, por lo que sigo caminando hacia las escaleras y las subo, sabiendo que Damon me sigue desde atrás.

Estoy nerviosa por lo que me dirá cuando le pregunte. ¿Y si es algo malo? Dios, no puedo lidiar con algo más. Recién salgo de un secuestro, en el que yo fui la secuestrada. Por lo que no puedo tener otro problema más, sea emocional o psicológico. No creo poder soportarlo. Siento que reventaré si sé otra cosa mala. Pareciese como si no pudiese tomar un respiro porque todos los problemas se me vienen encima ni bien salgo de uno.

Entramos a mi habitación, y ni bien me siento en la cama, con sus brazos rodeándome desde atrás y apoyándome cómodamente en su torso, me decido a lanzar la bomba.

¡—¿Qué es lo que te preocupa, Damon? —giro mi cabeza para verlo mejor y la apoyo en su hombro. Su semblante es serio y confuso, con el ceño fruncido y sin saber cómo responderme. Se queda pensando durante unos minutos largos, una eternidad de intriga para mí. Hasta que se decide a hablar. Parece nervioso, inquieto, aterrorizado de alguna manera. Sus ojos van y vienen, miran de una punta de la habitación a la otra, evitando mirarme.

—Nunca confié en la policía. Es por eso por lo que nunca la llamé y le prohibí a tus hermanos hacerlo —dice en un susurro.

—¿Por qué?

—Algo pasó que hizo que nunca confiase en ellos —tartamudea como puede. Su rostro se deforma con puro enojo cuando lo dice. Sus ojos están idos, como si estuviese recordando todo. Es allí cuando me acuerdo que Carter mencionó lo mismo. Me dijo que Damon estuvo aquí todos los días en los que yo estuve secuestrada. Mencionó que él creía que Damon no confiaba en la policía, pero creí que era solo una suposición de Carter. Al parecer me confundí.

—¿Qué es lo que pasó? —pregunto preocupada. ¿Quién no confiaría en la policía? Por lo que sé, ellos nos ayudan en todo, ahora creo más en eso gracias a que me salvaron de esa cárcel en la que me tuvo Matt, pero sigo sin entender a Damon. Los minutos pasan y él no dice nada. Yo no lo fuerzo a hablar, para él es difícil, creo que tanto como para mí escuchar lo que va a decir, si es que dice algo. Quiero saber todo de él, pero tengo que ir despacio

porque si no será peor, eso lo sé, pasa igual conmigo. No pasan más de diez minutos cuando él se decide a hablar.

—Mi pa... El hombre que se dice llamar mi padre, trabajaba en la policía —comienza—. Los viernes hacía una minireunión con dos o tres de sus mejores amigos quienes trabajaban junto con él, para emborracharse, ver algún partido de sus equipos favoritos y divertirse. Siempre terminaban inconscientes a la mañana siguiente. Esos eran unos momentos horribles, asquerosos y ruidosos. Odiaba los viernes, pero mucho más ese viernes. Yo tenía once años y Emma nueve. Mi madre siempre nos decía que nos encerráramos en nuestras habitaciones cuando la reunión de mi padre comenzaba, pero... ella no lo hacía, no le ponía pestillo a su puerta. Y ese día, era en el que sí debió ponerlo —traga saliva con mucho esfuerzo y respira hondo para tranquilizar sus emociones, pero estas ya salieron a la luz, dejando que pequeñas gotas de lágrimas saliesen de sus preciosos ojos. Esto, verlo así, me mata, pero me mantengo fuerte para él, aunque sepa que luego lloraré junto a él—. Cuando pensé que la fiesta había terminado y que todos ya estaban inconscientes tirados en el sillón, escucho un ruido y luego otro y otro más. Eran... malditamente gritos agudos y llenos de agonía y dolor. Los escuché durante cinco minutos o más antes de darme cuenta de que algo malo sucedía. El sonido venía de tan cerca que ni bien saqué el seguro y abrí la puerta de mi cuarto, se escuchó todavía más y más fuerte. Mi habitación estaba mucho más cerca de la de mis padres que la de Emma, por lo que ella de seguro no escuchó nada, pero yo sí. Fui a ver qué era lo que pasaba y me encontré a mi madre siendo violada por uno de los amigos de mi padre. Ella... —no llega a terminar lo que iba a decir porque un gruñido atragantado sale de su garganta como si no pudiese aguantar decir y hablar de eso. Me acerco más a él, me doy vuelta y lo abrazo como si fuese un koala. Me enredo en su cuerpo, intentando que todo el dolor que siente disminuya, pero lo siento distante y frío. Aún sigue ensimismado en los recuerdos.

«Ella lloraba, gritaba, lo empujaba y pedía ayuda hasta que él llegó a “la gloria” con un rugido que me hizo casi vomitar. Me quedé paralizado viendo e intentando comprenderlo. No sabía qué hacer, me quedé pasmado allí, viendo cómo mi madre pedía ayuda. Y luego, cuando él acabó, mientras le

seguía tapando la boca con su asquerosa mano, le dijo a mi madre, fuerte, claro y amenazador “No le digas a nadie, porque no te creerán. Y si lo intentas, consecuencias habrán, muñequita”. Me escondí en la sombra de una esquina del pasillo, por lo que él cuando salió, no me vio. Pero yo sí a él. Se estaba acomodando todo lo que se desacomodó al hacerle eso a mi madre. Notaba que no se tambaleaba, no estaba borracho al parecer. Todo lo hizo conscientemente. Lo odié. Pero mi madre me necesitaba, por lo que fui corriendo hacia ella. Estaba acostada en posición fetal, desnuda y llorando. Intenté acercarme y abrazarla, hacerle saber que estaba allí para ella, pero lo único que hizo fue alejarme y mandarme de nuevo a mi habitación».

—Damon, no es necesario seguir... —susurro, colocando mi mano delicadamente en su mejilla y haciendo un gran esfuerzo por no llorar a la par de él. Es triste y feo lo que pasó. Sé que le duele mucho contar eso, por lo que prefiero que me lo siga contando cuando tenga las fuerzas suficientes para decírmelo.

Él sacude la cabeza en negación y me mira, desolado.

—Ya empecé, Nat. Tienes que saber al menos una parte de la historia de mi pasado... —murmura. Asiento en apoyo, y lo dejo seguir, mientras le acaricio la cara y le seco las lágrimas en sus mejillas—. Los días siguientes se quedó en el mismo lugar, en la misma posición. La depresión la cubrió por completo sin darse cuenta. Todos pensaban que estaba enferma, Emma, mi padre, y todos los de su trabajo. Excepto yo, que vi todo lo que le pasó. No se esforzó en llamar a la policía, porque sabía al igual que yo, que no serviría de nada, ya que el padre del hombre que la violó era el más importante en la policía, por lo que mucho menos iba a funcionar. No dijo nada, y dos semanas después, quedó jodidamente embarazada.

—Elle... —murmuro dándome cuenta a dónde quería llegar. Asiente dándome la razón y es allí cuando no puedo más. No puedo aguantar por los dos. No soy tan fuerte como para escuchar esto y no llorar. Me derrumbo en sus brazos y nos abrazamos mutuamente, intentando que el dolor se esfume con ese acto, pero por desgracia no lo hace. Escuchar a Damon llorar es... muy feo. Me destruye. Es... horrible. No me gusta verlo así de vulnerable

cuando siempre es confiado, con un gran ego. Pero ese Damon ya no está en este momento. Se esfumó para darle paso al Damon atormentado, lleno de recuerdos asquerosos y deprimentes.

—Mi padre estaba alegre por tener otra hija con su amada esposa, porque él pensaba que era fruto salido de él, pero no. Mi madre nunca le dijo que Elle era fruto de una violación de uno de sus mejores amigos. Todos los viernes a partir de ahí, me metía en la habitación de mi madre y cerraba las ventanas y la puerta con el pestillo hasta la mañana siguiente, no sin antes verificar que la de Emma también lo estuviese. Crecí rápido, muy rápido para mi edad. Comencé a ver las cosas con ojos distintos, de otra manera. Cuando Elle nació, yo tenía doce y Emma diez, y la depresión de mi madre creció y creció durante cuatro años hasta que los recuerdos, la culpa y todo lo que sentía, la condujo a hacer lo que hizo —no habla más, se queda mirando sin emoción una parte de mi cuarto sumido en la penumbra de la noche.

—¿Qué hizo? —pregunto temblorosa en un murmullo bajo, preocupado y ronco por las lágrimas. Él pasa sus ojos casi sin vida, sumidos en el recuerdo, hacia los míos. Su respuesta me congela y me hiela la sangre.

—Se suicidó.

Sin poder creerlo, cubro mi boca con mi mano mientras los espasmos del llanto me atacan. El sufrimiento que él siente, también lo siento yo al saberlo. ¡Su madre se sacó la vida a sí misma! Lo abrazo, tan fuerte como mis débiles brazos pueden. Lo beso, tan profundo como puedo para quitarle todo el dolor. Lo veo y lo siento cambiar de emociones tan rápidamente en ese beso que, en un momento, el enojo supera todo lo demás y me deja sentada a un lado de la cama, alejándose, alejándome. El terror me invade. Quiero estar con él, abrazarlo, hacerle saber que estoy aquí para ser su sustento, por más que el trabajo de ser fuerte haya fracasado hace bastante.

Se levanta y, con un rápido movimiento, agarra lo primero que encuentra y lo arroja contra la pared al otro lado de la habitación. Me sobresalto ante el sonido de la lámpara hacerse trizas contra la pared, pero en lo único que presto toda mi atención es en Damon. La furia brota de él por todos sus poros. No puedo creerlo. Maldita sea, ¿cuántas cosas más van a pasar? Sé que

esto no es lo único. Es como él dijo hace un rato «Una parte de mi pasado». Eso es todo lo que me dijo. Solo una parte. O sea... ¡Hay más! ¿Cómo es que hay más? ¿No es suficiente por todo lo que pasó?

Me levanto antes de que pudiese agarrar otra cosa y volver a lanzarla. Con el corazón en la garganta, corro hacia él y me tiro a sus brazos, sin importarme ni mi brazo enyesado ni mis costillas casi curadas, saltando y enredando mis piernas en su cintura y mis manos en su nuca para no caerme si él no me agarra. No sé si los de abajo están escuchando todo, lo dudo mucho porque el sonido de la televisión se escucha hasta aquí arriba, pero espero que no lo hagan, ya que no quiero que lo vean así a Damon. Está destrozado y, estoy muy segura, de que él no quiere que lo miren en este estado.

Tomo su mandíbula con mi mano y estampo mi boca contra la suya con fuerza, intentando que vuelva a la realidad y se dé cuenta de lo que está haciendo. Sé que lo hace involuntariamente todo. El enojo siempre gana las batallas cuando se trata de Damon. No lo culpo, con todo lo que pasó creo que es lo único que puede hacer para liberarse de todo, desquitándose y enojándose. Es por eso por lo que intento traerlo a tierra, que se concentre en mí y no en el enojo. No quiero que piense más en su pasado, en lo vivido, sino que esté en el aquí y en el ahora, olvidando todo y concentrándose en nuestro beso. Muevo mis labios con ferocidad contra los suyos y de a poco, mis intentos hacen efecto en él. Me toma de las caderas y me junta más contra su cuerpo, devorándome la boca con su lengua a la misma vez.

Siento cómo todo a mi alrededor da vueltas hasta desaparecer, dejándonos solos sin nada, sin preocupaciones ni pasados. Llevándose todo a excepción de nuestros cuerpos sumidos en un fuego ardiente que nos envuelve. Electricidad recorre mi sangre, mis venas y mi piel a la misma vez cuando profundizamos, no sé cómo es posible más, nuestro beso. Dientes, lenguas... todo junto en una batalla exquisita entre nosotros. Sintiendo, olvidando, viviendo. Este beso, esta unión que siento, hace que mi pulso se dispare a velocidades inalcanzables nunca antes vista, hace que me olvide y viva el momento como tanto quiero.

Siento que Damon se mueve, pero yo sigo besándolo con una fuerza que nunca vi en mí. No me percaté de que me lleva a la cama, pero sí lo hago cuando mi espalda toca el suave colchón. Damon cae junto conmigo, por lo que queda justo encima de mí. Coloca sus manos a cada lado de mi cuerpo prendido en llamas y agitado para no dejar todo su peso sobre mí, ni mis costillas. Pero ahora ni ellas me importan. Me importa lo que Damon me hace sentir en este momento. Caliente, viva y prendida a puro fuego. No desprendo mi fuerte agarre y lo atraigo hacia mí con necesidad de tenerlo cerca, de sentirlo pegado a mí. El sabor a lágrimas sigue impregnado en sus labios, salados y mojados, pero eso no es algo malo, sino que es delicioso cuando de Damon se trata. Quiero sentirlo todo, completamente, piel con piel. Quiero sentir todo de él, su tacto contra todo mi cuerpo. Agarro con desesperación la parte trasera de su remera y tiro hacia arriba para sacarla. Ni bien sale de su cuerpo aquella prenda, la tiro hacia cualquier lugar de la habitación, sinceramente no me importa con tal de sentirlo. Todo esto sin despegar mi boca de la suya. Repaso con mis manos cada parte de sus costados y espalda hasta que él se decide a sacarme la remera de pijama. No me asusto, es como si el miedo ya no me atacara, y se sustituyera por la excitación que él me hace sentir. No pienso en mi pasado, solo siento cómo Damon delinea cada curva de mi cuerpo. Sé que no me ve, gracias a que ni siquiera nos tomamos la molestia de prender la luz cuando llegamos a la habitación, pero siento como si pudiese ver más allá de mí. Las imperfecciones y mucho, mucho más.

Sus manos hacen un recorrido imaginario, vienen y van por todas partes de mi cuerpo. Lo dejo hacer lo que quiera mientras nuestras respiraciones van saliendo a borbotones de nuestros pulmones y llegamos a la necesidad de parar para poder tomar el aire faltante a nuestros cuerpos. Nuestros alientos se mezclan entre sí y se unen. Apoya su frente contra la mía y abre sus ojos, tan oscuros como la noche, llenos de fuego y pasión no disimulada.

Veó como que quiere decir algo, pero se lo impido rápidamente para que no lo haga, no quiero que arruine el momento. Por lo que lo vuelvo a besar cuando siento que ya tengo los pulmones suficientemente llenos como para volver a hacerlo. Pero ni bien rozo mis labios con los suyos, su mano me toma dulcemente de la mandíbula y me hace despegar de él. Duda es lo que

veo entre todo ese mar de oscuridad en su mirada cuando levanto los ojos para verlo.

—¿Nat...?

—Sigue —lo interrumpo con desesperación.

—Nat, no sé si esto es lo correcto.

—Sí lo es. Lo quiero, quiero esto —susurro, dejándole ver en mi mirada que lo digo en serio y con seriedad.

—¿Estás segura? —la preocupación y la duda, malditas sean ellas. Cómo las odio en este momento.

—Estoy lista, Damon.

—Todos están abajo.

—No me importa.

—¿Y si nos escuchan?

—Damon —demando, tomándole ahora la cara a él y acercándolo a mí—. Estoy más que segura. Quiero esto y no me importa si nos escuchan o no. Sé que lo quieres también —siento cómo traga saliva y es en ese instante en el que veo que todas sus pocas paredes de razonamiento caen ante mis palabras, dejando que la lujuria y la necesidad tomen su lugar.

Me besa sin decir nada más, pero esta vez es algo lento, apasionado y exquisito como un vals, solo que sin música. Y me pierdo en todo, en las sensaciones de su mano ir y venir mientras nuestras ropas van desapareciendo hasta que todas estas se encuentran regadas por doquier en el piso. Su mano con cada toque aumenta más todos mis sentidos, haciendo que todo lo que siento aumente el doble o el triple. Es espectacular. Nunca antes sentí esta conexión con otra persona. Mientras sus manos acarician mis pechos, su boca besa mi cuello hasta el punto de no poder evitar soltar un gemido de satisfacción. Damon se da cuenta del ruido bastante fuerte que hice y lleva uno de sus dedos hacia mi boca para hacerme callar, aunque antes de eso suelta un gruñido ronco y sexi para mis oídos. Asiento y le digo que siga con su magia en mí. Damon me controla, pero a la misma vez me incita a ir más y más alto con cada toque.

Cuando mi respiración ya es dificultosa y mis jadeos se hacen muy ruidosos, separo la cabeza de Damon de mi cuello y lo miro a los ojos.

—Hazlo —es lo único que digo. Él me entiende y sonrío antes de besarme y alejarse de mi cuerpo para ir a buscar la protección a sus pantalones. El frío me ataca, pero es casi un soplo pequeño comparado con el calor arrasador que tengo gracias a Damon. Respiro hondo cuando él se coloca de nuevo sobre mí y me vuelve a besar tiernamente mientras lo siento colocarse la protección—. Soy virgen, Damon —susurro con los ojos cerrados alejando unos pocos centímetros mis labios de los suyos. Pero él no contesta y no lo siento moverse más. Eso me hace preocupar, por lo que abro de par en par los ojos para mirarlo. Él solo sonrío feliz.

—Y eso me hace el hombre más feliz del mundo, Natalie —contesta, haciendo que el miedo de que él se eche para atrás y dijera que no quiere hacerlo se vaya—. Iré despacio, ¿sí? —asiento decidida y cierro los ojos cuando comienza a besarme de nuevo.

Lleva sus manos con delicadeza hacia mis muslos y los atrae a su cuerpo para que los enrede en sus caderas. Lo hago sin problema mientras intensifica el beso y me hace querer que siga y siga con todo esto. Quiero seguir sintiendo la adrenalina y el calor que me causa. Quiero todo, lo quiero a él. Quiero lo que vamos a hacer con ansias.

Acercas sus caderas hacia las mías, pero se detiene y aleja su cara de la mía para mirarme a los ojos. Está nervioso, sí, pero está tan ansioso como yo. Repasa con la mirada todo mi rostro, creo que intentando ver si tengo dudas o mierdas, pero no encuentra ninguna porque no las tengo. Le sonrío con todo el amor que le tengo, y puedo ver en sus ojos cómo también él lo tiene y lo siente tan fuerte y latente como yo. Ninguno dice nada mientras comienza a adentrarse en mí de a poco.

Contengo la respiración al sentir el dolor que todas dicen tener en su primera experiencia, pero dentro de mí sé que luego esto pasará y vendrán las otras sensaciones, las placenteras. Siento cómo mi sangre corre contra mis venas y cierro los ojos con fuerza al sentirlo muy dentro de mí, rompiendo esa delgada tela y llenándome por completo. Las lágrimas brotan de mis ojos,

pero me niego a hacer algún ruido o quejido de dolor. Sé que, si lo hago, Damon parará porque no le gusta verme sufrir. Por lo que me muerdo con fuerza el labio y aguanto todo el dolor. Él se queda quieto, sin moverse mientras gruñe bajo y ronco, y deja salir suspiros exhalando palabras sin sentido y otras diciéndome lo hermosa que soy.

Me calmo a medida que los segundos pasan y lo insto a seguir adelante. Él lo hace tomando otra respiración larga. Su aliento desciende por mi cuello, besa mi piel y eriza todos mis sentidos con rapidez. El vaivén dulce y exquisito que se crea unos segundos después es lo mejor que sentí en mi vida. Me siento desfallecer cada vez que me acaricia, recorriendo mis formas con delicadeza.

Abro mis ojos y contemplo todo de él. Sus facciones fruncidas por el placer, sus labios entreabiertos en busca de aire... Es hermoso verlo así. Me pregunto si alguien podría sentir tanto amor como lo siento por Damon. Son enormes mis sentimientos y no lo niego. Lo quiero hasta más no poder.

Cada extremidad de su cuerpo se mueve con rapidez para tomarme con fuerza, un calor abrasador calentando mi sistema cada vez más con más fuerza y pasión. Se adentra más en mí, profundo y espectacular, y por un segundo me creo morir allí mismo. Siento como si volara en él en un cielo despejado y lleno de claridad.

Me aferro a sus brazos, hundo mis uñas en su piel al sentir que todo me da vueltas. Intento no hacer mucho ruido, pero en muchas ocasiones se me olvida por el momento que estoy viviendo. Abro mi boca para buscar aire, pero lo único que consigo es dejar salir un gemido agudo. Él gruñe, una y otra vez con cada embestida hasta que siento que algo extraño comienza a bullir desde dentro de mí, algo desconocido. Es como si comenzara a rozar el cielo. Cada vez estoy un centímetro más cerca, esperando a sentir las nubes y el cielo con las manos y probar cómo se siente. La liberación me llega en un torrente de emociones, una explosión abrasadora, arrasadora y magnífica. Mi cuerpo se arquea en ese instante sin poder evitarlo y grito justo cuando la boca de Damon aplasta la mía a la vez en la que él encuentra su propia

liberación, callando mis gritos, gemidos... todas las muestras de lo que disfruto esto.

Bajo de esa nube luego de varios segundos. Mi cuerpo zumba, mi corazón palpita contra mi pecho y la respiración sale de mi boca con rapidez y agitación. Damon se dejó caer sobre mí, evitando dejar todo su peso en mis costillas para no lastimarme.

Lo abrazo sin poder evitarlo y, sin más, comienzo a llorar por lo lindo que me hizo sentir. Hermosa, protegida, querida.

Escondo mi rostro en la curva de su cuello y dejo que las lágrimas salgan con felicidad. Dejo besos al azar en su piel, y esta se eriza por ese acto. Está tan sudado como lo estoy yo, pero me siento bien. En este momento el sudor no me molesta, me hace dar cuenta cuánto disfruté de esto y cuánto lo hizo él. ¡Por Dios, me siento viva!

Siento cómo el cuerpo de Damon se tensa cuando se da cuenta de mi llanto e intenta alejarme para poder verme. Pero me niego a alejarme de él.

—¿Nat, qué pasa? ¿Te hice daño o te lastimé? ¿No te gustó? —su voz sonando un susurro demasiado desesperado y aterrado para ser verdad. Sorbo mi nariz y sigo besando su cuello.

—M-e encantó, Damon... —murmuro.

—¿Entonces por qué lloras? —su mano se posa en mi cabeza con la intención de tranquilizarme, y comienza a tocar mi pelo como si fuese lo único que pudiese hacer para no quedarse quieto.

—No lo sé —río y lloro a la misma vez en que lo digo. Sé que debe ser extraño ver llorar a una chica luego de tener sexo, pero no sé por qué lo hago.

—¿Entonces te gustó?

—Te dije que sí —siento cómo su pecho se hincha con orgullo y alegría, algo que al parecer siempre hace cuando algo le sale bien. Dejo salir un bostezo sonoro y él se ríe.

—¿Estás cansada?

—Mucho.

—Sí, necesitas dormir. Apuesto a que no dormiste mucho estos días, ¿no? —asiento dándole la razón—. Yo tampoco lo hice muy bien que digamos. Estuve aquí para mantenerte presente mucho más de lo que lo hago en mi habitación.

—Me alegro de que estuvieses aquí, Damon.

—Yo también.

—Me encantó que pusieras esa foto en un marco, no sabía que existía —comento.

—Te hice tantas fotos dormida, Nat. Es solo que esa es la mejor de todas —su sinceridad es muy evidente.

—Gracias.

—No hay de qué, admito que fue más por mí que por ti —me río.

—¿Gracias?

—Bien, ahora a dormir —no protesto.

Me hace desenredar de su cuerpo para así colocarse junto a mí en la cama, saliendo de dentro de mí y sacándose el condón para luego atarlo con mano experta y tirarlo al suelo junto a la cama. Me acurruca junto a su cuerpo, permitiéndome apoyar la cabeza en su torso y mis brazos a su alrededor, abrazándolo para no alejarme y tenerlo mucho más cerca como sea posible. Él me rodea la espalda con su fuerte y musculoso brazo y pone una mano en mi cintura desnuda, antes de comenzar a acariciármela con delicadeza.

No me importa que encuentre las marcas que tengo, sé que en algún momento se lo diré, pero me encuentro destrozada, en una manera muy satisfactoria. Todo mi cuerpo pide descanso. Damon hace que levante un poco el cuerpo para poder sacar el cubrecama y así poder cubrirnos con las frazadas. El frío comienza a colarse en la habitación, apagando esa onda de electricidad creada hace unos momentos.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —pregunta él, con una voz medio adormilada, cansada y satisfecha. Una voz que amo escuchar en estos momentos. Sus palabras hacen que mi corazón se llene, se hinche de felicidad, y una sonrisa comienza a salir de mis labios.

—Sí, yo también te quiero —*más que a nada en el mundo.*

Damon me da un último beso antes de que yo pueda sumergirme en los brazos de Morfeo, con solo el pensamiento satisfactorio de lo que hicimos recién, y olvidando todo lo malo que me pasó en la vida, sustituyéndola por lo gratificante y bueno que me sucedió.

CAPÍTULO



—Hey, dormilona, despierta —susurra en mi oído con suavidad mientras acaricia mi mejilla con lentitud, una voz ronca, baja, tranquila y sexi.

Me remuevo en contra de ese tacto, no queriendo aún despertarme por completo para seguir soñando, pero cuando apenas me muevo un poco, un dolor extraño se instala instantáneamente en mi parte baja. Un dolor desconocido que hace que rápidamente mis ojos sean abiertos con terror al no acordarme cómo es que llegué a tener dolor allí, acurrucando mis piernas entre sí para calmar esa palpitación que unos músculos desconocidos, en donde nunca antes había experimentado dolor, dejasen de doler. Hago una mueca, quejándome interiormente de esto tan extraño que siento. Primero pienso que es un sueño, pero luego el dolor se intensifica más y me doy cuenta de que no lo es.

Lo primero que veo es a Damon. Acostado junto a mí, de lado con un brazo flexionado debajo de su cabeza mientras su mano la sostiene. Me está mirando, divertido y con ternura. Siento cómo las mariposas vuelan a lo loco en mi estómago mientras todas las imágenes de anoche aparecen en mi mente. Me relajo instantáneamente y le sonrío levemente, tímida y avergonzada. No sé por qué me siento de esa manera, pero así me siento. Anoche todo pasó a luz apagada, por lo que no me pudo ver casi nada, pero ahora el sol brilla fuera mientras copos de nieve van cayendo. No sé qué hora es, pero calculo que no será muy tarde, ya que, si no, mis hermanos ya estarían en el instituto, aunque dudo que vayan a ir. Estoy segura de que

pondrán la excusa de que me secuestraron y que tienen que estar conmigo para faltar a clases y tener un justificativo. Es muy probable.

Damon me sonrío, alegre y feliz mientras me doy cuenta de que me está acariciando el costado derecho de mi cadera. Es allí cuando reparo en que nada me está cubriendo y que a pesar de que el tiempo está muy frío afuera, Damon no tiene ni la mínima intención de cubrirme con nada. Por lo que yo lo hago, y busco con mis pies la sábana que está en la parte baja de la cama. Rápidamente la aproximo con mis pies hasta poder agarrar la sábana con mis manos, pero al parecer no es la idea de Damon. Él nos tapa a los dos, dejando la sábana apoyada en nuestros estómagos, sin que cubriera nada del pecho para arriba.

Es extraño sentir el aire fresco contra mis pechos, tenerlos al aire libre, así como así mientras un tipo que está muy bueno los mira. Debo ya estar roja como un tomate por la vergüenza. No sé desde qué momento comencé a ser la chica tímida que soy ahora, pero al parecer esta está constantemente escondiendo su cuerpo por la vergüenza.

—Hola —murmura. Mueve su cuerpo más cerca del mío hasta juntar nuestra piel. Me mira a los ojos, el brillo de intensidad cubriendo ese mar azulado por completo. Repasa mi cara con la mirada, intentando encontrar algo o tan solo viéndola. El atisbo de admiración aparece luego de unos minutos, y no sé si es porque estoy desnuda, o porque de verdad me admira por lo que sea que hice.

—Hola —le sonrío levemente y con lentitud. Él aún sigue su recorrido con sus dedos en la piel de mi cadera, exactamente sobre las marcas de balas que tengo. Sé que tiene preguntas, pero lo extraño es que no sale ninguna de su boca. Se mantiene callado durante unos minutos, en los que yo espero alguna que otra pregunta sobre mi pasado, pero no dice nada. En su mirada no hay nada más que amor y felicidad. Las dudas deben estar en algún lado, pero no se asoman por ahora, por lo que disfruto este tiempo que él me da para organizar las palabras que usaré para explicarle mi pasado hasta que él me lo pregunte.

Me muevo un poco más para quedar apoyada contra su pecho y respiro su aroma varonil con fuerza. Pero hago una mueca al sentir cómo todos mis músculos chillan ante el movimiento. Damon me ve y él también deja salir una mueca.

—¿Te duele? —pregunta, a lo que yo asiento con lentitud.

—Pero es bueno ese dolor —respondo, algo que le saca una sonrisa hermosa.

—Odio que sientas dolor, pero soy tan hijo de puta que me siento feliz de haberte hecho ese «Buen» dolor —me río.

—Yo también pienso eso —paso mis brazos por su cintura y las enrosco en su espalda para abrazarlo más mientras él comienza a acariciarme con lentitud desde la cadera hasta mi rostro y viceversa con su pulgar y dedo índice. Deseo poder no tener el yeso cubriendo mi brazo, así poder abrazarlo mejor y más cómodamente.

—Gracias —dice de repente en un susurro mirándome como si fuera la única para él. Mirándome intensamente, haciendo que esa emoción y sentimiento de que soy la única que verá así aparezca con solo repasar sus ojos. Haciéndome sentir linda, espectacular y sexi. Tantas cosas aparecen en su mirada, que no tengo más que sonreír ante la visión que tengo de eso.

—¿Por qué?

—Por elegirme a mí —la sinceridad con la que dice aquello me sorprende en parte, pero por otro lado me llena de alegría.

—Damon, lo hice porque quería hacerlo, y porque lo quería hacer contigo. No creo que otro llegue a tener mi afecto como lo tienes tú.

—Entonces doble gracias —me guiña un ojo y yo me río. Repasa con su mirada mi cuerpo medio cubierto por la sábana y siento cómo se remueve junto a mí. Frunzo el ceño y apoyo mi mentón en su duro pecho para detener sus movimientos, pero no funciona. Junto con sus movimientos, todo mi cuerpo chilla al sentir que, al estar pegada a él, también se mueve. Mis huesos se quejan y piden piedad, queriendo estar tranquilamente y sin dolores.

—¿Por qué te mueves tanto? Quédate quieto —le digo cuando de nuevo se vuelve a remover incómodo. Veo cómo las mejillas se le tiñen levemente de

un color rosado, y es en ese instante en el que no puedo creer lo que estoy viendo. Damon se sonrojó. Y no sé por qué lo hace. Muy pocas veces lo vi sonrojarse, por lo que la razón por lo que lo hizo ahora debe ser importante y grande.

—Es que, teniéndote así, desnuda y pegada contra mí, mis hormonas se vuelven locas, y teniendo en cuenta que te duele allí, yo no puedo hacer nada —es en ese momento en el que no puedo aguantarme la risa. Sale desde dentro de mí en una carcajada tras otra mientras lo veo ruborizarse más.

—Bueno, lo siento mucho, pero eres tú el que no quiere que me tape con la sábana.

—Puedo aguantar un poco con tal de verte desnuda —dice, pasando la lengua por sus labios y mirando mis pechos—. Luego me tomaré un baño de agua fría, Nat.

Y es en ese momento, que su mirada cambia rápidamente a deseo puro. Sus pupilas van agrandándose a medida que me repasa completita, absorbiendo cada curva y guardándoselas en la mente. Sonrío y me inclino a sus labios, mordiéndole con fuerza el labio y luego lamiéndolo como a mí se me antoja. Él lleva su mano con lentitud a uno de mis pechos y acaricia uno con delicadeza, admirándolo con sus ojos.

—Son perfectos —susurra antes de besarlos con rapidez para luego alejarse tomando una respiración muy honda—. Creo que, si sigo así, mandaré a la mierda tus dolores y lo haremos de nuevo —gruñe más para sí mismo que para mí, y se levanta, dejando que la sábana se deslice fuera de su cuerpo y dejándolo como Dios lo trajo al mundo. Su trasero desde el lugar donde lo veo es perfectamente redondo, duro y muy apetitoso. Dan ganas de darle un par de palmaditas y escuchar el ruido que hacen.

—Cuando no me duela más, te lo diré y podremos hacerlo de nuevo — agarro la sábana y me cubro por completo. Hace mucho frío en la habitación, mucho más sin Damon a mi lado.

—Bien, estoy ansioso... —murmura. Me río mientras lo veo adentrarse en el baño, no antes de sonreírme con alegría.

Mientras Damon se baña, me quedo viendo, realmente sin prestar nada de atención, la nieve que cae fuera. Noviembre está arrasando por aquí. El frío no parece cesar nunca, todo lo contrario. Se intensifica con cada día que pasa.

Mi mente revive otra vez todo lo que hicimos anoche. Nunca me imaginé que luego de escuchar el pasado de Damon, haríamos el amor. Nuestra primera vez juntos. Pero eso es algo que me alegra muchísimo, ya que no fuimos como todas las parejas que tienen su primera vez. Muchas lo tienen previsto, otras no, algunas directamente lo planean para un día cercano..., pero nosotros no. Fue totalmente inesperado al igual que saber una parte del pasado de Damon. No fue como la mayoría de los libros, en donde ya lo tienen previsto, o planeado... o simplemente alguien lleva a la protagonista especial a un hotel y allí lo hacen. Me siento especial al no hacerlo como muchos tienen su primera vez. Fue un... extraño pero espectacular momento.

Recuerdo el tacto de Damon contra mi piel, sus besos recorrerme completamente. Las sensaciones placenteras que me hizo experimentar por primera vez, como todo lo demás. Nunca había sentido nada igual. Sin duda me gustó, por Dios, fue espectacular. Si no tuviera estos dolores, lo haría de nuevo sin pensarlo dos veces.

Me río al pensar que mientras nosotros hacíamos eso, toda nuestra familia y amigos estaban viendo películas abajo. Espero que no hayan escuchado nada. Por lo que recuerdo, la película que estaban viendo estaba bastante fuerte, por lo que dudo que hayan escuchado algo. Y si lo hicieron, no me importa para nada. Mis hermanos pueden que se enojen y quieran matar a Damon, pero dudo que logren vencer a mi Furia. ¡Por Dios! ¡Es boxeador! Nadie hasta ahora pudo vencerlo, mucho menos lo van a hacer mis hermanos. Mis hermanos no pueden decirme nada sobre lo que hice, ya que ellos son el peor ejemplo con respecto al sexo. ¡Por Dios! Ellos lo tienen a cada dos por tres. No sé cómo ni cada cuánto Sam lo hace con Emma —y no lo quiero saber—, ni tampoco con quién lo tienen Tyler.

Más carcajadas salen de mí al escuchar algunos leves gruñidos de parte de Damon en el baño.

Me levanto de la cama, agarrando del suelo la remera de Damon y cubriéndome con ella mientras me encamino a la puerta en la que mi novio está detrás haciendo algunos ruidos prometedores y sexis. Doy un toque a la puerta, aún escuchando el agua de la ducha correr.

—Damon, apúrate que yo también me quiero bañar —le digo en broma. Escucho un gruñido de parte de él como respuesta y tengo que mantener mi mente fuera de las imágenes que se me aparecen con respecto a lo que él está haciendo.

—No es tan fácil esto, Nat. Ten paciencia —gimotea con voz ronca y casi inaudible. Me río y me alejo de allí para no entrar por impulso y dejar de lado el dolor que siento para tener otra ronda de amor con Damon. Por más que esa idea sea muy tentadora, la alejo de mi mente y me dispongo a esperar que él termine.

Lo hace luego de muchos minutos después. Sale envuelto con una toalla en su cadera. Se ve hermoso de todas maneras, sea desnudo o no. Su rostro parece descansado, como si se hubiese liberado de un gran peso. Sonrío al notar cómo su sonrisa satisfecha aparece en sus labios. Su pecho tiene aún unas pocas gotas de agua corriendo por él, haciendo un recorrido por su abdomen cincelado hasta desaparecer dentro de la toalla de Damon.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Perfectamente —asiente con lentitud.

—Bien, espero que hayas disfrutado tu ducha —con picardía, pongo mi mirada más inocente que sé hacer. Sé lo que hizo allí dentro, y lo mejor de todo es que él no lo negó, sino que lo afirma con cada sonrisa que me da.

—Mm... Lo hice, gracias —responde dirigiéndose a mi armario y abriéndolo—. Por cierto, báñate rápido y cámbiate así vamos a desayunar fuera —me lo quedo mirando con el ceño fruncido, no sabiendo por qué ahora tiene ganas de ir a desayunar afuera, pero sin contradecirlo.

—Está bien —y luego de eso, me adentro al baño.

Cuando salgo de mi caliente ducha, muy confortable y relajante, me envuelvo en una toalla blanca que estaba doblada en la mesada de mármol, luego salgo del baño, aún con todo el vapor saliendo de mi cuerpo y todavía

sintiendo caliente mi piel, no antes de sacarme la bolsa que cubre mi brazo enyesado.

Damon no está en la habitación, por lo que deduzco que está abajo. No sé a dónde quiere llevarme, eso es obvio, ya que no me dijo nada más, pero tengo mucha intriga sobre el lugar.

Me cambio con unos pantalones vaqueros azules, una remera de Damon ancha que encontré en mi armario, unas botas negras y una gran campera para cubrirme del frío noviembre.

Dejo que mi pelo caiga sobre mis hombros luego de secarlo con la secadora, ya que, si no, moriría congelada ni bien dé un paso fuera del edificio. Las únicas veces que me lo seco después de bañarme son en invierno. No me gusta sentir mucho más frío del que ya siento gracias al pelo mojado, por lo que decido secármelo hasta que el invierno termina y luego dejo de hacerlo.

Una vez lista, me dirijo a la puerta y la abro, pero esta no se mueve. Vuelvo a intentarlo, pero sigue sin reaccionar a la fuerza con la que la intento abrir. Con el ceño fruncido, exasperada, enojada y frustrada por la maldita puerta atorada, me acerco a mi mesita de luz, en donde en el último cajón está la llave de mi habitación. Pero no, como ya me lo esperaba, allí no hay ninguna llave. ¿Qué mierda pasa?

Y para mi muy mala suerte, la llave de repuesto está en un estante debajo de algunos libros en el salón. Busco mi celular con la mirada, pero tampoco está por ningún lugar. La habitación se encuentra medianamente desordenada; la ropa tirada por los lados de la cama —algo que me hace sonreír, ya que esa es la ropa que tiré con Damon el día anterior—, y los pedazos de la lámpara que ayer tiró Damon por el enojo contra la pared al acordarse de su pasado, y por tener que revivirlo al contármelo.

Eso hace que instantáneamente mi sonrisa desapareciera de mis labios. Recordar cómo su voz sonó al relatarme lo sucedido hace algunos años hace que mi corazón se rompa en mil pedazos. Quiero que él no recuerde eso. No quiero que él haya vivido recordando la imagen de su madre siendo violada por un maldito hijo de puta al que le hacen llamar policía. Ahora entiendo por

qué él nunca quiso involucrar a la policía en nada. Ni siquiera cuando Matt me atropelló. ¡Damon también les prohibió a mis hermanos no llamarlos para que me salvaran de ese agujero!

¿Damon pensaba que si algún policía se me acercaba... me violaría tal y como lo hicieron con su madre? Por Dios, debe tener algún trauma con eso. Pero no quiero que piense eso. Quiero que se recupere, que olvide los malos momentos en su niñez y que viva el aquí y el ahora. Quiero alejar los miedos, ya que al parecer tiene muchos. No quiero que estén allí, en ningún lugar de Damon, quiero borrar todo de su mente.

Y lo logré en parte. Logré que pasara de eso y que volviera a la realidad, que se olvidara de aquello en ese instante en el que pegué otra vez mis labios contra los suyos, y así llevarnos a hacer todo lo que hicimos sobre mi cama ayer.

Me limito a rezar para que él todavía no se acuerde de su pasado, ese pasado tan horrendo que tuvo y que tanto lo atormenta, que lo llevó a convertirse en lo que es. Pero, aun así, él es todo lo que yo puedo desear y todo lo que quiero. Él es bueno, aunque siempre intentase ocultárselo a los demás. Es solo una máscara que cubre su interior para que nadie pudiese destruirlo más de lo que ya está.

Me encamino a la puerta a la vez que escucho unos pasos acercarse. Sé que es Damon. Sus pisadas son mucho más pesadas que las de mis hermanos gracias a su corpulento y gran cuerpo.

El sonido de una llave siendo introducido en la cerradura se escucha antes de poder ver que la puerta se abre por completo. Me hago de lado para poder ver bien a mi novio, quien sonrío como nunca antes lo había hecho. Está feliz, alegre, sin pizcas de tristeza en su mirada. Me recompongo para no echarle a perder su estado de ánimo, y sonrío hacia él, olvidándose del hecho de que me dejó encerrada en mi habitación durante unos minutos.

—Ven —me dice, tendiéndome su mano, invitándome a tomarla y a aventurarme en donde quiera que sea que él quiera. Se la tomo, con muchísimo gusto, y lo sigo fuera de la habitación. Bajamos las escaleras, él tirándome desde algunos escalones más abajo que yo, pero aun así sin

arrancarme el brazo para que lo siga de cerca. Su tacto es delicado, como si fuese de porcelana, frágil y fácil de romper.

Llegamos a la cocina, en donde no hay nadie merodeando. No hay ruidos de parte de mis hermanos o cualquiera de las personas que anoche estaban. Se encuentra limpia y sin rastros de migas, todo está en su lugar. Me sorprende que ni siquiera Ty estuviese haciendo el desayuno. Es por eso por lo que me pregunto qué hora es. No sé si al final mis hermanos fueron al instituto, pero si es así es un milagro que no usaran una excusa para no ir.

Miro hacia Damon. Él agarra unas llaves que están sobre la mesada de mármol y se las guarda en sus pantalones negros. Lleva puesta una campera negra de cuero, que parece sumamente abrigada, y unas botas militares que le quedan espectaculares. Pero algo es lo que termina de hacerme pensar que estoy en el cielo de bombones. Mierda, está sumamente sexi con ese gorro en la cabeza. ¿Quién diría que los hombres se ven espectaculares con esos gorros? Bueno, pues estoy hiperventilando con solo verlo con ese gorro.

Me quedo babeando mentalmente durante unos segundos, y me reprocho a mí misma de no poder vestirme por una vez en la vida, a la misma altura de Damon. Al lado de él y de su *look*, yo parezco vagabunda necesitada de ropa. Sinceramente, no nos pueden comparar.

Me agarra otra vez de la mano, y nos hace pasar por el salón hacia la puerta. Mientras tanto, veo cómo todos nuestros amigos están dormidos cómodamente despatarrados en los colchones dispersos en el piso. Burry se encuentra también durmiendo, solo que lo hace en medio de Lili y Sophie. Miro hacia su pote de comida y veo que está lleno al igual que el de su agua. Al parecer, Damon se encargó de ponerle comida.

La verdad es que no parece haber nadie en el departamento. Se encuentra tan silencioso como muy pocas veces estuvo. Si no los hubiera visto, directamente hubiera pensado que no había nadie aparte de Damon y yo.

Bajamos por el ascensor hacia la planta baja y salimos a la calle. Instantáneamente, los copos de nieve comienzan a caer en la cabeza y por todo el cuerpo mientras Damon nos hace correr hacia el estacionamiento en busca de su moto.

Me hace subir primero y luego él se posa detrás de mí, tal y como lo hizo la primera vez que me subí a su moto. Yo delante para que no me escapara y él atrás para sostenerme. Pero la diferencia es que ahora yo no me quiero escapar.

Me rodea con su brazo derecho mientras que con el otro enciende la moto y luego comienza a acelerar, recorriendo las calles cubiertas de nieve y pasando las casas, las cuales muy pocas tienen las luces encendidas. El cielo parece nublado, pero aun así el sol se ve, pero no hace nada por calentarme.

El viento gélido, combinado con la nieve fría hace que un escalofrío me recorra todo el cuerpo. Me cubro un poco más los lugares por los que entra el frío y me apoyo más en el pecho de Damon para que su calor me envuelva. Y lo hace. Y yo lo disfruto gustosa.

Los minutos pasan y yo me pongo más y más ansiosa por saber a dónde me llevará a desayunar. No sé de qué hablaremos y no me importa. Me conformo con solo comer con él una rica y calentita comida para el desayuno.

Abro los ojos ni bien siento que la moto para y que Damon se remueve detrás de mí. No me había dado cuenta de que en algún momento del viaje los había cerrado.

Él me ayuda a bajar, tomándome de la cintura con delicadeza innecesaria, ya que casi ni me duelen las costillas, y me levanta, dejándome luego de pie en el suelo blanquecino. Miro alrededor y me percató de que estamos en el lago al que una vez Damon me trajo cuando apenas nos conocíamos.

Pero ahora, sin embargo, todo está congelado y blanco. El agua en la que Damon me tiró una vez, ahora se encuentra dura como hielo. Perfecta para patinar sobre ella.

Los árboles están completamente tapados por capas y capas de nieve. Hay pocas hojas, una temporada en donde no hay casi nada de hojas.

Damon me lleva unos pasos más adelante, esquivando algunos troncos desnudos y... de repente me paro en seco al ver el impresionante lugar. La decoración, el modo en el que todo está ordenado es... impresionante. Trago el nudo que se me forma en la garganta con dificultad, intentado contener las lágrimas.

Siento cómo Damon me abraza por detrás, pasando sus brazos por mi cintura y atrayéndome a su pecho. Y mientras, sin poder evitarlo, las lágrimas comienzan a caerme por mis mejillas.

Lo recuerdo como si fuera ayer. El lugar exacto en el que estuvimos hace meses nosotros dos, cerca del lago. Solo que ahora, todo está perfectamente arreglado. Es simple, pero para mí es espectacular. Una manta rojiza se encuentra extendida en lo que antes era pasto, y que ahora está cubierto por nieve. Encima de esta, hay varias bolsas de seguro con comida. Hay flores de distintos tipos, hay canastas pequeñas bien ordenadas encima de la manta..., pero lo mejor de todo, y lo que sí me hizo llorar fue la foto gigante que hay colgada en medio de dos árboles detrás de la manta. Una foto de nosotros dos, pero esta vez no es nada parecida a la que Damon puso en mi mesita de noche, en la que solo estaba yo mientras solo su mano se veía acariciándome la mejilla y los labios. Esta se trata de los dos, sumidos en un beso apasionado. Que, de seguro, si fuese un video en vez de una foto, yo me estaría ruborizando por la pasión que desprendería ese beso. No es para nada inocente.

No puedo distinguir en dónde estábamos en ese momento, no sé cuándo pasó ni si fue hace poco o mucho tiempo. Pero es hermoso y perfecto desde mi modo de ver. Verlo de esta forma, en este lugar en el que el color rojo pasión predomina, lo hace ver muy romántico. Esto es romántico y Damon lo es cuando se lo propone, justo como ahora.

Damon me lleva hacia la manta, y yo lo sigo a paso lento, pensando que si doy algún paso en falso todo desaparecerá. Estoy sorprendida. Pensaba que me llevaría a alguna cafetería que a él le gustase mucho, pero nunca me hubiera imaginado esto. Él es una gran caja de sorpresas. No sé nunca qué esperar de él, porque siempre hará lo contrario y me sorprenderá de todas maneras.

—Siéntate —me dice con dulzura, soltándome y señalándome con un dedo hacia el lado que me pertenece. Algunos copos de nieve cayeron sobre las bolsas de plástico cerradas, pero gracias al gran tronco del árbol y sus inmensas y gruesas ramas, logramos escondernos de la nieve.

Hago lo que me dice, y con lentitud doblo mis piernas y me siento en la manta. Mis ojos no dejan de recorrer el paisaje y todo lo que me rodea. Todo está tan luminoso, que, junto con la nieve, se intensifica más.

Él se sienta a mi lado izquierdo y rápidamente comienza a sacar las cosas que hay guardadas en las bolsas y canastas. Es un espectacular desayuno de lujo, romántico y hermoso. Con frutas y dulces también. Las donas y los *muffins* tienen un color y un olor muy apetitoso que hace que mi estómago ruja. Puede que tenga mucha hambre, pero con todo lo que Damon está sacando de las bolsas y canastas, no creo poder comerlo todo. ¡Es muchísima comida!

Saca pan, queso cortado en cuadraditos y en fetas, galletas de chocolate de una bolsa de papel... y mucho más. Por Dios, algunas cosas están en la manta y que ni siquiera se lo había visto sacar. Cada cosa hace que mi panza ruja con fuerza, que mi baba caiga a cascada y las ganas de devorar todo aparezcan.

Cuando por fin termina de sacar todo, la manta está casi completamente repleta de comida. Tantas cosas, tantos colores... se ve todo muy delicioso. Damon se estira a un lado y agarra un termo plateado junto con dos tazas de plástico. Me río ante eso, pero él no se ofende, sino que sonrío y se encoge de hombros mientras me pasa una y me sirve un poco de café con leche ya hecho. Me alcanza algunas bolsitas pequeñas de azúcar y luego se sirve café a él mismo.

—¿Cuándo es que compraste y preparaste todo esto? —le pregunto luego de darle un mordisco a una dona cubierta de chocolate. Él lleva su taza a los labios y da un sorbo antes de contestar.

—Mientras te bañabas.

—¿Y era necesario que me encerraras en mi propia habitación? —pregunto, levantando una ceja. Él se encoge de hombros.

—No quería que pensaras que me había ido porque no quería seguir contigo cuando vieras que no estaba por ningún lado —responde con simpleza.

—Entonces... ¿gracias? Creo que me ahorraste un par de lágrimas —me río. No sé si agradecerle por dejarme encerrada o gritarle por ello. Aunque pensándolo bien, no sé qué haría yo si no encontrara a Damon por ningún lado. La idea de que lo habrían raptado nunca habría aparecido en mi mente, ya que no sé quién podría vencerlo a él. Lo que sí me imaginaría es que ya no quería estar conmigo y que se fue por eso. Que solo me usó para una noche. Pero no, Damon nunca haría eso.

—De nada —me guiña un ojo, algo que al parecer está haciendo con frecuencia. Pero que sin duda no me molesta.

—Por cierto... gracias. Esto es hermoso —susurro, viéndolo a los ojos, dejándole ver cuánto amor le tengo y cuan agradecida estoy. Desde todo lo del secuestro y esos días sin cariño, estoy mucho más necesitada. Quiero abrazos y compañía todo el tiempo. Quiero tener sus besos y todo el cariño que las personas me puedan dar. Me puse sensible, lloro más a menudo y... ¡Demonios! Soy una llorona sensibilera.

Damon me sonrío y acerca sus labios a los míos, dándome un tierno y rico beso, con sabor a café y *muffins*.

—Lo quise hacer por ti. Para agradecerte y para mostrarte cuánto me cambiaste —susurra contra mis labios, su aliento chocando contra los míos y dándome escalofríos.

—¿De qué hablas? ¿Agradecerme? —pregunto de la misma manera, acercando mi boca a la suya más y más, respirando su aroma y rezando para que me bese como los dos lo queremos.

—Sí, agradecerte.

—¿De qué?

—Por cambiarme, por quererme... por quedarte conmigo cuando soy todo lo contrario a la perfección. Puede que no lo veas, pero eres mi salvación —hace una pausa, en la que mi corazón comienza a latir con fuerza. Miro a sus ojos, los cuales están a centímetros de los míos, y veo la intensidad y seriedad con la que habla—. No era nada antes de ti, solo vivía por mis hermanas. Era un idiota mujeriego, egoísta que se enojaba por la mínima cosa. Me drogaba de vez en cuando, cuando faltaba a clases. Me peleaba con todos, dentro y

fuera del *ring* y de los entrenamientos. Pero llegaste y pusiste mi mundo patas arriba. No sabía por qué comencé a cambiar de a poco, pero lo hice para que no veas lo mierda que era. No quería que me vieras como todos los demás y... —sin saber por qué, mi dedo es colocado en sus labios para detenerlo. No sé por qué lo detuve. Él me mira, intentando encontrar algo en mi mirada que delatara un NO SÉ QUÉ que lo hiciera dudar de algo. Pero no encuentra nada. Sus palabras me dejaron completamente estática y en lo único que puedo pensar es en besarlo hasta no tener aire.

—Ya cállate —luego de eso, estampo mi boca con la suya. Devorándolo con ansias, queriéndolo tan cerca como pueda. Queriéndolo tocar, mostrándole que no me importa cómo sea con los otros, ya que sé cómo es en realidad. Nunca me creí por completo ese estereotipo que él intentaba hacerle creer a la gente. Yo lo veía, y ahora lo veo tal y como es. Me encanta lo que veo, en todos los sentidos imaginables.

Su lengua se abre paso por mi boca, saboreando todos los rincones de esta y jugando con la mía. Millones de pinchazos eléctricos se esparcen por mis venas cada vez que el beso se intensifica un poco más. Sus manos apartan lo que sea que haya en medio de nuestros cuerpos, creo que eran las tazas de plástico, para luego pegarse a mí. Dejando que su calor me envuelva y embriague como siempre lo hace. Su juguetona lengua es una bestia en mi boca, exquisita de igual manera. Sus dientes muerden mi labio inferior antes de que su lengua lamiera ese lugar afectado. Maldita sea, maldigo mis dolores. Quiero tirarme encima de su cuerpo y dejarle hacerme todo lo que en su mente de seguro quiere hacerme, pero sé que sufriré más dolores si lo hacemos. No es que me queje, pero tardaremos más en hacerlo si ahora le sumamos más dolor al que ya tengo en mi parte baja.

Enredo mis brazos alrededor de su cuello y mis dedos instantáneamente se pierden entre el pelo de Damon, dejando caer aquel gorro que tanto me gusta en él. Damon gruñe ante el contacto y yo gimoteo queriendo más. Sus manos recorren mi cintura y cadera mientras el beso se ralentiza y comienza a ser mucho menos desenfrenado y necesitado. Es tierno, pero a la vez posesivo. Espectacular como siempre.

Nos separamos jadeantes, necesitando urgentemente aire en nuestros pulmones.

—¿Ves? Ahora de nuevo necesito esa ducha de agua congelada. Esto es lo que me haces. Nunca antes una chica me calentó en menos de unos minutos. Tú lograste hacerlo en segundos —gruñe tomando grandes bocanadas de oxígeno. Me río sin poder evitarlo.

—¿Te pondría más si te digo que me pasa lo mismo? —le digo con inocencia, pestañando, y él vuelve a gruñir.

—Muchísimo, Nat.

Luego de unos segundos viéndonos, nos largamos a reír. Nunca antes habíamos hablado sucio, o ese es nuestro intento de hacerlo, pero es divertido. Aunque tengo que admitir que lo que dije es cierto. Estoy más que dispuesta a hacerlo una y millones de veces si no fuera por los intensos dolores allí abajo.

Me acomodo en la manta, tomando un poco de distancia del cuerpo de Damon para poder así seguir con mi exquisito desayuno —por más que quisiera estar en casa y tenerlo a él como comida— y me doy la vuelta para agarrar las tazas ya medio vacías de café. En el proceso, levanto la mirada y me quedo mirando la foto gigantesca de nosotros dos. Me sonrojo al ver cuán desesperada parezco allí, pero me río al ver que Damon lo está también.

—¿De dónde la sacaste? —le pregunto señalando la foto con un dedo. Damon, quien ya tiene una dona metida en la boca, se gira y se la queda mirando. Sonríe, dejando ver sus dientes y parte de la comida que le llena la boca. Por Dios, los hombres si pueden ser unos animales al comer. Pero como hay veces que soy mucho peor que él, no me quejo. Yo también lo hago, y creo que algunas cosas de las que hago son peores que las de los hombres, las cuales no especificaré.

—Noah la sacó cuando no nos dimos cuenta. Fue en el camerino de algún estadio en el que peleé. Me mandó la foto cuando Matt te secuestró, y me dijo que eso te gustaría si te lo mostrara. Pero nunca lo hice, ya que quise hacerte este gigante cartel.

—¿Estás seguro de que no lo haces por querer estar en toda la pared de mi habitación para marcar territorio? —estoy más que segura de que estoy en lo correcto. No solo lo hace por mí, sino para marcar su territorio como tal posesivo que es. Eso nunca lo va a cambiar, y aun así no quiero que lo haga nunca.

—Me conoces bien —responde masticando el resto de la dona en su boca y tragándola—. ¿Te gusta?

—Sí. Y tranquilo, la pondré en el centro de la pared para que todo aquel que entre en mi habitación lo vea. Aunque tampoco son muchas personas las que entran.

—Quedaría espectacular —dice.

Y luego de un último beso, nuestro desayuno sigue hasta vaya a saber qué hora. Hablamos de todo. Sobre Elle, mis hermanos, sobre Chris, Carter, Lili y Sophie... Y hasta de su primo y la esposa de este. ¿O eran novios solamente? No me acuerdo, hace mucho que no los veo ni hablo con ellos, ya que Damon nunca más me llevó a una cena con ellos.

Casi logramos acabarnos tres cuartos de toda la comida que trajo. Mi estómago está más que lleno cuando volvemos al departamento. Soy yo la que lleva las bolsas y las canastas colgando de mis brazos, por lo que Damon me pone delante de él, así me puede agarrar para que no me caiga.

Ya se levantaron todos cuando volvemos al departamento. Miran a las bolsas llenas de comida como si quisieran atracarme en ese instante. Por lo que rápidamente me las saqué de encima y las puse en la mesa de la cocina para que ellos pudieran devorarlas sin comerme a mí también.

Damon me saca de allí con rapidez, no antes de que yo llamase a Elle. Antes de cruzar la puerta del departamento, le había dicho a Damon que guardara una bolsa con donas para Elle, ya que de seguro ella no se acercaría a todo el tumulto desesperado. Así que ahora, cuando ella se me acerca, la saludo y vamos los tres a mi habitación.

Los días en noviembre se pasan rápido, muy rápido para ser verdad. Me sacaron el yeso del brazo, por fin, y las costillas ya se me curaron casi del todo. No siento casi nada de dolor. Volví al colegio y entregué toda la tarea pendiente. Ignoraba algunas miradas de compasión y evadía las preguntas que muchas me hacían. Intenté parecer normal, como si nada me hubiera cambiado. Pero no es así. Todo me cambió. Todo lo que pasó con Matt cambió un poco de mí. Aunque sea algo mínimo.

Damon volvió a los entrenamientos. No falta mucho para la competencia más importante en donde todos los ganadores de las otras competencias de años anteriores, compiten también. Solo los afortunados y los mejores en el deporte llegan hasta esa competencia. Es una de las más importantes del mundo. Distintos países compiten, pero sé que Damon va a ser el mejor.

Todo volvió a la normalidad a partir de una semana después de que yo saliera del secuestro. Sam y Emma volvían a ser los tórtolos despreocupados, Ty sigue intentando tener algo con Lili, Chris volvió a la caza de hombres y Carter sigue siendo Carter. Elle cada vez que puede, me hace jugar con ella antes de que Damon vuelva de los entrenamientos cuando yo me quedaba en su departamento a cuidarla. Bueno, la mayoría de las veces me la pasaba en su departamento.

Y así pasaron los días hasta hoy, la primera semana de diciembre. La nieve cae a cascadas desde el cielo y cubre todas las calles y los edificios. El frío predomina en todo el departamento, y tengo que ir y venir con mi manta cubriéndome por completo. Estoy adolorida. Las noches con Damon son espectaculares, llenas de pasión y placer. Nunca había experimentado algo tan sensacional como hacer el amor. Mierda, con Damon es lo mejor del mundo. Él es insaciable, y me pregunto cómo es que pudo aguantar todos estos meses sin hacerlo conmigo. En las mañanas siempre quedo adolorida por la bestia en la que Damon se convierte. Cuando digo que es insaciable, lo digo muy literal. No se cansa. Pero yo nunca me quejo, es más, me gustan los cambios que tiene. Primero lo hace lento y luego toma una velocidad impresionante. Es el paraíso mismo en una persona. Cada mañana me levanta con un beso o caricia, pero siempre lo hace con dulzura y cariño. Me

pregunta cómo es que me siento y si me gustó. ¡Pues claro que me gusta! ¿Cómo no me va a gustar?

Intentamos ser lo menos ruidosos posible, ya que a un par de metros está Elle durmiendo, pero a veces es tan difícil que Damon tiene que recurrir a taparme la boca con la mano para que mis gritos no despertaran a su hermanita.

Nunca me preguntó sobre las marcas de balas en mi cadera, pero sé que se lo quiero contar. Que él sepa también una parte de mi pasado. Me quiere dar tiempo, eso lo sé. No quiere apresurarme cuando pasé tantas cosas malas por culpa de Matt. Es un amor al no querer hacerme sufrir al revivir los recuerdos. Sin embargo, tarde o temprano se lo diré, y reviviré todo lo que pasé. No importa cuánto pase, me sentiré mal al recordar.

Me muevo entre los pasillos del instituto, intentando llegar lo antes posible a la salida para ya encontrarme con mis hermanos e irme a casa. La cabeza me va a explotar. El examen que tuve hoy fue duro, pero espero aprobar de igual manera. Estoy segura de que Emma aprobó su examen de química. Pero yo no sé si tuve la misma suerte con el de biología.

Los estudiantes me empujan y me pisan en el proceso para llegar también a la salida. Todos ya queremos irnos de aquí. Y lo peor de todo es que hoy es lunes, principio de la semana. El peor día para todos. Me encuentro cansada, física y mentalmente. Y como si no fuera poco, también estoy muerta de sueño. No dormí nada en casi todo el fin de semana por estudiar y hacer la tarea que me correspondía. Me siento nerviosa sobre mi puntaje, pero ahora no quiero pensar en eso porque si no la cabeza me explotará.

Cuando llego al estacionamiento, mis hermanos no están allí. Luego de la hora del almuerzo no los vi en todo el día, pero no me preocupé en ese momento. Pero ahora, al no encontrarlos en su lugar en el estacionamiento, lo hago. Siempre que no podían llevarme a casa, me avisaban con anticipación, pero hoy nunca me dijeron nada. Ni siquiera el auto está estacionado. Si ellos estuvieran retrasados en alguna clase y tardarían en salir, el auto estaría de igual manera aquí, pero no está. Así que deduzco que ellos tampoco.

Es en ese momento en el que mi celular suena y algo en mí se alarma. Mi cuerpo se pone recto allí, en medio del estacionamiento. Algo en mí sabe que algo malo pasará o pasó. No se puede explicar la sensación en concreto, pero es una combinación de miedo, terror y pánico, curiosidad.

Saco el móvil con la mano temblorosa y atiendo a Tyler. El silencio se hace eterno. Ninguno de los dos da el primer paso para hablar. Ni yo para preguntar ni él para decirlo. Su respiración es ahogada, como si estuviese aguantando sollozos desde hace tiempo. Me armo de valor para escuchar lo que sea que me quiere decir, aguantando la respiración e intentando no pensar lo peor.

—Ty... ¿qué pasó?

—Es papá —dice él con la voz rota y sé que ya se derrumbó. Puede ser que ellos estén enojados con William, pero él sigue siendo nuestro padre.

—¿Q-qué le pasó?

—Lo atacaron y está en el hospital. Tenemos que volver a casa para verlo —contesta, y escucho cómo toma una respiración honda. Al contrario, yo no puedo respirar, todo el aire se me atora en la garganta y siento cómo las lágrimas se forman detrás de mis ojos, a punto de salir.

—Pero... papá estaba en otro país. ¿Cómo es posible que esté allí? —esto es tan confuso. Él estaba de trabajo, verificando todo lo de sus hoteles de lujo. Él nunca volvería antes de tiempo, es más, siempre llega mucho más tarde de lo que él dice. Algo está pasando y no es muy bueno.

—No lo sé, Natalie. Me llamaron del hospital al mediodía y me dijeron que papá estaba gravemente herido.

—Espera... ¿al mediodía? ¡¿Por qué no me lo dijiste antes?! ¿Es por eso por lo que ahora no están aquí esperándome? —exclamo, ya con las lágrimas derramándose por mis mejillas. Llenas de furia, desilusión, dolor.

—Lo siento, pero no queríamos preocuparte antes de saber que había vuelos disponibles a esa hora. Y como no había, no te queríamos preocupar. Nat, sabemos que estarías desesperada y no podrías aguantar ni tres horas sabiendo que papá está grave en el hospital. Es por eso por lo que ahora te llamo, estamos yéndote a buscar. Hicimos tu maleta y nos dirigimos al

aeropuerto. Compramos billetes para dentro de una hora y media, era lo más cercano que podíamos.

—Bien —intento con todas mis fuerzas calmarme mientras cuelgo con fuerza la llamada. Estoy frustrada, enojada y triste. Maldita sea, es mi padre. No puedo creerlo. Aún no puedo asimilar nada. ¿Cómo es que mi padre volvió? Es confuso, no lo entiendo.

Me abrazo a mí misma para tener más calor. Ahora estoy sintiendo más frío del que debería. Todo mi cuerpo tiembla y el frío es más intenso que el de hace unos minutos. ¿O soy solo yo la que lo siente así?

Mi mente se queda en blanco, sin saber en qué pensar realmente. No puedo ver nada más que mi padre en mi cabeza.

Mis hermanos aparecen luego de lo que parece una eternidad. El auto se estaciona frente a mí, pero yo no me puedo mover. Estoy estática en mi lugar mientras miro sin prestar realmente atención al suelo. Escucho cómo la puerta del auto se abre y unos pasos se me acercan hasta que unos brazos me envuelven con cariño. Pero yo solo siento frío. Me hace dar un paso, otro tras otro hasta llegar al auto y meterme con delicadeza en la parte trasera. Y lo único que digo al dejarme caer en posición fetal en el asiento es:

—Tengo que decirle a Damon —mi voz sale en un susurro, pero sé que ellos lo escucharon. Mis lágrimas mojan el asiento y dejan pequeños lugares húmedos que siguen haciéndose más y más grandes cuando mis lágrimas todavía salen.

—Nat... No sé si...

—Quiero ver a Damon —Sam se queda callado mientras yo cierro mis ojos e intento despertar de este sueño tan malo. ¿Cuántas cosas pasarán en mi vida? ¿Es que nunca voy a poder vivir en paz, sin ningún problema? —. ¿Se lo dijiste a Emma?

—Sí.

—Yo tengo que decírselo a Damon. No puedo irme sin darle una explicación.

—Se molestará, Natalie. Todos sabemos cómo es Damon cuando algo no le gusta —me contradice.

—Se molestará mucho más si no le digo y luego se da cuenta de que me fui así sin más.

Nadie vuelve a hablar y sé que me harán caso y me llevarán con mi novio. No se arriesgarán a que me enoje con ellos. Sam me entiende mucho más que Ty en estos momentos. Ni él quiere irse sin decirle el motivo a Emma.

Siento cómo el auto se detiene bruscamente y me incorporo en el asiento y me doy valor para enfrentar a Damon. Se enojará, eso lo sé, pero tengo que ir.

Abro la puerta y salgo al aire frío. Mis hermanos también lo hacen, pero toman distancia, dejándome afrontar esto sola, pero haciéndome saber que tengo su apoyo y compañía. Camino hacia la entrada del gimnasio y saludo a Estela con pocos ánimos. *Bueno, nada de ánimos.*

Paso de largo y abro aquella puerta que da al gimnasio completo. Paso a muchos hombres haciendo pesas y ejercitando en otro tipo de máquinas, para luego dirigirme en la dirección de los sacos de boxeo y el *ring*. Lo encuentro encorvado sobre las sogas que rodean el cuadrilátero. Su postura es tensa, rígida. Y sé que lo sabe y que me estaba esperando. De seguro Emma se lo contó porque pensaba que yo no vendría. Una de sus manos tiene los guantes de boxeo colgando y estos se mueven de aquí para allá con lentitud. Hasta que él levanta la cabeza y me mira directamente a los ojos. Fríos y sin emoción alguna. El llanto me ataca y sollozo mientras me acerco a él con paso rápido.

—Te irás —dice ni bien me coloco frente a él, lo único que nos separa es la sogas. Asiento con lentitud y dejo que vea cuan vulnerable estoy.

—Voy a volver. Solo...

—¡Te irás! ¡Me dejarás! —grita.

—Damon..., por favor, escúchame —intento tranquilizarlo. Se está volviendo loco, perdiendo los estribos. No quiere que me vaya porque piensa que no volveré. Nunca podría no volver.

Su respiración agitada es el único sonido que se escucha. Todas las máquinas que antes estaban sonando, ahora no lo hacen más. Todos están atentos a lo que Damon hará. Siento cómo mi corazón late contra mis venas con rapidez y como mi respiración se atasca con cada sollozo.

—Iré contigo —decide con seriedad, pasando de un salto la soga del *ring* y poniéndose a mi lado.

—No —le corto con decisión—. Tienes un campeonato que ganar aquí. Necesitas entrenar como nunca lo has hecho. No puedes venir, Damon.

—No me importa, no quiero que te vayas sin mí —sus ojos tienen tantas emociones que mi corazón se rompe. Se siente herido y a la vez molesto. Sus puños inconscientemente están cerrados a sus costados.

—No, Damon. Volveré. Entiende, es mi padre del que hablamos. Y tú tienes obligaciones que cumplir aquí aparte de entrenar. Tienes a Elle y a Emma. Ahora no las puedes dejar porque mi hermano ya no puede cuidar de ellas mientras estamos fuera.

—Pero yo no...

—Por favor, Damon. Entiende que no puedes venir —él aprieta la mandíbula con fuerza y mira hacia otro lado. Su respiración rápida no se compara con las lágrimas que salen de mi sistema. Quiero con todo lo que tengo que él me acompañe y que esté para mí, pero no puedo ser una ignorante y pensar solo en mí. Él tiene que cuidar a Elle y Emma. Ahora ya no tiene a Finn ni a Sam para cuidarlas cuando lo necesite.

—Bien —y luego se aleja. Molesto, enojado y con los puños fuertemente apretados. La furia que desprende de él hace que todos los que están en su camino salgan corriendo para no toparse con él.

No quiero dejar esto así. No quiero que se enoje conmigo, pero él no puede entender esto. Sé que odia que no se hagan las cosas como él quiere, o que todo salga como él se lo imagina y que todos caerán y harán lo que él desea. Esta vez no. Él no entiende cuán importante es para mí estar allí, pero tampoco entiende que por más que yo esté desesperada porque él me acompañe, también pienso en él, en lo que tiene que hacer aquí. No solo pensar en él mismo, sino en sus hermanas y en el entrenamiento del campeonato. Se esforzó tanto en esto que es un desperdicio tirar todo por la borda.

Me voy, con el corazón roto y destrozado, con la esperanza de que Damon deje su ignorancia y entienda todo esto. No me gusta que se comporte así,

que no me entienda en circunstancias que para mí son muy malas. Pero le daré tiempo. No dejaré que la relación se eche a perder solo porque le ganó el enojo y lo convirtió en la Furia que lleva dentro. En esa bestia que tanto atemoriza.

Me subo al auto sin ganas y con las lágrimas cayendo a cascadas. Mis hermanos no dicen nada y emprendemos el camino hacia el aeropuerto.

Me duermo en el camino, soñando con que todo esto no está pasando y que todo sea fruto de una pesadilla.

Pero cuando abro los ojos al llegar al aeropuerto, sé que no es así. *Es la maldita realidad.*

epílogo

Termino de escribirle la carta justo cuando aterrizamos. No quería dejar las cosas como quedaron. Frías. Por lo que decidí escribirle una carta. Muy cliché. Escribir una carta cuando estás partiendo y todo eso, pero para mí es diferente. En los libros los personajes no piensan volver luego del viaje, tienen decidido mudarse por completo lejos de esa persona a la que quieren olvidar, pero yo no. Yo voy a regresar, no voy a olvidar. En algún momento, cuando sepa que mi padre está bien y que se esté recuperando, voy a volver corriendo a los brazos de Damon. A mi verdadero hogar junto a él.

Tengo planeado llamarlo por teléfono luego de días para que se le pase el enojo. No creo que se le vaya de un día para el otro porque conozco bien a Damon. Su enojo es duradero. Tarda en desaparecer y no lo hace especialmente con rapidez. Sé que conmigo no puede durar mucho sin hablarme aunque sea. Saber de mí o algo parecido. Nunca pudo. Tengo la esperanza de que en esta ocasión pase lo mismo.

Espero que con esta carta me entienda. Que vea más allá de su enojo cuando la lea. Que entienda cómo me siento.

Mis hermanos se mantuvieron callados durante todo el viaje, entreteniéndose a su manera para no pensar en nada mirando por la pequeña ventana o durmiendo. Yo, por mi parte, no pegué ni un ojo. Me mantuve pensando y escribiendo, dejando toda mi alma en esta carta que se la mandaré por correo lo antes posible.

Regresar a Wesley Chapel, Florida, no me entusiasma para nada, pero tengo que estar aquí para mi padre. Los recuerdos que se aparecen al entrar en mi antiguo hogar aparecen e intento reprimirlos. Logré hace un año y medio, casi dos, pasar de ello y seguir viviendo. Mi salvación fue mudarme con mis hermanos, ya que no hacía tanto esfuerzo como lo hago aquí, en mi casa, en donde todo pasó.

Cuando todavía vivía en esta casa, los recuerdos estaban en todos los pasos que daba. Al contrario, cuando llegué a Filadelfia para vivir con mis hermanos, no me fue tan difícil ignorar mi pasado. Lo que me alegró mucho. Es difícil dejar de lado algo que llegó a arruinarte en un período de tu vida. Eso es lo que me pasó a mí. Cuesta mucho olvidar. Lo único que se puede hacer es intentar olvidar o guardarlo todo en lo más recóndito de ti. No se olvida. Se puede aprender a vivir con ello, o caer en el infierno que se crea en tu interior. Vivir recordando y manteniéndote sin vida hasta morir. Sin prestar realmente atención a lo que te rodea y vivir ensimismada en ti misma. Sin importarte nada ni nadie.

Eso no me pasó a mí. En parte logré guardarlo en mí para no caer en depresión.

No tengo ánimos, soy un zombi viviente que no sabe qué hacer ni qué pensar. Es tan confuso todo. Mis hermanos afrontan un poco mejor que yo todo esto que pasa con mi padre, pero yo no. *Estoy destrozada.*

Puede que no sea hija de sangre de William, pero lo considero y siempre lo hice, como mi padre biológico. Me salvó al igual que mi madre. Pero a ella ya la perdí hace años físicamente, no puedo hacerlo con mi padre. Sería lo mismo que perder doble familia. No puedo resistir eso. Lo quiero tanto por más de que no nos haya prestado la atención que necesitábamos desde que mamá murió. Pero sigue siendo mi padre, el hombre solidario, trabajador y bueno que siempre fue, ignorando lo mucho que se alejó con los años de nosotros.

Lo sigo viendo como un salvador.

Como la primera vez que lo vi en el orfanato.

Fernanda, la trabajadora que estuvo con nosotros durante años, nos recibe con una sonrisa triste. Quiero hacerle preguntas sobre papá, pero sé que ella sabe menos o lo mismo que nosotros. Fernanda es como mi segunda mamá. Me cuidó siempre, sin importar qué. Me quiso como a su propia hija.

Al contrario, Marisa, su hija verdadera, me odió a más no poder. Es una gran zorra sin sentimientos que solo quiere ser la reina del lugar, tener un esposo millonario y estar rodeada de dinero. Es por eso por lo que convenció a mi padre de trabajar aquí. Su plan era conseguir que algunos empresarios que trabajan con mi padre, cayeran en sus redes de seducción y toda la cosa. Sus planes se vinieron abajo cuando descubrió que las reuniones de trabajo

con los colegas de mi padre no se hacían aquí, sino en una oficina. Ya lo dije, es una idiota sin cerebro.

Saludo a Fernanda con cansancio y ella me sonrío. Su sonrisa siempre está en sus labios por más que el mundo se estuviese viniendo abajo. Paso por su lado y me dirijo a mi habitación para darme un baño antes de que emprendamos el viaje hacia el hospital. Intento calmarme todo lo posible, no pensar en nada porque sé que lo haré en el hospital y todos los días desde ese momento.

Trajimos a Burry con nosotros, ya que yo no quería dejarla con Emma ni con Damon. No voy a ponerles esa carga también. Tyler la tenía en su pequeño bolsito para perros cuando yo me subí al auto cuando me fueron a buscar al instituto. No la había notado allí en su regazo, pero Burry sí estaba. Aparte, necesito a mi perrita conmigo. Ella estuvo para mí desde que me sentía tan sola luego del incidente que me llevó a estar en el hospital. Burry fue mi única compañía. Es por eso por lo que la compré. Para estar allí para consolarme y quitarme las penas.

Tardo más de lo que pretendía en la ducha. El agua caliente logra que mis músculos entumecidos gracias al vuelo se relajen. Me visto desanimada con lo primero que encuentro en la maleta que mis hermanos prepararon para mí. No me pongo a pensar que ellos revisaron mi ropa interior, me da igual. Que digamos no es nada del otro mundo, son solo prendas.

Relleno los tazones de Burry con comida y agua antes de bajar las escaleras. Mis hermanos ya están bañados y vestidos, listos para ir a ver a mi padre al hospital. Todos salimos de casa hacia uno de los autos que mi padre tiene en el garaje, con las caras tristes, dando a saber que hoy no es un día bueno. Todo lo contrario. Solo pido a Dios porque mi padre se ponga bien. No les explicaron mucho por teléfono a mis hermanos, pero les preguntaremos todas nuestras dudas a los doctores que lo atienden.

En el camino, a mis hermanos les hago parar en el correo para poder mandarle la carta a Damon. Solo espero que la lea. No pido que me responda de la misma forma, solo que sepa todo lo que siento. Que entienda que esta no es una despedida, sino que solo será otro conflicto en nuestra relación como ya antes vivimos. Que volveré a pesar de todo y que lo seguiré queriendo por más que él decidiera no creer más en nosotros. Aunque espero que eso no suceda. Que luche contra el enojo que tiene ahora conmigo y que

lo supere. Muchas veces se enojó y luego me perdonó —sea lo que sea que yo haya hecho—, y ahora quiero que pase lo mismo. Que me perdone por lo que sea que se enojó conmigo. Por irme cuando él no quería que yo lo hiciera.

Y sí. En esa carta admito todos mis sentimientos.

Pero lo que más me enorgullece de esa carta, es que pude por fin decirle que *lo amo*.

FIN

Agradecimientos

No puedo creer que finalmente ya esté escribiendo los agradecimientos. Pensé que sería mucho más fácil en este punto decir cuánto aprecio todo el apoyo de mis familiares y lectores, pero sinceramente justo ahora no tengo palabras. Así que solo improvisaré y lo diré sin haberlo pensado previamente.

Estoy muy feliz y sorprendida por la cantidad de personas que me leyeron y los hermosos comentarios que he recibido en cada una de mis novelas, pero este gran logro de publicar en físico *Él es mi boxeador* no fue solo por mí. Fue gracias a todas esas perfectas personitas que le dieron una oportunidad a una novela escrita por una joven niña que recién comenzaba con este gran mundo de la lectura y la escritura. Una chica que recién estaba familiarizándose con el amor por la literatura e intentaba poco a poco plasmar las ideas que le pasaban por la cabeza a una hoja.

Por lo que, sí, gracias a todos ustedes. Lectores en general. A los viejos, quienes aún me siguen acompañando en mis viajes por mundos diferentes, con personajes y tramas distintas, y a los nuevos que recién le están dando a mis novelas una oportunidad. Les agradezco de todo corazón porque realmente estoy que exploto de la emoción por este gran logro.

Y por supuesto, a mis amadas y amados #leluPervers, que en todo momento me hacen llegar su amor y su buena energía. Son muy importantes para mí y adoro saber que, si los necesito, ahí van a estar, felices de poder ayudarme con cualquier cosa. Espero poder abrazarlos en un futuro y agradecerles en persona por todo el amor que me dan, y no solo con palabras sobre un papel.

Y, al fin, el agradecimiento más importante para mí, dirigido a aquellas personas que constantemente preguntaron y se preocuparon por mi novela, quienes desde un principio me apoyaron para seguir adelante con mis sueños. A Cande, que fue una de mis primeras lectoras y hasta hoy sigue leyéndome. A Vale y Belu, por estar ahí cada vez que quería hablar sobre mis pasiones y

nuevos proyectos. A mis compañeros de curso, que desde un principio estuvieron emocionados y ansiosos de que mi libro saliera. Y a mi familia, principalmente mamá y papá, que nunca dejaron de creer en mí. Y, a pesar de no haberme leído por completo, estuvieron presumiendo con todos sus amigos y colegas que tenían una hija escritora que estaba por sacar su libro en físico. Además de mi hermana, que en todo el proceso me estuvo insistiendo en hacerla protagonista de alguna de mis futuras novelas, o quizá siendo la modelo de mis portadas. A mi tía Chichina, por incentivarme constantemente, hablándome de sus épocas como escritora del diario de su pueblo, trayéndome recortes de artículos que pensaba que me servirían y leer los proyectos que estoy escribiendo para un futuro.

A Joaco Chemes y Alan Gabriel Capristo, que con tan buena predisposición se prestaron para la sesión de fotos de esta portada.

Y, por último, a la editorial Nova Casa, por aceptarme en su hermosa familia.

NIKY MOLIVIATIS

Tenías que ser Tú

Primera parte
de la serie
Hamilton


Nova Casa Editorial



Tenías que ser tú

Moliviatis, Niky

9788417142278

440 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El destino estaba escrito desde que eran niños, trazaron una historia que jamás imaginaron. Condenados a vivir un matrimonio por conveniencia para mantener el linaje real. William Hamilton tiene el mundo a sus pies, acostumbrado a obtener lo que quiere cuando lo desea. Un tanto egocéntrico, sincero y leal a la persona que es, pues ama su vida y está cumpliendo sus sueños al seguir los pasos de su padre. Abigail Sheperd, una chica que pasó de ser débil por las burlas de los demás a convertirse en la chica fuerte que es ahora. Está acostumbrada a ocultarse y a no ser el centro de atención, distinta al resto de chicas de la alta sociedad. La vida de William y Abigail colisiona repentinamente en un juego que ambos crearon para buscar su felicidad. Pero... ¿cómo encontrar la felicidad en un mundo donde la libertad no existe?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Karla Levy

Siete meses

Esta no es una historia de amor...
es una historia del corazón.

Nova Casa Editorial

Siete meses

Levy, Karla

9788416942824

344 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Alguna vez te has enamorado, de manera tal, que sientes que el aire no es suficiente para llenarte los pulmones de suspiros? ¿Así tanto, pero tanto, que parece que todo es posible? Yo también. En el Mundial de fútbol del 2006, viajando por las pintorescas ciudades de Alemania, me enamoré de un francés. Con solo mirarlo a los ojos, las piernas dejaban de responderme. ¿Alguna vez te han roto el corazón en tantos pedacitos que no sabes si podrás volver a sentir? A mí también. Este es el primer libro de la serie "Meses", donde Alex nos cuenta, entre múltiples viajes por Europa, un antes y un después que voltarán su vida de cabeza. Más que una historia de amor, esto que tienes en tus manos es una historia del corazón. Una novela basada en una historia real en la que no todo es verdad, pero tampoco es mentira.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



ALEJANDRO ROMERA GUERRERO

MIEDOS

Nova Casa Editorial

Miedos

Romera Guerrero, Alejandro

9788416942701

176 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Aún crees en monstruos bajo la cama? ¿Te aterroriza la oscuridad? ¿Hasta dónde estarías dispuesto a llegar para no caer en el olvido? ¿Qué harías si te hubiese tocado crecer en la Ruanda de 1994? ¿Y si la desidia se hubiese apoderado de tu vida? ¿Tienes miedo a estar solo? ¿O a sentirte solo? Miedos no es un libro de terror. Estos veintisiete relatos no pretenden que nos escondamos asustados bajo la almohada, sino más bien que nos enfrentemos cara a cara con muchos de los miedos que tenemos a diario. Nos encontramos ante unas páginas que, además de hacernos sentir un escalofrío en cada historia, nos incitan a reflexionar de un modo original y diferente sobre nuestro comportamiento frente a los temores que nos acechan.

"Miedos es una potente medicina contra la incompreensión, la intolerancia, la crueldad, el egoísmo, la enemistad, la carencia de escrúpulos, los remordimientos, la indecisión o la cobardía. En cada historia de este libro hay un mundo dentro y otro fuera, porque el escritor se interna en los espacios íntimos del cerebro humano y los proyecta sobre unos personajes que respiran cotidianidad. "

Fragmento del prólogo, por José Guadalajara.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Valores y reinos

Revilla, Manuel

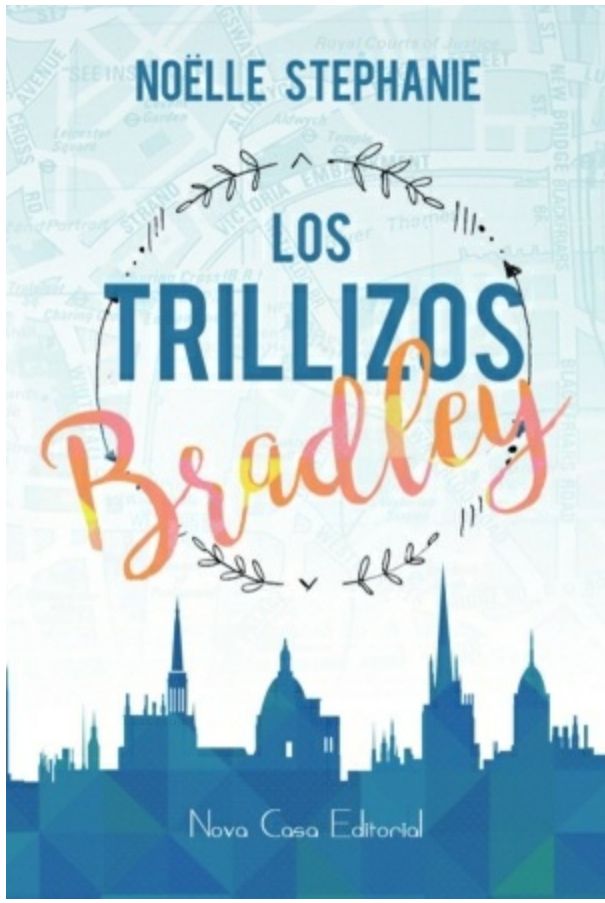
9788416942374

526 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando la pequeña villa de Thelín es atacada por los dragones una noche, nada hacía pensar a la familia del campesino Hiparco las consecuencias que ello tendría. Alertados ante la llamada del conde para auxiliar la villa, él y su hijo mayor Roque caen en una emboscada organizada por los orcos. Sin poder entender qué está pasando, todos los jóvenes de la villa son obligados a unirse a ese despiadado grupo de guerreros que, a órdenes del rey humano Khron, está forzando a todos los condes de su reino a entregarle jóvenes humanos para ser usados como mano de obra en la capital, después de que una extraña locura acabase con buena parte de sus ciudadanos. Nada más comenzar su camino, Roque, Reo, Bénim, Bertrán y Esteban, los cinco hijos de Hiparco, descubrirán el misterio que envuelve el ataque de los dragones, sin llegar a vislumbrar la repercusión que este hecho tendrá en otros reinos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Los trillizos Bradley

Stephanie, Noëlle

9788416942282

376 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando Naly decide apuntarse al programa de familias de acogida en la universidad, lo último que espera es que el desorden ocupe su nueva vivienda. Los Bradley son de lo más peculiar. Con unos padres empresarios que pasan sus días de viaje, los tres hermanos idénticos han tirado la casa por la ventana. No solo por su edad, sino también por su personalidad; Hal, Edward y Welsey, son de lo más opuestos. Mientras Hal es totalmente coqueto, estúpido, mujeriego y engreído; su hermano Edward es la persona más misteriosa, callada y malhumorada que Naly ha podido conocer. Pero, en toda familia hay uno bueno: Welsey, el mayor de los trillizos es simpático, confidencial y buen amigo. El chico perfecto, ¿no? No obstante, su aspecto hace pensar que se acaba de escapar de una película de los años cuarenta. Naly, lejos de la oportunidad de irse, solo puede optar por solucionar la relación. ¿Podrá ayudar a los hermanos a solucionar sus diferencias? Y, si no es así, ¿se dejará arrastrar? Una historia de amor en la que todas las direcciones parecerán igual de correctas. La perfecta descripción de la lucha de un amor dividido en tres partes. Porque, ¿qué hay mejor que vivir con un chico guapo? Vivir con tres.

[Cómpralo y empieza a leer](#)